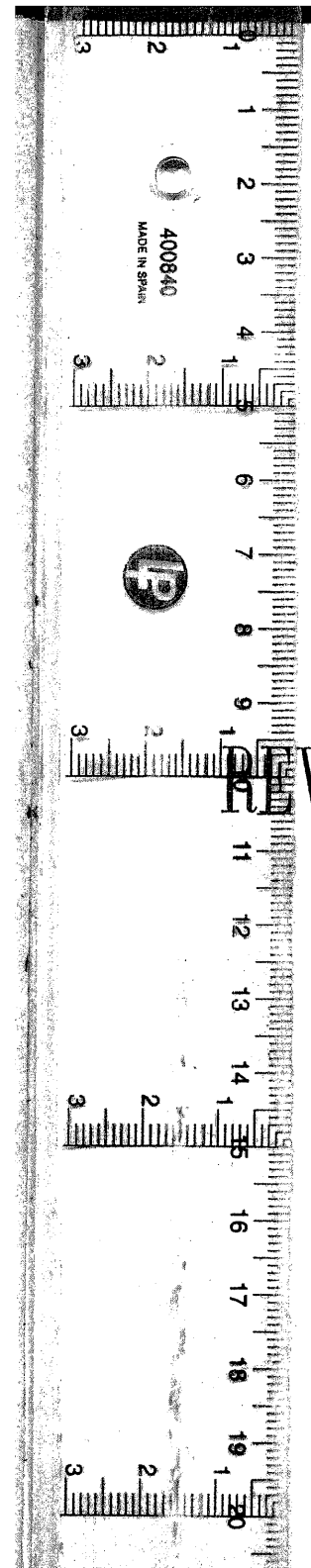


A05 Rev.



ESTIVISTA MERIDIONAL.

A05 Rev.

REVISTA MERIDIONAL.

C.D.05

REVISTA

MERIDIONAL.

—
TOMO I.
—

R
2648

GRANADA.

IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1862.



ESTHÉTICA.

PRÓLOGO.

Á medida que el hombre progresa en su educacion moral é intelectual, ensanchadas las condiciones de la vida de su espíritu, gana en importancia cuanto de cerca se le relaciona; operaciones, facultades, educacion, ideas y sentimientos. La filosofia antigua, limitada y sin brújula en los mares de la experiencia, se replegaba al puerto de la contemplacion especulativa, en el terreno metafísico y de las doctrinas morales, por una especie de necesidad, con mirada desconfiada, triste y melancólica. Absorta con frecuencia en la contemplacion de lo objetivo, que la preocupaba á pesar suyo, rara vez salvaba el puente, que pone en relacion el espíritu con la materia, bajo el concepto de la unidad científica. El eschematismo filosófico, la idealizacion é inteligencia del mundo por las especulaciones de la razon, si adivinado por algunos de sus mas elevados genios, no alcanzó nunca el lugar que le señala con sus fórmulas el espiritualismo creciente de la parte mas sana de la moderna filosofia. Hoy el espíritu se impone con un valor desconocido á las antiguas sociedades, exigiendo cada vez mas en su educacion, en las condiciones de su desarrollo, en los derechos y garantías, que van anejos á sus productos; hoy tambien el número de personas, que, sin separarse de la vida social, vive principalmente en las relaciones del espíritu, es mas crecido que en tiempos anteriores; la religion cristiana espiritualista, la ciencia y el arte tienen mas numerosos adeptos que en época alguna, y en

estas circunstancias favorables para la ciencia del alma, cuando todavía la sociedad mantiene cerradas sus puertas á las frivolidades de la llamada ciencia positiva, antes de un desconcierto posible por el predominio del elemento antagonista en el dualismo del hombre, aprovechemos la ocasion favorable de colocar nuevos jalones en las investigaciones de la vida del espíritu, tracemos algunas páginas de la brillante historia psíquica, que se ofrece á nuestra meditacion, y pues que la Psicología, la Moral y la Filosofía de la Historia estudian el espíritu humano en su forma individual y colectiva en relacion con el mundo de la realidad que percibe, penetremos mas adentro en sus imaginaciones, sondeemos sus concepciones ideales en el campo de la Esthética.

Tal es el pensamiento que guiando nuestras aficiones nos ha alentado constantemente en los trabajos, que de algunos años á esta parte hemos consagrado á la Filosofía de lo Bello.

Ni han dejado de venir en nuestro auxilio en tan agradable tarea los progresos de nuestra educacion académica y universitaria, que adelantando de una manera inconcebible del año 45 acá, ha puesto de moda estudios mirados generalmente por nuestros escritores con escepticismo ó menosprecio. Mientras á principios de este siglo se negaba casi universalmente la posibilidad de la definicion de la Belleza, bajo la presion del mecanismo filosófico condillaciano y la sensualista explicacion de las ideas simples, la teoría de la Belleza es hoy el fundamento de estudios importantísimos, en la esfera de la Literatura y de las Artes. No solo exige nuestro sistema de enseñanza que el artista constructor y figurativo, el arquitecto, el escultor y el pintor eduquen su espíritu en la teoría de lo Bello, si que tambien prescribe al músico, al poeta estudioso y al literato crítico acompañar sus ejercicios de composicion con nociones claras y profundas de las mas altas é interesantes cuestiones esthéticas. Tan acertadas prescripciones debieran producir preciosos frutos, si no se hallaran neutralizadas en parte, respecto de su aplicacion, por la escasez de libros á propósito para aficionados y artistas, reducido el repertorio de nuestros literatos en general á obras francesas, inglesas é italianas, donde se muestran mas las

galas de brillante estilo que la precision filosófica. En las primeras, por desgracia las mas difundidas en nuestro país, apenas pueden gustarse bajo la forma de recientes traducciones los elementos de esta ciencia, nacida verdaderamente al calor de las elaboraciones filosóficas mas profundas de Alemania, y como la eflorescencia de su elevada cultura.

Achaque es de la filosofía francesa desde la época de Descartes, la caprichosa movilidad crítica, que desorientando al estudioso, la atribuye un tinte no general y científico, sino histórico é individual. Si en Alemania, como en la antigua Grecia y con mas vigor sin duda, las teorías se anudan las unas á las otras corrigiendo ó continuando las anteriores, en Francia la anarquía filosófica con el nombre de independencia de escuela convierte estas investigaciones en un palenque abierto á toda clase de vulgaridades ó exageraciones; donde partiendo de principios convencionales ó arbitrarios se pasa á afirmaciones puramente gratuitas. Descartes, el mayor filósofo que han tenido los franceses, (acaso el único verdadero filósofo moderno que hayan tenido) dió un mal ejemplo sin consolidar nada. Á excepcion de Malebranche, no tuvo en su patria ningun discípulo digno de su nombre; con todo su método de libre exámen unido á la doctrina de la tabla rasa de Bacon y al tamiz de Montaigne, continúan dirigiendo, formando y aniquilando la filosofía francesa.

Á la salida de una época de preocupaciones como la que acababa de pasar, de olvido científico é ignorancia histórica, tenían algun legítimo derecho y cierta razon de ser los alardes escépticos de los filósofos de los siglos XVI y XVII; mas despues de la época filosófica que coronó el renacimiento, tal libertinaje de la razon no tiene justificacion alguna.

Á semejante estado de cosas no han contribuido en pequeña parte las circunstancias históricas.

En el siglo pasado, la revolucion francesa poniendo en ridículo los estudios formales, que se hacian en las escuelas universitarias, alimentaba las tendencias de los nuevos filósofos auxiliados despues mas y mas por el romanticismo, que en su anhelo por levan-

tar los productos de la literatura espontánea de la edad media, envolvió en grosero desprecio los estudios serios de la filosofía antigua. Espíritus fuertes del siglo XVIII y románticos del siglo XIX han contribuido igualmente á postrar en Francia la afición á los estudios filosóficos.

En vano el eclecticismo con su nuevo nombre y sus explicaciones, ya clásicas, ya sentimentales; profesado por hábiles oradores y elocuentísimos maestros, se ha esforzado en constituir un sistema cómodo para decidir *á priori* todas las cuestiones políticas y filosóficas, extraño á la dialéctica y á la metafísica, reducida su importancia al método; práctica, marcha, procedimiento en el fondo; pero no sistema, filosofía, ciencia, es una categoría aplicable á términos casi infinitos, cuyas soluciones aparentemente tan fáciles no tienen orden seguro en que apoyarse para sus aplicaciones inciertas.

Y de esta falta de nociones metafísicas y desenvolvimiento dialéctico, ha resultado precisamente el empirismo naturalista, que haciendo partir la filosofía no de sí misma como doctrina y ciencia del método, sino del procedimiento de las ciencias naturales, considera el análisis psicológico y fisiológico, cuando no el frenológico ó craneoscópico como base de organización científica.

Los trabajos semi-escoceses de Royer-Collard, de Jouffroy y otros eclécticos señalan ciertamente un adelanto sobre la filosofía de Condillac, de Bichat y de Cabanis; mas en metafísica son un verdadero retroceso, como quiera que la ciencia no ha recorrido tan prodigiosas evoluciones desde Platon á S. Agustín, á Abelardo y á Leibnitz para suicidarse, abdicando de su valor y mostrando que para nada sirve en la grosera y superficial doctrina, engendro del eclecticismo, denominada del sentido comun.

Y ante el sentido comun la Esthética se encuentra en posición harto embarazosa. Para la generalidad de los hombres, ajenos á los estudios matemáticos ¿qué son las fórmulas del binomio de Newton y de los diferentes grados de ecuaciones? Signos oscuros, sin significación para la inteligencia de los que no están en el secreto de sus indicaciones, y para el sentido social de algunas épo-

cas históricas, fórmulas cabalísticas destinadas á abusar de la general ignorancia. Análogamente ¿qué es la Belleza para el que desconoce los estudios esthéticos? Una causa de sentimiento y nada mas, un capricho sin freno ni límites ó un contrasentido continuado.

El sentido comun en Esthética como en Filosofía es la anarquía ó el despotismo de las multitudes, segun se adhiera al individualismo cartesiano ó al sistema de las mayorías del abate La-Mennais.

El individualismo forma la base de las teorías esthéticas de Jouffroy y de Pictet; La-Mennais y Tissandier dan mas importancia al consentimiento de los hombres; Cousin, vacilando entre el empirismo y la especulación filosófica, ha producido una Esthética puramente gratuita y sin valor de aplicación.

Entre nosotros se ha empezado á cultivar la Esthética en época reciente, aunque en trabajos por lo general poco importantes, si se exceptúa la Esthética de nuestro docto maestro D. Isaac Nuñez de Arenas, magnífica iniciación del espíritu español en el sentido de la filosofía kantiana y las fecundísimas explicaciones de D. Julian Sanz del Rio.

Interesados por nuestra parte en el renacimiento filosófico de nuestra patria, deseando preservarla de la general anarquía de las doctrinas filosóficas francesas, al acometer la empresa de coadyuvar á la generalización en nuestro país de los estudios esthéticos, creemos deber apartar de la circulación científica, la moneda de baja ley que corre á veces con el nombre de Esthética, y aunque en la fecundidad y florecimiento de dichos estudios en Alemania, es de esperar que al fin se opere una transformación en las ideas de nuestros vecinos de allende los Pirineos, bueno será no esperar tan pacientemente la nueva, como hemos esperado de los mismos el conocimiento de la Esthética de Hegel (explicada ha mas de treinta años, y no traducida al francés hasta el año 52), antes acudiendo directamente á las genuinas fuentes de esta ciencia en el país donde se muestra mas adelantada, procuremos con preferencia utilizar sus últimos progresos en beneficio de la literatura crítica de nuestra nación.

Para este fin no dudo que parecería muy útil la traducción de la obra maestra de Federico Gregorio Vischer (en tres tomos con mas de dos mil quinientas páginas en 4.º mayor) ó las de Weisse y Ruge, posteriores á las lecciones de Hegel, si razones de algun valer no advirtiesen sobre la inconveniencia de ofrecer al pueblo español, de otro genio, temple, anticipaciones filosóficas y aun creencias que una gran parte del pueblo alemán, la doctrina desnuda de los mencionados expositores. Persuadidos además de que los legítimos progresos de la ciencia no ofrecen antagonismo con las doctrinas eminentemente religiosas, hemos pensado en la posibilidad de reunir todos los adelantos esthéticos y filosóficos en una exposicion de sentido verdaderamente católico con la forma metódica y sistemática propia de la filosofía.

La cuestion no es en verdad muy fácil, pues prescindiendo de los diferentes puntos de partida de los autores de sistemas esthéticos, las numerosas cuestiones que se relacionan con la Belleza, se cruzan y mezclan en tan inextricable laberinto, que, segun diferentes circunstancias, obtienen diversas soluciones. De aquí la dificultad de responder á todas las dudas en exposiciones breves, apareciendo como parcial contradiccion de las afirmaciones, lo que tiene explicacion fácil en el proceso del sistema.

Tal es la razon por qué la presente obra, si Dios nos permite acabarla, como destinada á contener en sí la mayor parte de los principios fecundos de la ciencia, alcanzará dimensiones que pueden parecer excesivas para una parte aislada de las ciencias filosóficas.

Bien sé que por tanto no agotaré la tarea, ni secaré el pozo de la investigacion, ni cosecharé el fruto íntegro de la ciencia, que no se coge inmediatamente de un libro, cual una manzana del árbol; mas empeñado en un trabajo que creo útil, debo aspirar á hacerlo cuanto mas completo posible, sin callar una idea de mis convicciones, en cuanto pueda tener interés real para el público, y contribuir al triunfo moral de la verdad en las esferas de la ciencia.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ,

COMO MUJER, COMO ESCRITORA Y COMO RELIGIOSA.

CUBIERTO el uno de eterna nieve, coronado el otro de un penacho de fuego, se alzan á catorce leguas de la ciudad de Méjico los elevados picos de Yxtacihuatl y Popocatepel.

En el estrecho y frondoso valle que al unirse forman las faldas de estas elevadas montañas, existía á mediados del siglo XVII á doce leguas de la ciudad la bien conocida alquería de San Miguel de Nepanhtla, y á cuatro leguas de ella la modesta poblacion de Mecameca.

Habitaba por aquel entonces la alquería D. Pedro Manuel de Asbage, hidalgo honrado y pobre, que desde Vergara su patria, pasó á Nueva España en busca de mejor suerte, y habíala tenido en efecto, encontrando en Yagapiztla, si no riquezas, un mejor tesoro en el noble corazon de Doña Isabel Ramirez de Cantillana, hermosa criolla á la que juró amor y proteccion al pié de los altares.

Fruto legítimo de estos amores fué Juana Inés, venida al mundo en la mencionada alquería la noche del 12 de Noviembre de 1651 (1). Pródigo el cielo con ella dotóla de una inteligencia profunda y

(1) Lemke en su Manual de Literatura Española (t. II, p. 646) y los señores Gayangos y Vedia en su traducción de Ticknor (t. III, p. 232), aseguran que esta célebre mujer nació en Guipúzcoa en 1651, y murió en Méjico en 1695; añadiendo el primero, que esto es cuanto se sabe de su vida. Ignoramos los fundamentos de esta opinion: en apoyo de la nuestra tenemos las minuciosas noticias que nos suministra su biógrafo el P. Diego Calleja, que marca hasta la hora y habitacion en que nació, una Egloga de D. Eulógio Francisco de Córdoba, una Elegía anónima, y otra composicion laudatoria de D. García de Rivadeneira; (Fama y obras póstumas del Fénix de Méjico.==

de una hermosura nada comun; cualidades ambas, que en sus primeras manifestaciones hacen siempre de la niña un ángel, y desarrolladas luego, convierten frecuentemente á la mujer en mártir ó en verdugo. Á la edad de cinco años ya Juana Inés, si hemos de creer á sus biógrafos, leía, escribía y contaba con perfeccion; y á los ocho compuso una loa para la fiesta del Santísimo Sacramento, conquistando con ella un premio ofrecido por el muy R. P. M. Fray Francisco Muñiz, Vicario de Mecameca. Engreidos justamente sus padres y deseando cultivar aquel talento precoz, que tan ópimos frutos prometía, y que encerrado en los valles de la alquería era forzoso viviese y muriese ignorado, comprendieron que aquella ave de atrevido vuelo requería mas ancho espacio en que desplegar sus alas, que aquel corazon de fuego necesitaba otro ambiente mas lleno de vida, que aquella alma grande carecía en los campos del alimento propio á su inteligencia; y ganosos de la gloria de su hija, y no queriendo defraudar legítimas y fundadas esperanzas, pasaron con ella á Méjico, y aunque no accedieron á las instancias con que continuamente les importunaba para que la permitiesen asistir á la Universidad disfrazada de hombre, la colocaron en casa de sus abuelos, donde en algunos pocos libros que allí encontró cebó sus ansias de saber, como dice su biógrafo el P. Diego Calleja, si bien presenta como causa principal de su traslacion á la ciudad, lo expuesta que en el abandono de los campos habia de colocarla su hermosura; apreciacion que presenta mas de relieve con esta frase, sino del mejor gusto bastante expresiva al menos: «La buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar un borron.»

La vida de Juana en este nuevo período corre completamente

Madrid, 1700.) Y prescindiendo de otros muchos datos que en sus obras se encuentran, un soneto burlesco de la poetisa que concluye con este verso:

« aunque eres Zancarron y yo de Meca.»

Y la nota que á este soneto acompaña, que dice así: «Nació la Poetisa en Meca, Pueblo de la Nueva España.» (Poemas de Sor Juana Inés de la Cruz. Tercera edicion. Barcelona, 1691.)

Existen, á mas de las ya citadas, numerosas ediciones de las obras de este ingenio fecundo, pues ya en el año 1700 se habian agotado siete de los tomos I y II, segun afirma en el prólogo del III D. Juan Ignacio de Castorena. De ellas las mas conocidas son la segunda del t. II, Barcelona 1693, y la completa de Zaragoza 1682—1725.

ignorada, hasta que otra vez la vemos aparecer en la situacion mas brillante, pero tambien mas critica de su azarosa existencia, puesto que las graves aunque mal conocidas circunstancias que en ella la rodean, deciden seguramente su porvenir. Aludimos á su ingreso y permanencia en la verdadera escuela de sus estudios, palenque de su ciencia, espléndido teatro de sus glorias, paraíso é infierno de su corazon; que todo esto fué sin duda para ella el palacio del virey.

Éralo á la sazón D. Antonio Sebastian de Toledo, segundo Marqués de Mancera, y esposo de la altiva hija de los Condes de Millesimo D.^a Leonor María de Carreto. Bajo su proteccion vemos rápidamente crecer la fama de la niña, adolescente ya, dilatarse sus conocimientos, desenvolverse su genio, desarrollarse su hermosura y popularizarse el prestigio de sus encantos.

Dedicase en los primeros dias de su estancia en el palacio al estudio de la latinidad, y veinte ó veinte y cinco lecciones le bastan para aprenderla, segun afirma su maestro el Bachiller Martin Olivas. Entrégase á la lectura de nuestros poetas y brotan de seguida entre las cuerdas de su templada lira, sonoras melodías, picantes epigramas, sentidas endechas, sonetos ingeniosos, entonados romances, fáciles y graciosas silvas: recorre los extensos espacios de las ciencias y coge en ellos larga cosecha de sabroso fruto: se abisma en los misterios sublimes de la Teología, y logra sorprender sus recónditos arcanos.

Juana era tal vez un genio universal, que nacida en otro siglo y bajo condiciones distintas hubiera llenado el mundo con su nombre y los siglos futuros con la brillante luz de su inteligencia. Si pareciere esta apreciacion exagerada, he aquí en su apoyo un hecho que la justifica.

Queriendo el virey hacer brillar mas y mas los talentos de su protegida, reunió un dia en su palacio los mas célebres Teólogos, Filósofos, Historiadores, Matemáticos, Poetas y Humanistas de Méjico, incluso los profesores de la Universidad, para que propusiesen á Juana cuantas cuestiones y problemas quisiesen oirla resolver: y hablando despues del resultado del debate, dice el mismo Marqués: «Á la manera que un Galeon Real se defenderia de pocas

chalupas que le acometiesen, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su clase, la propusieron.»

A este testimonio solo debemos añadir que aun no había Juana cumplido diez y siete años.

Y decimos que no los había cumplido, porque á esta edad (1668) tomó el velo de religiosa en el convento de S. Jerónimo, donde mas tarde profesó.

¿Tenia Juana vocacion á la vida monástica? ¿Hubo algunas causas que influyeran ó motivaran esta resolucion? Diremos lo que dicen y lo que pensamos. El padre Diego Calleja con sobrada candidez en la forma y mucha intencion, aunque laudable y buena en el pensamiento, afirma que, desde su mas tierna edad habíase Juana sentido inclinada al claustro, si bien despues, á causa de su humildad y del disgusto de tener que abandonar sus estudios, abrigaba algunos temores que al fin dispó el jesuita Fray Antonio Nuñez, confesor de los vireyes; pudiendo hasta considerarse como una influencia en su manera de sentir y un presagio de su futuro destino la circunstancia de haber nacido en una pequeña habitacion llamada la Celda en la alquería de S. Miguel.

Nosotros creemos que un desengaño, ó mas bien una pasion contrariada, un amor imposible, fué quien llevó al claustro á una mujer nacida indudablemente para el mundo. Daremos los fundamentos de nuestra opinion.

Cuando el hombre pasa y el nombre queda en las páginas de la Historia, porque sus hechos ó sus escritos le hicieron célebre, á sus escritos ó á sus hechos es forzoso recurrir, si queremos juzgar de la parcialidad de sus contemporáneos cuando de él se ocupan, formar una apreciacion exacta de su mérito, descifrar sus aspiraciones y comprender su espíritu.

Partiendo de este principio, busquemos el alma de Juana Inés en sus escritos, y, examinándolos, veamos si en ellos se revela su vocacion al claustro, ó una causa externa y poderosa que á él la impulsara: exámen que nos servirá para conocer á un tiempo la escritora y la mujer.

Jóven, pobre, con talento y corazon, forzoso era que Juana fuese impresionable, agradecida, pensadora y entusiasta. Hijos de estas cualidades son casi todos sus escritos: de la gratitud y el ingenio los mas, del corazon los menos; pero aquí los menos como espontáneos, como verdaderamente inspirados, son los que en realidad envuelven en sus tiernas y sencillas concepciones los rasgos mas característicos de la fisonomía que intentamos bosquejar. Busquemos pues, primeramente en ellos la mujer; y en ellos y en los otros veremos despues la escritora. Sintamos primero con el poeta, saludemos luego con la jóven á sus protectores, y pensemos por último con el filósofo.

El amor, pero no el amor divino, ni el amor como teoría, no la ilusion, no el delirio, no el amor exclusivo del espíritu sino el amor humano en su mas verdadera y legítima manifestacion, el amor al hombre localizado constantemente en uno y solo individuo, y, acompañado de todas sus grandezas y de todas sus miserias, he aquí el móvil poderoso que arranca á la lira de Juana Inés sus mas sentidas, melodiosas y espontáneas armonías. No busquemos sin embargo en ellas el placer, no los goces: sus cantares son tristes como una flor regada con lágrimas, sombríos como las ruinas de un sepulcro, ó amargos como el último suspiro del suicida.

Oid en prueba un ligero fragmento de unas *liras* en que una mujer amante expresa el sentimiento por la muerte del objeto amado:

.....
Quién tan dichosa fuera,
que de un agravio indigno se quejara!
quién, un desden llorara!
quién, un alto imposible pretendiera!
quién llegara, de ausencia, ú de mudanza,
casi á perder de vista la esperanza!

Quién en ajenos brazos
viera á su dueño, y con dolor rabioso
se arrancara á pedazos

del pecho ardiente el corazon zeloso !
pues fuera menor mal , que mis desvelos ,
el infierno insufrible de los zelos.

Pues todos estos males
tienen consuelo, ó tienen esperanza ;

.....

¿ Cabe mas fuego en las formas , ni mas abnegacion en el alma
de una mujer? ¿ Habrá muchas que prefieran á la muerte del objeto
amado, verlo feliz en brazos de otra mujer en tanto que ella des-
deñada

..... y con dolor rabioso
se arrancara á pedazos
del pecho ardiente el corazon zeloso ?

Pues contemplad ahora un mar inmenso de amargura en los si-
guientes versos con que principia un bellissimo romance:

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato ;
quizá podreis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario.

.....

¡ Cuánto dolor ! Pero ¡ cuánta valentía para sufrirlo !
Oidla ahora en un arranque de indignacion al ver la injusticia
con que generalmente los hombres tratan á la mujer:

Hombres necios, que acusais
á la mujer sin razon,
sin ver, que sois la ocasion
de lo mismo que culpais :

Si con ansia sin igual,
solicitais su desden ;
por qué quereis que obren bien ,
si las incitais al mal ?

.....
Con el favor y el desden
teneis condicion igual,
quexándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

.....
Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada ?

.....
Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas,
y despues de hacerlas malas,
las quereis hallar muy buenas.

Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasion errada,
la que cae de rogada ,
ó el que ruega de caido ?

Ó cuál es mas de culpar ,
aunque cualquiera mal haga ,
la que peca, por la paga ,
ó el que paga por pecar ?

Pues para qué os espantais
de la culpa que teneis?
queredlas cual las hazeis
ó hazedlas cual las buscáis.

.....

Hé aquí otro arranque de su genio ardiente, probando que im-
porta poco la ausencia, puesto que existe el pensamiento :

Aunque cegué de mirarte,
qué importa cegar ó ver,
si gozos, que son del alma
tambien un ciego los vél

Otro mas característico y que prueba mejor el temple de su alma, aunque el exceso de *gustos* hace de un gusto pésimo la redondilla:

Si de mis mayores gustos
mis disgustos han nacido,
gustos al cielo le pido,
aunque me causen disgustos.

Desearíamos ver cómo el P. Calleja explicaba la unción religiosa, la tendencia mística de las frases que acabamos de transcribir. Hé aquí unas liras dando satisfacción á unos celos.

.....
Si á otros ojos he visto,
mátenme Fabio tus airados ojos:
si á otro cariño asisto,
asistanme implacables tus enojos,
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú que has sido mi vida me des muerte.

.....
Perdon al fin te pido
de las muchas ofensas que te he hecho,
en haberte querido;
que ofensas son, pues son á tu despecho:
y con razon te ofendes de mi trato,
pues que yo con quererte te hago ingrato.

Creemos que situaciones como las que estos versos descifran no se inventan por el puro capricho de cantarlas. Hay en esta composición, de la que solo hemos trasladado dos estrofas, tal lujo de

detalles y tanto carácter de personalidad, que no vacilamos en asegurar que tales situaciones no se describen mientras no se pasa por ellas. Pero oigámosla de nuevo, y juzguemos si pueden escribirse frases como las siguientes sin estar sintiendo lo que las frases dicen:

Este amoroso tormento,
que en mi corazon se vé,
sé que lo siento, y no sé
la causa porque lo siento.

Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo,
y pára en melancolía.

.....
Siento un anhelo tirano
por la ocasion á que aspiro,
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece
despues de tanto desvelo,
la desazona el recelo,
ó el susto la desvanece.

.....
Por no hacernos difusos renunciamos, aunque con harto sentimiento, á trasladar otras redondillas de esta bellísima coleccion; y concluiremos ya la exhibicion de muestras, que de este género venimos haciendo, con unas endechas llenas de amorosa languidez, impregnadas de tierna melancolía.

Si acaso, Fabio mio,
despues de penas tantas
quedan para la queja
alientos en el alma,

.....

Oye en tristes endechas
las tiernas consonancias,
que al moribundo *Cisne*
sirven de exequias blandas.

Dame el postrer abrazo,
cuyas tiernas lazadas,
siendo union de los cuerpos,
identifican almas.

Oiga tus dulces ecos,
y en cadencias turbadas,
no permita el ahogo
enteras las palabras.

De tu rostro en el mio
haz amoroso estampa,
y las mejillas frias
de ardiente llanto baña.

Tus lágrimas, y mias,
digan equivocadas,
que, aunque en distintos pechos,
las engendró una causa.

Unidas de las manos
las bien tejidas palmas,
con movimientos digan
lo que los labios callan.

Y á Dios, Fabio querido,
que ya el aliento falta,
y de vivir se aleja
la que de tí se aparta.

Ahora bien: la mujer que así se expresa, quizá pocos momentos antes de encerrarse en el claustro, la que de tal manera presenta las manifestaciones fisiológicas del sentimiento amoroso, la que con tanta energía explica no ya el sentimiento, sino la sensa-

cion, la que tan profundamente conoce los efectos físicos y morales de la pasión ¿nacó para el claustro ó para el mundo?

Las bien tejidas palmas
con movimientos digan
lo que los labios callan.

Esto, ni se sabe por instinto, ni se aprende por teorías. Es necesario haber estrechado la mano de un amante para saber que en tal situación

... en cadencias turbadas,
no permite el ahogo
enteras las palabras.

¡Qué duro contraste forman estas manifestaciones francas de la mujer con el erróneo juicio de su biógrafo, cuando asegura en su extraño lenguaje que jamás *amagó su pensamiento á dar oídos á las licencias del matrimonio*, porque siempre habia tenido fija su vista en la tranquila vida del claustro.

¿Quién dudará despues de la lectura de los fragmentos que acabamos de presentar, que Juana Inés amó en el mundo, que amó con pasión, y que amó tambien sin esperanza? Sobradas frases hay en sus versos amatorios, que ora despidiéndose para siempre del objeto amado, ora lamentando ausencias, ora pintando la imposibilidad de alivio al mal que la atormenta, justifican nuestra asercion y prueban hasta la evidencia, no solo que amó con delirio, sino que abrigó un amor contrariado.

¿Y quién era el objeto de ese amor? se nos preguntará. Vamos tambien á decir lo que sobre el particular pensamos, aunque en vez de pruebas solo podemos aducir ligeras conjeturas en apoyo de nuestra opinion, segun la cual el hombre que habia logrado interesar tan vivamente el corazon de Juana, y á quien bajo el nombre de Fabio dedica tan sentidas frases, no era otro que su protector: el virey.

Harto atrevido y aventurado en demasía parecerá seguramente este juicio, y no faltará algun crítico severo que lo califique de infundada ligereza y nos reconvenga por haberlo dado al público sin robustas pruebas en que fundarlo. Pero ni somos los primeros que así han pensado, aun cuando sí los que damos alguna prueba, ni sostenemos nuestra opinion como hecho cierto, sino como mera conjetura, ni creemos, dado el caso de su existencia, que este amor salvase las vallas del decoro, sino que por el contrario estamos persuadidos de que en la lucha del sentimiento y la razon, aunque aquel no dejó de existir porque era demasiado intenso, ni ésta sucumbió porque era fuerte y enérgica la mujer que tanto sufría, adoptó la única solucion que podía dejarla bien parada ante sus ojos y los del mundo: huir del hombre á quien no le era lícito amar, levantando entre ambos corazones las sombrías é inaccesibles paredes del convento.

Hecha esta protesta, y partiendo desde luego de la base ya sentada de que Juana Inés sufrió en el mundo el martirio de una passion contrariada, hé aquí los fundamentos de nuestra opinion.

Exceptuando las que ya hemos examinado, la mayor parte de las composiciones de esta poetisa (creemos haberlo dicho ya) son puramente de circunstancias; reconocen casi siempre por objeto asuntos locales, pudiendo formarse de ellas dos grandes grupos de los que el uno abraza todos aquellos trabajos que llamaremos de encargo, destinados principalmente á celebrar alguna festividad religiosa ó civil, y el otro los que su gratitud le inspiraba en situaciones dadas hácia cuantas personas la habian dispensado afecto ó proteccion. En el primero comprendemos una multitud de loas y villancicos, algun auto sacramental y otras varias composiciones de menor importancia. En el segundo, muchas poesías ligeras é ingeniosas dedicadas á varias personas amigas de la autora, ora dando las gracias por un favor recibido, ora manifestando simplemente su afecto y gratitud. De ellas el mayor número consiste en felicitaciones y enhorabuenas á D. Fray Payo de Rivera y al conde de Paredes, marqués de la Laguna, vireyes que sucedieron al de Mancera, y que como éste continuaron dispensando proteccion

y favores á la ya célebre escritora. Cumpleaños, dias del santo, nacimiento de un hijo, una expedicion campestre, una solemnidad cualquiera en palacio eran motivo suficiente para que Juana Inés pidiera á su musa versos con que obsequiar á sus protectores. Los nombres que hemos citado y algunos mas se ven constantemente en las obras de esta mujer, sirviendo de estímulo á su gratitud y móvil á su inspiracion. Pues bien: para el primero y mayor de todos sus protectores, para el que mas adhesion y cariño la habia de continuo mostrado, para el que sacándola de la pobreza y la ignorancia la dió posicion, ciencia y fama, para aquel á quien todo lo debía, ni una nota de su lira vibra en el espacio. El nombre del marqués de Mancera no aparece una vez siquiera en los escritos de su protegida. No pudiendo tachar de ingrata á la que con todos fué agradecida, ¿cómo se explica este silencio? ¿por qué la que tantas alabanzas tuvo para los demás vireyes y para muchas otras personas á quienes poco ó nada debía, ni una sola expresion de gratitud y cariño dedica á su Mecenas? No pareciendo acertado suponer que dejase de hacerlo, es forzoso presumir, ó que en realidad lo hizo y sus composiciones desaparecieron, ó que bajo el nombre de Fabio se oculta la persona del Marqués: si lo segundo, nuestra opinion queda admitida desde luego: si lo primero, alguna causa poderosa debió existir para que desaparecieran tan completamente. Nosotros creemos, aceptando una y otra suposicion, que escribiria muchos y muy buenos versos al afortunado virey; pero que viéndolo en él mas al amante que al protector, en las composiciones que le dedicara deberia rebosar, aunque menos franco, el mismo sentimiento que brota en las que bajo el nombre de Fabio le dedica. Admitido este supuesto, la causa de su desaparicion es muy sencilla: la inconveniencia de la publicidad.

Pero no es solo el que acabamos de presentar el fundamento de la opinion que venimos sustentando. Prescindiendo de otros mas vagos y difíciles de fijar, hé aquí otra nueva consideracion. Sabido es que Juana entró en el convento poco despues de aquel célebre debate del que con tanto entusiasmo hablaba el Marqués al compararla á un Galeon Real combatiendo contra débiles chalupas.

¿No parece natural que este hombre á quien tanto agradaban sus adelantos y su fama, que tanto la habia protegido y considerado, continuase despues dispensándola el mismo afecto, y aun diese mayores y mas brillantes pruebas de él en un momento tan solemne como el de su ingreso en el claustro? Pues bien, ni en los escritos de la poetisa, ni en las noticias que de su vida nos restan, se encuentra el dato mas insignificante que haga relacion á este asunto. ¿Qué mas? El padre Calleja, que hasta los minutos de su vida cuenta, guarda en este punto profundísimo silencio. La figura del Marqués desaparece absolutamente ante las puertas del convento. ¿No es esto sobrado extraño? Pero hay mas: Juana es pobre, y sin dote no puede profesar. Lo indicado parece que el que nada ha escaseado en proporcionarla una educacion brillante, el que por su casa y destino es sobradamente rico, el que por su posicion tiene necesidad de ser generoso y espléndido, el que hasta aquel momento la ha servido de padre, continúe siéndolo y la proporcione el dote que necesita para realizar sus deseos. Pues nada de esto sucede. El capitán D. Pedro Velazquez de la Cadena aparece como por ensalmo en estas circunstancias, paga el dote, y vuelve á desaparecer. Este nuevo personaje, ú obró por sí ó en comision. Si lo primero, claro es que algun motivo debió existir para que un extraño viniese á hacer lo que al protector incumbia; si lo segundo, poderosa debió ser la causa que evitase al actor verdadero obrar por sí y le hiciese reservar su nombre.

T. DE ROJAS Y ROJAS.

(Se concluirá).

DEL OD.

Las ciencias físicas pueden añadir al extenso catálogo de sus importantes descubrimientos en el siglo actual el de un nuevo agente imponderable, cuya existencia, sospechada desde hace algun tiempo, parece comprobada definitivamente en virtud de las indagaciones de ilustres sabios, y especialmente de las de M. de Reichenbach. Este nuevo flúido es el *od*, de cuyos extraordinarios fenómenos vamos á dar una ligera idea segun el notable trabajo que sobre este asunto ha publicado recientemente M. A. Boscowitz, escogiendo entre los diferentes hechos de que dá cuenta los que presentan mas notables y comprensibles caracteres.

Si un individuo, cuyo sueño es frecuentemente agitado, que usa ropas muy ligeras en el invierno, que gusta de habitaciones espaciosas, que no puede sufrir los olores fuertes, que se encuentra mal en concurrencias numerosas, que prefiere el color azul á todos y detesta el amarillo, apoya ligeramente ambas manos en la pared, despues de algunos instantes experimentará una sensacion de calor en la mano derecha y una impresion de frio en la izquierda. Si se le hace abrir la primera, y aproximando otra persona á su palma las puntas de los dedos de su mano derecha, las mueve con lentitud y separadas á alguna distancia desde la base á la extremidad de la mano del paciente, éste declarará que siente desprenderse de sus dedos á manera de un soplo fresco y ligero que penetra hasta el interior de su mano. Á las personas que sienten estos fenómenos ha dado M. de Reichenbach el nombre de *sensitivos* á causa de su singular impresionabilidad; ésta se halla sujeta á varios grados, y en virtud de numerosos experimentos no puede considerarse como un estado morboso y anormal, sino como una facultad propia de considerable número de per-

sonas y que se despierta por la presencia de un agente misterioso. Agente, que revelado hasta hoy en el único aparato del organismo nervioso, es aun solamente perceptible para los sensitivos, hasta que llegue un día en que pueda aislarse, condensándose y haciéndose visible para todo el mundo.

Si el sensitivo acerca la mano izquierda al polo negativo ó boreal de una aguja imantada, sentirá el mismo soplo agradable y penetrante; si la aproxima al opuesto, ese soplo será tibio y desagradable. Introdúzcase el polo Sud del imán en un vaso de agua, y dése á beber al sensitivo; la encontrará templada y tan nauseabunda, que le será imposible apurar el vaso; si el sumergido es el polo Norte, el agua se impregnará para él de cierto sabor acidulado, fresco y agradable. El análisis químico mas escrupuloso no hallará en ninguno de los dos casos la mas mínima diferencia en la composición del líquido, efectuándose en ellos tan solo un cambio puramente dinámico, inmaterial y únicamente apreciable para el sensitivo.

Ahora bien, si la causa de estas experiencias es alguna nueva propiedad del magnetismo ignorada hasta el día, solamente se manifestará en los cuerpos imantados; pero las siguientes observaciones han demostrado lo contrario.

Colóquese un cuerpo cristalino, por ejemplo, un gran cristal de roca sobre una mesa ó consola de chimenea: si el sensitivo aproxima la mano izquierda á la cúspide del cristal, sentirá desde la distancia de 20 ó 30 centímetros el fresco que de este se desprende, y si á la base, un aire tibio que, prolongándose, llegará á causarle un mal-estar insufrible. Los fenómenos que se ofrecen al paladar del sensitivo por la inmersión del polo boreal del imán en el agua, acompañan á la del vértice del cristal, y los que produce la del polo austral á la de la base. Como se vé ya en este caso no se presentan los efectos ódicos unidos á los magnéticos, sino que se revelan con su natural originalidad como resultados de una fuerza totalmente distinta. Hay mas: convenientemente preparado el sensitivo en una habitacion escasamente alumbrada, é introducido despues en otra perfectamente oscura, vé el cristal impregnado de una sustancia luminosa, coronado el vértice por una llamarada azul y vibrante, terminada la base por otra igual roja y envuelto todo en una atmósfera fosforescente y diáfana.

La causa de estos fenómenos que ofrece el cristal no puede ser el

calórico, pues ni aun en el termómetro mas sensible determinan la mas insignificante variación; ni ha de atribuirse al magnetismo, porque la aguja imantada no sufre desviación alguna por mas contigua que esté de la sustancia cristalina, á la cual por otra parte tampoco se adhiere la mas mínima partícula de hierro. Podrá ser la electricidad? Pero á mas de que el electrómetro no revela la presencia de la mas ligera corriente, para el desarrollo de este fluido se exige la presión de una causa excitante que no podría señalarse en estos experimentos. Tampoco puede producir semejantes resultados la luz comun, visible para toda clase de personas en condiciones normales, y que carece absolutamente de la propiedad de ser conocida por el tacto. Si el agente que aquí opera no es pues ninguno de estos cuatro fluidos, preciso será concederle una existencia propia y asignarle su puesto al lado de la luz y el calor, de la electricidad y el magnetismo.

Los efectos de la luz óptica se ofrecen con notabilísimos accidentes y una superior energía en un imán de gran potencia y forma de herradura, llegando mediante ciertas operaciones hasta poner enteramente traslúcido el hierro para el sensitivo, é iluminar de tal modo los objetos próximos que proyectan sombra.

Con la misma vehemencia con que se presentan los fenómenos visuales, gustuales y táctiles en los cuerpos magnéticos y las formas cristalinas, acompañan á la fuerza eléctrica, produciendo maravillosos resultados. Un hombre electrizado de pié sobre el aislador aparece en la oscuridad rodeado de emanaciones luminosas y coronadas de vivas llamas su cabeza y sus extremidades. Con la electricidad resinosa tienen lugar la sensación de frio, el sabor agradable del agua y la luz azul, en tanto que la vítrea se une con los efectos contrarios.

Iguales prodigios obra el *od* si se le observa en la acción de las fuerzas químicas; siempre acompañadas de un gran desprendimiento de este agente. Bastará citar la tradicional superstición de algunos pueblos de América acerca de la purificación de las almas en figura de llamas que se mantienen sobre las sepulturas de sus respectivos cuerpos, y cuyo hecho, perfectamente exacto, no es otra cosa que un efecto del *od* producido por la descomposición orgánica, que termina con ésta y que consiste generalmente en fantasmas luminosos afectando las mismas formas de sus cadáveres, y cuyos extraños fenómenos son visibles para todo sensitivo en cualquier cementerio.

En la vibracion de los cuerpos se desprende tambien el flúido ódico, segun puede observarse en la oscuridad hiriendo con el arco las cuerdas de un violin: igualmente se desarrolla en el choque, en cualquier presion, singularmente la muscular, en la frotacion, en las corrientes de agua, y en fin, si bien con efectos menos eficaces y rara vez presentando la polarizacion en una misma sustancia, se contiene y revela en todas, orgánicas é inorgánicas, habiéndose llegado á formar una escala segun el grado de intensidad con que cada una ofrece las dos clases de fenómenos ódicos. Esta escala comienza en el oxígeno, que es el que mas frescura y mas azulado resplandor produce, y termina en el potasio cuyas emanaciones son las mas rojas y calientes. Es digno de observarse que entre esta serie y la serie electro-química existe un completo paralelismo, correspondiendo respectivamente los tipos mas negativos y positivos de la segunda á los mas frescos y templados de aquella. Percibidas por los sensitivos aun á distancia de diez metros las emisiones ódicas, se ha reconocido que los metales producen la impresion de calor y hecho algunos ensayos de aplicacion de esta facultad á la invencion de minas, aguas, tesoros, etc.

Contemplando ahora el flúido ódico en los seres orgánicos vivos, hallamos que, en los vegetales, las flores y la superficie inferior de las hojas presentan la luz azulada en la oscuridad y el resto se ofrece con la rojiza; respecto del reino zoológico, si examina el sensitivo en la habitacion oscura un huevo, se le aparecerá todo trasparente y el embrion como un punto mas vivo de un brillo inusitado; finalmente, en todos los animales se observan los fenómenos del agente que analizamos, menos intensos en las hembras y notablemente enérgicos en el estado de exaltacion colérica. Los animales vivos proyectan en las paredes de la habitacion oscura una sombra si el lado próximo á ellas es el derecho y una forma luminosa si el izquierdo. El cuerpo humano es tambien poderoso vehiculo del *od*, y aparece á los sensitivos en la oscuridad como un fantasma luminoso, cuyo lado derecho irradia llamas azules que se tornan rojas en el opuesto.

Nuestro mismo planeta debe considerarse como un inmenso manto de *od*, y á este flúido pueden desde luego referirse, segun parece, las auroras boreales y australes que por su medio se han llegado á producir artificialmente. En fin, las emanaciones ódicas del sol, de la luna y cuantos cuerpos siderales se han observado, permiti-

ten sospechar que las relaciones por tanto tiempo mantenidas entre la astronomía y la astrología judiciaria, reposaban sobre hechos reales y principios positivos mas tarde exagerados.

Tales son algunos de los mas notables experimentos verificados con el recién descubierto agente, y confirmados por los nombres respetables de Humboldt, Zschokke, Berzélius, Ebert, Liebig, Endlicher, Fenzel, Unger, Barlow, Reichenbach y tantos otros de no menor autoridad y crédito. =X.

(EXTR. DE LA REV. GERM.)

VARIEDADES.

Algunos notables acontecimientos, verdaderas solemnidades científicas han venido á interrumpir hace poco el largo silencio que reina entre nosotros respecto á estudios de una índole grave: la inauguracion de la seccion de ciencias filosóficas en la Academia del Liceo y la recepcion de tres nuevos catedráticos, en el claustro de nuestra Universidad.

Respecto del primero de estos sucesos nos limitaremos á consignar la brillantez de la oracion inaugural leida por el Presidente de aquella seccion Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, y en que con la profundidad filosófica, sana crítica y copiosa erudicion que le distinguen desenvolvió bajo una forma elocuente el «carácter é historia de las Academias» tésis de su discurso. Si en la primera parte, puramente doctrinal, expuso consideraciones de notable valor y elevacion, asentando la naturaleza de las corporaciones científicas y literarias sobre firmes bases deducidas rectamente de las leyes del espíritu y de la íntima constitucion de la ciencia y del arte, no satisfizo menos en la segunda las exigencias que su bien merecida y temprana reputacion le imponia. La historia de las Academias desde su fundacion, desenvuelta en sus principales épocas, daba al distinguido orador ancho campo para enlazarla á las consideraciones generales que

habia esplanado, no menos que á circunstancias accidentales presentes y vivas en la mente de cuantos le escuchaban; por estas razones el discurso del Sr. Fernandez ha causado una honda sensacion en el público que se cuida de esta clase de asuntos. Dignamente abierto así el palenque á las discusiones de la Academia, esperamos que dentro de poco y terminada de un modo conveniente la crisis por que atraviesa, pueda al fin mostrarse en sus tareas fecunda de provechosos resultados, rehabilitando honrosamente el nombre de estas instituciones, combatidas un tanto hoy en ciertos de sus accidentes como exageradamente conservadoras y divorciadas del espíritu público, por mas que bajo su consideracion fundamental de centros de cultura para los grandes intereses morales sean dignas del mas alto respeto y de la mas entusiasta aprobacion.

Á tan importante suceso ha seguido la recepcion del Sr. D. Manuel de Góngora. El nuevo catedrático, ventajosamente conocido ya por sus trabajos epigráficos y arqueológicos, alguno de los cuales ha merecido honrosos lauros de la Real Academia de la Historia, trató en su notable discurso de exponer algunas «consideraciones acerca de la propagacion del cristianismo en España y de la suerte de los cristianos andaluces, especialmente desde la invasion de los árabes hasta la fundacion del reino de Granada.» Para ello, apoyándose en las autoridades que reputa mas dignas de crédito y mostrando no escasa erudicion, parte de la venida á España de San Pablo, Santiago y los siete varones apostólicos discipulos de este, confirmando las piadosas tradiciones que así lo indican, se detiene á exponer el carácter de la monarquía visigoda, defendiendo al clero de esta época del cargo de debilitarla con su preponderancia y ser causa de su decadencia. Continúa el digno profesor de Historia relatando las vicisitudes de la dominacion árabe en nuestro suelo, las luchas de los cristianos que espontáneamente se ofrecian á sellar con su sangre la verdad religiosa, y termina en la proscripcion y deportacion al África de gran número de muzárabes, víctimas del intolerante fanatismo mahometano (1125), no sin deducir del cotejo de esta expulsion con la decretada respecto de los moriscos por Felipe III (1610) la justicia vengadora de la Providencia y las robustas raices de la fé cristiana en los pechos españoles.

Encargado el catedrático de Literatura Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez de contestar á este erudito trabajo sobre un asunto de tanto in-

terés que ha sido recientemente señalado por la Academia de la Historia como objeto de un certámen, llenó ampliamente su cometido. Para el Sr. Fernandez Gonzalez, ilustre orientalista y entusiasta del pueblo árabe, debia la cuestion presentar un distinto aspecto, y así como el discurso de su nuevo compañero preconiza la cultura de la época visigoda, el suyo, altamente fecundo en elevadas consideraciones críticas, no puede menos de deprimirla en obsequio de la civilizacion arábigo-hispana. Dejando á un lado la cuestion de las predicaciones apostólicas como no comprobadas definitivamente en su sentir, pasa desde las mas profundas reflexiones sobre la índole y decadencia del visigotismo á ensalzar las excelencias de la tolerante cultura de los árabes españoles, bajo cuyo imperio la escasa ciencia de los visigodos y sus débiles tradiciones literarias se trasformaron segun su opinion en una gloria inmensa, una industria y un arte florecientes en productos incomparables que dejó á los castellanos aquel pueblo maravilloso. El Sr. Góngora, segun ligeramente hemos indicado, termina su discurso exaltando el patriotismo y entusiasta religiosidad de nuestro pueblo no menos que la justicia divina que vengó hace dos siglos y medio la cruel expulsion de los muzárabes, verificada bajo el dominio de los almorabides: su digno comprofesor, que parece limitar considerablemente la importancia de este último suceso, se adhiere á la opinion que considera como una medida calamitosa el decreto de Felipe III, no dudando calificarlo de grave falta política, de crimen histórico, únicamente disculpable bajo el sentido de la unidad religiosa; y dá fin á su trabajo mostrando en la siguiente decadencia de España la elocuente leccion de que «la grande obra de la experiencia histórica, á la enseñanza del hombre, no á la vanidad nacional es dirigida.»

Los otros dos nuevos catedráticos, cuya recepcion ha seguido á la del Sr. Góngora, han sido los Sres. D. Federico Trémols y D. Pedro Bassagaña, pertenecientes ambos á la facultad de Farmacia. El discurso del primero, abundante de erudicion, reseña ligeramente «la serie de adelantos que en todos tiempos ha hecho la análisis inmediata de las sustancias orgánicas», á cuyo fin trata del estado probable de las ciencias fisico-naturales en los antiguos pueblos del Oriente, y expone despues la situacion de estos estudios al advenimiento de la fisica peripatética, reivindicando para Empédocles la gloria de sus primeros fundamentos. La fisica de Aristóteles, conce-

bida sobre mas sólido apoyo, con un encadenamiento mas sistemático que las incoherentes teorías de los filósofos anteriores, y dominante en la edad media, merced principalmente al feliz impulso de los árabes, merece una especial y mas atenta consideracion al señor Trémols; pero en Paracelso es donde comienza en su sentir la época de los verdaderos químicos y al desenvolvimiento de sus doctrinas, contemporáneo de la evolucion filosófica que señalan Bacon, Descartes y Leibnitz, consagra un detenido y concienzudo exámen que no puede menos de merecer la escuela espagírica.

Desde estos tiempos se ve adelantar notablemente la química y los nombres de Becher y Stahl; Boërhaave, Rouelle; Pelletier y Desrosne; Lavoisier y Berthollet; Berzélius, Gay Lussac, Bergman y Wollaston, Chevreul, etc. indican las fecundas y progresivas transformaciones de esta ciencia. Despues de considerarlas de un modo adecuado y con estimable crítica, termina el Sr. Trémols exponiendo los últimos adelantos de la análisis inmediata, base de la química orgánica, con las dos especies de operaciones usadas en el procedimiento actual.

El Sr. Bassagaña, catedrático tambien de Farmacia, ha sido recibido en el claustro posteriormente á su compañero el Sr. Trémols. La «moral farmacéutica», tema de su discurso daba materia suficiente para graves é importantes consideraciones de un valor práctico inestimable. El Farmacéutico, consagrado por amor á la humanidad á un ministerio asiduo y modesto, abraza la menos brillante de las carreras científicas, la menos independiente, hasta la menos lucrativa. Á esto se une para hacer mas penoso su ejercicio una suma considerable de deberes ya referentes á sí mismo, ya á sus relaciones con la autoridad, con el médico, con sus compañeros y el público. Al exámen de estas obligaciones se dirige el discurso del catedrático de operaciones farmacéuticas, mostrando de paso con honroso celo los lamentables extravíos á que pueden conducir en este asunto así la charlatanería y la ignorancia como la falta de probidad y exactitud.

Á entrambos discursos ha contestado el Decano de la facultad Sr. D. Mariano del Amo, cuyos infatigables esfuerzos en pró de las ciencias cuya enseñanza preside, no puede menos de merecer la mas sincera adhesion. El Sr. Amo, que acaba de ver premiada en concurso una memoria suya por la Real Academia de ciencias de Madrid,

ha dedicado mas bien su pensamiento en sus dos discursos á demostrar la legitimidad científica de la Farmacia y la consiguiente necesidad que tiene el Gobierno de protegerla y conservarla en las universidades. No por esto, al volver digna y calorosamente por los fueros de su facultad, dejó de exponer en la primera y mas extensa de sus disertaciones reflexiones atinadas sobre la análisis inmediata y su aplicacion especial en la ciencia farmacéutica.

Reciba nuestro parabien el Claustro de la Universidad, no solo por los resultados que puede prometerse para su instituto de la cooperacion de los nuevos catedráticos, si que tambien por estas solemnidades recientemente introducidas, y que imponiendo á cada profesor la tarea de inaugurar sus ejercicios por un estudio detenido y amplio de cuestiones científicas determinadas, contribuyen á mantener dignamente el honor de nuestras Universidades en otra esfera que la oscura é imperfecta de nuestras rudimentarias enseñanzas.

Munda Pompeiana. (1) Este título dán sus autores á la extensa memoria premiada por voto unánime de la Real Academia de la Historia en el concurso de 1860. El mérito en esta ocasion ha conquistado el premio que de justicia le correspondia, y por fortuna no ha sido infructuoso el asiduo trabajo de cuatro años consecutivos empleados por los hermanos D. José y D. Manuel Oliver Hurtado en la confeccion de su obra.

Divídese ésta en dos partes, *histórica* y *geográfica*, y varios apéndices curiosísimos. La primera, despues de referir la venida á España de Cneo Pompeio el mozo, y la llegada de César, se ocupa en fijar la verdadera posicion de Obulco, Ullia, Corduba, Ategua, Flumen Salsum, (2) Castra Posthumiana, Ucubi, Bursávola, Soricaria, Aspavia, Soricia, Hispalim, Ventipo y Cárruca; continúa con la descripcion de la batalla de Munda y el relato de los sucesos posteriores á ella, concluyendo con la toma de Munda y asedio de Urso. En la parte *geográfica* se presentan y examinan con severo análisis los tex-

(1) Madrid 1861. 1 vol. de 500 pág.

(2) Rio Guadaxoz.

tos de Strabon, Plinio, Ptolomeo y algunos otros; se exhiben y juzgan en cuanto á su importancia, significacion y legitimidad, multitud de inscripciones y medallas; se describen y comparan numerosas y elocuentes ruinas, y se concluye, como consecuencia de los preliminares sentados, fijando en Ronda la Vieja la verdadera situacion de Munda Pompeiana.

Los notables apéndices con que la obra termina son una prueba elocuentísima de los profundos conocimientos de sus autores, que no han omitido trabajo alguno, ni dejado de examinar severamente el mas insignificante de los libros y manuscritos que al asunto hacen referencia.

Creemos, pues, que la verdadera situacion de Munda se ha encontrado al fin, y por ello felicitamos á los autores de la Memoria y á la Academia que ha sabido premiarla.

K.

La prensa granadina, lo mismo que gran parte de la de Madrid y provincias, ha saludado cordialmente nuestra aparicion: nos creemos en el deber de rendir en estas líneas un testimonio de gratitud á la cortesía de sus órganos y á los inmerecidos elogios, con que alguno de ellos en especial, se ha servido honrarnos.

Hemos tenido el gusto de ver el Reglamento de la Sociedad que con el nombre de CENTRO LITERARIO ha creado en la vecina capital de Jaen, la Real Económica de Amigos del país de la misma ciudad. El CENTRO celebró su primera academia el 15 de Noviembre último, disertando en ella el Sr. D. Luis Lopez, ilustrado profesor de aquel Instituto, sobre el origen de la verdadera filosofía: el 20 lo hizo en la segunda academia acerca del influjo de la Beneficencia en el orden social D. Federico de Mendoza, tambien digno catedrático de aquel establecimiento: el 15 de Diciembre el Sr. D. Antonio Hurtado, Gobernador civil de dicha provincia, leyó una brillante disertacion sobre el mundo pagano bajo el punto de vista de las costumbres y los

poetas griegos y romanos; y en 30 del mismo mes, D. Bernardo Lopez García ocupó agradablemente la atencion del CENTRO LITERARIO con esta interesante tésis: *¿La poesia es un adorno ó una necesidad para los pueblos?* Finalmente, el 15 de Enero debió disertar, segun nuestras noticias anteriores á aquella fecha, sobre otra cuestion de literatura el Sr. D. Antonio Almendros, á cuyo trabajo sucederán otros no menos apreciables acerca de administracion, legislacion aragonesa, etc.

En nuestra condicion de entusiastas por las letras no podemos menos de congratularnos por la institucion del CENTRO y por el provechoso cultivo de aquellas, manifestado en sus tareas, y damos nuestro sincero parabien tanto á los señores que en éstas han tomado parte, como á la Real Sociedad Económica á quien se debe la realizacion de tan feliz pensamiento y al Sr. Gobernador de aquella provincia, que, al consagrar al CENTRO los momentos que le dejan libres sus importantes funciones, ha demostrado claramente su amor á las letras, su erudicion y su laudable deseo, raro por desgracia entre nuestros gobernantes, de contribuir al desarrollo de la vida intelectual del pueblo, cuya direccion tan acertadamente le ha confiado el Gobierno de S. M.

En la REVUE GERMANIQUE, órgano autorizado del movimiento intelectual de Alemania, que ve la luz en Paris, hallamos las siguientes frases que ha trasladado á sus columnas la REVISTA IBÉRICA, y en las cuales un distinguido literato extranjero se ocupa, con ocasion de una obra de Mr. Dugat, del notable trabajo recientemente publicado por nuestro ilustrado compañero de redaccion el Sr. D. Pedro Lahitte. Las estampamos con la mas alta satisfaccion, no solo como un testimonio respetable en favor de la naciente reputacion de nuestro modesto amigo, sino tambien como un estímulo para cuantos se dedican á tan nobles estudios.

«.... Pues que hablamos de esta materia (dice el articulista) mencionemos brevemente y sin salir de nuestro objeto, una coleccion poética de *Orientales*, es decir, una coleccion de poesías traducidas del árabe en verso castellano por D. Pedro Lahitte Ricard, catedrático-sustituto de lengua arábica en la Universidad de Granada. Es

un *debut* muy feliz, que anuncia, no solamente un arabista distinguido, sino tambien un poeta elegante y correcto, *rara avis* en el tiempo presente en España y en todas partes.—Esta traduccion no es otra cosa que la antología poética de Kosengarten, colocada por este orientalista al fin de su *Chrestomatía arábica*. El traductor, fiel á su papel de intérprete, ha evitado toda adición y supresión; pero ha puesto en traducir un arte infinito, y su traducción en general es notable por la pureza de la lengua y la armonía del ritmo. De desear sería que muchos poetas, que se dicen inspirados, se curasen algo mas de estos accesorios.—Las *Orientales* traducidas en versos españoles por el profesor de la Universidad granadina, pueden clasificarse en tres géneros: sentencias filosóficas y morales; elegías amorosas; poesías descriptivas.—Por cortos que sean estos trozos siguientes, no podemos reproducir nada sin ocupar mas espacio del que podemos disponer; obligados por esto, pasaremos por alto los dos primeros géneros para tomar del tercero algunos que no se leerán sin placer.»

Después de insertar hasta cuatro composiciones, termina así:

«Estas cosas fáciles y ligeras reclaman rima y medida.—Todo el encanto de estas frivolidades está en la forma, y alabamos sin restriccion al traductor, por haber felizmente reproducido en sus versos el encanto poético y el sabio arte del original.—Traducciones de este género, hechas segun tal sistema, no serán inútiles para poner en evidencia los numerosos rasgos que relacionan la poesía árabe á la poesía española.»

POR TODO LO NO FIRMADO:

El Secretario de la Redaccion,

T. DE ROJAS.

El Editor responsable,

MIGUEL PINEDA.

ESTHÉTICA. (1)

INTRODUCCION.

1.—CONSIDERACION PRELIMINAR.

Tropezamos al principio de la Esthética con la dificultad, general que toda ciencia ofrece á desenvolver su esencia interior en una proposicion sucinta, que muestre de ella una idea adecuada, ó, como vulgarmente se dice, en una definicion. La respuesta á estas preguntas ¿qué es Esthética? ¿qué es Física? ¿qué es Astronomía? no se completa jamás con una proposicion desnuda de subsiguientes explicaciones que declaren el elemento desconocido.

En la imposibilidad de aplicar á los objetos de las ciencias el método constructivo *a priori* de las definiciones de seres matemáticos, las llamadas definiciones con que suele iniciarse su estudio, ó son puramente paráfrasis del nombre técnico, rodeos con que intenta explicarse su acepcion legítima en el terreno científico, simples descripciones ó exposiciones, en fin, que exigen otras hasta llegar á las últimas formas ó límites de la ciencia en un desenvolvimiento necesariamente prolijo.

Explicar con palabras vulgares el valor técnico de la voz Esthética, su uso corriente é histórico, no es, por lo tanto, definirla.

Ajenos á semejante pretension, por nuestra parte, nos limitaremos por ahora á sentar una proposicion que sirva de principio ó

(1) Véase el núm. 1.º

punto de partida, acompañándola de descripciones, que la expliquen en cierto modo, dejando al desenvolvimiento ulterior de la ciencia la demostración de la exactitud de la una y de la conveniencia de las otras.

De la Estética podemos decir, en forma inmediata y en el concepto más sencillo, que es «la ciencia de la Belleza y del Arte bello.»

La ley lógica de nuestra exposición nos conduce naturalmente á exponer en breves frases qué entendamos por *Ciencia*, *Belleza*, *Arte*, y *Arte Bello*.

Por *Ciencia* comprendemos un organismo de verdades ó un conjunto de nociones ciertas, enlazadas unas con otras y sometidas á un principio fundamental. La determinación de este principio constituye el tema de los más notables sistemas filosóficos desde Kant á Krause. Dejando á un lado su investigación, que corresponde á la *Metafísica*, partiremos de la posibilidad de la ciencia como de un dato que la Estética toma á un estudio diferente del fondo interno de sus doctrinas.

Tampoco es de este lugar definir la *Belleza* aunque sí distinguir los objetos llamados Bellos por algunos conceptos generales. Á este propósito observaremos que al considerar la diferente naturaleza de las cosas, se muestran unas dotadas de valor propio é interés por sí como el hombre, los cuadros, las flores, etc., mientras otras se ofrecen, por el contrario, desprovistas de valor particular intrínseco, dependiendo en su mayor parte de relaciones extrañas á que están sometidas, cual sucede con los utensilios domésticos, los trajes y tantos objetos de interés secundario, que en tanto valen en cuanto sirven para el fin á que se destinan. Á las primeras corresponde en el uso vulgar el nombre de *bellas*, á las segundas el de *útiles*. Siendo frecuente en objetos innumerables la confusión y mezcla de ambos caracteres, en la dificultad de encontrar cosas puramente bellas ó puramente útiles, suelen clasificarse por el predominio de los mismos, recibiendo, por último, el nombre de *Bello-útiles*, en el caso en que se realice cierta manera de equilibrio.

Con la palabra *arte* (del latín *ars*, del griego *aretee*) designamos lo mismo que virtud ó fuerza, y en términos generales y filosóficos

se significa la facultad convertida en habilidad de hacer sensible y manifestar en el tiempo una idea humana.

Clasificanse las artes por la naturaleza de sus productos en artes que producen objetos con su fin en sí (*Bellas Artes*), artes que producen objetos que tienen su fin fuera de sí (*Artes útiles*), y artes que producen objetos que tienen su fin parte en sí y parte fuera de sí (*Bello-útiles*.)

La Estética trata con preferencia de las *Artes Bellas* y de las *Bello-útiles*, aunque estudie también en las *Artes utilitarias* el lado particular bello, histórico y de adorno, el carácter individual diferente y el vínculo porque se unen á las demás manifestaciones del *Arte*.

En toda ciencia, que debe ser una copia ordenada en el espíritu de su objeto, como en el sistema de la ciencia ó ciencia general pueden considerarse tres secciones diferentes: la ciencia de las esencias y de las ideas del objeto; la de sus manifestaciones concretas, estados y hechos; y la ciencia de las relaciones entre las ideas y los hechos; ó sean: la *Filosofía*, la *Historia*, y la *Filosofía de la Historia*.

Del mismo modo la doctrina entera de la Estética, en cuanto ciencia particular, abraza también las indicadas partes, si bien, supuesta la dificultad evidente de agotar y aun de tratar con alguna extensión la segunda, materia que nos llevaría demasiado lejos, nos limitaremos á la explicación científica de los hechos y manifestaciones más notables, bajo el concepto de la *Filosofía de la Historia*.

La Estética, por lo mismo, según nuestra consideración, comprende solamente dos de dichas partes fundamentales, la *Metafísica de la Belleza* y su *Filosofía de la Historia*.

Expone la primera el conjunto de nociones especulativas fundamentales sobre la teoría de lo Bello y de sus manifestaciones generales antes de ser consideradas en existencias ú objetos aislados, comprendiendo la cuestión de la Belleza en el objeto y en el sujeto, en su esencia, en su forma, en la relación de la esencia y de la forma, y en la impresión subjetiva; así como las cuestiones de lo

sublime, de lo cómico y de lo dramático en sus relaciones objetivas y subjetivas.

La Filosofía de la Historia de lo Bello, que es el estudio de las manifestaciones individuales de la Belleza en relacion con sus principios filosóficos, se subdivide en las tres partes siguientes: Física estética, ó estudio filosófico de la Belleza en existencias objetivas, limitadas, ni libres ni personales (Belleza real); Psicología estética ó estudio filosófico de la Belleza en existencias subjetivas, sujetos personales y libres (Belleza ideal) y Filosofía del Arte, ó estudio de la Belleza en manifestaciones subjetivo-objetivas (Belleza ideal-real).

2.—POSIBILIDAD DE LA ESTHÉTICA.

Ocurre en el estudio de la Esthética, no menos que en el de la Teología y Psicología, y ciertamente en mayor escala que en el de estas dos últimas ciencias, lo que no suele acaecer comunmente al estudiar Historia, Medicina ó Astronomía, á saber: la impertinente pregunta de si existe su objeto. Para el hombre de buena fé no tiene ocasion semejante pregunta; siente la Belleza y acepta sin dificultad que existe; en cuanto al incrédulo, mas que una proposicion, aventurada al principio de nuestra exposicion, debe alcanzar á persuadirle el desenvolvimiento entero de la Esthética. Estúdiese la misma sin prevencion, que, si tiene condiciones interiores científicas y abraza proposiciones ciertas y conexionadas, tendrá objeto verdadero.

La Esthética, no obstante, segun muchos, no puede organizarse en ciencia, ni merece estudiarse seriamente por la naturaleza de su objeto, de su medio y de su fin.

Su objeto, dicen algunos, no es materia de doctrina científica: lo Bello se contempla, se admira, se apetece; pero ni se comprende, ni se explica. En lo Bello todo es misterio, y puede haber cosa mas antipática á un alma llena de entusiasmo que la impertinente pretension del frio calculador á explicarle el secreto de sus emociones?

Á estas objeciones, que tan atrevidamente previenen contra su estudio, se responde con la Esthética misma. Niegan á la doctrina de lo Bello el poder de explicar los misterios del Arte: pues, explicándolos, refutará á sus adversarios. La verdad no tiene nada que temer del pensamiento en el uso legítimo de sus funciones; éste no es peligroso sino para los fantasmas, ni mata sino lo que es indigno de vivir. El análisis crítico, que es una operacion al parecer violenta, se hace saludable, si despojando las cosas de sus apariencias alucinadoras las reduce á pura esencia. La verdadera hermosura antes se muestra que se borra bajo el corte de su escalpelo. «Aunque Vénus Urania baje á la tumba, nota oportunamente Cherbouliez, está segura de salir triunfante de ella y exclamará con orgullo: «Yo soy una hija del espíritu; el espíritu no puede nada contra mí.»

Otros, menos exclusivos en esta parte, advirtiendo que sobre los objetos bellos y sus impresiones pueden hacerse consideraciones filosóficas, niegan que éstas alcancen carácter científico; olvidan, sin embargo, que la filosofia es preferentemente la ciencia de las ciencias, y que oponer lo científico á lo filosófico es el mayor contrasentido posible.

Asimismo consideran el medio con que produce la belleza las impresiones como indigno de la ciencia toda vez que la ilusion, lo diferente de la realidad y la imitacion son los medios con que parece conseguir sus efectos en la naturaleza y en el arte, y estos procedimientos, lejos de ser elementos de la ciencia y de la verdad, difunden sobre el mundo el reino de la mentira. Error crasísimo que tiene su origen en desconocer la esencia del arte, donde el mérito de la ilusion no depende de la ficcion de la realidad, imposible en la mayor parte de los casos y por lo general inconveniente, ni de la perfecta imitacion de lo real, donde tantas veces se junta lo feo á lo bello, y á lo poético y hermoso lo prosáico, vulgar y frio. El mérito artistico de una estatua en mármol ó bronce, por ejemplo, no depende del color ni de los cabellos naturales que la sobrepongan: tampoco se contraponen las obras del arte á las de la naturaleza para mentirlas; que la obra de arte en

su género es una obra de tanta y mas virtud, en cierto orden de existencias, que las obras naturales, como quiera que los productos del espíritu no son necesariamente inferiores á los de la naturaleza.

En cuanto á su fin, suponen últimamente que el arte, que instruye recreando y cuya aspiracion parece ser divertir y adular, no merece los honores de la ciencia seria; pero en esto solo se considera el arte esclavo en su mas miserable estado y en sus mas pobres manifestaciones, no el arte bello y libre que tiene su fin en sí mismo.

3.—ETIMOLOGÍA É HISTORIA DE LA VOZ ESTHÉTICA.

La palabra Esthética, en latin *Aesthesis*, se deriva de la griega *Aisthesis*, sentimiento, y debe su introduccion en el terreno filosófico al aleman Baumgarten. Segun las conocidas obras de este autor, (*Aesthetica*, 1750, *Aestheticorum pars altera*, 1758) la Esthética es una parte de la Gnoseología ó teoría del conocimiento, que, como ciencia instrumental, precede á las demás enseñanzas capitales de la Filosofía. Divididos por Wolf en su Lógica, (que como Propedéutica ó preparacion doctrinal antepone al sistema de la ciencia) los conocimientos del hombre en sensitivos é intelectuales, dejó, no obstante, un vacío en semejante preparacion, limitándose á explicar los últimos. Advertido este defecto por Baumgarten, se aplicó á corregirlo, exigiendo de la propedéutica (*scientia cognitionis in genere, seu gnoseologia, logica latiori significatu*) la investigacion de la naturaleza y del recto uso del conocimiento sensitivo á que dá el nombre de Esthética. Juntando en su consideracion el exámen y estudio del sentimiento de lo Bello con las otras formas de la sensibilidad, habria derecho á esperar la determinacion del lado comun con las radicales diferencias; pero esta unidad aparecia tan natural á Baumgarten, que no le preocupe en modo alguno. En el párrafo 1.º de la introduccion á su Esthética, dice: *Aesthetica (Theoria liberalium artium, gnoseologia inferior,*

ars pulcre cogitandi ars analogi rationis) est scientia cognitionis sensitivae. Mas adelante, en el párrafo 14, se limita á indicar una mediacion un tanto embrollada entre dos actividades tan diversas: «*Aesthetices finis, escribe, est perfectio cognitionis sensitivae qua talis: Haec autem est pulcritudo et cavenda eiusdem qua talis imperfectio. Haec autem est deformitas.*» Podria explicarse, sin embargo, suponiendo que esto quiere decir, que el fin esthético es elevar la contemplacion comun á contemplacion artistica, depurando la forma por el ideal de la fantasia, lo cual seria, sin duda, una anticipacion á la doctrina moderna esthética, que parte de la concepcion subjetiva. En verdad esta idea no parece extraña á Baumgarten. Segun él, en la Esthética no debe aceptarse el carácter de la contemplacion sensible como desnuda de distinciones é irreflexiva; la percepcion esthética es «*Complexus representationum infra distinctionem subsistentium*» (párrafo 17), mientras en el interior debe obtenerse un «*Consensus cogitationum inter se ad unum qui phenomenon sit*» (párrafo 18), y este *consensus* que debe mostrarse por el lado del pensamiento como orden interior, y por el lado de la expresion como armonía de los signos ó representaciones, es la Belleza.

Baumgarten, empero, solo tiene á la vista Poética y Retórica, únicamente considera (párrafo 29), *elegantia cognitionis*, para cuya produccion exige ingenio, *dispositio naturalis ad imaginandum* (párrafo 31): no piensa en otra cosa que en embellecimiento elegante de un asunto del pensamiento, sin comprender la oposicion entre *repraesentatio* ó *imaginatio* y *cognitio*; por tanto, es inútil buscar en su exposicion una teoría sobre la manera con que de la bella contemplacion se pasa al dominio de la fantasia creadora.

Kant ha empleado tambien el nombre de Esthética, aplicándolo con entera libertad, tanto al tratado del conocimiento comun sensible como á la consideracion de lo Bello. En la Esthética trascendental (*Critica de la Razon Pura*, párrafo 1, nota) protesta, sin embargo, contra el empleo de la palabra Esthética introducida por Baumgarten para designar lo que otros llaman «Crítica del gusto.» En dicho tratado atacaba el uso del lenguaje, porque, en general,

dudaba de la posibilidad de una referencia del juicio crítico de lo Bello á principios racionales, á la sazón que creía haber descubierto para la contemplación sensible ordinaria las formas puras *a priori* «del espacio y el tiempo,» designando su estudio con el nombre de Esthétique trascendental. Mas, cuando posteriormente hubo encontrado ciertas leyes fundamentales de la apreciación crítica de lo Bello, restableció en uso general el nombre que había impugnado, denominando su «examen de la facultad del gusto,» *Crítica del Juicio estético*. Desde entonces el nombre ha sido aceptado generalmente, olvidándose ante la fama de Kant su inexactitud etimológica, y goza de cierta prescripción que no merece desatenderse. Por lo demás, el nombre no solo es defectuoso por dar lugar á confundirse con el tratado puramente psicológico de las formas de la sensibilidad, sino asimismo por anunciar una consideración puramente subjetiva del modo con que es ó debe ser sentido el objeto, cuando la ciencia de la Belleza debe poseer y estudiar primero el asunto ó causa de impresión en el objeto mismo, que determinar la afección subjetiva que produce.

Krug designa la Esthétique con el nombre de Gustología (*Geschmacklehre*), denominación subjetiva, que concede al gusto mas que lo que de derecho le corresponde. Sulzer la llama «Teoría de las Bellas Artes» y asimismo Filosofía de las Bellas Artes, ó sea la ciencia que deriva, tanto la teoría general como las reglas de las Bellas Artes, de la naturaleza del gusto: Eberhard, en fin, «Teoría de las Bellas ciencias.»

En estas últimas designaciones, la voz teoría, que recuerda siempre cierta oposición á la práctica, no parece adaptarse á la cuestión esthetica, como tampoco la denominación de Bellas ciencias que envuelve cierta contradicción.

Krause ha propuesto que se designe esta ciencia con el nombre de Kalli-esthetica, y Gioberti cree que con mas propiedad debería llamarse Kallologia. Nosotros usaremos la voz Esthétique, que tiene la ventaja de mayor claridad en el uso recibido, y el derecho del primer ocupante.

(Se continuará.)

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ,

COMO MUJER, COMO ESCRITORA Y COMO RELIGIOSA.

(Conclusion.)

El público, generalmente recto en sus juicios, apreciará en lo que valgan las consideraciones que acabamos de exponer. Nosotros en tanto, siguiendo la marcha que en un principio dejamos indicada, continuaremos bosquejando esta notable figura, cuyo rasgo mas característico dejamos trazado ya con la exhibición de fragmentos de sus versos amatorios.

Pasemos, descendiendo, del amor al ingenio. Vivo y agudo siempre, travieso con frecuencia, profundo á veces, se nos muestra de continuo en sus obras. No es fácil dar abundantes muestras de ellas, porque su extensión no nos permite insertarlas íntegras, y el mérito no está generalmente en conceptos aislados, sino en el pensamiento dominante de la obra y en la manera de desenvolverlo. El romance en que analiza la pasión de los celos, la manera de rechazar unas pretensiones amorosas sin que el desairado se pueda juzgar ofendido, y la descripción humorista de una belleza, son en nuestro concepto de las obras mas notables que tiene en este género, sin que esto sea colocarlas en primera línea, ni desconocer el mérito que brilla en otras varias de sus producciones, en las que si bien no suele seguirse con tanta regularidad y constancia el desarrollo de un pensamiento sostenido, abundan sin embargo agudezas de primer orden, toques maestros y pinceladas brillantes, mezcladas, por desgracia, con frases de mal gusto, conceptos oscuros y pensamientos rebuscados, que á veces suelen producir, en medio de una composición sencilla, estrofas que hubiera envidiado Góngora en la época de su depravación literaria.

Para que pueda formarse alguna idea aunque imperfecta de su estilo, hé aquí dos de sus mejores sonetos:

Al que ingrato me deja, busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro, á quien mi amor maltrata;
Maltrato, á quien mi amor busca constante:

Al que trato de amor, hallo diamante;
Y soy diamante al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver, al que me mata;
Y mato á quien me quiere ver triunfante:

Si á éste pago, padece mi deseo:
Si ruego á aquel, mi pundonor enojo:
De entrambos modos infeliz me veo;

Peró yo, por mejor partido escojo,
De quien no quiero, ser violento empleo;
Que de quien no me quiere, vil despojo.

Fabio, en el ser de todos adoradas,
son todas las beldades ambiciosas;
Porque tienen las Aras por ociosas,
Si no las ven de víctimas colmadas:
Y así, si de uno solo son amadas,
Viven de la Fortuna querellosas;
Porque piensan, que mas que ser hermosas,
Constituye Deidad el ser rogadas.

Mas yo soy en aquesto tan medida,
Que en viendo á muchos, mi atencion zozobra;
Y solo quiero ser correspondida

De aquel, que de mi amor réditos cobra;
Porque es la sal del gusto el ser querida;
Que daña lo que falta y lo que sobra.

Uno de los géneros que mas ingenio exige, es sin disputa el epigramático, que tambien Juana cultivó. No sostenemos que en él sea un modelo, porque indudablemente el suyo lo fué Quevedo, á quien

imita á veces en picante agudeza, y se acerca con frecuencia en exceso de claridad; pero no dejan de ser apreciables algunos de sus epigramas, de los que, para terminar ya con este género, copiamos dos, el primero dirigido á una presumida de hermosa, y el segundo á un alumno de Baco:

Que te dan en la hermosura
La Palma, dices, Leonor,
La de vírgen es mejor;
Que tu cara lo asegura.

No te precies con descoco,
Que á todos robas el alma,
Que si te han dado la palma,
Es, Leonor, porque eres coco.

Porque tu sangre se sepa,
Cuentas á todos, Alpheo,
Que es de Reyes, y yo creo,
Que eres de muy buena cepa.

Y que, pues á tantos topas,
Con esos Reyes enfadas,
Que (mas que Reyes de espadas)
Debieron de ser de copas.

Quédanos mucho que andar aun; es muy vasto el campo que tenemos que recorrer, y forzoso por tanto cruzarlo con ligereza, sin detenernos á contemplar todos los accidentes del paisaje. Ocasión tendremos mas adelante de apreciar nuevamente el ingenio de esta mujer, y de ese modo quedará compensado lo poco que sobre este punto aquí nos hemos detenido.

Visitemos ahora á la religiosa en el retiro de su celda, y veamos si late bajo el áspero sayal el mismo corazon de fuego que latia en el mundo, ó si, humillada la frente bajo la severa toca, abriga pensamientos mas graves que inspiren al corazon sentimientos menos ardientes. Veamos hasta qué punto las sombrías bóvedas del

claustro, desarrollando el ascetismo, han amortiguado los delirios de su alma.

Impresionable, cual hemos dicho, parecia natural que el violento cambio operado en las circunstancias de su vida, cambiando todas las condiciones de su existencia, influyese poderosamente en su manera de pensar y de sentir, y se manifestase mas ó menos intenso en sus composiciones literarias este nuevo estado de su espíritu. Bajo tres fases distintas podia este cambio manifestarse, siendo en cada una de ellas mas radical, marcando un mayor grado de perfeccion cristiana, y apareciendo, ó ya las tres sucesivamente en un orden natural, ó ya una cualquiera de ellas sin relacion alguna de prioridad ó sucesion. Juana debia naturalmente sentirse en el convento ó desesperada, ó resignada ó asceta. ¿Y cuál de estos tres estados nos revelan sus obras? Todos y ninguno. Un gran número de las que con seguridad podemos decir que fueron escritas en el convento, son de esas obras, que antes hemos dicho, inspiradas meramente por la gratitud, y en ellas nada revela los sentimientos de su alma. Otra porcion no escasa, que unida á las anteriores forma la mayoría de sus escritos, pertenece á la clase de poesías de encargo, y, cual las otras, permanecen mudas á nuestro intento: obras de ingenio y nada mas, que si algo revelan, es seguramente una envidiable tranquilidad de espíritu, impregnada de alegría y buen humor, situacion en que no podemos colocar á la mujer que ha abrigado en el mundo pasiones, como la que brota en algunos de los versos que de ella hemos citado. No admitida por inverosímil esta situacion, y concedida á Juana como no puede menos de concederse, una verdadera alma de poeta, impresionable por cuantos accidentes la rodeasen, y susceptible de grandes emociones, natural era que pulsase la enlutada lira, y en desgarradores lamentos, en salvajes y sonoras armonías cantase su tormento, si la desesperacion habia visitado su alma: que una triste languidez, una amarga melancolía se esparciese como un perfume disipado de todos los actos de su vida, de todas las producciones de su ingenio, si la resignacion habia calmado su delirio: que los atractivos de la soledad, la tranquila vida del claustro, los

goces del amor divino, las castas delicias de la virginidad hubiesen encontrado en ella un fiel intérprete, una inspirada cantora, si los encantos del ascetismo habian llegado á apoderarse de su espíritu. Nada de esto, sin embargo, encontramos terminante y fijo, y por eso antes digimos que en ninguno de los tres estados nos presentaban á Juana Inés sus obras; pero algo tambien hallamos, aunque vago y escaso, que viene á indicar que por los tres pasó.

Dado el supuesto, ya repetido, de sus amores desgraciados, ¿quién duda que los primeros momentos de su separacion debieron ser horribles? Ignoramos si las escribiria antes ó despues de su ingreso en la vida monástica; pero de las poesías que conocemos hay algunas en que, si no desesperacion, un tormento cruel, un dolor intenso, una absoluta carencia de esperanza se trasluce al menos. Sin buscar nuevos textos, la conclusion de las endechas que anteriormente citamos, puede servir de prueba:

Y á Dios, Fabio querido,
Que ya el aliento falta,
Y de vivir se aleja
La que de tí se aparta.

Pero como en el mundo nada hay perenne, ni el dolor puede serlo en intensidad y rudeza, porque concluiria con la vida, el de Juana fué perdiendo de su primera fuerza, merced á su talento y á la asidua ocupacion del estudio, que, haciéndola fijar la imaginacion en mas graves pensamientos, no la daba tiempo á delirar. Si á los escritos que algo dicen recurrimos, no hallaremos en realidad una verdadera resignacion cristiana, sino mas bien la amarga indiferencia del pesimista ó la fria calma del estóico. Y en prueba, he aquí el comienzo de uno de sus mejores romances:

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podreis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Menos aun se encuentra que pruebe afición al misticismo, placer en la vida contemplativa y tendencias ascéticas hasta poco antes de su muerte. Escribió, sí, muchas poesías sagradas á diversos asuntos; pero no son inspiradas, ni se descubre en ellas la unción religiosa de que debieran estar impregnadas, que es lo que constituye la principal belleza de este género de literatura.

Ahora bien: si dejando á un lado frases y pensamientos sueltos queremos estudiarla en el conjunto de sus escritos durante este período de su vida, su carácter presenta otra faz muy distinta, menos interesante tal vez, menos bella, pero no menos digna de exámen, por lo mismo que es mas anómala y mas difícil de comprender. En ella desaparece completamente la mujer ante la monja escritora. Juana escribe, y en sus producciones todas deja mas ó menos impreso, pero siempre indeleble, el sello de su talento; mas no escribe como lo hubiera hecho fuera del convento, porque allí su imaginación se habria espaciado con libertad, arrancando á su lira francas y espontáneas armonías, y aquí parece que su genio se ha empequeñecido, reduciéndose al estrecho recinto de las cuatro paredes que le aprisionan. Juana, en efecto, se presenta á veces pequeña y en contradicción con lo que de su carácter era legítimo esperar: no era extraño adivinar en ella, luego que hubiese olvidado el mundo, una excelente religiosa, pero imposible sospechar que llegase á ser una verdadera monja; palabras que, aunque parezcan sinónimas, expresan en nuestro sentir ideas muy diferentes.

Una verdadera religiosa es para nosotros la mujer que encerrada en un monasterio, se aísla completamente de la sociedad, olvida el mundo, y se entrega á la contemplación de las cosas santas: una monja con todas las cualidades de tal, la que, á pesar de su aislamiento, gusta pasar largos ratos en el locutorio, sabe cuanto ocurre fuera del convento, entretiene al confesor con nimiedades, contempla frecuentemente desde el coro, mas que el rostro de la imagen á quien dirige sus oraciones, el bordado de los manteles y las flores que adornan el altar, y pasa, en fin, largas horas confeccionando dulces y primores, cuya perfección viene á ser con frecuencia el objeto preferente de sus aspiraciones sobre la tierra.

Pues bien: todo esto se encuentra en la décima Musa, como la llaman sus contemporáneos, y esta es la gran anomalía de su vida.

Dulces, flores de trapo y otras mil baratijas de la misma índole que con frecuencia regala á sus protectores, van siempre acompañadas de sus correspondientes versos, en los que, si nunca deja de lucir el chiste, la agudeza ó el talento, suele á veces sobresalir un pésimo gusto literario, que indica claramente leyó mas á Góngora y Quevedo que á Fray Luis y Garcilaso. No se deduzca, sin embargo de lo que acabamos de decir, que esta fué su única y constante ocupación. Los ejercicios devotos á que por su profesión estaba obligada y con los cuales, aunque sin ser extática segun el P. Calleja afirma, cumplía religiosamente, y las continuas obras de caridad, virtud que en alto grado poseía, ocupaban la mayor parte de su vida.

Quedábale, no obstante, tiempo suficiente que dedicar á las musas y al estudio de las ciencias, habiendo escrito en este largo período una numerosísima colección de poesías sagradas en latín y castellano, algunos ejercicios devotos, muchos sainetes, dos comedias y dos escritos en prosa bastante notables por su profundidad. En sus poesías sacras no se encuentra gran unción religiosa, ni se revela el mas acendrado misticismo; pero hay en ellas facilidad, ingenio, rasgos delicados, y, sobre todo, un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, cuyos textos á veces desenvuelve en bellas paráfrasis con tacto y valentía. Sus comedias no son en realidad mas que imperfectos bosquejos, cuyas toscas líneas revelan el genio del artista que los trazó y que no supo ó no pudo terminarlos; gérmen que no dió fruto, embrión arrojado al mundo antes de su completa formación. Juana en el teatro no está á la altura de su talento, y, sin embargo, en su comedia *Los empeños de una casa* hay enredo ingenioso y escenas de bastante efecto; pero deslucidas por la poca fluidéz y soltura del diálogo, por el exceso de erudición y el frecuente uso del retruécano, circunstancias que dán á toda la composición un aire impertinente de hinchado gongorismo. Los dos escritos en prosa de que antes hemos hecho mérito son: su *Respuesta á la carta de Sor Philotea de la Cruz*, y

la *Crisis sobre un sermón de un orador grande entre los mayores*: en ambos demuestra su autora talento profundo, sutil ingenio, estilo fácil, modestia en el decir, claridad en la argumentación y conocimiento vastísimo de la lógica y la dialéctica, de las sagradas ciencias, de las doctrinas de los Santos Padres, de los misterios del corazón humano y de la manifestación y desenvolvimiento de los fenómenos fisiológicos. Para que nuestros lectores conozcan su estilo, trasladamos á continuación algunos fragmentos de uno y otro trabajo. Dice, contestando á la madre Sor Philotea, que la estimulaba á que escribiese sobre las sagradas ciencias:

«.....Yo de mí puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una facultad lo suelo entender en otros de otra, que parece muy distante; y esos propios, al explicarse, abren ejemplos metafóricos de otras artes; como cuando dicen los lógicos que el medio se ha con los términos, como se ha una medida con dos cuerpos distantes, para conferir si son iguales ó no: y que la oración del lógico anda como la línea recta, por el camino mas breve; y la del retórico se mueve como la curva, por el mas largo; pero van á un mismo punto los dos. Y cuando dicen que los expositores son como la mano abierta, y los escolásticos como el puño cerrado; y así, no es disculpa ni por tal la doy, el haber estudiado diversas cosas, pues éstas antes se ayudan; sino que el no haber aprovechado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad: lo que sí pudiera ser descargo mio, es el sumo trabajo, no solo en carecer de maestro, sino de discípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo solo por maestro un libro mudo, por discípulo un tintero insensible; y en vez de explicación y ejercicio, muchos estorbos, no solo de mis religiosas obligaciones (que éstas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo) sino de aquellas cosas accesorias de una Comunidad, como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar: estar yo estudiando, y pelear dos criadas, y venirme á constituir juez de su pendencia: estar yo escribiendo, y venir una amiga á visitarme, haciéndome muy mala obra con

muy buena voluntad; donde es preciso, no solo admitir el embarazo, sino quedar agradecida del perjuicio.»

En el sermón, cuyas doctrinas juzga y rebate, trata el orador de las finezas de Jesucristo, sentando una opinión contraria á la de los Santos Padres, que Juana defiende contra el orador. Al ocuparse éste de la de S. Agustín, que dice, que la mayor fineza de Jesús fué morir por el hombre, la niega, sosteniendo que fué mayor ausentarse que morir. Juana sostiene la doctrina del Santo, y hé aquí un pequeño fragmento de su argumentación.

«Mas: Dos términos tiene una fineza, que la pueden constituir en el ser de grande. El término *à quo* de quien la ejecuta, y el término *ad quem* de quien la logra. El primero hace grande una fineza por el mucho costo que tiene al Amante. El segundo por la mucha utilidad que trae al Amado. Hay muchas finezas que tienen el un término, pero carecen del otro. Sea ejemplo de las primeras Jacob sirviendo catorce años. O qué trabajos! O qué celos! O qué soles! Gran fineza de parte de Jacob; pero veamos qué utilidad trae esto á Rachel, que es el otro término? Ninguna; pues el tener esposo, sin esas diligencias lo lograría su belleza. Esta fineza tiene solo el término *à quo*. Sea ejemplo de las segundas Esther elevada al trono real en lugar de la Reina Vastí. Gran dicha! Por cierto gran ventura! Grande utilidad para Esther! Pero veamos el otro término. Qué costo le tiene á Asuero esta fineza? Ninguno; solo querer. Esta fineza tiene solo el término *ad quem*: luego para ser del todo grande una fineza ha de tener costos al Amante, y utilidades al Amado. Pues pregunto, cuál fineza para Cristo mas costosa que morir? Qué mas útil para el hombre que la Redención que resultó de su muerte? Luego es por ambos términos la mayor fineza morir.»

Continúa Sor Juana discurrendo largamente de este modo, y concluye asentando también su opinión en la materia. Dice así:

«La mayor fineza del Divino Amor, en mi sentir, son los beneficios que nos deja de hacer por nuestra ingratitud.

«Pruébalo. Dios es infinita bondad, y bien sumo, y como tal es de su propia naturaleza comunicable, y deseoso de hacer bien á sus criaturas. Mas: Dios tiene infinito amor á los hombres: luego siempre está pronto á hacerles infinitos bienes. Mas: Dios es Todopoderoso y puede hacerles á los hombres todos los bienes que quisiere, sin costarle trabajo, y su deseo es hacerlos: luego Dios cuando les hace bien á los hombres, va con la corriente natural de su propia bondad, de su propio amor, de su propio poder, sin costarle nada. Claro está: luego cuando Dios no le hace beneficios al hombre, porque los ha de convertir el hombre en su daño, reprime Dios los raudales de su inmensa liberalidad, detiene el mar de su infinito amor, y estanca el curso de su absoluto poder: luego segun nuestro modo de concebir, mas le cuesta á Dios el no hacernos beneficios, que no el hacernoslos, y por consiguiente, mayor fineza es el suspenderlos, que el ejecutarlos; pues deja Dios de ser liberal, que es propia condicion suya, porque nosotros no seamos ingratos, que es propio retorno nuestro, y quiere mas parecer escaso, porque los hombres no sean peores, que ostentar su largueza con daño de los mismos beneficiados. Y siendo así, que esta es una como nota en la opinion de liberal, antepone el aprovechamiento de los hombres á su propia opinion, y á su propio natural.»

Así pasó su vida esta célebre mujer, cuyo nombre era ya popular en España, hasta el año de 1693, en que al decir de su biógrafo, entró en cuentas consigo, hizo una confesion general para no dejar enemigos á su espalda, y se entregó á la oracion y á la penitencia, deshaciéndose antes de todos sus bienes terrenos, cuya parte principal la constituía una biblioteca de cuatro mil volúmenes, y repartiendo á los pobres su importe.

Dos años despues, á los cuarenta y cuatro de su edad, llena de virtudes y merecimientos, y llorada de cuantos la conocieron, abandonó el mundo, víctima de una epidemia, el 17 de Abril de 1695.

T. DE ROJAS Y ROJAS.

BERTHA.

CUENTO ESCRITO EN ALEMAN POR OTILIA WILDERMUTH. (1)

Bajo la ventana de mi cuarto hay un jardincito inculto y frondoso, donde unos cuantos rosales han podido conservarse á duras penas entre las zarzas y las ortigas: hé aquí lo que me contó la vieja Anamreila acerca de la antigua dueña de este jardin.

Ese pedazo de tierra, hoy tan abandonado, pertenecia en otro tiempo á Bertha. Florido como un pequeño paraíso, lleno de rosas, de pensamientos y de cuadros enteros de *Vergissmeinicht* (2) se mostraba agradecido á los cuidados de aquella niña, bella y cariñosa como no he visto ni espero ver jamás otra en mi vida.

Era una criatura singular. Ningun animal huía de ella, y si se dedicaba á cuidar una flor ya lacia, la flor volvía al instante á reanimarse. ¡Qué natural tan alegre el suyo! su voz era melodiosa como el murmullo de una fuente: sus cantos dulces como los cantos del ruiseñor.

Aunque tan delicada, tan sonrosada y blanca como una princesa, no desdenaba ninguna clase de trabajo, y las labores del campo eran una verdadera fiesta para todos, si tomaba parte en

(1) La belleza y sencilla moralidad de estos cuentos ingeridos por la autora en sus *Cartas de una Joven*, nos mueven á dar aquí su libre traduccion, con las ligeras alteraciones que hace necesaria su segregacion de ellas.

(2) *No me olvides, myosotis*, flor.

ellas; porque, á mas del encanto que aquella niña difundía á su alrededor, las flores y las guirnaldas daban entonces al cuadro un aspecto mas pintoresco y agradable.

Todos los niños del pueblo corrían desde lejos á su encuentro, y cuando las mujeres trabajaban en la campiña, ella, dirigiéndose á sus casas, donde habian dejado en la cuna á los mas pequeños de sus hijos, calmaba sus gritos, arreglaba sus ropitas, y las pobres criaturas cesaban de llorar tan pronto como Bertha las tomaba en sus brazos.

En un principio su madre no queria que se ocupase tanto de los demás; mujer de una extremada actividad para el gobierno de su casa, consideraba que siempre habia bastante que hacer sin salir á la calle; pero al cabo concluyó por no oponerse á las inclinaciones de su hija, y dejaba en libertad su carácter risueño y expansivo, diciéndonos: «¡qué niña es!»

Cuando ella venia al pueblo, era lo mismo que si un ángel bajase desde el cielo á consolarnos. No sospechaba Bertha semejante cosa, figurándose que obraba y hablaba como cualquiera otra muchacha; pero todos veían su hermosa alma, todos conocían sus singulares cualidades, y creo que en todo el tiempo que pasó en el mundo, nadie pudo atreverse á decirle una sola palabra dura.

En ninguna parte gozaba tanto como en su jardín, y cuando querían demostrarle amistad, le llevaban hermosas flores; pero qué! si era ella mas hermosa que todas!

Siendo tan linda y tan amable, cualquiera creerá que se le presentaban infinitos pretendientes; pero no era así, porque vivía muy retirada y no gustaba del bullicio de las sociedades; y luego ¡qué cosa tan particular! aunque tan jóven, inspiraba el mas profundo respeto; tantas eran su modestia y discrecion. Ni ella misma pensaba tampoco en el matrimonio: se encontraba tan feliz entre los suyos!...

Ya en aquella época no estaba yo para andar mucho por la casa, y habia elegido el cargo de costurera; sentada siempre en esa misma ventana, era mi gozo ver mañana y tarde á Bertha en el jardincito, en medio de sus flores; los pichones volaban desde el te-

jado sobre su cabeza, y los perros de la casa, que á mí me daban tanto miedo, iban á lamer humildemente su mano.

Una tarde estaba ella de pié junto al vallado del jardín; era justamente el tiempo de las rosas y todo estaba lleno de flores. Por la senda del bosque llegó hasta la entrada un jóven cazador, y preguntó á Bertha cuál era el camino de Eichelberg. Aun me parece que los estoy viendo á los lados de esa cerca; él allí por fuera, ella entre esas verdes matas de boj; un rayo del sol que se ponía, iluminaba el reducido jardín; los cabellos de Bertha brillaban como el oro; los del cazador como la endrina. Era un jóven hermoso, y miraba á la niña como si sus ojos quisieran penetrar hasta el fondo de su corazón. No me gustaba aquella mirada, pero seguí observando y escuchádoles atentamente.

El jóven cazador vivía en Eichelberg, donde seguía sus estudios, y, al parecer, habia perdido el camino; ¡sabe Dios la verdad! Yo hubiera preferido que se hubiese extraviado por la otra parte del bosque.

El padre de la niña regresaba en el momento en que él iba á marcharse: brindóle á entrar en la casa, mas el jóven le pidió permiso para quedarse en el jardín. Allí se sentó, en aquel banco de piedra, junto á la mesita de Bertha; ella le sirvió pan, frutas y vino, y el cazador la seguía con la vista sin apartar un instante los ojos de su rostro.

En fin, para acabar pronto, no fué esta la última vez que vino el jóven; al poco tiempo ya se le miraba como de la casa, como un hijo de la familia. Era rico, pertenecía á una clase distinguida, bien se conocía en sus maneras, y ningun fundamento tenían mis prevenciones contra él, y mas aún viendo tan feliz á Bertha cuando estaba á su lado: no he vuelto á ver brillar desde entonces unos ojos como brillaban los suyos en aquellos momentos.

En cuanto á los estudios de Fernando, este era el nombre del jóven, no debía seguirlos con mucha formalidad, porque siempre estaba aquí. Lo único que entristecía á Bertha es que nunca queria ir á la iglesia con ella; yo veía su pena por esto, hasta que un día tuve resolucion para decirle: «yo no querria á un hombre que jamás entra en un templo: el que no reza, no cree, y el que no cree,

tiene un mal secreto en el corazon, que tarde ó temprano ha de estallar de un modo terrible.» Entonces ella, mirándome con aquellos ojos azules que expresaban tanta melancolía, me contestó: «pero si tú amases *realmente* á alguno y supieras que tenia ese secreto mal en el corazon, le habías de abandonar? le dejarías solo, sin un Dios? nó, tú no harías eso; tú permanecerías á su lado dia y noche, rogando á Nuestro Señor le diera tanta calma como á tí: y cuando llegase la hora de angustias en que desesperada su alma se creyera olvidada del cielo, tú entonces estarías junto á él, tú le sostendrías tratando de guiarle á Dios, si Dios te daba fuerzas para tanto.» Bien sabia yo que Bertha era un ángel; pero al oir estas palabras no pude menos de echarme á llorar amargamente, porque comprendí cuán breve habia de ser su permanencia en la tierra.

Poco tiempo despues era Bertha su prometida, y cualquiera hubiera sentido la mas viva alegría, viendo á los dos tan felices. Tenia él una bocina de que sacaba maravillosos sonidos cuando volvia de cazar; Bertha, que estaba casi siempre en su huertecito, volaba entonces á su encuentro, cantando la misma melodía, y cuando volvian ambos por la alameda, daba gozo verlos juntos.

Muchos dias iban juntos al bosque, de donde volvia ella con una verde corona de encina sobre sus rubios cabellos: cada dia estaba mas hermosa: sentábanse otros solos en el banco de piedra del jardín, y, á veces, hasta que entrada la noche podian contemplar la blanca y triste claridad de la luna. Hubiera deseado oir tanto como tenian siempre que decirse; pero, quién se atrevia á escuchar!

Hablábase ya de boda; Fernando aseguraba que sus padres se hallaban muy satisfechos de su eleccion; y le creíamos sin dificultad; ¿quién pudiera no estarlo de tener en su familia un ángel como Bertha? Al año siguiente debian casarse, llevándola á vivir á su país, donde para este tiempo esperaba obtener una colocacion: todo esto era verdad, segun resultaba de las averiguaciones que mi amo habia hecho.

Yo cosia infatigablemente, y Bertha me ayudaba con asiduidad cuando su madre no la necesitaba. Ah! qué trabajo tan agradable el nuestro! Ella cantaba y gorjeaba como un pajarito tan bonitas

canciones!... Mas al punto que oia la bocina, un relámpago de alegría iluminaba su bello semblante, arrojaba de pronto su labor, y mientras que yo la recogia y arreglaba, ya la tenia en medio del camino.... Ah! sí; era un dichoso tiempo!

Un dia, el cumpleaños del amo, ya á la sazón muy viejecito, Bertha habia esperado en vano á su prometido, temblando de que no pudiese venir; muchas gentes estaban convidadas á la reunion de familia, y hubiera sido muy enojoso que todo el mundo conociera su emocion; creíamos que Fernando se habria detenido en alguna parte, y como ella no tenia un momento de sosiego, no queriendo incomodar á nadie para que fuese á buscarlo, se decidió á ir sola. Estaba yo sentada cosiendo en mi ventana sin figurarme nada, cuando ví á Bertha que volvia del bosque corriendo sin respiracion y descubierta la cabeza, cuyos cabellos flotaban en desorden al rededor de su agitado semblante. Habia encontrado á Fernando tendido en unos matorrales, y bañado en la sangre que manaba copiosamente de una ancha herida, causada por la bala de un saltador del bosque. «¡Socorro, socorro!» gritaba hasta espirar en sus labios la voz ya ronca, y, cayendo desvanecida, solamente pudo indicar el sitio donde dejaba al desgraciado: condujéronla á casa, y fueron á buscarle á él, que hallaron sin conocimiento; su herida no era mortal, sin embargo. Bertha volvió en sí para cuidarle asiduamente, por mas que ella misma tuviese necesidad de ser cuidada. Aquella carrera tan violenta y el terror que habia experimentado, le produjeron tal sensacion, que á partir de tan triste momento, no volvió jamás á cobrar la salud.

Bien pronto se restableció el enfermo, reponiéndose en todas sus fuerzas. Pero Bertha, pobre niña de mi alma! habia contraido unos tos maligna, y se quejaba de dolores en el pecho, aunque á mí solamente; pero yo lo dije á su madre. La hicieron tomar tisanas, pociones... nada la curó. Sus mejillas conservaban tan bellos colores como antes; sus ojos brillaban aun con mayor viveza; mas yo bien conocia que aquellos colores y aquel brillo no eran los de otras veces. Sus fuerzas declinaban visiblemente; en casa cesó de cantar, y tan solo cuando oia la bocina de su Fernando, intentaba

repetir las canciones de otros tiempos; pero su voz tenía un acento lastimero que me hacía llorar siempre que la escuchaba.

A fines del otoño volvió Fernando á casa de sus padres. La boda debía verificarse en la primavera inmediata, para cuya época vendría por Bertha.

Era, empero, una cosa singular, cómo ella, antes tan excesivamente piadosa, que desde su primera edad había acostumbrado su corazón á la idea de la muerte, ella, que desde el principio de sus amores llena de vida y de juventud solía mezclar ese triste pensamiento en sus conversaciones, ahora parecía haberlo borrado enteramente de su alma, como si á impulsos de aquel mal hubiese brotado en ella una ardorosa y extraña confianza en la vida.

Seguíamos cosiendo en su equipo de boda; pero no con la alegría de otras veces. Su padecimiento no la dejaba dormir y se levantaba tarde. «Es un catarro obstinado, decía; pero de aquí á la primavera ya estaré completamente buena.» Sus cartas respiraban una risueña esperanza; cuidaba sus flores y pasaba días enteros hablando de los arreglos que haría en su nueva casa: Fernando le había enviado el diseño, y era un pabellon de campo, precioso. Su madre y yo nos mirábamos á hurtadillas, sin atrevernos á decir nada.

Llegó en fin la primavera, y Fernando también llegó. Era un hermoso día de Pascua; Bertha, toda vestida de blanco, le esperaba impaciente sentada en el jardín; de pronto le vió venir corriendo como siempre; la pobre niña quiso levantarse y salir á su encuentro; mas le faltaron las fuerzas, y un borboton de sangre brotó de sus labios descoloridos, manchando su traje blanco. La trajeron á casa; repuesta algun tanto, se sentó en el sofá al lado de su prometido, y nos aseguraba con su dulce sonrisa que nada significaba aquel accidente. Él, no obstante, parecía muy alarmado y triste. Tenía razon: el semblante de Bertha estaba quizá mas lindo que nunca; pero sus formas habían enflaquecido; su talle, antes tan flexible, se había encorvado ligeramente y no podía ya ir de paseo al bosque.

Fernando solo permaneció aquí dos semanas. Ella era tan di-

chosa cuando le veía, que parecía olvidarse de su padecimiento; mas, aunque el traje de desposada estaba concluido, nadie se atrevía á tratar de boda. Solo Bertha algunas veces nos hablaba de los padres de Fernando, y de las esperanzas y proyectos de su próximo cambio de vida; pero nosotros sabíamos á qué atenernos, y mientras un sombrío temor nos hacía quererla retener á nuestro lado todo el mas tiempo posible, su amante, ya de vuelta, se encerraba en un aspecto cada vez mas embarazado y una tristeza cada vez mas silenciosa. Ah! quién pudiera pintar aquel contraste entre los extraños relámpagos de sus preocupados ojos y las tiermas y celestiales miradas con que ella le contemplaba entonces!

Un día que el doctor había venido y Bertha se empeñaba en afirmarle que se encontraba bien, oí que Fernando rogaba á aquel subiera á su habitacion antes de marcharse: justamente esa habitacion estaba contigua á la mia, donde me hallaba sin que ellos lo supiesen, y cuando entraron en ella y cerraron la puerta, no me atreví á hacer ruido. El jóven preguntó seriamente al doctor el estado de su prometida. Éste, con seco acento «los pulmones se encuentran atacados, respondió: lo que es de curacion completa no hay que tratar; pero no es fácil pronosticar cuánto tiempo durará la enferma; todavía, al parecer, hay en ella mucha vida.»

Fernando iba y venia precipitadamente por el cuarto en todas direcciones. «Pido á V. consejo, señor doctor, le dijo: naturalmente este es un caso muy doloroso para mí. Yo quisiera portarme bien.... pero V. no podrá menos de confesar que es cosa muy desagradable el ligar su vida á una moribunda.»—«De matrimonio es inútil hablar en estos momentos, contestó el médico; por mas que puedan citarse casos, muy raros ciertamente, en que una afeccion de pecho ha sido curada en su principio por ese medio.»—«De todos modos, replicó el jóven, la situacion presente no puede serme mas penosa. Mi porvenir está asegurado, tengo concedido un empleo: mis padres desean que me establezca cuanto antes; mas ¿cómo podría amarrarme para un tiempo ilimitado á un lecho de dolor? Luego, tengo un horror invencible á ese mal; el oír toser me hace una impresion!.... En fin, hasta arriesgo mi

propia existencia.»—«Pues bien, vuelva V. algun tiempo á su casa, repuso el doctor; pero solamente algun tiempo, porque una interrupcion completa de esas relaciones afectuosas, podria ser, en el estado actual de la enferma, que no sospecha la gravedad de su mal; de un peligro inminente.»—«Opino, insistió el jóven, que esa misma ignorancia y el deseo ardiente de curarse á causa de su amor, podrán ser aun mas dañosos para su salud, que una ruptura amistosa y conveniente de nuestro compromiso. Yo, lo repito, quiero conducirme bien en esta ocasion; pero en tales circunstancias, creo tener toda la razon de mi parte.»—«Haga V. lo que tenga por conveniente, dijo el doctor, con un tono que permitia comprender no habia formado gran idea del jóven; si V. me interroga como médico, mi deber es repetirle que su prometida tiene una afeccion al pecho; pero que no puedo señalar término á esa afeccion. Por lo que hace á los resultados de una emocion violenta, no respondo tampoco....»

Partió el doctor, y todo siguió lo mismo durante algun tiempo. Sin duda Fernando no podia resolverse tan pronto á un rompimiento. En cuanto á ella, inocente como un niño, no la inquietaba el dia de mañana, guardando siempre una esperanza en medio de sus dolencias.

En fin, el jóven recibió cartas en que le llamaban á su casa, segun decia, y marchó. Bertha, aunque muy débil, le acompañó hasta la puerta del jardín, y sus melancólicos ojos expresaban una dulzura angelical. «Adios, adios, repetia mil veces; cuando vuelvas, ya estaré buena.» Ah! por qué no la dejó morir en esta fé de su amor!....

Poco despues de esta despedida llegaron cartas primero de Fernando, luego de su madre, dirigidas á los padres de Bertha, y en fin, á ella misma. Todo era buenas palabras que, en suma, venian á decir que se hacia necesario renunciar á la boda, que era preciso tomar muchas precauciones para anunciar á la jóven esta resolucion, que por otra parte seria saludable á su propio reposo, etc.

No sé cómo habian podido hallar frases para decir todo esto, ni cómo hicieron para repetírselas á Bertha. Ella casi nunca hablaba

de este asunto; pero, á partir de aquel dia, se encontraba tranquila y resignada á la muerte. Una vez me dijo con aquella bondad siempre inalterable: «cuánto mas vale que yo haya sabido la verdad toda! Vosotros érais demasiado buenos para mí: ya, al menos, puedo disponerme para partir.»

La debilidad crecia rápidamente; pero ella permaneció hermosa hasta su última hora, buena y paciente en medio de todos sus sufrimientos. Ni una sola palabra amarga contra Fernando salió de sus labios, ni una sola queja contra su malhadada suerte dejó de ahogarse en su pensamiento; solo repetia con frecuencia: «hé sido tan feliz toda mi vida!»

Los dias que hacia bueno, todavía la llevaban sus hermanos al jardín y la sentaban en blandos almohadones sobre aquel banco de piedra testigo de su pasada dicha. Desde allí llamaba á su lado, como otras veces, á los niños; pero ya no podia soportar ruido en su habitacion. Las gentes del pueblo, á quienes habia hecho tanto bien, se deslizaban de cuando en cuando silenciosamente por detrás de la cerca: querian volverla á ver aun, y la saludaban desde lejos. Ella les hacia con la cabeza una señal amistosa; mas no podia ya hablar mucho.

De qué modo supo que Fernando se habia casado, lo ignoro. Sus padres y sus hermanos estaban tan irritados contra él, que quizá no tuvieron la prudencia de guardar para sí esta noticia: yo tambien tomaba parte en este resentimiento, pero callaba, y así ella tenia mas confianza conmigo que con todos los demás.

Un hermoso dia de sol, en Setiembre, quiso ir por última vez á su jardín, y me dijo que la acompañase. Me enseñó sus mas hermosas, sus preferidas flores, y me rogó las hiciera trasplantar con cuidado para enviarlas á la mujer de Fernando, suplicándole las colocara en su jardín, y diciéndole que Bertha, hasta su último aliento, habia pedido al Señor derramase sobre ellos todas sus bendiciones. «Será feliz, me decia con entera confianza; dicen que los juramentos rotos atraen la maldicion de Dios; pero la muerte, al tocarme, es quien ha desatado el nuestro, no Fernando. Por otra parte, he orado tanto por él en pago de tanta dicha como le debo,

que aun la misma maldicion se horraria por mis oraciones.»

Al dia siguiente recibió la santa Comunion, y nos hizo á todos prometer solemnemente que no conservaríamos rencor alguno contra Fernando. No resistió ya mucho tiempo al mal. Breves momentos de agonía terminaron su vida. ¡Era un ángel!...

Envié á su destino las flores. Las mas hermosas de las que quedaron en el jardin, las plantamos sobre su sepulcro. Por mucho tiempo ese sepulcro ha sido cuidado por los vecinos de la aldea: al presente se halla casi abandonado; pero aun crecen sobre él morados lirios y rosas blancas.

TRAD. POR N.

VARIEDADES.

Mas vencido de la edad y la vida política que de las dolencias, ha fallecido en Madrid D. Francisco Martínez de la Rosa. Presidente del Consejo de Ministros y Ministro varias veces, Diputado á Córtes desde la restauracion del régimen constitucional en España, y Presidente de la Cámara popular en la presente legislatura, el ilustre anciano deja en su nombre una de las mas legítimas glorias de nuestra historia contemporánea. No menor celebridad ha conquistado como orador fácil y simpático, como escritor notable y profundamente versado en las literaturas clásicas; y su muerte deja un doloroso vacío en tantas diversas esferas como cultivó su prodigiosa actividad. Á mas de los importantes cargos políticos y honoríficos que últimamente desempeñaba, deja vacante el fallecimiento del honrado estadista un sillón en las Academias de la Historia, de Ciencias morales y políticas, de San Fernando y Española, con la Direccion de ésta y las Presidencias del Consejo de Instrucción pública y del Ateneo de Madrid.

Con inusitada pompa se han celebrado en la Córte sus funerales, en cuyo numerosísimo cortejo formaba S. M. el Rey con el Consejo de Ministros y las altas Corporaciones del Estado. El digno Claustro de nuestra Universidad, á que un tiempo perteneció el Sr. Martínez de la Rosa, queriendo asociarse á la profunda emocion que en la Nacion entera ha despertado este triste acontecimiento y de que son notable testimonio los decretos de S. M., las disposiciones de los Cuerpos colegisladores y la opinion de la prensa de todos matices, determinó celebrar unas solemnes honras por el eterno descanso de su alma, que han tenido lugar el dia 15 del corriente, con la severa magnificencia exigida por la índole del acto y lo elevado de la Corporacion que lo disponia. Nuestro venerable Prelado, los dignos miembros del Profesorado, tanto universitario como del Instituto de 2.^a enseñanza, en número crecidísimo y vistiendo la honrosa toga de su noble magisterio, la Autoridad superior de la provincia y la militar del distrito, comisiones de los Seminarios y Colegios, de la Audiencia del territorio; de las Corporaciones populares, Cabildo catedral, Jueces de primera instancia, Institutos militares y Cuerpos de la guarnicion, etc., con multitud de personas distinguidas invitadas al efecto,

se encaminaron en filas de dos en dos, desde la Universidad, precedidos por los maceros y bedeles de ésta con sus insignias enlutadas, al próximo templo de la Colegiata. Colgado éste de negro y profusamente iluminado, ostentaba en el crucero un elevado catafalco, coronado por una urna cineraria que adornaban las mucetas de las facultades de Derecho y Filosofía, y en cuya base se hallaban colocados ejemplares de las obras literarias del eminente granadino. Fué celebrante en la solemne misa de *Requiem* el Sr. D. Fernando Gonzalez, Vice-director del Instituto de 2.^a enseñanza y digno canónigo de esta Iglesia Metropolitana, y durante la ceremonia toda, herian las bóvedas los acordes de una música sagrada, adecuada para aumentar la grave majestad de esa última plegaria que elevan los vivos por los muertos.

Terminado el acto religioso, volvieron los concurrentes en la misma forma procesional á la Universidad, trasladándose á su salon general, cuya presidencia y tribuna rodeaban negros crespones. Previas unas sentidas frases del Sr. Rector en conmemoracion de la parte que en la gloria del fecundo poeta cabe á la Institucion que con tanto celo preside, leyó el catedrático de Literatura Sr. D. Francisco Fernandez Gonzalez una oracion en elogio del genio, cuya voz elocuente antes que en las Academias de Europa y en el seno de la representacion nacional, resonó en las cátedras de la antigua é Imperial Universidad de Granada. El discurso del Sr. Fernandez Gonzalez, nutrido de graves y oportunas consideraciones y digno de su elevado asunto, no ha podido imprimirse para este dia á causa de la precipitacion con que ha sido escrito; pero ha despertado briosamente los sentimientos á que dá lugar tan solemne ocasion, y el legitimo orgullo de Granada, al ver consagrado por la primera de sus instituciones científicas el voto unánime de la Nacion española.

Presidió los funerales el Sr. Rector, teniendo á sus lados los Sres. Gobernador de la provincia, Capitan general del distrito, Regente interino de la Audiencia y Alcalde presidente del Ayuntamiento: la solemnidad universitaria, nuestro anciano y virtuoso Prelado, que en las exequias habia ocupado un sillón al lado derecho del altar, acompañado del Rector y las Autoridades superiores civil, judicial y municipal.

El sentimiento público ha tenido un autorizado intérprete en el respetable Instituto que tan plausible iniciativa ha ejercido en esta

ocasion, y si otras ilustres Corporaciones han seguido ó se preparan á seguir su ejemplo, cada una dentro de su esfera especial, con manifestaciones de diversa índole, cumplia á la Universidad, empero, consagrar la primera un recuerdo al que tanto honor ha dado á las letras españolas.

Digno era de su mision, á la verdad, que así como enlaza en su significacion y nobles tareas los eslabones, lejos de ella rotos casi siempre, de la tradicion científica, anudase una nueva gloria á la cadena de sus glorias antiguas, honrase los verdes laureles que añade á los que ciñen sus venerandas canas, y uniendo en la memoria lo que el tiempo y el oleaje del mundo separa, abrir á los hombres las puertas de la vida del espíritu, y saludarles despues en las de la eternidad.

G.

Terminadas las oposiciones que han tenido lugar en la Côte á fin de proveer la cátedra de lengua arábica en esta Universidad, ha sido nombrado para ella el Sr. D. Francisco Javier Simonet, cuyos notables trabajos orientalistas conocen todos los amantes de este género de estudios. Su contrincante el Sr. D. Leopoldo Eguilaz, obtuvo del tribunal que presidia las oposiciones igual número de votos á los del Sr. Simonet, y fué necesario apelar á una segunda eleccion que dió á éste por mayoría de uno el primer lugar de la propuesta aprobada por el Ministro de Fomento. El Sr. Eguilaz, tan reputado en los círculos científicos como en el foro, ha obtenido la cátedra de teoría y práctica de los procedimientos, tambien en esta Universidad. El largo tiempo que ha desempeñado varias otras de las facultades de Derecho y Letras, entre ellas esa misma en que tan brillantes ejercicios acaba de hacer, segun consigna la primera votacion del tribunal, le hacian merecedor de esta distincion. Los episodios de la literatura épica de la India, cuya traduccion del sanscrito ha publicado recientemente, forman época en nuestra patria, donde hasta ahora ha sido tan descuidado el estudio de un idioma, cuyo conocimiento es interesante en sumo grado, bajo el aspecto filológico, como raiz de las lenguas clásicas, no menos que bajo el filosófico y literario en que ese maravilloso país ha producido tan colosales monumentos.

El Sr. Simonet, que á principios del presente mes llegó á esta capital, no dudamos será un importante auxilio para el movimiento científico y orientalista, que con tanta energía parece iniciarse entre nosotros.

HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, por D. José Amador de los Ríos. — Madrid: 1861. — Tomo I.

Ya ha visto la luz pública el tomo primero de este libro, y se anuncia para muy en breve la aparición del segundo.—La importancia de esta obra que vuelve por el buen nombre de nuestro país, llenando un vacío bochornoso en sus anales, es incalculable. La primera, como el mismo autor dice, escrita en lengua castellana, reúne á una condición ya de por sí altamente digna del mayor encomio la erudición inestimable de tan ilustrado crítico, cuyos esfuerzos en pró de nuestra literatura y nuestras artes siempre ha coronado el éxito mas lisonjero y merecido. Tiempo era ya de que los españoles comenzasen á levantar á sus glorias literarias monumentos dignos, que consagrando su inmensa valía, sirvieran á un tiempo de fuentes para estudios cuyo precio nos ha revelado antes la generosa laboriosidad de los extraños, que la debida solicitud de los propios. La obra del Sr. Ríos merece con los aplausos del sabio los de todo amante de nuestras grandiosas memorias.

El tomo publicado comprende, á mas de una excelente *Introducción*, la historia de nuestra literatura desde sus primeros tiempos conocidos hasta la invasión de los árabes. La bien fundada reputación de su autor crece en este relato acomodado á las exigencias de la moderna crítica, con un nuevo brillo que le compensará la deplorable indiferencia con que aun se reciben en nuestra patria esfuerzos tan dignos de cooperación como escasos de imitadores.

F.

POR TODO LO NO FIRMADO:
El Secretario de la Redacción,
T. DE ROJAS.

El Editor responsable,
MIGUEL PINEDA.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA LITERATURA MODERNA.

Inútil sería para la trascendental indagación del espíritu de los pueblos acudir á esa historia, que describiendo los acontecimientos en sus caracteres exteriores y realidad formal, permanece muda en cuanto á sus causas y, prescindiendo de sondear los íntimos senos donde arraigan y se entrañan, crea una serie de exposiciones sin mas lazos que los del tiempo y los lugares, sin mas utilidad práctica que la de satisfacer una vana y pueril curiosidad. Y es natural que la historia, considerada como la mera narración del suceder de las cosas, no pueda ilustrarnos respecto de su interioridad esencial. El pensamiento de los pueblos, el de las familias, el de los individuos, si se presenta perfecto y en toda su plenitud en el mundo abstracto de la fantasía, jamás logra desenvolverse por entero en el mundo concreto de la realidad, merced á la multiplicidad de accidentes perturbadores que, enlazados como una red en su camino, lo embaraza y detiene, lo desvía y casi nunca le permite llegar hasta su fin. De aquí que entre el hecho y su concepción determinante exista esa diferencia extrema que el sentido reflexivo del vulgo ha consignado en uno de sus mas sabios proverbios.

No basta, pues, el conocimiento de los sucesos históricos para explicar sus causas y el encadenamiento riguroso al par que libre de su desarrollo progresivo. Y como quiera que el estudio de la historia, en tanto tiene valor, así teórico como práctico, en

cuanto puede mostrarnos la relacion de la idea pura de las cosas con su existencia determinada mediante la realidad del hecho, porque solo así pueden ser útiles y aplicables sus enseñanzas, comprendiéndose la constitucion general de las sociedades, las tendencias de su carácter, sus vicios y sus virtudes, abrazando el conjunto de sus manifestaciones diversas para resolverlas en principios fundamentales, se hace necesario buscar en otra parte esos inapreciables datos que no puede suministrarnos la relacion descarnada de los acontecimientos políticos; sin cesar renovados en la superficie de la sociedad. Á este fin ha de penetrarse en otra esfera mas interior, donde el espíritu humano se revela con mayor espontaneidad y mas libre accion, sin temer, en general, causas extrañas que coarten su vuelo, y el exámen universal de la manifestacion religiosa y las séries históricas de la especulacion racional y el arte, concurren á formar una síntesis, aplicacion especial del criterio filosófico sobre un fondo de elementos, heterogéneos en la apariencia y en la individualidad aislada de cada uno de ellos; pero homogéneos y estrechamente conexiados por la raíz comun de que proceden, y por las circunstancias que determinan su aparición. Esta ciencia compleja, la mas comprensiva de todas las ciencias prácticas, es la Filosofía de la Historia.

Entre tantos diversos elementos como cooperan á constituirla, ninguno es de mas valor que el elemento artístico. Desarrollase la investigacion puramente filosófica por la libre iniciativa de la inteligencia que la reflexion fecunda; constrúyense las ciencias naturales al amparo de la observacion y la experiencia; extiéndese la industria en un campo de dilatados horizontes; pero la concepcion artística, creada sin un fin exterior que la limite y circunscriba en determinado espacio, brotada en lo mas individual y característico que tiene el alma, se realiza á su antojo en un mundo abandonado á su albedrío, sin otro yugo que el de su propia voluntad. Y en efecto, apenas se concibe que el sabio concentre el fruto de sus tareas en un libro sin imaginar que ha de aprovechar á alguien, que ha de acrecentar su fama ó ha de proporcionar otras ventajas de menos elevada consideracion, mientras que comprendemos perfectamente que el artista

dé vida á sus ideales, y se recree en sus obras sin otra aspiracion que responder á una íntima necesidad de su alma. Preside al libro científico un pensamiento utilitario; la estatua, la pintura, la melodía, la poesía, únicas formas donde el sentimiento se funde en toda su pureza, pueden tomar realidad en el silencio del gabinete sin brindar sus atractivos mas que al que supo crearlos.

Las artes son, pues, de todas las manifestaciones del espíritu las que, conteniendo mas carácter subjetivo, indican con mayor determinacion el de las épocas y, entre las artes, la Literatura Bella es la que, por los medios de expresion de que dispone, por la casi universal y superior influencia que ejerce, por la inmensa variedad de la esfera en que se mueve, ofrece con mayor claridad y precision esa feliz armonía de lo general con lo individual, que es el *summum* de la representacion sensible.

Suprimase la literatura de un pueblo, y en vano se apelará para reconstruir su pasado á su historia política, amazon de sucesos, esqueleto que no reviste la virilidad de la musculatura, ni anima el vivificante calor de la sangre: estúdiase aquella, y los mas remotos tiempos y las generaciones mas olvidadas se nos presentarán con toda la pompa de sus grandezas, con todas sus miserias, con todas sus aspiraciones, con todos sus extravíos. Sin ella nos fuera imposible penetrar de qué modo se preparan y fermentan en el fondo de las sociedades los múltiples elementos que han de concurrir en una época dada á mudar su constitucion; cómo el espíritu público, divorciado de ciertas instituciones que ya no se apoyan en él, vá minando lentamente sus fundamentos hasta dar con ellas en tierra, y por qué misteriosa ley, cuando sus muros de bronce parecían desafiar el empuje de los siglos, desquiciados en sus cimientos, se desploman arrastrando pueblos enteros edificados á su sombra, y que envuelven en sus ruinas.

De esta suerte, ante la consideracion de la Filosofía, no es otra cosa la Literatura que el primero y mas firme sosten de sus deducciones en el campo de la historia: Mentor universal, nos reproduce el pasado, nos explica lo presente, y nos ilustra y alecciona para las oscuras elaboraciones del porvenir.

En ninguna otra esfera puede estudiarse con mas seguridad el carácter de los pueblos y las variaciones que sufre la opinion, con la cual establece la Literatura una mutua prestacion de ideas, recibiendo la inspiracion del espíritu social en su concepto de generalidad para devolverla mas tarde fundida en creaciones individuales y sorprendentes. ¿Dónde se manifiesta la indole del clasicismo en su mayor elevacion? En los poemas de Homero, en las tragedias de Esquilo, en las arengas de Demóstenes. ¿Dónde se dibujan mas fuertemente las sucesivas degeneraciones de esa civilizacion misma? En la Eneida y la Farsalia. ¿Dónde se conoce á los españoles del siglo XVII? En su teatro. ¿Dónde, en fin, se retratan los franceses? En su literatura. Si en Montaigne, Descartes y Cousin puede estudiarse el desenvolvimiento de su moderna filosofia, en sus monumentos literarios es únicamente donde ese estudio puede completarse convenientemente; y si los primeros apenas nos inician solo en las ideas de su tiempo, los segundos nos exponen todas las direcciones contemporáneas de la actividad social, bajo su triple forma de ideas, de sentimientos y de aspiraciones. Hay mas: el libro científico, y con especialidad en Francia, no siempre está concebido en íntima relacion con su siglo, como quiera que, hijo de una especulacion mas detenida que la de la generalidad, traduce mejor el fruto de reflexiones individuales, que las opiniones dominantes en el momento de su aparicion. Si algo puede estudiarse sobre el carácter de las épocas en esta clase de obras, eso pertenece casi exclusivamente á su elemento puramente literario, que, por la manera de tratar los asuntos, por el órden de la exposicion, por su estilo, etc., es el que nos dá verdadero conocimiento de él. Así, por ejemplo, cuando varios escritores al combatir determinadas doctrinas lo hacen de un modo llano y claro, desdeñando valerse de rodeos ni salvedades, desde luego puede afirmarse que esas doctrinas empiezan á decaer en los ánimos á quienes aquellos se dirigen, donde están ya arraigadas débilmente, no con un vigor y energia que no podrian sufrir contradiccion tan ruda y manifiesta. Bajo este aspecto, no estudiamos al filósofo en sus obras sino bajo el concepto de literato que, instintiva ó deliberadamente, solo revela del pen-

samiento completo del primero, lo que puede y debe verse en el sentido social de aquel momento histórico.

Ningun estudio, pues, mas fecundo, mas provechoso, de mas valor práctico, contra lo que suele pregonar el vulgo, que el estudio de las literaturas y, singularmente, de sus obras puramente bellas.

Mucho mas que los filósofos arriba citados, nos inician el *Roman de la Rose*, Ronsard y Rabelais, Malherbe y Boileau, Chateaubriand y Víctor Hugo en la progresion de la moderna sociedad francesa, cuyo espíritu puede seguirse, como en ninguna otra parte, en las producciones de esos escritores célebres que reasumen sus mas notables evoluciones. La superficialidad y el énfasis, la exagerada influencia del Renacimiento en ese pueblo, que hundi6 sus tradiciones nacionales para levantar sobre sus escombros las maravillas del mundo pagano, y convertir á su imitacion todas las fuerzas de su actividad literaria, la reaccion de las nuevas ideas, mas tarde desnaturalizadas hasta el punto de sublevar en contra suya á los hombres de buen sentido, todo esto vá envuelto en aquellos nombres; esa es la historia de la moderna literatura francesa, y, por consiguiente, la de todos los desenvolvimientos de su espíritu, al mismo tiempo que es tambien, durante un largo período, la historia de muchas literaturas, y muy particularmente de la española.

Y esto último depende de condiciones singulares.

Nacion, la francesa, cuyo carácter ligero y expansivo, cuyos antecedentes, cuyo idioma, cuya misma posicion geográfica hacen mas propia para difundir ideas y sistemas que para producirlos, ha ejercido un influjo notable casi siempre sobre el resto de los pueblos de Europa. La clásica Italia, la reflexiva Inglaterra, la docta Alemania, la apartada Rusia, han sufrido ó sufren este influjo que se determina ya en la esfera de las costumbres, ya en la de las instituciones, ya en la del arte, ya en todas ellas á un tiempo. En cuanto á nosotros, el espíritu francés, encarnado en nuestra sociedad, ha reinado despóticamente en la literatura, sobreponiendo su cosmopolitismo á la indole nacional de nuestro genio.

Honrosos timbres puede ostentar la nacion vecina á la gratitud del mundo. Plantel de aclimatacion para todo género de innovaciones, centro del movimiento europeo cuya direccion ha ejercido tantas veces, la voz de la Francia, mezclada generosamente á las elocuentísimas lecciones de sus tristes experiencias, ha sido el vehículo que ha llevado á los mas apartados confines los gérmenes de la cultura, los fundamentos de la civilizacion. Pero si merecen consideracion estos servicios y simpatía sus desgracias, esa consideracion y esa simpatía no deben conducirnos á sustituir con su criterio el nuestro, á pensar como ella piensa, á sentir como ella siente. Pretender, pues, modelar nuestra literatura sobre la suya, es empobrecernos nosotros sin enriquecerles á ellos. Desgraciadamente no siempre hemos resistido eso que el mismo Villemain llama funesto poder de la imitacion, tan propio de los escritores ligeros é incapaces de elevarse libremente á la esencia de las cosas, y expresarla con originalidad: harto tiempo, llevando por guía un ciego, ha caminado nuestra literatura de vacilacion en vacilacion, de extravío en extravío, y si no ha perdido para siempre su originalidad, es porque nuestro pueblo tiene brillantes tradiciones y elementos de vida propios, y los pueblos que tienen historia y condiciones, tienen literatura que necesariamente ha de florecer tan luego como las circunstancias sociales la presten amparo.

Veamos además qué literatura es esa que ha impuesto su yugo á las mas brillantes de Europa.

La Francia, atenta, hemos dicho, á difundir mas que á crear, se ha distinguido en la época moderna tanto como por su influjo poderoso, por su falta de originalidad. La originalidad de un pueblo se determina principalmente en virtud de dos condiciones esenciales, á saber: la existencia de un fondo de tradiciones literarias, filosóficas ó históricas, segun el orden de que se trate, y una singular aptitud para persistir en un incesante desarrollo, en una elaboracion continua del pensamiento ideal y característico que aparece desde la infancia de los pueblos, como se significa en la de los individuos.

Débiles las tradiciones literarias de la Francia de la Edad Media,

que asimismo se relacionaban en su mayor parte con las últimas formas del espíritu clásico, y habiendo determinado en su genio cierta predileccion por lo culto y elegante sobre lo grandioso y enérgico, desde los tiempos de Francisco I, los mas á propósito para fundar una literatura verdaderamente nacional, fué aumentándose artificialmente el gusto afectado é imitador de sus escritores, alimentado por la superficialidad de un carácter que refleja como el alma de un niño cuanto se ofrece á la inquieta movilidad de su exámen. Apasionados sucesivamente de las cosas mas opuestas, pasando rápidamente de un extremo á otro extremo, los franceses, hecha abstraccion de unas cuantas gloriosas individualidades, se han creído dispensados de tener una literatura propia porque cuentan con la de todos los demás países, como han prescindido de crear unas artes, una filosofía y una política nacionales, poniendo á contribucion las mas diversas manifestaciones del mundo antiguo y moderno. Distingue á la literatura española la grandiosa magnificencia del sentimiento y la expresion, señálanse, la alemana por su profundidad, la inglesa por su racionalismo, la italiana por su brillantéz, la india por su fantasia, la griega por la pureza de su forma, la árabe por su valentía é ingenio... solo la literatura francesa no se determina por cualidad alguna especial, y su carácter propio es no tener ninguno y reflejarlos todos.

Y por lo que hace á ideal histórico, ¿podrá pretenderse que esa propagacion de las ideas, único ministerio de la Francia, preste á una literatura colorido nacional, ni otro sabor que el de una insípida y universal traduccion? Lejos de esto, la importancia de esa mision se reduce á adelantar la implantacion de nuevas ideas, que siendo buenas, acaban por triunfar mas tarde ó mas temprano, mientras que si no lo son, producen incalculables perturbaciones en el cuerpo social. Hay en el verdadero pensamiento histórico de los pueblos lazos comunes de unas mismas simpatías, direcciones colectivas del pensamiento y la actividad que encadenan las generaciones entre sí con poderosos vínculos: en este concepto cada una de estas es doblemente hija de las anteriores, y, unas veces á sabiendas, las mas sin darse cuenta de ello, prosigue desenvolviendo

su espíritu tradicional mediante formas acomodadas á la diversidad de los tiempos, sujetas á la ley de toda forma, producto complejo de la determinacion de la esencia bajo la presion de elementos exteriores.

Pero, ¿existe esta unidad intrínseca en la literatura de un país, donde lo general y lo particular están trocados, puesto que el individualismo mata la ciencia, destruyendo la universalidad de sus principios absolutos, en tanto que, por una pretendida independencia, priva á todo desenvolvimiento artístico de originalidad nacional, de genio propio? ¿Existen allí esas simpatías históricas que se traducen en instituciones, costumbres, y sobre todo, en el arte, que cuesta inmenso trabajo contrariar, y que si se apagan un momento, es para volver á reproducirse bajo nuevas formas?

No, en Francia no hay genio nacional ni es posible que lo haya. Donde se carece de tradicion histórica, porque para borrarla cada época se rebela contra la que le dió el ser, y parece soñar, como dice Ritter, que ha brotado de las piedras: donde no hay tradicion científica, porque lo sistemático, lo colectivo, lo orgánico son allí palabras sin valor real: donde es nula la tradicion artística porque no crece de elementos populares: donde las instituciones arraigan en el empirismo, no en el doble fundamento de la especulacion racional y el progreso histórico, instituciones, arte, ciencia, fisonomía, espíritu, todo es inestable, todo muda, todo se renueva por momentos: y en la rápida sucesion de tan incesante cambio, apenas si les queda hoy el recuerdo de lo que ayer tanto pregonaban.

¿Puede constituirse de ese modo una literatura propia, con sentido nacional, con elementos originales? Si la literatura es una expresion fiel de la sociedad donde nace, si reproduce irremisiblemente la civilizacion en que respira, allí donde la civilizacion y la sociedad se hallan sujetas á una renovacion continua en casi todos los órdenes, y la opinion pública no consolida cosa alguna, falta de esa comunidad de sentimientos é ideas, la historia de las letras ha de ser el verdadero trasunto de la tela de Penélope, sin tener un Ulises que pueda justificar su volubilidad continua.

Esto acontece en Francia.

(*Se continuará.*)

FRANCISCO GINER.

DE LAS ESCUELAS DOMINICALES.

Cada época, como cada individuo, tiene su fisonomía especial, á cuya formacion contribuyen, sin duda, el progreso material, que nadie será osado á desconocer, el desarrollo y perfeccionamiento de las ciencias, las revoluciones, las condiciones distintas que los pueblos atraviesan y otras muchas circunstancias, que, aunque influyentes, no podemos, sin embargo, considerar como causas productoras del fenómeno. Y tanto es así, que con el trascurso de los dias vemos cambiar hasta los sentimientos mas íntimos del corazon, si inalterables en su esencia, múltiples y varios en su expresion, en sus aplicaciones, en sus resultados; manifestaciones externas en las que ostentan indeleble el sello de la época en que alientan.

Ninguno mas íntimo que el amor cristiano, ó sea la caridad; ninguno tampoco mas fecundo y variado en sus formas: mas íntimo, porque jamás aparece sin una causa externa que desarrolle su germen, oculto en el alma: mas variado, porque siempre tiene una nueva forma con que responder á una nueva necesidad sentida: necesidades que, sin que la Historia nos las revele, podemos apreciar en cada época, estudiando sus instituciones pías, así como no es fácil, dada la necesidad, buscarle por medio del estudio y el cálculo el remedio mas oportuno; porque la caridad brota en el corazon, y el corazon siente y obra, pero no calcula. Fácil nos seria comprobar lo dicho, haciendo una reseña histórica de todas las instituciones á que la caridad y la beneficencia han dado vida; pero sobre ser nuestro propósito mas humilde, menos pretensioso, aunque mas útil en realidad, no creemos aquella necesaria, porque

basta á nuestro intento fijar la vista en la época que atravesamos. El mayor contacto de pueblos y clases que hay en ella, el aumento de poblacion, la política, el movimiento vacilante de la riqueza, el despertamiento agitado del pueblo ayer dormido, y, como consecuencia, el mayor número de aspiraciones y la falta de medios para realizarlas, han multiplicado en nuestro siglo las necesidades físicas y morales del hombre, y la caridad siempre activa y pródiga de recursos ha respondido fiel al llamamiento, multiplicando á la vez sus medios de accion, acudiendo con el remedio allí donde el mal aparece, creando, en fin, tantas instituciones benéficas, alivio y consuelo de la humanidad.

Una, quizás la mas grave, de las necesidades de nuestra época, es la de dar instruccion á las clases ignorantes, que halagadas con la revelacion de vastísimos derechos que creen poseer y antes desconocian, alimentan exageradas aspiraciones, y se lanzan á realizarlas, sin conocer sus limites, ni comprender los males que á sí y á la sociedad acarrea su ignorancia inmodesta y atrevida. Los Gobiernos han comprendido esta necesidad, y obrado en su consecuencia, facilitando los medios de instruccion, multiplicando los establecimientos de enseñanza, llevándola hasta las poblaciones mas reducidas y miserables; pero el mal estaba demasiado arraigado, porque era muy antiguo. Los beneficios de las sabias medidas adoptadas por los Gobiernos, son para la generacion futura que hoy concurre á las escuelas ordinarias; pero la generacion presente que en su niñez no tuvo medios de instruirse, no puede acudir á esas escuelas sin abandonar el trabajo que les proporciona la subsistencia, lo cual naturalmente imposibilita la instruccion. Pero hé aquí á la caridad, siempre fecunda, creando las Escuelas Dominicales, y propinando así un eficaz remedio á este grave mal, que los hombres mas eminentes juzgaban incurable.

Cuando con esta y otras instituciones análogas se contesta á los que, sin haberlo estudiado, tachan á nuestro siglo de excesivamente materialista y apegado á los bienes de la tierra, cuando se pone ante sus ojos mas especialmente el crecido número de asociaciones de mujeres piadosas dedicadas con abnegacion sublime al remedio

del infortunio, suelen contestar irónicos ó ufanos. «Esa no es la caridad cristiana, porque no es el sentimiento quien alimenta la institucion; no es la virtud, es solo una bella máscara que suele encubrir un corazon de hielo; y así como en una época los hombres se creyeron en la necesidad de aparecer valientes, en otra galantes, en otra descreídos, en otra devotos, y á la mujer hemos visto igualmente ya desdeñosa, ya coqueta, ora mística, ora romántica, segun la moda lo exigia, así hoy vemos al hombre generoso, desprendido y compasivo para el infortunio, y á la mujer, mas impresionable y vehemente, constituida de hecho en enfermera y profesora. Esa no es la virtud: es la moda de la virtud.» Quizás, por desgracia, haya mucho de verdad en esto, pero dado caso que así sea, ¿qué importa? Será, sin duda, menos meritoria la accion en quien la ejerce, pero como el objeto de la caridad no es la persona que dá, sino la que recibe, su fin se cumple, toda vez que el desvalido encuentra alivio y consuelo.

Cuantas consideraciones venimos exponiendo son mas especialmente aplicables, que á otras muchas, á la institucion objeto de este ligero estudio por sus circunstancias peculiares, y el poco aprecio con que por el vulgo de las gentes se la mira, sin comprender su importancia, ni saber que con ella sucede lo contrario de lo que generalmente ocurre con todas las instituciones nuevas: en estas regularmente se obra poco y habla mucho: en aquella se ha hecho mucho y dicho poco. Puede sin embargo hacerse bastante mas, y á indicar los medios de conseguirlo se dirige nuestro trabajo.

La historia de esta institucion no se halla compilada; pero podemos hoy considerarla como una publicacion diaria, cuyas páginas sublimes se van imprimiendo y conservando en el modesto hogar del pobre jornalero.

Respecto á su creacion solo sabemos que nació á fines del pasado siglo, en que Roberto Raikes tuvo el piadoso pensamiento de dedicarse á la educacion de los presos de Gloucester, en los que creyó encontrar mayor número conducido á aquel estado por la ignorancia que por la depravacion. El ensayo fué fecundo en resultados prósperos, y alentado con ellos el fundador, amplió el beneficio á

todas las clases necesitadas, fijando para sus enseñanzas el Domingo, y llegando á fundar definitivamente la primera Escuela Dominical en 1780. El gran influjo que en las costumbres públicas comenzó á ejercer, hizo que las escuelas se multiplicasen con asombrosa rapidéz, pasando de la Gran Bretaña á Alemania, Suiza é Italia primero, á Francia luego y á España despues, aunque en ninguna nacion han llegado á desarrollarse y extenderse como en Inglaterra, donde hoy pasan de 16,000 con cerca de dos millones de alumnos.

Segun las noticias que hemos podido adquirir, no existia en España una sola *Escuela Dominical* en 1856: hoy las hay en casi todas las capitales de provincia, y en muchas poblaciones de segundo orden: dentro de poco no existirá tal vez un pueblo de cuatro mil almas donde esta benéfica institucion deje de ejercer su saludable influjo.

Para llegar á este resultado muchos quisieran la proteccion del Gobierno, su iniciativa y aun su direccion. Nosotros creemos que esto seria un mal: estamos seguros de que la planta que hoy brota lozana y llena de vida al abrigo del sentimiento, moriria agostada y fuera de sazón bajo el hielo del espíritu reglamentario, que en tal caso habia de presidir á todas sus manifestaciones, coartando así su espontaneidad, haciendo imposible su progresivo desarrollo y crecimiento. La caridad, como emanacion divina, inmensa é infinita en su esencia rechaza cuantas medidas tiendan á cortar su vuelo, á dirigir su impulso, á organizar su desenvolvimiento, á reglamentar sus tendencias, admiltiendo solo como regulador el buen sentido, que ni es patrimonio exclusivo de los Gobiernos, ni suele siempre ser el móvil que les impulsa.

No es lo mismo la Beneficencia que la Caridad, que esta es hija solo del amor, y aquella se puede ejercer sin él. Quede á cargo del Estado la primera, para la cual es bastante la inteligencia, y déjese la segunda, que no tiene vida sino en el corazon, que el Estado no posee, al cuidado del hombre en cuyo pecho arda pura la llama del amor. Y siendo un hecho constantemente observado, que en todas las instituciones piadosas se han cogido mas abundantes y

sabrosos frutos encomendadas al cuidado del individuo, que entregadas á la direccion del Estado; en esta de que venimos ocupándonos, este hecho se hace mas palpable por sus circunstancias especiales, que prueban claramente no puede llenar su objeto sin que un afecto tierno y desinteresado acompañe y dirija asiduamente sus trabajos. Por eso no queremos que el Estado intervenga en estas enseñanzas, concediéndole únicamente en las de hombres vigilancia, en las de mujeres nada. Vigile en buen hora las primeras, para evitar que el espíritu dominante de la época haga en estas, como ha hecho en otras, de una institucion piadosa una asociacion política; pero deje en libertad completa las segundas, que no pueden inspirar estos temores, porque en el corazon de la mujer que á tales ejercicios se dedica, solo existe abnegacion y amor.

Seguramente se nos preguntará: ¿Cuál es el verdadero carácter de estas escuelas? ¿Cuál su objeto? ¿Cuál su constitucion? ¿Qué resultados producen? ¿Qué ventajas proporcionan? ¿Cuáles son las condiciones esenciales de su existencia y prosperidad? ¿Cuáles las bases de su organizacion? ¿Qué pensamiento desenvuelven? ¿Qué tendencia realizan? ¿Cuál es su verdadero fin?

En la exposicion y desarrollo de nuestro pensamiento creemos quedarán contestadas estas preguntas. Es desde luego indudable que, hijo de la caridad, el pensamiento que dió origen á la creacion de las Escuelas Dominicales fué el de precaver los males á que dá ocasion la ignorancia, tendiendo seguramente primero al bien del individuo que al bien de la sociedad; porque para llegar al conocimiento de éste es necesario observar, deducir y generalizar, trabajo propio del filósofo; y aquel, como hecho constantemente repetido, aparece siempre mas de bulto á los ojos del hombre, cuyo único móvil sea la caridad. Por eso en los primeros años de su existencia estas escuelas no educaron; enseñaron solamente, que entre la educacion y la enseñanza media un abismo, porque esta solo dá alimento á la inteligencia, muchas veces nocivo, y aquella, sin descuidar la inteligencia, forma el corazon, que es el hombre. Por eso bastó en un principio la enseñanza, aunque superficial sin duda, que respondia á la primera necesidad observada, el mejoramiento

del individuo para su propio bien: por eso es hoy necesaria la educacion que debe y bien dirigida puede satisfacer una necesidad mas grave, llenar un mas alto fin; el perfeccionamiento progresivo de la sociedad. Dése al pobre enseñanza, ilústrese su espíritu, déjensele conocer sus derechos; justo es que los comprenda, y no por ello abriguemos pueriles temores, si, educándole, sabemos hacerle comprender al mismo tiempo los deberes que aquellos derechos limitan; que de este modo, por la moralizacion del individuo llegaremos á la moralizacion del pueblo, ahogando así en su gérmen aspiraciones locas, nacidas al abrigo de falsas teorías y tendencias bastardas, y acarreado á la sociedad mayor suma de bienestar, mas alto grado de progreso.

Tal vez se piense por muchos que exageramos al dar tan grande importancia á una institucion tan poco atendida: quizás nuestra opinion se crea delirio, pero desaparecerá esta creencia, tan luego como se reflexione acerca de un hecho siempre existente, aunque pocas veces observado, en todas las manifestaciones de la virtud, y mas especialmente en cuantas obras reconocen á la caridad por causa. Este hecho consiste en que un acto cualquiera, producto de una virtud, en su ejecucion aparece pequeño y en sus resultados es grande: al nacer supone poco, y al desarrollarse es mucho: tiene por objeto un bien próximo y visible, y consigue uno mayor remoto é inesperado: se propone á veces el remedio de un mal del momento, y evita innumerables males de funestas consecuencias. Pudiéramos ofrecer multitud de ejemplos en comprobacion de lo dicho, pero con uno bastará para que á la imaginacion del lector se agolpen otros muchos. Un pobre jornalero, falto de trabajo, y por lo tanto de medios con que atender al sustento de su familia, nos pide una limosna; compadecidos, le socorremos, sin mas objeto seguramente que satisfacer el hambre de aquel desgraciado; mas si bien es cierto que este es el solo fin que nos hemos propuesto, no paran aquí seguramente las consecuencias de nuestra buena obra. ¿No está en lo probable, que aquel infeliz, sin el socorro que le hemos proporcionado, hubiera caido en la desesperacion y hubiese robado para alimentar á sus hijos? Y ya lanzado en la senda del

crimen, ¿quién puede calcular dónde se hubiera detenido? Tal vez en el patíbulo. ¿Y no es tambien probable, que falto de valor para hacerse criminal, hubiese llegado á su miserable albergue con el llanto en los ojos y la agonía en el alma, y entonces una esposa jóven ó una hija hermosa hubiesen vendido su fidelidad ó su pureza por un pedazo de pan para su familia desgraciada? Y ¡cuán grave mal no causa á sí y á la sociedad una mujer que se prostituye! Pues hé aquí todo lo que se ha evitado con una pequeña obra de caridad que tan escasa de importancia aparecía en su ejecucion. Hé aquí comprobado el hecho de que venimos hablando, y que en la institucion que nos ocupa, tiene sin duda mas amplio desarrollo.

T. DE ROJAS.

(Concluirá.)

BLANCA.

I.

LA FLOR DE LA ESPERANZA.

Á la sombra de unos álamos,
 cuyos piés besan las aguas
 de un arroyo cristalino
 que murmurando se escapa,
 y en cuyas copas las tórtolas
 arrullan enamoradas,
 cuando el ramaje se mece
 al dulce beso del aura,
 está sentada una niña,
 consultando ensimismada
 en las hojas de las flores
 los misterios de su alma.

Flores tiene entre sus manos,
 vierte flores en su falda,
 flores ornan su cabello
 y el arroyo flores baña.

Mas la reina de las flores
 dentro de su pecho arraiga;
 que allí brotan los aromas

de la flor de la esperanza.

Tiene trece primaveras,
 ingenio, virtud y gracia,
 y es tan hermosa y tan pura
 como el ángel de su guarda.

Pero ¿por qué triste y sola
 suspiros ahogados lanza?
 ¿Por qué del festivo coro
 de sus amigas se aparta?

Es tan niña como bella:
 cual niña bella la tratan,
 porque ignoran que la niña
 tiene de mujer el alma.

Por eso triste á las flores
 dirige preguntas vanas,
 mientras aspira los perfumes
 de la flor de la esperanza.

II.

MENTIRAS Á DUO.

—Hace tres años, que oculto
 guardó tu amor en mi pecho.
 —¡Oh! pues eres cual ninguna,
 para guardar un secreto.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por qué?

¿No comprendes?

—No te entiendo.

—Porque nadie, que yo sepa,
 logró aperebirse de ello.

—¿Te burlas? ¿Dudas German?

—No es que dudo: es... que no creo.

—Esa franqueza mé ofende.

—Es preciso ser sincero.

—Yo te amaba.

—¿Tú, Leonarda?

¿Desde cuándo?

—En todo tiempo.

¿Cuántas veces en tu ausencia
 con llanto bañé mi lecho!

—Y en ese tiempo, sé franca:

¿con cuántos amantes nuevos
 de la ausencia á los pesares
 buscaste fácil remedio?

—Para hablarme de ese modo
 no tienes razon.

—Si tengo.

—Mi conciencia está tranquila.

—Que no la tienes, sospecho.

—La tengo y no me remuerde:
 te lo juro.

—¿Será cierto?

¡Y yo ingrato sospechaba
 de un amor tan verdadero!

Nada contestó la hermosa:
 nada replicó el mancebo;
 que en las pláticas de amores
 á veces sirve el silencio.

Solo los ojos hablaron,
 y los de él tanto dijeron,
 que arrebatada la hermosa
 le echó los brazos al cuello.

Sus copas bajan los árboles,
 y retozando con ellos
 el aura, al pasar, remeda
 el dulce rumor de un beso.

—¡Oh! me parece que escucho
 pasos por ese sendero,
 y si nos ven aquí solos....

—Espera.

—Adios.

—Hasta luego.

Salió del bosque la hermosa,
 tipo de mujer soberbio;
 ancha espalda, airoso talle,
 ancha la frente y el pecho,
 rojo el labio, pardo el ojo,
 rubio y sedoso el cabello,
 reflejando en su mirada
 de amor voraces incendios:

Dentro del bosque quedóse
el amante sonriendo :
y era su triste sonrisa
la sonrisa del incrédulo.
Era un dolor disfrazado,
era el sarcasmo sangriento
del que á la última esperanza
dirige el adios postrero.
Porque German comprendía,
á pesar del juramento,

que aquella mujer liviana
con muchos gozaba á un tiempo.
Por eso al quedarse solo
exclama con triste acento :
— ¡ Pureza ! ¡ Lealtad ! mentiras
son no mas de mis ensueños.
Placer por amor me ofrece :
placer que dura un momento :
poco vale ; mas ¿ qué importa ?
Gocemos, German, gocemos.

III.

PUREZA.

— ¿ Estabas hablando solo ?
— No, Blanca.
— Pues yo creía
haberte escuchado.
— ¡ Bueno !
¿ con que estabas escondida ?
— ¡ Ah ! no, no: todo al contrario:
muy descuidada y tranquila,
por la márgen del arroyo
caminaba distraida,
cuando el rumor de tus voces
me hace que vuelva la vista,
y te hallo solo, y hablando :
¿ quizás con las Musas ?
— ¡ Niña !
¿ Tambien burlona ?
— ¿ Por qué ?
¿ No amas tanto la poesía ?
¿ Qué extraño que estando á solas
á las Musas te dirijas ?
— ¡ Oh ! sí: cuando no se encuentra
nada bello en esta vida,

es fuerza que el alma goce
con existencias mentidas.
— Tú estás triste.
— Y con razon.
— ¿ Qué tienes ?
— Melancolía.
— Pero ¿ por qué ?
— Porque en vano
busco en el mundo la dicha.
— No te comprendo.
— Lo creo.
— Pero si tú me lo explicas,
entonces....
— Menos.
— ¿ Por qué ?
— Porque aun eres harto niña.
— He cumplido trece años.
— Bella edad de la alegría
en que tranquila está el alma
en su inocencia adormida.
— No siempre, no: muchas veces
el dolor me martiriza,

y, sin conocer la causa,
estoy tambien pensativa.
— Tú ?
— Yo: sí.
— No lo comprendo.
— ¡ Ay ! yo tampoco.
— Suspiras.
— ¡ Ah ! sí.
— Por quién ?
— No lo sé.
— ¡ Oh ! tú amas ya, pobre niña.
— Yo no conozco el amor.—

— Blanca, ¿ te gustan los versos ?
— ¡ Oh ! mucho, mucho.
— Pues mira :
déjame solo un momento.
— Ya mismo; mas date prisa.
Yo me vuelvo mientras tanto
del manso arroyo á la orilla,
y allí, hablando con mis flores,
esperaré distraida.

Dice con voz conmovida,
y el carmin del rojo labio
enrojece su mejilla.
.....
.....

Y atravesando ligera
un bosquecillo de olivas,
á la márgen del arroyo
volvió á sentarse la niña.

IV.

MELANCOLÍA.

En honda tristeza amarga,
quedó abismado en el bosque
él que ha poco pareciera
gozaba dulces amores.
— ¡ Pobre niña ! — al fin exclama:
tú sientes y no conoces :
¡ ay ! el amor cuando hiere
la mano traidora esconde ;
y hasta que, abierta la herida,
la sangre á raudales corre,
no comprende la inocencia
la causa de sus dolores.

¿ Pobre niña ! quieres versos,
y esperas que en ellos broten,
para aliviar tu tristeza,
para aliviar tu tristeza,
lozanas y gayas flores.
— ¡ Y yo no arranco á mi lira
mas que sonidos discordes !
¿ Blanca !... te daré un consejo,
que á tu amor sirva de norte.—
Y del libro de memoria
una hoja el poeta rompe,
y presto sobre ella escribe
aquestos tristes renglones.

«Niña hermosa, á quien dedica
mi pobre lira sus sonos;
un tierno amigo te escribe:
¡ay de tí! si le desoyes.

¡Ay de tí! si, despreciando
de su cariño las voces,
la calma de la inocencia,
sus deliciosos acordes,
su santa paz, su ternura,
sus castos y puros goces,
truecas por el ronco estruendo
de las mundanas pasiones.

Tienes trece primaveras;
en los valles y en los montes
ya trece veces has visto
nacer y morir las flores.

Tú eres una flor ¡oh niña!
flor, que envidiarán los hombres,
para gozar sus perfumes,
sus matices y primores:
y luego que esté marchita,
luego que no encuentren goces
en su lánguida belleza,
¡pobre de la flor entonces!

Por mas que lágrimas vierta,
por mas que doliente llore,

el desprecio es su destino,
y el abandono mas torpe.
Tu cáliz ¡oh flor humana!
has abierto á los fulgores
de un sol espléndido y bello,
que ardiente tu vida absorbe.

Ese sol, niña, es el mundo:
un mundo que no conoces,
un mundo que fascinarte
inclemente se propone.

Que te ofrecerá la copa
de mil placeres innobles,
abandonándote luego,
antes que tú le abandones.

Las codiciosas abejas
á las campesinas flores
arrancan el dulce néctar,
su triste existencia absorben.

Tu cáliz ¡oh flor divina!
asáz cuidadosa esconde,
que el mundo tiene su abeja,
porque en el mundo está el hombre»

V.

MISTERIO.

Dejó de escribir: al viento
trémulo lanza un suspiro,
y de él un eco doliente
resuena triste en su oído.

Hallar intenta el origen
de aquel eco fugitivo,

y de Blanca vé á su lado
el semblante peregrino.

De sus ojos tristes lágrimas
empañan el dulce brillo,
y vaga amarga sonrisa
en su labio purpurino.

—Blanca, Blanca ¿por qué lloras? —Y bien....

—No lloro.

—Sí.

—No seas niño:
dame los versos.

—No....

—Dime:

¿para quién los has escrito?

—Para tí.

—Dámelos, pues.

—Dime primero el motivo
de ese llanto que en tus ojos
brotar con tristeza miro.
Dímelo, Blanca.

—Pues bien:
es que oculta entre los mirtos
por encima de tu hombro
esos versos he leído.

—Como son tan tristes

y los leí de improviso....

al mismo tiempo que tú
suspirabas abatido....

—Y lloras por mí!

—No lloro.—

Y en aquel instante mismo,
cuando estaban de las manos
ambos jóvenes asidos,

sobre ellas cayó rodando
de aquellos ojos divinos
una lágrima ardorosa
que en vapores se deshizo.

Y Blanca huyó con sus versos,
cruzando el prado florido:
y German salió del bosque
meditabundo y sombrío.

VI.

LA REJA.

Tras ancha y cómoda reja,
de vanos adornos rasa,
sedienta de amantes goces
está aguardando Leonarda.

Su calle ha mas de seis horas
invadió la sombra opaca;
y German aun no parece
sabiendo que ella le aguarda.

Mas vá á comenzar la escena:
ved: el telon se levanta,
la dama alegre sonrie:
ya está el galan en las tablas.

No esperéis de su entrevista
requiebros, chistes y gracias;

que, donde abundan las obras,
están demás las palabras.

Y ella, como pocas ducha,
sustenta cual una máxima,
que *las obras son amores*
y *no las razones vanas*.

Por eso, tras las primeras
frases que siempre se cambian,
y que reputarse pueden
como exposicion del drama,
dan principio los suspiros,
las frases entrecortadas,
los apretones de manos,
las chispeantes miradas,

la languidez, los vahidos,
 los sollozos y las lágrimas,
 los éxtasis melancólicos,
 la sequedad de garganta,
 las convulsiones fingidas,
 y las posturas románticas,
 y el «siempre así:» y el «te adoro:»
 y lo demás que se calla.

¡Oh! ¿Quién osará, mirando
 la pareja enamorada,
 sospechar que entrambos mienten
 y que ninguno se engaña?

Y, sin embargo, es muy cierto:
 ella, ardiente y arrojada,
 de goces siempre sedienta,
 en pos del placer se lanza.

El, incrédulo, impasible,
 el mundo cruza con calma:
 ni busca el placer difícil,
 ni el que le brindan rechaza.

Por eso al placer se entrega
 sin recuerdos ni esperanza:
 sin sufrir por el ayer,
 sin pensar en el mañana.

Como ilusiones no busca
 ni sentimientos su alma,

para ir consumiendo el tiempo,
 con lo presente le basta.

¿Qué le importa que á otras horas
 á otros amantes la dama
 iguales gracias conceda,
 si nunca con él fué escasa?

Si, caminando sedientos,
 encontramos una charca
 que con sus aguas impuras
 nuestra sed un tanto apaga,

¿qué nos importa, que luego
 mitiguen sus turbias aguas
 mil veces la sed ardiente
 de toda la raza humana?

Cuando la corriente pura
 se pone asquerosa y zarca,
 y en un lodazal inmundo
 se torna la fuente clara,

sus orillas se abandonan,
 si viene la sed.... ¡cachaza!
 y en busca de nueva fuente
 tranquilamente se marcha.

Por eso German tranquilo,
 embozándose en su capa,
 hastiado de torpes goces,
 tornó á la hermosa la espalda.

VII.

UN SUEÑO.

Envuelta en su negro manto,
 con lento paso uniforme
 del silencio acompañada
 vá caminando la noche.

En una alcoba, en que trémulos
 oscilaban los fulgores

de una luz agonizante,
 meditando estaba un hombre.

Era un poeta: German,
 que al sueño al cabo rindióse,
 cuando asaltaron su mente
 mil fantásticas visiones.

.....

Era un espacio sin luna,
 sin estrellas y sin soles;
 caverna inmensa dó aladas
 giraban sombras informes.

Solo un extraño rumor
 se oye en ella: vagos sonos,
 que el oído no comprende
 si son ecos ó son voces.

Distintos se van haciendo
 poco á poco los rumores,
 y el sonido que le hiere
 el oído al fin conoce.

De música extravagante
 suenan acá los acordes
 y del bélico atambor
 allá el crugiente redoble.

Ora el chasquido de un beso,
 de un traje de seda el roce,
 ya las suaves palabras
 de alguna trova de amores;

ya el armonioso susurro
 del arroyuelo que corre
 por la pradera, esmaltada
 de mil aromadas flores:

ya el silbido de los vientos,
 ya el bien medido galope
 de un caballo, que atraviesa
 de la noche las regiones.

Mas todo opaco, confuso
 como los vagos acordes
 de una lejana armonía,
 que el viento á intervalos rompe.

Un destello luminoso
 dulce la caverna innoble

con débil luz ilumina,
 y sus ámbitos recorre.

Y entonces mira el poeta,
 aquellas sombras deformes
 tomar femeniles formas
 y conocidas facciones.

¡Oh! cuántos recuerdos tristes,
 cuántos amargos dolores,
 cuánto infame desengaño,
 cuántas negras decepciones,

cuántas ilusiones muertas,
 cuántos criminales goces,
 aquellas sombras livianas
 hacen que en su mente broten.

Descuella entre todas una,
 que, si de méritos pobre,
 en impudencia hartó rica,
 se acerca brindando amores.

Imágen de la impureza,
 mujer degradada y torpe,
 que el placer de los sentidos
 en vez del amor conoce.

Es la sombra de Leonarda;
 la que, tras un beso innoble,
 jurando amores mentidos,
 vimos escapar del bosque.

¡También cuando el alba asoma
 con sus puros arreboles,
 avergonzados se ahuyentan
 los fantasmas de la noche!

Por eso del bosque ameno
 huyó Leonarda veloce,
 al iluminarlo Blanca
 con purísimos fulgores.

Mas ¿dónde nace ese rayo
 que ilumina la caverna,

como una tibia alborada
que vá inundando las selvas?

Que es de origen harto noble
bien á las claras demuestra,
cuando alumbrá el antro inundo
sin perder de su pureza.

-Viene del cielo: no hay duda: -
pensó extasiado el poeta :
y al cielo elevó los ojos
que siempre tuvo en la tierra.

Mas, ¿ qué imágen seductora
ha visto en la azul esfera,
que de una emocion extraña
todo su ser se penetra?

Allá en los altos espacios,
do nunca alcanzan las nieblas,
ni alzar el vuelo, atrevida
osa el águila altanera,

entre soles esplendentes
de extraordinaria grandeza
con seductora hermosura
brilla tímida una estrella.

Peró es tan pura su lumbré,
y es á la vez tan intensa,
que, aun cuando del cielo parte,
tambien á la tierra llega.

Mas solo una ténue ráfaga
de las luces que destella :
que lo que es del cielo, en vano
el mundo alcanzar intenta.

Por eso su luz brillante
ya á replegarse comienza,
nuevo brillo dando al cielo,
más densa sombra á la tierra.

Por eso la estrella hermosa
radiante y pura se eleva,
cambiando de luz y forma
á medida que se aleja.

No es ya un punto luminoso,
como son otras estrellás,
ni con sus ráfagas blancas
algun brillante cometa.

Es... un arcángel de luz
con dorada cabellera,
que vá esparciendo perfumes
de santidad y pureza.

Es una virgen del Cielo,
vestida de su inocencia :
es... Blanca, la hermosa Blanca,
que al trono de Dios se acerca.

T. DE ROJAS.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA.

I.

Descripcion del Reino de Granada bajo la dominacion de los Naseritas, sacada de los autores árabes, y seguida del texto inédito de Mohammed Ebn Aljathib, por D. Francisco Javier Simonet.—Madrid: Imprenta Nacional. 1861. (1)

Hace algunos meses que un estudioso jóven, aventajado orientalista y hábil en el manejo de la lengua castellana, dió á luz su segundo trabajo árabe, con el título que encabeza este artículo. Nosotros tuvimos la honra de ser favorecidos por su autor con un ejemplar, y nuestras muchas ocupaciones nos impidieron el leerlo detenidamente y estudiarlo cual se merece. Este momento ha llegado, y no queremos dejar de manifestar al público nuestra opinion, siquiera no sea de valia ni de gran mérito, al menos porque, un poco conocedores de la lengua árabe, podemos dar nuestro humilde voto en los trabajos que á ella se refieren.

El libro del Sr. Simonet de seguro le dará mas gloria que utilidad; porque ceñido en él á hacer el relato fiel y exacto del antiguo reino árabe de Granada, tiene necesidad á veces de no ser ameno sino descarnado en la narracion; y por lo tanto, de una lectura menos atractiva para la mayoría de los españoles; pero en cambio el hombre inteligente y amigo de conocer las glorias de su patria y la antigua geografia de su país, debe apresurarse á llevar á su biblioteca la *Descripcion del Reino de Granada*. El historiador, el poeta, el literato, encontrarán en este libro gran copia de datos para corregir errores y para establecer nuevas y mas acertadas investigaciones.

(1) Se vende en la librería de Sabatel, y en la calle de la Piedad, núm. 19.

Hace ya tiempo que entre los que de árabe se ocupan y entre los que estudian profundamente nuestra historia, se confiesa la necesidad que hay de traducir las crónicas árabes todo lo mas literalmente posible, para que de estas traducciones se aprovechen todos aquellos que no conocen el idioma, pero que poseen conocimientos especiales en geografía é historia de España. Para atender á esta necesidad se ha comenzado á publicar en Granada por una sociedad de apreciables orientalistas la traduccion literal del *Bayan al Mogreb*, obra utilísima y aun necesaria para ilustracion de nuestra historia en los siglos medios, cuyo texto árabe habia sacado á luz algunos años antes en Leiden el distinguido arabista Mr. Reinhart Dozy. Mucho ha contribuido tambien á fomentar en nuestra patria estos difíciles é importantes estudios la *Descripcion del Reino de Granada* recientemente publicada por el Sr. D. Francisco Javier Simonet, señalado ya entre los orientalistas españoles por varios trabajos notables, entre ellos sus *Leyendas históricas árabes*, que aparecieron en Madrid en 1858. Distinguese entre las de su género la obra del Sr. Simonet, por una circunstancia rara y de singular mérito en España, que es la de estar enriquecida con un precioso texto inédito del célebre historiador granadino Mohammed Ebn Aljathib, estampado en bellos caracteres árabes, siendo así mas útil á los estudiosos de este idioma. Ni es menos digno de elogio en nuestro concepto el Sr. Simonet, porque sin dejar de ser la traduccion de este y otros textos árabes de que se ha valido para su trabajo, fiel y exactísima, le ha dado una forma mas aceptable que la de una version puramente literal, y la ha vestido de su estilo peculiar, que siendo castellano puro y correcto, no por eso deja de ser oriental. En la traduccion y escritura de los nombres de lugar y en su asimilacion á los antiguos y nuevamente conocidos, ha estado sumamente acertado el Sr. Simonet, y las notas é ilustraciones con que aclara el texto acreditan su erudicion y mucho estudio. Solo el que conoce los libros árabes, su método difuso y nada congruente y el estilo con que distraen las mas interesantes narraciones, son los que pueden apreciar el impropio trabajo que se ha tomado el autor de este libro para completar el cuadro del reino árabe que dió fin á la dominacion musulmana de nuestra patria.

De la publicacion de este libro deben congratularse las provincias de Granada, Almería y Málaga, y mucho mas ésta por deber su antigua descripcion geográfica á uno de sus hijos, que no ha olvidado

el poner al frente de su obra el patronímico de *Al-Malaqui*.

Nosotros tambien nos congratulamos de la aparicion de este nuevo trabajo del Sr. Simonet, y esperamos que no será el último en su género que dé á luz, para bien de la historia árabe de nuestro país.

MANUEL MALO DE MOLINA.

II.

La Estafeta de Urganda ó aviso de Cid Asam-Ouzad Benengeli, sobre el desencanto del Quijote, por D. Nicolás Diaz de Benjumea.—
Lóndres: 1861.

Notable y verdaderamente digno de ocupar la mente de cuantos estudian las letras patrias es este opúsculo, y así lo demuestra la preferente atención que á su exámen han dedicado las mas autorizadas publicaciones de la córte. Mero aviso, como su mismo título lo indica, que prepara la aparicion de otra obra dotada de mayores proporciones, se halla escrito en una prosa elegante y castiza, que se señala igualmente por su naturalidad como por su pureza, cualidades que no siempre reúnen nuestros escritores de hoy.

En cuanto al asunto de este boceto, es tan inmenso, que rebasa los límites en que se halla encerrado, y solo podrá fundarse acerca de él una opinion razonada y prudente cuando sean conocidos los *Comentarios filosóficos* que anuncia el Sr. Benjumea: poco, por tanto, diremos sobre la materia.

Rebate el autor de la *Estafeta* la creencia vulgar de los que tienen al *Quijote* como una mera sátira de los libros de caballería. Otros críticos eminentes han penetrado antes que él en el espíritu de este libro, y no es esta la novedad característica del trabajo que nos ocupa, puesto que hoy no hay ya persona medianamente dotada de sentimiento é instruccion que conceptúe el *Quijote* como una divertida parodia del género caballeresco. Aparte de otras pruebas, la popularidad y el sentido actual que conserva para nosotros la inmortal creacion de Cervantes, cuando los Oliveros y Amadises no tienen ya ra-

zon de ser, son claro testimonio de que en la historia del ingenioso manchego, hay algo mas que eso, algo que falta á los poemas de Boryardo y Ariosto, cuyo interés de actualidad es escaso, y se refiere tan solo al que cualquier obra de arte despierta en nuestra imaginacion. Además, como dice Mr. Puibusque (1), (uno de los críticos que mas honran las letras francesas, y que sentimos no ver citado por el Sr. Benjumea) en España, país esencialmente caballeresco, ningun escritor notable se hubiera atrevido á poner en ridiculo á los héroes nacionales; y los comentadores, que han atribuido ese impío designio á Cervantes, han incurrido en un error grosero.

El *Quijote*, pues, ese libro que hace reir y llorar, ese espejo del mundo real, esa profunda y benévola historia de las ilusiones de un espíritu candoroso, esa novela elevada á la epopeya, contiene, como todo gran monumento literario, una filosofía, una interioridad que solo se alcanza, como observa el Sr. Benjumea, dejando la letra, y dirigiéndose rectamente al espíritu.

Mas no solo vá encaminada la crítica de *Cid Asam-Ouzad* á probar la generalidad histórica del *Quijote*, como síntesis de una época y su generalidad filosófica, en el concepto de lucha entre lo ideal, lo real ó de símbolo del dualismo humano, personificado en las dos figuras protagonista y antagonista del hidalgo y el escudero, sino que toma por principal objeto la identidad entre el mismo Cervantes y su héroe, considerando las aventuras de este como el trasunto alegórico de la infortunada vida del príncipe de nuestros ingenios.

Suspendiendo nuestro juicio, repetimos, acerca de la mayor parte de las conclusiones del Sr. Benjumea, hasta que la publicacion de sus *Comentarios* nos coloque á su lado ó nos haga disentir de su opinion, por hoy no podemos menos de aplaudir el gigantesco esfuerzo con que en alas de una vastísima erudicion y de una meditacion detenida, se ha elevado á la altura de la mas fecunda crítica, ilustrando con nobles tareas nuestras glorias nacionales. El punto de partida de la *Estafeta de Urganda*, á saber, eso que podríamos llamar el esoterismo del *Quijote*, basta consignar que en nada se opone á los principios de la verdadera crítica, hartamente acostumbrada ya (contra lo que algun escritor ha afirmado con este motivo) á interpretaciones y estudios de

(1) *Histoire comparée des littératures espagnole et française*, tomo I, p. 287.

esta clase, para que antes de conocer los fundamentos de las consideraciones del Sr. Benjumea, la moteje aventuradamente de ilusoria y estravagante. Todo libro que reasume en sí los caracteres de una sociedad durante un período histórico determinado, contiene necesariamente los principios generales porque esa sociedad se gobierna, al mismo tiempo que los sentimientos y opiniones del autor, en cuyas determinaciones literarias tanto influyen las circunstancias y accidentes de su vida. Al crítico pertenece la mision de desentrañar ambos elementos, separándolos entre sí y de la parte de ficcion que á la obra de la imaginacion creadora corresponde. Por no hacer una lista interminable, baste el ejemplo de la *Divina Comedia* (recientemente citada como argumento contrario á la idea capital del Sr. Benjumea), que fué explicada mucho tiempo en las cátedras de Italia por los comentadores, y no es ciertamente de hoy la pretension, universalmente reconocida como justa, de hallar en ese grandioso poema un doble carácter de alegoría cristiana y de individualidad personal, que el mismo Hegel ha hecho notar profundamente. Aun en nuestra patria, y en los albores de la literatura, se han escrito comentarios á la colosal obra de Dante, y sin hablar de las glosas del texto, de índole puramente gramatical y filológica, hoy mismo continúan esos trabajos de exposicion, de que puede dar una idea el libro de Mr. Ozanam (1). Por lo demás, si estamos lejos de pensar como las escuelas fatalistas, que los grandes hombres son simplemente un producto histórico, no menos distantes nos hallamos de los escépticos que todo lo refieren al capricho individual. No desconocemos el indisputable valor del elemento exterior en las creaciones del espíritu, singularmente en las que corresponden á la literatura objetiva, como la epopeya y la novela, que toda la fuerza de un Homero ó de un Cervantes no hubieran logrado producir, faltando las condiciones sociales que estos géneros exigen; pero concedemos una parte, igual por lo menos, á la libertad humana de que se sirve el genio para sellar sus espontáneas creaciones.

No carecen, pues, de base las deducciones del Sr. Benjumea, y si por casualidad no acertase, llevado de un exagerado celo, á detenerse dentro de límites convenientes, esto no obsta para que aseguremos

(1) *Dante et la philosophie catholique au XIII siècle*.

desde luego que ha partido de un supuesto admisible en buenos principios de filosofía crítica.

Por lo que hace á la forma del opúsculo que ligeramente analizamos, vá precedido de una introduccion, á la que sigue una exposicion sucinta de los puntos cardinales que han de abrazar los *Comentarios*; tales son: el espíritu del género literario á que el *Quijote* pertenece, el exámen de la época en que vivió su autor, la crítica de todas sus obras, y su vida, ampliados con otros no menos interesantes, como son: un análisis de las críticas que en todos tiempos se han hecho del *Quijote*, la historia de este libro hasta nuestros dias, una «narracion preliminar documentada» y un «espécimen del comentario relativo á la auto-biografía ó personalidad de Cervantes.» Merece citarse especialmente el párrafo relativo á la locura de Quijano, que segun el Sr. Benjumea viene á reducirse á una melancolía, á un ideal de *pathos*, «desenvuelto en todas las direcciones de la actividad humana.» Este asunto le dá márgen para atinadas y oportunas reflexiones que someramente inicia, sintiendo que el corto espacio de que podemos disponer no nos permita insertar este trozo, que al mismo tiempo daría una idea del excelente lenguaje del folleto.

La índole de este breve exámen y la extremada concision que necesariamente domina en el *Aviso*, nos impiden hacernos cargo de algunos errores que ha dejado correr, con todo, la pluma del erudito escritor, porque, no hallándose en su obrita (ni en otro artículo que recientemente ha publicado defendiéndola) suficientemente esplanados, no es fácil determinarlos con exactitud, ni comprender hasta qué punto puedan viciar los trabajos de nuestro laborioso compatriota. Nada decimos tampoco del método que indica haber adoptado en su interpretacion, y cuyos fundamentos carecemos aun de datos para juzgar.

Deseamos vivamente la aparicion de los *Comentarios filosóficos al Quijote*, para poder apreciar debidamente el trabajo del Sr. Benjumea, por cuya generosa empresa le damos nuestro modesto parabien, como amantes de cuanto redunde en pro de las letras españolas.

F. GINER.

VARIETADES.

La introduccion en la música sagrada de uno de sus mas importantes géneros, el *Oratorio*, no se verificó de una vez, sino que fué poco á poco formándose desde el siglo décimo sexto hasta llegar en el décimo octavo á constituir un verdadero drama musical y religioso. En Alemania es frecuente atribuir su nacimiento á la popularizacion del culto que pretendia simbolizar la reforma; pero á mas de la completa inexactitud de esta última asercion, probada por la historia de los mas remotos tiempos de la Iglesia universal, parece mas fundado creer que el gran desarrollo que en esta época tuvo la música, así sagrada como profana, en toda Europa, con especialidad en Francia, Italia y la Alemania misma fué el verdadero origen de la creacion del *Oratorio*. Desde luego puede afirmarse que éste no es otra cosa que el desenvolvimiento bajo forma mas artística y amplia de la costumbre, propia de la Iglesia cristiana desde la mas lejana época y que aun hoy se conserva en la católica, de cantar en los templos la historia de la divina Pasion en las solemnidades destinadas por ella á conmemorarla. El primer ensayo de este género se encuentra en el *Gesangbuch* de Reuchenthal (Wittenberg, 1573), compuesto de dos coros, uno de ellos al principio y otro al final, y el canto de las palabras del pueblo judío (*turbæ*). Todavía no se hallan en esta obra verdaderas melodías religiosas, y casi acontece lo mismo en el *Gesangbuch* de Selnecker (1587). La Pasion de B. Gese, la de Schütz, y el *Gesangbuch* de Vopelius señalan un progreso lento en este género, hasta que en 1672 J. Sebastian de Königsberg, introdujo el uso de melodías corales armonizadas, el recitado del Evangelista y el acompañamiento de violines, violas y bajos. El coro en esta composicion es á cuatro voces; pero generalmente solo cantan la melodía superior, llenando las otras tres partes el instrumental. Un carácter mas notable presentan los *Oratorios* de Händel, Keiser y Mattheson, á principios del siglo décimo octavo: las melodías, los duos, el recitado libre, etc. constituian formas tan ricas y difíciles, que solo los cantantes de escuela podian ejecutarlas. Merecen especial mencion en esta época las innovaciones de Hunold Menantes y Reinhold Keiser, los cuales suprimieron el Evangelista, las sentencias de la Escritura

y los cantos de la Iglesia, introduciendo cantatas (*soliloquia*) semejantes á escenas dramáticas: la novedad llegó á su colmo cuando, prescindiendo por completo de la Escritura, solo se restauró el Evangelista para enlazar las diferentes partes de un poema lírico original del consejero Brockes. Los cantos de la Iglesia fueron asimismo mezclados á las nuevas melodías, formando un oportuno contraste lleno de variedad y grandeza. Händel, Mattheson y Telemann pusieron alternativamente en música esta Pasion. Pero el mas notable *Oratorio* es quizá el de Sebastian Bach segun S. Juan: de todas sus obras, esta es la mas fecunda en inspiracion, sobrepujando, en opinion de los mejores maestros, á su gran Pasion segun S. Mateo, mas grandiosa y dotada de mayores proporciones. Su forma magistralmente correcta, la profundidad poética de sus melodías, la sabia originalidad de sus combinaciones armónicas, especialmente desplegada en la introduccion, donde las mas heterogéneas armonías se enlazan sorprendentemente á un bajo fundamental é invariable, bastarian á colocar al autor de esta insigne obra entre los genios de la música sagrada. Los franceses, generalmente apasionados de la música de ópera, en que su tendencia á gozar sin pensar mucho se halla satisfecha por las peripecias vulgares que halagan el oido, naturalmente inclinado á las combinaciones fáciles, suelen calificar esta composicion maestra de música ingeniosa y sabia, pero fastidiosa en sumo grado. Las profundas emociones que sus rasgos de sublime inspiracion despiertan aun en las clases menos cultas de Alemania, y en cuantas personas dotadas de verdadero sentimiento artístico los escuchan, desmienten esa ligera inexactitud tan frecuente en sus juicios, patentizando al par que esa música sabe dirigirse recta al corazon sin cuidarse mucho de recrear trivialmente el oido.

Este compositor forma con Beethoven, Haydn, Mozart, etc., la brillante pléyada de autores de música religiosa alemana, cuyos distintivos son la sencillez, la inspiracion y la profunda ciencia.

J.

POR TODO LO NO FIRMADO:
El Secretario de la Redaccion,
T. DE ROJAS.

El Editor responsable, José Martínez Elizalde.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

ESTHÉTICA. (1)

IV.—LUGAR QUE CORRESPONDE Á LA ESTHÉTICA EN EL SISTEMA

DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS.

Siguiendo la antigua distincion de la filosofia, puesta de moda por la escuela de Wolf, que divide los estudios filosóficos en doctrina teórica y práctica, la Esthética se ofrece sin clasificacion propia, como quiera que no trata simplemente de un modo de conocimiento ni de una actividad aplicada á un fin, que le sea completamente extraño.

En los primeros dias de su existencia científica fué clasificada diversamente, ora colocada en la Propedéutica ó doctrina preparatoria del conocimiento, ora en la Teorética como parte interna de la Psicología (2).

Segun hemos indicado anteriormente, Baumgarten la colocó, en la Lógica en el sentido lato, entre los prolegómenos de la ciencia, lugar restablecido en parte por Hegel, que ha hecho entrar la ciencia del Arte en la Fenomenología.

Krug que, como todos saben, ha desleído las ideas kantianas en

(1) Véase el número 2.º

(2) Véase á Erdman, *Ensayo de una exposicion científica de la historia de la Filosofia moderna* (en aleman,) t. II, p. II, pág. 269 y siguientes.

un vasto y oscuro formalismo, la incluye en la Filosofía teorética como su tercera y última parte. En su concepto, examinando la Filosofía teorética los objetos de nuestras representaciones en relación con nuestras facultades, los considera primeramente en relación con la facultad de pensar en la *Lógica*, después en relación con la facultad del conocimiento en la *Metafísica*, en relación, en fin, con el sentimiento del placer y del dolor en la *Esthética* (1). Juzga, por tanto, que sus doctrinas particulares solo deben dar una razón tomada de la naturaleza del mismo espíritu sobre los fundamentos de dichas afecciones.

Diversamente opinan los que la introducen en la Filosofía práctica, entre los cuales se distinguen Solger, Schleiermacher y Wirth.

Cree Solger que el Arte debe producir algo que no exista, representando sensiblemente lo concebido por la conciencia, y como al representar nuestros pensamientos en objetos exteriores obramos, el Arte pertenece á la Filosofía práctica (2). Mas, en verdad, á cualquiera se alcanza la distinción que existe entre la actividad artística, donde la acción está acabada interiormente en la invención y elaboración, siendo la exterioridad manifestación pura, y la actividad meramente práctica ó ética, donde el deber junta la realidad á la idea venciendo obstáculos. Ciertamente comprende este filósofo que en la obra de arte lo general de la idea y lo individual se encuentran unidos en la conciencia, al revés de lo que ocurre en la obra ética, donde entre la idea de obligación ó la resolución y la acción individual aparecen grandes distancias; mas deja perdida observación tan interesante sin sacar de ella la distinción oportuna.

Schleiermacher reconoce ya la distinción entre la actividad ética y la esthética (3). Considerando la esencia artística como una actividad en que la forma interior es lo determinativo y la exterior solo un adjunto que no merece atención grave, mientras en lo propiamente ético la obra fija el mérito del hombre, no la concepción

(1) Krug, *Esthética ó Gustología* (en alemán), p. 8.

(2) *Lecciones* publicadas por Heyse (en alemán), págs. 3 y 4.

(3) *Lecciones sobre la Esthética*, publicadas por Lommatzsch (en alemán), p. 122 y siguientes.

interior de la misma, adelanta, sin embargo, otra distinción entre la forma interior y la técnica del Arte, que en realidad no existe. El verdadero artista ha de conocer á fondo los trabajos prácticos de su arte determinada y triunfar de sus dificultades. Si es pintor, debe saber dibujar, guardar las leyes de la perspectiva y dar colorido; si poeta, hallarse tan levantado en la altura del conocimiento elemental de los pormenores poéticos, que no enrede ni amilane su espíritu por la indocilidad de la rima ó la ignorancia del idioma. Ofrece contradicción decir que un individuo es verdadero artista, afirmando que las condiciones vulgares y técnicas del arte sean suficientes á nublar la luz de su genio. El artista, además, lo es solo en cuanto obra exteriormente, manifestando en forma sensible el pensamiento de su espíritu: por eso es falso lo que dice el pintor en Emilia Galotti: «¿pensáis que Rafael no hubiera sido el mayor genio de la pintura aunque hubiera nacido sin manos?» sin advertir que para llegar á ser el genio de la pintura, encerrando la concepción y ejecución indispensables, necesitó primero ser pintor, á la manera que no podría llamarse á Colón el descubridor del Nuevo Mundo, sino hubiera estudiado Cosmografía ni atravesado los mares.

Por otra parte, en estas explicaciones introduce demasiado dicho autor la esfera de lo ético en el campo de lo jurídico, cuando hubiera bastado señalar que la constancia de la voluntad y el vencimiento de los obstáculos infinitos que ofrece el mundo, determina el mérito en aquella esfera, mientras la ejecución en el arte, dado el manejo de los materiales, aparece como simple continuación de la concepción interna.

Con todo, á pesar de la diferencia que él mismo señala, coloca Schleiermacher la Esthética en el campo de la Ética ó ciencia del agente, pues dividida la Filosofía en su sistema en ciencia del Espíritu (*Ética*), ciencia de la Naturaleza (*Física*) y ciencia superior (*Dialéctica* ó *Metafísica*), divide todavía la Ética general, como ciencia del agente, en ciencia del espíritu *obligado* por deber y realidad, á saber, Moral, y ciencia del espíritu libre, que es la Esthética.

Wirth, empero, pone nuestra ciencia en lugar inferior á la Éti-

ca (1), que coloca al fin del sistema como su disciplina mas alta.

Bajo los principios de la escuela de Kant la Esthética aparece ocupando un lugar indeterminado en virtud de las frecuentes vacilaciones de su sistema. Colocando su fundador el juicio teleológico en la filosofía teorética porque contribuye al conocimiento del sugeto, presenta el esthético en la propedéutica, por pertenecer solamente, conforme á sus ideas, á la crítica del sugeto que juzga y á la facultad de conocer, retrocediendo en esta parte al punto de partida del Baumgartenianismo. Por lo demás, muestra razones para presentar no solo el juicio esthético sino aun el teleológico en el punto medio entre la filosofía teorética y la práctica.

Habia establecido en la *Crítica de la Razon pura* un abismo inconmensurable entre la esfera del entendimiento y de la razon, cierta imposibilidad de unión relacionada entre el terreno de las leyes de la naturaleza corpórea cognoscible por el hombre y el de la libertad psicológica, defecto que le indujo á superar el inmenso abismo que separa lo fenomenal de lo supra-sensible, por medio de un vínculo entre la causalidad de la naturaleza y la de la libertad.

Partiendo de estas doctrinas, ofrece el siguiente cuadro de facultades y principios reguladores de la inteligencia con su correspondiente aplicacion.

Facultades generales del ánimo.	Facultades del conocimiento.	Principios a priori.	Aplicacion á
Facultad del conocimiento.	Entendimiento.	Legitimidad.	Naturaleza.
Sentimiento de placer y de desagrado.	Juicio.	Oportunidad.	Arte.
Facultad de apetecer.	Razon.	Finalidad.	Libertad.

La confusion de los elementos de esta tabla se comprende á primera vista. La segunda columna solo divide el primer miembro de la primera, haciendo corresponder en paralelismo el Juicio al sentimiento del placer y del dolor, y la Razon á la Voluntad ó facultad de

apetecer. No solamente se muestra error en la primera correspondencia, por cuanto aquel sentimiento se percibe inmediatamente, si que además ofrece el defecto de confundir el sentimiento general con el esthético, confusion doblemente censurable en Kant, cuyo mejor servicio consiste en haber puesto en claro la pureza de todo motivo en la complacencia de lo Bello, tanto sensible como moral.

En cuanto á la Razon, solo corresponde realmente á la Voluntad en la esfera de la aplicacion práctica, no en el vasto campo del raciocinio especulativo.

Bajo el concepto esthético no es menos recusable el tránsito que ofrece en la primera columna del puro contentamiento al puro querer, pues si lo Bello es sin duda, en cierto sentido, una preparacion no intencional á lo Bueno, tiene mas importancia científica conocer que lo bueno debe ser real y existir antes, para aparecer y ser sentido como Bello. En la tercera se observa la separacion arbitraria de la legitimidad y finalidad, que en el sentido interno son una misma cosa, y la aplicacion de la legitimidad exclusivamente á la inteligencia. Finalmente, en la cuarta se advierte el resultado de estas equivocaciones, haciendo corresponder el Arte á la Finalidad externa (oportunidad), al Juicio y al Sentimiento.

Aunque radicalmente incompleta toda esta clasificacion y solo importante en el concepto histórico, pudiera cambiarse, al menos, en la parte última, en la forma correspondiente á nuestra division de la Esthética aplicada, en Naturaleza, Libertad y Arte.

Lo Bello, empero, no es teórico ni práctico, sino lo uno y lo otro en un sentido por el cual se destruye la oposicion de ambos, hallando su lugar en una esfera sobre estas oposiciones, en la esfera elevada en que concibe el espíritu la percepcion de lo superiormente real por el hombre en la Religion y la Filosofía.

Dejando aparte las formas del espíritu que señala Hegel y la pretendida trascendencia y carácter absoluto de su doctrina, encerrándonos puramente en los principios de una Lógica concienzuda, vamos á juzgar la legitimidad de la ordenacion de este filósofo, trasladada á nuestro modo de concebir. Segun Hegel, ocupa el primer lugar en la esfera de manifestaciones superiores del espíritu

(1) *Sistema de la Ética especulativa* (en aleman), 1841.

el Arte, el segundo la Religion y el tercero la Filosofía, en todo lo cual parte de una consideracion superficial de la antigua teogonía de la Grecia, que parecia tomar sus dioses de las creaciones de poetas y estatuarios.

Con la mas recta intencion y con el propósito de evitar los errores del hegelianismo, Weisse ha establecido otro orden, colocando en el lugar primero la ciencia de la Razon, en el segundo el Arte, y en el tercero y mas elevado, la Religion, ó mas bien, la Teología; disposicion que no habria inconveniente en aceptar, en el último punto, si se tratase de la importancia de esta manifestacion; pero sobradamente defectuosa, á considerarse en el orden genético ó cronológico. Si en el orden de sucesion de las cosas lo inmediato precede á lo mediato, y lo espontáneo y natural al producto de las consideraciones de la razon humana, no es de dudar la precesion de la Religion y del Arte sobre la Filosofía. Considerando nosotros estas tres esferas, como las superiores manifestaciones en que la idea de lo infinito ó de Dios se aparece al hombre, reconocemos dos formas principalmente inmediatas, la Religion y el Arte, y una mediata, la Filosofía, sin negar el auxilio que esta pueda prestar con sus trabajos á la parte extrínseca, y á la apreciacion de aquellas manifestaciones.

La Esthética, por tanto, que en su concepcion mas elevada es ciencia de consideracion de lo infinito, debe ocupar, segun la doctrina expuesta, un lugar intermedio entre la ciencia de la Religion y la Filosofía.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(*Se continuará.*)

DE LAS ESCUELAS DOMINICALES.

(*Conclusion.*)

Nacida á la sombra de una cárcel, y establecida en ella para disipar la ignorancia de unos cuantos criminales, se hizo luego extensiva á la enseñanza de todas las clases pobres y necesitadas, comenzando así á manifestar su verdadero carácter, que no es, como en la mayor parte de las instituciones humanas, remediar los males ya causados, sino precaverlos por medio de la educacion, y marcando sus tendencias, que son el afianzamiento del orden público, y el bienestar de la sociedad por medio del perfeccionamiento del individuo. Á este carácter y á esta tendencia, realizado el primero desde su creacion, en camino de realizarse la segunda, responden respectivamente el resultado próximo y el remoto de la institucion; lo que en su nacimiento se propuso y consiguió, y lo que hoy pretende y espera conseguir; lo que en ella vé la mayoría de las personas que á sus trabajos se dedican, y lo que adivina y comprende el hombre que medita y piensa: en una palabra, el individuo y la sociedad. Y no se nos diga que esta distincion es superflua, puesto que lo que es bien para el individuo redundando en provecho de la sociedad, porque si bien esto es cierto, lo que en realidad prueba es la naturaleza de las obras hijas de la virtud, que como ya dejamos indicado, salvan siempre los limites del deseo, llevando su influencia bienhechora allí donde el autor no pudo imaginar; circunstancia que en nada altera nuestra distincion, puesto que ella se reduce á demostrar que ayer el fin de estas escuelas era

el individuo, y hoy lo es, ó al menos debe serlo, la sociedad. ¿Qué es, sinó, lo que se propusieron al constituirse y han venido consiguiendo hasta hoy? Disipar la ignorancia de las clases menos acomodadas, despertar del marasmo en que yacian multitud de inteligencias entorpecidas, inculcar en el corazon de muchos hombres abyectos los mas sanos principios morales y religiosos, proporcionar á muchos desgraciados por medio de la enseñanza nuevos medios de subsistencia, apartarles de los lugares de corrupcion, evitándoles así peligros inminentes, enseñarles la resignacion en el infortunio, y sembrar en sus almas una buena semilla, que dé sazonado fruto, cuando, constituidos jefes de familia, tengan ocasion de enseñar á otros las máximas que aprendieron. Este objeto no podia menos de conseguirse. Ocupados, cuantos viven de su trabajo, la semana entera en proporcionarse los medios mas precisos de subsistencia, aguardan con afan el Domingo para dar tregua á sus faenas y entregarse al descanso que sus trabajados miembros reclaman: llega el ansiado dia, ¿y qué es lo que generalmente sucede? Que el hombre erige la taberna en templo donde santifica la fiesta, y la mujer tiene ocasion de envidiar el lujo y los placeres de que carece, y aprende con frecuencia los medios de proporcionárselos, medios, que al presentarse por vez primera enrojecen su mejilla, pero que al repetirse suelen ser admitidos sin empacho; y hé aquí á la mujer lanzada en la senda de la prostitucion y al hombre en la del crimen. Tal es el mal que las Escuelas Dominicales han querido, y en parte conseguido, precaver.

Frecuente es hallar hombres que rechacen la enseñanza de la Religion, que desconocen, y de la moral, que desprecian; pero muy difícil encontrar uno solo que no se avergüence alguna vez de no poder descifrar las páginas de un libro, ni trasladar al papel sus pensamientos. Pues bien, esta pequeña aspiracion de la inteligencia inculta, este deseo de saber, esta curiosidad se satisface y realiza en esas escuelas gratuitas, cuya principal enseñanza es la de las primeras letras, y á las que por tanto acuden con afan los jóvenes que en su niñez no tuvieron ocasion de aprenderlas. Ya con esto, á mas del bien que la instruccion reporta al individuo, hay conse-

guido un gran resultado; la ocupacion provechosa del tiempo y el apartamiento de los lugares de corrupcion: mas como á la enseñanza literaria, que es la que casi exclusivamente atrae alumnos, va unida la moral y religiosa, á mas de aquel resultado se consigue de un modo indirecto, pero eficaz, inculcar en el corazon de los discípulos sanas máximas y nobles sentimientos, dando así descanso al cuerpo con el sosegado trabajo del espíritu. Este es, pues, el fin que los fundadores de las Escuelas se propusieron y han venido consiguiendo.

No se limita sin embargo á esto el bien inmediato que las Escuelas producen, no: al par que la inteligencia del discípulo se despierta, la del profesor se cultiva, el uno aprende, y el otro evita olvidar; el primero comprende el sentimiento de la gratitud que debe á su protector, y el segundo conoce las necesidades de su protegido; entrambos con estas prácticas se inician y perfeccionan en el magisterio santo, que algun dia deberán ejercer al constituir familia, y entre unos y otros se crean afectuosos lazos, con frecuencia indisolubles.

Á la realizacion de esta indisolubilidad fundada en la mancomunidad del bien y sostenida por el amor y la prudencia, es á lo que debe hoy aspirar la institucion, cuyo fin, ya lo hemos dicho, debe ser el perfeccionamiento de la sociedad por medio de la educacion del individuo. Y esta indisolubilidad no puede menos de conseguirse, si las personas encargadas de la educacion comprenden la importancia del puesto que ocupan, y saben colocarse á la altura de su mision, toda vez que estos ejercicios realizan un hecho, que su índole especial exige, que en ninguna otra circunstancia puede tener existencia, que su falta es causa de muchos graves males que aquejan á la sociedad presente, y que hoy vá haciéndose indispensable para el afianzamiento del orden público. Este hecho es la union y la armonía entre las diversas clases sociales, que con aviesos intentos pretenden algunos hacer enemigas irreconciliables, y que por mas que hasta hoy hayan vivido sin conocerse, separadas por insuperables barreras, respirando en distintas atmósferas, girando en órbitas diferentes, y queriendo asegurar encontrados inte-

reses, llegará un día, no lejano, en que comprendan la necesidad de vivir unidas, y busquen por todos los medios imaginables esa union que hoy comienza á efectuar la institucion que nos ocupa, al poner en íntimo contacto esas clases, que ayer vivian en tan lejano apartamiento.

Sin embargo, para el cumplido logro del fin que las Escuelas deben proponerse, es necesario sumo tacto, prudencia y abnegacion en el profesor, de quien exclusivamente depende, porque el discípulo seguirá naturalmente el camino que aquel le trace, como sigue el árbol nuevo la direccion que le imprime la mano diestra del labrador. Por eso hemos dicho en el ingreso de este artículo que solo admitimos como regulador de estas enseñanzas el buen sentido, que naturalmente se encuentra siempre en el hombre de sano corazon. Esto no obsta, sin embargo, para que intentemos indicar algunas reglas de prudencia, que juzgamos de fácil aplicacion y propias para asegurar esos lazos, de que antes hemos hecho mérito, y que directamente nos llevan, sin duda, á la consecucion del fin principal.

Regularmente, cuantas personas concurren á estas escuelas se hallan en la adolescencia ó en la juventud, edad en que las amonestaciones no suelen ser bien recibidas, y los castigos son siempre rechazados. Es indispensable que el profesor tenga muy en cuenta esta circunstancia para dar á su enseñanza un carácter amistoso y familiar, haciendo de este modo que desaparezca á los ojos del discípulo la áspera figura del maestro severo, á quien el niño teme, pero con quien el jóven no simpatiza, y ofreciéndoles en cambio la noble y bella imágen del protector desinteresado, ó del amigo cariñoso, cuya voz el hombre escucha siempre con agrado. Para esto seria muy conveniente, en particular en las escuelas de mujeres, que fuesen jóvenes tambien, en su mayor parte, cuantos á este profesorado santo se dedican, porque como á la igualdad ó proximidad de edades vá unida la uniformidad de sentimientos, sin mas diferencias que las nacidas de la educacion, se crean así mas fácilmente los íntimos lazos de que antes hemos hecho mérito, se establece una mayor armonía entre protectores y protegidos, se

comunica con mas espontaneidad la doctrina y se oyen mejor los consejos, porque aparecen mas desinteresados, toda vez que de este modo no podrá acudir á la imaginacion del discípulo la tan falsa como, por desgracia, generalizada idea de que «los viejos» gustan de dar buenos consejos, porque ya no pueden dar malos «ejemplos.» Déjese á la ancianidad la influencia y direccion que á sus años y experiencia es debida; pero quede á cargo de la juventud la enseñanza práctica, que pone en contacto al profesor con el discípulo, para que de este modo entre uno y otro se establezca, no una igualdad absoluta, que seria perjudicial porque desaparecería el prestigio y hace además imposible la superioridad en ciencia y posicion, pero sí una fraternidad nacida del corazon, en la que, al par del cariño, haya deferencia y consideracion del hermano menor al mayor: es decir, del discípulo al maestro.

Es asimismo conveniente en alto grado que, sobre la base siempre de las primeras letras y de los deberes religiosos y morales del hombre, se procure dar á esta enseñanza la mayor publicidad posible y la extension y amplitud que las condiciones de la localidad y del alumno exijan; preservándola al mismo tiempo con todo esmero de dos escollos á que por desgracia se halla muy expuesta, y que pueden causar su ruina; la intervencion inmediata, la influencia absorbente del clero en las escuelas de mujeres, y la invasion de la política en las de hombres: aquella las privaria de espontaneidad é independencia, imprimiéndoles un carácter y una tendencia para muchos sospechosa; ésta acabaria de una vez con la institucion, porque los Gobiernos no sabrian tolerarla.

Para dar á la enseñanza el carácter puramente amistoso que hemos dicho le conviene, para establecer en vez de lecciones áridas agradables conferencias, mas provechosas sin duda porque entretienen y no fatigan, que eduquen al par que instruyan, formando el corazon y alimentando la inteligencia, deberá alternar sabiamente combinada con la parte didáctica la parte recreativa, pero útil á la vez y edificante, y asiduamente dirigida á engrandecer el espíritu y endulzar el sentimiento. Medios sobrados hay de conseguir este objeto, para el cual juzgamos valen mucho frecuentes y cortas

lecturas de Historia y de Novela, siempre que el profesor tenga el tacto suficiente para elegir en la primera aquellos pasajes que den á conocer algun personaje célebre por su talento, por su abnegacion ó por sus virtudes, que refieran alguna accion heróica ó que exciten el recuerdo de nuestras glorias nacionales, y escoger entre las segundas con escrupulosidad suma algunas pocas, cortas, sencillas, interesantes, acomodadas á la índole y gustos del pueblo honrado, con personajes de su misma clase, y basadas firmemente en la moral, que debe aparecer muy de bulto y dominante, no en declamaciones vanas, sino en la accion, en su desarrollo y hasta en sus mas mínimos detalles. Alternada con esta la lectura de libros piadosos, pero interesantes y variados, dando de unos y de otros en premio á la aplicacion y la virtud, prodigando consuelos al afligido y socorros á los mas necesitados, dispensando siempre á todos afecto, proteccion y dulzura, mostrándose de continuo á sus ojos con dignidad y llaneza, y sin lujo que ofenda su pobreza y despierte sus deseos, adoptando para las conferencias las horas que en cada localidad sean mas convenientes al pobre, procurando crear en todos buenos hábitos y hacer mas dilatado el círculo de sus conocimientos, induciéndoles por medio del consejo y del ejemplo, mas no por la coaccion, á que cumplan estrictamente sus deberes religiosos, adoptando, en fin, cuantas medidas sugiera el celo de la caridad hermanado con la prudencia, lograrán, los que á este profesorado santo se dedican, excitar en sus discípulos las simpatías, la confianza y el respeto, crear indisolubles lazos de adhesion y cariño, apartarles del vicio y del peligro, ilustrar sanamente sus inteligencias, proporcionarles mayores medios de bienestar, destruir el antagonismo de las clases sociales, que hoy se repelen, debiendo ser hermanas, y conseguir así de un modo paulatino, pero seguro, con el perfeccionamiento del individuo el perfeccionamiento progresivo de la sociedad, que, como repetidamente hemos dicho, debe ser el fin de la institucion á cuyo estudio hemos dedicado estas ligeras páginas.

T. DE ROJAS.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA LITERATURA MODERNA.

(Continuacion.)

¿Cuáles son, en general, los distintivos peculiares de las letras francesas? La afectacion y la mas frívola cortesanía, en su exterior: en su espíritu, no hay tendencia alguna, no hay manera de ser especial, que predomine. Lo mismo en la literatura didáctica, que en las obras puramente bellas que engendra la invencion artística, pueden observarse los vicios de su falta de pensamiento nacional, la escasez y pobreza que encubre una fecundidad solo aparente. Si tratásemos de analizar el estado de los estudios sérios en Francia, empresa superior á la índole de este trabajo, veríamos de qué modo se ha contrapuesto allí á la literatura científica que llaman *savante* la literatura científica *amusante*, forma accesoria de la exposicion doctrinal, propia, sin duda, para divulgar agradablemente las ciencias mas áridas cuando, como en otros países acontece, se limita á presentarlas de una manera mas comprensible para la generalidad, y que al mismo tiempo despierte la aficion á estudios mas profundos y detenidos. Pero desde el *Cosmos* del baron de Humboldt, en que se presta á las ciencias naturales toda la poesía de un gusto sóbrio y elevado, realzando el interés de una copiosa doctrina, modestamente explicada, hasta esos *Cursos com-*

pletos de Filosofía, de Literatura (1), de Física, de Moral, á que casi se hallan reducidas las publicaciones científicas entre nuestros vecinos, y que administran la ciencia desleída en dosis infinitesimales y adornada con un aparato tan ligero como rebuscado, hay mucho camino. Esos tratados, compuestos de relumbrantes discursos, de resúmenes y de extractos, han destruido, casi por completo, el verdadero carácter de su literatura útil. Por su vacío sustancial se prestan fácilmente á la lectura de toda clase de personas, aun las que menos preparacion científica han recibido: por su variedad amena halagan las imaginaciones frívolas; y, despojado su lenguaje de todo tecnicismo y su fondo de todo rigor sistemático, si enseñan á muy pocos unas cuantas ideas, casi siempre repetidas y falsas, vician en muchos las ya adquiridas y favorecen en los mas la ignorancia y la presuncion, mostrando ya como innecesario cualquiera ulterior progreso de la reflexion y el estudio.

Exceptúense un corto número de pensadores, la mayor parte formados en las doctrinas extranjeras, y mas bien expositores que fundadores de desenvolvimientos propios, y tendremos una didáctica que podrá parecer el *non plus ultra* á los franceses; pero que á los extranjeros nos deja todavía que desear bastante.

No ha cabido mejor suerte á la literatura de imaginacion. Si las obras científicas de allende los Pirineos, formadas, por lo general, en los mezquinos principios de una superficial erudicion, bordada de las gracias de ese *esprit* que, segun las palabras de un escritor nada sospechoso, precedió al genio en la literatura francesa, han contribuido á pervertir los estudios sérios, sin añadir una letra al progreso intelectual, antes bien, torciéndolo de su verdadero camino, las producciones de la fantasia, en lugar de enlazarse unas á otras, en vez de desarrollarse modelando sus tradiciones primiti-

(1) Puede ofrecerse como muestra de este género, entre un sín número de libros demasiado conocidos, el *Curso de Literatura dramática* de Mr. Saint-Marc Girardin, uno de los cuarenta inmortales de la Academia francesa, y profesor de la Facultad de letras de París: este autor, que goza de bastante nombre, no dedica un solo capítulo al exámen del teatro español, cuya importancia es inútil encarecer. Semejantes omisiones son, por desgracia, harto frecuentes en los autores traspirenáiros, y han dado lugar á esa fama de inexactos y ligeros que, en su mayor parte, disfrutan.

vas sobre el tipo de las nuevas necesidades y reproducir la doble inspiracion del poeta bebida en sus genuinas fuentes, han nacido al calor de una cultura vana y artificial. Vacilante y sin direccion, inconsecuente apasionada de todo lo anormal, de todo lo que se aparta de lo vulgar y comun, cuando en la Europa entera comenzaban á germinar las semillas de la Edad media y la reaccion en sentido clásico que el Renacimiento despertó, pudo, sabiamente encaminada en su lucha con las nuevas ideas, haber concurrido, como aconteció en nuestro país, á la depuracion y perfeccionamiento de una literatura vigorosa y nacional, la Francia, oponiendo á la racional armonía de tantos elementos como hubieran podido fundirse en el crisol del espíritu romántico la estéril consideracion de antagonismos insolubles y la superior cultura de los antiguos, retrocedió bruscamente y se arrojó en los brazos del neo-clasicismo, que evocaba tiempos para siempre olvidados, que por su aridez reglamentaria contradecía la libertad de los modernos, que pretendía, en fin, continuar las tradiciones de Homero y Sófocles, no trasfiguradas como estaban ya por la lenta elaboracion de los siglos, sino restituidas á su primér estado y borrando de la historia las asombrosas evoluciones de la sociedad europea. Así llegó á formarse en esa literatura una atmósfera especial, distinta de la comun, y á extenderse la imitacion de los clásicos, invadiendo el teatro, la cátedra, el libro, hasta el templo. Pero cuando parecian sofocadas todas las aspiraciones del genio moderno, cuando solo imperaba ese clasicismo que, anhelando restaurar las bellezas del ideal griego, lo disfrazaba y corrompia, y, vencidos con improba constancia todos los obstáculos que su dominacion habia encontrado, revocaba soberbiamente con sus inapelables fallos los juicios de la opinion que apenas osaba contrariarla; cuando la literatura francesa se embriagaba con los placeres de la victoria en el seno de la escuela greco-romana, lánzase impetuosa al romanticismo y destruye en un día la afanosa tarea de mas de dos siglos, comenzada con tanto ardor, proseguida con tanta perseverancia.

Y, en verdad, el celo de los neo-clásicos habia sido extremado y producido abundantes frutos: singularmente en el siglo XVII, la

imitacion de lo antiguo llegó á su apogeo. Mezclada en un principio á las puerilidades de aquel amor, metafísico y sensual á un tiempo, de los trovadores, que tanto ayudaba la natural galantería de los franceses, despues á los pobres juegos de palabras y al culturanismo concepluoso de la escuela exótica de Marini, mas tarde á las informes copias de nuestra literatura que hicieron célebres los nombres de Hardy y Scarron, alcanzó en Corneille y Molière, sentenciados á una perpetua vacilacion entre las dos escuelas clásica y moderna, su mayor grado de brillantez que no pudo aumentar ciertamente el descolorido Racine. La condicion, generalmente mezquina, de los poetas franceses, dependientes casi siempre de la corte ó agregados á la servidumbre de los altos personajes, cuyas inclinaciones se veian obligados á halagar, y la influencia del elemento oficial en las letras, que regulaban, condenándolas á la impotencia, los ministros desde sus gabinetes, los eruditos en las Academias y las *preciosas* desde el funesto tribunal de los salones elegantes, fueron las dos principales causas que fomentaron esa manía de la imitacion, ingénita en el espíritu francés (que en vano ha pretendido justificar M. Puibusque ⁽¹⁾ en una apología, verdaderamente notable) y que creó aquel falso buen-gusto, que tanto incensó el patriarca de Ferney, y una crítica cuya atencion se dirigía ante todo á la exterioridad, cuando hubiera debido concentrarse en las condiciones históricas del fondo de la literatura. El arte clásico, con su belleza reposada, correcta, graciosa, con sus formas tan acabadas y perfectas, era maravillosamente apto para cautivar un gusto que se preciaba de exquisito y para engendrar aquella literatura esclava y sin carácter, en cuya escena (dice un ilustrado francés) ningun héroe griego ó romano hubiera podido reconocerse, como no se reconocia ninguno de los modernos. De notar es asimismo la superior consideracion que la literatura latina obtuvo de los franceses respecto de la helénica, harto mas original y bella: París, capital del mundo civilizado, ha plagiado, aun en el siglo XVIII, á la antigua ciudad de Rómulo, viniendo á ser, como se ha dicho felizmente, un eco de otro eco.

(1) *Histoire comparée des littératures espagnole et française*, tomo II, conel.

Así se comprende que todos aquellos que desde la época de Ronsard se habian opuesto á la imitacion de los extraños, algunos con la autoridad de sus palabras, muy pocos con el ejemplo de sus obras, consiguieran tan escaso éxito en su generosa empresa: la soberbia del clasicismo cortesano, prolongado hasta nuestros dias, hizo un mártir del infortunado Gilbert, como lo hubiera hecho en el siglo anterior de Corneille, sin la flexibilidad de este ingenio, cuyas primeras tentativas para reavivar el teatro de su patria introduciendo elementos románticos (tomados, por cierto, de los españoles), aunque aplaudidos del pueblo, merecieron la reprobacion de las personas cultas.

Divorcio funesto es siempre el de las literaturas popular y erudita, y cuando, en vez de marchar aunadas y robustecidas por unos mismos elementos, se apartan y contraponen, degenera aquella en insípida y convencional, perdiendo cuanto puede hacerla duradera y agradable en todos tiempos, y se aísla la segunda en una esfera reducida y menospreciada, tuerce su curso natural, y al cabo perece ó engendra á lo sumo toscas producciones, que no pueden aspirar á una verdadera influencia sino en las mas ínfimas clases de la sociedad. Tal acaeció en Francia, donde, faltas de medios de vida, jamás han podido desarrollarse tradiciones literarias, y donde, si ha habido escritores nacionales, nunca ha existido una literatura que lo sea.

Empero, así como en el orden moral suele acontecer que cuanto mas corrompida se halla una época son mas vivos los deseos y simpatías de la generalidad hácia el bien que, con lo bello y lo verdadero, es lo que únicamente puede satisfacer la esencia íntima de la humanidad, dentro de los límites en que puede ejercitarse la actividad de su espíritu, de la misma manera la perversion del arte en un período histórico trae consigo cierto descontento entre sus adeptos, en los cuales llega al fin á levantar vehementes aspiraciones de un porvenir mejor: el ideal bello de los pueblos se depura y eleva en razon directa de la decadencia del gusto, y tanto menos realizado lo encuentran, tanto mas suspiran por realizarlo.

De esta suerte, aun en los países que no han logrado constituir

una literatura propia, puede pretenderse justamente que la que exista, ya que no esté fundada en lo pasado, se relacione al menos con el presente y satisfaga siquiera una parte de las necesidades de su época; por esto, al espirar el último siglo, cansado el mismo espíritu francés de aquella superficialidad, de aquel vacío que se notaba en las letras cortesanas, mas fortalecido el sentimiento de la independencia individual, especialmente desde los trastornos políticos de América y Europa, y puestas en íntimo contacto las literaturas del Norte y el Oriente con las degeneradas de los pueblos neo-latinos, aun en medio de las tendencias clásicas que caracterizaron ciertos períodos de la Revolución y el Imperio, triunfaron la energía, la virilidad, la originalidad del romanticismo. Ya el romanticismo se había señalado en los tiempos de plena idolatría de lo antiguo, aunque sin fundar un desarrollo histórico intrínsecamente propio, anunciándose, hasta en el germen mismo de las exageraciones abusivas en que mas tarde había de incurrir, en varios escritores tales como Pascal, Rousseau y Beaumarchais, en todos los cuales se combinaban no pocos elementos clásicos á la libre inspiración del genio moderno. Pero cuando se estudiaron los monumentos literarios de la Edad Media, tan menospreciados de los preceptistas, y abatida en Alemania la supremacía del neo-clasicismo francés de Weckherlin, Buchner, Lohenstein, Gottsched, etc. á los rudos golpes de Klopstock y su escuela, presagiados por Bodmer y Breitinger, llegó á predominar el sentimiento romántico que inspiraba tan insignes poetas, los franceses, que habían tenido ocasión de conocer y apreciar esa nueva literatura germánica, regenerada, sin saberlo, por ellos mismos, al herir las fibras del patriotismo de aquellos pueblos, se lanzaron por los nuevos senderos que abrieron á la fantasía Mme. de Stael y Chateaubriand con su revelación de las literaturas románticas y su predicación del espiritualismo y el cristianismo, empresa noble y vigorosamente acometida; y abatiendo despechados las antiguas enseñanzas de Virgilio y Horacio, sus poetas predilectos, tremolaron pendones por Dante y los orientales. Pero aun entonces erraron el camino.

Si el romanticismo pretendía relacionar la obra artística con su

época, lo cual no podía conseguirse con la imitación greco-romana, no era mas á propósito para este objeto la copia de otras producciones exóticas correspondientes á épocas de diverso carácter.

La literatura moderna había sufrido progresivas evoluciones, y cada una de ellas aumentado en algo su esencia y depurado su forma. Los franceses, desconociendo la índole del romanticismo y equivocándola con la exterioridad que había revestido en épocas dadas, no encontraron nada mejor para inaugurar su conversión literaria que reproducir los asuntos, la manera, el estilo de épocas anteriores, sustituyendo siempre con cierta falsa originalidad la verdadera, nacida de una doble inspiración en el mundo de la naturaleza y en el mundo del espíritu. Falsa por demás es la inspiración que se bebe en los libros, porque éstos, aun traduciendo plenamente, como jamás ocurre, toda la concepción ideal del autor, no nos permiten considerar las cosas con nuestros medios de observación propios, sino al través de un prisma que á menudo puede desnaturalizar sus apariencias, y que nos priva siempre de personalidad en nuestra contemplación. Retrocediendo, además, de este modo la literatura francesa, en consonancia de su índole imitadora, á reflejar las mas incorrectas obras de la Edad Media, copiaba sus irregularidades con mayor facilidad que sus bellezas, menos ostensibles y mas sencillas de lo que podían apetecer espíritus ya tan cultos y adelantados.

No se continuaba así la tradición romántica, antes bien se rompía, haciéndola retroceder á su infancia cuando ya ostentaba en otras naciones, mas felices, las galas de una lozana juventud; ni era mas exacta y legítima la idea que mal encaminados espíritus se forjaban de los siglos medios. Considerar la Edad Media como una determinación regular y concreta de la humanidad, no como un confuso torbellino, como un inmenso laboratorio donde se operó la compenetración del mundo clásico y el mundo cristiano, colocados frente á frente: intentar ver en esa magnífica época otra cosa que un período de transición, una preparación natural de la sociedad moderna, en cuyo seno fermentaban sus elementos al tumultuoso hervor de hondas perturbaciones, ya era de por sí un mal grave,

una concepcion torcida que habia de viciar cuanto arrancara de ella; pero imponer esa forma como tipo á la actividad humana, limitando su casi-infinitud, era confundir lo organizado y lo organizador, era condenar el mundo á las convulsiones de una revolucion perpetua, era imitar á aquellos odiados neo-clásicos, volviendo los ojos al camino recorrido en vez de explorar nuevos horizontes; era, en fin, hacer del pasado una norma á que ajustar, empequeñeciéndolo, el presente y un ideal imposible para el porvenir.

Pero al hacer constar esta errada y primera direccion del romanticismo francés, que agravó aun mas un torpe exclusivismo, deben igualmente determinarse los extravíos con que mas tarde se desnaturalizaron, exagerándolos, los caracteres fundamentales, los rasgos distintivos de la literatura que animaba el espíritu moderno.

F. GINER.

(Se continuará.)

BLANCA.

(Continuacion.)

VIII.

RAFAEL.

Cruzando van dos jinetes
en una noche harto oscura
las faldas de una montaña
por una empinada ruta.

Sus rostros el viento azota,
cala sus ropas la lluvia,
y los truenos pavorosos
en el espacio retumban.

—¡Maldita noche! parece
un presagio, que me augura,
para mañana quizás,
otra borrasca mas cruda.

—Es probable, Rafael.

—Oye: si muero en la lucha....

—No pienses en eso.

—Si:

es muy fácil que sucumba.

—Pero ¿á qué amargar el alma
con esas medrosas dudas?

—¿Medrosas? Mira, German:
la palabra no me gusta.

No tengo miedo: ¿lo entiendes?
pero me inquieta y me punza
una idea el corazon,
aunque morir no me asusta.

—Pero ¿cuál es esa idea
tan tenáz?

—Lo que ella sufra.

—¿Quién es ella?

—¿No lo sabes?

—No me has dicho cosa alguna.

—Es verdad: hace tan poco
que disfruto tal ventura,
que, aun de dichas ébria el alma,
solo en gozarlas se ocupa.

¿Quiéres saber quien es ella?

—Sí, Rafael.

—Pues escucha

estos versos, que á un poeta
ha inspirado su hermosura.

«Niña hermosa, á quien dedica
mi pobre lira sus sonos,
un tierno amigo te escribe:
¡ay de tí! si le desoyes.
¡Ay de tí! si, despreciando
de su cariño las voces,
la calma de la inocencia,
sus deliciosos acordes,
su santa paz, sus delicias,
sus castos y puros goces,
truecas por el ronco estruendo
de las mundanas pasiones.»

.....
—Su nombre, su nombre....

—Blanca.

—¿Blanca?

—Sí.

—¿Blanca!

—Sin duda:

pero, German, no comprendo
esa sorpresa profunda.

—Es que... he visto, al escuchar
del poeta la pintura,
que, al bosquejar el retrato,
guiaba el amor su pluma.

—No lo sé: Blanca no quiere
responder á mis preguntas
sobre el autor: mas ¿qué importa?
yo cuento con su ternura.

Ahogó German un suspiro;
y con tristeza profunda
de su capa en el embozo
escondió la frente mustia.

—Oye, German; te repito,
que, si sucumbo en la lucha,
recojas de mi cadáver
de su amor la prenda única.

Es de su blondo cabello
bello rizo en miniatura,
que sobre mi pecho guardo,
como una reliquia augusta.

Lo entregarás á ella sola:
y si sus lágrimas puras,
al saber mi triste suerte,
sus blancas mejillas surcan,
presta á su dolor consuelo,
y el llanto de amor enjuga;
dila que amándola muero,
y que no me olvide nunca.

—Si pereces, Rafael,
dudo que solo sucumbas:
yo moriré, si tu mueres:
yo triunfaré, si tu triunfas.

—Tú no debes exponerte.

—La amistad que nos aduna,
jamás, jamás desmentida,
tu suerte á seguir me impulsa.

Las manos entrambos tienden;
las estrechan con ternura,
y, desfilando callados,
prosiguen tristes su ruta.

IX.

DESPEDIDA.

—Lo dicho, German: silencio.

—Descuida.

—Ni una palabra,
por Dios.

—Te empeño la mia.
—Con ella, German, me basta.
Mas, cuida, cuando la veas,
no conozca en tus miradas,
que en un momento de angustia
te he descubierto mi alma.

Ya por fortuna el peligro
pasó del todo.

—Dios haga
que no vuelva.

—No lo espero:
ya todo se encuentra en calma.

—Adios, Rafael.

—Adios,

hasta el otoño.

—Sin falta:

si no es antes.

—Dios lo quiera.

Y lo dicho....

—Ni palabra. —

Así hablaban dos amigos
de un pueblo junto á las tapias
en una noche de Julio
tranquila, hermosa, estrellada.

Breves momentos despues
con dolor se separaban,
de amargos presentimientos
martirizadas sus almas.

X.

YA ES TARDE.

Recostado un trovador
bajó las ramas de un sauce,
triste contempla la lira,
que rota á sus plantas yace.

En ella fija sus ojos,
y de ellos rodando caen
dos lágrimas, que revelan
sus recónditos pesares.

Del pecho un hondo suspiro
al par de su llanto parte,
y así dice acongojado
con doloroso lenguaje.

—¡Pobre lira! pobre lira,
que otras veces mis cantares
con acordes armoniosos
blandamente acompañaste.

Ahora en vano á tus cuerdas
sones exijo suaves;
solo dolientes murmuran
quejidos y tiernos ayes.

Calló el mancebo: la frente
dobló, que el dolor abate,

y quedóse sumergido
de su pena en los afanes.

Vióse entonces silenciosa
una niña como un ángel
asomar su lindo rostro
por entre el verde ramaje.

No alzó los ojos el jóven,
ni ella dió un paso adelante;
mas se agitaron las almas
de entrambos al acercarse.

Y el alma del trovador,
que en el fuego de amor arde,
pide al alma de la niña
que en sus hogueras se abrase.

Y la de ella le responde:
—¡ Ay! trovador, es muy tarde,
que ya otro fuego mas vivo
inflamó mi ser amante.

—¿ De quién emana ese fuego
que me causa tantos males?
—¿ Para qué me lo preguntas?
—Quiero saberlo.

—Lo sabes.

—No: lo sospecho.

—Pues trueca
tu sospecha en realidades.

—¿ Con que mi amigo....

—Me adora.

—¡ Y tu premias sus afanes!

—Verdad.

—Dí: ¿ no pudieras
de hermana la fe constante
ofrecerle?

—Esa ya es tuya.

—Yo quiero amor.

—¡ Oh! ya es tarde.

—Yo siempre amor te ofrecí.

—Jamás oí tal lenguaje.

—Mis ojos te lo dijeron.

—Tus ojos son siempre iguales.

—Siempre nó: cuando en los tuyos
se extasian anhelantes,
porque están amor pidiendo.

Dame amor, niña.

—Ya es tarde.

—Con que mi fiel compañero....

—Su amor me ofreció dias hace...

—Y tú, á su amor accediendo,
amor, Blanca, le otorgaste!...

Cogió el trovador la lira
y, su voz dando á los aires,
se alejó con paso lento
del melancólico sauce.

—«Adios, esperanza mia;
adios, Blanca, bella imágen,
que fuiste de mis ensueños
el delirio irrealizable.

Sé feliz: yo con mi lira
cruzaré montes y valles,
cantando mentidos goces,
sufriendo ocultos pesares.»

Dijo y partió: de sus ojos
brotaron tristes raudales,
al mirar por vez postrera
de su adorada el semblante.

Y á poco se vió á lo lejos
su contorno dibujarse,
cuando se alzaba la luna
desde el seno de los mares.

XI.

MADRE É HIJA.

Sus esperanzas perdidas
llorando una niña está,
y sus lágrimas derrama
á la orilla de la mar.

—¿ Por qué lloras, hija mia?

—Madre, dejadme llorar.

—¿ Pero por qué?

—Tengo penas.

—¡ Tan jóven y sufres ya!

—Hace tiempo.

—De tu llanto
dime la causa.

—Jamás.

—¿ Y por qué me ocultas, hija,
los motivos de tu afan?

—Porque mis angustias, madre,
no las podeis aliviar.

—Pero dímelas.

—No puedo:
dejadme, madre, llorar,
que las lágrimas consuelo
casi siempre al alma dan.

Calla la madre: la niña
vuelve en silencio á llorar,
y sus lágrimas se mezclan
con las olas de la mar.

En tanto la luna riela
sobre la ola fugaz,
que en espumas se deshace
á los piés de la beldad.

Era Blanca: de repente
vé por la playa avanzar
cariñosos y risueños
á su padre y á German.

Sus pesares, su tristeza,
quiere prudente ocultar,
y el torrente de sus lágrimas
presta enjuga con afan.

Al semblante apesarado
hace que torne la paz,
y ostente calma tranquila,
ya que no felicidad.

Mas, ¿ qué dolor ocultarse
al pecho amante podrá,
aunque de loca alegría
se vista con el disfraz?

Por eso mientras platican
los padres con gravedad,
así con la hermosa Blanca
se explica triste German.

—¿ Qué tienes, Blanca?

—¿ Yo? Nada.

—Tú estás fingiendo.

—No finjo.

—¿ Para ser tu confidente,
tampoco me juzgas digno?

—Sí: pero....

—En otra ocasion,
que nunca daré al olvido,
al mal de mis desengaños
buscando el único alivio,

amor te pedí. «Ya es tarde»
me respondiste, el cariño
de hermana ofreciendo en cambio
de mi amoroso delirio.

Mucho en el cambio perdía;
mas acepté el sacrificio
de mi última esperanza,
por ser al menos tu amigo.

Si tal hoy me consideras,
ábreme el pecho afligido,
cuéntame tus penas todas,
que yo sufriré contigo.

Háblame con libertad
de ese amor, que es tu martirio,
sin temor de darme enojos....

—Ese amor ha concluido.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo cierto.

—¿Pero cómo?... ¿Qué motivo?
Hace poco aun os amábais:
Rafael te quiere.

—Me quiso.

—Pero como....

—Quiere á otra.

—¡Imposible!

—Te repito,

que sí.

—Lo dudo.

—Leonarda
puede servir de testigo.

—¿Leonarda? No puede ser.
Tú deliras.

—No deliro.

—¡Leonarda!... reptil inmundito
encenagado en el vicio;

mujer que embriagada vive
en impuro sensualismo;
que solamente conoce

el placer de los sentidos;
ente estúpido que ignora
del amor el heroísmo;

materia que no comprende
la pureza del espíritu....

ser tu rival?... ¡Imposible!
¿Quién jamás tuvo el capricho
de volver la espalda á un ángel
para amar á un ser indigno?

¿Quién á dejar se atreviera
un arroyo cristalino,
por beber de inmundita charca
el cenagal corrompido?

¿Quién de la cándida rosa
dejó el perfume exquisito,
para aspirar el veneno
de la mandrágora activo?

Leonarda no inspira amor:
habla solo á los sentidos,
y Rafael....

—Que la quiere,
no hay duda: lo sé de fijo.

—Yo no puedo convencerme:
¡Rafael, mi mejor amigo,
dejarte á tí por Leonarda!...

Imposible, te repito.

—Aunque imposible parezca,
sin embargo es positivo.
Pero me extraña....

—¿Qué?

—Nada,
nada: no debo decirlo.

—Sí, Blanca, sí: no me ocultes
de tu extrañeza el motivo,
que aunque claro no lo veo,
sospecho que lo adivino.

—Pues bien, German; como siempre
de tu constante cariño

me hablabas, y me ofrecías
testimonios infinitos,

calculé que te alegrara
lo que aquí te he referido,
y ha resultado al contrario;
te has quedado pensativo.

—Es justa tu observación;
pero escucha los motivos,
origen de esa mudanza
que tanto te ha sorprendido.

El amor que tú me inspiras,
lo que yo siento contigo,
ni yo con nadie, ni nadie
puede con otra sentirlo.

Es un amor tan sublime
que en él no cabe egoísmo:
que cuando en tí, Blanca, pienso,
de mi propio ser me olvido.

Por eso al saber, que ya
vuestros amores de niños
concluyeron, la primera
impresión que yo he sentido,
fué no mas de asombro y pena:
asombro, pues no concibo,
que halle, quien en tí adoró,
en otro amor atractivos.

Pena, por ver que prefieren
á esa mujer, ¡vive Cristo!
que ni de besar es digna
la franja de tu vestido.

Y porque quien esto ha hecho
no puede ser mi enemigo,
que desde niños, bien sabes,
cuanto siempre nos quisimos.

.....

Además, para alegrarme
era á mi entender preciso

ver brillar de la esperanza
el rayo puro y divino.

Y eso, Blanca, no sucede:
todo lo encuentro sombrío:
se han roto vuestros amores....
presto volveréis á unirlos.

—Jamás.

—¡Oh! no lo repitas:
no sabes lo que te has dicho.

—Sí, lo sé.

—Tú no comprendes
de esa palabra el sentido.

—Lo comprendo, y te aseguro
que rara vez yo varío
cuando una cosa resuelvo.

—¿Con que tanto te ha ofendido?

—No es, German, precisamente
por la ofensa; mas yo exijo,
que aquel, á quien doy mi amor,
lo sienta cual es el mio.

Yo en él tan solo pensaba,
y pensaba con delirio:
aspiraba á él solamente
por convicción, por instinto.

Él no quiere de este modo:
que me prefiera imagino,
mas á otra quiere, y yo siempre
quiero en amor lo exclusivo.

—Es tan jóven....

—Bien: por eso
creo que el mal no tiene alivio.

—¡Oh!

—Lo he pensado muy bien,
y por siempre ha concluido.

.....

.....

—¿Estás decidida?
—Sí.
—Pues... perdona si te exijo un favor, que tal vez juzgues extravagante capricho.
—Habla.

—Si durante un mes
varias en lo mas mínimo
de como piensas ahora,
me lo dirás.
—Concedido.

T. DE ROJAS.

(Concluirá.)

VARIETADES.

La Real Academia de Ciencias morales y políticas ha publicado el programa del concurso á los premios que ha de adjudicar en los años de 1863 y 1864. Los temas señalados por esta corporacion son los siguientes.

Para el concurso de 1863.—De la igualdad considerada social, política y filosóficamente, y de sus relaciones con la libertad política.

Para el concurso de 1864.—Del sistema carcelario y penitenciario en general, y de las reformas mas urgentes en las cárceles y establecimientos penales de España.

Los premios consistirán cada uno en una medalla de bronce, 8.000 reales en dinero y 200 ejemplares de la obra premiada, reservando al autor el derecho de propiedad: la Academia podrá además conceder al mismo el título de Académico correspondiente, si considerase sus trabajos como de mérito extraordinario. El *accessit* consistirá en un diploma y en la impresion de 200 ejemplares de la Memoria, que se entregarán al autor.

Las obras se remitirán al Secretario de la Academia antes del 15 de Setiembre del año á que correspondan. Acompañará á cada una un pliego cerrado en que conste indispensablemente la firma y residencia del autor, y que esté señalado en la cubierta con el lema adoptado por cada uno y escrito al principio de su obra para distinguirla de los demás.

Á los autores que no llenen las condiciones expresadas, ó que en el pliego cerrado pongan nombre distinto del suyo ó contraseña que no lo contenga, no se les dará el premio, y la Academia acordará publicar ó nó las obras presentadas sin esta formalidad como propiedad del Cuerpo.

Los Académicos de número no pueden aspirar á premio.

La Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, abre concurso tambien para adjudicar tres premios á tres Memorias sobre los siguientes asuntos:

1.º Determinar los errores probables que deben resultar en los planos topográficos deducidos de dos perspectivas fotográficas, teniendo en cuenta todas las causas que puedan influir en su produccion.

2.º Descripcion de las sustancias del reino mineral, tanto metálicas como lapídeas de una provincia de España que sean de aplicacion á la industria, indicando sus condiciones de yacimiento y explotacion, si hay causas que se oponen al mayor desarrollo de ésta y los medios de alcanzarle.

3.º Describir las rocas de una provincia de España y la marcha progresiva de su descomposicion, determinando las causas que la producen, presentando la análisis cualitativa de la tierra vegetal formada de sus detritus; y cuando en todo ó en parte hubiere sedimentos cristalinos, se analizarán mecánicamente para conocer las diferentes especies minerales de que se compone el suelo, así como la naturaleza y circunstancias del subsuelo ó segunda capa del terreno; deduciendo de estos conocimientos y demás circunstancias locales las

aplicaciones á la agricultura en general, y con especialidad al cultivo de los árboles. Se exceptúan de esta descripción las provincias que forman los territorios de Asturias, Pontevedra, Vizcaya y Castellón de la Plana, por haber sido ya premiadas las Memorias respectivas en los años de 1855, 1855, 1856 y 1857. Proponiéndose la Academia, por medio de este concurso, contribuir á que se forme una colección de descripciones científicas en todas ó la mayor parte de las provincias de España, ha determinado repetir este tercer tema en lo sucesivo todas cuantas veces le sea posible.

El plazo para la presentación de las Memorias (que deberán estar escritas en castellano ó latin), terminará en 1.º de Mayo de 1863.

El premio para cada asunto consistirá en 6,000 reales de vellón y una medalla de oro; el *accessit* en ésta solamente.

Optarán á premio todos los autores nacionales ó extranjeros, excepto los académicos de número.

Las Memorias se presentarán anónimas y encabezadas por un lema que estará escrito también en otro pliego cerrado que contendrá el nombre y residencia del autor.

Con este motivo recordamos que la Real Academia de la Historia tiene abierto otro concurso bajo las siguientes bases:

Para el concurso de 1864.—Estado social y político de los mudejares de Castilla, considerados en sí mismos y respecto de la civilización española.

Para el concurso de 1866.—Historia de los mozárabes de España, deducida de los mejores y más auténticos testimonios de los escritores árabes y cristianos.

Se concede de plazo para la admisión de las memorias respectivamente hasta el 30 de Noviembre de 1863, y hasta el 31 de Diciembre de 1865. La declaración del premio para el primer asunto se hará en Abril de 1864, y la del segundo en Abril de 1866.

Los premios que se han de conceder á los autores de las obras que

lo merecieren á juicio de la Academia, consistirán: el del primer tema, en medalla de plata, 8.000 reales y 300 ejemplares de la obra que fuese premiada; y el del segundo en igual medalla y número de ejemplares y 12.000 reales vellón en metálico.

Se reserva la Academia declarar el *accessit* en cualquiera de los dos asuntos, si considerase haber lugar á ello. Este consistirá en la declaración y en la impresión de la obra, de la cual se entregarán igualmente al autor 300 ejemplares.

Á continuación insertamos la parte más interesante del programa que ha publicado el Ateneo catalán, abriendo un certamen para premiar trabajos históricos, ya tengan por objeto la historia general, bien la particular de los antiguos reinos, de las provincias ó de los pueblos, ya la especial de un período, un hecho ó una institución importante, con tal que se refieran y concreten á España y sus colonias. Se admitirán los trabajos manuscritos ó impresos, mientras su impresión sea posterior al 1.º de Enero de 1863.

Los autores podrán conservar ó nó el anónimo, según su voluntad: en el primer caso deberán acompañar con la obra que presenten el medio material que estimen más conveniente para que puedan ser reconocidos si fueran premiados.

Las obras deberán ser entregadas al Secretario del Ateneo catalán antes del 1.º de Enero de 1864. El Secretario librará recibos á favor de las personas que se las presenten, y en vista de ellos serán devueltas á cada uno antes del primero del mes de Marzo siguiente.

El autor que, á juicio del tribunal del concurso, merezca ser premiado, recibirá en sesión pública un premio de 10.000 reales y una medalla de cobre de primera clase.

La Real Academia de San Fernando también parece que piensa celebrar concursos para premiar obras sobre asuntos relativos á su ins-

tituto. Esta determinacion de la Academia no podrá menos de influir en el incremento que los estudios referentes al arte van tomando en nuestra patria.

Se anuncia para en breve la aparicion de un periódico, órgano del Ateneo científico y literario de Madrid. Aplaudimos que esta Sociedad aspire á ensanchar su esfera de accion, no dudando de los importantes servicios que, en la publicacion que esperamos, han de prestar sus miembros á la causa de la ciencia.

Con esta REVISTA, la *Ibérica*, la de *Cataluña*, la *Bética* que se dispone en Sevilla, y algunas otras, vá aumentándose el número de esta clase de medios de instruccion, tan útiles, en general, para propagar los conocimientos.

La empresa del teatro del Liceo de Barcelona ha acordado celebrar un certámen para premiar con 4,000 rs. al autor de la mejor pieza sinfónica que se presente para ejecutarse en la inauguracion de aquel coliseo, señalando además un *accesit* de 1,000 rs.

POR TODO LO NO FIRMADO:

El Secretario de la Redaccion,

T. DE ROJAS.

El Editor responsable, José Martínez Elzalde.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

ESTHÉTICA.

(Continuacion).

V.— POSIBILIDAD DE ESTUDIAR LA ESTHÉTICA

EN EL DESENVOLVIMIENTO HISTÓRICO DE LA MISMA.

No solamente la historia de la Esthética se refiere á la Historia Universal por ser el Arte manifestacion constante de la vida humana, si que tambien á la Metafisica, por cuanto esta aparece en el concepto mas elevado como la conciencia ó conocimiento interior por parte del hombre de las leyes de la realidad. Á la luz de estos principios se comprende la correspondencia de los momentos históricos á los metafísicos, y la posibilidad de estudiar la Esthética en su historia. Mas tal estudio, aunque provechoso y el mas completo, tiene los inconvenientes de ser extremadamente largo, sacrificando á lo exterior y al interés del tiempo el valor particular de los momentos metafísicos. Aunque haya cierta correspondencia general necesaria entre la experiencia de la humanidad y las ideas de los filósofos, estas se anticipan ó retrasan á veces, ya mostrándose como su fruto mas maduro, ya como superiores previsiones. Hecha esta salvedad, es indudable que, en el concepto práctico, la modelacion, que domina en el arte de los antiguos, parece el instinto de la Fisica esthética, la iniciativa interior de los románticos el de la Psicología, el Renacimiento el instinto subjetivo-bo-

jetivo. Del mismo modo, en el terreno filosófico Platon y Aristóteles ofrecen los primeros ensayos de Metafísica de lo Bello; Alberto Durero, Vinci, Sandrart, Vignola, Pacheco y Céspedes preludian los estudios de la Física esthética; Baumgarten, Montesquieu, Diderot y Kant la Psicología de la imaginacion; Schelling, fundando la sistemática filosofía del arte, prepara una nueva faz para la misma. Los trabajos, en fin, de Solger á Vischer señalan la novísima organizacion de la Esthética, incluyendo en su fondo toda la materia general empírica ó mal explicada en los trabajos anteriores.

V.—MÉTODO QUE DEBE SEGUIRSE EN SU EXPOSICION DOCTRINAL.

En la exposicion doctrinal de la Esthética, como en la de toda ciencia propiamente dicha, no puede seguirse en pleno sistema otro método que el filosófico ó constructivo, esto es, el rigurosamente deductivo y sintético, precedido de cuantas preparaciones analíticas sean necesarias, y acompañado de la aplicacion dialéctica á la indicacion y resolucion de las antinomias que se muestren en el camino de su procedimiento.

VI.—BIBLIOGRAFÍA.

La Esthética es una ciencia nueva, toda vez que, organizada recientemente, es la última fundamental en el orden cronológico de las llamadas ciencias sencillas (1), que ha coronado con su determinacion sintética del valor propio de los seres como individuos, idea en cierta manera antipática al fundamento de doctrinas antiguas filosóficas; con todo, su bibliografía es tan abundante que apenas cede en este punto á algunas de las otras ciencias.

Contando los trabajos preparatorios de la Esthética desde la antigüedad, además de las exposiciones metódicas modernas, tenemos

(1) Damos este nombre á las que generalmente se designan por una palabra, sin hallarse precedidas de las voces Filosofía, Crítica y otras semejantes, como la *Filosofía de la legislación*, etc.

las siguientes obras, como los principales trabajos traídos al campo de su elaboracion científica.

EDAD ANTIGUA.

Platon. Diálogos: *La República*.—*El Filebo*.—*El Banquete*.—*El Fedro*.—*Hípías primero*.—*Ion*.
 Aristóteles: Fragmentos de *Poética*.—*Tratado de Política*.
 Plotino: *Aeneades*.
 Longino: *De lo elevado*.
 Dionysio Areopagita: *Nombres de Dios*.
 Filóstrato: *De las imágenes*.
 Ciceron: *Orator sive de optimo genere dicendi*.
 Horacio: *Epistola ad Pisones*.
 Plinio: *Hist. Nat.* Lib. 35 y 36.
 San Agustin: *De Ordine. De Musice*.
 Consúltese tambien á
 Winkelmann: *Historia del Arte en la antigüedad*.
 Hirt: *Historia de las artes figurativas entre los antiguos*.
 Schorn: *Sobre el estudio de los artistas griegos*.
 Ed. Müller: *Historia de la teoría del Arte entre los antiguos* (en aleman).

EDAD MEDIA.

San Isidoro: *Etymologiae de pulchritudine*, Lib. X; *de venustate*, Lib. XIX.
 Aben-Gabirol: *Macor haim*. (*Fuente de la vida*.)
 Santo Thomás: *Summa Theologica*. Pars. I, Quaestio V, Quaest. 59, Q. 145-180.
 Marqués de Santillana: *Proemio é carta al condestable de Portugal*.

RENACIMIENTO.

Alberto Durero: *De la simetría de las partes en el cuerpo humano*.

- Leonardo Vinci: *Tratado De la Pintura*.
Giorgio Vasari: *Ragionamento sopra le invenzioni da lui depinte e trattati de Pintura*.
Santiago Vignola: *De los cinco órdenes de Arquitectura*.
Arce Villafaña: *De la commensuracion para la arquitectura y la escultura*.
Paulo Pino: *Diálogo de pintura*.
Rafael Borghini: *Diálogos*.
Ludovico Dolce: *Diálogos*.
Leon Batista Alberto: *De la pintura*.
Sandrart: *Libro de la vida de los pintores*.
Francisco Bacon: Aforismo 124. *De interpretatione naturae*.
Vida: *Poética*.
Daniel Heinsio: *Notas sobre la Poética de Aristóteles*.
Vosio: *De quatuor artibus popularibus*.
Pope: *Ensayo sobre la Crítica del Gusto*.
Juan de la Cueva: *Ejemplar poético*.
Lope de Vega: *Arte de hacer comedias*.
Pinciano: *Filosofía Poética*.
Pablo de Céspedes: *Poema de la Pintura*.
Francisco Pacheco: *Arte de la Pintura*.
Bartolomé de Argensola: *Epístolas*.
Boileau: *Poética*.

EDAD NOVÍSIMA.

Fundacion de la Esthética.

ESCRITORES INGLESES.

- Hutcheson: *Investigacion sobre el origen de nuestras ideas de Belleza y de Virtud*. 1739.
Hogarth: *Análisis de la Belleza*. 1739.
Burke: *Investigacion del origen de nuestras ideas sobre lo Sublime y lo Bello*. 1753.
Home: *Ensayo sobre la Critica*.

ALEMANES.

- Crousaz: *Tratado de lo Bello*. Amsterdam. 1724.
Alejandro Teof. Baumgarten: *Aesthetica* 1750, *Aestheticorum pars allera*. 1758. in 8. Francfort.
Meier: *Elementos de Bellas Letras*.
Sulzer: *Teoría de las Bellas Artes*. Dos tomos in 4.
J. Aug. Eberhard. *Esthética ó Teoría de las Bellas Ciencias*. Cuatro tomos in 8.
Lessing: *Laocoonte*.
Kant: *Critica del Juicio esthético. Observaciones sobre el sentimiento de lo Bello y de lo Sublime*.
Herder: *Kalligone*.
J. Jagemann: *Historia de las artes liberales y de las ciencias en Italia*.
Bendavid: *Ensayo de una ciencia del Gusto*.
Krug: *Gustología*.
Fichte: *Lecciones sobre el destino del Literato y del Sabio*.
J. P. Richter: *Lecciones de Esthética*.
Schiller: *Escritos menores*.
Ast: *Sistema de la ciencia del Arte. Manual de Esthética*.
Bouterweck: *Esthética*.
Burger: *Compendio de Esthética*.
A. G. Schlegel: *Lecciones sobre la historia y teoría de las Bellas Artes*.
Schelling: *Discurso sobre la relacion de las artes del diseño con la naturaleza. Lecciones sobre los estudios académicos*.
Solger: *Erwin: Cuatro diálogos sobre lo Bello y el Arte*.—*Lecciones de Esthética* publicadas por Heyse.
Heyne: *De morum vi ad sensum pulchritudinis quam artes secantur*.
Ten Kate: *Del bello Ideal*.
Christie: *Memorias sobre la Literatura y las obras del Arte*.
Hegel: *Curso de Esthética* publicado por Hotto.

- Goethe: *Poesía y verdad.*—*Cartas.*
Griepenkerl: *Esthética.*
Thrandorf: *Esthética.*
Krause: *Compendio de la Esthética. Principios fundamentales de la teoría general de la Música.*
Weisse: *Sistema de la Esthética.* 1830.
Robrik: *Curso libre de Esthética*, profesado en Zurich; in 8, 1834—38.
Ruge: *Nueva escuela preparatoria de Esthética.* 1838.
Dursch: *Esthética ó la ciencia de lo Bello bajo el punto de vista cristiano.* 1839.
Mundt: *Esthética.*
Schleiermacher: *Lecciones sobre la Esthética* publicadas por C. Lommatzsch, in 8. 1842.
Roescher: *Trabajos para la Filosofía del Arte.*
Hetner: *Contra la Esthética especulativa.* (En la Revista trimestral de Wigand.) Año 1845.
Tiersch: *Esthética general.* Berlin. 1846.
Danzel: *Sobre la Esthética de la Filosofía Hegeliana.*
Fed. Teod. Vischer: *Marchas críticas.*—*Lo Sublime y lo Cómico.*—*Esthética ó Filosofía de lo Bello.* 1846—1857. (Obra la mas completa publicada sobre la teoría del arte, y que utilizamos con preferencia en las determinaciones teóricas y organizacion didáctica).
Hermann: *Fundamento de la Esthética.* 1857.
Von Schreber: *Kallipedia ó educacion para la belleza.*

FRANCESES.

- P. André: *Ensayo sobre lo Bello.*
Montesquieu: *Del Gusto.*
Diderot: *De la imaginacion.*
Batteux: *Principios filosóficos de la Literatura.*
Barthes: *Teoría de lo Bueno y Útil en la Naturaleza y en la imaginacion.*

- Sobry: *Poética de las artes.*
Cousin: *Lo Bueno, lo Bello y lo Verdadero.*
Jouffroy: *Esthética* publicada por Damiron.
La-Mennais: *Bosquejo de una Filosofía.*
Briseux: *De la Belleza esencial en las artes, aplicada particularmente á la Arquitectura.*
Camus de Mezieres: *Genio de la Arquitectura y analogía de este arte con nuestras sensaciones.*
Quatremere de Quincy: *El Júpiter Olímpico, ó el arte de la Escultura antigua considerada bajo un nuevo punto de vista.*
Droz: *Estudios sobre lo Bello en las artes.*
Tissandier: *Esthética.*
Pictet: *Lo Bello en la Naturaleza y en el Arte.*
Ed. Chaignet: *Principios de la ciencia de lo Bello.*
Levèque: *La ciencia de lo Bello estudiada en sus principios, en sus aplicaciones y en su historia.*
Voituron: *La Idea de lo Bello.*

ITALIANOS.

- Gioberti: *Il Bello.*
Costanzo: *Esthética.*

ESPAÑOLES.

- Mengs: *Obras* publicadas por Azara.
Parrasio Tebano: *Arcadia pictórica.*
Milliza: *Arte de saber ver en las Bellas Artes del diseño.*
Arteaga: *Investigaciones filosóficas sobre la Belleza Ideal.*
Gomez Arias: *Esthética.*
Nuñez Arenas: *Esthética ó Principios filosóficos de Literatura.*
Madrazo: *Teoría de las Bellas Artes.*
Sanz del Rio: *Ideal de la Humanidad.*—*Trabajos esthéticos de*

Krause, traducidos con anotaciones y ampliaciones (obra inédita).
—*Filosofía sintética (idem).*

Aparte de estas obras particulares debidas á escritores de nuestra patria, se encuentran materiales de literatura estética en diferentes trabajos literarios y críticos de Sanchez Barbero, Lista, Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, De los Ríos, Camus, Milá, Fernandez Espino, Monlau, Cañete, Coll y otros ilustres contemporáneos.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará).

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA LITERATURA MODERNA.

~~~~~  
(Continuacion).

Numerosos principios fecundaron el arte en la Edad Media y han venido desde entonces ejerciendo decisivo influjo en la Literatura, que, reanimada por una savia vivificante, experimentó una transformación radical al mudar los fundamentos de la sociedad con que se relacionaba. Pero, si en todos los sentidos bajo que pueden estudiarse las manifestaciones del espíritu presenta la literatura moderna diferencias características que determinan su especial índole, tres son los principales rasgos que ofrece á nuestra contemplación como los más prominentes y fáciles de señalar: tratemos de dar una ligera idea de ellos.

La influencia árabe-persa con su exuberante lozanía, su vehemente personalidad y su tendencia á lo sobrenatural y maravilloso; la popularidad de las magníficas tradiciones literarias de los hebreos que generalizó el cristianismo y, sobre todo, la profunda espiritualidad de este, introdujeron multitud de nuevos elementos en la literatura que nació de las ruinas del paganismo, originando una interioridad, una elevación, una grandeza en las aspiraciones de la lírica y en las situaciones épicas y dramáticas, desconocidas de las literaturas antiguas. Los pueblos clásicos habían compadecido al

infortunado hijo de Layo, víctima de un destino terrible é inexorable, á Orestes acosado por las Furias que evocara un parricidio ordenado por Apolo: se habian estremecido ante las luchas del hombre con la fatalidad exterior, ayudado de los Dioses ó contra los Dioses mismos; faltóles, empero, que contemplar las sublimes contiendas del espíritu consigo propio, el embate de las pasiones y la razon moral en lo mas íntimo del alma, en una palabra, el espíritu objetivado para sí mismo y levantado casi á lo infinito y lo ideal por la libertad de sus determinaciones. Ora sacrificando la ley de justicia á los extravíos sin freno de la sensibilidad exaltada hasta el delirio, ora domado por su propia voluntad y ofreciéndose como holocausto en aras de la santidad del deber, el hombre, en las grandes concepciones de la literatura moderna, siempre aparece como árbitro de su ulterior destino, señor de sus decisiones y sus actos, rey de un mundo entero de sentimientos é ideas muy superior en importancia moral al mundo antiguo de la realidad externa. La conciencia, poderoso teatro de las mas interesantes colisiones de nuestra dramática, no existia para las generaciones paganas, y si algunos géneos como el de Platon habian vislumbrado su entidad, estos relámpagos carecieron, en su aislamiento, de valor estético, siendo por demás vana la opinion de los que pretenden hallar en representaciones puramente objetivas un equivalente, y no una débil anticipacion, de la angustia del remordimiento y la satisfaccion de la virtud triunfante. Aun las batallas del hombre con el mundo, familiares en cierta manera á aquellas literaturas, se trasformaron, revestidas de un alto sentido filosófico, en luchas entre el espíritu y la materia, desarmonías de lo ideal con lo real, y las amargas decepciones de los puros ensueños del alma, si hicieron nacer en algunos el frio escepticismo de los poetas de las decadencias griega y latina, sellaron con no imaginada sublimidad los caractéres de un Segismundo de Polonia, de un Hamlet, de un Carlos Moor. Y todavía fué mas allá el genio moderno: dominador de inmensos espacios, desdeñó su propia naturaleza y, en la exageracion de un sentimiento de abnegado misticismo, proclamó la nada de las cosas terrenas ante las espirituales, la nada de las cosas espirituales ante las di-

vinas y quiso llegar á lo absoluto, levantándose sobre las ruinas de lo contingente y fenomenal.

¡Ojalá, sin embargo, hubiese detenido aquí su ya aventurado vuelo! Pronto fueron ineficaces las tentativas que entendimientos generosos emprendieron para detener este divorcio, conciliando el mundo sensible y el espíritu racional en la armonía de un noble optimismo, y ofuscada la razon individual en la region de lo ideal y abstracto, vino á confundir (tan cerca están unas exageraciones de otras!) las aspiraciones y disgusto del espíritu, que no hallaba realizadas sus concepciones superiores en ninguna esfera, con las exigencias de las pasiones mas bastardas, cuyos apetitos no podian saciarse bajo el yugo del orden moral y positivo, y surgió una literatura, ora de lamentos, ora de maldiciones, que, ya afeminando con estériles lágrimas el corazón, en vez de conservarle entera su energía para los rudos combates de la vida, ya escarneciendo impiamente los mas sagrados afectos, los lazos mas respetables, acostumbró las imaginaciones á estímulos funestos y desusados, en medio de los cuales el alma, entregada á las convulsiones de un sentimentalismo nervioso, necesitó para comoverse las mas violentas sacudidas de la sociedad, trastornada en sus cimientos.

Otro carácter del romanticismo es su predileccion por el estudio del natural. El arte clásico, que se desenvolvía en el variado fondo de su antropomorfismo, habia respondido, singularmente en Grecia, á las necesidades de su tiempo: religion, historia, costumbres, sentimientos, todo se hallaba impregnado de aquella belleza correcta, de aquella gracia, de aquella armonía, de aquel reposo, que son los distintivos del ideal griego. Pero si este pudo satisfacer y satisfizo á su época, con la que se hallaba en esa perfecta relacion que se observa en todas las épocas verdaderamente creadoras, si aquel arte se nutria de las raíces de la nacionalidad y era popular, porque era genuinamente bello, creó una atmósfera especial, que fomentada mas tarde por los eruditos, cuando la combinacion de nuevos principios con los antiguos mudó la constitucion de la sociedad, dejó de ser el medio comun de vida, el aire que todos respiraban, y lo que habia

sido original y espontáneo en el mundo antiguo, fué desde la Edad Media un violento anacronismo que, si puede disculparse bajo el concepto de la superior cultura de los clásicos, solo una pasión injustificable intentará alabar y mantener. Créase frente á la literatura nacional otra de gabinete, pulida, cortesana, llena de reminiscencias y bellezas convencionales, que fué extendiendo su imperio hasta proscribir casi por completo á la primera, menospreciada por la vana superficialidad de los que, conceptuando en las producciones de la imaginación como cosas independientes, entre sí la esencia y la forma, desconocían su íntimo ser y sostenían que podía establecerse un desalentado divorcio entre ellas y una civilización cuyo espíritu no representasen.

No todo era, á la verdad, distinto en esta. Las monarquías absolutas, á cuyo amparo se arraigó el neo-clasicismo, algo recordaban del panteísmo absorbente del antiguo Estado; multitud de elementos clásicos se mantenían y aun viven en el fondo de la época moderna; pero todos ellos juntos no han podido jamás ser bastantes á alimentar naturalmente la literatura antigua en unos pueblos que el cristianismo, el feudalismo y tantas otras profundas revoluciones habían transformado. Las sociedades, como los individuos, reúnen un elemento histórico, tradicional, heredado, al elemento característico, propio y personal que las distingue; mas ¿con qué razón se considerarán los cimientos de un edificio como lo principal de su fábrica, ni se querrán imponer las costumbres y opiniones del fundador de una familia á cuantas generaciones procedan de él?

Á combatir esta cultura artificial, sobrepuesta á la natural y verdadera, se levantó el romanticismo, fuerte ya, porque había crecido respirando el aire libre de cada época, no el perfumado ambiente de los salones: frente á aquel corto número de primores y galas marchitas, puso las inmarcesibles bellezas del mundo de la realidad, y luchando contra las aberraciones del gusto erudito, logró triunfar y se enseñoreó del arte. Entonces, la sustancialidad de las cosas ofreció á su contemplación una interioridad jamás penetrada: nacieron en todas las artes géneros que habían escapado á la invención de los clásicos, y la misma naturaleza inanimada, que el

egoísmo antropológico de los antiguos había desdeñado interrogar, dió lugar á sublimes obras, y vivificó con sus encantos el desierto teatro donde el hombre moderno se entregaba á sentimientos, enteramente nuevos unos, otros maravillosamente sublimados. Predicóse el estudio del natural en todos los órdenes, como fundamento sólido de lo ideal y como medio de relacionar al artista y su obra con el público: predicóse contra aquella literatura, cuya comprensión y sentimiento eran patrimonio exclusivo de las personas doctas, y que una inexpugnable barrera aislaba del vulgo: predicóse, en especial, contra aquella insípida poesía, que exigía á sus admiradores un caudal profundo de conocimientos previos, y que, fuera de sus adeptos, cuyo corrompido gusto halagaba, no lograba satisfacer á la generalidad de los lectores con situaciones que no comprendía, con sentimientos que no eran los suyos, vestido todo con un lenguaje desusado, lleno de nombres exóticos.

Mas así como tras de los espiritualistas vinieron los sentimentales de cierto género que, desviándose por medio de exageraciones sucesivas del genuino carácter del principio romántico, comprometieron la causa de la nueva revolución literaria, de la misma manera surgió, de la torcida interpretación dada por algunos al estudio del natural, otra secta que, de la consideración de este como primera materia que había de pulir, de transformar, de idealizar, en fin, el artista, pasó á creerlo único digno objeto de la representación sensible, sola realidad posible de belleza, y cayó en el servilismo de la imitación. Ya en Grecia había sido ensalzado este principio como el axioma generador del arte por las escuelas sensualistas, y combatido muy especialmente por Platon, que al afirmar la identidad esencial del bien y la belleza, se anticipaba con la fuerza de su genio á la moderna doctrina estética de la alianza entre lo ideal y lo real por la purificación de la forma.

Y esta doctrina se halla en perfecta consonancia con la verdadera idea de la belleza. Deber es de la literatura, como de todas las manifestaciones del arte, bajo el concepto de su operación sobre la realidad, ofrecer á la contemplación sensible lo bello existente, extirpando los elementos perturbadores que contiene y que solamente



puede utilizar como accidentes para sus contrastes, nunca como elemento protagonista de sus creaciones. Si en la vida se nos presentan á veces situaciones y momentos tan bellos que la condición material de nuestros medios de expresión es quizá insuficiente para reproducirlos, en cambio, no solo esta sublimidad de algunas ocasiones se vé siempre desvirtuada, según ya hemos dicho, por multitud de desarmonías, que parece como que turban y empañan la claridad de su esencia, sino que también es real lo feo y, ¡cuán absurda contradicción no hay en suponer que pueda legítimamente por esto ser asunto de representaciones bellas! Ni basta que una cosa exista para que sea verosímil, puesto que la verosimilitud y la realidad, lejos de ser consecuencia la una de la otra, son cosas enteramente distintas y que pueden llegar hasta á contraponerse con la mayor energía.

Hay, lo mismo en el orden moral que en el orden físico, estados, acciones, fisonomías, sucesos, en una palabra, situaciones y caracteres, que, bien por no derivarse lógicamente de sus antecedentes, bien por no corresponder á la idea que significan, bien por contradecir las condiciones generales de su esencia, nos aparecen con tal inverosimilitud que ningun verdadero artista se prestaría á representarlos. Semejante inverosimilitud, que vemos con harta frecuencia en el mundo de lo positivo, es lo que solemos llamar *falta de naturalidad*, y he aquí como las decantadas producciones del realismo pecan contra ese mismo principio, mal entendido, que invocan y, procurando imitarlo, mienten el natural.

Por último, la tercera, y quizá principal innovación de la literatura moderna se determina por el mayor valor dado á la subjetividad, al individuo respecto del todo; un predominio de la variedad sobre la unidad clásica, que solo puede hallar su natural desenvolvimiento en la realización de la armonía de entrambas.

En las sociedades antiguas el individuo se perdía bajo la unidad general del Estado: la patria, esa deidad inexorable á quien tantas veces se sacrificó la justicia, era á la vez fuente y término de toda vida personal. Solo era distinguido, solo era notable, solo era digno asunto para el artista, el hombre que había engrandecido y

servido á su pueblo, que por su pueblo había combatido. Los hombres eran ante todo ciudadanos; luego magistrados, generales, filósofos, poetas; casi nunca hermanos, padres, esposos. La significación del estado social se sobreponía á la de la personalidad y un centro comun absorbía todas las actividades, distrayéndolas de las varias esferas donde pudieran hallar su conveniente ejercicio. Todas las manifestaciones del espíritu tomaron este carácter majestuoso y elevado, aunque falso, según nuestro modo presente de considerar las cosas, y la literatura, en especial, fué una deificación de los grandes nombres y, sobre todo, de los grandes hechos. Esto en cuanto al campo limitado de lo humano; por lo que hace al orden superior de la representación del principio divino, la *individualidad* de cada dios no era fundamentalmente sino la *individualización* primitiva de una fuerza cósmica, mas tarde espiritualizada y promovida á carácter moral en una forma, si perfectamente definida, siempre general y abstracta en su derivación genética. Por otra parte, la inagotable multiplicidad de la complicada mitología griega se modelaba sobre una disposición interior que, procediendo orgánicamente, envolvía los diferentes círculos de divinidades relacionadas por su significación simbólica, en círculos superiores, abrazados á su vez en otros y así sucesivamente, hasta llegar á un primer principio, á una divinidad única y suprema.

Y así cuando en aquella teogonía, ordenada con semejante rigor, se introdujo por la decadencia necesaria de su desenvolvimiento una disolvente arbitrariedad y se prodigaron sin concierto las invenciones fabulosas y las creaciones de nuevas deidades, concediendo á lo particular, accidental é inferior una consideración exagerada, degeneró el carácter de individualización moral, y volvió á aparecer algo del originario naturalismo simbólico, del cual apenas quedaban vestigios que representaban la herencia transmitida al espíritu helénico por el oriental, y volvió á aparecer bajo la forma corrompida de la alegoría, dominante en Roma.

Si en la parte mas profunda del ideal, el arte clásico, como dice un célebre filósofo y hemos hecho notar ligeramente arriba, «no había sabido penetrar en las profundidades del alma humana, des-

envolver la natural oposicion de sus fuerzas íntimas y restablecer despues su necesaria armonía », no era mayor la importancia que daba al elemento subjetivo, envuelto en la cubierta exterior de su objetivismo.

La tragedia griega, bajo este concepto, representaba un acontecimiento grandioso y de trascendental sentido para una nacion. Los protagonistas de las que podríamos llamar mas íntimas, mas individuales, Prometeo, Edipo, Medea, por ejemplo, eran personificacion viva y sensible de las desdichas de una raza, de una nacion, de la humanidad en fin, tomada esta palabra en la acepcion ceñida y egoísta en que la entendian los pueblos de la antigüedad. Prometeo, cuyo sentido religioso y social es tan conocido (1); Medea, uniendo su nombre á la guerra de los Argonautas; Edipo, que trae á la memoria el elevado símbolo de la esfinge y las desdichas de Tebas, no podian significar, no significaban colisiones puramente personales ó domésticas.

Otro tanto sucedia con las demás artes. Las maravillas de la arquitectura se ostentaban en los templos, foros, pórticos etc., mas bien que en las casas particulares, poco dispuestas además para la vida familiar: la pintura y la escultura desconocian el retrato, en el sentido moderno de esta palabra, y otros asuntos que han cultivado despues, como los de género y costumbres, el paisaje y los grupos segun hoy los comprendemos. Por último, si su música se mezclaba alguna vez á los placeres de los festines, su puesto verdadero y característico eran las solemnidades públicas, y sabido es cómo conservó en sus diferentes *modos* el nombre y sello especial de los diversos pueblos que la habian cultivado.

El mundo antiguo aun está muy cerca del Oriente, y ha heredado no poco de la India y el Egipto.

---

(1) Véanse la tragedia de Esquilo que lleva este título; el comentario de Olympiodoro, inserto por Cousin en su traduccion de Platon (tom. III, *Notes sur le Gorgias*); F. Bacon, *De sapientia veterum*; Vico, *Principios de una ciencia nueva*; Hegel, *Esthética*; la *Historia Universal* de Cantú, y los trabajos especiales sobre las religiones antiguas de Creuzer, Guignault, Schweigger, Anot de Maizieres y tantos otros partidarios, mas ó menos exclusivos, del sentido simbólico, y cuyas variaciones de interpretacion se refieren á formas accidentales mas que á la sustancia.

Mas es ley esencial del espíritu en su desenvolvimiento histórico proceder por contraposicion y modelada sobre su naturaleza la naturaleza de las sociedades humanas, como aquel pasa de la unidad á la variedad, así en estas se suceden la reaccion con la revolucion, y la positividad de una fuerza impulsiva determina la negacion de otra fuerza resistente. Disuelta la unidad del mundo clásico y rota la coherencia entre sus partes en virtud de aquella lenta descomposicion á que puso fin la irrupcion de las hordas setentrionales, se desmembró aquel en grupos, que mas tarde fueron naciones: el cristianismo predicó la igualdad moral de los hombres y su libre intervencion en su eternidad futura: los bárbaros, acostumbrados á una vida salvaje é independiente, introdujeron este sentimiento de individualismo y valor cualitativo, y los antiguos miembros del Estado, gotas de agua perdidas en el mar de aquel panteísmo inmenso, se creyeron á su vez un Estado cada uno, y nació el feudalismo.

Por mas que la cultura de la sociedad experimentase un retroceso lamentable en las convulsiones que la atormentaron largo tiempo, no puede negarse que la humanidad conquistó en la Edad Media grandes principios desconocidos de sus progenitores, depositándose en su seno los fecundos gérmenes que un día habian de desarrollarse y dar origen á nuevos órdenes de cosas. En el fraccionamiento de esta época, perdida casi por completo la unidad social, se relajaron los vínculos políticos; pero esta misma relajacion, si era en sí un mal grave, produjo bienes sin cuento, trasformando esencialmente la sociedad clásica. Entonces fué cuando á la relacion exagerada del individuo con la patria, se opuso la relacion personal de un individuo con otro individuo, de un hombre con otro hombre: se abrió, frente al mundo de la objetividad y de lo cuantitativo, el mundo de la subjetividad del espíritu, de la vida doméstica; frente á la contemplacion de la belleza corporal y sensible, predominante en la juventud del mundo (1), la de la belleza moral, ya en oposicion, ya armónica, pero siempre superior á la antigua, como superior era la idea cristiana á la clásica (2); y un sentimiento de con-

---

(1) Krause, *Ideal de la Humanidad para la vida*, VI, *segunda edad religiosa*, etc.

(2) Hegel, *Esthética*, *destruccion del arte clásico*.

centracion interior que estimaba á los individuos por lo que en sí valian, subordinando á esto su significacion en la realidad externa, levantó las oscuras colisiones de la vida íntima sobre las grandiosas situaciones heroicas de las antiguas literaturas.

De esta suerte la superior consideracion que alcanzó la individualidad desde que, arruinado el paganismo, reivindicó sus derechos la libertad humana, abrió á la concepcion de lo bello dilatados horizontes que el genio moderno en vano pretende agotar.

Bastante se debió en estas revoluciones, por mas que algunos lo duden, al espíritu oriental, infiltrado en la mayor parte de los principios que las dirigieron; pero de cualquier modo que sea, es innegable que la literatura experimentó un cambio esencial, en el sentido que analizamos, del que especialmente la novela y el drama son magnífico resultado que atestigua su importancia.

No varió menos la posicion del artista en el nuevo orden de cosas. Los antiguos escritores se movian dentro de una esfera muy reducida de suyo: harto limitado era desde un principio el número de asuntos á que podia dedicarse el ingenio; pero cuando las inútiles ritualidades, el cúmulo inmenso de reglas arbitrarias, laboriosamente confeccionadas por los preceptistas, vinieron á oprimir mas aun la imaginacion, fué la poesia un oficio, la elocuencia un procedimiento mecánico y el genio encadenado, plegó sus alas y se desplomó en la atonía.

Mas rota por la espada de Alarico la tradicion literaria, aparecieron la lirica cristiana y la poesia caballescica, mas erudita la una, mas incorrecta la otra, pero ambas originales y populares, tan pronto como las circunstancias de la sociedad permitieron la expansion de los nuevos sentimientos, que tendian á comunicarse realizándose en las obras de la fantasia, aspiracion constante de la humanidad en todos tiempos. Entonces comenzó la historia de esas libertades que se han permitido los modernos contra la opinion de los pseudo-literatos, y que han sufrido ser consideradas como bárbaras licencias de la ignorancia, hasta poderse elevar á dogma crítico. Faltó el poeta á las antiguas unidades: desoyó las clasificaciones de los legisladores del arte: creó géneros no imaginados y

mezcló los existentes: quebrantó todas aquellas falsas conveniencias predicadas especialmente por los alejandrinos, y respiró en su obra una vida mas noble, que el fervor de su ideal sublime inventó contra la vida de la realidad. Si antes bastaba la autoridad de un maestro para recibir como buena una produccion, dispensando al vulgo de su exámen, desde entonces cada uno se reconoció con derecho á fallar por sí mismo, y á no entusiasmarse en virtud de otro impulso que el de sus propios sentimientos. Los eruditos habian juzgado con sujecion á reglas arbitrarias, destituidas casi todas de fundamento y universalidad: ahora el público aplaudia ó censuraba en relacion á sus impresiones, y si faltaban á su crítica principios racionales, imposibles en su época, que la organizaran filosóficamente, se dirigia al menos, no por áridas preocupaciones de escuela, sino por el mas seguro guia, el sentimiento, que la moderna crítica se ha guardado bien de despreciar. El criterio personal, cuyos extravios casi siempre evitaba el sentido popular y de actualidad en que se concebian las creaciones superiores, y aquellos genios, abandonados á sí mismos, poco pudieron quejarse en general de la opinion y, juntos con ella, podian asegurar como Medea que se bastaban ciertamente. Desenvuelta sobre esa base la literatura romántica, lejos de empobrecerse, ha enriquecido con asombrosas producciones la historia del espíritu moderno. Transportada en alas de una inspiracion ardiente y profunda, arrebató á la multitud por espacios jamás sondeados, creando nuevos mundos que cantar: hizo del Cid el ideal de todo un pueblo en una época, y midió la eternidad con Dante, y ahondó con Shakspeare en los misteriosos problemas de nuestra naturaleza, y los resolvió con Calderon, y suspiró triste con Cervantes, y dudó con Goethe y se exaltó con Schiller.

FRANCISCO GINER.

(Continuará).

---

# BLANCA.

(Conclusion.)

XII.

EL PLAZO.

—El término prefijado  
hoy cumple, Blanca.

—Es muy cierto.

—¿Y piensas como pensabas?

—Lo mismo, German.

—Me alegro.

Mas esa resolucion....

—Es firme.

—Pero sospecho  
que al mantenerla, tu alma  
sufre un horrible tormento.

—No lo imagines.

—Sí, Blanca:  
un amor de tanto tiempo  
no puede en tan pocos días  
olvidarse por completo.

—Mi razon hace ya un año  
trabajaba sin sosiego,  
y al fin venció al corazon,  
que hoy duerme profundo sueño.

Tú me dijiste una vez  
que era mi amor devaneo,

juego de niños: entonces  
me era imposible creerlo.

Hoy, por fortuna ó desgracia,  
aquella verdad comprendo.

He dejado de ser niña  
y el juego de niña dejo.

—Pero lo dejas con pena.

—No en verdad: si sentimiento  
tuve al pronto, hoy te aseguro  
que está tranquilo mi pecho.

—Entonces, Blanca, mi alma  
mostrarte tambien yo puedo,  
sin ofender de mi amigo  
el cariñoso recuerdo.

Mientras los dos os amásteis,  
yo te adoraba en silencio:  
hoy, que ese amor ha pasado,  
al tuyo aspirar ya puedo.

Inútil es que te explique  
cuáles son mis sentimientos:  
tú los sabes; pero ignoras  
cuánta es la dicha que espero.

Si comprendieras el mundo,  
cual por mi mal lo comprendo,  
entonce adivinarías  
el amor que por tí siento.

Mira, Blanca, ha muchos años,  
de amor y placer sediento,  
en alas de la esperanza  
lanceme al azar tras ellos.

Muchas veces insensato  
pensaba que allá á lo lejos  
se inflamaba el horizonte  
con sus fúlgidos destellos.

Tras el punto luminoso  
yo avanzaba en raudo vuelo,  
llegaba al límite... ¡nada!  
oscuridad y silencio!

Cruzaba mi mente inquieta  
la sombra de un ángel bello;  
loco abríale mis brazos,  
y el ángel volaba al Cielo.

En un jardin contemplaba,  
al nacer, un pensamiento;  
llegaba: la flor hermosa  
marchita yacía en el suelo.

Una fuente cristalina  
murmuraba en el desierto;  
llegaba: trocada el agua  
hallaba en impuro cieno.

Cuantas imágenes puras  
arrullaron mis ensueños,  
cuantas bellas ilusiones  
dentro del alma nacieron,  
esperanzas engañosas  
fueron no mas: fátuo fuego,  
en pos del cual yo corría  
fatigado y sin aliento.

Entonce el mundo miré  
por un prisma menos bello,

y ví de la realidad  
el nauseabundo esqueleto.

Do quier que tendia mi vista,  
se alzaba un horrible espectro,  
con ropaje de virtud  
sus torpes vicios cubriendo.

Mujeres sin corazon  
brindando amores sinceros,  
otras brindando primicias  
de corazones ya enfermos.

Muy pocas virtudes ví;  
y aun esas, hijas no fueron  
de la inocencia: formólas  
algun desengaño á tiempo.

Lo que mi mente soñaba,  
el tipo hermoso y perfecto  
de pureza, de ternura,  
de virtud y de talento,

en el mundo no existía;  
y si existía, á lo menos  
yo por mi mal no le hallaba,  
siempre su rastro siguiendo.

¿Qué hacer en tal situacion,  
sin esperar ya consuelo?  
¿Llorar? No: reir de sí mismo  
y del mundo al propio tiempo.

Y me reí como un loco:  
y fué un sarcasmo sangriento  
mi risa; pero con ella  
cubrí mi dolor acerbo.

Faltóme al fin la esperanza,  
creí la dicha un ensueño,  
un fantasma la virtud  
y la ambicion un tormento.

Ya en el marasmo yacía;  
mas, de pronto, un ángel bello  
iluminó con su luz  
la noche del pensamiento.

¿Recuerdas nuestra entrevista  
en el bosque de los cedros?  
Aquella niña era el ángel  
enviado de los cielos.

Aquella niña tan pura  
hizo brotar en mi pecho  
de la dicha la esperanza  
y del amor el deseo.

Volví entonces, Blanca mía,  
con un entusiasmo nuevo,  
á creer en la virtud,  
que antes negaba protervo.

Y lo creí de repente,  
porque fuera vano intento  
querer dudar lo que el alma  
estaba feliz sintiendo.

Por eso bajo del sauce  
poco despues mis afectos,  
mi puro amor, te explicaba,  
el tuyo en cambio exigiendo.

«Ya es tarde» me respondiste,  
y yo me alejé en silencio  
de tu lado, mi agonía  
con falsa calma cubriendo.

Hoy por fortuna ó desgracia  
algo han cambiado los tiempos.  
¿Puedo esperar que algun día  
des, Blanca, á mi amor un premio?

Tú eres mi sola esperanza;  
contigo puedo ser bueno;  
sin tí... caeré de la duda  
otra vez en el desierto,  
y de mi vida pasada  
á los desastres volviendo,  
sin esperanzas....

—Espera.

—¿Que espere?

—Sí.

—¡Dios eterno!

¡Oh! Blanca.... Blanca....

—German,

si en mi amor tienes empeño,  
no te exaltes....

—Pero, Blanca....

—y escúchame con sosiego.

—Bien, habla.

—¿Dentro de poco  
no te marchas?

—Sí.

—Pues.... bueno,  
cuando vuelvas....

—¡Oh! tú lloras,  
y esas lágrimas....

—Silencio:

eso nada significa;  
y en fin.... se queda en suspenso  
este asunto.

—Pero.... Blanca....

—Cuando vuelvas hablaremos.

—Mas qué razon....

—Nada.... nada....

—En verdad que no comprendo  
por qué en dejarme en la duda  
pones tan tenaz empeño.

—Dudas has dicho: pues... oye:  
solemnemente te ofrezco  
que cuando vuelvas á verme  
pensaré como ahora pienso.

—Es que ignoro....

—Yo juzgaba

que habias leído en mi pecho,—  
Dijo Blanca: de rodillas  
cayó á sus piés el mancebo.

XIII.

EL TRÁNSITO.

Un viajero, extraviado  
de la noche en las tinieblas,  
llegó á pedir hospedaje  
de humilde choza á la puerta.

Nadie á los golpes responde,  
nadie escucha sus querellas:  
vuelve á llamar; un suspiro  
solo á sus voces contesta.

Aquel suspiro, que escucha,  
al fondo del pecho llega,  
y cual eco de agonía  
al triste viajero aterra.

Sus sienes violentas laten,  
y la sangre de sus venas,  
en lava hirviente trocada,  
al corazon se aglomera.

Otro suspiro! ¡Qué horrible  
dentro del alma penetra,  
como una voz de las tumbas,  
desgarradora sospecha!

Contra la puerta se lanza,  
y abriéndola con violencia,  
al fondo de aquella choza  
temblando de espanto llega.

En un rincon de la estancia  
al vivo se representa,  
sin mas testigo que Dios,  
triste, dolorosa escena.

Hay un lecho de agonía,  
en él una virgen tierna,

y arrodillado á su lado  
el padre de la doncella.

Pocos momentos de vida  
á aquella flor ya le restan:  
de la muerte el soplo crudo  
heló su corola bella.

Aquella flor era Blanca;  
flor apenas entreabierta,  
cuyo aroma ya cundia  
publicando su grandeza.

Y era el viajero German,  
que daba á su hogar la vuelta  
embriagado de esperanzas,  
tras largos meses de ausencia.

German que, de amor sediento,  
que cumpliese su promesa  
venia á exigir á Blanca....  
y hallaba á su Blanca muerta.

Cayó el triste de rodillas,  
al ver fugarse ligera  
la postrimera esperanza  
que le restaba en la tierra.

Fijos en Blanca los ojos,  
su faz lívida contempla,  
y una mano ya aterida  
entre sus manos estrecha.

Aun respira: de repente  
German trémulo recuerda  
un bálsamo prodigioso,  
que por fortuna conserva.

El pomo que lo contiene  
saca veloz, y con fuerza  
sus dientes clava aturdido  
en los sellos que le cierran.

Brota el bálsamo, á los labios  
vá á aplicarlo de la enferma....  
pero el último suspiro  
en aquel momento vuela.

El padre cogió en sus labios  
esa ráfaga postrera  
de la vida de aquel ángel,  
que abandonaba la tierra.

Y espantado, mudo, inerte,  
German dobló la cabeza

sobre la misma almohada  
en que flotaban sus trenzas.

Fué el padre el solo testigo,  
una cabaña la Iglesia,  
y la muerte el sacerdote  
de aquella alianza eterna.

Eterna, sí: que ante el lecho  
donde la muerte se asienta,  
y estrechando entre las suyas  
de Blanca la mano yerta,

juró German por su vida  
conservar en su pureza  
el amor, que solo un ángel  
pudo inspirarle en la tierra.

XIV.

LA ÚLTIMA LÁGRIMA.

Es una tarde de otoño:  
próximo el sol á su ocaso,  
vá una triste cabalgata  
una sierra costeano.

Una madre, sumergida  
en el raudal de su llanto,  
un padre, ayer venturoso,  
hoy de dolor agoviado,  
al funerario cortejo  
á su pesar abren paso,  
mientras, gimiendo, murmuran  
triste plegaria sus labios.

Detrás y á larga distancia  
conduce un coche cerrado

el cadáver de una jóven,  
llena de vida hace un rato.

Y silencioso, sombrío,  
junto al coche y á caballo,  
con calma estóica vá un hombre  
el cadáver custodiando.

Lo que piensa, lo que siente,  
querer decirlo es en vano,  
porque es de Blanca el cadáver,  
y German quien vá á su lado.

Largas horas trascurrieron,  
y sin cesar caminando,  
á las puertas de una aldea  
antes del alba llegaron.

Ya en ella el triste suceso  
do quier circulaba rápido,  
y las gentes acudian  
vertiendo su lloro amargo.

—Era un ángel, era un ángel—  
claman jóvenes y ancianos:  
—Era un ángel—repetían,  
el cadáver contemplando.

Y era verdad: era un ángel;  
por eso su vuelo raudó  
tendió al cielo; que en la tierra  
jamás ángeles moraron.

Por eso de tantos ojos  
brotó tan sincero llanto,  
y no, cual suele, mintieron  
cuantos su pena expresaron.

Las campanas de la aldea  
doblan, doblan sin descanso:  
muy bien si tocáis á muerto  
por los que acá se quedaron;  
muy mal si tocáis por Blanca:  
tocad á gloria, insensatos,  
que el ángel vuelve á los cielos,  
y Dios le tiende sus brazos.

Ya descansan en la fosa  
sus restos inanimados:  
ya los separa del mundo  
pesada losa de mármol.

Un hombre hasta entonces inmóvil  
se aleja con lento paso,  
una lágrima de fuego  
sobre el sepulcro dejando.

XV.

CONCLUSION.

—Pronto del revuelto Estrecho  
iré cortando las olas:  
pronto me veré del África  
en las playas arenosas.

Y aunque aseguran, German,  
que el tiempo todo lo borra,  
yo no daré tiempo al tiempo  
para que acabe su obra;  
que las montañas del Riff  
abrigan salvajes hordas,  
aunque vencidas, sedientas  
de noble sangre española.

—¡Te vas al África!  
—Sí.

—¿Lo has meditado?

—De sobra.  
—¡Quién pudiera irse contigo,  
y allí sucumbir con gloria!

—Tu destino....  
—Mi destino

es apurar gota á gota  
hasta sus últimas heces  
de la amargura la copa:

Mi destino es ir cruzando  
el mundo, como la sombra  
del condenado que gira  
en derredor de la gloria:

Mi destino es recoger  
otra vez mi lira rota,  
y enmascarar mis pesares  
con dulces y amantes trovas:

Mi destino, Rafael,  
es mentir á toda costa  
grata sonrisa, que oculte  
la hiel que al alma devora.

—¿Es, German, quizás el mio  
mejor?

—Rafael.... perdona.  
Es verdad: es una misma  
la pena que nos agobia.

Ambos al par la adoramos;  
mas para tí fué la aurora,  
que vió en su rojo horizonte  
tu juventud ardorosa:

Para mí de sol poniente  
fué el rayo que el Cielo dora,  
dejando al irse cubierto  
el mundo de nieblas hondas.

—¿Quién nos dijera, German,  
que habia de llegar un hora  
en que sin celos recíprocos  
evocásemos su sombra?

Hace un año....

—No prosigas:  
los recuerdos son la losa  
de hielo, que al corazon  
sepulta en horrible bóveda.

Piensa, Rafael, en África,  
en combates y en victorias,  
que ciñan tu noble frente  
de inmarcesibles coronas.

Así los amigos fieles  
en las playas calorosas  
de un puerto de Andalucía  
platicaban á la aurora.

Del uno los ojos negros  
el llanto á intervalos moja;  
del otro los secos párpados  
velan la mirada torba.

—  
Algunas horas mas tarde  
las corrientes procelosas  
del Estrecho vá cruzando  
una fragata española,  
que á bordo lleva guerreros  
que venguen la patria honra,  
y hermanas de Caridad  
que al desvalido socorran.

Vá entre aquellos Rafael  
tras una muerte gloriosa;  
con éstas marcha Leonarda,  
que sus extravíos llora.

German, en tanto, en el mundo  
del mundo á placer se mofa,  
disfrazando con sonrisas  
el dolor que le devora.

—  
¡Que de Leonarda la frente  
purifique la alba toca,  
ya que llora arrepentida  
lo que gozó pecadora!

¡Y á German y Rafael  
les conceda generosa  
el consuelo del olvido,  
de Dios la Misericordia!

T. DE ROJAS.

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

### I.

*Programa de segunda enseñanza. Psicología, Lógica y Ética.* Por  
D. Julian Sanz del Rio.—Madrid, 1862.

Acometer la empresa de escribir obras profundas, cuyo intento solamente pudiera satisfacer la generosa aspiracion de gloria literaria, es dado á la generalidad de talentos, que buscan en las letras su ocupacion y su porvenir: merecimiento menos comun y de mas fecundos resultados es el del filósofo que, contando con acabados recursos para ofrecer obras notables destinadas á enaltecer el prestigio de su fama en lo futuro, sabe olvidar por un instante el lujoso aparato técnico y bibliográfico y, ofreciéndose en el estadio accesible á todos, adopta por momentos el lenguaje llano del vulgo para iniciar á sus contemporáneos en la segura via que conduce á la ciudad sagrada de la ciencia. Tal es la idea que involuntariamente ocurre al ánimo leyendo el trabajo que, con el título que encabeza, ha consagrado el Dr. D. Julian Sanz del Rio á afianzar la mejora de la enseñanza de Psicología, Lógica y Ética en nuestros institutos. Los lectores, acostumbrados á la concisa frase del anotador de Weber, ó al procedimiento dialéctico riguroso de la *Filosofía analítica* y elevadas consideraciones del *Ideal de la Humanidad*, publicados últimamente por el docto catedrático de Historia de la Filosofía, se encuentran agradablemente sorprendidos al ver que su variado ingenio tiene frases para todas las inteligencias, y sus obras lectura para todas las profesiones y edades. Interesante doblemente la que anunciamos para los profesores y discípulos de los Institutos de segunda enseñanza, aparte de la exposi-

cion de materias, inmejorable en el método y trascendencia científica, leemos en la misma consideraciones didácticas que parecen abrir á los estudios filosóficos en España una nueva y esplendente era. Considerando el profesor que el sentido moral del alumno no está formado al venir á las clases, debe educar su personalidad familiarizándole con la atmósfera de la virtud y de la ciencia; atendiendo á la necesidad de prestar alimento adecuado á la actividad del joven, debe dar á la enseñanza aplicacion práctica, ejercitándole en exposiciones analíticas y sintéticas, resúmenes, etc., guardando las reglas de exactitud y método; con el propósito, asimismo, de que la enseñanza elemental prepare frutos durables en el curso entero de la vida, conviene que estimule la afición de los jóvenes ofreciéndoles las fuentes para continuar el estudio filosófico, y consejos saludables para la direccion de las facultades humanas. La enseñanza, como educacion del corazon y práctica de la vida en la adolescencia, la enseñanza como reguladora del destino del hombre en la edad futura; la ciencia y la virtud como atmósfera del adolescente: he aquí los medios y los fines que propone el elocuente profesor para la mejora de nuestros estudios. Nos adherimos cordialmente á tan generosos deseos.

F. F. G.

## II.

*Elogio fúnebre del Dr. D. Francisco Martínez de la Rosa, leído en la Universidad literaria de Granada, en cláustro público de la misma, por el Dr. D. Francisco Fernández y González, Catedrático de Literatura general y española en la Facultad de Filosofía y Letras.—Granada: 1862.—En la imprenta de Sabatel.*

Grato es ver que, dejando á un lado intereses del momento, rinde culto la sociedad, representada en altas y veneradas instituciones, á la memoria de sus hijos predilectos, coronando dignamente con la autoridad de su palabra y su aplauso una vida gloriosa, consagrada igualmente á las letras y á la patria. Nuestra ilustre Universidad, penetrada de un noble sentimiento y comprendiendo el lugar y significacion que debe reivindicar en la vida y sus destinos, llevó un doble

tributo (1) al sepulcro apenas cerrado de D. Francisco Martínez de la Rosa, elevando religiosos sufragios por el descanso de su alma en la otra vida, y dedicando á perpetuar su fama en esta un monumento literario en la obra cuyo título sirve de epígrafe á estos renglones. Este discurso, que fué escuchado con general complacencia al leerlo su autor en la ceremonia á que se destinaba, no ha sido hasta ahora conocido del público en general; hoy que llega á nuestras manos y que hemos podido examinarlo detenidamente, lo señalamos á nuestros lectores como un timbre que enaltecerá mas el nombre de esta famosa escuela, llevando á todas partes la noticia de un acontecimiento verdaderamente notable.

El *Elogio* (lujosamente impreso en bellísimos caracteres y con tal esmero que puede considerarse como una obra maestra de la tipografía granadina) comienza por una elocuente introduccion, siguiendo despues paso á paso la dilatada carrera del insigne repúblico, y termina con unas atinadas reflexiones críticas de sus méritos literarios. Si bien, como era natural, el autor considera principalmente al célebre literato en sus relaciones con esta Universidad como discípulo, como profesor y como protector y amigo, no faltan en este discurso exactas apreciaciones sobre la generalidad de su historia; sobre todo en sus abundantísimas é importantes notas, donde se acopian inmensos materiales que suministran clarísima luz para estudiar detalladamente la vida de nuestro célebre compatriota.

Inútil es decir que el *Elogio* lleva el sello de los variados conocimientos y elevada inteligencia que al ilustre orientalista tan celebrado recientemente por la prensa extranjera, al autor de las lecciones de *Esthética* con que honramos nuestra publicacion, al laborioso y docto profesor de Literatura, han conquistado ya una reputacion sólida y brillante, destinada á crecer mas cada dia.

El discurso, en suma, es digno de la alta Corporacion que lo prohiija, y responde cumplidamente al celo de su entendido jefe, cuyos esfuerzos por el mejoramiento y prestigio de los diferentes ramos de la enseñanza que tan calorosamente estimula, es digno de la universal adhesion y del mas entusiasta aplauso.

G.

---

(1) Véase el número 2.º de la Revista, en el que dimos cuenta de esta solemnidad.



III.

*La Bética, Revista mensual científica, literaria, artística é industrial.*—Núm. 1.º—Sevilla, 1862.—*Revista general de Estadística.*—Núm. 1.º—Madrid, 1862.

El movimiento inusitado, que se nota en nuestra patria desde hace poco, engendra tanta publicación como viene generosamente al campo de las letras á defender los intereses morales y materiales en que se resuelven los principios cardinales de toda sociedad, y á propagar los conocimientos en las múltiples esferas donde la actividad intelectual se ejercita, anhelando sacar en España la ciencia de la indecorosa tutela extranjera á que la han sometido voluntariamente nuestra apatía é indiferencia en los últimos tiempos.

Las dos *Revistas*, que anunciamos hoy con la mas viva satisfacción, corroboran dignamente nuestras palabras. Órgano la una de la literatura sevillana que tantos nombres gloriosos ha inscrito en la historia de nuestro espíritu, y conteniendo en su primer número interesantes trabajos sobre variados asuntos: aspirando la otra á enlazar el progreso material con el moral, deduciendo sus bases de la ciencia madre y armonizándolo con los fines racionales de la naturaleza humana; contando ambas con elementos bastantes para soportar las honrosas fatigas de la propaganda científica, las saludamos cordialmente, como nuevas compañeras que, con el desinterés y abnegación que acompañan necesariamente en nuestro país á empresas de esta índole, se lanzan calorosamente á poner su piedra en el edificio de nuestra regeneración intelectual.

G.

## VARIEDADES.

En estos momentos en que tanto ocupa la atención de las naciones la atrevida empresa de la perforación del istmo de Suez, por el rudo golpe que su realización ha de asestar al comercio y á la influencia marítima de Inglaterra, no creemos desprovistas de interés las noticias siguientes:

AMRU-BEN-ALAS, uno de los mayores capitanes que tuvieron los primeros musulmanes, célebre por la conquista del Egipto, la Nubia y una gran parte de la Libia, por la fundación de Fostat, junto á la antigua Babilonia, por el asedio y toma de Jerusalem, y por los ingeniosos medios que puso en juego para conseguir la proclamación de Moavia, primer califa Omeya, por la quema de la Biblioteca de Alejandria, así como también por sus renombrados versos, llevó á cabo en muy pocos meses el grandioso proyecto de unir el Mar Rojo al Mediterráneo por medio de un canal navegable, que los turcos dejaron destruir, sin tener en cuenta su utilidad al Egipto y su importancia para el comercio de Asia y Europa.

N.

*La Maravilla*, empresa editorial barcelonesa ofrece 80.000, 40.000, 20.000 y 10.000 reales por la propiedad de una novela histórica ó de costumbres, cuyo asunto deberá precisamente ser español. La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona juzgará las obras que aspiren á los premios, y designará estos. El plazo para la presentación espirará en 1.º de Enero de 1865.

Deseosa, además, esta empresa, de estimular los buenos estudios, se halla dispuesta á publicar y retribuir decorosamente cualquier obra de verdadera importancia que los autores tengan á bien ofrecer á su director.

Las últimas noticias de San Petersburgo anuncian que el Gobierno acaba de nombrar una comisión encargada de revisar la legislación sobre imprenta, la cual acuerda abolir la censura para las obras de las sociedades científicas y literarias.

El Ateneo catalan ofrece una medalla de oro de valor de 1,200 reales al autor del mejor proyecto arquitectónico de casas para familias de la clase jornalera. Cada casa deberá estar destinada á la habitacion de una sola familia, y comprender además un espacio de terreno para patio, huerto ó jardin. El coste total del terreno y del edificio no debe exceder de 12,000 reales, en el supuesto de que el valor del primero sea de 26 reales por metro cuadrado.

Dícese que los ingleses ván á enviar un fotógrafo al archivo de Simancas, para copiar unos despachos en cifra que se suponen referentes á sucesos importantes de los tiempos de su reina Isabel. El embajador español en Lóndres daba cuenta á su Gobierno de lo que en aquella córte ocurría, y estas cartas son hoy de mucha curiosidad.

### ADVERTENCIA.

La Redaccion de la REVISTA MERIDIONAL, confiando en el carácter general de esta clase de publicaciones y, muy especialmente, en el que la imprime su propósito decidido y anunciado por ella de ser útil á todos los esfuerzos individuales en pró de los nobles intereses á que, en su limitada esfera, se halla consagrada, ha creído innecesario manifestar que carece de toda relacion de solidaridad con las opiniones emitidas en los artículos firmados que inserta, supuesto que para su aceptacion prescinde de aquellas por completo. En este sentido, solamente los trabajos, de cualquier género que sean, que aparecen sin firma ni indicacion alguna referente á sus autores, expresan el pensamiento general de la Redaccion, bastando, por el contrario, una simple inicial para dejarla á salvo de toda participacion en las opiniones así expuestas, cuya importancia es puramente personal, aun enunciadas bajo el sagrado velo del anónimo.

El deseo de fijar con claridad, tanto para en adelante como para lo pasado, la posicion de la REVISTA, nos mueve á dar estas explicaciones, que interpretaciones inexactas han podido hacer necesarias.

POR TODO LO NO FIRMADO:  
El Secretario de la Redaccion,  
T. DE ROJAS.

---

El Editor responsable, José Martínez Elizalde.

---

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

---

## RECEPCIONES

EN LA

## ACADEMIA ESPAÑOLA.

---

Si las circunstancias especiales de la prensa de provincias no la proscriben enteramente del movimiento general de las ideas, antes parece que, en apartado retiro de las contiendas vivisimas que embargan el ánimo de los escritores de la córte, se mueve con mas tranquilidad en el cauce seguro de nunca apasionado pensamiento, deber es, en los que se dedican á cultivarla, aprovechar estas mejores condiciones en beneficio del público á que se dirigen, interpretando los acontecimientos literarios por lo que legítimamente representan, hecho aparte de las exageraciones reprensibles que, en alas del espíritu de partido, sacrifican algunas veces las eternas nociones de lo Bueno y de lo Bello á los piés de los ídolos de la amistad, convirtiendo las martirizadas teorías literarias en dardos asesiados contra el pecho de enemigos ó indiferentes. Condicion es del cristal enrojecido á una elevada temperatura prestarse á todas las formas posibles: solo el cristal claro, fino y enfriado á la temperatura comun tiene un lugar levantado en la escala de lo resistente.

El escritor de provincia que, sin obedecer á las gestiones de los amigos ni á la extraviada voz de los émulos, se consagra al exámen de los escritos de personas que á veces oye nombrar por primera vez, ejercitando la crítica únicamente en beneficio de la general

cultura, tiene el derecho de juzgar las producciones literarias en la forma fría con que aguardan el respetable fallo del tiempo. Desgraciadamente sus advertencias suelen ser ecos perdidos, que no penetran en los muros de ese silencioso panteón donde oficialmente se custodia el genio de España, encerrado en su recinto como las sombras de los Faraones en el penetral de las Pirámides.

Y, sin embargo, si alguna corporación debiera tener interés en representar concienzudamente el genio nacional en su legítima elevación y grandeza, parece pertenecer este superior cuidado á la Academia Española; mas por una contradicción que apenas podría explicarse, esta asamblea, cuyos honrosos títulos se imponen cual garantías respetables, se encarna poco en el espíritu del país, como si rechazara la solidaridad nacional que tantas glorias simboliza. Mientras la Academia de la Historia abre sus brazos cotidianamente á numerosos representantes en las provincias, yendo á la cabeza de nuestros institutos académicos por su ilustración y significación elevada de los trabajos que publica, la Academia Española, menos fecunda por cierto, se ha encerrado en una reserva incomprensible, aparentando ser solo una Academia Matritense. En esa corporación, donde la representación social vale mas que el genio ó la levantada doctrina, aun los varones de reconocido mérito que hallan un lugar se encuentran como desairados, tal vez sintiendo en el interior de su pecho haber optado por distinciones que no han ostentado los mejores ingenios de nuestra literatura contemporánea. Es verdad que de algún tiempo á esta parte intenta galvanizarse por una savia nueva que la permita vivir en la atmósfera de lo presente; pero ni bastan á este fin pocos ó aislados esfuerzos, ni todas las elecciones hechas con este propósito son igualmente felices.

Como representantes de doctrinas literarias, los discursos de los académicos no han ofrecido constantemente asilo á las teorías mas profundas y autorizadas: en las cuestiones filológicas, revelan frecuentemente sus publicaciones una ignorancia bastante general de los buenos estudios clásicos del griego y del latín y de los idiomas árabe, hebreo y germánico, firmísimos pilares del conocimiento de nuestro idioma: en los principios de gramática general, un atraso

lamentable, que contrasta con el espíritu de nuestro siglo y los elevados progresos de la enseñanza universitaria. De sus nociones sobre la historia de nuestra literatura darán alguna muestra las siguientes observaciones.

## I.

Hemos dispuesto escribir á la vez sobre los discursos de los señores Valera y Campoamor, por cuanto representan dos tendencias opuestas, por contrario exceso exageradas, completándose su espíritu en lo que se combaten; pero hablaremos antes del discurso de aquél, á pesar del orden cronológico en que han sido leídos, porque nuestra consideración sobre el mismo es en muchos conceptos mas lata. Para mayor facilidad, reduciremos la parte cuestionable de sus opiniones á los puntos capitales siguientes:

1.º Llevado el señor Valera del propósito de trabajar una obra digna de la Academia á que se dirige y en que pudiera aquilarse el valor de su estilo, ha intentado ofrecer á su consideración, para que lo juzgue, el pensamiento del vulgo sobre el lenguaje *en sus dos manifestaciones, la prosa y la poesía*, en contraposición al pensamiento que en aquel Cuerpo científico preside.

2.º Pasando despues á una exposición ecléctica de lo que él tiene por vulgo (profanos), coloca en término primero á los filósofos y políticos, y en segundo lugar á aquellos escritores que avillanan el idioma, tan distantes los unos como los otros de la panacéa universal del justo medio. Divulgadores los primeros de las ideas de algún soñador ó pensador alemán, se expresan en frase bárbara y peregrina, cuando entiende el señor Valera que si la filosofía hubiese menester de una renovación de nuestro lenguaje para medrar y florecer en España, deberíamos todos los españoles abandonar para siempre su estudio; pues si una nación, como la nuestra, que lleva tantos años de civilización, no hubiera creado todavía un idioma propio para las ciencias filosóficas y capaz de expresar sus verdades, seria señal evidente de que nuestro espíritu filosófico era nulo, y vano el empeño de importarle de Francia ó de Alemania.

3.º Si los Santos Padres, añade, con una filosofía, una política y una religión nuevas, no afearon ni *dislocaron* el griego ¿por qué se ha de afean el castellano para expresar las novedades de Kant, Hegel y Krause?

4.º Cada lengua, continúa, tiene un germen que se desenvuelve, á saber: el genio de la raza que la habla; y lo que no está en el germen es imposible que mas tarde en la flor aparezca y logre desenvolverse.

5.º La gramática, la retórica y la poética, según el nuevo académico, no hacen mas que explicar reflexivamente lo que los escritores hacen por instinto.

6.º Lamentase tambien de la existencia en la literatura española de dos clases de poesía, la erudita y la popular, lo cual denota siempre, á su vez, mal y pobreza, no riqueza literaria; porque ó el vulgo no entiende al poeta, ó éste, para ser popular, tiene que hacerse *anacrónico* ó *doméstico* y bajo en el pensamiento, retrocediendo á las edades bárbaras y trasformando la poesía en una anti-gualla ó en una mala *prosa*

en roman paladino,  
en la fabla que el vulgo le fabla á su vecino.

7.º Entre nosotros, advierte, no hubo poesía popular digna de tal nombre hasta fines del siglo XV ó principios del XVI: los romances antes de este siglo ó no existen ó valen poco, pues á la poesía popular precedió entre nosotros la erudita, y á la perfección de la poesía la de la prosa; pudiéndose demostrar, á su juicio, que nuestra literatura de la Edad Media es menos original y hasta menos *católica* que la posterior al Renacimiento.

8.º Hablando de la distinción entre el lenguaje de la poesía y de la prosa, afirma que es ridículo decir en esta *mi esposa*, *mi consorte*, etc.

9.º Juzga error, tambien, desechar hoy en la poesía la máquina de la mitología del gentilismo, que merece un lugar al lado de las modernas hadas.

10. Finalmente, contraponen al lenguaje de los nuevos importadores de filosofía el del Mtro. Fray Luis de Leon en sus *Nombres de Cristo*, que, al decir que «la semejanza de Dios es el pío general de todas las cosas», emplea bellísimas palabras, las mas propias, según el señor Valera, para combatir, con el ejemplo del gallardo lenguaje, los defectos malhadados de aquellos.

Aunque dispuestos á pasar ligeramente por los trascendentales errores que envuelven las proposiciones enumeradas, no las abandonaremos de nuestra consideración sin un severo al par que conveniente correctivo, toda vez que, como asienta un escritor contemporáneo, los errores mas perniciosos son los que encuentran eco en el vulgo, abonados por la autoridad de personas que los difunden desde respetable lugar. Ni ¿cómo pudiera callarse ante la vaguedad de los principios estéticos que han hecho declarar al señor Valera que la poesía y la prosa son dos manifestaciones del lenguaje? ¿Cómo, ante la crítica que asigna á estas producciones del espíritu creador de los pueblos puras diferencias de palabras? Con razón se condenaba antiguamente la teoría de que la poesía dependiera tan solo de la versificación, y hoy, procediendo de una crítica que parece mas levantada, se quiere distinguirla de la prosa por meros accidentes formales. ¿Cambia en el espíritu circunspecto de un académico decir otra cosa que lo contrario, á saber, que el lenguaje era expresión general de la poesía y de la prosa y que tenia aplicación á entrambas? Para el señor Valera, sin embargo, la poesía y la prosa solo representan diversas combinaciones de palabras, siendo el lenguaje como una caja de colores, donde humedeciendo el literato sus pinceles, por medio de un procedimiento especial, que es el *summum* de las virtudes académicas, saca con admirable perfección los cuadros hechos.

Llamar á los filósofos vulgo, *profanos* en materias de literatura, quitar todo lugar en la misteriosa cadena de influencias ejercidas por medio de la palabra á Platon, Aristóteles, Lucrecio, Virgilio, Ciceron, Dante y Goethe porque fueron filósofos, es injusto, extravagante y peregrino. ¿Quién, bajo las galanas frases de Cervan-

tes ó Juan Pablo, las amargas de Byron ó Espronceda ó las satíricas del arcipreste de Hita, no descubre el alma de un filósofo? Pero se dice: enhorabuena que haya filosofía, que se acepten ideas nuevas y métodos no empleados; mas á todo esto debe imponerse un carácter antiguo, señalándolo con el traje del tiempo anterior y las voces aplicadas á otros usos. Pues bien, semejante prescripción, á que se abrazan algunos con el calor que á un específico ignorado para una enfermedad incurable, depende de una concepción de la literatura tan poco acertada como la que juzgara la pintura en el sentido de simple manifestación de los colores, anteponiendo el arte de dar color, en su forma mas mecánica, al de la composición y dibujo. Y este error no es solo del señor Valera: por desgracia es muy frecuente oír, de labios al parecer autorizados, que la exactitud del pensamiento nada vale, siendo lo fundamental formarse un estilo con el giro de convención aprobado, de donde resultan las amañadas frases de algunos discursos académicos, mas incomprensibles, á veces, que las odiadas profundidades de los escritores filósofos. Los que tal afirman, empero, desconocen que todo desenvolvimiento literario se encuentra precedido de cerca por una grande elaboración intelectual y que, suspendida esta germinación, la inspiración literaria se retira y muere. El Renacimiento del siglo XV produjo entre nosotros la hermosa literatura del siglo XVI: el florecimiento de nuestras Universidades en este siglo las glorias de los dos primeros tercios del XVII, mostrándose como legítima consecuencia de la declinación moral y persecución científica de mas infelices tiempos la postración de á principios del siglo XVIII. La poesía se alimenta de originalidad, y la originalidad no es posible sin esa independencia de carácter y opinión interior, que cultiva la filosofía. Tal es la sana doctrina literaria que contrasta notablemente con la comparación de esos ideales imperfectos que se forman del literato, asimilándole al embadurnador de oficio que, dispuestos sus colores, así pinta una cómoda como una mesa, siquier puerta, siquier ventana, ó con el sastre que, teniendo una colección de trajes hechos, se queja de que el comprador no se avenga á llevar uno mas largo ó mas corto por el deseo de despachar su mercancía.

¿Y qué se diría del mismo sastre, si pretendiera ser preferible que anduvieran desnudos los humanos á que se compusieran ó enmendaran sus trajes? Sin embargo, el señor Valera sostiene imperturbablemente que si la filosofía (el pensamiento) hubiera menester para medrar y florecer en España de una renovación del lenguaje (una de sus formas), «deberíamos todos los españoles abandonar su estudio, pues si una nación, que lleva tantos años de civilización, no hubiese creado todavía un idioma adecuado, sería señal de que nuestro espíritu filosófico era nulo, y vano el empeño de importarle de Francia ó Alemania.» Lástima causa ver á un escritor, que en tantas ocasiones ha manifestado un amor poco común á la cultura, reproducir los argumentos gastados del oscurantismo! Muchos siglos llevaban de civilización los occidentales antes que el comercio con los pueblos de Oriente les hubiera enseñado el uso de las cifras indias, del papel, de la brújula, la pólvora y los procedimientos de la alquimia; y ¿quién podría sostener la opinión de que haya sido vana en los destinos de Europa la aplicación de estos inventos? Francia, Inglaterra, Italia, España, han adoptado la nomenclatura química moderna, sin que á nadie haya ocurrido hasta ahora que fuera mejor carecer de química que sustituir los nombres vulgares de algunos cuerpos por los de protóxidos é hiposulfitos. ¿Sería razón, por otra parte, para privar á nuestra patria de caminos de hierro, que en tantos siglos no los háyamos tenido ni se hayan inventado en nuestro suelo? La moderna filosofía, como la química y todas las demás ciencias han cambiado el lenguaje en los países donde han florecido, á pesar del marcado carácter filosófico de algunos de sus idiomas: ¿cómo pretender que permanezca estacionario el nuestro, que carece de esta condición?

Ofrece el ejemplo de la lengua griega que, en su concepto, no se alteró por las nociones espirituales del cristianismo, observación que, como advierte el ilustrado crítico D. Federico de Castro (1), ni es exacta, ni prueba mucho en materias de innovación en nuestra lengua, siendo el idioma griego, por su estructura y la elabo-

---

(1) *La Bética*, Revista sevillana: Núm. 2.º

ración de sus sabios, el mas flexible para las exposiciones filosóficas. ¿No hubiera sido mas oportuno sacar el ejemplo de la lengua que tiene mas directa relacion con la nuestra, mostrando las alteraciones del latín? ¿Ignora acaso el señor Valera que el docto príncipe de la elocuencia del Lacio, el inmortal Marco Tulio, se ha quejado de la falta de precision de la lengua latina, introduciendo hasta en sus epístolas el artículo griego varias veces y aclaraciones de su sentido en este idioma? ¿No alteraron en nada el carácter de la lengua latina los escritos de Tertuliano, de San Agustin y de San Jerónimo? En estas obras se encuentra con frecuencia la palabra *ubiquidad* (*ubiquitas*), que en latín es un barbarismo, siendo expresion precisa de una esencia de Dios segun los cristianos; mas ¿qué importa el abolengo de la voz, si sirve á las necesidades lógicas del sentido elevado intelectual de la doctrina del Evangelio? No es decir que pensemos nosotros fundar en las nuevas ideas del cristianismo el único gérmen de corrupcion del latín; aunque sin el concurso de otras causas hubieran bastado á alterarlo, como alterado parece, por la expresion de las ideas modernas y filosóficas, el latín artificial de Santo Thomás y aun el de Nebrija, Vives y Justo Lipsio.

Ni es mas juicioso asegurar que cada lengua tiene un gérmen en el genio de la raza que le habla, *siendo imposible que mas tarde aparezca lo que en el gérmen no existe*, pues la concepcion de la raza española de este modo es la de un ser ficticio, toda vez que las razas varían con el trascurso de los siglos segun diferentes influencias, sin que ninguna se conserve pura, mostrándose, entre todas las de los pueblos europeos, como la mas mezclada la del vigoroso pueblo español. De los diversos pueblos que se han cruzado en nuestro suelo, ¿cuál es el legitimo español, el ibero, el celta, el fenicio, el griego, el romano, el germano ó el árabe? ¿Es de pensar que el genio de la raza ibero-celta no mostrase nada diferente en el lenguaje por la influencia de fenicios, griegos y romanos, que el idioma de la época de la dominacion latina no cambió tampoco por influencia de godos, hebreos y árabes? ¿Desconoce el señor Valera que no faltan escritores respetabilísimos que asientan como verdad que, aun despues de la dominacion arábica, la

pronunciacion fuerte de la *j* no se fijó entre nosotros hasta la época de la venida de los Tudescos en tiempo de Carlos V.? ¿Cree el señor Valera que la síntesis y cruzamiento en las razas es un mal? pues lo contrario afirman los fisiólogos, y el ejemplo del pueblo español apoya los datos de la ciencia. Esto, aun suponiendo con el jóven académico que la libertad del espíritu en esta cuestion nada valga, permaneciendo adherido al genio de la raza como la yedra á la corteza del árbol.

Tampoco es mas fundada la opinion de creer que la Retórica, la Poética y la Gramática no ayudan á otra cosa que á entender reflexivamente lo que el vulgo dice ó entiende por instinto, teoría que, si puesta de moda por la superficialidad pretenciosa de la escuela escocesa, contradice hasta con la doctrina del sentido comun que intenta establecer. Si este fuera el papel limitado de las mencionadas ciencias, no habria dificultad en declararlas inútiles; pero al menos reflexivo se alcanza que las doctrinas de tales estudios tiende á algo mas que á explicar los solecismos y barbarismos del vulgo, mostrando además el ejemplar imperturbable, el ideal científico que sirve á evitarlos.

En las consideraciones posteriores hay tal confusion en las ideas del discurso que analizamos, que seria tarea empeñadísima seguir al autor en las peregrinaciones de su un tanto distraido pensamiento.

Habia distinguido la poesia popular de la vulgar con caracteres nada equívocos, asimilando aquella á la poesia nacional amada y entendida de todos, sentido en que representa la misma una necesidad constante de los pueblos; y, sin embargo, habiendo de tratar despues de su existencia en la literatura castellana dando lugar á la manifestacion de poetas que no son esencialmente eruditos, declara que es un mal, una pobreza, no una riqueza, denotando que ó el vulgo no entiende á los poetas ó éstos necesitan hacerse *anacrónicos* y *domésticos* para hablar al vulgo, en lo cual confunde sin duda la poesia que él llama del pueblo con la vulgar. Mas, ¿por qué un mal tan grande que el vulgo tenga tambien su poesia? ¿Ofrece la naturaleza solo flores en los jardines y en los invernaderos? Si lo conscio y lo inconscio vienen á fundirse en el arte: si se combinan

las circunstancias naturales con el esfuerzo artístico para producir las grandes obras ¿qué mucho si los lozanos árboles de la imaginación popular producen también sus flores? Que los españoles tengan mejor poesía popular y aun vulgar que otros pueblos no arguye ciertamente inferioridad ni baja en su genio; antes parece testimonio elocuente de que el pechero español rechazó largo tiempo ha la ignominiosa huella del esclavo, y que las dulces ideas de libertad, de religión y de patria, estas fuentes perennes de inspiración en el arte, han mecido su cuna desde muchos siglos. Después del injustificable menosprecio con que nos trataron los afrancesados del siglo XVIII, faltaba únicamente oír en el seno de la Academia fundada por Felipe V que el pueblo español es el más rústico de todos, porque ha producido y conserva la más hermosa poesía popular.

Mostrando el ejemplo de Berceo, dice que los poetas, al pretender ser populares transforman la poesía popular en una antigualla ó en una mala

*prosa*, en roman paladino;

sin advertir que Berceo no hace retroceder la poesía, mas bien la adelanta sobre la general de su tiempo, como lo indica la sustitución de la cuaderna vía al monorrímo, ni la palabra *prosa* tenía en aquel tiempo el sentido despreciativo que le asigna el señor Valera, ni el con que se conoce hoy día. Berceo, que se muestra ordinariamente muy versado en la poesía provenzal y que se llama á sí mismo *trovador*, entendía por *prosa* lo que los provenzales: poema histórico de género épico ó narrativo.

Lo más notable es que, después de haber aludido á la poesía popular del autor de *los cantos en honor de la Virgen*, y de las preciosas leyendas de *Los Milagros*, sostiene que entre nosotros no hubo poesía popular, digna de tal nombre de poesía, hasta fines del siglo XV ó principios del XVI; y que, asimismo, la poesía popular precedió á la erudita, y á ambas la prosa.

Sin salir del ejemplo acotado por el orador de la Academia, podríamos amontonar las citas de pasajes poéticos de las obras del

vate riojano que, á través de las frases arcaicas, producen efecto todavía.

En la copla 41 de los *Signos del Juicio* hay frases dignas del estilo enérgico de Dante que le es posterior casi en un siglo.

Colgarán de las lenguas los escatimadores,  
Los que testiguan falso et los escarnidores:  
Non perdonarán Reyes nin á Emperadores;  
Avran tales servientes quales fueron señores.

Los omes cudiciosos del aver monedado,  
Que por ganar riqueza non dubdan fer pecado,  
Metránlis por las bocas el oro regalado;  
Dirán que non oviessen á tal aver ganado:

Los falsos menestrales et falsos labradores  
Allí darán emienda de las falsas labores:  
Allí prendrán emienda de los falsos pastores  
Que son de fer cubiertas maestros sabidores....

ó el principio de la narración de algunos de sus *Milagros* como en el 1.º

En Toledo la buena essa villa real  
Que iace sobre Taio, essa agua cabdal,  
Ovo un arzobispo coronado leal  
Que fue de la gloriosa amigo natural.

Los romances, añade el señor Valera, ó no existen ó valen poco antes del siglo XVI. Y aquí la cuestión se controvierte considerablemente, por cuanto conservados los romances antiguos anónimamente en la boca del vulgo, no se puede determinar su fecha con exactitud; pero ni aun así semejante opinión es sostenible, pues todas las razones se adunan para demostrar que la eflorescencia de los romances es anterior á dicha época.

Prescindiendo del propio nombre *romance*, que parece anunciar un género de composición, el más antiguo que se ha cultivado en las lenguas derivadas del latín, su metro, que no es en suma otro

que el de los cantares primitivos de *Gesta*, no atestigua su antigüedad. ¿Es creíble que en el siglo XVI, cuando en la poesía artística había cerca de cuatrocientos años que no se usaba el metro monorrímico, iba á aparecer en los cantos populares sin ninguna huella anterior? No: el monorrímo no se había perdido en la literatura popular; desde la infancia de la poesía el pueblo lo había conservado, como conservaba tantas tradiciones patrióticas. Los romances eran conocidos con gran antelación, y sin más buscar, en el *Repartimiento de Sevilla*, se citan dos poetas del Santo Rey, con los nombres de Nicolás de los *Romances* y Domingo Abad de los *Romances*: el Marqués de Santillana en la primera parte del siglo XV citaba los «romances e cantares de que las gentes de baja e servil condición se alegran;» y estos *romances* y cantares del pueblo tenían tanta importancia ya en el siglo XIII, que en ellos se apoyaba el rey D. Alfonso para escribir su Historia, teniendo que intervenir las leyes para mejorar las costumbres de sus recitadores. En el siglo XIV los ciegos recitaban dichos cantos, y la circunstancia de que en la época de la primera publicación de algunos antiguos impresos en *tortis* se había olvidado ya el nombre de sus autores, hace pensar en una antigüedad razonable.

Que la poesía erudita castellana sea anterior á la popular no es más admisible, pues si las lenguas solo se autorizan y fijan en los tiempos primeros mediante el valor de las producciones poéticas, tampoco es probable que desde luego adoptasen los eruditos y se sometiesen al uso de un idioma que no fuera previamente ensayado. Ni puede sostenerse mejor el principio de que la poesía anteceda á la prosa, en vista de la sucesión cronológica de los monumentos de todas las literaturas y de la particular castellana; ni mucho menos que la perfección de la prosa en las *Partidas* y en los escritores de los siglos XIV y XV sea anterior á la de la poesía, pues las *Cántigas* de Alfonso X no tienen un castellano inferior al de sus libros legales, ni las *Coplas* de Jorge Manrique desmerecen de la *Crónica de D. Juan II*, ofreciéndose la misma precesión en mejores tiempos, en que Garcilaso y Fr. Luis de León son anteriores á Cervantes y á Mariana.

Que la literatura de la Edad Media en Berceo, Santillana y Jorge Manrique, sea menos *católica* que la de los siglos XVI y XVII, es otra paradoja que no merece serio reparo. Un escritor católico de nuestro siglo, trovador de cantos celestiales, al escribir magníficas leyendas de la Edad Media, solo ha logrado trasladar en el lenguaje de la actualidad el sentido cristiano ferviente del trovador de *Los Milagros de la Virgen*, el honrado presbítero Berceo.

Tampoco aceptamos todos los ejemplos de distinción entre el lenguaje poético y el prosaico que ofrece el autor del discurso; mas esto no debe ocuparnos mayormente, pues aun los extraños á la Academia no ignoran que las palabras *esposa* y *consorte*, concedidas al monopolio poético, se usan fuera de poesía, hasta en el estilo prosaico de los procedimientos curiales.

Relativamente á la justificación actual que en su concepto merece tener la restauración poética de la mitología gentilica al lado de la de los genios y hadas, juzgamos que ambas concepciones del mundo sobrenatural tuvieron en su época legítimo valor histórico; pero que, no arraigándose en las creencias de la sociedad moderna, han pasado para no volver á aparecer nunca: como la caballería y el culteranismo de la poesía pastoril, solo pueden dar objeto al ridículo, cuando no á las profanaciones de Bembo y del Cardenal de Bitonto. Goethe ha necesitado destrozarse la mitología, interpretándola á su manera, para cerrar el ciclo de su historia en el *Fausto*; mas si Lucano en pleno paganismo no se sentía con fuerza para hablar de las divinidades del Olimpo ¿se alimentará la poesía moderna con estas frivolidades gastadas? Hoy un poeta invocando á las Musas es un anacronismo pueril, un niño á caza de mariposas, un alma sin entusiasmo, sin originalidad, sin pensamiento, tal vez un hombre que cree traducir á Homero en esta frase

De Aquiles de Peléo canta, Musa,

en lugar de penetrar el sentido creyente y patriótico del que decía

Canta, Musa, la cólera terrible  
De Aquiles de la raza de Peléo.



Y, en este punto, advertiremos tan solo que en la elegante traducción de las obras literarias de Grecia y Roma, modelos de composición y de estilo, es donde, como en los felices tiempos de nuestra literatura, fuera de desear se desplegara el nativo primor, y gallardía del grandilocuente idioma castellano. En tal tarea no sería frecuente echar de menos palabras antiguas castellanas, para traducir ideas antiguas; en la traducción de doctrinas é ideas modernas debemos reivindicar para nosotros el derecho de innovación concedido á los antiguos escritores.

Baste ya de la enojosa empresa de señalar los lunares del discurso leído por el nuevo académico purista; consagremos un instante á la mas agradable de examinar sus bellezas y aciertos.

Natural era que, quien tan celoso se muestra del purismo, ofreciera un estilo castigado, florido y elegante, formado sobre modelos del mas esquisito buen gusto, y á fuer de francos, nos cumple confesar que algunas veces alcanza la pureza castellana la dición del señor Valera, si bien falta no pocas á la limpidéz y tersura. Así, por ejemplo, nos parece amanerado este período, que da la medida del tono general de su estilo:

«Qué no habreis podido suponer y censurar en mi conducta, al verme en el pretender tan audaz y diligente, y tan tibio y perezoso en cumplir la única condición que pusisteis al logro de mis deseos, dilatando yo el plazo de satisfacerle?»

En cuanto al fondo, declara que no es denigrador del tiempo presente, que hoy existe una crítica de superiores quilates á la de los preceptistas antiguos, y que la literatura, como ha dicho Bacon, es una parte de la historia; nociones exactísimas, que es lástima no se encuentren acompañadas de sus afines y compañeras.

El exámen de la contestación al discurso del señor Valera por el señor Alcalá Galiano nos ocupará breves momentos. Este discurso, como todos los que salen de su fácil pluma ó de sus autorizados labios, es recomendable por algunas buenas condiciones de estilo; en cuanto á su espíritu, es innegable que, si no se advierten en él muchos de los errores, ó frecuentes descuidos, de su nuevo colega, ofrece poca

determinación en sus doctrinas. Acaso por la índole de sus formas oratorias, acaso por la facilidad comprensiva de su carácter, los principios opuestos se juntan sin chocarse en sus proposiciones: nunca afirma sin atenuación, ni niega sin asteísmo y, después de leer su contestación que tenemos á la vista, asalta todavía la idea de si acepta las especies del señor Valera ó las combate; si habla en él el afecto del amigo y del compañero, ó el eco de fuertes y maduras convicciones.

X.

---

---

# ESTHÉTICA.

(Continuacion).

## METAFÍSICA DE LO BELLO.

### CUESTIONES GENERALES DE LA METAFÍSICA DE LA BELLEZA.

La Metafísica de lo Bello es aquella parte de la Esthética que desenvuelve la idea de la hermosura en sus conceptos generales, independientemente de su realizacion, en espacio y tiempo, en individuos bellos determinados. Propónese mostrar la ley que rige á la belleza en su esencia, en sus especies y en sus evoluciones, sin descender á la interpretacion particular de los objetos históricos. Esto no obsta para que explique su doctrina á veces con ejemplares del mundo de la experiencia; mas el rigor de la exactitud de sus teorías depende de la firmeza de sus racionios, no de la acertada eleccion de los ejemplos. La necesidad de la misma, como preliminar á todo estudio esthético, se prueba por la insuficiencia de las nociones del vulgo sobre la hermosura.

#### I.—CONSIDERACIONES ANALÍTICAS SOBRE LA IDEA DE LO BELLO.

Generalizada doctrina es, en escritores de esthética poco reflexivos, que el sentimiento de la belleza vá en el hombre precedido del juicio

de deduccion de una idea que existe en la inteligencia de todos, obtenida por diferentes medios. Segun ellos, sentimos la belleza á consecuencia de haber aplicado á los objetos en que la reconocemos, la idea de hermosura que precede en nuestro espíritu. Consultada, empero, con imparcialidad nuestra conciencia en el acto de declarar la belleza, nada dice muchas veces sobre la nocion de esta idea que se pretende poseer, ni sobre la generacion de dicho juicio. Examinése lo que sucede al decidir la hermosura de un objeto, y claramente se observará que, pareciendo bien ó agradando en primer lugar, el alma le dá despues la designacion analógica de lo que agrada de un modo semejante, fundada en el sentimiento, no en la idea. Si fuera preciso aguardar á la formacion de la idea de lo bello para sentirlo, este sentimiento, connatural al hombre, se retardaría considerablemente, cuando no se perdiera por completo, para una gran parte del linaje humano.

En virtud de cierta disposicion de nuestro ser, sentimos la belleza antes de conocer su idea y causa, no de otro modo que respiramos antes de tener nociones de la respiracion y, sin necesidad de la idea científica de la nutricion y de las condiciones mecánicas de nuestro movimiento, nos movemos y nutrimos. Solo por una confusion lamentable del idealismo platónico y hegeliano con el psicológico francés, se ha podido pensar que el hombre no se reconoce sensible sino por ideas, y que las ideas preceden necesariamente al sentimiento. Mas, que tal idea no antecede en la declaracion ordinaria sobre la hermosura, lo prueba que, explicando todos los hombres con mas ó menos precision el carácter de las ideas que tienen, sobre ésta, particularmente, muchos artistas y aun concedores entendidos nada determinan que no aparezca cuestionable. No ignoramos que los ideólogos pretenden responder á esta observacion con su doctrina de las ideas simples y del *algo* desconocido, doctrinas escépticas é impotentes, que intentan establecer como ley de la inteligencia la anarquía ó el vacío.

Los partidarios de las ideas simples suponen nociones en el alma que, por no tener idea superior en que reposarse y aparecer como originalmente primitivas, no son descomponibles ni explicables por

otras nociones; error grosero en Lógica, pues es absurdo admitir siquiera dos ideas simples, encarnándose en todas las nociones derivadas la noción elementalísima del ser. Muestran el ejemplo de las ideas de colores y de sabores de los objetos, que no pueden ofrecerse á los que no los han oído ni gustado; mas esto dista de ser admisible, puesto que hay numerosas teorías sobre los colores y los sabores, siendo además ridículo exigir á la idea que ocupe el lugar de la percepción. Porque la idea del alimento no basta ni sustituya en modo alguno á la alimentación ¿hemos de creer que no es idea? Tanto valdría pretender que la idea del agua pudiera ser suficiente á calmar la sed. Suponer que la idea de lo Bello sea la de un *algo* desconocido es aceptar un imposible, toda vez que la idea que se refiere á un objeto sin explicarlo en modo alguno, no puede ser jamás una idea que tenga hácia él referencia especial.

Procediendo de dichos errores y fundándose en la precesion de la noción típica, en la imposibilidad de exponerla en su fondo, toda la cuestión esthetica queda reducida á indagar su origen y genealogía, á cuyo fin han empleado la teoría de la mágica inducción inmediata, en que se aparece milagrosamente la dormida idea ó el mecanismo incompleto de la abstracción comparativa.

Nosotros, encerrados en un procedimiento de forma sistemática, vamos á ensayar la determinación rigurosamente científica de esta cuestión bajo los conceptos inductivo y deductivo, y ajenos á toda preocupación antifilosófica, estudiaremos primero las nociones del vulgo sobre la belleza colocándonos en el terreno de la observación común, campo accesible á todos.

## II.—FORMAS PRIMITIVAS DE LA PERCEPCION DE LO HERMOSO.

Las percepciones sobre lo Bello ante el criterio común se presentan con tres formas ó estados diferentes, que dan lugar á variedad sobre la declaración de la Belleza. La primera de estas formas es natural y peca por imperfección é insuficiencia: las dos últimas, artificiales, y su error consiste en fundar preocupaciones artísticas.

Tales formas son las siguientes:

1.<sup>a</sup> El hombre sin preocupaciones estheticas, percibe en su sensibilidad la impresión esthetica, sin conocer la esencia del objeto que la produce, ni la causa de la impresión. Al acto de la sensibilidad pueden preceder fenómenos preparatorios, que revelen la existencia de un objeto aunque no su condición bella, siendo á veces necesaria una educación particular para la mera contemplación que prepara la manifestación sensible. En esta esfera común todos los hombres perciben lo Bello que no exige antecedentes, y solo en lo delicadamente bello se diseña en la diferente educación una primera causa de variedad sobre lo hermoso.

2.<sup>a</sup> Saliendo de la esfera de la sensibilidad, los hombres han formulado sus primeras interpretaciones sobre la esencia de los objetos bellos en el lenguaje, fijando en él sus cualidades más relevantes, de donde resultan en los antiguos idiomas un sin número de estas determinaciones para designar lo Bello (1) y otras ideas de convención engendradas por las mismas, surgiendo como corolario natural la variedad sobre los juicios de hermosura y la falsedad de muchos de ellos.

3.<sup>a</sup> Siguen á las formas mencionadas, en que se determina lo Bello inmediatamente y casi con espontaneidad, las primeras observaciones reflexivas sobre los objetos hermosos, las cuales, recogiendo los elementos comunes de Bellezas particulares, se elevan á verdaderas teorías que bajo el concepto de proceder de indicación imperfecta no tienen valor sino respectivamente á los objetos observados, dando por producto una idea de Belleza parcial y defectuosa que, tendiendo á negar los efectos de la sensibilidad en los hechos que no explica, y abandonando el criterio seguro de la Belleza, dá lugar á variedad en el juicio, como ha venido á mostrarse en la famosa polémica entre clásicos y románticos.

En ninguna de estas tres formas de concepción tiene el vulgo la idea de la Belleza. Tampoco la tienen la generalidad de los artistas, hecha la distinción oportuna entre los ideales, concepciones parti-

---

(1) Véase sobre este particular la doctrina expuesta en nuestra tesis sobre la «Idea de lo Bello.» Madrid, 1858.

culares de objetos superiores á la realidad, ejemplares concretos de carácter puramente psicológico, y la idea de la Belleza, concepto científico que reúne en sí todos los conceptos metafísicos de lo Bello. Esta idea solo puede obtenerse en deducción sintética, investigando preliminarmente si entre la serie de ideas que se demuestran científicamente se halla alguna que corresponda enteramente á la serie de fenómenos estéticos, y como tal deducción sea completamente metafísica, de aquí la necesidad de la Metafísica de lo Bello.

### III.—POSIBILIDAD DE LA METAFÍSICA DE LA BELLEZA.

La posibilidad de la Metafísica de lo Bello, como la de la Metafísica en general, debe mostrarse en la Filosofía probando la conformidad entre las leyes que rigen el mundo y las que presiden el recto ejercicio de nuestra inteligencia. Semejante conformidad se explica por la existencia de un Ser inteligente superior que ha dispuesto las unas y las otras, el cual, siendo sabiduría y bondad sumas, no podría hacer nada inútil, ni ser fuente de error invencible. Para creer que la realidad del mundo corresponde en algún modo á nuestro pensamiento en afirmaciones evidentes, basta reflexionar sobre la irresistible inclinación que tenemos á creerlo de esta manera, en lo cual si hubiera necesario error no seríamos nosotros los responsables, y esta mentira contra toda posibilidad vendría del que nos constituyó con tales condiciones; pero como esto es absurdo, debe creerse por el contrario que dadas la bondad y sabiduría de Dios, conocemos alguna parte de la realidad de las cosas con todas las limitaciones de nuestra esencia y las especiales de nuestra naturaleza en su estado actual.

### IV.—DEDUCCION METAFÍSICA DE LO BELLO.

En plena ciencia, la primera de las ideas en la ordenación filosófica y la primera de las existencias son la idea y la existencia de Dios. Aquella nos muestra á Dios como el ser de los seres, infinito en todos sus modos, realidad absoluta de toda perfección posible. La

perfección consiste metafísicamente en que la potencialidad íntegra de la esencia se realice en la existencia, y como la suprema realidad sin principio ni fin corresponde únicamente á Dios, se sigue por tanto que solo Él es verdaderamente perfecto.

No siendo posible dicha perfección absoluta sino en un solo y único ser, las criaturas no pueden tener sino una perfección impropia y relativa, según se asemejen más ó menos á la perfección soberana.

Examinemos ahora la relación de la perfección con la Belleza. Todo lo que es perfecto es bello esencialmente, mas lo Bello no es idéntico con lo perfecto, aunque saque de su perfección la hermosura. Lo perfecto expresa el lado objetivo de la Belleza, la cual envuelve además la idea de una contemplación y relación subjetivas. Reúnanse, empero, ambos lados en lo perfecto absoluto, que es á la vez, como contemplador de su esencia, objeto y sujeto de sí mismo, siendo por tanto absolutamente Bello á diferencia de las demás cosas, que carecen de esta Belleza eminente.

Fuera de Dios, la perfección de reflejo de las criaturas se encuentra reducida á cada instante por numerosas restricciones. No solo son limitados los seres finitos por la esencia, sino que en su realización la misma se halla sometida á muy frecuentes negaciones que circunscriben su acción extraordinariamente. Un ser cualquiera, un hombre, por ejemplo, tiene una esencia limitada, no puede elevarse sobre sus condiciones ni desenvolver más facultades que las de su particular cuerpo y su particular alma; pero desde que nace se limitan cada vez más estas condiciones, pues naciendo de unos padres no puede nacer de otros, y dotado de un carácter y temperamento determinados ha de carecer de las cualidades de los demás. Al nacer, todavía su posibilidad es vasta, pudiendo ser educado de diferentes maneras, elegir diversos estados, dar muy variadas tendencias á su actividad, ser letrado ó bracero, militar ó sacerdote, rey ó esclavo; mas á medida que vive, siendo una cosa determinada no puede ser las otras, y su limitación crece.

Aun en condiciones de limitación semejantes, hay hombres, sin embargo, que realizan más su esencia que otros; el holgazán ó descuidado, por ejemplo, no desenvuelve todo lo que puede dar

de sí su ser, en el grado que el aplicado y laborioso; ni el que ejercita solo sus facultades físicas ó mentales como el que cultiva todas; ni el que se queda, por último, en el terreno del sentimiento comun, á la manera del que se levanta á las concepciones superiores de la idea, lo cual hace que unos hombres se muestren mas perfectos que otros por semejanza á la perfeccion divina, y como toda perfeccion en los seres finitos tiene un carácter impropio, recibe mejor los nombres de *Hermosura* y *Belleza*.

En una palabra, lo que en el ser infinito y absoluto es la perfeccion, en los demás seres finitos concebidos y creados es la *Hermosura*.

La *Hermosura*, por tanto, segun la deducccion metafísica es la semejanza á Dios en lo finito; mas como esta semejanza no aparece propiamente sino en el hombre, de aquí se sigue que solo él es verdaderamente hermoso, y que de toda la creacion contemplable, en la humanidad se halla el verdadero tipo de *Hermosura*. Y siendo en el hombre lo mas semejante á Dios su espíritu, ó sea su alma sensible, racional é inteligente, debe concebirse por la misma razon cual la mejor, mas legitima y acabada *Hermosura* la intelectual y moral, que depende de la esencia del espíritu. Por esto el cuerpo solo es hermoso en cuánto la hace presentir ó la refleja, y ocupando el lugar de la primera manifestacion material de la esencia humana, su *hermosura* superior depende de la expresion intelectual.

En el estado de nuestra historia ofrécese, no obstante, cuerpos hermosos con almas feas y al contrario; esto depende de que el cuerpo, en su procedencia material, no expresa solo las influencias del individuo, sino tambien las de los padres, raza, clima, etc.: por lo demás, es innegable que el individuo feo en su cuerpo puede mejorarse por la influencia del espíritu, y vice-versa, afearse considerablemente por la influencia perturbadora de los extravíos del elemento espiritual.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará).

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

*Elegtas de D. Ventura Ruiz Aguilera* (1).—Madrid: 1862.

Con el mas sagrado respeto llegamos á este libro, tesoro de exquisita ternura, manantial de dulcísima poesia, historia del dolor mas terrible, poema del mas profundo sentimiento. Porque si las obras maestras que concibe la fantasía de los grandes ingenios y vierte luego en armoniosas formas, selladas de una inspiracion verdadera y ardiente, son merecedoras de la mas legitima admiracion, y han de recibirse por la crítica con la justa desconfianza de quien teme no acertar á definir sus perfecciones: si los principios racionales mas absolutos y libres en que se apoya hoy la ciencia del arte llevan á considerar antes las bellezas que los defectos, y á colocar sobre el exámen de las minuciosidades de la letra, á todos accesible, el mas difícil del sentido general del espíritu, esa desconfianza, esa admiracion se aumentan y adquieren un carácter mas elevado cuando la obra que se juzga reune á todos aquellos títulos el de haber nacido al calor de un gran infortunio, arraigando en el noble corazon de que no ha podido desprenderse para ser trasplantada al arenal del mundo sin arrancar un pedazo de él y desgarrar sus mas delicadas fibras. Entonces, el que por su dicha siente todo el poder de esa religion del dolor, que á tantos lleva al cielo, se reconoce embargado de un temor natural y, como quien duda tocar á una mariposa por miedo de deshacer sus alas, piensa si ha de atreverse á profanar el santuario donde oculta el alma sus mas hondas penas, y abrir con sus dedos una llaga cruel, que á muchos, sin embargo, hará encoger los hombros.

Por fortuna, el libro del señor Ruiz Aguilera no es un eslabon perdido en la cadena de nuestra historia literaria, un lamento, y nada mas, de un espíritu conmovido rudamente: si en el sentido individual

---

(1) Al final de este artículo hallarán nuestros lectores algunas de estas bellísimas poesías, entresacadas al acaso del libro de nuestro eminente colaborador, pues el relevante mérito de todas hacia difícil otra clase de eleccion.

tiene esa significacion, en la relacion mas amplia de la poesia y de la moral alcanza una entidad que no es posible desconocer, ofreciéndose, ya como fruto de una inspiracion profunda frente á los vanidosos engendros de extraviadas imaginaciones, ya como una magnifica expansion de sentimientos purísimos y elevados.

Bienvenido sea, pues, ese libro que conmueve y entusiasma: bienvenido sea como un relámpago intensísimo en medio de este camino de la vida, que locamente hacemos de noche y á la ventura; desgraciado el que al recorrer sus páginas no sienta con el poeta hervir las frias cenizas del corazon al abrasador contacto de una de esas lágrimas del alma que no se atreven á asomarse á los ojos por no mancharse: ese no será capaz de nada bueno, de nada noble, de nada grande; no será nunca amado, si nunca es aborrecido y, extranjero en su patria, con la misma indiferencia con que él vé pasar ante sí la humanidad doliente, ella le verá pasar mañana, borrando mas rápidamente su huella que borra el mar la blanca estela del navío que le oprime.

Porque es el dolor el primero y mas alto don del cielo: él levanta al hombre sobre el mundo, depura su vida, fortifica su alma, ennoblece su pensamiento, dá valor á sus alegrías: él, todo imperfeccion, como el trabajo, engrandece y perfecciona; él, todo desarmonía, como el mal, armoniza y ordena; él, todo sombras, como la noche, alumbrá con una iluminacion interior la esencia de nuestro ser y, santificado por Dios mismo, liga al género humano con el vínculo de la limitacion y de la muerte.

De ahí esa nobilísima altivez que se imprime en las almas bien templadas cuando se han purificado en el crisol de la amargura; de ahí que dé el hombre por lo general mas importancia al dolor, maestro de la humanidad, que al placer; que le agite mas profundamente, que obtenga mas vivas sus simpatías; de ahí, en fin, que una historia de largos padecimientos venga á ser, con frecuencia, en su opinion la medida de los nobles caracteres, y que al escucharla diga para sí mismo: «yo tambien he sufrido!»

¡Dichosos los que lloran....!  
Porque han amado. (1)

Así, el libro del Sr. Ruiz Aguilera no puede menos de impresionar eficazmente el ánimo que no esterilice un helado escepticismo: cantos llenos de una tierna resignacion, ecos sublimes de una inspiracion grandiosa, fruto inestimable de un profundo sentimiento, si se muestran dignos hermanos, en cuanto al valor literario, de los *Ecos Nacionales* y las *Veladas poéticas*, superando á tantas otras composiciones

(1) Elegía I.

que con el mismo título y fama convencional nos hacen aprender de memoria y nos pregonan por costumbre, ofrece, en otro concepto, á nuestra consideracion el ejemplar admirable del espíritu generoso, que en vano la adversidad trabaja y pugnan por envenenar dolorosas conmociones. Leccion elocuentísima, modelo sorprendente que, uniendo íntimamente al poeta con el hombre, revela la verdad de la inspiracion en aquél y la magnanimidad del carácter en éste: ocasion, al par, de severas enseñanzas para los que traficando, necia ó malignamente, con la poesia, hacen de ella un instrumento para cantar sentimientos fingidos ó adular y servir bastardas ambiciones.

Bien es verdad que el mismo autor de las *Elegías* proclamaba esta armonía de las obras del hombre como poeta con sus acciones como individuo, predicando en sencillas frases (1) «la conveniencia de que el poeta, si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen ejemplo, así en su conducta privada como en su conducta pública,» añadiendo que, «el pueblo no puede amar al logrero que le habla de caridad» ni «al que hace alarde de virtud viviendo encenagado en el desórden.» Palabras de profundo sentido y gratas de escuchar en una época donde la depravacion natural de siempre se halla favorecida por cierta hipocresía de moda y por el indulgente sensualismo de los adoradores de la forma, que en todo buscan exclusivamente las apariencias.

Y no es solo en estas líneas donde el discreto vate une á la eficacia de sus ejemplos la exposicion de máximas acertadas, estableciendo sobre firmísimas bases la naturaleza de la poesia. «La poesia en su esencia, dice elocuentemente (2), no es una vana forma, una combinacion ingeniosa de palabras, hecha con arreglo á los preceptos escritos ó segun el capricho del artista; sino la expresion mas alta, el lenguaje mas sublime del alma, la revelacion sencilla ó simbólica de la verdad, por medio de la voz armoniosa del genio.» Y en otro lugar afirma que la poesia «no es hoy un anacronismo» porque el sentimiento de lo bello «tiene condiciones de perpetuidad,» verdad insigne que expresa tambien admirablemente en estos versos:

¡Carlos! Habrá Pasion, jamás Calvario  
para la dulce y santa poesia;  
siempre el hombre será su tributario.

Cisne de amor, el cielo nos la envía;  
cuando ni un corazon lata en el suelo,  
al patrio nido remontando el vuelo  
gemirá su postrera melodía. (3)

(1) *Ecos Nacionales*, t. II, prólogo.

(2) Lugar citado.

(3) *Veladas poéticas*: Sátira en vindicacion de la Poesía.

«Desgraciada la nacion, dice (1), que, á ser posible, existiese careciendo completamente de sentimiento poético; ella sí que sería un monstruoso anacronismo sin ejemplo. Ni aun en los últimos periodos de las civilizaciones antiguas mas florecientes, cuando ya la anarquía y la gangrena destrozaban el cuerpo social, faltaron hombres de corazon y de fe que con su voz, eco de la de gran parte de sus conciudadanos, dulcificasen los dolores de la patria moribunda.» Siempre elevado, asienta su doctrina con razonamientos de incuestionable superioridad respecto del mayor número de nuestros críticos, que, con deplorable escasez de antecedentes literarios y pudiendo raras veces confirmar sus teorías con la autoridad del propio ejemplo, se aventuran en alas del *sentido comun*, cuando no de las pasiones mas odiosas, á establecer principios imaginarios, que el viento se lleva, sobre cuestiones de mero detalle, ó desorientan y extravían la opinion en fuerza de locas alabanzas y rencorosas emulaciones. Tan acertado se muestra al decir que «el poeta debe ser siempre contemporáneo, esto es, cantar su época, como cantaron la suya los líricos, épicos y dramáticos que constituyen la dinastía inmortal de los grandes genios,» como cuando enérgicamente exclama: (2) «Los versos pastorales, el idilio, la égloga, son cantos que van á perderse entre el rumor del movimiento actual,» y cuando añade que no pueden satisfacerse todas las necesidades de la presente época «con romances á las flores y con madrigales á unos ojos.»

Semejantes consideraciones, enteramente admisibles en sanos principios de filosofía de lo bello, muestran una concepcion profunda de la dignidad de la poesía, que penetra todas las obras del cantor de *La Patria*; una genial intuicion de los altos destinos del arte, testimonio veraz del recto sentido y clarísima inteligencia de un pensador reflexivo que no enerva el yugo de desautorizadas teorías literarias. ¿Qué significan, por otra parte, la oportunidad y evidencia de esas observaciones? Error frecuente es el de suponer que pueda la viveza de la fantasía, el vigor de la imaginacion dañar en el artista á la exactitud del pensamiento y aun destruir en su espíritu todo principio de rigurosas convicciones científicas; mas si el estudio sintético de la natural armonía y correspondencia entre las facultades humanas (principalmente relacionadas en los grandes ingenios, que de otra suerte vendrían á ser monstruosas deformidades, cuyos miembros orgánicos no se desarrollaran sino á expensas unos de otros), no nos persuadiera de lo contrario, la historia que en su narracion de lo que ha sido entraña verdades aplicables á lo que ha de ser, viene á desmentir con la experiencia lo mismo que niega el raciocinio, combatiendo tan vano aserto, hijo desdichado de ciegas y funestas preocupaciones. El Mahabarata y la Iliada, Dante y Shakspeare, Calderon y Cervantes,

(1) Lug. cit.

(2) *Ecos Nacionales*; t. I, prólogo.

Quevedo y Goethe nos enseñan que si en el hombre frívolo menos propenso á la meditacion y á la ciencia hay siempre un elemento de investigación racional, esencialmente adherido á la espiritualidad de su ser, con mayor razon ha de existir en el poeta, cuya interioridad se desenvuelve con un valor superior á la del vulgo, y cuya personalidad, característicamente determinada, abraza en una forma real el mundo sensible y el de lo infinito, Dios y la naturaleza, el tiempo y la eternidad; categoría de inabarcable comprension con que mide todo lo grande que se ha efectuado en la esfera de lo positivo y todo lo grande que él es capaz de efectuar en la del arte; interpretacion sublime de la realidad espiritualizada, que responde á la concepcion íntima, alimentada por la fantasía, de un mundo ideal, coloso tallado por el pensamiento en la dura roca de la materia.

Solo á las gentes que en aras de ajenos errores sacrifican su libertad de opinion, renunciando voluntariamente á la posesion de la verdad, podrán ocurrirse dudas sobre cuanto afirmamos. Ni dará mayores pruebas de discrecion el que caprichosamente confunda al verdadero poeta que se eleva intuitivamente á las verdades fundamentales, descubiertas de otra manera por la especulacion reflexiva y, desentrañando la esencia de las cosas, la revela en toda su plenitud posible, mediante aquella contemplacion que representaba á Goethe la humilde tienda de Dresde como un cuadro de Van Ostade, con el falso verificador que á impulsos de soberbias pretensiones eruditas y de la preocupacion mas lastimosa, produce composiciones indigestas, concebidas bajo la mira exclusiva de un fin didáctico, que se traduce en el proceso de la obra por inoportunas sentencias, áridas moralidades, ridículos análisis psicológicos y, sobre todo, por una insuficiencia absoluta para satisfacer al sentimiento, con lo bello puro de mezclas extrañas, ni á la inteligencia, que echa de menos la forma sistemática y doctrinal que la exposicion científica requiere. Defecto que tanto se deja hoy ver en ciertas poesías, principalmente líricas y dramáticas, servilmente subyugadas al oficio de decir en verso lo que el autor no ha podido menos de pensar en prosa. Procedimiento frío y anti-estético, que modela todas las formas de la poesía sobre sus mas secundarias manifestaciones — el poema didáctico y la fábula —, y donde se desconoce que, siendo el fin del arte la idealizacion de lo real por la representacion de su esencia purificada de los elementos accidentales, que la desordenan, toda vez que el mal como el error no son sino accidentes perturbadores, ajenos á la sustancia y virtualidad de los seres, cuando esta se reproduce en su mayor elevacion el error y el mal habrán desaparecido necesariamente, sin que el artista haya tenido que ocuparse de ellos en tal concepto.

Gloria es del señor Aguilera haber salvado semejante escollo, consagrando su elevada inspiracion á asuntos que tanto se prestan á esos extravíos. Ni en los varoniles acentos que arranca de su lira un enérgico patriotismo, en los magníficos cantos de *El Dos de Mayo* y *Ron-*

cesvalles, *El veterano* y *El tributo de sangre*, *La vuelta del voluntario* y *El proscrito*; ni en las divinas armonías que nos conmueven hondamente de *La limosna* y *El abuelo*, de *El hogar paterno* y *La prostitucion*, se vé otra cosa que el gran poeta, ajeno de ampulosas declamaciones y prosáicas moralejas, á la brillante fantasía que alientan

Dios, libertad, amor y patria santos (1),

y que funde en la belleza mas límpida la verdad y el bien, como se funden, en su mas alta y perfecta realidad, en Dios, inimitable modelo por cuya semejanza se determina la limitada grandeza de todos los demás seres.

Nuevos laureles añaden las *Elegías* á la corona del modesto vate: laureles tejidos con espinas y entrelazados de ciprés. Diálogo sombrío con la muerte, se llama á este libro en el prólogo que le antecede, cuyas voces «son extrañas, como que se dirigen á otro mundo, y las responden bocas que no tienen lengua, y que él (el poeta) dice en su poesía misteriosa ser las voces de los niños que llaman desde los abismos del cielo á su nueva compañera. Son sus versos como esos sonidos que se perciben en las soledades y que no se sabe de donde vienen, si de la garganta de un pájaro ó de la corriente de un manantial ó del movimiento de los árboles al volar un vienteccillo. Lo que hay en ellos que hace estremecer, no son sus ecos agudos, sino sus rumores vagos. Cuando un poeta de alma enérgica como éste exhala su dolor en altos gritos, no nos maravilla porque, conociendo el temple de su musa, aguardábamos la explosión de sus ardientes quejas. Pero su débil gemido, sabiendo ya la extensión de su padecer, os aseguro que me espanta, porque recuerdo que así se duele el moribundo cuando no tiene ya fuerzas para sufrir mas.»

Así caracteriza la distinguida autora del prólogo (2) la última obra del señor Aguilera, y á la verdad que tiene razon en sus palabras. Hay en las *Elegías*, sin embargo, un sentimiento de profunda resignación cristiana que templá la amargura del acerbo dolor que respiran; una exquisita delicadeza que les presta cierta grandeza melancólica y halla en nosotros una respetuosa simpatía, bien diferente, á la verdad, de la piedad desdeñosa que nos produce la desesperación sentimental y soberbia de tantos artificiales imitadores de colosales aberraciones, hijas de un sentido moral funestamente depravado. Lo que distingue al señor Aguilera como hombre, es lo mismo que constituye su gloria como poeta: la verdad, la naturalidad, el sentimiento, lo elocuente de la fantasía, lo sano del corazón. Apasionado de todo lo grande, severo, aunque noble censor de todo lo mezquino, idólatra

(1) *Ecos Nacionales*, t. II, Culto del alma.

(2) La señora doña Carolina Coronado.

entusiasta del bien, así nos infunde su fervorosa piedad, como nos comunica su vehemente amor por la libertad y la dignidad humana: lo mismo nos conmueve evocando las queridas memorias nacionales, que nos encanta con las benditas emociones de la familia, y todo lo expresa con igual calor, porque todo lo cree y todo lo siente.

No faltan precedentes á las *Elegías* en la literatura castellana. La naturalidad y sencillez en la expresión, la melancolía característica de este género (y que, digan lo que quieran ciertos críticos, es una de las cualidades que mas resaltan en nuestra literatura), se encuentran en infinitas poesías de nuestros mas justamente célebres escritores, aunque, por lo general, no llevan este título, prodigado en cambio á composiciones de muy distinta significación é inferior calidad. Bajo este sentido pueden considerarse como verdaderos poetas elegiacos á Jorge Manrique y Rioja, al Mtro. Leon y Lope de Vega, á Calderon, Alarcon y tantos otros. Elegiacas son las *Quevellas* del Rey Sabio, buena parte de las obras del Marqués de Santillana y Juan de Mena, en quienes tanto influyó la melancólica literatura italiana, y desde aquellos remotos tiempos hasta época mas reciente, así en los mas ilustres vates como en tantos preciosos cantares de la musa anónima del pueblo, la literatura que engendró al elegiaco autor del *Quijote*, no ha cesado de registrar en sus anales verdaderas elegías, llenas de inspiración y sentimiento. Pero si la última creación del señor Ruiz Aguilera aparece como un producto eminentemente nacional é histórico del espíritu español, la originalidad y frescura que respira basta á imprimirle un sello de novedad que no permite confundirla con otras concepciones anteriores de índole semejante.

Ridiculizadas y prostituidas por la crítica de mala ley las palabras, en otro tiempo consagradas al elogio de las grandes obras, arrojadas hoy como una lluvia teatral de flores y oropel sobre tantas nulidades pomposas como encumbran la venal adulación y la servil amistad, y sofoca el incienso de sus propias lisonjas, poco pueden satisfacer á la generalidad del público las merecidas alabanzas que obtienen libros como el que nos ocupa, rara excepción en el diluvio de libros que incessantemente vomitan las prensas, y fatigan la atención con pretencioso clamoreo.

Basta, no obstante, leer las *Elegías* para comprender su importancia y apreciar su significación: nadie, que haya fijado un solo instante en ellas su pensamiento, dejará de juzgarlas, como obra de un poeta: uno mas, dirán muchas gentes: uno casi solo, decimos nosotros.

Porque no es el señor Ruiz Aguilera un audaz copleo de los que haciendo frívolos versos por oficio y al acaso, concluyen por obtener del público que les conceda cierta fama, en fuerza de estar oyendo sus nombres todos los dias, y suelen terminar su vida en el codiciado sillón de alguna Academia: glorias descoloridas, que nadie sabe cómo se han formado, rosas de un dia, sin frescura y sin aromas; sino una



de esas pocas individualidades, nunca de sobra y hoy tan escasas, que, conservando puras sus almas de móviles indignos y libres de opresoras trabas, dejan volar su fantasía por elevados espacios inconmensurables, donde no llega el eco de bastardas pasiones.

Triste es, sin embargo, confesar, que, según frecuentemente acontece, apenas ha encontrado el noble vate en el modesto nombre de que goza una débil compensación de sus merecimientos: sus libros, jamás precedidos de ruidoso estrépito, se acogen por muchos con la natural indiferencia con que generalmente recibe el público lo que se somete á su consideración sin haberle ponderado de antemano sus excelencias; pero una vez abiertos, son leídos con afán por todos, y la primera voz que se deja oír en su abono levanta un clamor universal de aprobación, mas tarde helado por la común timidez y culpable indiferencia. De todos modos, ni será perdido el trabajo de unos pocos campeones de la verdadera poesía en el desquiciamiento general de la literatura, ni hasta que llegue el día de la justicia—rara vez en el mundo—deja de tener en tanto su valor la satisfacción de un corazón recto, jamás envilecido ante falsos altares.

Amarga la injusticia á todas las almas bien nacidas; solo á las débiles y mezquinas envenena. Mientras ignorantes jueces, soberbios dispensadores de fama y nombradía, cuya memoria durará tanto como sus sentencias, profanan las letras y las separan de los pueblos, manteniéndolas artificiosamente en una atmósfera ficticia, la inexorable conciencia, anticipándose al juicio imparcial de la historia, se encarga del premio y del castigo, sin que puedan evitar su severidad torpes ardides.

Prima est haec ultio, quod se  
iudice nemo nocens absolvitur (1).

El fallo de los contemporáneos suele ser apasionado; el de los Mecenas y corporaciones que protegen fastuosamente las letras rara vez deja de serlo; y si la posteridad ha hundido en el polvo tantos ídolos que la opinión, obcecada por sentimientos de actualidad, levantó un día, mayor escándalo ocasiona esta obcecación en aquellas personas ilustres, en aquellos cuerpos que, por razón de su significación especial, debieran reprimir, no alimentar los comunes extravíos; pero el laurel que se niega á Dante se concede á Baraballo, perdiendo así su valor y prostituida su importancia.

El señor Aguilera no es un poeta laureado por la Academia: ¿qué le importa, si ha de ser un poeta coronado por el mundo?

FRANCISCO GINER.

(1) Juvenal — Sátira XIII.

---

## ELEGÍAS.

---

I.

Madres, que teneis hijos  
En el sepulcro,  
Y el corazón cubierto  
De eterno luto;  
Yo tenderé mis alas,  
Y á consolaros  
Iré á vuestros hogares:  
*Yo soy el llanto.*

Yo soy eco de un alma  
Que se consume;  
Ave soy, compañera  
De los que sufren;  
Vuestros ayes me afligen,  
Y á consolaros  
Iré á vuestros hogares:  
*Yo soy el llanto.*

El corazón de un padre  
Préstame abrigo,  
Y en él tengo, entre espinas,  
Mi pobre nido;  
Mas ahora lo abandono,  
Y á consolaros  
Iré á vuestros hogares:  
*Yo soy el llanto.*

Llorad, que el llanto alivia;  
Llorad conmigo;  
Esta historia es la historia  
De vuestros hijos.  
¡ Dichosos los que lloran...!  
Porque han amado:  
Yo iré á vuestros hogares:  
*Yo soy el llanto.*

VII.

Su mirada tenia  
El pálido fulgor de las estrellas,  
Y pensar nos hacia  
En otros seres y regiones bellas  
Sobre los montes y el azul profundo;  
Que no era, no, mi Elisa de este mundo.

—  
Á la flor del granado  
Abierta al sol naciente que la toca,  
Y al clavel encarnado  
La púrpura eclipsaba de su boca;  
Y su voz, de mi pecho en lo profundo,  
Cual música sonaba de otro mundo.

—  
Con suaves resplandores  
El copioso cabello, mansamente,  
Como lluvia de flores  
Caia en sueltos rizos de su frente;  
Hubiera dado mi querer profundo  
Por un cabello suyo todo un mundo.

—  
Como arbolillo verde  
Con gracia y pompa á descollar empieza,  
Si al frio no se pierde,  
Ella en candor crecia y gentileza,  
Para prestar á mi dolor profundo  
Sombra fiel y tranquila en este mundo.

—  
¡Qué noble señorío!  
¡Qué majestad en su niñez lozana!  
¡Ay, fuiste, cielo mio,  
Como el primer albor de la mañana,  
Al que infeliz gemia en lo profundo  
De la tiniebla y soledad del mundo!

X.

Del campo lamentaban  
La soledad y muerte,  
Las desprendidas hojas  
Del árbol antes verde;  
Con ásperos silbidos  
El cierzo de diciembre,  
Con su graznar las aves,  
Con su callar las fuentes.  
Valles y sierras altas  
Cubriáanse de nieve,  
Y el día de nublados  
Que la tierra oscurecen.  
Mas ella aparecia,  
Y el aire, de repente,

Inflamábase todo  
En claridad alegre;  
Reverdecia el prado  
Bajo su planta breve;  
Y oíanse apacibles  
Melodías campestres,  
Bajando cariñosos  
Los árboles la frente,  
Cual si besar la suya  
Con las ramas quisiesen,  
Y esencias regalarla,  
Y coronar sus sienes.

XI.

Feliz así, y contento,  
Mi voz en otros días solté al viento:

«Hasta mi puerta llega  
Del mundo loco la ambicion impía;  
Mas no vence, ni ciega  
Con su engañoso halago el alma mia,  
Y pasa como nube de verano  
Que se deshace en viento y ruido vano.

—  
«¡Atrás, soberbia ruda!  
¡Atrás, envidia! y en tu flaco seno  
Ceba la garra aguda  
Que, en hiel teñida, ensangrentó el ajeno;  
¡Huye, duda cobarde! ¡Rencor... pasa!  
¡No quiere tales huéspedes mi casa!

—  
«Pobre soy como el ave  
Que en estéril peñon cuelga su nido;  
Mas nunca al peso grave  
Del hado adverso gemiré abatido,  
Pues sabio el cielo, al par de mi pobreza,  
Dióme, para sufrirla, fortaleza.

«Ay, triste! ¡Ay, sin ventura  
Del que intenta domar la suerte esquivá!  
Que ni la noche oscura,  
Ni la llama del sol fecunda y viva,  
Le traerán el contento regalado  
Que al hombre ni envidioso, ni envidiado.

«Del ocio el torpe sueño  
El estenuado sibarita duerma,  
Ó frunza el torvo ceño  
Y maldiga el trabajo su alma enferma;  
Ignora que no hay pan mas excelente  
Que el que riega el sudor de nuestra frente.

«¡Gloria al trabajo! ¡Hosanna!  
Él es la cruz que al término distante  
Lleva la raza humana;  
De culpa antigua, expiacion gigante;  
Óleo que, en sucesivas redenciones,  
La cabeza unguirá de las naciones.

«Si alguna vez desmayo,  
Recibo nuevo aliento á tu sonrisa,  
De tus ojos al rayo,  
Á un solo beso de tu boca, Elisa;  
Cual mustia planta que bebió el rocío  
En las noches serenas del estío.

«Ó viéndote colgada  
Del casto pecho de la madre hermosa,  
Como en nieve no hollada  
Encendido clavel ó tierna rosa;  
Balbuceando palabras de consuelo  
Que á los niños, no mas, enseña el cielo.

«Á veces, con voz lenta,  
El abuelo tambien, que tanto amamos,  
Viejas historias cuenta,  
Que todos, como niños, escuchamos;

Y en ellas la familia el bien aprende,  
Y sus tareas cada cual suspende.

«Patriarca venerable,  
La limpia mesa trémulo bendice,  
Cuando del saludable  
Frugal sustento la excelencia dice;  
Y á Dios con él, que en la oracion nos guía,  
Le pedimos el pan de cada día.

«Así nuestro camino  
Hacemos por el valle de dolores  
Al sepulcro vecino,  
Donde duermen en paz nuestros mayores:  
¡Gran Dios, misericordia en tus enojos!  
¡Señor... no apartes de mi hogar tus ojos!»

1887 (1).

XIV.

¡Silencio!... ¡Oísteis?...  
Suena en la estancia  
Un rumor tenue,  
Cual si dos alas  
Un invisible  
Ser desplegara,  
Á las acordes  
Voces lejanas,  
Muy lejanas,  
Muy lejanas,  
Mas que la luna,  
Mucho mas altas,  
Nunca oidas,  
Ni soñadas,  
Así como ecos  
De liras y arpas,  
Con que otros niños  
La llaman de los cielos  
En los abismos.

XV.

Ya se la llevan  
En mansa nube,  
Y asciende suave  
Como un perfume  
Por esos diáfanos  
Aires azules,  
Á la gloriosa  
Y excelsa cumbre  
Donde millares  
De estrellas lucen.  
Va dormidita  
Al vaiven dulce  
Con que la mecen  
Los dos querubos,  
Cual ella hermosos,  
Que la conducen  
Tan pura y blanca  
Que lo es menos la nieve  
De las montañas.

(1) Esta magnífica poesía se halla tambien inserta con el título de *Cuadro de familia* en las *Veladas poéticas de D. Ventura Ruiz Aguilera*: Madrid, 1860.

XVII.

Yo, de honda pena herido,  
Cerré sus ojos bellos; yo su boca,  
De amores casto nido;  
Y la bendije... y la lloré... ¡Ay! de roca  
Dura es mi corazón, cuando en el pecho  
Ya, de tanto sufrir, no se ha deshecho.

Quedó mi dulce Elisa  
Como ángel que reposa en sueño blando;  
Inefable sonrisa  
Iba su rostro virginal bañando,  
Y su apacible frente inmaculada  
Vi de luz de los cielos coronada.

Entrambas manos yertas  
Cruzadas en el pecho las tenía;  
Teníalas abiertas  
Sobre una santa imagen de María,  
A quien antes llamó, con fiel memoria,  
De su sereno tránsito á la gloria.

¡Oh noble criatura!  
¡Oh de belleza y humildad modelo!  
¡Oh palomita pura!  
Cuando rompiste de la carne el velo,  
Gimieron mis entrañas, muda al verte,  
Y por primera vez gimió la muerte.

¡Oh, madres, que en los brazos  
Arrullais, con cantar que al alma llega,  
Desprendidos pedazos  
De vuestro ser, y con ternura ciega!  
Decidme ¿habrá en el mundo mas rigores?  
¿No es el mio el dolor de los dolores?...

XVIII.

Ya no hay en mi casa  
Ya no hay alegría,  
El silencio solo  
Y el dolor la habitan.  
Cuanto en ella veo  
Mi tormento aviva,  
Porque me recuerda  
Que mi gloria es ida.

¡Ay! por ella siempre  
Creo que suspira  
Todo lo que un tiempo  
Era su delicia.  
Si un paso se escucha,  
Si de una cortina  
El aire temblando  
Los pliegues agita,

Sueño que ella viene  
Lenta y compasiva;  
Siéntase á mi lado  
Con melancolia,  
Y son las palabras  
De su sombra amiga  
Como vibraciones  
De celeste lira.

La ilusión se borra,  
Y luego, intranquilas,  
Otra vez sollozos  
Sin consuelo, envían  
Al turbado viento  
Dos almas heridas:  
¡Ya no hay en mi casa,  
Ya no hay alegría!

¡Pobre compañero!  
¿Buscas las caricias  
De la blanca mano  
Que alegre lamias?  
No, ya no te peina,  
Ni tus lanas riza,  
Y andas como loco  
Desde el negro día,  
Arriba y abajo,  
Abajo y arriba,  
A rastras la cola,  
Turbada la vista.  
Si á la puerta llaman,  
Ni corres, ni brincas,  
Y con sordo aullido  
Tu dolor publicas,  
Porque ya no la oyes  
Como antes solias,  
Y cuando mis ojos  
A *Blancaflor* miran,  
Que á su cariñosa  
Voz se sonreía,  
Recibiendo de ella  
Movimiento y vida,  
*Blancaflor* ¡qué triste!  
¡triste *Rosalinda*!

Sus ojos de piedra  
En los míos fijan,  
Y se abren sus labios,  
Y crueles me gritan:  
—«¡Ya no hay en tu casa,  
Ya no hay alegría!»

Con el sol de mayo  
Y sus auras tibias,  
De verdor se cubren  
Prados y colinas;  
La ciudad revive,  
Los bosques suspiran,  
Despiertan las chozas,  
Los nidos palpitan.  
Por aquí formaba  
Con malvas y espigas,  
Ramos de amapolas  
Y de campanillas.  
Los revueltos giros  
De agua cristalina,  
Ó una mariposa  
Por allá seguía.  
Esta acacia fresca  
Sombra dió á mi Elisa,  
Música esa fuente  
Con las avecillas.  
¿Cómo estas memorias  
De mis muertas dichas,  
Al nublar mis ojos  
Nublan la paz mía!  
Lirios y jazmines  
Son para mí ortigas,  
Y es el alba noche,  
Y la rosa espinas,  
Y la voz del ave  
Canto de agonía.  
Torno á casa, y crece,  
Crece mi fatiga:  
¡Ya no hay en mi casa,  
Ya no hay alegría!

XIX.

Al venir la mañana,  
La parda alondra  
Le dice desde un sauce  
Tan tristes cosas!

Los ruiseñores,  
Al rayo trémulo  
De la luna, la llaman  
Flor de los cielos!

XX.

¡Hija, hermanos, padres, todo  
Pasó lo que mas yo amaba,  
Como hojas mustias que el viento  
Indiferente arrebató!

Menos piadosa conmigo,  
La muerte su ira descarga  
Al suplicio de la vida  
Atándome en cuerpo y alma.

En estos cansados años,  
En esta vejez temprana  
¡Qué árbol ya me dará sombra,  
Si la de Elisa me falta?  
¡Elisa! ¡Tesoro mio!  
¿Quién vendrá á mi tumba helada  
A deshojar unas flores,  
A decir una plegaria?

XXIV.

—«¡Cómo tardan estos lirios,  
Cómo tardan en dar flor!»  
Me decía muchas veces,  
Al regar los del balcon.

—«Cuando se abran, serán tuyos»  
Contestábale mi voz;  
Y esperando el ángel mio,  
Esperando se murió.

Vino mayo ¡ay, no viniera!  
Y los lirios del balcon  
Su corola azul abrieron  
A los céfiros y al sol.

Y las lágrimas brillaban  
Que sobre ellos vertí yo,  
Al dejarlos en la tumba  
Donde tengo el corazon.

XXVII.

Quando á su tumba me acerco,  
De dolor mi alma se rompe;  
Mas los gritos que dá el alma  
Nadie en la tierra los oye.

Solo sus yertas cenizas  
Se agitan, mi voz conocen,  
Y de la tumba en el fondo  
Con un gemido responden.

XXX.

Los rios no llevan agua,  
El sol las fuentes secó;  
¡Yo sé donde hay una fuente  
Que no ha de secar el sol!

La fuente que no se agota  
Es mi propio corazon,  
En lágrimas derretido,  
En lágrimas de dolor.

XXXIV.

Capullo de rosa blanca  
De su alma fué la inocencia;  
Su boca el candor tenia

De la pálida azucena,  
Y eran humildes sus ojos  
Como azuladas violetas.

Un jardinito hacer quiero,  
Para que entre flores duerma  
A los rayos de la luna  
Aquella adorada prenda,  
Y amorosas aves canten  
Su gloria, y lloren mi pena.

Y quiero con estas manos  
De abrojos limpiar la tierra,

Y con mi llanto regarla,  
Si llanto á mi alma le queda.

Y en la estacion de las flores  
Vereis, vereis brotar frescas,  
De su frente, y boca, y ojos,  
Como elocuentes emblemas,  
Violetas y rosas blancas,  
Y pálidas azucenas.

XXXVI.

Debajo de mis balcones  
Parábase el saboyano;  
Ella, la música oyendo,  
Danzaba al sonido mágico,  
Y yo de gozo temblaba  
Como la hoja en el árbol.

No mires á mis balcones;  
¿Por qué miras, saboyano,  
Si ya no ha de salir ella  
A este balcon solitario,  
Para echarte la limosna  
Benedicida por su labio?...

Debajo de mis balcones  
Hoy se paró el saboyano;  
Levantar le vi los ojos  
Una, dos, tres veces, cuatro....  
¡Y una, dos, tres, cuatro veces  
Sin esperanza bajarlos!

No mires á estos balcones,  
Y si vuelves, saboyano,  
La voz del órgano apaga,  
Y pase, por Dios, callando,  
Pues yo no sé lo que tiene  
¡Ay! que no puedo escucharlo.

XXXVIII.

Al verme de niño  
Camino del mundo,  
Llorosa, una noche  
De viento sañudo  
Que santos consejos  
Me dió el labio suyo,  
Besóme mi madre....  
¡Su beso fué el último!  
Sin paz desde entonces,  
Ni tregua, yo lucho,  
Sabiendo que todas  
Las glorias son humo,  
Pedazos del alma  
Dejando en tributo  
A sirtes y escollos  
Del mar iracundo.  
¡Ay, madre, si vieses  
Al idolo tuyo...!

¡Oh, cuánto lloraras,  
Sabiendo que sufro..!  
Mansion deliciosa  
La tierra fué á muchos;  
Espinas para otros,  
Jamás flores tuvo.  
Mis piés solo pisan  
Abrojos agudos,  
Dejando de sangre  
Tras ellos un surco.  
Yo he visto malvados  
Pasar en triunfo,  
Y nunca á los buenos  
Los ojos enjutos.  
Yo al mártir he visto  
Yacer moribundo,  
Y he visto coronas  
Ceñir al verdugo.

Y vi de azucenas  
Doblándose mustios,  
Al soplo del vicio,  
Tempranos capullos.

Y vi criaturas  
Uncidas al yugo  
De eterno trabajo,  
Y eterno infortunio.

Y el grito apagaban  
Las voces del vulgo,  
El grito profético  
Del vate desnudo,  
Que el arpa cubria  
Con velo de luto.

¡Ay! ¿Qué hubiera sido  
De aquel ángel puro,  
Viviendo en un valle  
Que solo dá frutos  
De mal, y miserias,  
Y llanto fecundo...?

¡Señor, tú conoces  
Los tiempos futuros!  
¡Señor, tú eres sabio!  
¡Señor, tú eres justo!  
¡Bendito mil veces!  
¡De tí ya no dudo,  
Ni tu providencia  
Benéfica acuso!

—  
Las lejanas cimas  
De los montes rudos  
Cubre el misterioso  
Velo del crepúsculo,  
Y en la bruma esconden  
Su perfil oscuro.

Muere el sol tras ellas,  
Entre mil confusos  
Rumores campestres  
Y vagos murmullos.

La oracion sublime  
De la tarde escucho,  
Que las torres cantan  
Con clamor augusto.

¡Aquí el cementerio...!  
¡Allá, el mar... el mundo!  
La corte es aquella,  
Cenagal impuro,  
Que me está llamando  
Con voz de tumulto:  
De los que vivieron  
Este el lugar último,  
Silencioso asilo,  
Sagrado refugio.

Sauces y cipreses,  
Y pájaros, juntos,  
Que música y sombra  
Dan á los sepulcros,  
No sé qué murmuran  
Con trinos y arrullos  
En esta hora triste,  
Que en mi alma me turbo,  
Y morir me quiero,  
Y ver mi amor único,  
La que por la tierra  
Loco llamo y busco,  
Aunque sé que habita  
Puerto mas seguro.

¡Fiel amiga, oh luna,  
Dulce astro nocturno,  
Cuya luz piadosa  
Besa el mármol duro,  
Del cielo trayendo  
Mensajes y anuncios,  
Que al mármol arrancan  
suspiros profundos...!  
¡Adios, y no olvides,  
No olvides el suyo...  
Que yo al mar me vuelvo,  
Que yo vuelvo al mundo!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

El Secretario de la Redaccion,  
T. DE ROJAS.

El Editor responsable, José Martínez Elizalde.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

## RECEPCIONES

EN LA

## ACADEMIA ESPAÑOLA. (1)

### II.

La anarquía intelectual nos invade: la demagogia de la ignorancia quiere empuñar el cetro de la literatura. Su sed niveladora no tolera ningun estudio ni perdona ninguna idea levantada; en los menguados tiempos que alcanza nuestra critica, no hay remedio, es preciso ahogar toda aspiracion mejor ú optar entre los destinos de campeon y mártir. Saludemos la presentacion de un paladin de los buenos principios en el palenque cerrado de la Academia Española: las formas brillantes de sus arreos, la gallardía de su apostura, el desusado alcance de sus armas, deben aparejarle un feliz éxito. La señora de sus pensamientos no es una dama vulgar; doncella de celestial semblante, se ofrece raramente en el camino de los justadores comunes, y el que la ha mirado una vez, la recuerda con admiracion, lleno siempre el agradecido ánimo de su pura y hermosa idea.

Siendo el lenguaje el vehiculo del pensamiento, el cauce destinado á encerrar la corriente móvil de las nociones, como misterioso puente que une las inteligencias ó apacible campo en que se saludan los espíritus, satisfaciendo ante todo necesidades del entendimiento

(1) Véase el número anterior.

humano, al cual rinde continuo homenaje como á la razon de su existencia, sus formas convenientes deben ser las mas adecuadas á los usos intelectuales, los únicos propios á dar la medida de su perfectibilidad. Para trabajar en la mejora y depuracion del idioma se necesita, por tanto, formarse una idea correspondiente á sus altos fines, tener un ideal del lenguaje y apreciar debidamente su importancia. Los lenguajes se han formado con el uso, voluntad racional é ilustrada de los grandes maestros regida por conciencia y Metafísica, ó por la necesidad, condicion metafísicamente determinable: no pueden limpiarse ni fijarse sino por la crítica reflexiva fundada en deducción de ideas, conscia y racional; las palabras se aplican solamente á seres metafísicos, ni expresan los objetos sino en cuanto percepciones y conocimientos del hombre: la Metafísica es un mar de que toman sus aguas así las leyes que rigen inconsciamente los idiomas como las racionales deductivas, y á donde vuelven á depositarse, no sin haber vivificado y despertado muchas inteligencias con el brillante fuego de sus luminosas apariciones.

El acarreo de piedras no forma al minerólogo, ni la verbosidad al literato: no se educa el arquitecto levantando mármoles en los hombros; es el espíritu, un sol que dá vida á cuanto alumbra. Cerrar los ojos á sus leyes ó indicaciones, tanto vale como caminar entre tinieblas. En la Metafísica está toda la existencia intelectual: fuera de la Metafísica, la muerte. Por la Metafísica se imponen las ideas, en Metafísica se forman, metafísicamente se comunican; el valor de los hombres se mide por la trascendencia metafísica de sus convicciones y hasta los despreciadores de la metafísica, al asaltarle tiros, solo obedecen á la presión de un ideal metafísico que desconocen. En la atmósfera vulgar de las opiniones del sentido común, la Metafísica es un vaso, cuyo licor impide que se pierda en la sequedad de la vida material el dulce aliento del ánimo espiritual; en la inteligencia de los ilustrados, es un arroyo; en los filósofos, un río. Pretender extirpar la Metafísica con una disertación es intentar apaciguar la mar con un soplo; descubrir sus senos derramando agua.

Tal es el propósito de esos filosofistas que tan magistralmente ha

caracterizado el ilustre poeta D. Ramon de Campoamor en su genial discurso leído á su ingreso en la Academia Española.

Este escrito de variada forma y atrevida frase parece la bandera de una revolución, revolución deseada por todos los corazones generosos que se interesan en las glorias de la patria, revolución pacífica ó, si se quiere, conquista necesaria, verificada por fecundas ideas en un suelo que las rechazaba constantemente, savia nueva destinada á vigorizar el árbol de la cultura española para producir lozanos frutos.

Desde su institución, la Academia Española ha intentado *limpiar, fijar y dar esplendor* al lenguaje, á cuyo fin procedía hasta ahora empíricamente, sin partir de un cuerpo de doctrina, de principios filosóficos comunes, de teorías precisas; limpiaba sin saber porque limpiaba, fijaba y daba esplendor valiéndose del buen gusto, fórmula de lo mas vago y mas indeterminado cuando no se funda en alta razon filosófica. Estudiaba la lengua, este sagrado depósito de la historia de nuestras impresiones, de nuestra respetable experiencia nacional, esta perpetua asociada de nuestro genio, como un tipógrafo el mérito de un libro, por los accidentes exteriores, tomando solo cuenta de la hermosura de los caracteres ó el título de la obra.

La cultura del lenguaje necesita, por el contrario, condiciones sociales para brillar, atmósfera en que desenvolverse, espíritu que la sostenga; cuando este falta, vanos son los ensayos de toda terapéutica académica. Conservar el espíritu á la literatura es asegurar á la lengua largos años de existencia: desatender á ese espíritu es condenarla á la muerte. La poesía murió en Grecia y en Roma cuando, abandonando el sentimiento público, se convirtió en un mecanismo de voces de adúladora cortesanía en los palacios de los reyes y príncipes imperiales: la elocuencia sucumbió desde que el aliento de los oradores fué impotente para hacer aprobar los plebiscitos. Perdido el blanco de los ejercicios oratorios, las escuelas se empeñan vanamente en predicar el importantísimo cultivo de la palabra, convertido en un tejido *difficilium nugarum*, á propósito solo para servir de entretenimiento á los adolescentes, el arte que llenara las ocupaciones de Julio César y de Tulio.

Para constituir una literatura vigorosa se necesita un poderoso movimiento intelectual que la haga interesante y necesaria.

Nuestras letras, empero, desprovistas de este movimiento, vienen arrastrando una existencia desairada desde el siglo pasado, no pudiendo triunfar en la competencia con las de otros países. Que si las literaturas se han de aquilatar por el fondo que encierran, la comparacion de nuestros filósofos con los filósofos extranjeros en las últimas centurias, de nuestros hombres de ciencia con sus hombres de ciencia y aun de nuestros poetas con los suyos, revelará una inferioridad en la nuestra, que depende de la falta de cultivo de las facultades superiores del pensamiento. Escritores, que sin duda, se han propuesto concluir en España con la *fatal manía de pensar*, acaso porque juzgan que debe escribirse *á lo que salga*, tildan los estudios metafísicos de contrarios ó inferiores á la catalogacion de voces, sin comprender que aislar la lengua de la corriente de las ideas es secarla: divorciarla de los progresos científicos, convertirla en un instrumento inútil.

Existe, por el contrario, un gran interés en hacer la lengua científica, empresa en que se hallan enlazados el brillo de nuestro nombre, el comercio de nuestra patria y hasta una importancia política.

Hablado el castellano por pueblos de ámbos hemisferios, que representan una suma de mas de cuarenta millones de almas, cualquiera influencia que ejercen sobre aquellos las obras extranjeras escritas en francés ú otras lenguas, es una influencia artificial fundada en la traduccion ó aprendizaje del idioma, influencia que cabria principalmente á la madre España, desde el momento en que nuestras producciones literarias pudiesen competir en concurso con las del extranjero. En este punto, cada movimiento de repulsion en el idioma castellano contra las conquistas del siglo es un triunfo del francés y del inglés que, en su concepto de idiomas cultos, muestran que hay otras maneras de hablar sobre el reducido lenguaje de la mera poesía.

El idioma del pueblo español en nuestra época debe responder á todas las necesidades intelectuales del hombre del siglo XIX, siglo de reflexion que derrama su luz de justicia sobre toda la elabora-

cion del pasado, que aspira á acompañar en espíritu las obras de la creacion con el auxilio de la deduccion científica; siglo eminentemente filosófico, cuya mayor gloria es difundir la claridad donde existian las tinieblas y encender el fuego de la Metafísica, que es la llama del entendimiento. ¡Llor á la Metafísica, nuestra divina madre intelectual, segun la expresion elegante del académico filósofo, en cuyo seno se engendran ciertamente todos nuestros grandes pensamientos!

Pobre idea se forman de los lenguajes quienes los juzgan nacidos únicamente para vestir las composiciones de moda en épocas determinadas. Y, sin embargo, no falta quien censura agriamente que no se escriban tratados de Matemáticas en el lenguaje del cura y el barbero de la epopeya de Cervantes, ó tratados de Metafísica en la frase de Gil Polo ó de Fernando Herrera. Críticos miopes juzgan las obras por la corteza, las palabras, sin curarse de la distinta índole del asunto, llevando la impertinencia hasta el punto de hacer cargo á un filósofo porque no emplea en una simple enunciacion axiomática todas las galas de la mas insigne oratoria. Se ha echado en cara, por ejemplo, á un metafísico, que haya mencionado en una obra el fruto de una planta leguminosa que tiene figura oval, sin conocer que un libro de Metafísica no es mas poético ni elocuente que una obra de Química ó de Botánica, y olvidando, sin duda, que hasta el vulgo de Castilla rechaza en sus tradiciones y cuentos populares el amanerado culteranismo de los que ofrecen objetos, ni viles, ni deformes, ni repugnantes por naturaleza, como innominados ó indignos de ser mentados en su pedantesco lenguaje. Si la importancia del estudio de las Matemáticas para el Arte en la aplicacion arquitectónica no se niega por la lisura de estilo de los tratados didácticos en que se enseña, asiste la misma razon para que el estudio de la Metafísica no deje de ser interesante á los oradores, por mas que en algunas obras de Metafísica, así como en las mismas de Gramática, el estilo, por lo general, sea poco florido y esmerado. Ciceron, el mas grande de los oradores latinos, fué tambien su mejor metafísico y filósofo. Entre nosotros, los mejores modelos de elocuencia contemporánea se ofrecen en los pocos hombres que, como Valde-



gamas, Rios Rosas y Sanz del Rio (1), se han levantado al campo sublime de la idea, fuente perenne de la verdadera oratoria.

Por desgracia, el estilo elevado y profundo de los filósofos oradores no está siempre al alcance de todas las inteligencias. Guárdase de formular juicios sobre los escritos de Medicina el extraño á la ciencia de curar, sobre las de Botánica y Astronomía el simple erudito; mas en materia de Literatura y Filosofía todos emiten atrevidamente su dictámen, culpando frecuentemente al mas docto, cuyas ideas no se avienen con las preocupaciones de la ignorancia. Y sin embargo, en esta propension del espíritu cultivado á interesarse, mas que en otras cuestiones, en las filosóficas y literarias, radica el valor de los estudios metafísicos, cuya atmósfera parece la verdadera patria de los humanos, que se hallan desterrados ó como en cadenas en los reducidos confines de la experiencia material, sintiendo una invencible tendencia á remontarse á la region de las ideas.

El camino que señala el señor Campoamor á la Academia es ciertamente el mas seguro para limpiar, fijar y dar esplendor al lenguaje: su lema es un nuevo lábaro, el único que puede guiarla por la gloriosa senda del acierto.

He aquí la razon porque agrada manifestar nuestras simpatías hácia tan elevados principios, especialmente cuando el plan que nos hemos trazado nos lleva á no disimular defectos que reparables sean.

Así aparecen, en nuestro concepto, la aversion injustificada á las etimologías que tienen su valor metafísico, representando el tránsito é historia de las ideas: el menosprecio de la experiencia de los demás, que suple los defectos de nuestra limitacion: la clasificacion de palabras en palabras de sustancias, modos y relaciones, cuando en la concepcion filológica unas mismas dicciones pueden expresar estos diferentes conceptos, como acontece en el idioma chino. Mas

---

(1) El señor Sanz del Rio, en sus discursos académicos y en el *Ideal de la Humanidad*, ha contribuido poderosamente á fijar las formas del nuevo estilo oratorio, estilo caracterizado por condiciones de nervio y majestuosa grandilocuencia, que contrasta con las desmayadas frases de amanerados puristas.

estos lunares que hemos creído advertir, representan poco en la alta significacion del discreto discurso, mediante el cual se ha colocado felizmente el señor Campoamor en el corto número de aquellos que, segun advertimos en otro lugar, prestan á la Academia nueva savia que ayudará á galvanizarla, si es posible.

Parecia envolver un reto contra desacreditadas doctrinas, abrigadas en el seno de la Academia, la divisa franca del autor de las *Doloras*; ni era creible que principios, honrados con el general acatamiento en continuada costumbre, vinieran á tierra sin alguna especie de lucha: el clasicismo amanerado ha ofrecido tambien su paladin en aquella asamblea literaria, encargándose de defenderlo uno de los mas románticos de sus individuos, el señor marqués de Molins. Cuando el paganismo estaba herido de muerte ensayó en vano un escéptico devolverle su crédito y perdida gloria: las palabras del señor Roca de Togores, avaloradas con todas las flores del ingenio, no bastan á reparar la brecha abierta en el seno de aquellas doctrinas, de manera mejor que las arengas y amonestaciones de Juliano á los sacerdotes de Júpiter.

La contestacion dada al discurso del señor Campoamor por el marqués poeta, aunque velada con una cohorte de palabras de afecto y de perfumada cortesía, no aparece menos como un ensayo de impugnacion, casi punto por punto, á las doctrinas sentadas por el escritor de *El Personalismo*. Librenos Dios de criticar en aquella corporacion literaria, cuyo proverbial sosiego es motivo de censura para algunos displicentes, que de vez en cuando se levanten los ánimos de sus individuos á sostener una polémica con la templanza de maneras y elegantes formas que imparcialmente concedemos á la ofrecida en esta circunstancia. Porque nosotros no damos valor á la forzada comparacion que la malicia ignorante de algunos ha repetido, entre el estilo del señor Campoamor y el de los poetas cultos, toda vez que seria difícil al antiguo académico mostrar que el sentido poeta émulo de Francisco de la Torre, como él mismo le llama, junto su estilo con la frase cultamente académica que domina en las *Soledades*.

Mas si al señor Roca de Togores le agrada doblemente el señor Campoamor poeta que el señor Campoamor filósofo, por no sabemos qué achaque de preeminencia de los poemas en general sobre la Filosofía, flaqueza disculpable es en un poeta de profesion como habria que dispensar la análoga á los leones pintores.

El crítico de la Academia, á pesar de sus cumplidos á la Metafísica, no es filósofo; acaso tampoco quisiera serlo: la Metafísica, á su ver, lleva directamente al estilo conceptuoso y á la contemplacion mística, mientras la experiencia, con la cual se muestra ingrato el señor Campoamor, ofrece la verdad natural, que se descubre en la tierra como el diamante, cuando en la naturaleza una flor enseña á nuestro poeta la ternura del amor, la diferencia de las condiciones sociales, y la existencia divina: ¡oh poder del concepto poético! Ante la poesía del autor de *Doña María de Molina*, el hombre debe abdicar de su grandeza, de la generosa elaboracion del pensamiento, declararse discípulo de lo que le enseñe la materia, inferior á él, y que nada puede decirle sino lo que él lea segun su diferente grado de cultura. En vano ha dicho San Agustin: *Noli foras ire, redi in te ipsum, in interiore homine habitat veritas*; al hombre viene del exterior la verdad como á la estatua de Condillac los sonidos. No es en el hombre donde la imágen de Dios muestra su sello, ni aparece en la inteligencia su idea; el pensamiento y la verdad se encuentran, segun estas doctrinas, en las florecillas, que enseñan á todas horas y al aire libre lecciones mas profundas que los tratados de San Anselmo ó de Leibnitz.

La palabra *dolora*, si se fuese á juzgar por la escuela filosófica que llama suya el marqués de Molins, sobre ser palabra mal formada, porque el dolor no debe afeminarse, apenas se sospecha que signifique composicion literaria, sin la disculpa del uso, que ha supuesto palabras arbitrarias con entera libertad para designar el *soneto*, la *copla* y la *endecha*. ¿Dónde están los etimologistas, exclama el señor Roca de Togores, que me puedan explicar por qué se llamaron endechas las endechas, coplas las coplas y sonetos los sonetos?

Y sin embargo, la palabra *dolora* no está peor formada que es-

*critora*, *vencedora*, *señora*, etc., siendo un apelativo adjetivable que se refiere á composicion literaria. No se concibe mejor que un académico ignore la etimología de las voces *endecha*, *copla* y *soneto*, que se hallan en cualquier libro de literatura. Á poco trabajo que hubiera puesto el señor marqués de Molins, las habria encontrado en la lengua y literatura provenzales, que prestaron las primeras formas de metrificación artística á las literaturas neo-romanas. *Endecha*, (del provenzal *endec*, pena ó disgusto) designaba en aquella literatura una composicion triste, corta y cantable, sentido en que ha pasado á la poesía castellana; segun los conocidos versos que dicen:

Ya no canto, madre,  
Y si canto yo,  
Muy tristes *endechas*  
Mis canciones son.

La *copla* (del *coble* limosin y del latin *copulare*) denotaba una composicion aconsonantada en que se redondeaba la comparacion de las terminaciones de los versos ó se median de cuatro en cuatro como en la *cuaderna via*. Soneto era la combinacion mas repetida de *sones* ó consonantes, habiendo designado primeramente el estribillo de las canciones musicales y aun la música de las mismas.

La doctrina con que combate la nobilísima interpretacion hecha por el nuevo académico del valor correspondiente al autocratismo cesáreo y napoleónico es tambien mas especiosa que profunda. Napoleon, en su concepto, es como guerrero el civilizador del siglo, persona de mision santificada que simboliza el brazo de la Providencia. Volta, Vico, Daguerrre, Berzélius, Liebig, Humboldt, vosotros todos, genios ilustres que habeis consumido la existencia en servicio de vuestros semejantes, sin aspirar á la peligrosa gloria de ser odiados ó temidos: sois indignos de que la sociedad os considere como civilizadores. ¿Qué conquistas son esas que se obtienen arrancando á la natura-

leza sus secretos, á la historia sus fórmulas, al rayo su ímpetu formidable? La utilizacion de los metales, la facilidad de comunicaciones, la perpetuidad de la figura humana y hasta la multiplicacion de sustancias alimenticias, no os deben valer el título de brazos civilizadores de la Providencia, que solo quiere encarnarse en guerreros para caminar entre sangre y, como el inflexible dios de Jagrenat, no puede pasear sino entre millares de víctimas. Horrosa doctrina de fatalismo maquiavélico, únicamente admisible por una sencillez antifilosófica que no discierne su oposicion con el cristianismo. Afirmar que la guerra asiente la planta en la marcha colectiva del género humano hácia la civilizacion, al modo que en el particular viaje de la vida solo la fe nos guia infaliblemente: juntar los beneficios de la fe católica con los de la espada, es una falta de habilidad inconcebible, error patente que vulgares ejemplos disipan. Por ventura, ¿es Inglaterra el pueblo menos civilizado en este siglo, porque el suelo de sus islas no haya sido hollado de largo tiempo por la planta de conquistador extranjero? ¿La civilizacion de los Estados-Unidos ha nacido de la guerra? ¿Fué Roma, la conquistadora, mas civilizada que Grecia, la vencida? ¿Pues aquellas gallardas concepciones de Vinci y de Sanzio, de Fray Luis de Leon y de Rioja, fueron tambien al ruido de trompas guerreras inspiradas? ¿No ha dicho el cautivo del baño de Argel que las musas necesitan sosiego? La famosa paradoja, inspirada á un orador misántropo en un momento de despecho, ha sido dejada muy atrás por el marqués de Molins en esta nueva apología del sable.

Citaríamos otros errores dignos de reparo, si las condiciones de esta reseña no nos impusiesen el deber de abreviar una tarea que parece ya demasiado larga: baste por despedida manifestar nuestro sentimiento por el continuado anatema que parece aun sufrir el genio original español en el elogio de sus detractores. La alabanza del escritor galo-hispano Luzan, presuntuoso Eróstrato de la fama de Calderon, desde aquel sitio y en tan notables circunstancias, para ofrecer su ejemplo á los cultivadores de las letras, ensalzando la infeliz revolucion literaria que llevó á cabo, tiene una significacion dolorosísima en alto grado deplorable.

Así se autorizan las extraviadas tendencias poéticas: así se mata el interés de nuestro glorioso pasado, acostumbrando á nuestros jóvenes á nutrirse en detestables, peregrinos ó amanerados modelos, desde que un cuerpo aristocrático, que cree tener en sí la antorcha de la ciencia, enuncia errores *ex cathedra*, juzgando garantía suficiente su respetabilidad, en cuestiones donde solo valen la bondad de la doctrina y los trabajos que levantan la consideracion á los autorizados nombres.

X.

---

---

ALGUNAS CONSIDERACIONES  
SOBRE LA LITERATURA MODERNA.

---

(Continuacion).

No habia de librarse tampoco de la exageracion y el descrédito una novedad tan interesante como ocasionada al abuso, y esa independencia y ese valor de la personalidad se desnaturalizaron como los otros principios del romanticismo, desbordando, en sus dos direcciones, relativas á la obra y al autor, los límites en que el esquisito tacto de inmortales genios los habia contenido. Considerado en sí mismo, hemos dicho, el individuo puede exigir, sin duda, en nuestros tiempos un valor propio é intrínseco, que crecerá en razon del de su espíritu y de la importancia de las situaciones en que se muestre, no ya en virtud de relaciones extrañas que hoy miramos como mas accidentales. De aquí que logren interesarnos en el arte personas elegidas en todas las esferas sociales, mezcladas unas con otras, segun suele acontecer en la novela, y levantadas á cierta igualdad moral que se determina por su carácter respectivo: de aquí tambien que, en otro sentido, sea lícito al poeta, al escritor, usar aquellas licencias que, ensanchando el campo de la creacion artística, no contradicen las leyes generales del sentimiento de lo bello. Pero esta doble libertad, de que tan felizmente se aprovecharon los grandes maestros de la literatura moderna, degeneró bien pronto en desordenada anarquía, y en la pésima eleccion de asuntos, en las contraposiciones absurdas de las mas heterogéneas é inver-

símiles colisiones, no brillaron ya aquella personalidad y energia que tanto realzan las figuras de *García del Castañar* y el *Médico de su honra*, sino un falso y liviano oropel, una extremada pobreza en los caracteres, forzadamente robustecidos por contrastes exagerados, que no pocas veces explotó un miserable espíritu de antagonismo entre las clases sociales, fomentado mezquinamente por desdichadas sectas políticas. Los clásicos consideraban principalmente la significacion histórica de sus protagonistas que fundaban y destruian naciones, que personificaban cada uno una raza ó una civilizacion entera: los modernos sobreponian á todo la superioridad de la inteligencia, la energia de la voluntad, la elevacion del sentimiento; los individualistas volvieron en cierto modo al punto de vista clásico, extrañamente corrompido y, haciendo abstraccion con frecuencia del valor personal de un individuo, bastó que nada representase en el sentido general para atraer preferentemente su atencion. Así tomaron tantos el fondo de sus producciones, no ya de las clases inferiores de la sociedad, que pueden dar fundado motivo á creaciones bellas, sino de los mas abyectos círculos del vicio y la prostitucion, siendo comun hallar ventajosamente opuesta á una gran figura histórica la de un salteador de caminos, y cimentada la igualdad esthética, no en la igualdad del espíritu, sino en la mera desigualdad social. No pocos de los que obraban de esta manera creian, y en ello se apoyaban, que el secreto de la belleza, el *quid* del arte, consiste en la expresion, y esta lo mismo puede interesarnos con lo grande que con lo mezquino, con lo hermoso que con lo ridículo y deforme, siempre que todo lo represente con fidelidad y se acentúen vigorosamente sus rasgos. Sin duda el arte, semejante al fuego, purifica cuanto toca, idealizándolo y ofreciéndolo á nuestra contemplacion al través de un prisma que lo embellece y le presta sus colores; pero exige que el objeto en sí tenga condiciones, sin las cuales es falso promueva en nosotros la pura simpatía que debe procurar el artista y no un penoso sentimiento de repugnancia y despego, que excederá al que nos produce su misma realidad, creciendo al par de lo vivo de su representacion. De lo contrario viénese á negar la positividad de la belleza, que será simplemente una relacion va-

riable medida por la expresion, y se sacrifica el primero de sus elementos al culto de la forma deificada.

El humorismo, en sus manifestaciones inferiores y bastardas, el realismo y el individualismo, han sido, pues, los tres principales extravíos de la literatura moderna; mas si estas malhadadas interpretaciones de los principios románticos han manchado en los últimos tiempos la historia literaria de casi todos los pueblos europeos, el país donde han predominado, donde han alcanzado mas popularidad y brillante aceptacion, y desde donde se han propagado fuertemente ha sido Francia. Francia, «palenque abierto, como dice un docto escritor (1), á toda clase de exageraciones y vulgaridades:» Francia, pudiera añadirse, que ha tenido siempre un libro en blanco donde el primer advenedizo ha podido escribir sus delirios y una masa en todas las esferas sociales dispuesta á elevarlos á doctrina y, lo que es mucho peor, á encarnarlos en instituciones: allí fué donde, al calor de tantos elementos propios para aclimatarlas, arraigaron y se desarrollaron cumplidamente extravagancias semejantes, y tan pronto como lograron una atmósfera adecuada dieron frutos, bien amargos por cierto.

Tendencia es de la fantasía el mirar cariñosamente cuanto presenta caracteres de novedad y se aparta de la realidad monótona en que ve sucederse las horas: de este modo se engendra en el espíritu lo ideal que para los individuos, como para los pueblos, se opone casi siempre y contradice á lo real, viniendo á ser como un sueño dorado que les consuela de sus penalidades en la vida. Mas si esa ingénita aspiracion á lo raro y desconocido, que en su manifestacion vulgar sirve de fundamento á lo maravilloso y en su forma superior se satisface por el arte, es legitima en este, mientras que, sin traspasar su límite natural, despliega ante el alma extasiada un mundo donde cada accion encuentra su fin, cada necesidad su comple-

---

(1) El ilustrado y jóven profesor D. Francisco Fernandez Gonzalez (*Esthética, prólogo*, en el número 1.º de esta *Revista*) á cuyas luminosas explicaciones y brillante enseñanza nos confesamos deudores de la mayor parte de las ideas capitales que dominan en este humilde trabajo, y á cuyo generoso celo por la propagacion de la ciencia nos complacemos en rendir público testimonio.

mento, cada oposicion su armonia; un mundo en que se borran todas las imperfecciones que afean este en que moramos, donde el árbol no se pudre por el insecto, donde las tempestades no ocasionan pérdidas ni desdichas y donde el hombre, libre de las limitaciones de su fugaz existencia, concibe el infinito y muestra su semejanza con él en una plenitud de poder imaginaria, pudiendo decir con el poeta

Whilst thus I sing, I am a king:

si esa pasion es en sí fecunda y sirve eficazmente como todas las pasiones al cumplimiento del humano destino, tambien cuando, lejos de refrenarla con la prudencia que impone un sentimiento delicado, se exagera y provoca, desbórdase en mal hora como todas las pasiones y todo lo asola, y todo lo perturba, y todo lo anula si repugna sus lamentables extravíos, y el hombre que tantas veces suspira por una ilusion, alimentada quizá toda su vida, y que suele despues menospreciar al punto que la halla realizada, no puede contenerse y llega á idolatrar lo extravagante, como aconteció en Francia, escarneciendo cuanto se le representa como normal y frecuente. Así desviada la literatura del camino seguro para perderse en intrincados laberintos, desentrañando febrilmente las anomalías reales, y torturando con avidez la imaginacion para inventar estupendas monstruosidades que las sobrepujasen todavía, desdeñáronse las manifestaciones mas puras y grandiosas de lo hermoso: las cosas que habian sido siempre bellas cesaron de parecerlo, por eso mismo, porque lo habian sido siempre. Divinizado lo absurdo, no tuvieron coto los delirios de la fantasía y aliados de un modo extraño los sentimentales con los sectarios del realismo y los individualistas, levantaron juntos una cruzada contra el arte, que además raras veces podia excusar sus desvaríos con la autoridad de verdaderos poetas.

Todos, en efecto, contribuyeron á tan pernicioso resultado. Los primeros, mas íntimamente unidos con los últimos, introdujeron un lirismo artificial é hinchado hasta en la práctica de sus relaciones sociales: cada hombre se creyó un genio, destinado providencial-

mente á dirigir la humanidad por inexplorados rumbos, haciendo gala de una originalidad personal (no fundada en la apropiacion de elementos preexistentes combinados con los gérmenes espontáneos de la individualidad, único modo de darla sólido cimiento, sino en la negacion de todo antecedente), que mas era ilusoria que efectiva, y que concebida de semejante manera en todos los órdenes y mantenida en una duracion imposible, hubiera realizado la atrevida paradoja del ilustre Marqués de Valdegamas, llevando el mundo á la barbarie por las ideas. Cuanto existe de grandioso, de noble, de sagrado en la tierra, cuanto alienta y fortifica el espíritu del hombre; cuanto pertenece á lo que un sabio escritor ha llamado el elemento protagonista del dualismo humano, constituyendo una revelacion poética y sublime de nuestro superior destino, todo fué vilipendiado, escarnecido, de todo blasfemaron, y si en muy pocos, por fortuna, nacian aquellas blasfemias de su podrido corazon, imponianse ficticiamente en muchos, y manchaban los labios de casi todos. Aquel que no pudo amoldar la sociedad á los caprichos de su fantasia, renegó de ella y, en alas de una soberbia misantrópica y un pretendido escepticismo, ponderó las inimitables dulzuras del estado salvaje, contribuyendo á infiltrar esa sensualidad funesta que ha manchado la literatura y las costumbres, y que un ilustre poeta llama « un epicureismo fácil que empieza en el placer y acaba en el suicidio. »

Por su parte los realistas, llevados de un celo afectado por los fueros del natural, dijimos, cayeron en el servilismo de la imitacion; pero no se concretaron á este fin que, solo y sin ayuda de otro estímulo, hubiera dado lugar á una literatura, eminentemente descriptiva y fria, pero cuyo influjo, raras veces pernicioso y nunca demasiado activo, no hubiera sostenido largo tiempo infelices teorías y criminales producciones. No bastó á ese materialismo del arte elevar sobre el espíritu la naturaleza, como si el mundo en infinitas ocasiones tuviera otra belleza que la que ese espíritu le presta en su contemplacion: no le bastó encerrar al poeta en el estrecho campo de lo existente, y privar á sus obras de eficacia y verdadero atractivo por su prosaica monotonía, y mutilar sus mas bellas creaciones mezclándoles elementos antagonistas; sino que necesitando salir del

círculo de hierro que ellos mismos se habian trazado, considerando que en la realidad lo hermoso y lo feo se hallan siempre mezclados, sin que nada se oponga á la posibilidad de una combinacion desarmónica de ambas cualidades en una misma situacion, en un mismo individuo, se acogió calorosamente á esa posibilidad, como una doble satisfaccion al legítimo afan del sentimiento, eternamente pugnando por elevarse sobre la realidad, y al artificial precepto que desacordadamente se impusieron; y fué la literatura á lo inverosímil á fuerza de pretender una servil exactitud. Ya no fué objeto de la representacion artística lo general sintetizado en lo particular, esto es, que cada personaje, por ejemplo, fuese un tipo, no simplemente abstracto y alegórico como los de ciertas comedias de Plauto y Molière, sino vivo é individual, alcanzando el sentido típico, merced á una superior elevacion del carácter; y lo que jamás, felizmente, se veía en la naturaleza más que como una inconcebible monstruosidad, bastó la posibilidad de que existiese (consideracion ociosa y aun ridícula de todo punto en el arte, cuya verosimilitud depende de condiciones de muy diversa especie), para presentarlo como un modelo ejemplar, concentracion sublime de cualidades que se repellan enérgicamente. Pasiones y crímenes repugnantes, situaciones violentas, personajes anómalos, la patología sustituida al arte, el uso de medios de emocion insufribles y de espectáculos que por su misma realidad jamás pueden ser bellos, cuantos abominables recursos pudieran en fin soñarse, vestidos de una fraseología ampulosa, que casi dejaba atrás la de los falsos clásicos, y de un sentimentalismo tétrico y lloron, encontraban una aceptacion fervorosa, por la exaltacion que producian sus terroríficos resortes, en la ignorancia de esa clase de personas á quienes asombra y cautiva todo cuanto no alcanzan á explicarse, y en la sensualidad de espíritus gastados que solo de semejante modo podian conmoverse. En general, el teatro contemporáneo de los franceses, compuesto en su casi totalidad de detestables melodramas y prosaicos *vaudevilles*, y su novela (género en el cual, sea dicho de paso, presumen de maestros y originales, cuando son quienes lo han pervertido y han producido peores obras de esta clase) permanecerán como elocuentes

monumentos de tan mezquina literatura, y tan deplorables errores.

Y singular es el destino de las letras francesas. En el período de restauracion clásica que inauguró el Renacimiento, se hundió casi por completo la tradicion romántica en Italia; pero, aparte de las vivas simpatías que el clasicismo debía encontrar en la patria de Ciceron y Virgilio, cedió ante una literatura que, si bien era un anacronismo imperdonable, todavía ostentaba gran número de bellezas, que dan al neo-clasicismo italiano cierto sabor de naturalidad y energía; en Francia, donde la restauracion greco-latina se impuso tan artificialmente, casi no se conocieron mas que sus desventajas, hecha abstraccion de la influencia indirecta que pudo ejercer en el progreso de los estudios, y jamás, digase lo que se quiera, podrán igualarse *La Henriada* y *La Jerusalem*, Juan Bautista Rousseau y Petrarca, Quinault y Metastasio, la desmayada cortesania de Racine con la rudeza apasionada de Alfieri. Del mismo modo, Byron no alcanza á formar escuela en su patria, Goethe trata de corregir en la suya el abuso del género sentimental de su *Werther* con *Williams Meister* y otras notables producciones... reservado estaba á la literatura francesa prohibir las aberraciones individuales de otros países, y cultivar con ciega idolatría plantas arrancadas del mismo suelo que las viera nacer.

FRANCISCO GINER.

(Continuará).

---

## BREVE RESÚMEN

DE LA HISTORIA

DEL

## MAGNETISMO Y LA ELECTRICIDAD.

---

### I. — DEL MAGNETISMO.

Siendo el magnetismo la forma mas antigua con que fué conocido el flúido imponderable llamado así, exige prioridad para hacer su historia. Bajo este nombre se comprende la fuerza que se desenvuelve mas especialmente en las materias ferruginosas, en las que á distancias muy apreciables una partícula atrae ó repele á otra, las consiguientes aplicaciones del fenómeno de estas atracciones y repulsiones, y la combinacion de estas fuerzas (*Diamagnetismo*). La tierra misma y el iman natural son los primeros ejemplos del poder magnético, aunque por mucho tiempo poco conocido del hombre y solamente en sus manifestaciones mas simples y generales. Este flúido durante largo tiempo fué considerado mas bien como una propiedad del iman (en relacion á la tierra y al hierro) que como una fuerza distinta que pueda ser comunicada y mas ó menos afecta á cada una de las sustancias de nuestro globo, y probablemente á todo el universo. Trazando un ligero bosquejo de su historia, veremos cómo pudo creerse en los primeros tiempos que solo el iman poseia esta fuerza magnética; despues se la atribuyó al iman, al hierro y al acero, y ahora se descubre que no hay sustancia sobre la cual no influya. Los flúidos imponderables la luz y el calor, y la accion química obran tambien sobre la fuerza magnética. La vida misma, (la fuer-

za vital, *vis vivae*) creen algunos que tenga una íntima relacion con el poder magnético.

La China descubrió la fuerza de atraccion del iman. Con referencia á este poder directivo, se hace mencion de una aguja sobre una caja para determinar las cuatro partes del mundo. En la *Historia general de la China* por Duhalde, cuando el emperador Hoangti fué batido por Tchi Yeou (cerca de 2600 años a. C., segun Davis, *Chinese*, p. 83) con auxilio de este aparato, Tchi Yeou le alcanzó, haciéndole prisionero y le dió muerte. En otra parte del mismo libro se dice que Tchieou Kong dió á ciertos embajadores un instrumento para dirigirlos á su país; un extremo de este apuntaba siempre al Norte: el otro siempre al Sur. Esto acontecia 1040 años a. C. Sin embargo, se sabe cuán incierta es la historia de la China hasta la época referida.

Se dice que el pastor Magnes fué detenido en el monte Ida, en Frigia, por los clavos de sus botas ó por el gancho de su cayado que era de hierro; así la palabra *Magnético* la hacen derivar de *Magnes*. Otros quieren hallar su origen en la provincia de Magnesia, donde los griegos encontraron el iman 1000 años a. C.

Homero (1000 años a. C.) Thales, Pythagoras (600 años a. C.), Eurípides, Platon (500 años a. C.), Aristóteles (400 años a. C.), el poeta romano Lucrecio (en su poema filosófico *De rerum naturae*) y Ciceron (100 años a. C.) hacen mencion del poder atractivo del iman.

Plinio, en el libro 36 de su *Historia natural*, escrito en el primer siglo de la Era Cristiana, hace una oscura alusion al poder repulsivo del iman.

Marcelo, que floreció 400 años despues de Cristo, alude al iman como dotado de una fuerza de atraccion y repulsion hácia el hierro.

La China usó la aguja imantada 700 años á lo menos antes que fuera conocida por las naciones de Europa, segun las investigaciones de Humboldt.

Accio, cerca del año de 500, dice que «aquellos que padecen del mal de gota ó de convulsiones, encuentran alivio cuando agarran un iman.»

La China aparece haber observado largo tiempo la variacion de

la aguja. En una obra china de medicina é historia natural escrita por los años de 1111, hay el siguiente párrafo. « Cuando el extremo de una aguja es restregado con el iman, adquiere la propiedad de apuntar al Sur; pero no recto al Sur, y siempre declina al Este. Si la aguja se suspende de un hilo de lino y se coloca dentro del agua, entonces indica el Sur, pero con una inclinacion continúa á  $\frac{5}{6}$  del Sur;» esta es la variacion de Pekin.

Guiot de Provenza, anterior al año 1200, dice en un poema escrito por él mismo «que los marinos usan una aguja *tocada* y fijada sobre un pedazo de paja, llamada *brújula*.»

Los capitanes que navegaron por la mar de Siria en 1242, montaron una aguja comun de coser sobre un pedazo de caña ó corcho, y puesta á flotar en la superficie del agua, sucedió que la aguja se magnetizó. Este descubrimiento sirvió para hacer una brújula.

Paulo Veneto, en 1260, llevó la brújula desde China á Italia, segun el doctor Gilbert.

Pedro Adsiger, en una carta latina (fecha 1269) en la universidad de Leiden, habla de un arco de azimut con una aguja montada sobre un eje, y trata de su declinacion.

Flavio de Giova, de Amalfi, dicen los escritores italianos que inventó la brújula marina por el año de 1320.

Columbus nota la variacion de la brújula en 1492.

Roberto Norman, haciendo un instrumento de matemáticas cerca de Lóndres, descubrió la depresion de la aguja en 1576, y la fijó entonces, en esta latitud, en  $71^{\circ} 50'$ , poco mas ó menos.

Julio César, cirujano de Rimini, observó la conversion del hierro en magnético, por sola posicion, en 1590.

Gilbert, en su obra *De Magnete*, publicada en 1600, describe «un herrero golpeando con su martillo sobre una barra de acero en la posicion de la aguja inclinada.»

El profesor Gunter, del colegio de Gresham, descubrió el cambio de declinacion en el mismo lugar en 1622.

Gassendi, por el año de 1630, observó que una barra de hierro, que esté en una misma posicion por gran espacio de tiempo, se magnetiza por el relámpago.



Bond, en 1650, descubre el verdadero progreso de la desviacion de la aguja.

El doctor Edmund Halley, en 1685, publicó su teoría sobre el magnetismo terrestre.

Hooke, en 1604, hizo calentar unas varitas de hierro colocadas en la direccion del meridiano magnético, y enfriándolas en la misma posicion las encontró magnetizadas.

Newton, en sus *Principia* (publicados en 1687) dá noticias del efecto neutralizador de la interposicion de una plancha de hierro entre un iman y un cuerpo sobre el cual éste obra.

Morgagni, al principio del siglo XVIII, usó el iman « para remover partículas de hierro que accidentalmente habian caido en los ojos.»

Mr. Graham descubrió la variacion diurna de la aguja imantada, en el año 1722.

Marcel, en 1722, observa «que una barra de hierro adquiere temporalmente, por sola posicion, cierto estado magnético.»

Savery, en 1730, magnetizó barras de acero templado, una de las cuales provista de cierto mecanismo, golpeaba las otras colocadas desde luego en el meridiano magnético.

Swedenborg, en 1734, escribió sobre los fenómenos magnéticos. En su notable tratado de *Principia* establece el carácter de espiral, en hélice ó vertiginoso, del movimiento de las fuerzas magnéticas, describiéndolo gráficamente con dibujos y grabados; tambien fija varios particulares relativos á la declinacion de la aguja, y algunas leyes de la fuerza magnética teóricamente indicadas, que han sido probadas despues por experimentos prácticos. Abundan en esta obra experiencias é ilustraciones.

El doctor Gowan Knight, individuo de la Real Sociedad de Física en Lóndres, en los años de 1746 y 1747, propuso un método de magnetizar barras de acero, retirando gradualmente por bajo de estas los opuestos polos de imanes, en contacto con ellas.

Du Hamel, por el año de 1749, hizo una aplicacion del método de éste para magnetizar. Dos barras se magnetizaron á un mismo tiempo colocadas en los opuestos lados de un rectángulo, cuyos otros dos lados eran de hierro dulce.

El profesor Wargentín, secretario de la Academia de Ciencias de Suecia, en 1750, dió noticia del efecto producido sobre una aguja imantada por la aurora boreal.

Michell avanzó lá idea (en su tratado de *Imanes artificiales*, publicado en 1750), confirmada en todos los experimentos de Hawksbee (1712), del doctor Brook Taylor (1721), Whiston y Muschenbroek (1724), de que la fuerza realmente producida puede estar en razon inversa del duplo de las distancias, efectuándose cambios perturbadores en las fuerzas magnéticas, inseparables de la naturaleza del experimento.

Michell, en 1750, empleó un método de imantar que llamó de *doble toque*. Las barras que se han de imantar se colocan sobre un plano horizontal y en línea recta, y los opuestos polos de dos poderosos imanes, ó de un iman compuesto, son movidos atrás y adelante verticalmente sobre ellos, principiando y acabando en el centro de la línea.

Mr. John Canton, filósofo inglés, en 1751, combinó los procedimientos de imantar de Du Hamel y Michell.

Mr. Canton, cerca de 1756, estableció (por resultado de 4000 observaciones) que la variacion diaria de la aguja es mayor en el verano que en el invierno.

Euler, Bernouilli y Descartes, hácia 1757, avanzaron la idea de que el flúido magnético se mueve desde el ecuador á los polos.

Aepinus publicó en 1759 un célebre tratado titulado *Tentamen theoriae Electricitatis et Magnetismi*; este contiene un método de hacer imanes y una teoría del magnetismo. El método de hacer imanes es una combinacion del *doble toque* de Du Hamel y Michell. En lugar de barras de hierro dulce alternadas hace uso de imanes. Su teoría es muy semejante á la de Franklin del simple flúido eléctrico, pero sin la trasferencia de este.

Mayer leyó una Memoria (no publicada despues) ante la Sociedad Real de Gottingen en 1760. En esta, Mayer halla que la fuerza de atraccion magnética corresponde con la ley general de la gravitacion, es decir, está en razon inversa del duplo de las distancias.

Father Hehl, cerca de 1770, comunicó sus descubrimientos, relativos al efecto de ciertas planchas de acero aplicadas á la cura de los males de Anton Mesmer.

Mr. Wales da noticia de la atraccion local sobre las brújulas marinas. Este acompañó como astrónomo al capitán Cook durante sus viajes en 1772, 1773 y 1774, é hizo las ya mencionadas observaciones durante este período.

Graham, en 1775, informó de la intensidad magnética en diferentes partes del globo por medio de la aguja de oscilacion ó péndulo magnético.

M. Lambert publicó dos bellísimas Memorias sobre las leyes de la accion magnética en el tomo XXII de la *Historia de la Academia Real de Ciencias*, Berlin, 1776. En la primera de sus investigaciones, habla de la accion de una barra magnetizada sobre una aguja de brújula, colocando aquella de manera que ambos ejes apunten siempre al centro de mocion de la aguja, y á tal distancia de ella que la desvia formando un ángulo con el meridiano; de la curva así obtenida asignó las leyes de la accion magnética con referencia al centro de mocion de la aguja. Por este procedimiento se consigue un equilibrio entre tres fuerzas, ó sean, la fuerza magnética de la aguja, la fuerza de direccion y la fuerza del iman por la cual la aguja es desviada de su meridiano. Los resultados obtenidos de estas investigaciones son los siguientes: 1.º « Que la accion del magnetismo sobre una aguja imantada, considerada como una palanca, es proporcionada al seno del ángulo de oblicuidad de su direccion; y de aquí la fuerza efectiva con que obra restituyendo la aguja á su meridiano, cuando arrastrada de allí se dirige al seno del ángulo de su desviacion.» 2.º « Que la fuerza magnética varia en razon inversa del duplo de las distancias, atendido el resultado singular de que el centro comun de atraccion es el extremo de la aguja »; este hecho aproxima la analogía de la fuerza magnética con la de la gravitacion en grado notable. En el resto de la Memoria examina « las curvas de la corriente magnética » por « la accion de la fuerza directiva ó polar de un iman sobre una pequeña aguja. » Examina tambien las leyes generales del magnetismo y la posicion,

dimension, figura y fuerza del gran iman que M. Lambert supone reside en la tierra.

Brugmans, en 1778, observó la repulsion del bismuto y el antiimonio por los polos magnéticos, echando así los fundamentos de la ciencia del Diamagnetismo.

Mr. Benjamin Wilson (en las *Transacciones Filosóficas* de 1779) publicó el método de formar una pasta artificial magnética por medio del hierro reducido á polvo, y aceite de linaza.

El Dr. Ingenhouz, en 1779, propuso una brújula marina que consistia en una aguja imantada sumergida en agua ú otro liquido semejante, á fin de suspender la aguja.

Coulomb propuso cerca de 1780, su teoria del doble flúido del magnetismo y un método de imantar por el *doble toque*, colocando las barras que se han de imantar entre dos poderosos polos magnéticos.

Cavallo, en 1786, hizo muchos experimentos probando que el bronce adquiere la fuerza magnética por el forjado.

Cassini, en 1786, descubrió la variacion periódica anual de la aguja imantada.

Coulomb, en 1786 y 1787, estableció la ley de que la fuerza magnética está en razon inversa del duplo de las distancias, por su balanza de torsion y el método de oscilaciones.

A. Bennet, de la Real Sociedad, en 1792, usó una aguja imantada suspendida de un torzal de tela de araña, como un magnetómetro.

Coulomb, 1802, abordó la cuestion de un magnetismo universal, y fijó de una manera determinante todos aquellos efectos que se observan en la direccion de una línea recta que reúne los polos, suspendiendo agujas de diversas sustancias entre estos y en la misma línea recta que los ejes del iman.

M.M. Gay Lussac y Biot, en el año de 1804, « emprenden, por invitacion del Gobierno francés, un viaje aereostático, con objeto expresamente de asegurar si hay disminucion en las fuerzas magnéticas á grandes alturas de la tierra. » El resultado de sus experimentos fué que no hay disminucion apreciable en estas fuerzas á una elevacion de 13,124 piés sobre la superficie de la tierra. En

este caso el efecto de la baja temperatura no fué tomado en cuenta.

Humboldt, en 1806 y 1807, observó las tempestades magnéticas en Berlin.

El Profesor Krafft, de San Petersburgo, en 1809, propuso las siguientes leyes del magnetismo terrestre: «Si suponemos un círculo circunscrito á la tierra, correspondiendo las dos extremidades de su eje magnético con sus polos, y si consideramos este círculo como un ecuador magnético, la tangente de la depresion de la aguja, en cualquier latitud magnética, será igual al doble de la tangente de esa latitud.»

El coronel Beaufoy dió una forma perfecta á la brújula de variacion. Esta reforma, descrita en los *Anales de la Filosofía*, Agosto de 1813, consiste en un telescopio para determinar por la observacion astronómica el verdadero meridiano, debajo del cual se coloca una aguja imantada cuya posicion es alterable, á fin de demostrar la desviacion de esta del meridiano verdadero.

Morichini, en 1813, imantó una aguja por medio del rayo violeta del espectro.

Mr. Westcott explicó su guarda-magnético para los apuntadores de agujas ante el Comité de Mecánicos de la Sociedad de Artes, en 27 de Marzo de 1817. Este instrumento consiste en «cierto número de barras dadas con aceite, colocadas en un bastidor detrás de la rueda de amolar.»

El profesor Hansteen, de Cristiania, en 1817, confirmó la ley de que la fuerza magnética está en razon inversa del cuadrado de las distancias, por la accion del polo de un iman sobre una aguja suspendida en un punto sobre el que gira con la declinacion del magnetómetro. Este profesor, en union con M. Morlet, determinó la posicion de los nodos del ecuador magnético terrestre.

Trad. por MIGUEL PINEDA,

(Continuará).

---

# ESTHÉTICA.

---

LO BELLO, EN LA CONSIDERACION PURAMENTE OBJETIVA.

---

## I.—CATEGORÍAS GENERALES DE LO BELLO.

Bajo la idea de la Hermosura absoluta en la superior relacion de la Religion con la Belleza, se concibe la posibilidad de la deducion filosófica de la misma.

De esta doctrina que hemos ofrecido arriba con mas extension, emanan para la ciencia de lo Bello los corolarios siguientes:

1.º Siendo la unidad de Dios el elemento primero de su Belleza, debemos exigir y reconocer análogamente el fundamento de la Hermosura de toda cosa en la unidad, que en ella domine. Las cosas bellas han de ser ante todo y superiormente *unas*, de modo que su contenido ó fondo propio sea conforme en unidad sin que nada lo disuelva ni divida. Dicha unidad de la esencia del objeto bello debe estar difundida y revelarse en todas las partes del mismo, no de otra manera que la unidad del carácter personal aparece en los actos determinados, y la unidad masculina y femenina en todos los miembros y formas del cuerpo de la mujer y del hombre. Empero la unidad de las cosas solo es verdadera y efectiva en cuanto unidad en número, con lo cual y en la exigencia de que lo Bello tenga unidad, va envuelta tambien la de que sea numérica y cuantitativamente uno. Dos ó mas cosas reunidas no pueden ser bellas en el

concepto de lo diferente y disociado en relacion, sin que contradiga esta ley la multiplicidad que brilla en el fondo de muchos objetos bellos, por ejemplo, en los grupos de las artes plásticas, en el baile, drama, etc., donde existe y es necesaria la variedad, hallándose subordinada la misma á unidad superior que penetra la esencia comun. Reconocida en todos tiempos la unidad por elemento de Hermosura, y expuesta como la base de las teorías esthéticas de Platon, Aristóteles y Horacio, fué determinada ya en deducción filosófico-teológica por San Agustin, al fundar la Belleza en cierta unidad primitiva, eterna y soberana, regla esencial de lo hermoso que busca el arte en sus funciones y obras.

2.º Á la manera que en las esencias de Dios se reconoce bajo su unidad infinita la propiedad de su *esencia absoluta*, así tambien en los objetos bellos que muestran, aunque limitados, algo divino semejante á Dios, se exige como categoría y condicion segunda la *sustantividad*. Diciendo que lo bello debe ser sustantivo, entendemos que sea algo esencial con valor propio, sin dependencia de nada extraño, por incluir en la esencia peculiar el principio de todas sus determinaciones. Para que se ofrezca como bella una pintura, no debe haber menester de otro cuadro que la explique, ni llevar escrito el valor que tiene en el comercio, ni el fin que pudiera proponerse el pintor ó el que costeó su composicion, circunstancias exteriores que en nada acrecientan el sentimiento puro esthético que puede excitar la misma, y que, á falta de otras condiciones externas, no bastarian á prestarle hermosura. No quiere esto decir que debe aislarse lo hermoso, aun en los casos en que pueda combinarse y relacionarse para formar bellezas superiores; lo único que se precisa en este momento es el carácter que debe tener lo Bello en sí mismo, independientemente de relaciones extrañas. Por este carácter de la sustentividad se distingue lo Bello de lo Útil, que se refiere enteramente á cosas externas, así como de los signos, emblemas y símbolos, los cuales, aunque puedan tener Belleza (como quier que lo Bello tenga significacion, ofreciéndose además entre los géneros subordinados del Arte el simbólico y el alegórico), no envuelven rigurosamente hermosura, siendo lo Bello tal por su ser, no porque

signifique algo. De aquí se sigue tambien que lo Bello no sea determinado ni sentido por relacion á lo feo ó deforme, ni aun á lo Bello absoluto ni al Bello Ideal, sino que debe brillar en sí mismo y mostrarse en todas ocasiones con propia luz y atractivo como ideal verdadero. Esta segunda condicion de la Belleza al rededor de la cual gira todo el desarrollo esthético moderno, ha sido determinada primeramente por Kant (*Critica del Juicio Esthético*, § 14), bien que solo bajo el respecto meramente subjetivo.

3.º Así como se muestra en la esencia de Dios la plena positiva realidad sin negacion ni límite, propiedad significada aunque no directamente con el nombre de *infinitud*, debe mostrarse tambien como ley fundamental de lo Bello la *totalidad é integridad* de su existencia, esto es, la manifestacion de las propiedades del objeto en su realidad efectiva con carácter individual y comprensivo de todas sus partes, condicion que el sentido comun artistico expresa al exigir que la obra sea acabada y completa, abrazando en sí todos sus miembros.

Este carácter de *totalidad é integridad* que la Metafisica de lo Bello deduce sistemáticamente, habia sido expresado por Platon y Aristóteles con el nombre de lo *teleion*, Schelling lo designa por «la comprension é interioridad de lo infinito en lo finito,» Hegel por «la idea en la manifestacion limitada,» Weisse lo admite como la concepcion de lo Bello bajo la forma de *microcosmo*: últimamente, el mayor número de los esthéticos posteriores (Ruge, Danzel y Vischer) lo aceptan y determinan como la superior aparicion de la esencia en conciencia y libertad bajo el nombre de *personalidad en lo Bello*.

Que no pueden faltar estas cualidades en lo Bello y que son todas ellas indispensables en grado superior para constituir objetos hermosos, se comprende sin necesidad de muy altas consideraciones. En objetos útiles, por ejemplo, un traje, un mueble de casa, etc., reconocemos, por lo comun, unidad de esencia, pero dichos objetos, sin dejar de servir á su fin cada uno, pueden carecer de peculiar hermosura, cuando no tienen existencia propia independiente de la relacion convencional y del uso: tambien hay objetos que teniendo unidad y sustentividad no son, sin embargo, hermosos, por carecer

de la integridad correspondiente, por ejemplo; un hombre á quien le falta un brazo, un ojo ó cualquier miembro; una accion sin principio ó sin desenlace, etc.; por el contrario, cuando son *unos, sustantivos y enteros*, reunen las condiciones generales de la Belleza.

Dichas categorías fundamentales, *unidad, sustantividad é integridad*, predicables en general de todo objeto de nuestra contemplacion, aunque mostrándose mas claramente enlazadas, íntimas y llenas en los llamados con especialidad *bellos*, deben reproducirse en la variedad de sus partes como organismo de miembros bellos en el todo, á la manera que se exige un organismo de esencias en la plenitud del ser. Esto nos conduce á exigir y realizar Belleza hasta en los mas insignificantes pormenores (*ponere totum*), sirviendo á destruir innumerables preocupaciones del sentido comun distraido é inculto. Lo *Bello*, se dice frecuentemente, es igual en todos los géneros de seres; un caballo bello, una bella mariposa, tienen igual belleza que el hombre; mas aparte de circunstancias especiales que pueden influir en semejante extravío del sentido estético, basta considerar la suma de bellezas é imperfecciones de cada una de las partes de estos seres, v. g., faz, tronco, extremidades, etc., sobre la base de su esencia comun y general, para determinar su gradacion verdadera.

Despues de la exposicion de las mencionadas categorías, que son como los conceptos generales ó atributos comunes á todo lo Bello, pasemos al exámen de sus elementos parciales en su forma sencilla y aislada, no menos que para precisar su naturaleza, con el fin de preparar en ligeras nociones ontológicas la solucion de las cuestiones por diversidad de grados de Hermosura y sus especies, adelantando, asimismo, los principios especulativos mas interesantes para la teoría de la composicion.

Estos elementos, segun el análisis filosófico los ofrece, son la Esencia ó fondo, asunto de lo Bello, la Forma y la Relacion entre la esencia y la forma.

## II.—LA ESENCIA DE LO BELLO.

La esencia, despues de mostrarse plena en Dios, se ofrece limi-

tada en las demás cosas, apareciendo desde luego en su mayor extension en creaciones colectivas y genéricas como *ser finito*, el uniyerso, la naturaleza, el mundo, el coro de los ángeles, etc. Concebido el ser finito en su totalidad como la esencia que aparece á los seres creados, además de la limitacion de su posibilidad, se diferencia del ser infinito en la manera de mostrarla, por cuanto este muestra su esencia en una sola existencia, pues Dios es uno, y el ser finito en un gran número de esencias particulares con existencias diversas en diferentes lugares y tiempos. Á partir del primer ser de coleccion lo *Finito*, que comprende en su esencia general la agregacion de todos los seres finitos, todo género en el universo puede concebirse, como la limitacion en extension y número del género inmediato superior, que por otra parte enriquece con nuevos elementos de comprension y atributos; así, por ejemplo, los géneros piedra, árbol, vertebrado, etc., son especies limitadas de los géneros superiores *ser inorgánico, vegetal, animal*, etc., realizando cada uno la esencia en el orden y gradacion en que Dios le ha colocado con los demás géneros de seres, hasta llegar á géneros en que se realizan las esencias de los demás, comprendiéndolas en forma de microcosmo bajo la limitacion del individuo y de la especie.

En esta forma y en la gradacion de los géneros del ser finito llamamos como primera determinacion de este lo *inorgánico*, que comprende en extension el elemento material del mundo, aunque en cualidad esté muy lejos de encerrar la totalidad de la esencia finita; como segunda determinacion lo *orgánico*, mas limitado en extension que lo anterior, pero comprendiendo en su cualidad no ya solo la materia, sino tambien el movimiento de los órganos; como tercera el género *animal*, que comprende en forma mas limitada la materia y el movimiento, pero añadiendo á estas cualidades la concentracion de la vida, el movimiento propio y cierta conciencia de sí; y últimamente el *ser humano*, que reuniendo en compendio la esencia inorgánica elemental en la composicion química, la vegetal en el cabello, disposicion de algunos tejidos y asimilacion de sustancias, y la animal en la locomocion, circulacion y sentimiento propio, añade como esencia particular el espíritu en su forma racional, voluntaria y libre.

En esta tendencia de los géneros á la plenitud de esencias, cuanto mas alto se eleve un género, tanto mayor y mas plena debe ser la belleza que le corresponde, pues comprendiendo en su idea la esencia de los géneros anteriores que determina en sí de cierto modo, añade una esencia del género total finito no comprendida en los precedentes. Siguiendo esta ley, la Belleza de los individuos de una misma especie se determina de una manera análoga por la realización armónica y plena de sus cualidades esenciales, donde ya se deja ver que cuando falte esta condicion en un animal, por ejemplo, puede este individuo aparecer y ser como individuo mas feo que otro perfecto de géneros inferiores, v. g., una planta, sin que por esto el género animal deje de ser mas bello que el género vegetal.

De lo dicho se infiere que en la serie de innumerables grados de la creacion aparece como el superior aquel en que se encuentra la esencia mas alta, como conocedora y dominadora de los demás objetos finitos, á saber, el género humano, el hombre, que no solo posee conocimiento y dominacion de sí mismo, sino conocimiento y dominacion de los objetos exteriores, en una palabra, *personalidad*.

Apoyado en el carácter de este género supremo, determina Ruge lo personal, como el tipo único de la hermosura, y afectando por las cuestiones de forma todo el desden propio de su escuela, explica la declaracion de lo *Bello* como un acto del espíritu por el cual reconoce su esencia en otras cosas. Semejante explicacion en el sentido puro antropista, que él le dá, deja pendientes dos cuestiones: 1.ª ¿Deben excluirse de lo Bello los géneros naturales, en que no aparece el carácter personal humano? 2.ª ¿Qué valor resta á la forma de la hermosura, si esta se determina por la personalidad en el espíritu? Sin embargo, se legitima su modo de pensar en el sentido limitado de ser la personalidad del hombre como el superior tipo de belleza, y reconocer el contenido como superior á la forma. De consiguiente, á pesar de la predileccion de Goethe por la forma, la comparacion de un buen cuadro de paisaje con uno malo de historia no decide la cuestion en favor de esta preferencia, toda vez que los términos están mal escogidos, debiendo juzgarse entre dos obras modelos en su género.

La personalidad humana, grado elevadísimo en la creacion, así como en la realidad de la esencia finita, se extiende sobre el círculo de los individuos comunes para formar personas superiores (Sociedades, Estados, etc.) que realizan en actividad colectiva las esencias morales del Espíritu y la mayor belleza posible en la tierra, verdad reconocida hoy y que funda las legítimas exigencias que se hacen á la vida pública en todas sus esferas y manifestaciones.

Considerada la personalidad humana en su mas alto carácter, el de realizar la idea de nuestra naturaleza como fin moral conforme á la voluntad de Dios y consiguientemente con la propia naturaleza, se determina este carácter como bondad moral voluntaria, autárquica y libre; la esencia superior de lo Bello es por lo tanto la de lo Bueno. Los griegos designaban alternativamente lo Bello y lo Bueno por la misma palabra *Kalokagathon*, en lo cual les han imitado los modernos franceses con mucha frecuencia; y Platon, en su diálogo de Fedro, habla en el mismo sentido de *To kalon kai tagathon*. De esta elevacion superior de lo Bello en lo Bueno y la Virtud, ascendemos con facilidad á la idea de la Belleza absoluta en el Bien supremo, que es Dios. Y como este es *bien* y *bueno* supremos y como tal fuente de todo bien, Belleza suprema y fuente de toda Belleza, siendo toda bondad por Él y con relacion á Él, toda belleza le debe su principio y lo es á su semejanza; he aquí como el fin de la consideracion dialéctica ata en forma de círculo el punto desenlazado, que separamos para considerar, aisladamente de la deducción metafísica, la naturaleza y esencia del ser finito. Entonces partiamos por deducción de la esencia de Dios, y ahora nos elevamos á Él por induccion de los seres limitados.

De la consideracion expuesta sobre la esencia de lo Bello, se sacan para la composicion los apotegmas siguientes: 1.º No todos los objetos ofrecen idéntico interés para el Arte, cuyo éxito depende con frecuencia de la acertada eleccion del asunto. 2.º Á medida que es menor el interés natural del fondo ó materia artística, el trabajo del autor es mas difícil, como quiera que necesita luchar con desfavorables circunstancias. 3.º El artista debe consultar ante todo sus fuerzas, comparándolas con el asunto á que intenta dirigirlas y apo-

yándose en los datos suministrados por la consideracion esthética.

En tal concepto , la doctrina que acabamos de establecer viene á fundar sistemáticamente , colocándolo al frente de la teoria especulativa de la composicion , el conocido precepto de Horacio :

*Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam  
Viribus, et versate diu, quid ferre recusent,  
Quid valeant humeri.*

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará).

---

## LA CRUZ DEL LAGO.

---

### I.

Envuelta en los anchos pliegues  
de un manto de nubes blancas,  
salió á pasear la luna  
silenciosa y recatada.

Al pasar cerca de un lago  
echóse el manto á la espalda,  
para mirarse un momento  
en el cristal de sus aguas;  
y, fijando embebecida  
en las ondas su mirada,  
en sombras dejó la tierra,  
de luz inundando el agua.

En las márgenes del lago  
existe un bosque de acacias,  
en el que el aura suspira  
al cruzar entre sus ramas,

bajo las cuales, oculta,  
meciéndose está una barca,  
y en ella una niña hermosa,  
como la aurora rosada.

Saber intenta la luna  
lo que dentro el bosque pasa,  
y, revolviéndose inquieta,  
un pliegue del manto rasga:  
por el giron presuroso  
su rayo trémulo escapa  
y al bosquecillo se inclina,  
pero á alumbrarlo no alcanza:  
que enlazándose las hojas,  
mecidas por leves auras,  
fantástico velo tejen,  
que el seno del bosque guarda.

### II.

Dejó la brisa un momento  
de jugar con el ramaje,  
y entreabriéndose pausadas  
las febles ramas de un sauce,

á luz salió la barquilla,  
y comenzó á deslizarse,  
cruzando del manso lago  
los inmóviles cristales.

Mas ¿qué misterio se esconde  
 en su marcha lenta y grave,  
 que ni las aguas murmuran,  
 ni agudos silvan los aires,  
 ni deja su quilla estela,  
 ni la azota el oleaje,  
 ni forman las aguas rizos  
 que su limpidez empañen?

Apenas de la barquilla  
 se vé la prora: flotantes  
 por sus costados perdidos  
 penachos de niebla caen  
 de tal modo, que ya apenas  
 puede al lejos divisarse,  
 como nubecilla blanca  
 que en vapores se deshace.

Quizás realidad no sea,  
 y sí del sueño una imagen,

la fantástica barquilla  
 que el lago cruza constante.

Ilusion ó realidad,  
 vogando sigue la nave,  
 cual remolino de niebla  
 leve, sutil, impalpable,  
 y del lago misterioso  
 hácia un oscuro paraje,  
 donde por ancho torrente  
 las aguas rápidas caen  
 á otro lago tormentoso  
 de encapotado celaje,  
 aguas turbias, fondo negro,  
 y corrientes y huracanes,  
 vá la niña en la barquilla  
 de su peligro ignorante:  
 ¡ay de ella! si al borde toca  
 de aquel abismo insondable.

III.

En este revuelto lago  
 navega atrevido un hombre,  
 dejando á merced del viento  
 ir por do quiera su bote.

Súbito á sus ojos llegan  
 dulcísimos arreboles,  
 y de celeste armonía  
 siente vibrar los acordes.

Mira hácia el lago vecino,  
 y allí de vivos fulgores  
 vé inundada la barquilla,  
 que está del torrente al borde.

En ella la niña duerme  
 sin temer á los horrores  
 del lago de las tormentas,  
 que el agua del otro absorbe.

Al verla, su pecho agitan  
 dulcísimas emociones,  
 y en su alma brota enérgico  
 el gérmen de puros goces.

Llegar á la barca intenta,  
 veloz por las olas rompe,  
 y juzga que está á su alcance,  
 y á apresarla se dispone.

Mas las olas, las corrientes,  
 la oscuridad de la noche,  
 los revueltos vendabales  
 en contra luchan feroces.

En vano avanzar procura  
 hácia el torrente deforme;  
 en vano del remo fuerte  
 redobla afanoso el golpe;

en vano á los vientos lanza  
 espantosas maldiciones;  
 en vano — ¡socorro! — grita,  
 que nadie escucha sus voces.

En tanto á sus piés contempla  
 abismos aterradores,  
 escollos ante sus ojos,  
 sobre su frente visiones:

mientras la barquilla leve  
 en el otro lago á flote,  
 ya al torrente se aproxima,  
 ya á la ribera se acoge.

La luna tras un nublado  
 la pálida faz esconde,  
 y las sombras se dilatan  
 por la extension de los orbes.

¡Ay de la triste barquilla  
 que el peligro desconoce  
 y junto al torrente pasa  
 y sus bramidos desoye!

¡Ay de la triste barquilla!  
 ¡Quiera el cielo no zozobre,

que al lado está del abismo,  
 y vá cerrando la noche!

Mas no haya miedo: ¡dichosa  
 la nave de airoso porte,  
 que á bordo conduce un ángel  
 por la mansion de los hombres!

Mientras del lago cercano  
 los vientos aterradores  
 olas espumosas alzan,  
 que en rocas desnudas rompen,

la barquilla misteriosa  
 se desliza sin temores  
 por el lago cristalino  
 entre músicas acordes,

y junto al mismo torrente  
 á puerto feliz se acoge,  
 entre unas colinas altas  
 cuyas faldas bordan flores.

IV.

Extiéndese un valle ameno  
 de ambos lagos por la orilla,  
 surcado de arroyos mansos,  
 que besan flores divinas.

Hácia el lago de aguas claras  
 tiene una playa tendida:  
 del lado del otro lago  
 rocas de elevadas cimas;

así es fácil del primero  
 á este valle la subida:  
 así es difícil del otro  
 salvar la márgen sombría.

Por eso la niña bella,  
 que bogaba en la barquilla,  
 ahora goza de este valle  
 las inefables delicias,

y el hombre que en las borrascas  
 del otro lago se agita,  
 en vano á salvar las rocas  
 con rudo teson aspira.

La niña cruza entre tanto  
 con inefable sonrisa  
 las verdes frondas del valle  
 que gayas flores matizan.



En ella el hombre afanoso  
con teson los ojos fija:  
y en tanto mas la contempla,  
mas hermosa vé á la niña.

Tan hermosa que le encanta,  
y el corazon le cautiva,  
y al alma presta consuelo,  
y amores castos le inspira.

Niña blanca como el alba,  
como la paloma tímida,  
como la aurora rosada,  
como los ángeles linda.

La rubia crencha sedosa,  
del aura al soplo movida,  
por el plegado ropaje  
ondulosa se desliza,

y, entrambas manos cruzadas  
sobre el pecho, vá abstraída  
como una vision celeste,  
fija en los cielos su vista.

Su pié no imprime la huella  
sobre la planta que pisa,  
su blanca túnica pasa  
sobre la flor, sin herirla.

Su voz es vago murmurio  
de misteriosa armonía,  
que brota... ¿quién sabe donde?  
y dentro del alma vibra.

Dá su aliento á los aromas  
de los claveles envidia,  
y sobre su frente casta  
hermosa aureola brilla.

V.

Allá en el fondo del valle  
un monumento de piedra  
de tosca forma confusa  
entre unos sauces se eleva.

Allí sus pasos dirige  
tranquila la niña bella,  
sin percibir los bramidos  
del lago de las tormentas.

No es extraño: fueron cortas  
las horas que estuvo cerca  
de ese lago peligroso,  
que atrás para siempre deja:

y esas horas, abstraída  
en contemplar las bellezas  
del valle en que se fijaron  
sus ojos por vez primera,

tan risueñas y tan rápidas  
trascurrieron para ella,

que ni sabe cual pasaron,  
ni si existieron recuerda.

Ya á los sauces se aproxima,  
ya en su recinto penetra;  
y ya el náufrago del lago  
de alcanzarla desespera.

Esfuerzos hace inauditos  
de valor y de destreza,  
y, aunque el peligro comprende,  
por el todo el todo arriesga.

Lanza con empuje rudo,  
el bote contra las peñas;  
pero una racha contraria  
mar adentro se lo lleva.

Las olas baten con furia  
de sus remos las paletas;  
pero el bote queda inmóvil  
entre las olas revueltas.

Á la luz de los relámpagos,  
que frecuentes centellean,  
entre los sauces percibe  
la vision que le enajena.

Ya unas veces se imagina  
que rápida de él se aleja,  
ya otras veces se figura  
que sin cesar él se acerca;

mas vacila, y no comprende  
cómo tal cosa suceda;  
que estaban lejos los sauces  
y él en el lago se encuentra.

Y no hay duda: la distancia  
del lago á los sauces mengua;  
ó retroceden los árboles,  
ó ganan las aguas tierra:

que ya las olas rizadas  
azotan las rudas peñas,  
donde severo se apoya  
el monumento de piedra,

ante el cual arrodillada  
la niña de rubia crencha,  
los ojos eleva al cielo,  
las manos posa en la tierra.

Su mano, al tocar el mármol,  
cobarde un momento tiembla;  
al ir su mirada al cielo,  
inmenso placer revela.

Desprendiéndose pausadas  
del monumento dos piedras,  
á los piés de aquella niña  
abierto un sepulcro dejan,  
y, replegándose rápidas  
del firmamento las nieblas,  
franca entrada dejan libre  
á las mansiones excelsas.

Un cuerpo inerte descende  
hasta el seno de la tierra:  
un espíritu purísimo  
hácia la gloria se eleva.

Ronco grito de agonía  
dentro del lago resuena:  
y el huracan la barquilla  
contra las rocas estrella.

VI.

Huyó lejos del sepulcro  
aquella vision hermosa,  
dejando casi sin vida  
al náufrago entre las rocas.

¡Pobre náufrago! á la cruz,  
que aquel sepulcro corona,  
con honda pena se abraza  
y amargas lágrimas llora.

Y del lago borrascoso  
vé disiparse las olas,

dejando una playa estéril  
y en ella la barca rota.

Á sus piés la mira el triste,  
y el mirarla le acongoja,  
y aun escucha conmovido  
de las aguas la voz ronca:

Pero si aun pisa el cuitado  
en la playa cenagosa,  
en cambio la cruz purísima  
con sus brazos aprisiona,

y, con el alma transida  
de pena cruel, adora  
un nombre santo, grabado  
de aquel sepulcro en la losa.

Nombre que al alma recuerda  
algunas pasadas horas  
de casto amor, de delicias,  
que huyeron cual leve sombra.

Nombre ante el cual en su mente  
sublime y radiante brota,

el corazón conmoviendo,  
tierna virgen misteriosa.

Estrella en un cielo opaco  
que, surgiendo brilladora  
en medio de la borrasca,  
marcóle rumbo piadosa.

Por eso el náufrago triste,  
presintiendo nueva gloria,  
trémulo de amor el labio  
al pié de su nombre posa.

## VII.

—No llores, hermano mio,  
esas lágrimas enjuga: —  
dice, vibrando armoniosa  
tierna voz en las alturas.

—Si los pesares te oprimen,  
si te acobarda la angustia,  
si la soledad te espanta,  
y el abandono te abruma,

si el corazón languidece  
falto de emociones rudas,  
y vacía de esperanzas  
ves el alma con pavora,

si ese valle, antes hermoso,  
de sus galas se desnuda  
y á tus ojos aparece  
cubierto de negra bruma,

no desesperes, hermano,  
que hora radiante despunta  
de tu vida en el desierto  
nueva aurora de ventura.

Juguete de las pasiones,  
de la esperanza y la duda,  
tu existencia naufragaba  
en un lago de aguas turbias.

En otro lago vecino,  
por el cual tan solo cruza  
la inocencia, yo con ella  
surcaba sus aguas puras.

Retroceder á mi lado  
no hubieras podido nunca:  
llegar yo al tuyo pudiera;  
pero no inocente y pura.

Hoy, dejando esas mansiones  
de casto amor infecundas,  
á tu amor y tu esperanza  
trazada dejo la ruta.

Si conseguir ambicionas  
tu dicha á mi dicha junta,  
del errante peregrino  
el tosco báculo empuña,

la cruz apoya en tus hombros,  
del cielo espera en la ayuda,  
y en tu pecho con firmeza  
mi imagen graba profunda.

Calló la voz; pero el eco  
aun sus acentos modula,

y con su aliento las auras  
el ancho valle perfuman.

De amor el alma inundada,  
alzándose de la tumba  
el hombre que oraba en ella  
eleva la frente mustia:

sus ojos clava en los cielos,  
donde entre sombras fulgura  
el lucero cuyos rayos  
de luz su espíritu inundan.

—¡ Oh ! es verdad, casta virgen,  
radiante estrella que alumbra  
mi existencia borrascosa,  
envuelta en opaca bruma, —

dijo el hombre: — en ese cielo,  
en que tan bella fulguras,  
está la dicha, que encuentra  
el que constante la busca.

Yo en tu amor, casta doncella,  
cifro solo mi ventura:  
¡ que nunca tu amor me falte,  
que yo no te olvido nunca !

¡ Que la divina esperanza  
jamás de mis ojos huya,  
y presto purificado  
me elevaré hasta tu altura ! —

## CONCLUSION.

Antiguas leyendas narran,  
que después de muchos años  
al recinto de los sauces  
llegó una noche un anciano.

En torno giró los ojos,  
y al fin exclamó asombrado:  
— ¡ Dó está el valle de las flores?  
¡ En dónde el revuelto lago?

¡ En dónde las negras rocas  
que al alma daban espanto?  
— ¡ Todo pasa ! — triste acento  
vibró en su espíritu opaco.

— ¡ Mientes ! — el anciano dijo,  
y en el recinto sagrado,  
descubierta la cabeza,  
penetró vertiendo llanto.

Mas del antiguo sepulcro  
solo la cruz en pedazos

halló en el suelo, perdida  
entre yerbas y peñascos.

Miróla triste un momento  
y, — no importa, — gritó al cabo,  
aquella virgen conserva  
en mi pecho un santuario. —

Después dobló las rodillas,  
y un misterioso letargo  
tierna y piadosa plegaria  
hizo espirar en sus labios.

Un ángel bajó del cielo,  
y á su espíritu llamando,  
— es la hora, — le decia,  
venir ya puedes, hermano. —

Quedó en la tierra un cadáver,  
y puro y purificado  
por siempre unidos al cielo  
dos espíritus volaron.

T. DE ROJAS.

## DISCURSOS ACADÉMICOS.

### I.

*Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.*

Vamos á examinar breve é imparcialmente los discursos leídos no hace mucho tiempo ante la Real Academia de la Historia en las solemnes recepciones de dos literatos, jóvenes todavía, pero ya afamados y de envidiable porvenir. El estudio y análisis de tales discursos creemos que no será inútil para dar á conocer las ideas literarias y aun políticas que dominan á nuestros pensadores en lo tocante á la realizacion y desenvolvimiento de los humanos destinos en la historia, y con señalada aplicacion á la de nuestra patria.

Importantes son, en verdad, por tales conceptos los que se leyeron al tomar posesion de sus plazas de académicos de número los señores D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Pedro de Madrazo. El primero de estos señores, ya conocido como escritor elegante y profundo, y señalado en el género que cultiva particularmente aquella ilustrada corporacion con su *Historia de la decadencia de España*, y sus *Apuntes para escribir la de Marruecos*, escogió para objeto de su discurso el juicio de la dominacion española en Italia. Asunto, en verdad, difícil, pero de curioso recuerdo en las circunstancias presentes, y para el cual daban notables ventajas á su autor sus muchos conocimientos acerca de aquel país en lo antiguo y lo moderno, y sus aficiones á la ciencia política, la cual no aparta hoy su atencion de las graves cuestiones y problemas que se agitan en aquella península. El desapasionado interés con que hoy contemplamos los destinos de la Italia, donde nuestro dominio, aunque no nuestros recuerdos gloriosos, acabó hace

ya tiempo, y la conciencia de la grandeza y magnanimidad verdaderamente española con que cumplimos en aquel país, como en otros, la alta mision que un dia nos impuso la Providencia, hallaron un elocuente y entendido intérprete en el nuevo académico. Extendió ante nuestros ojos el magnífico cuadro de aquella época en que la nacion española, lejos de su suelo patrio, teatro insuficiente al heroísmo de sus hijos, consumó con su inquebrantable brio hechos maravillosos y casi increíbles, repartiendo por do quiera sus fuerzas, su vida y sus recursos, pero apareciendo en todas partes vencedora, grande y augusta. Pero comprendiendo el saludable espíritu que anima en lo moderno los estudios históricos, no se limitó á narrar los hechos, por mas que con exquisita investigacion, hecha en muchas y peregrinas fuentes, consignara los mas notables, en cuanto cabia en su cuadro, sino que se extendió en útiles y acertadas consideraciones sobre la idea que alentó á España en aquellas aventuradas y costosas empresas, y el fin providencial que en ellas cumplió. Consideraciones, por cierto, de la mayor importancia, puesto que sin alguna idea y fin muy alto, superior á todos los terrenales é inmediatos intereses, solo pudieran tenerse por descabellados y desastrosos los intentos que con tanto gasto y pérdida propia ejecutó nuestra nacion en las guerras que sostuvo así en Italia como en otras regiones en los siglos XVI y XVII.

El Sr. Cánovas demostró victoriosamente que no fué un desmedido espíritu de conquista, no un altivo afan por el triunfo y la gloria, no el vano estímulo de sostener su superioridad política contra poderosos rivales, lo que lanzó á España en tan atrevidas y arriesgadas empresas á tanta costa de su sangre y sus recursos. Fué, por el contrario, el empeño, ya deliberado ó ya instintivo, pero siempre generoso, siempre providencial, de proteger elevados intereses, de sustentar grandes ideas y salvadores principios, el que la animó en tales intentos y hazañas; porque no habia á la sazón ningun otro pueblo, á quien para llevarlos á cabo asistiese tanta fortaleza, tanta fe, tanta abnegacion, tanta entereza y constancia como asistian á nuestra España, en donde la larga guerra con los infieles habia juntamente adiestrado las armas, arraigado y engrandecido el natural valor de sus hijos, y, lo que es sobre todo, exaltado la fe religiosa, formado la conciencia y levantado el ánimo: todo lo cual lleva é impulsa al hombre á emprender y consumir invenciblemente hechos heroicos y trascendentales, para los que son impotentes el egoismo, el sórdido interés y la estéril incre-

dulidad. Por eso la nuestra ha sido en los tiempos modernos la única nacion, que compitiendo en grandeza y poderío con los mayores imperios de las edades antigua y media, haya llevado, juntamente con su dominio, la verdadera civilizacion á remotas y dilatadas regiones, empleando en ello con mano pródiga todos sus elementos de cultura y de progreso, todos sus tesoros de vida y prosperidad, empresa y gloria imposibles á naciones que, como Inglaterra, solo han mirado en los países invadidos por sus armas un objeto de lucro y de granjería. El discurso del Sr. Cánovas ha puesto en evidencia con el debido esplendor estos merecimientos de España; ha mostrado cómo en Italia sostuvo con mano generosa y desprendida los intereses de la Iglesia católica, anteponiéndolos á sus particulares conveniencias; cómo defendió la silla pontificia, así en lo tocante á la supremacía espiritual como al dominio temporal, en una época harto crítica y calamitosa contra el poderoso torrente de la revolucion religiosa, cuyas olas amenazaban anegar aquel país, y arrastrar consigo derribada la cátedra de San Pedro; como siéndola forzoso conservar en aquella península sus armas y su dominacion por intereses políticos y religiosos, lo hizo con gran moderacion y templanza, tratando á sus moradores con amor y benevolencia, como á sus propios hijos y naturales, compartiendo con ellos equitativamente la honra y el provecho, y cediendo siempre de sus propios derechos y ventajas ante la autoridad del Sumo Pontífice, y el bien general de la Iglesia; cómo, en fin, conservó á ésta y á los demás príncipes y pueblos italianos sus fueros, prerogativas y consideraciones, sin otra excepcion que cuando estos mismos patrocinados y clientes de España, por miras y cálculos políticos que no necesitamos calificar, desconocieron sus beneficios y se coligaron con los enemigos de ella. Vindicó satisfactoriamente el autor de este discurso la política española en Italia de algunos cargos que, con mas pasion que verdad y justicia, se la han dirigido por los medios extremos á que tuvo que apelar alguna vez; pero solo, en verdad, en muy raras y supremas ocasiones, porque empeñada, sobre todas las cosas, en sostener los principios, la fué preciso hacerlos triunfar á todo trance, y mantenerse allí como campeón del catolicismo, á pesar de la oposicion de algun Pontífice, que alucinado tal vez por miras temporales y cálculos equivocados, no comprendia el detrimento que de ello podria seguirse á la causa de la Iglesia católica, en beneficio de los protestantes y otros encarnizados enemigos que á la sazón la combatian.

La idea cristiana y verdaderamente civilizadora que España hacia prevalecer en América, en África y en las aguas de Lepanto, desarraigando allá el paganismo y la barbarie, y quebrantando aquí el islamismo, aun fuerte y formidable con la prepotencia otomana; la idea que sostenia en Flandes y Alemania contra las terribles herejías que tanto estrago hacian allí; era la misma que amparaba en la península itálica contra la rivalidad francesa, y contra los adversarios de la fe católica y de la Santa Sede, numerosos y fuertes á la sazón. Y entre los medios grandes y meritorios con que España cumplia esta mision, mas gravosa, mas honorífica que útil materialmente para ella, bastará recordar con el nuevo académico uno solo que por sí basta para encumbrar la gloria de nuestros monarcas de entonces, que fué el haber tan poderosamente contribuido á reunir y llevar adelante el concilio general de Trento, para lo cual tantas dificultades tuvo que vencer, que ciertamente (y lo diré con las palabras del Sr. Cánovas) «á España corresponde la parte principal en aquella importantísima declaracion de doctrina, el mas poderoso esfuerzo moral que hizo el catolicismo en su propia defensa.» De este notable discurso se colige, pues, en honor de nuestra nacion, y para satisfaccion de cuantos aman su gloria, que ella en la peligrosa época de los reformistas é innovadores, de la pujanza del imperio turco y de otras borrascas y tempestades, fué el puerto de salvacion escogido por la Providencia, donde se guareció y halló abrigo la combatida nave de la Iglesia católica. Porque España no era capaz de aliarse con los enemigos de la Iglesia por intereses profanos, como lo hizo Francisco I con la Puerta, ni de abandonarla en los dias de defeccion y de prueba, en los cuales, como dice Leopoldo Rancke, «solo los españoles permanecieron fieles á la religion católica y á la corte de Roma,» ni de reportar otro premio de tantos afanes y sacrificios, que la honra de haber trabajado en pró de la religion y en gloria de la patria.

Contestó al discurso del Sr. Cánovas el antiguo académico y escritor distinguido D. Serafin E. Calderon, tan justamente celebrado por sus *Escenas Andaluzas*, su novela *Cristianos y Moriscos*, su *Manual del oficial español en Marruecos*, y otros notables trabajos literarios. Con la castiza y gallarda frase que le distingue, al par que con grandes conocimientos en el asunto, ilustró el período histórico de nuestra dominacion en Italia, añadiendo importantes y amenas noticias á las consignadas en el discurso anterior. Puso de relieve los grandes hechos

llevados á cabo en Italia por el heroísmo español, el desinterés de nuestra política, la moderación de nuestra conducta, que formaban contraste con la insolencia y mala voluntad de otros extranjeros; trazó con valientes rasgos la gigantesca figura del Gran Capitán que continuó y coronó gloriosa y felizmente la empresa ilustre intentada en el mediodía de aquellos estados por los ínclitos Reyes de Aragón; realizó la grandeza del pensamiento y de la misión providencial que unió á los nuestros con los destinos de Italia; y, por último, dirigió una mirada investigadora sobre la actual política que impera en aquellos pueblos, y las esperanzas deslumbradoras que estos columbran en un porvenir, quizás muy lejano. Pesó en la balanza de la razón los inconvenientes y las ventajas que se presentan para reconstituir en una gran nación la dividida Italia, sin deslumbrarse por la atrevida idea de la fusión que en provecho propio proyecta y vá realizando el rey de Cerdeña, antes bien considerando los gravísimos males que pueden surgir del aniquilamiento del poder temporal de los romanos Pontífices, por cuyo sostenimiento hizo tanto la previsión política de España. Manifestó con clara y sagaz perspicacia lo que perdería la misma Italia, lo que perdería toda la Europa occidental, el día en que decayese Roma de su verdadera é inmortal grandeza, debida exclusivamente al catolicismo y á la soberanía temporal de los Sumos Pontífices, y se rindiese derribado ese baluarte que, en varias épocas, excitando el interés y el apoyo de los príncipes cristianos, contrarrestó las invasiones de los turcos y otros bárbaros, que de otro modo hubieran desolado ese hermoso país, mal defendido por sus enflaquecidos y afeminados moradores. Observó ingeniosamente que todo cuanto se cercene al divino árbol de la Cruz latina, es añadirsele funestamente al Lábaro griego, « es arrebatar del Occidente elementos de vida, de fuerza y de resistencia, y donarlos con imprevisión y con locura á los poderes de Oriente, » peligro harto más formidable cuando incontrastablemente se acrecienta hoy en vigor, grandeza y fortuna el imperio de los Czares. Y cuando el que discurre con tal elevación de miras, pertenece á una nación que no ha abdicado aun el glorioso compromiso de sostener, juntamente con el poder y autoridad del Jefe de la Iglesia, la causa del catolicismo y de la independencia de los pueblos occidentales, debe elogiársele, porque conforme con nuestra política tradicional, busque el medio de resolver el problema de Italia, sin quebrantar en lo más mínimo el poder temporal del Vicario de Jesucristo.

Vemos, pues, con gusto que las tareas de los académicos de la Historia no se limitan á la mera investigación de los hechos que á la nuestra interesan, no se reducen á perfeccionar su crítica, sino que aplican á tan útiles estudios el espíritu político y filosófico con relación á la suerte y desarrollo de la sociedad humana, que es lo que verdaderamente les dá el carácter de ciencia, lo que les comunica mayor importancia é interés. Tal se nota en los discursos mencionados, y se notará también señaladamente en el que analizaremos después.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

---

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

### I.

#### *Diccionario general de Bibliografía española por D. Dionisio Hidalgo.*

Carácter es de las épocas de madurez literaria, de los tiempos en que la reflexión se impone para preparar nuevas evoluciones en la historia de los progresos del espíritu, la catalogación de los productos de épocas anteriores, llamando á juicio desde el tribunal de la razón á la experiencia, los ensayos y las tentativas de los representantes de la humana cultura para aquilatar por las riquezas allegadas sus generosas prestaciones y elevados merecimientos. Tal tendencia á contar, ordenar y disponer el material histórico es una muestra las mas veces de plenitud y abundancia de asunto, que se funda en una verdadera necesidad. En el estado actual de nuestra cultura son, por otra parte, muy pocas las cuestiones que no remontan á la antigüedad sus antecedentes, las ideas que aparecen como expósitas en la ancha esfera de la historia intelectual. Tratar un asunto trillado con la presuntuosa sencillez del que prepara grandes descubrimientos, señalar una observación superficial sobre el mismo punto que han iluminado otras inteligencias profundas, repetir, por falta de reflexión, un error desechado en el transcurso de los siglos, achaques son del genio anárquico de algunos escritores que, desconociendo estas necesidades, niegan la atención que merece el importante estudio de la Bibliografía. El cultivo de la Bibliografía en una literatura determinada, sobre la ventaja de anudar la tradición intelectual, elevando (que no interrumpiendo ó destruyendo) el edificio científico, tiene el doble interés de ayudar á conocer el progreso del ingenio nacional, al par que muestra en los demás países el aprecio en que los compatriotas de los escritores tienen

las obras de ciencia y arte, depositadas en los libros. Los pueblos griego y árabe, que no han sido sobrepujados por ningun otro en sentido patriótico y en amor á las glorias de su idioma, levantaron mucho tiempo ha monumentos grandiosos en el estudio de la Bibliografía. Las Bibliotecas de Focio y Suidas restos son que atestiguan el cariño con que los helenos se consagraron á la recension de sus tesoros literarios, mientras centenares de Bibliotecas árabigas, conservadas en nó pequeña parte, son honra de la cultura de esos siglos llamados bárbaros, por cuantos ignoran los servicios que les debemos. En el Renacimiento, la Bibliografía juntamente con la publicidad de los libros alcanzaron un aumento de importancia con la especie de solemnidad adherida á su reproducción por el arte tipográfico. Á ejemplo de las admirables bibliotecas de escritores latinos y griegos publicadas en Alemania y en Italia, cundió tambien entre los españoles el espíritu bibliográfico, levantándose en los trabajos de D. Nicolás Antonio á una altura que, si complace á todos los amantes de la erudición provechosa, llena de orgullo el ánimo entusiasta de todo buen español. Vinieron en pos los trabajos de Latassa y de Ximeno, los de Perez Bayer y de Casiri, los de Asso del Rio, Iriarte, Rodriguez y Amat, aportando todos documentos interesantes, caudal de noticias ignoradas, vallas contra la presunción del escritor indocto, fuentes de inspiración y de historia, laureles ganados para la corona de nuestra pasada grandeza.

La Bibliografía española, empero, necesitaba organización científica, y esta organización puede esperarla en mucho de los frutos de la Escuela de Diplomática, establecida poco ha en nuestro país, no menos que de los certámenes anuales que abre la Biblioteca Nacional para fomentar los trabajos en este ramo difícil de la literatura. Á la verdad, estos no se han mostrado siempre fecundos: los bibliófilos han empezado á desconfiar, no sabemos si con razón, del resultado de premios que han recaído alguna vez en trabajos que desconocen la historia de la cultura en la Edad Media hasta el punto de decir que los árabes no han enseñado nada á la Europa « porque eran bárbaros y soeces, » así como tambien en obras póstumas que pudieran haberse adquirido por otros medios, llegando á retraerse de tomar parte en estos concursos bibliográficos que escuchan día y otro repetir en los círculos literarios (con notable injusticia sin duda; pero con deplorables efectos) que estos premios se conceden con frecuencia á candidatos protegidos de antemano con el seguro de protecciones privilegiadas.

Afortunadamente, sin esos estímulos la Bibliografía se cultiva en España y, á falta de otros ejemplos, viene en apoyo de nuestra especie el *Diccionario general de Bibliografía española* que publica D. Dionisio Hidalgo. Esta obra, de la cual tenemos á la vista la primera entrega, comprenderá principalmente la exposicion por órden alfabético de las obras publicadas en los sesenta años primeros del siglo actual, un suplemento de las mas importantes de los siglos XVI y XVII, y dos tomos preliminares sobre la bibliografía de los siglos XV y XVI, de los cuales contendrá el primero la *Tipografía española* del P. Mendez. Empresa generosa que saludamos con entusiasmo y cuya grandeza aparece superior en muchos conceptos á lo que pudiera esperarse del esfuerzo individual. Si el intentarla solamente conquistaria simpatías á su autor, la manera con que ha empezado á darle cima es una esperanza para los amantes de las letras y una garantía de seguro éxito. Empezando por las obras de nuestro siglo, ha consultado sin duda la necesidad actual de mas momento en los aficionados; reproduciendo un libro que se va haciendo raro en nuestras bibliotecas, prestará un gran servicio para lo porvenir.

Continúe el señor Hidalgo en la loable tarea de librar del olvido los nombres de los modestos operarios del fecundo pensamiento español, que la Patria le deberá gracias por sus desvelos, sin que pueda faltarle en el público el merecido apoyo para sus recomendables trabajos.

F.

---

II.

*Del estudio de la ciencia política en España, carta á D. Calisto Bernal por D. Francisco de Paula Canalejas: Contestacion á esta carta por D. C. Bernal* (en los números 5.º del t. II y 2.º del t. III de la *Revista Ibérica*) Madrid: 1862.

Cuando el empirismo político corroe como un cáncer nuestra sociedad y arrasa el campo del derecho, dejando tras de sí como sus legítimos herederos la inmoralidad y el escepticismo, deber es de los espíritus

levantados cooperar al fortalecimiento de la doctrina, robusteciendo en el ánimo la fe de maduras convicciones y deducir racionalmente los principios reguladores de la vida social, desenvolviéndolos íntegramente en sus aplicaciones y consecuencias.

Por esto no podemos excusarnos de llamar, aunque sucintamente, la atencion de nuestros lectores hácia la interesantísima polémica que dos escritores ilustrados, ventajosamente conocidos del público, han iniciado en la notable *Revista* que, con general aprobacion y merecido éxito, vé la luz en la córte; polémica á que es imposible no atribuir una alta significacion, mas aun que por la autoridad de sus entendidos mantenedores y por la templada forma, aunque harto ligera y compendiosa, en que se ventila, por la necesidad universalmente sentida á que responde en cierto modo y por el interés de actualidad que ofrece, como una oposicion á disolventes máximas, no teorías, que, hallando eco en la indiferencia ignorante de un descreimiento vulgar y auxilio en ciertos accidentes pasajeros de nuestra época, se enseñorean de los gobiernos, usurpando el lugar de la ciencia política y aspiran á ensanchar todavía mas su dominio, perturbando funestamente la legislacion.

En dos grandes escuelas pueden clasificarse las opiniones relativas á la ciencia política, escuelas que se refieren asimismo á toda otra ciencia especialmente moral: la inductiva, crítica, experimental, práctica, y la deductiva, filosófica, racional, especulativa. Parte la una del hecho á la idea, procede la otra de esta al hecho: la primera fluctúa en la anarquía del subjetivismo, en la opresion de la fuerza, en la divinizacion del elemento accidental y variable: apóyase la segunda en la realidad viva y fecunda de un organismo de principios superiores, dotados de valor objetivo é indestructible, en la ley de justicia, en la apoteosis del fundamento esencial del derecho. Mas así como la primera de estas escuelas conduce rectamente al escepticismo, puesto que tanto importa considerar como variables las leyes en que se basan el órden moral y político como anularlas y contradecirlas, toda vez que así se destruye su carácter de inquebrantable solidez y eterna fijeza, del mismo modo la escuela propiamente filosófica, que se le contrapone, suele, en algunos de sus matices, propender al fatalismo histórico, matando á su vez el gérmen de la libertad humana y condenando el ejercicio mas noble de la actividad de nuestro espíritu.

À entrambas se imponen como una superior concepcion las tentativas que, principalmente en la época moderna y á partir de Leibnitz, se han hecho para fundar un sistema armónico donde se completen el antagonismo y aparente desarmonía de la razon y la experiencia, de lo sustancial y lo accidental, de lo ideal permanente y lo real histórico, de lo individual y lo objetivo, hallando su natural desenvolvimiento bajo una ley mas comprensiva que ha de ser, con todo, eminentemente deductiva y sintética: ensayo que tiene hoy sus mas notables representantes en el eclectismo galo-escocés y en el krausismo, quizá incompletos ambos y desacreditado con sobrada razon el primero, cuyos servicios, no obstante, todos reconocen: ensayo que en nuestra patria es justa gloria del mas filósofico de sus políticos y espera de él su desenvolvimiento completo y natural.

Como mantenedores de esas dos escuelas, empírica y racionalista, segun las llama el Sr. Canalejas, se presentan respectivamente el Sr. Bernal y él en el fecundo campo de la discusion científica. El motivo de esta polémica es la obra que con el título de *Teoría de la autoridad* publicó el primero de dichos señores hace ya algun tiempo. Segun el Sr. Canalejas falta en el libro de su cortés adversario una concepcion sintética y filosófica del derecho, afirmando, con harta razon á nuestro modo de ver, que no puede aceptarse la que este define como «potestad de gobernarse á sí mismo por medio de la inteligencia,» puesto que tal potestad (libertad) es una generacion del derecho y no el derecho mismo. Para el Sr. Canalejas la nocion del derecho se deriva de las cualidades de la naturaleza humana, y es condicion mediante la cual se gobierna el hombre con arreglo al conocimiento racional de su ley biológica. Bajo tal concepto, de cada facultad humana procede dialécticamente una libertad, como medio de accion para el cumplimiento del derecho.

Esta deducccion del derecho, que recuerda la de la escuela de Krause, no es enteramente admisible y aparece, segun nuestro sentir, en cierta contradiccion con el carácter superior y elevadamente comprensivo del derecho, que, si relacionado en sus aplicaciones con los fines particulares de la vida humana, es en su principio y fundamento, no una generacion de las exigencias de nuestra naturaleza, sino una norma reguladora á que estas deben atemperarse: aun el mismo Sr. Canalejas nos parece contradecirse tambien, dando antes al derecho una realidad superior é independiente de la voluntad individual, verdad exac-

tísima esterilizada por la confusion que comete ahora del principio de derecho con sus aplicaciones prácticas y sociales.

Viniendo de aquí á la debatida teoría de la soberanía nacional, el digno director de la *Revista Ibérica* la rechaza, no reconociendo otra soberanía que la de la razon, y negando pueda ser derecho cuanto el pueblo consigne como tal. Y en esto se muestra altamente acertado. Error vulgar, arraigado fuertemente en entendimientos frívolos, que creen tener títulos á comprenderlo todo sin pensar en nada, es el de pretender que cada órden de ideas, cada serie de determinaciones científicas aparezca aislada, reducida á un corto número de apotegmas, formulada en unos cuantos principios de inmediata utilizacion práctica. Fatigan tales ánimos las deducciones sistemáticas que el verdadero concepto de la ciencia exige, enójanles sus amplias exposiciones, les turba el encadenamiento orgánico de sus verdades y, como si pudiera darse un solo ramo de nuestros conocimientos, cuya existencia, segregada de los demás, pudiera desenvolverse cumplidamente sin acudir al auxilio de relaciones superiores comunes á todas las direcciones del saber humano, no se explican que un estudio tan positivo como el de la legislacion busque su raiz en la metafísica, y que á lo ideal y abstracto de ésta se acuda para explicar cosas tan reales como la historia, tan precisas como las cantidades, tan materiales y concretas como los astros, los minerales y las plantas.

En estos espíritus perezosos (con los cuales no es ciertamente nuestro ánimo confundir al señor Bernal) ejerce un poderoso atractivo la doctrina que fija en la nacion la soberanía, basada en nociones vulgares, sencillas, al alcance de todo el mundo y para las cuales no se hace indispensable recurrir á las altas especulaciones de la razon. Sensible es confesar que en nuestro país, pálido reflejo con harta frecuencia de extranjeros errores, haya avasallado este principio á inteligencias elevadas, á hombres de Estado distinguidos, á oradores elocuentes, á publicistas reputados; la soberanía nacional, digase lo que se quiera, no es, como acertadamente alega el señor Canalejas y han consignado antes de él eminentes repúblicos, sino un grito de guerra lanzado contra la soberanía de derecho divino. Semejante principio parte de una base errónea, la autonomía del individuo; conculca y destruye las verdaderas nociones del derecho y la soberanía, y lleva directamente al cesarismo despótico, infausta encarnacion de ese ciego imperio de la muchedumbre. El individuo no es autónomo, segun deduce recta-



mente el ilustrado catedrático de Valladolid, ni siquiera en las leyes de la conciencia, que existen, como el derecho y el deber, independientes, y aun á pesar de su voluntad; ni es cierto que los derechos humanos puedan ser absolutos pues «la limitacion, dice un político, es el carácter fundamental del derecho..... como quiera que un solo derecho absoluto absorberia y destruiria todos los demás.» «Lo absoluto del derecho, exclama el mismo en otro lugar, solo reside en Dios.» De aquí que si el individuo no es ley de sí, no pueda serlo la humanidad tampoco, como quiera que la soberanía social no es otra cosa que la suma de las soberanías individuales. Pero aun hay mas: la soberanía nacional falsea por completo, en nuestro concepto, la idea del derecho, toda vez que se niega la realidad objetiva y permanente de este, y se sujeta al capricho individual y á la arbitrariedad sin freno de las masas. Nada exageramos en esto: el Sr. Bernal no vacila en afirmar que lo que la voluntad nacional declara como justo es imposible deje de serlo, puesto que la sociedad no puede obrar contra justicia sino, en todo caso, por falta de conocimiento; contradiccion, en nuestro sentir, notable y evidente, que se encuentra ya en el *Contrato social* del publicista ginebrino. Claramente se anula aquí la noción del derecho; y la justicia (definida *omnium consensus*), el bien, el mal, el error, dependen de una relacion variable, de la inconstancia de las mayorías y, en último término, de la tiranía brutal de la fuerza. Y no se objete contra este aserto pretendiendo, como gran parte de los eclécticos hacen, amalgamar la doctrina de la realidad del derecho con la de este peregrino sistema, pues así se conculca por completo la verdadera noción de la soberanía, que viene á reducirse á una palabra vana, desprovista de todo sentido. La idea de la soberanía, y su mismo nombre lo indica sobradamente, no tolera otra superior, mediante la cual se determine su recto uso y la equidad de sus actos: si á la soberanía popular solo es dado obrar bien sometiéndose al imperio de la justicia, no puede legitimar sino lo que es ya en sí legítimo en virtud de otra ley; y ¿qué soberanía es esa, que se prosterna al juicio de un tribunal que puede revocar sus fallos? Ser soberano es mas que ser independiente, es ser ley única de sí con derecho á imponerse en perfecta supremacía: soberano y dependiente, voluntad reguladora y actividad dirigida, no pueden aliarse ante ese mismo sentido comun, con que tantas preocupaciones antifilosóficas se pretenden disculpar.

Y si infundada y corruptora es esta doctrina en la esfera especulativa

del derecho, no lo es menos en la region práctica de la política. Donde quiera que la hemos visto imperar, ha comenzado por la anarquía para terminar en el despotismo; la aclamacion (¡ hagámosle César ! ) que en una de sus magníficas tragedias (1) pone Shakspeare en los labios del pueblo romano, embriagado de adoracion por el tiranicida Bruto, contendrá siempre una verdad profunda, adivinada por el genio y palpitante en la historia. Entre muchos ejemplos, alguno de los cuales subsiste todavía como una leccion viva que confirma históricamente la verdad de estas deducciones, en la edad moderna se nos ofrecen Cromwell y Napoleon como encarnaciones del absolutismo individualista: de igual suerte vemos á Sièyes abogar por la desmedida centralizacion que arruina hoy la Francia, aspirando á destruir el germen de los intereses tradicionales y las libertades de la municipalidad y la provincia; y en nuestros dias, al individualista Lammenais llevar la infalibilidad política y la supremacía temporal desde los piés de Gregorio XVI, que la rechaza, al anarquismo de la plaza pública, y entregar, mediante el sufragio universal, á la fuerza omnipotente de su bastarda mayoría el imperio de la legalidad y del derecho.

Y es en vano que el Sr. Bernal pretenda que debiendo concederse la soberanía á la razon, segun el Sr. Canalejas, hay precisamente que otorgársela al hombre, único ser racional entre todos los seres finitos de este mundo, y, por tanto, á la sociedad á fin de que imperando la razon general se procure y obtenga la felicidad de todos. Prescindiendo de la imposibilidad de fijar lo que deba entenderse por esa razon general, que no es la conciencia comun, y los medios para determinarla; aceptando por un momento la frase, quizá inexacta, de soberanía de la razon, no va envuelta ciertamente en esta la de autonomía ni soberanía nacional, toda vez que por razon creemos se entiende aquí la ley racional del derecho comprobada por el entendimiento y atestiguada por la conciencia, de ningun modo la razon individual abandonada á esas pretendidas y misteriosas inspiraciones.

Dejando ya, en fin, esta cuestion, que no tratamos sino incidentalmente, y sobre la cual nos reservamos volver quizá en ocasion mas oportuna y con mayor detenimiento, hagámonos cargo de los últimos puntos sobre que versa la interesante polémica que nos ocupa.

---

(1) La muerte de César.

Concluye el Sr. Canalejas afirmando, respecto á la constitucion de la autoridad, que no basta determinar quién haya de ejercerla, sino el fin para que deba ejercerse y de aquí el desden que manifiesta hácia toda constitucion política, que reputa infecunda y precaria.

Sobre este último punto disentimos del entendido escritor. Sin participar nosotros de ese entusiasmo que el formalismo político excita en algunos de nuestros partidos y que nos mantiene hace medio siglo en un estado constituyente: sin asentir á la doctrina de la omnipotencia de los legisladores, no podemos, con todo, admitir que sea cosa de poco momento é indiferente el determinar las bases y organizacion de los poderes públicos. Si la legislacion en todas sus manifestaciones debe tener en cuenta las necesidades históricas y variables de la sociedad que ha de regir, conformándose á su modo de ser especial, jamás deben entregarse los principios morales y positivos, reguladores de las funciones políticas, á la irregular elaboracion del tiempo que, si realiza en su totalidad el plan divino de la Providencia, consagra por el momento tantos desaciertos, consolida tantas injusticias, mantiene tan funestos errores. Corregir una direccion viciada de las fuerzas sociales; deducir los principios sanos de la ley inmutable en el orden íntimo, separándolos de las aberraciones á que da origen la libertad moral; asentar sobre sólidos fundamentos las funciones del Estado y las relaciones públicas de la vida, adelantándose á la obra de los siglos y cooperando á la realizacion del destino humano, objetos son de la mas elevada importancia, y si por acaso las costumbres concluyen tras de luengas oposiciones y siglos por crear esas leyes, deber es de los legisladores, evitar penosas dilaciones y perturbaciones dolorosas, aplicando con discrecion los principios racionales del mundo moral, sin doblegarlos al culto de los hechos y al éxito santificado. Errada, así pues, nos parece la opinion del Sr. Canalejas, en la que muestran sus huellas y extravíos el fatalismo de las escuelas histórica y hegeliana.

No es mas exacta la consideracion que el Sr. Bernal hace de la ciencia en general y especialmente de la política.

Para este escritor solo merece el nombre de ciencia el sistema que no admite como verdad sino lo que demuestra el raciocinio y la experiencia confirma; y aun cuando en esta determinacion se empequeñece la idea de la filosofía, como quiera que no todas las verdades metafísicas, ni aun de ninguna otra ciencia, son experimen-

talmente comprobables, fuera menos grave su error si, deteniéndose aquí el defensor de la autonomía, no aventurase especies menos moderadas y admisibles que revelan una propension al empirismo, mas propia de los tiempos de Bacon y Condillac que de una época tan predominantemente deductiva como la nuestra. Partir de un hecho para indagar sus leyes ó razon de ser; negar toda legitimidad científica á la teoría pura que deja á un lado por completo la experiencia; conceder una importancia superior al método práctico y experimental que por el contrario prescinde enteramente de la especulacion, establecer que no puede la filosofía dictar reglas á la autoridad (palabra que además confunde con la de soberanía); divorciar la idea del hecho, la ciencia y la vida práctica, son principios que, á mas de envolver deplorables preocupaciones, se reconocen como propios y característicos de la escuela experimental é inductiva, del empirismo. Para rechazar, pues, segun lo pretende el Sr. Bernal, la nota de empírico, debiera abandonar primero esas gastadas doctrinas, infecundas en el orden intelectual y anárquicas en la region de la política.

Y ciertamente que tampoco es propio de un publicista liberal admitir que deba la autoridad ser el fundamento de toda constitucion social, pues el derecho, segun lo ha demostrado profundamente un genio elocuente, se desenvuelve en dos entidades, el poder y la libertad, ambas necesarias para el mantenimiento del orden humano y ¡ay de la sociedad en que no concurren fundamentalmente la libertad con el gobierno, la autoridad y el orden con la igualdad moral y la actividad independiente! Á resolver este dualismo, que como todos reconoce una solucion armónica bajo la ley de un principio superior, el derecho, donde se funde y sintetiza, van encaminados, especialmente desde Kant, que no ha dicho, en verdad, la última palabra, los pasos de la ciencia política moderna.

Señalaremos, en fin, para concluir esta difusa reseña, como otro de los mas trascendentales errores del Sr. Bernal el de dar por objeto de la sociedad y el derecho la prosperidad de los asociados individual y colectivamente: disolvente principio que, sustituido al de la perfeccion y cumplimiento del destino humano, ha justificado y servido de escudo, desde las mas remotas edades, á todas las groseras superficialidades del materialismo y á todas las abominables corrupciones de la tiranía.

FRANCISCO GINER.

III.

*Blanca, leyenda por D. T. de Rojas. — Granada: 1862.*

El sentimiento de lo bello, si anublado y pervertido en determinadas épocas, subsiste imperecedero en el alma humana, donde está encarnado como una aspiración constante hácia Dios, como una intuición misteriosa, que despierta en nuestro espíritu limitado la imagen de lo infinito.

Por eso cuando la poesía moderna, extraviada por humoristas sentimentales ó por pálidos imitadores de la mezquina realidad de nuestra vida, apenas si hallaba entre el confuso ruido de sus discordes acentos un canto de inspiración verdadera, brotado espontáneamente del corazón, que levantase el hombre á la contemplación de lo ideal en el mundo superior de la fantasía; cuando concitaba, por sus delirios, en contra suya todos los elementos de prosa que acumula el sentido común y todo el escepticismo desdeñoso de un vulgo frío y material; cuando hacia revivir y casi legitimaba ese árido pseudo-clasicismo que intenta regenerar el arte haciéndole respirar el polvo de las ruinas, ella sola, la poesía, sacando de sí misma aquella energía de vida que la hace resistir incólume al torrente de los siglos y triunfar de las crisis mas tremendas, deja oír en el revuelto campo de tanta inútil lucha ignoradas armonías, acentos inesperados, y sorprende con nuevas galas á los que dudaron un momento de la inmortalidad de sus destinos.

¿Qué acentos eran esos, qué espíritu, superior al espíritu galvanizado del paganismo, la impulsaba á romper sus cadenas y recobrar sin auxilio extraño aquel pristino brillo, aquella altiva mirada que, excediendo á la del águila, penetra en lo mas recóndito de las cosas para revelar toda la pureza de su invisible esencia?

Es que por ley inflexible de la historia, que revela el providencial mantenimiento del mundo, el bien y el mal, lo hermoso y lo deforme, la verdad y el error, se suceden perpetuamente en el imperio de la humanidad. Así era forzoso que, despues de funestas perturbaciones, volviera el arte por excelencia á la inalterable calma de su natural desenvolvimiento; los tiempos de corrupción han pasado: los tiempos de

redención han venido. El fuego, largo tiempo ahogado y oculto, brilla ya sobre el ara, y á su luz palidecen y se borran tanto fatuo relámpago, tanta gloria mentida, tanto vano oropel, tanta osada profanación. Al fin la poesía, despues de rastrear humilde por el suelo, halagando todas las pasiones mezquinamente, cortesana de todos los placeres, esclava afeminada de todos los dolores, desata sus materiales lazos y, arrancándose de su servidumbre, comienza á elevarse á la region serena, á la atmósfera superior, donde solamente puede responder á todas las grandes aspiraciones y satisfacer todas las nobles necesidades.

Porque ese arte divino, abandonando triviales conquistas, en vez de ser instrumento dócil en cuyas cuerdas haya cantos para todos los antojos, se reconoce como actividad libre que lleva en sí su fin propio: porque, en lugar de circunscribirse en determinados espacios, siente que ha de fundir lo universal y lo particular, correspondiendo á lo que tiene de mas general la humanidad y de mas característico el individuo; porque comprende que no ha de alejarse del vulgo haciéndose erudita, y que no ha de alejarse de los eruditos haciéndose vulgar: porque concibe, en fin, de verdadera misión y, levantándose sobre la contemplación ordinaria, tiende á idealizar el mundo reproduciendo su sustancialidad, bajo el concepto de belleza, en una forma pura, fiel en su esencia, natural en su exterior, elevada y sencilla, profunda y clara, sabia y popular: en una forma que venza todas las desarmonías, que realice todo lo incompleto y ofrezca al hombre en toda la grandeza de su ser, estirpando todas las miserias de su finitud.

De este modo la poesía (mas verdadera, en cierto sentido, que la ciencia) crea en sus concepciones tipos, que sintetizan en un carácter personal todo un órden de ideas, y si las galas con que los adorna rara vez se encuentran unidas en la realidad, nunca puede hallarse en esta la plena libertad que respiran.

Y nótese de camino cómo la poesía popular, esa inmortal epopeya todos los siglos, que ha inspirado desde Homero, y antes de Homero, á todos los grandes poetas; ese nombre que escarnecen algunos, que muchos ensalzan, que todos pronuncian y muy pocos entienden, vuelve á ejercer hoy una influencia marcada en la literatura, en mal hora divorciada de su espíritu. Si no siempre puede esa expresión, la mas directa y legítima del genio de los pueblos, imponerse como un modelo en su tosca incorrección y rústico desaliño, jamás ha reconocido rival en las frías elucubraciones del gabinete y siempre ha conservado el

arca santa de las tradiciones, que artísticos alineadores de palabras menospreciaban y daban al olvido.

Este es, en nuestro sentir, el carácter que en la actual evolucion de la literatura cumple reivindicar á la poesía: esta es, asimismo la significacion de la bellissima leyenda, cuyo título encabeza estos mal aderezados renglones. Pensamiento elevado y llano, á un tiempo ideal y positivo, bello sin aparato, es una aspiracion melancólica, que como un cristalino rio, no se estanca en los estériles diques de vagas lamentaciones, sino que prosigue su curso majestuoso hasta perderse en el Océano de lo infinito.

Bajo el concepto poético, *Blanca* es, pues, una creacion encantadora, cuyas deliciosas armonías anuncian la regeneracion de la mas encumbrada entre las artes; en el sentido filosófico, *Blanca* es la representacion de la esperanza humana, nacida en el dolor y nunca satisfecha en esta vida: la imágen de esos mentidos oasis que al ansia de reposo del viajero cansado finge el sol al reverberar en las cálidas arenas del desierto.

En la relacion moral, *Blanca* es la apoteosis de la virtud, que no puede tener un fin meramente humano y se eleva á Dios, como su único término, como el fin racional y propio de su destino.

Mas ni esta moral ni esta filosofía, que pueden deducirse de la leyenda que nos ocupa, se encuentran propinadas en la forma prosaica y doctrinaria en que hoy, confundiendo órdenes tan diversos como los de la ciencia y el arte, suelen ingerirse en las obras meramente bellas; sino que naciendo instintivamente en el desenvolvimiento de las situaciones y caractéres, se hallan latentes en estos, no explicadas con intencion didáctica; su filosofía es, pudiera decirse, filosofía del corazon, no de la inteligencia; su moral está mas bien presentida que intercalada y aguarda que el moralista la desentrañe. Todo cuanto es ajeno de la fantasia y propio de la razon, si está allí, no se ha puesto y brota espontáneamente de la fuerza misma de las cosas.

No todo, sin embargo, guarda la proporcion debida en esta leyenda: si, creacion del espíritu humano, no le era dado llevar el sello de una absoluta perfeccion, pudo el horaciano *saepe stilum veritas* acercarla á ella mas; pero no bastan unas cuantas incorrecciones de forma y algun descuido en los accidentes á empañar de un modo digno de mayor

censura la tersa limpidez del fondo, poéticamente concebido y ejecutado con frescura y valentía.

Lo decimos una y mil veces: nunca se alabará bastante la restauracion de que *Blanca* es inequívoco y brillante signo. Un no escaso número de ingenios de nota la presagian, la inmensa mayoría la espera, solo los depravados adeptos de una cultura amanerada la temen y desoyen. En vano se predicará con los preceptos si no se practica en las obras: nosotros, que carecemos á la vez de autoridad para hacer aquellos eficaces y asegurar á estas la universal estima, solo podemos rendir un tributo de asentimiento y simpatía á los que inauguran una nueva era para las letras patrias y, en excesivo pago de unas cuantas líneas, asociar nuestro modesto nombre como admiradores á glorias que no pudiéramos conquistar como poetas.

F. GINER.

1861), verdaderamente apreciable por su doctrina y por los preciosos datos de historia y bibliografía musical que contiene.—X.

## VARIEDADES.

El fondo de la música alemana es el cuarteto, bajo cuya denominación se entiende en general toda sinfonía ejecutada en varios instrumentos de cuerda, ya sean cuatro, ya dos ó tres, cinco, seis, etc.; lo importante para distinguir el cuarteto de la sinfonía á orquesta es que en él solo haya un instrumento para cada parte. Este género de música es esencialmente alemán; Haydn, Mozart y Beethoven señalan sucesivamente la determinación de su forma, su desarrollo y su perfección.

El cuarteto es igualmente el tipo fundamental de la música moderna, donde se desenvuelve por sí mismo y con sus propios recursos y donde la melodía, modulándose á sus anchas, se repite, varía, se transforma, juega en mil combinaciones imposibles de adaptar á la voz y, sobre todo, á la acción dramática. En los géneros que el canto contribuye á formar, se halla mas ó menos coartada en su libre vuelo por la letra; en el cuarteto, por el contrario, reina y brilla sola. Así, solo gustan de esta clase de música los verdaderos aficionados: la mayoría del público á quien atrae mas la canción que la melodía no goza y aun llega á aburrirse en ella. Placer de verdaderos iniciados, solo á ellos está reservado su goce; mas por otra parte, á todo el público aprovecha indirectamente, porque la influencia de estos ejercicios se extiende y obra saludablemente sobre los compositores dramáticos. Solo á fuerza de escribir obras de salón llegó Mozart á despojar su música teatral de las cortas proporciones usadas antes de sus reformas, desenvolviéndola en las variadas y hermosas formas que todos conocemos. En todas sus obras se adivina al compositor de cuartetos, y para no citar mas que dos ejemplos, el bellissimo terceto del acto 2.º de *Don Juan* y el quinteto admirable del primer acto en la *Flauta encantada* son verdaderas piezas *di camera* con letra.

Mr. E. Sauzay ha dado á luz últimamente una excelente obra sobre este género (Haydn, Mozart, Beethoven, *Étude sur le quatuor, Paris*,

El arte está de enhorabuena, si es cierto el contenido de una correspondencia extranjera.

Dice en sustancia, que el arquitecto inglés M. Straek, individuo de la comisión arqueológica enviada á Atenas, acaba de descubrir el antiguo teatro de Baco, en la pendiente meridional del Acrópolis. Á los ocho días de inútiles esfuerzos, y casi perdida ya toda esperanza, se descubrió el primer peldaño de una escalera notable.

Era el 22 de Marzo.

Poco á poco se fué descalzando y despejando toda la línea, á una profundidad de diez y siete pies ingleses.

Á pesar del estado en que se hallan los ánimos, Atenas dió al caso toda su legítima importancia. Se trata nada menos que de los restos del teatro griego mas antiguo.

Á continuación insertamos un ligero resumen de los individuos que componen las Cámaras legislativas de España, Inglaterra, Bélgica y Francia.

|                                                  |                                            |             |
|--------------------------------------------------|--------------------------------------------|-------------|
| ESPAÑA. . . .                                    | <i>Senado</i> . . . . .                    | 220         |
|                                                  | <i>Congreso de los Diputados</i> . . . . . | 349         |
|                                                  | <b>Total de representantes.</b>            | <b>569</b>  |
| INGLATERRA. <i>Cámara de los Pares</i> . . . . . |                                            | 468         |
|                                                  | » <i>Comunes</i> . . . . .                 | 615         |
|                                                  | <b>Total de representantes.</b>            | <b>1083</b> |
| BÉLGICA. . .                                     | <i>Senadores</i> . . . . .                 | 58          |
|                                                  | <i>Diputados</i> . . . . .                 | 116         |
|                                                  | <b>Total de representantes.</b>            | <b>174</b>  |

|                  |                             |     |
|------------------|-----------------------------|-----|
| FRANCIA. . . . . | Senado. . . . .             | 168 |
|                  | Cuerpo legislativo. . . . . | 276 |

Total de representantes. 444

(De la *Rev. gen. de Estadística*.)

El Sr. Director general de Instrucción pública piensa, en efecto, según parece, en que á la expedición española á las aguas del Pacífico se agregue una comisión científica para hacer estudios y observaciones, explorar las costas, los diversos reinos de la naturaleza y los usos y costumbres de los primitivos indígenas.

(Del *Sem. Pop.*)

Así como en todas las tiendas y almacenes europeos se sirven de papeles impresos para envolver los géneros que despachan, en China sucede todo lo contrario. Allí recorren las calles bonzos piadosos, recogiendo cuantos pedazos de papeles encuentran por el suelo para quemarlos, temerosos de que sean profanados.

(*Idem.*)

## ERRATAS.

En el número 6.º, pág. 172, línea 26, donde dice *anteceda* á la prosa, debe decir *no anteceda*.

En el mismo número y pág., línea 51, donde dice *Cantigas*, debe decir *Querellas*.

En el número presente, pág. 251, línea, 4.ª donde dice *aparece* á los seres creados, debe decir *aparece en los seres creados*.

El Secretario de la Redacción,  
T. DE ROJAS.

---

El Editor responsable, D. Mariano Martínez de Castilla.

---

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

---

# ESTHÉTICA.

---

(*Continuación*).

LO BELLO, EN LA CONSIDERACION PURAMENTE OBJETIVA.

## III.—LA FORMA DE LO BELLO.

Fuera de Dios, realidad absoluta y suprema, la esencia se realiza limitadamente en los individuos, los cuales no desenvolverían la inagotable riqueza de sus determinaciones sin el concurso y relación con otros seres.

En efecto; consideremos un individuo humano cualquiera, concibamos en él la esencia propia comprendiendo las esencias inferiores y elevada á conciencia y personalidad, imaginémosle finalmente obrando por sí en la existencia de su esfera; pero sin tiempo, lugar, coexistencia de otros seres, ni influencia de ninguna clase: este ser que solo hipotéticamente podríamos pensar como vivo, sería de una frialdad matemática, monótono y seco. Nada se encuentra aislado en el mundo; las relaciones accidentales son el cuadro donde se diseña la vida del ser: cuanto mas desnudo aparece un individuo de circunstancias interesantes, cuanto mas aislado esté de las influencias exteriores, tanto mas crece dentro de su individualidad la limitación de su existencia.

De tales condiciones en los seres nace su forma determinada, que

resulta de la accion de lo exterior sobre lo interior en momentos particulares.

La consideracion de este concepto nos interesa aquí mayormente, por cuanto sobre la manera limitada de mostrar cada individuo su clase, puede añadir su forma de ser propia y relativa una riqueza de pormenores, que compendia en los objetos bellos la accion multiplicada y compleja del mundo exterior sobre la totalidad de propiedades que constituyen el individuo. Un animal cualquiera, por ejemplo, puede parecer inclinado al descanso ó á la actividad, jugando, saltando, irguiendo las orejas, dejándolas caer sin salir de su individualidad propia; en ella permanece todavía un perro cuando se tiende, mueve las narices, cruza las patas, etc.; pero la relacion del tiempo, del lugar, del calor ó del frio, de la oscuridad ó de la luz, añade cierta peculiaridad á las posturas que el pintor de animales debe observar y utilizar si quiere dar vida á sus cuadros.

Por eso es una ley necesaria en los objetos hermosos la de sus relaciones con el medio comun en que viven, aunque pueda á veces estar en contradiccion y lucha esta accidentalidad exterior con la realidad propia é íntima de un individuo. De aquí resulta tambien, que pues la regla dada por la esencia y la determinacion esencial dada por la accion de los objetos exteriores, se reunen ambas en la forma, no cabe, bajo este respecto, dar ninguna determinacion precisa, como signo ó medida de la Belleza.

¡Y sin embargo, se ha querido medir con la escuadra lo hermoso, que siendo en el fondo espiritual é interior, como el agua del rio suele aparecer en el cauce de la forma, pudiendo ocultarse y desbordarse; se ha llegado tambien á pensar en un cánon para la hermosura del hombre, juzgando que bastaba explicar nuestras relaciones de medida exterior para producir lo Bello! Sin llegar á tal extremo, la mayor parte de las doctrinas y reglas de la Belleza, fundadas en la forma, están basadas en relaciones mudables, con olvido de la base interna esencial y permanente de lo Bello; proceden, pues, de fuera á dentro, en lugar de proceder de dentro á fuera; y si algunas en escaso número parecen indicar que la hermosura consiste en la penetracion de ambos elementos, el interno

esencial y el externo formal y relativo, observamos en unas, distinciones y reglas demasiado estrictas, y en otras demasiado altas y vagas, como se verá mejor siguiendo brevemente estas teorías formalistas en su orden histórico.

De las doctrinas estéticas de Platon y Aristóteles, resulta claramente que lo Bello consiste en la unidad en lo diverso, expresada por orden, proporcion y límite determinado. Esta explicacion peca por demasiado lata. Platon no ha usado precisamente la expresion unidad en la variedad, pero habla de la relacion entre lo uno y lo múltiple. «Lo uno, dice en el *Filebo*, es la idea; lo múltiple su oposicion, ó sea la materia infinita en que se realiza; entre ambos elementos, se concibe el límite que da á lo ilimitado número y medida.»

En el mismo pasaje cita la Música como ejemplo de esta relacion, poniendo en la simetría y en el orden la ley formal de la Belleza.

De modo semejante coloca tambien Aristóteles los caracteres de lo hermoso en la *taxis kai summetria kai to arismenon*. Estas palabras, citadas por Müller, (*Historia de la teoría del arte entre los antiguos*, t. 2.º, p. 97) encierran una explicacion mas precisa, pero todavía insuficiente. Refiriéndose á la accion de la tragedia, amplía Aristóteles esta consideracion en la *Poética*, exigiendo un orden orgánico, en el cual ninguna parte pueda alterarse, una simetría, que sea relacion numérica y opositiva de las partes en su armonía con el todo, y un todo necesariamente limitado, cerrado y medido. De Aristóteles procede además la ley de exigir una magnitud determinada, no solo en la tragedia sino en todo lo bello. «Lo hermoso, dice, (*Poét.*, cap. 7) no debe ser demasiado pequeño, porque no muestra bien á la contemplacion su carácter y esencia, ni demasiado grande, porque la contemplacion no sería posible.»

Cortado el progreso de estas indagaciones por la decadencia literaria y filosófica que siguió á las conquistas de Alejandro, vuelve á reanudarse bajo la influencia cristiana, que realizando lo invisible sobre lo visible, favorecia las altas ideas y las especulaciones metafísicas.

Desde el principio de la nueva edad, Plotino, entre los gentiles,

y entre los cristianos el santo obispo de Hipona, continúan en la deducción teórica de la hermosura los trabajos de los filósofos griegos. Mas ¿qué mucho que no dieran grande estimación á la forma, cuando la idea viva estaba trasformando los hombres? San Agustín indica, no obstante, que toda la forma de la hermosura está en la unidad; observación de importancia, si la palabra forma tuviera siempre en sus escritos el mismo valor que para nosotros; pero que pierde su interés, cuando siguiendo las huellas de Platon, entiende esta unidad como exclusivamente percibida por el alma, á la cual sirven los sentidos solo de intermediarios.

Desgraciadamente la aurora anunciada por la filosofía de los Santos Padres, no pasó en muchos siglos del crepúsculo.

La Edad Media vino á eclipsar sus luces, interrumpiendo con sus propias creaciones los crecimientos de las doctrinas legadas por la antigüedad clásica. Solo pudieron proseguirse sistemáticamente las indagaciones sobre la forma de lo Bello al alumbrar el día del Renacimiento.

Apareciendo éste en general como una continuación de la antigua cultura, caminó decididamente á la rehabilitación de la forma, tendencia que, produciendo un rápido progreso en las artes figurativas, inclinó á distinguidos artistas y escritores, Durero, Vinci, Sandrart, Vignola, Rubens y otros, á encerrar en determinaciones puramente formales el carácter de la hermosura.

Campo mas ancho abrieron ante sí los estéticos ingleses, aunque fijando en medidas determinadas, líneas, superficies; etc., ó en la acción de lo exterior sobre los sentidos, los caracteres de lo Bello, cayeron tambien en una determinación muy circunscrita y bajo otro aspecto demasiado vaga por comprender elementos extraños á la Belleza.

Aplicando Hutcheson (*Enquiry into the origine of our ideas of beauty and virtue*, 1739) á la forma la unidad en lo vario de la escuela platónica y aristotélica, funda la Belleza en la regularidad, simetría y proporción de las partes, segun se considere el ser inorgánico, el orgánico, ó el hombre. Esto no le impide, sin embargo, afirmar que la simetría y la proporción, en el sentido geométrico,

son solo el esqueleto de la hermosura, en el cual debe jugar además libremente la línea ondulante; mas por cuanto olvida señalar la ley de esta línea, hablando con mucha naturalidad de la Belleza en seres matemáticos, incurre tambien en los defectos de una determinación mecánica.

Hogarth evita este error, concibiendo (*Analysis of Beauty*, 1753) la determinación formal como condición, no base, de lo Bello. Sin embargo, en las aplicaciones habla todavía de lo uno, múltiple y regular en el sentido matemático, y aunque presente en su teoría de la línea ondulante la libertad de la Belleza por el movimiento de las relaciones, limitando la consideración á las artes de dibujo, en vez de seguir la combinación de ambos elementos en la música y la poesía, adelanta muy poco en la cuestión verdadera.

Supera en mucho á estos ensayos el que con el título *Enquiry into the origine of our ideas of the sublime and beautiful*, publicó Burke en 1757. Filósofo de observación exquisita y profunda, ha desenvuelto Burke pensamientos importantes, utilizados despues por Kant, bajo plan mas sistemático, en la *Crítica del Juicio*. Segun él, la proporción no expresa belleza, sino esencia general ó género; la desproporción solo indica limitación particular ó especie. El hombre y la mujer son relativamente bellos, aunque su proporción varía; tal figura bien proporcionada, segun la observación de Plotino, puede ser fea, como un cadáver, y tal desproporcionada, bella, como una mariposa; no es, pues, la magnitud con sus relaciones, ó sea la proporción, sino la cualidad ó el carácter el fundamento primordial de la Belleza. Lo opuesto á lo Bello no es por tanto la desproporción ni lo deforme, sino lo feo. La Belleza, en suma, es una fuerza positiva; la proporción de las partes solo una condición negativa en cuanto excluye defectos. Un jorobado como deforme, es feo, pero un no jorobado solo por carecer de esta deformidad, que le separaría de las condiciones generales, no puede ser llamado hermoso. La simple medida solo interesa á la inteligencia; mas «el sentimiento oscuro de lo Bello no atiende á cálculo ni á geometría»: afirmación no del todo exacta, porque en el sentimiento estético se encierra, aunque en una forma inconscia, medida; de



modo, que si la proporcion no es la Belleza, no es algo extraño á ella, sino uno de sus elementos. Bajo la categoría de la relacion al fin, ó sea la finalidad, desenvuelve Burke (seccion 67) pensamientos casi kantianos. «Para hallar bello un objeto, dice, no es necesario conocer de antemano el fin perceptible por la inteligencia, pues la fantasia no piensa en la finalidad de la estructura corpórea, lo cual es justamente en este sentido contrario al fundamento de la Belleza.» Tan brillantes observaciones quedan, sin embargo, oscurecidas bajo la corteza de un grosero sensualismo, porque segun la doctrina del filósofo inglés, la percepcion de la hermosura, que no se despierta por la comparacion de medidas y proporciones, resulta puramente de la impresion producida en los órganos de los sentidos por las propiedades físicas de los objetos. Por lo demás, Burke no desconoce que lo bello de cada género tiene una relacion formal diferente, aunque en el discurso de su indagacion presenta determinaciones aisladas, no solo sin indicar cómo cada grado comprende variedad de determinaciones, mas sin pensar tampoco en semejante gradacion.

Pero aparte de que toda tentativa á concebir lo Bello de otro modo que como la compenetracion de la regla y proporcion dadas por el género con la relacion accidental en la realidad de la forma, se estrella ante el igual valor de ambas condiciones, son imposibles semejantes determinaciones fijas, por cuanto los géneros, prescindiendo del accidente, recorren una serie de innumerables grados.

Por tanto, la cuestion «si lo Bello debe ser determinado por lo característico», objeto de viva controversia entre Hirt, Goethe y Solger, y de la cual nació la famosa polémica entre clásicos y románticos, parece ociosa en este punto; porque encerrando el carácter tanto las cualidades fundamentales del género, como las del individuo que expresan su determinacion propia y relativa, son todas ellas bases de belleza, y tan esenciales las unas como las otras. Otra y diferente cuestion es, «si la Belleza puede realizarse en uno de estos conceptos con preponderancia exclusiva sobre el otro»; cuestion á que responde la Metafísica de lo Bello admitiendo esta posibilidad, ora por su oposicion y lucha en las formas generales

de lo Sublime y de lo Cómico, ora por las épocas capitales de la fantasia de los pueblos, ya por el carácter de las diversas artes, y ya, por fin, segun los ramos de las artes particulares.

La importancia de la forma de lo Bello como determinacion del elemento accidental adquiere doble interés en el arte, cuyas obras entran á ejercer influencia sobre el contemplador, á la par con las de la naturaleza y en el cual el colorido y fuerza de la forma debe suplir el efecto de la realidad. En esta pueden aparecer individuos vulgares y pobres de carácter con valor en sí; en la esfera artística lo que no tiene determinacion conveniente es frio. Tal es el fundamento de la exigencia estética de la verosimilitud. En el terreno de la experiencia comun ocurren muchos sucesos realmente que parecen inverosímiles; en el arte la falta de vida debe suplirse con abundancia de pormenor que presente una creacion racional artística con las condiciones de objeto real. Sobre la forma de la Belleza merece repetirse en prescripcion axiomática como deduccion de lo expuesto el conocido consejo horaciano

*Ficta voluptatis causa sint proxima veris.*

Mas en las condiciones del nacimiento y de la manifestacion de los seres, no se ha elevado todavía la distancia y oposicion entre la esencia del género y la relacion accidental á la mayor altura posible. De la coexistencia y concurrencia de cada género con los demás en el mismo tiempo y espacio, resulta todavía una contradiccion mas alta, mediante la cual son turbadas, en el choque posible de sus fines particulares, las condiciones de esencia y manifestacion de lo Bello. Por efecto de este conflicto, al representar cada individuo su esencia, representa tambien otras que no corresponden á la conexion de su género: perturbacion que puede llegar hasta la destruccion de la existencia individual por sus contrarias. De esta reciproca limitacion y contradiccion resulta el mal sensible, el cual, por su oposicion á lo bueno y al bien en el sentido arriba explicado, aparece como la contradiccion entre el género y su relacion en los individuos.

Esclarezcamos esto con un ejemplo. La atmósfera de nuestro globo es un cuerpo inorgánico, bueno y legítimo en su individualidad y en su relacion general con el mundo; en ella respiran todos los séres orgánicos: las flores, como los animales, necesitan de su alimento; el hombre no podría vivir sin ella. Esta atmósfera se convierte, sin embargo, en enemiga de la vida en circunstancias particulares. Supongamos un hombre ó una asociacion de hombres emprendiendo una obra que pertenece á otro mundo que el físico, por ejemplo, la defensa de santos y legítimos intereses, estorbados en su cumplimiento por un cambio repentino de la atmósfera é imposible de preveer: el accidente ofrecido por esta esencia, que cumple su fin, turba y contraría un mundo de gloria y de belleza que debia resultar de la generosa tentativa. No se habla aqui de aquellos casos en que la turbacion puede preverse, como la muerte por la navegacion, la vejez, la lucha, etc., donde es natural, segun la esencia del género; mas cuando como en el ejemplo anterior, un guerrero sucumbe, no porque otro mas valiente le haya vencido, sino porque la lluvia ha inutilizado sus armas, se ofrece el accidente en el concepto de turbacion antiesthética. En esta forma encerradas las condiciones particulares de la accion, como el elemento vario en la ley de lo Bello sencillo, se encuentran modificadas por la contradiccion de lo accidental que les impide aparecer en su pureza; y aunque en el ancho campo en que se mueven lo Sublime y lo Cómico se introduce tambien el accidente perturbador, esto sucede bajo ciertas relaciones interiores, que no alteran la legitimidad del principio. Con esto queda examinada y reconocida la influencia de lo esencial y accidental en la forma de lo Bello. Ahora entra en el plan que nos hemos trazado, pasar al estudio de la manera con que debe referirse esta forma así determinada á la esencia pura, para constituir lo hermoso.

#### IV.—RELACION ENTRE LA ESENCIA Y LA FORMA DE LO BELLO.

Hemos visto que entre la esencia genérica de los séres y su determinacion limitada en el individuo, se interponen para completar

la forma influencias accidentales, resultado de la accion de otros individuos ó géneros y condicion de su realidad en el mundo. Admitida la necesidad general de esta influencia, que se opone al carácter sustantivo de lo Bello, resta considerar la posibilidad de su depuracion por la destruccion ó asimilacion de los elementos extraños.

Aun prescindiendo de sus aplicaciones á la Belleza, tiene esta cuestion universal importancia, pues caminando la vida toda entre la afirmacion y la destruccion de sus elementos y estados accidentales, la Esthética se coloca aquí en la esfera general de la ciencia de la vida. Para comprender cómo semejante destruccion sea posible, debe considerarse, ante todo, la verdadera relacion entre la esencia y sus manifestaciones en los objetos bellos, asunto y doctrina que falta enteramente en el mayor número de las teorías sobre la Belleza.

Limitándonos al último período de la historia de estas teorías, la definicion que da de lo Bello la escuela de Baumgarten, determinándolo por la perfeccion sensiblemente contemplada, no encierra ni con mucho, á pesar de las apariencias, la idea fundamental que buscamos, antes bien entendiendo por perfeccion el padre de la Esthética, segun sus continuadores y discípulos, Mendelsohn, Sulzer, etc., la unidad en lo vario, no en el sentido profundo platónico, sino en la forma exterior de la conformidad del objeto con la idea abstracta de su fin, queda confundida en esta explicacion wolfiana la unidad esencial con unidades impuestas á la materia en lo conveniente y en lo útil.

Kant combate dicha definicion, partiendo del carácter de inmediata que lleva en sí la impresion de la Belleza; pero olvida notar en este punto que en la distincion entre finalidad exterior é interna, pudiera aceptarse como perfeccion esta última, siendo verdaderamente sensible que el autor de la *Crítica del Juicio*, el primero en concebir la idea del fin con mas alto sentido, se encerrase en una concepcion subjetiva sin utilizarla para el desarrollo entero de la esencia en sus determinaciones reales.

Sobre las huellas de Kant camina Schiller en sus trabajos esthé-

ticos, donde si no demostrativamente y en ciencia, al menos comprende como un postulado la trascendencia y relacion entre lo subjetivo y lo objetivo, elevándose por tanto á la realidad de la esencia.

Lástima que el idealismo de Fichte, retrocediendo por la especificidad de su sistema del camino llano de la exposicion kantiana, no haya podido desenvolver los pensamientos que le inspiraba su viva y enérgica inteligencia.

Las observaciones aisladas de este filósofo sobre materias esthéticas, singularmente las relativas á los deberes del artista, merecen atencion partioular. «El arte, dice (*Sistema de la ciencia de las costumbres*, §. 51), convierte el punto de vista trascendental (realísimo) en comun (contemplable); bajo el punto de vista trascendental, el mundo es hecho; bajo el concepto comun, es dado; bajo el esthético, es dado segun y como es hecho. El mundo, pues, tiene dos aspectos, como producto de nuestra limitacion y como producto de nuestro ideal: bajo el primero es enteramente limitado; bajo el segundo es enteramente libre. Así, por ejemplo, toda forma en el espacio puede aparecer como una limitacion por los cuerpos próximos, ó como una extraproduccion ó plenitud del cuerpo que la ostenta; el que mira únicamente á lo primero, solo vé formas interrumpidas y estrechas, solo vé fealdad; el que considera lo segundo, vé vida, esfuerzo hácia el exterior y Belleza. El espíritu bello lo vé todo libre y vitalmente.» Pudiera haber añadido, sin embargo, que el filósofo se levanta á la idea de lo Bello por conciencia y reflexion sistemática, al paso que el artista se eleva á esta idea inconscientemente y como por inspiracion inmediata; distincion sin la cual el arte aparece simplemente como medio y modo de la actividad humana, como escuela de virtud, que era la intencion laudable, pero extraesthética de Fichte.

Schelling deduce de la unidad absoluta de lo ideal y lo real el fundamento de toda posibilidad de lo Bello, reconociendo la idea (el género esencial) como inmanente, cosa que se hallaba mal deslindada todavía en la filosofía kantiana. Segun Schelling, el individuo es la realizacion del género en la materia de la naturaleza, teniendo

por lo mismo en parte la generalidad de la idea, puesto que la naturaleza misma es espíritu ligado, y el espíritu, en su plena posesion y reflexion de sí, es á su vez naturaleza, que crea una naturaleza segunda. Asimismo el género es una idea que tiene su lugar entre las demás que constituyen la idea absoluta y presiden á su realizacion y expresion.

En este punto vuelve á aparecer en la Esthética el concepto de perfeccion sin la ambigüedad que tenia en la escuela wolfiana. La Belleza es en Schelling la expresion de la perfeccion orgánica; con lo cual no se entiende una perfeccion relativa ó una conformidad exterior con su fin, sino perfeccion propia, interna é independiente de extrañas condiciones. En el discurso acerca de las *Relaciones de las artes figurativas con la naturaleza*, se leen indicaciones muy interesantes. «Ningun arte, observa, ni filosofía del arte es posible donde la naturaleza se nos presenta fria é inanimada; la naturaleza es fuerza real y productiva, esencia en que el concepto no es diverso del hecho ni el designio (plan) de la ejecucion. En este germen de la naturaleza, como virtud propia, activa dentro de los seres naturales, que habla en figuras y señales sensibles, necesita penetrar el artista en cuanto separa lo que no la refleja, representando todo lo que no es, como no siendo; y saca á la luz del dia lo que es, mostrándose la Belleza, como pleno ser, sin defecto alguno.»

Ahora bien: si se entiende por *lo que no es*, como parece entenderlo Schelling, el accidente, presenta en esta expresion el género ó la esencia como el poder que recibe lo accidental en sí, y lo llena con su contenido, justamente en el fondo el concepto que buscamos.

Por lo demás Solger ha desenvuelto este pensamiento fundamental en sistema. Tanto en el *Erwin* (*Cuatro diálogos sobre lo Bello y el arte*, 1815) como en sus *Lecciones de Esthética*, escritas en el sentido de la filosofía schellingniana, funda Solger el ser de lo Bello en la inmanencia de la idea en el individuo, el cual se contiene en su género y lo refleja con toda la multiplicidad de sus propiedades y estados. Lo Bello, dice, es la completa compenetracion del concepto y de su manifestacion en cuanto aparece (*Lecciones*, part. 2.<sup>a</sup>, p. 160), ó sea la unidad del ser y la realidad de la manifestacion en

cuanto es percibida. Aparte de esta definicion, admisible con muy pocas restricciones, la grave falta de semejante desenvolvimiento está en que no siendo el principio de unidad deducido ni fundado en otro, sino simplemente hallado, reconocido y contemplado por el espíritu, no alcanza á explicar la belleza de los séres particulares con verdadera diferencia y en justa relacion con la belleza absoluta, antes bien se borra en él, ó se olvida el carácter de la forma individual, mirándola como un mero resultado de la esencia.

Hegel ha evitado estos defectos en cuanto desenvuelve la serie de ideas determinadas, y señala el valor propio de la individualidad; mas de lo primero no ha hecho la suficiente aplicacion á la Belleza confundiendo el campo de la Esthética con el de la Religion en un sentido formal exagerado; y respecto de lo segundo, sentando que lo individual como sugeto ha de ser conforme con lo general, incluyendo lo accidental y propio, que debe entrar libremente, necesitaba indicar cómo puede y debe suceder esto, cosa que falta en su sistema.

Á cumplir este vacío van dirigidas las siguientes consideraciones.

Siendo el carácter el resultado de la manera con que recibe el individuo la accion de los géneros extraños á su fondo, se necesita una esencia superior segun sus grados para dar unidad á estas fuerzas diferentes, en lo cual gana generalidad el individuo y se distingue de los individuos comunes. Esta fuerza esencial, sin embargo, no determina siempre una unidad tranquila, que funda armónicamente la generalidad del género y lo accidental de los individuos, sino que ambos elementos se suelen ver contrapuestos uno á otro, hasta llegar á la rebelion de lo real individual contra la esencia (1). Mas destruyendo la contradiccion en cuanto se hace conscia semejante lucha, no ofrece inconveniente para lo bello, antes sirve su espectáculo para sostener el interés. Con estas formas de lo accidental,

---

(1) La lucha y rebelion de que aquí se habla, recibe en la esfera esthética los nombres de trágico y cómico, formas diferentes de lo Bello, en que ya se ofrece la individualidad anonadándose por momentos en su debate con la generalidad, ó lo general se convierte en juego de la individualidad, por querer resistir como fuerza inconscia.

que lejos de impedir la presencia del género en el individuo, esencial á lo Bello, la completan y condicionan en el carácter, entra la forma perturbadora de que anteriormente hemos hablado. Á la verdad, es difícil establecer la línea divisoria entre ambos accidentes, toda vez que lo mismo que destruye y mata como la atmósfera, la gravedad, los alimentos, etc., viene á ser, bajo otras condiciones, elemento esencial de vida; por eso el arte debe seguir con atencion las primeras oposiciones, para contrariarlas desde el principio con el vigor del elemento esencial, aspirando á la substantividad de su objeto, y renunciando finalmente á la lucha, cuando solo pueda producir fealdad y vencimiento.

Á esto se oponen, no obstante, los partidarios del realismo y naturalismo, los cuales nada hallan indigno del arte, ni aun lo feo y deforme, dando por razon de su extravagante teoría, que estas separaciones de lo general, obedecen tambien en su manifestacion algunas leyes de la naturaleza. Mas despues de lo que llevamos expuesto, no hay necesidad de insistir sobre el particular, porque segun la gradacion explicada de la realizacion de esencias es completamente llano que en esta forma se contradice la esencia superior y originalidad de la vida, cediendo á fuerzas inferiores. Ahora bien, así como proviene esta perturbacion de la coexistencia del género determinado con otros géneros diferentes, solo puede destruirse en la realidad por la misma coexistencia.

En el espacio y en el tiempo infinitos se completan y reemplazan todas las turbaciones esenciales, operándose en la reunion de lo bueno con lo bueno el Bien superior de la Providencia divina. En la totalidad del tiempo y espacio, un individuo tiene lo que falta á otro, y lo porvenir regenera lo presente. En el orden del universo, mientras en una region la lluvia destruye las plantas, á una distancia de cincuenta leguas acude á las esperanzas del labrador. Ciertamente esto consuela en el orden general, pero en el orden limitado de la belleza de perspectiva, la vista no puede reunir, en un conjunto bello, paisajes tan separados y distantes (1). Por tanto,

---

(1) La bella historia, como obra de arte, tiene sobre este particular un campo mas vasto que las artes de creacion pura, aunque cortado siempre en sí, por cuanto innumerables hilos de la his-

si lo bello, como la pura realidad de la esencia, es, como tal, contemplable en algun momento, se sigue que la destruccion de lo accidental, en la progresion infinita, no basta, sino que debe ocurrir algo porque pueda ofrecerse la concentracion de este curso infinito en un punto del presente. Esta es la accion de la fantasia: ella fija la determinacion posible de la esencia, la concentra en un punto confinándola en la individualidad, y así completa la anticipacion por la cual parece realizado en un punto lo que jamás ni en ninguna parte se realiza. La fantasia divide, por decirlo así, lo infinito, separándolo de la multiplicidad en la contemplacion esthetica (1). Ahora bien, si el objeto de este acto debe consistir en que el individuo aparezca sustraído á toda conexion que turbe en él la pura presencia de lo esencial en la forma, no necesita considerarse el objeto segun su interior composicion y estructura, sino solo segun la accion total de las mismas, en cuanto aparece en la superficie diámetro, espesor, etc., quedando transformado el cuerpo en pura apariencia. Qué deba entenderse por esta *pura apariencia*, lo indican con claridad dos pasajes de Goethe, el uno en *Poesía y Verdad*, donde se representa el taller del zapatero, en Dresde, como una pintura de Ostade; el otro en el *Viaje Italiano*, en que el aspecto de la laguna desde la góndola le recuerda la impresion de una pintura de la escuela Veneciana. Tambien lo indica Hogarth en su *Analysis of Beauty* antes citado, proponiendo considerar todo objeto, como si cuanto

---

toria pasada quedan sin atar en la presente. Así se concibe la organizacion de la historia de un pueblo en sentido épico, trágico, etc.; enteramente verdadero y real por la interpretacion de su carácter. En este sentido la historia de Grecia y Roma son épicas; las de los judíos y cartagineses participan del carácter del drama; en las primeras, la historia de Grecia es una Odisea; la de Roma es una Iliada; aquella despues de largas peregrinaciones por el Oriente, en la Persia, la Siria y el Egipto, encadenada tambien por el ciclope imperio romano, logra triunfar de todos sus enemigos, atrayendo la capital del mundo á Constantinopla; esta, enérgica de carácter, como el hijo de Tétis, arrastra en pos de su carro la grandeza de todas las naciones, y cuando vé el mundo á sus piés, espira. Sobre el carácter artístico de la historia, véase á Hermann, *Grundriss einer allgemeinen AEsth.*, Leipzig, 1857.

(1) Lessing, *Hamb. Dramat. Sec.* 79. Kant es el primero que ha expresado propiamente la idea de la fantasia como una division oculta. (*Crítica del Juicio Esthetico*, pár. 10). Este es tambien el efecto de la fantasia popular que se adhiere á lo interesante en las narraciones, desdendiendo lo prosáico y relacionando los sucesos y los hombres. Véase á Mr. Alfredo de Vigny, *Prólogo á Cinq-Mars*.

existe dentro de él fuera extraído enteramente, y solo quedara una especie de cáscara, representada como compuesta de puras líneas, cuya superficie interior y exterior fueran iguales; mas al hablar de forma en todo esto, no se ha de entender, segun su explicacion, por ella una pura figura en el espacio, pues para nosotros son tambien verdaderas formas los momentos de la accion, personalidades y acciones subordinadas, mediante las cuales se realiza el contenido de las esencias morales.

Lo Bello es, por tanto, apariencia pura en el doble sentido de obrar solo en ello la superficie y de hacer inocente, por la concentracion de su fuerza, todo aquello por que pudiera sucumbir en el progreso del tiempo. En ambas consideraciones está comprendido que, siendo lo Bello pura esencia formal, como desprendimiento de la superficie material, es al mismo tiempo una purificacion de todo lo que no expresa la idea. Así sucede en la contemplacion bella de un árbol, donde se prescinde de la multitud de insectos perceptibles al microscopio, que harian pensar en la materia individual de su estructura, constantemente amenazada de destruccion.

De esta separacion de lo material, que no expresa la idea, habla Hegel, cuando dice (*Esth.* t. 1.º, p. 197) que «el arte debe transformar lo que se muestra en todas las partes de la superficie á la vista (que es como el asiento del alma), trayendo la esencia á la manifestacion;» y en este sentido de ser el desprendimiento de la superficie de la composicion interior, que depende del accidente, se llama lo Bello pura forma.

La aplicacion práctica de esta doctrina se encuentra en el *saepe stylum veritas* de Horacio, pero su concepto filosófico ha sido reconocido primeramente en toda su importancia por Goethe, y Schiller que lo ha expresado en innumerables aplicaciones, de las cuales basta citar en sus *Cartas sobre la educacion esthetica*, el lugar donde anuncia (Carta 22) que «el secreto del artista está en extirpar la materia por la forma.»

Con esto queda determinado cuanto es necesario fijar sobre la reunion de la regla dada por la esencia y la determinacion accidental en lo bello: aquella es la ley, por que es purificada la forma del

accidente; esta rodea la esencia con sus relaciones ondulantes, fundiéndose ambas en la forma pura, esto es, en la forma libertada de toda simple materia (1), para la expresión plena de la idea individualizada.

Esta unidad, como propia específicamente de lo Bello, debe distinguirse de los conceptos comunes de la unidad en lo vario, empleados en el sentido de una determinación externa.

Terminaremos estas consideraciones, reproduciendo un pensamiento que legitima la marcha que hemos seguido al exponer la idea de la Belleza. «La idea, dice un filósofo moderno, coloca el pie en la sensibilidad y la forma, para atraerlas á sí y dominarlas como una conquista sobre el mundo físico.»

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará.)

---

(1) Conviene no confundir en estas consideraciones el contenido esencial ó fondo de las cosas, que se trasparenta en la forma, con la materia tosca sin valor individual ni expresión.

---

## LITERATURA ALJAMIADA.

---

En la época de los primeros reyes de Asturias y de Leon, que iban ensanchando con el esfuerzo de su brazo los límites de sus fronteras, los moros que caían en su poder, bien como prisioneros en el campo de batalla, bien por la conquista de poblaciones y comarcas, quedaban como esclavos á merced de los vencedores, sin otros derechos que aquellos que les otorgaba la voluntad de sus dueños. Por la adquisición de mas dilatados dominios, el frecuente comercio y trato entre los dos pueblos rivales, que iba amortiguando algun tanto el odio y enconada saña y dando origen á mas caballescadas y nobles ideas, y el conocimiento de la utilidad que reportaban los mismos conquistadores de la conservación de aquella raza industriosa, fuese mejorando poco á poco la condición social de los vencidos, que pasaron de esclavos á tributarios, y tuvieron sus derechos y sus garantías consignadas en tratados y capitulaciones. Prudente sistema que conservaba las fuerzas vitales de los pueblos y sus elementos de prosperidad y riqueza, protegiendo á los que, en aquella época, ejercían casi exclusivamente la industria, la agricultura y el comercio. Estos mahometanos que quedaron en los pueblos conquistados recibieron el nombre de *mudejares*. Permitíaseles el libre uso de su traje é idioma, de sus ritos y ceremonias religiosas, eran respetadas sus vidas y haciendas, y diéronse acertadas disposiciones que, respetando el sagrado de las conciencias, tendían á amalgamar poco á poco y sin violencia alguna los dos contrarios pueblos, atrayendo á los infieles al cristianismo, mas por la convicción que por la fuerza. Aun no habia cruzado por fanáticas mentes

la idea tan absurda como inútil de emplear los rigores de las armas, los tormentos, las vejaciones y las mas aterradoras amenazas como medios de persuasion; aun no se creia posible que un pueblo abandonase, en un momento dado y por la sola voluntad del poderoso, sus hábitos, sus convicciones, las creencias de sus mayores. Esta verdad no pudo ocultarse á los ilustres conquistadores de Granada, que consignaron en sus capitulaciones las mayores y mas solemnes garantías respecto á los usos, la religion y las leyes de los vencidos, llamados ya moriscos, y que colocaron en la silla arzobispal de aquella ciudad á fray Hernando de Talavera, varon venerable y justo, dechado de virtud y mansedumbre, que con la sola fuerza de su elocuente palabra, con el ejemplo de sus virtudes, con su dulzura, caridad y benevolencia, produjo mas beneficios á la patria y á la religion, atrayendo á la verdadera fe millares de infieles, que cuantos posteriormente y por medios violentos é irracionales procuraron imponerles la nueva doctrina, obligándoles á vivir cubiertos con la máscara de la hipocresia. Los moros mas acomodados y de mas valer en el reino granadino conocieron lo expuestos que se hallaban á los abusos del mas fuerte, y con prudente acuerdo realizaron sus bienes, y se trasladaron á las africanas, ó asiáticas comarcas. La generalidad del pueblo, que se veia obligada á buscar con su cotidiano trabajo el sustento de su familia, prefirió permanecer bajo el dominio de los cristianos, á abandonar el hogar de sus abuelos, á pesar de tan inminentes riesgos. Las conjeturas de los mas previsores, ó mas afortunados, fueron fundadas. Los vencedores abusaron de la fuerza, quebrantaron las capitulaciones y pactos, prohibieron el uso del traje y del habla musulmana, impusieron bajo severas penas el bautismo, y amenazaron con destierros y confiscaciones á incrédulos y rebeldes, convirtiendo á aquel pueblo, antes resignado y sumiso, en receloso y pérfido, desconfiado y vengativo. Recordó al fin el esplendor de su raza, su valor no desmentido y sus pasadas glorias, y sintiéndose herido en sus mas caros intereses, dió rienda suelta á su ira, levantó el estandarte de la rebelion en nombre de su libertad y de su fe, y empuñó las armas gritando venganza, é inaugurando una época de sangre y de horro-

res, de mortíferos combates y de violentas represalias. Porfiada guerra en que los moriscos fueron sujetos ó exterminados, y que dió por resultado final su total expulsion, que causó no pocos males á nuestra patria.

La condicion, el espíritu, las costumbres y creencias de esta raza malaventurada, repugnante á veces por sus crueldades y sus excesos, digna de compasion las mas, por su desastroso fin y la errada conducta de los gobernantes para con ella, es digna de estudio por mas de un concepto. Los moriscos, salvo los que voluntaria y espontáneamente se convirtieron al cristianismo, guardaron siempre íntegra su fe, ya públicamente, cuando les fué tolerado, ya en lo profundo de su corazon, cuando el temor de los castigos inquisitoriales ó de otro género les obligaba á manifestaciones y exterioridades contrarias. Los predicadores y encargados de su educacion religiosa, se quejaban con frecuencia de la inutilidad de sus esfuerzos, de que en el interior de sus casas, en el seno de sus familias cumplian luego estrictamente con los mas minuciosos preceptos coránicos, y de que tenian sus faquíes encargados de las ceremonias religiosas y de su instruccion en sentido mahometano. Llegaba á tal punto el escrúpulo de algunos moriscos, que aun se conserva en la biblioteca del Escorial una carta escrita por un doctor africano en respuesta á otra en que un español le consultaba y pedia parecer sobre si era permitido segun su ley vivir bajo el dominio de los enemigos de su fe, ó seria mas conforme con su espíritu el trasladarse al otro lado del Estrecho. El cadí consultado se inclina en su respuesta á esta última resolucion, y cita no pocos pasajes del Coran y de sus comentadores en apoyo de su doctrina. Mas esta traslacion no era posible á la mayor parte sin una completa ruina en sus intereses, y solo á duras penas pudo arrojárseles de su patria. Por el continuo roce con los castellanos y la prohibicion de usar el idioma árabe, le fueron olvidando poco á poco, excepto algunas oraciones y frases muy usuales, y otras expresiones que adaptaron á nuestro lenguaje, y de las cuales muchas nos han quedado. Baste saber, en prueba de nuestro aserto, que hay un libro escrito en África por un morisco de los expulsados, no solo en el idioma, sino aun en ca-

raíces castellanas. Esta curiosísima obra, de cuyo exámen nos ocuparemos otro día, es una clara prueba de que el autor ignoraba ya el lenguaje de sus abuelos, que era también el del país que habitaba. De aquí procedió la necesidad en que se vieron los más instruidos de escribir tratados acerca de sus ritos, ceremonias, tradiciones y preceptos para el uso de los más ignorantes. Estos libros escritos en caracteres arábigos y en idioma español, se conocen con el nombre de aljamiados, de la palabra árabe *Al-achmi* (el extranjero, el exótico) con la cual designaban todos los idiomas, y aun las razas diferentes de la suya. Gran número se conserva de ellos, y son preciosos datos para juzgar del carácter de aquel pueblo y de su estado intelectual y moral. El sistema que seguían para expresar con los signos de su alfabeto las voces castellanas, sepárase algún tanto de las reglas de lectura del árabe literal, y puede darnos una idea de cómo los musulmanes de España le hablaban, y explicarnos las alteraciones que han sufrido algunas palabras, que han pasado á nuestro idioma con pronunciación distinta de la que gramaticalmente les corresponde. Á más de estas expresiones, que han venido á enriquecer nuestro idioma, y que aun en aquella época podían ya considerarse como castellanas, usaban otras muchas puramente árabes, acomodándolas á la índole de nuestra gramática; así decían *Jalecar* por *crear*, *Alomma* por *el pueblo*, *Al-malaques* por *los ángeles*, *Al-ruhe* por *el alma*, y otras muchas de que podría formarse un largo catálogo. Otras veces desfiguraban las voces castellanas dándoles formas inusitadas, tales como *ensentecido* por *santificado*, *adeudecer* por *adeudar*, *amuhecer* por *multiplicar*. Sobre todo es muy frecuente el encontrar nombres verbales terminados en *ento*, como *escribimiento*, *matamiento*, si bien muchos de estos eran usados por los escritores castellanos de aquellos tiempos.

Lo que forma en cierto modo la base de los escritos de esta naturaleza, son las tradiciones religiosas y los preceptos rituales; pero ningún libro de los que hasta ahora he tenido ocasión de examinar se halla destinado á tratar de una sola materia, sino que son una especie de enciclopedias, divididas en muchos tratados, prevaleciendo el espíritu religioso. Muchas veces contienen traducciones de

obras árabes, y se nota que habían adoptado las más supersticiosas, y que tenían como seguras é incontrovertibles ciertas creencias, que no aparecen en los primeros tiempos del islamismo, ó por lo menos no merecían gran fe de los doctos. Es sabido que el mismo Mahoma confesaba no haberle sido concedido el poder de hacer milagros, y esta prudente observación, que le libraba de graves compromisos, era suficiente para que se rechazasen como apócrifos los que le atribuía el entusiasmo de la ignorante multitud. Mas en tiempos posteriores algunos fanáticos inventaron numerosos prodigios para probar la verdad de la divina misión de su Profeta, y le atribuyeron mil absurdos hechos, que el pueblo árabe, de suyo inclinado á lo maravilloso y fantástico, aceptó ciegamente. En los libros aljamiados se relatan con gran minuciosidad todas las circunstancias del nacimiento, predicación y muerte de Mahoma, sus conversaciones familiares, sentencias y decisiones, que pasaron á ser ley musulmana y precioso dato para resolver cuestiones semejantes. Mas esta parte histórica se halla amenizada con la relación de milagros tan ridículos como el siguiente: un rey llamado Habib resistíase á creer en la misión profética de Mahoma, y le manifestó sinceramente sus dudas, invitándole á que probase su poder con algún hecho sobrenatural. Mahoma le contestó que indicase el hecho que apetecía, y por su indicación mandó el Profeta que la luna se partiese en dos mitades, cada una de las cuales, bajando á la tierra, se metió por una manga de su vestido, y después se dirigió la una á Oriente y la otra á Occidente, volviéndose en seguida á unir. Los circunstantes, como es natural, se quedaron estupefactos al contemplar aquel movimiento astronómico inusitado, y abrazaron con gran entusiasmo el mahometismo.

Además de la vida de Mahoma, sus dichos y hechos, hay frecuentes anécdotas de los primeros Califas Aly y Ómar, y algunas del antiguo testamento, tales como se refieren en el Corán. Las más comunes son las relaciones del sacrificio de Isaac, que ellos dicen fué Ismael, de los milagros de Moisés, del patriarca *Jusuf*, hijo de *Jacob*, y algunas otras bastante desfiguradas y con circunstancias y pormenores que en la Biblia no aparecen.



En los capítulos que tratan de las ceremonias y ritos se expresan detenidamente las horas de las abluciones y oraciones, las *recas* ó inclinaciones que hay que hacer en cada una, se determinan los ayunos, y se especifica, en fin, todo lo concerniente al culto. Raro es el libro aljamiado en que además no se encuentren trozos mas ó menos largos del Coran, con la traduccion al pié, de suerte que es muy probable que pudiera formarse un Coran completo traducido al castellano por los mismos moriscos, reuniendo los diversos trozos de los códices que se conservan, tanto en la Biblioteca Nacional, como en poder de algunos particulares.

Ocupan tambien un lugar preferente en estos escritos las supersticiones, hijas de la ignorancia, que se hallaban muy extendidas en aquella época. ¿Qué mucho? En nuestros tiempos consérvanse algunas preocupaciones tan arraigadas, que no han sido suficientes para desterrarlas los progresos de la civilizacion. Hemos visto á personas ilustradas rehusar decididamente el sentarse en una mesa donde habia trece por temor de que alguno de ellos muriera en aquel año. Otros hay que conservan gran repugnancia á ejecutar ciertos actos en mártres, y aunque tales aprensiones van desapareciendo, aun no son muy antiguos los tiempos en que se daba crédito por el pueblo á los relatos de apariciones, fantasmas, duendes y brujas, y en que se escribían con el mayor candor y buena fe difusos tratados acerca de estas materias. No es pues extraño que un pueblo ignorante y fanático, que habia perdido de todo punto las huellas de su antigua ilustracion y sus tradiciones literarias, abundase en fábulas y creencias de esta naturaleza. No ya algunos y determinados dias llevaban cierta marca infausta ó venturosa, sino que todos los del mes se hallaban entre ellos clasificados, siendo cada uno de ellos á propósito para ciertos actos, al paso que eran reputados aciagos para otros. De uno de estos tratados, llamado *de los dias nocientes y aprovechantes*, tomamos los siguientes párrafos:

«El cuarto dia de la luna es bueno para vender y comprar. El que enferme en él sanará pronto: el que nace en él sufrirá muchas enfermedades: el que se sangre permanecerá pálido mucho tiempo.»

«El quinto no es bueno para comprar ni vender, ni dar, ni to-

mar. El que se casa en él no se llevará bien con su mujer.»

«El sétimo es bueno para fabricar; para aprender y enseñar. El que se case en él será feliz.»

«El diez y siete no se debe caminar por mar ni tierra, ni plantar olivos. El que entre á gobernar alguna villa permanecerá en ella largo tiempo y no será depuesto.»

«El veinte es bueno para poner á los mozuelos en algun oficio; malo para embarcarse, cabalgar, casarse y hacer tratos. El que se sangre se fortalecerá.»

«El veinte y siete el que se case dejará su mujer á otro: malo para comprar: bueno para cazar: malo para sembrar.»

«El treinta es malo para todo.»

Los ensueños eran considerados como infalibles agüeros, y segun lo que percibia ó imaginaba el durmiente podia esperar buena ó mala ventura, riquezas y poder, ó padecimientos y desdichas. Tenian tambien muchos libros de adivinanzas, en los cuales por medio de una ingeniosa combinacion se encontraba la respuesta á todo género de preguntas. Entre nosotros hay tambien libros de esta clase, que sirven de diversion y pasatiempo.

No desconocian los moriscos la importancia de los preceptos morales, base de órden y concierto en todo pueblo, cualquiera que sea su organizacion, y escribieron por lo tanto no pocos tratados acerca de los muchos deberes y derechos de padres é hijos, maridos y mujeres, en que se contienen sanos consejos y oportunas reflexiones, con arreglo á sus costumbres é ideas, y en que se prescribieron la honestidad, la buena fe en los tratados, el respeto de los bienes y derechos ajenos, la sobriedad, la humildad, etc., anatematizando severamente los vicios. En un códice perteneciente á D. Pascual de Gayangos se inserta como un modelo de moral política el *testamento del Gran Turco, conquistador de Gostantinoble*, en el cual da varios consejos á su hijo sobre la conducta que ha de seguir, conteniendo entre otros muchos los siguientes párrafos:

«Sean los mayores con los menores á la justicia sometidos é iguales, que esto hace reinar los príncipes, y tus gentes sean de tí oidas y escogidas y bien tratadas en justicia, mantenidos privilegios y li-

bertades, ofertas no quebrantadas, nin sus bienes enturbados nin forzados, que los clamores de los pobres prejudicados y los del comun deslibertado á la corte celestial suben, y trastornan y volcan (vuelcan) los estados imperiales. Y no pienses que estas ovejas sean nuevas, mas encomendadas del su criador, de lo cual nos demandará estrecha cuenta.»

«No hayas en menosprecio, ni te tome empacho de oír los clamores de los pobres que de su sudor tienen estado. Sus sobredichos sean de tí ayudados; no los bagas gemir, ni suspirar, que los gemidos pequeños grandes alaridos puian (levantan) al cielo.»

«Guarda fé á todo quien la darás, que el príncipe que la fé no guarda no debe rey ser. Tu sí sea sí para siempre, y tu no sea no.»

«Otrosí: amarás á tu Criador sobre toda cosa, y le servirás en todo estado. Amarás á tu prójimo como á tí mismo, y desvia de tu persona gula, pereza, dormitanza, soberbia, alliveza, lujuria, cobardía, codicia, tiranía, escaseza, que son vicios abominables en presonas reales.»

«Manten en verdad á cualquiera persona de cualquiera ley y condicion que fuere; abomina y maltrata á los mentirosos, y la mentira sea sepultada debajo de la tierra. No fuerces á ninguno en su ley, que el muy Alto Criador no mete á ninguno por fuerza en su gloria.»

«Por ende, fartarás los hambrientos, vestirás los desnudos, casarás huérfanos, consolarás viudas, visitarás enfermos, honrarás los viejos y letrados: conséjate con ellos, lievalos á tu costado, oye los consejos, y escoge lo mejor y mas seguro.»

Bien se vé que estas máximas no podrán ser rechazadas por el mas exigente moralista. Encuéntranse en los libros aljamiados algunas pequeñas obras de interés mayor bajo el punto de vista literario. Conocido es el antiguo poema de José y Zuleija, mujer de Putifar, escrito en coplas de arte mayor por un morisco del reino de Aragon, en el siglo XIII, segun se cree. Existe además otra poesía del mismo género, aunque mucho mas corta, puesto que contiene solo 160 versos, en alabanza de Mahoma. Carece de nombre de autor, como la mayor parte de estos libros, y su estilo es muy seme-

jante al del poema mencionado, aunque mas moderno, como puede juzgarse por las siguientes estrofas:

Las loores son ad Allah, el alto, verdadero,  
onrrado e complido, sennor mui derechero,  
sennor de todo el mundo, uno solo i sennero (*señero*)  
franco, poderoso, ordenador certero.

Al cual pido i demando mi ayuda i favor,  
i perdon de mis pecados, de mi gran falta i error,  
i a mi padre i a mi madre i a todos mis hermanos  
él nos quiera perdonar nuevas ierras i pecados:

Sigue hablando de los prodigios que se verificaron en el nacimiento de Mahoma, de su predicacion, y de que los animales y hasta los árboles se le inclinaban sumisos:

La penna (*peña*) le voceó, diciendo que le hablase;  
el arbol se arrancó, diciendo que lo mirase;  
el tronco le halagaba diciéndole: mui amado,  
porqué te as ido de mí, que tan triste me as dejado?

Cuenta por último la subida del *mui amado* al cielo, donde habló con el Ser Supremo, y termina el autor su poema pidiendo el favor de Dios para Mahoma y sus protectores (*ansares*), para sí propio, y para todos los musulimes. (1)

Prolijo y enojoso seria referir las extrañas cosas que suelen encontrarse en estos códices; mas no deberé pasar en silencio un singular tratado, de la rica biblioteca del señor don Pascual de Gayangos, que merece fijar la atencion, tanto por su forma inusitada, puesto que se halla escrito no solamente en el idioma castellano, sino tambien en caracteres europeos, como por su contenido. Es un volúmen en 8.º escrito en África por un morisco expulso, y en el

(1) Esta poesía, así como una larga vida de Mahoma en romances, han sido publicadas con el poema de José en el tomo 4.º de la Historia de la literatura española de Ticknor, traducida por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique Vedia.

cual comienza refiriendo los trabajos y amarguras que los musulmanes pasaban en España bajo el dominio de los cristianos, y dando gracias á *Allah* por haberlos sacado del poder de los *infielos*. Hay despues una especie de leyenda ó novela de un galan enamorado, y el autor, á semejanza de las obras árabes, en que á cada paso se encuentran trozos de poesía, intercala romances, cantares y hasta sonetos de conocidos poetas castellanos. Entre otros hay el de Lope de Vega que principia :

Es la mujer del hombre lo mas bueno,  
Es la mujer del hombre lo mas malo,  
Su vida suele ser y su regalo,  
Su muerte suele ser y su veneno, etc.

Despues de esto pasa el autor á tratar de jurisprudencia, cosa bastante extraña, visto el principio indicado, y se ocupa sobre todo de lo relativo al matrimonio, con la explicacion de todas sus ceremonias y de los deberes y atenciones recíprocas de los cónyuges, deteniéndose en algunos pormenores algun tanto indiscretos, y no poco semejantes á los que el jesuita Sanchez dejó analizados en su célebre y difusa obra *De matrimonio*. Este curiosísimo manuscrito nos suministra la prueba de la influencia que no ya el idioma (pues tenían prohibido el suyo), sino la civilizacion de los cristianos iba ejerciendo en los moriscos, y cómo se iba infiltrando en ellos nuestra literatura.

Prescindiendo de la parte jurídica, basada como es natural en las leyes y tradiciones musulmanas, lo restante es un libro de marcado carácter morisco, pero compuesto con elementos puramente castellanos. El estudio de este y otros libros semejantes, último producto literario de aquella raza abatida y despreciada, podrá revelarnos, mas que ninguna otra cosa, cuáles eran sus verdaderos sentimientos, sus creencias, sus ideas morales, su vida íntima; puntos no bien expuestos por nuestros cronistas, y en la apreciacion de los cuales han solido cometerse lamentables errores.

EMILIO LAFUENTE Y ALCÁNTARA.

---

## SOBRE UNA CARTA DEL SR. VALERA

Á D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS,

CON MOTIVO DE UN ARTÍCULO

PUBLICADO EN LA REVISTA MERIDIONAL.

En la *Revista Ibérica* del 30 de Mayo, se lee una carta de un académico de la Española, á propósito de la crítica inserta meses ha en nuestra REVISTA de Granada, con reparos al discurso leído por el mismo al celebrar su entrada en la mencionada academia. Á pesar del tiempo trascurrido desde aquella crítica, lámentase el autor de la epístola en cuestion de que el exceso de sus ocupaciones no le permita escribir *con mas holgura, teniendo que hacerlo de prisa y sin haberlo meditado con aplomo*, circunstancia que así deploramos como excita de nuestra parte indulgencia muy franca y benevolentísima.

Consuélanos al menos de la pérdida que experimentamos con la ausencia de mas luminosas y profundas reflexiones, ver en la epístola indicada los saludables efectos de la buena crítica, cercenado el espíritu de exageracion y templado el ánimo parcial acariñado con sus ideas individuales, por el contraste y composicion con las ideas extrañas. El señor Valera, (que no es otro el académico aludido) no es, sin embargo, paladin que rinda con facilidad sus armas, ni espíritu que se desaliente al primer choque; cediendo una vez se hace fuerte en cada uno de los pasos del camino, y hasta en sus últimas trincheras muestra una cosa, de que no hemos dudado un

punto, que tiene valor para sostener una polémica, batiéndose donde las circunstancias lo exijan: virtud que le reconocemos con justicia, persuadidos de que ha dejado falsear sus convicciones *pro habitu temporis*, pues en otro lugar y circunstancias que en su recepción académica y sin la presión de preocupaciones extrañas, su claro discernimiento se hubiera levantado como el que más sobre el cúmulo de ideas equivocadas que entorpecieron el vuelo de su pluma.

En esas últimas trincheras á que de presente se ofrece refugiado, vamos á acompañarle todavía, exponiendo nuestro sentir con la templanza propia de estas discusiones, sin insistir mucho en probar lo que á nuestro juicio es ya objeto de convicciones generales.

Habíamos ofrecido en nuestro artículo primero sobre *Recepciones académicas* (\*) diez reparos de consideración sobre otras tantas doctrinas emitidas en el discurso del académico anti-filósofo; incomparablemente dócil en su contestación se limita el señor Valera á responder ligeramente, abandonándonos la mayor parte de los mismos con una buena fe á que no quisiéramos parecer ingratos.

Á la verdad es altamente lisonjero para nosotros que, convencido de la razón de nuestras observaciones ó llevado de motivos que no nos es lícito apreciar, haya hecho caso omiso de las más de ellas, ratificándose solamente en dos puntos que no juzga siquiera cuestionables: «la provechosa introducción de la mitología clásica al lado de las románticas hadas en la poesía moderna» y la precesión de la reflexión á la espontaneidad en el arte ó sea, valiéndose de sus palabras, «de la poesía erudita á la popular y de la prosa á la poesía.»

Para sostener aquella introducción rechazada por nuestra crítica en el concepto de anticuada y sin justificación plausible, alega el académico periodista que «su defensa de la mitología griega está en conformidad con la Estética de Hegel.» «Apolo y Marte, según Hegel, dice el señor Valera, no son seres vagos sin consistencia ni

---

(1) Véase el número 6.º de esta Revista.

individualidad como los ángeles, ni son simples personajes históricos en el fondo como los santos y los patriarcas; sino que son potencias permanentes, fuerzas vivas y energías inmortales del espíritu, de la naturaleza, del universo todo, las cuales se manifiestan revistiéndose de la forma poética más adecuada y más determinada.»

No repuestos aun de la impresión producida en nosotros por semejante cita, que nos hubiéramos guardado de emplear aunque nos fuera favorable, séanos permitido manifestar sin rebozo en brevísimas observaciones la autoridad que nos merece.

Comprendemos bien que en discusiones teológicas se presente como la razón más elevada la autoridad de los PP. y de los Concilios, en materias históricas las oportunas fuentes y en legislativas los Códigos; en cuestiones estéticas y literarias el método varía considerablemente, como quiera que la primera autoridad á que se apela es la del sentimiento apreciador, la segunda la razón que le explica, ofreciéndose solo en último término para la decisión de lo bello y de lo feo el asentimiento de los demás hombres.

En cuanto al valor de la opinión de Hegel, que cree interpretar el señor Valera, no nos parece decisivo, envolviendo errores, que sin gran dificultad se alcanzan. Los ángeles, según la religión cristiana, no son seres vagos sin determinación ni individualidad, ni mucho menos simples ficciones poéticas sin existencia, como pretende el hegelianismo, mostrándose en las historias de San Miguel, San Rafael, San Gabriel y hasta del ángel caído, con forma no menos extraordinaria y sin duda más interesante que las Musas, Apolo, Marte y demás dioses de la mitología. Que estos personajes poéticos sean «potencias permanentes, fuerzas vivas y energías inmortales del espíritu, de la naturaleza, del mundo todo» no lo aceptamos, aunque fuese creencia de Hegel, recibida y consagrada por todas las Academias del mundo. Sería difícil, empero, demostrar que esta haya sido la verdadera opinión del filósofo de Berlin. Aparte de la diferencia reconocida por todo el mundo entre la doctrina que oficialmente enseñaba y la que la han atribuido sus más queridos alumnos, la *Estética*, curso consignado taquígraficamente por su discípulo Hottó, no merece ese crédito inapelable. Aun siendo ge-

nenuinamente hegeliana, su autoridad científica no es de tal naturaleza que no pudiera rebatirse con otras autoridades. Si en Francia y en España apenas es conocido Hegel, fuera de esas lecciones de Filosofía del arte traducidas al francés por Bénard, sus trabajos capitales pertenecen á la esfera superior metafísica en la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* y en los tratados lógicos. Lejos de constituir para él, como para otros filósofos contemporáneos, el estudio de la Esthética la única tarea de su vida, solo ha formado en su pensamiento una de tantas doctrinas á que creía aplicable su idealismo. En hora buena que para el vulgo de los literatos Hegel y Gioberti sean autoridades esthéticas irrecusables; pero un crítico en quien parece disculpable cierto lujo de erudición en teorías literarias y filológicas, y que repite con afán los mas de los títulos de las obras alemanas citadas por César Cantú sobre esta clase de estudios; un escritor que acaso sabe alemán, debería conocer las ampliaciones en contrario del mismo Hegel, así como de Weisse, Trandorf, Ruge, Danzel, Schleiermacher, Dursch, Mund, Vischer y tantos otros que han escrito cerca de cuarenta años despues de que Hegel pronunciara sus lecciones, y cuya opinion es respetable, toda vez que, como no debe ignorar el señor Valera, bastando á trasformar una ciencia en nuestros dias el espacio de cuarenta años, se ha renovado en el mismo el organismo entero de la naciente Esthética.

Ciertamente argüirá el autor de la carta sobre la importancia que damos á unos estudios sin los cuales pasan tantas gentes, y cuya inteligencia exige preparacion no escasa; mas á esto es respuesta suficiente la demostracion de los errores á que conduce el menosprecio de aquellos, incurriendo por ignorancia del tecnicismo metafísico en la inconveniencia de aceptar como amigas, opiniones adversas y contrarias. Y en efecto: difícilmente pudiera tomarse por defensa de la mitología el espíritu de la *Esthética* de Hotto. Tratando con cierta acritud de racionalismo intransigente, de los méritos y defectos de la *Messiada* de Klopstock, el partidario del realismo idealista moderno, censura con exageracion el espíritu de aquel poema que considera como pasado, sin esa actualidad, vida y energía con que parecian referirse á las costumbres de su edad los gran-

des poemas helénicos; y, cosa extraña! este defensor de la mitología, segun el señor Valera, condena la *Messiada*; no porque en ella se olvide el arreo de las ficciones mitológicas, sino porque en su sentido anti-cristiano y blasfemo pretende considerár lo maravilloso del cristianismo como una mitología gastada. La mitología griega, segun este filósofo, fué una gran concepcion, cuya simbólica tendrá siempre significado, pero cuyo interés se ha perdido desde ha mucho tiempo. Si celebra el sentido ferviente de Homero, al enaltecer las epopeyas primitivas sobre las eruditas, censura fuertemente á Virgilio, por la oposicion que en cada exámetro de la *Eneida* se revela entre las creencias del poeta y las del mundo que pretende representar. La comparacion del épico meonio y el dulce cantor mantuano en los episodios que analiza de sus poemas, cede toda en desventaja del segundo, hasta el punto de hacerle una inculpacion por su falta de fe, de justificar la caricatura de Blümaer, y de considerar el canto 6.º de la *Eneida* como un frio y prosáico compendio de Mitología. Si para Hegel, ú Hotto, carecia de vigor y de energía poética la artificial representacion por Virgilio de una teogonia desconceptuada en su conciencia, ¿qué pobre opinion no le merecerá el que en pleno siglo XIX, cuando ni siquiera lo sobrenatural cristiano tiene legitimidad á sus ojos, pretende cantar á Palas y á Venus? No de otra suerte juzga á Goethe, á Schiller y otros poetas de muy inferior importancia á la de estos, por haber buscado inspiracion en asuntos mitológicos, censurando duramente la oposicion que este sentido implica contra la verdadera y en su concepto superior belleza del cristianismo. Y ya que de Goethe se trata, bueno será recordar la irónica y discreta censura que del amanerado estilo clásico de algunos maestros de su juventud hace en sus Memorias (1.ª parte, *Poesia y verdad*) donde inserta una ingeniosa poesia parodiando la introduccion de asuntos mitológicos, otras veces cantados por él, en virtud de las perpetuas oscilaciones de su genio.

Tratemos ahora la cuestion racionalmente, prescindiendo de autoridades que nada pesan desprovistas de ostensibles razones.

De tres maneras se puede introducir en nuestro juicio la mitología en los poemas: ó como Olimpo de Dioses venerado, que rige los

destinos de los hombres; ó como seres de concepcion poética, ideales con vida é historia propia; ó como símbolos y alegorías. Á estas parece referirse asimismo el pensamiento del señor Valera, aceptando las dos primeras cuando decia en su discurso que la mitología debe tener hoy justificacion en la poesía al lado de las modernas hadas; aunque limitándose á abogar por la tercera al decir en su epístola que la mitología no puede usarse hoy sino como símbolo ó imágen, proponiendo los ejemplos vulgares de algunas formas de dición y tropos.

En todos estos sentidos la predileccion mitológica es poco admisible. La intervencion de los falsos dioses como seres dignos de fe, no solo es inconveniente en lo moral, sino que falsea la verosimilitud, ley indeclinable del arte. Si en la concepcion artística se permiten ficciones, es á condicion de parecer verdad; la imaginacion puede crear en lo desconocido ó ignorado; pero no falsear lo conocido y evidente para nuestras creencias: la falsedad de la mitología, el valor de sus personajes se evapora sin que promueva encanto alguno. Así lo siente Pictet que, en sus estudios sobre *Lo Bello en la Naturaleza y en el Arte*, declara que « la introduccion de la mitología clásica en un mundo al que debiera haber permanecido extraña siempre, causa disonancias perpetuas que todo el poderío del genio individual con el brillo y esplendor de las formas, son impotentes á disimular y encubrir. »

Presentar á los dioses mitológicos como protagonistas en historias inventadas que les conciernan, continuando sus tradiciones en forma novelesca ó dramática, es un anacronismo indisculpable que tiende á perpetuar ideales gastados de otras sociedad y costumbres. En cuanto á la forma alegórica, si es permitida en metáforas y tropos particulares, y aun en elementos del plan general de la obra, cuando es completa aparece tan fria que con razon la ha puesto en ridículo el estético Tieck, al proponer el ejemplo de un pintor que intentó realizar ideas dibujando en figura de personas los casos de las declinaciones.

Si la poesía, segun Hegel en la cita del señor Valera, representa la especie bajo la apariencia de una individualidad viva, la represen-

tacion de la humanidad y de la concepcion psicológica de hoy por la mitología griega, seria la representacion de una individualidad muerta.

En vano es alegar los ejemplos de Hugo Foscolo, Manzoni, Schiller y Goethe en defensa del politeísmo, pues si se exceptúa á este último, en el concepto mas filosófico y erudito que artístico verdaderamente, las composiciones de los otros poetas en que introducen la mitología son sin disputa las peores. Ni en la magnífica novela que con su célebre oda á la muerte de Napoleon forma el gran título de la reputacion de Manzoni, ni en el *Wallenstein* que es la obra maestra de Schiller, se incluyen recursos mitológicos.

Quede pues sentado, que el empleo trópico ó figurado de la mitología en la literatura es el menos censurable; pero de aquí á mostrar que sea necesario en el lenguaje poético hay una distancia inmensa. La imágen que propone Hegel de la *Aurora de los dedos de rosa* no anuncia en rigor que las figuras se han de tomar de la mitología griega, pues la poesía semítica, que rechaza los adornos mitológicos, es la mas abundante en imágenes. Aun cuando Hegel hubiera abrigado semejante pretension, tendríamos en frente de sus opiniones las del respetable crítico, autor de la censura mas eficaz de nuestros libros de caballeria. Cervantes, en el primer capítulo de su *Quijote*, envolvió en el mismo ridículo del hidalgo de la Argamasilla ese lenguaje mítico que usaban los cultos de su edad para decir que amaneció y que, formando las delicias del señor Valera, ha sido ocasion de apostrofar como desconocedores del estilo poético á los que se niegan á reconocer sus ventajas.

En cuanto á las estrofas citadas de dos composiciones del señor Gallego, aunque en ellas se encerrara toda la poesía imaginable, deciden poco en la cuestion presente, toda vez que se limita en ellas á usar en un caso el nombre de Pallas trópicamente en lugar de la guerra y la palabra *musa* por inspiracion, haciendo en el otro una comparacion con un suceso ficticio, cuya nocion se encuentra en la memoria de todos.

Por todo lo cual no es exacto que la mitología ofrezca mas individualidad y colorido poético que lo creído por la fe, á menos que

el sentido de la poesía en todos los hombres se hallara conteste para rechazar, ó posponer siquiera á las composiciones citadas, el ejemplo majestático de la poesía hebrea en los cánticos de Moisés, en los psalmos y en el libro de Job.

No negamos por esto la posibilidad de introducir la mitología en obras modernas relativamente apreciables; pero tales composiciones, como las novelas científicas y arqueológicas, no pasan de ser caprichos de eruditos que se alimentan fuera de la atmósfera del arte, sacando mérito de la erudición como de las dificultades el acróstico: así se explica que el *Telémaco* de Fenelon no ocupe en la literatura europea el lugar levantado y la popularidad que la epopeya de Cervantes.

El asunto y las formas de la mitología griega tenían legitimación y propio interés en el seno del clasicismo; mas en la actualidad, así como habría ridiculez en vestir aquella sociedad con formas modernas y recientes, lo hay en vestir ideas modernas con formas antiguas.

Á juzgar la antigüedad por nuestras ideas, da lugar su consideración á cómicos inextinguibles: lo antiguo solo se debe apreciar en el concepto de antiguo; doctrina que debieran tener presente los traductores de los clásicos. El traductor, á nuestro ver, debe empaparse en el sentido y creencias del autor que traduce, reproduciendo en lo posible los caracteres de la dicción, tono y estilo.

Por eso es mala, en nuestro concepto, la traducción de la *Iliada* por el señor Hermosilla que empieza de este modo:

*De Aquiles de Peleo canta, Diosa,*  
La cólera fatal que á los Aquivos  
Origen fué de numerosos duelos.

Tratándose de traducir la poesía mas perfecta de la antigüedad clásica, en un pasaje limadisimo donde nadie ha observado jamás que dormitara Homero, el autor no ha sabido encontrar recursos en la gallarda lengua castellana fuera de estos prosáicos y deslabazados renglones.

No debe extrañarse, por tanto, que rayásemos por malos y anti-poéticos estos versos, donde todo es ajeno á la verdadera poesía.

No solo no hay espíritu creyente en una poesía donde se cita en último término la Diosa á que se dirige el poeta, si que la repetición cacofónica con que empieza *De Aquiles de Peleo*, etc., indica el sacrificio de la elegancia de la frase á la forma casi mecánica de la medida. Por lo que respecta al estilo, á la majestuosa cadencia de los exámetros helénicos, llenos de robustez y gallardas expresiones, ha sustituido el señor Hermosilla un tono vulgarísimo muy semejante al recitado de una de esas coplas de la tierra del señor Valera, acompañadas á la guitarra. Y lo repelimos: dicha traducción no es buena porque no subsiste en ella poesía alguna; antes, á juzgar del mérito de la *Iliada* por lo que anuncia dicho pasaje, sería preciso anteponerle los romances de *D. Gayferos* y del *Alcaide de Alhama*.

Tampoco admitimos que *Peleiadees* signifique mas bien hijo de Peleo que vástago de su raza, denotando las terminaciones *adees* é *ides* en griego y en latin referencia patronimica y gentilica mas universal que la de hijo, como en *Heraclidai* hijos y nietos de Hércules, *Atridai* hijos y nietos de Atreo, *Aeneadae defessi* usado por Virgilio. Chócanos, por lo tanto, que habiéndose dejado guiar por una traducción tan defectuosa como la de Hermosilla, intente dar lecciones de griego. No obstante, constituyéndose en preceptor, censura la traducción que hicimos de aquel pasaje, afirmando que la voz *fatal* usada por el literato preceptista es mas precisa y exacta que la de *terrible* para reproducir la griega *oulomenee*. Nosotros, que hemos buscado sin éxito entre las acepciones de *oulomenee* algo que se refiera á *fatum*, felicitamos al orador del congreso, que tan mal parado dejó el honor de su profesor de griego en reciente discurso parlamentario, por los extraordinarios progresos que, en tan breve espacio y con la autoridad de todo un académico de la lengua, le permiten juzgar de la exactitud de las traducciones y preferir unas á otras. Esto no impide que le aconsejemos la conveniencia de templar sus inexpertos alardes filológicos, recordándole que *oulomenee*, lejos de derivarse directamente de *ollumi*, que es forma en *mi* anómala y derivada, es desinencia del radical *ouloo*, no en la forma propia

de participio activo, como da á entender el señor Valera, sino en la de participio reflexivo ó medio.

Aunque de menos interés como afirmacion accidental, apelamos tambien á su buen sentido sobre el monopolio que juzga pertenecer á las voces *consorte* y *esposo* para la prosa sublime y la ridiculez que les atribuye en la prosa familiar. ¿No ha oido jamás en el foro ó en el lenguaje prosáico de procuradores y escribanos hablar de *esposos* y *consortes*? ¿No se oye todos los días hasta en la frase de las personas del campo? Consulte sus recuerdos el señor Valera, que no es dudosa la respuesta que ha de esperarse de su buena fe y del resultado de sus observaciones.

Consideremos ahora el segundo punto de la polémica. En la disertacion arriba mencionada habia declarado su autor que la existencia de dos clases de poesía (la erudita y la popular) en el estado de la literatura castellana, era signo marcado de imperfeccion lastimosa, pobreza lamentable, no riqueza. Sin reparar en las notorias, paladinas y evidentes contradicciones, corrige ahora aquella manifestacion, concediendo que el pueblo español es mas poético y discreto que otros, porque ha tenido una grande y noble poesía popular; por mas que resista aceptar en modo alguno que antes del siglo XV se descubran en nuestra historia literaria rastros de aquella poesía digna de tal nombre.

Como ni aun esta afirmacion es defendible, fijaremos las acepciones de la poesía popular para evitar divagaciones. Piense lo que guste el señor Valera sobre la poesía del pueblo, estamos seguros que la mayoría de los críticos aceptará con nosotros tres conceptos por los cuales puede caracterizarse de tal una composicion literaria, á saber: por su asunto, por la clase y condicion del poeta y por las personas á que se dirige ó que la conservan en la memoria.

Atendiendo al asunto, es indudable que han existido poesías populares castellanas muy antiguas que fueron utilizadas en el poema latino de la conquista de Almería, en la *Crónica rimada* del Cid y en la *Hestoria general* de D. Alonso el Sabio; y sin mas buscar, la relacion de gran parte de los hechos de Bernardo del Carpio, á que no debe darse gran fe, segun la indicacion de dicha historia, por

ser sacada de los *cantares de los juglares*, pudiera servir de autorizado ejemplo.

Acaso nos diga el señor Valera que ni el asunto ni los romances de Bernardo son dignos del nombre de poesía; mas quien acepta como sublimes y homéricos los versos de Hermsilla citados, no tiene derecho á exigir refinamiento tan escrupuloso. Del carácter popular de los juglares dan testimonio las leyes de Partida, donde se afirma que *públicamente andan por el pueblo cantando ó haciendo juegos por precio*. Que estas poesías fueron en mucha parte romances, resulta de las razones siguientes.

Estudiando las poesías neo-romanas mas antiguas que se conservan en los dialectos no lemosines de la Península, se advierte en ellas con mas ó menos perfeccion el metro particular de los romances, al que son generalmente reductibles. Con facilidad se descompone las mas veces cada verso del *Poema del Cid* en dos versos octosílabos, determinando la ley del monorrismo la forma sucesiva y continuada en que se ha usado despues el *asonante*. Igualmente el cantar de Figueredo, que es quizá el monumento mas antiguo de la literatura portuguesa, y varias cantigas gallegas del siglo XIII publicadas en el Cancionero de Bellermann, son verdaderos romances. La antigüedad de esta forma de la poesía popular en la literatura castellana ha sido aceptada universalmente por todos los eruditos de mérito. Argote de Molina, cuya ilustracion no puede ponerse en duda, señala dos escritores de romances contemporáneos del santo Rey D. Fernando III, manifestando que poseía en su poder romances del infante D. Juan Manuel. Del metro de los mismos, dice en su *Discurso sobre la poesía castellana*: «El verso de ocho sílabas es el mas propio y natural de España, en cuya lengua se halla mas antiguo que en alguna otra de las vulgares, y así en ella solamente tiene toda la gracia, lindeza y agudeza que es mas propia del ingenio español.» El P. Sarmiento, citando muchos lugares de antiguas crónicas y leyes alfonsinas, que aunque escritas en prosa son verdaderos romances, se expresa de este modo: «El verso de ocho sílabas es el mas famoso, mas antiguo, mas natural y mas comun.»



En el prólogo al *Cid* de Corneille se leen estas notables frases del trágico del siglo XVII sobre los romances de los españoles: « Ces poèmes sont comme les originaux decoussus de leurs histoires. »

Clarus en su *Cuadro de la literatura española en la Edad Media*, (t. I, pág. 135—137) declara que en los romances se ha conservado nuestra antigua épica, y que un colector crítico de tacto cronológico podría reunir una historia de España desde el siglo X al XVI en romances. En la pág. 138, hablando de los que niegan la importancia y antigüedad de los romances, dice que es un dolor ver « cuántos errores acarrea introducir en la esfera del estudio de la literatura castellana ese mal gusto que lleva á algunos hombres á tildar de comun, engañoso é inútil todo lo heredado. » Lope de Vega juzgaba que los romances nacen en la lengua de Castilla como en los campos los trigos y que son *Iliadas* sin Homero: Viardot, en fin, tan parco en conclusiones decisivas, que no son obra de un poeta, de una familia, ni de una sociedad ó generacion de poetas, sino de la nacion entera.

Ni es un defecto de la poesia popular que se haya conservado en boca del pueblo, pues así se conservaron la *Iliada* y la *Odisea* antes de Pisistrato. El desprecio del Marqués de Santillana, poeta cortesano y trovadoresco, por los romances, solo da á conocer sus pretensiones eruditas; ni basta á aminorar el valor de aquellos cantos mas que bastara á destruir la fama de Calderon y Lope el desden de nuestros afrancesados del último siglo hácia nuestro antiguo teatro nacional. V. Schack en su *Historia de la literatura y arte dramático en España* (t. I, pág. 101) afirma que la existencia de los romances puede colocarse con certidumbre histórica en el siglo XIII: y el señor D. Agustin Duran, cuya opinion es respetabilísima como fundada en prolijos estudios, declara que, aun admitiendo que la mayor parte de los romances conservados en su redaccion actual no fueran anteriores al siglo XIV, ofrecen restos de otros mas antiguos que, á pesar de la alteracion del idioma popular, pudieran remontarse á los primeros tiempos de la reconquista. Esta existencia é importancia de los romances en la antigua poesia castellana y su continuacion hasta que los recibe la poesia erudita, se halla demos-

trada suficientemente por el fenómeno de haber aparecido el monorrismo y asonante en la lengua española casi simultáneamente con su manifestacion en otras literaturas, sobreviviendo al uso que en ellas se ha hecho. Ya deba esta subsistencia al mayor interés del fondo de las canciones populares castellanas, ó á otras causas diferentes, no será menos cierto que los romances han permanecido entre nosotros como el gran manantial en que ha bebido la inspiracion poética desde Lope de Vega á Zorrilla, sirviendo en épocas de extravíos literarios á devolver al corrompido ideal su pristina hermosura, como ocurre en las poesias sencillas de Góngora.

Amontonando pruebas sobre las arriba citadas, añadiremos estas que son decisivas.

En la *Crónica rimada del Cid*, compuesta segun Mr. Dozy á fines del siglo XII sobre tradiciones y canciones populares, ha encontrado este distinguido filólogo un canto guerrero y dos romances.

En el verso 456 y siguientes leemos:

Á los caminos entró Rodrigo, pessól e á mal grado  
de cual disen Benabente, *segunt dise en el romance*, etc.

La *Crónica general*, hablando de la expedicion fabulosa de Fernando I á Francia, dice: « E a causa de esta honra que el rey ganó fué nombrado despues D. Ferrando el Grande, el par de emperador, e por esto dixerón los *cantares* que pasara los puertos de Aspa a pesar de los franceses»: la *Crónica rimada*, refiriendo lo mismo:

El buen rey D. Fernando par fué de emperador,  
A pesar de franceses los puertos de Aspa passó:

y como estos últimos versos se encuentran en el romance correspondiente de la *Rosa de romances* de Timoneda, venimos en conocimiento que este cantar, conservado oralmente en el siglo XVI, fué uno de los utilizados en la *Crónica rimada* y de los populares á que se refiere la crónica de D. Alonso.

Fernando Wolf ha reimpresso asimismo en el *Anuario de Wiena*

(t. 114, pág. 19) un romance castellano del siglo XIII, tan correcto que solo se encuentra en él un verso con una sílaba de más.

Finalmente, en las colecciones de romances se encuentran algunos en forma tan poco trabajada, que se mezclan los consonantes con las asonancias y no se observa la medida.

Así pueden declararse como muy antiguos los romances que empiezan «Día era de los Reyes,» «en Búrgos está el buen rey,» «Delante el rey de Leon,» «Héto, hélo por do viene» y otros varios de los compilados como primitivos por Luis Lemeke al principio del tomo II de su *Manual de literatura española*.

De poesías dirigidas al pueblo se ofrecen materiales no menos abundantes.

Para caracterizar la forma de la poesía popular, acertó á citar el señor Valera las palabras con que determina la suya Bercéo,

. . . . . prosa en roman paladino  
En qual suele el pueblo hablar á su vecino,

lo cual no es otra cosa que caracterizar á Bercéo de poeta popular. Nada importa que, contradiciéndose despues, manifieste por el contrario que es un poeta extranjerizado, erudito y artificioso; nosotros, fundándonos en el ejemplo primero y en observaciones que resultan de la lectura de sus obras, vamos á demostrar que es poeta del pueblo, en las más de las consideraciones expuestas.

Que no presume de erudicion, lo declara en esta forma:

*Ca non so tan letrado por fer otro latino;*

que no es artificioso, cuando dice:

Bien valdrá como credo un vaso de bon vino;

que su espíritu asimismo es muy nacional y castellano, mientras la poesía provenzal contemporánea tiene caracteres diferentes, lo prueba el sentido religioso que le anima, en contradicción con el descreimiento de la mayor parte de los poetas lemosines.

En cuanto á la clase social á que dirige ordinariamente Bercéo sus poesías, es el pueblo, que adoctrina los días festivos en el *portaleño* de su casa ó á la puerta de la iglesia con la lectura de los milagros de los santos, dirigiéndose con frecuencia á la multitud de ambos sexos con estas ó semejantes expresiones:

Amigos y mujeres, compañá de prestar, etc.

Con cuánta injusticia asegura el señor Valera que los versos venerables de Bercéo *no son poesía ni quien tal pensó*, y que es una blasfemia compararlos con los de Dante! Para responder á cargos tan infundados, trataremos con separacion los puntos de la respuesta. Si por poesía debe entenderse exclusivamente el lenguaje de la mitología, tales versos ciertamente no tienen poesía alguna; mas si pueden comprenderse segun mejor sentir la expresion en convenientes palabras de lo Bello,\* de lo Sublime y de lo Cómico, las obras de Bercéo, si no tan materialmente atildadas como las de Herrera y Rioja, rebosan de inspiracion y poesía. La descripción de los diablos quemándose con las llamas que aproximan al lecho de S. Millan, es un asunto de grande efecto cómico; la descripción del Juicio novísimo y su reproduccion enérgica, materias de interés profundo religioso, producen un efecto sublime; la pintura de las almas de los que mueren implorando á la Virgen como palomas que se ciernen en las nubes, la de los náufragos que se salvan asidos al pliegue del manto de Santa María, y la historia del monje extraviado y que se salvó por su devocion á la Santísima Virgen, son imperecederamente bellas.

No es blasfemia comparar á Bercéo, poeta cuya magnificencia y expresion no tienen semejantes, segun Viardot, en sus contemporáneos, con Dante; si fuese posible la blasfemia en esta cuestion, se hallaria en decir que el escritor primero que en el siglo XIII trató en España poéticamente asuntos de un género que ha labrado hoy la reputacion de Zorrilla, adivinando su interés, *no era poeta ni quien tal pensara*. Aun concediendo sin trabajo que falte al vate de la Rioja el grande espíritu satírico y maldiciente del poeta florentino

en el *Infierno* y el *Purgatorio* sostendremos que la introduccion de *Los Milagros*, escrita con cerca de un siglo de anterioridad, es muy semejante á la de la *Divina comedia*, y que la Ascension de Santa Oria al Cielo tiene muchos puntos de contacto con el *Paraiso*.

En estos conceptos, no solo Bercéo, sino tambien el arcipreste de Hita es poeta popular á las veces, componiendo en el siglo XIV numerosas poesías para el pueblo y cantigas de danza para Judías y Moras, de las cuales todavía se nos han conservado las cantigas de escolares y ciegos que demandan limosna, reflejo de costumbres del vulgo.

Sirva lo dicho de precedente para negar que en todos los pueblos modernos la poesía erudita haya precedido á la popular, y la perfeccion de la prosa á la poesía.

Tan lejos de ser esto probable, las poesías modernas se presentan desde luego en el terreno del vulgo, como el triunfo del lenguaje del pueblo sobre el latin de los *clerics* hallándose mezcladas en un principio las frases de diferente estilo en esta forma literaria, hasta hacerse docta en tiempos posteriores.

Tal tendencia erudita aparece en la poesía provenzal desde la institucion de los juegos florales, que como todos saben es posterior á la edad dorada de aquella; en la italiana desde Petrarca y Boccaccio; en la española de Castilla desde el marqués de Villena. Sobre este particular he aquí como se expresa Lemcke en el t. II de su *Manual* citado.

«La poesía de una nacion tiene como la misma sus condiciones naturales y grados de desenvolvimiento. Empieza siempre por la *poesía popular*, esto es, la poesía que procede inmediatamente del genio natural é instinto de una nacion á revestir de forma poética todo lo que llena y conmueve su espíritu. Despues nace, aunque fundada desde luego en la primera, la poesía artística (erudita) propiamente dicha. La poesía española ofrece además, á diferencia de los ejemplos de otras naciones románicas, el interesante espectáculo de que los mas antiguos monumentos de la misma pertenezcan aun á aquel primer periodo natural. Mientras la poesía de los franceses é italianos, por ejemplo, comienza por composiciones relativamente eruditas, pues-

to que el periodo de la poesía popular de aquellas naciones se halla escondido en su pasado y muy por detrás de la época en que el idioma ha servido para usos literarios, la poesía popular castellana abraza desde el principio del idioma hasta época próxima moderna.

«Á esta dichosa circunstancia que como veremos ha sido de influjo interesante en toda la poesía castellana, debemos la ventaja de que al menos una parte de esta antigua poesía popular, si no toda, haya llegado hasta nosotros sin cambio en lo esencial, hallándonos en estado de seguir la historia de la poesía española desde su primer periodo.»

La doctrina de la precedencia, de la prosa á la poesía en las literaturas modernas, no es tampoco mas admisible. No solo en la literatura lemosina la crónica de Muntaner es muy posterior á las obras maestras de los poetas provenzales, si que en la italiana Boccaccio llega despues de Dante y de Petrarca, mostrándose en la nuestra la *Crónica general* con posterioridad al *Poema del Cid*. Los motivos de tal precedencia los señala acertadamente Viardot, al manifestar que la prosa «en todas las naciones de la tierra se ha desenvuelto despues de la poesía, sin duda porque la imaginacion precede á la razon humana.» Verdad es que, presintiendo la poca fuerza del razonamiento contrario, intenta el señor Valera reducir su pretension á la anterioridad de la prosa perfecta á la perfeccion de la poesía; pero ni aun así es aceptable. Negamos absolutamente que, bajo el mero concepto literario, la crónica de Muntaner y las *Partidas* valgan mas que todas las obras literarias que las han precedido.

En la consideracion social y utilitaria, y por el mayor trabajo que representan las *Partidas*, podrán valer mas que el *Poema del Cid* y las *Querellas*; pero como monumentos poéticos y en la relacion de los progresos de la literatura, de ningun modo. El lenguaje en las dos octavas que se conservan de las *Querellas* es muy superior al de las *Partidas*. Asimismo las *serranillas* del arcipreste de Hita y los *Consejos* del rabí D. Sem Tob no tienen peor castellano que el de las obras en prosa del infante D. Juan Manuel. Respecto de las coplas de Jorge Manrique, la existencia anterior de obras jurídicas é históricas en nada invalida nuestro aserto sobre la superioridad de aque-

llas en el concepto literario á toda la prosa contemporánea y de épocas anteriores; que no de otra manera se explica la frescura con que producen hoy efecto sin mostrar los arcaísmos y estilo poco formado de la prosa del siglo XV. También es equivocado y ajeno á todas las nociones de historia asegurar que los italianos tengan prosa perfecta desde antes de Dante, y que la de la *Vita nuova* sea tan elegante como la frase poética de Alighieri. Destinada la *Vita nuova* á ser un ensayo donde intenta realizar sus teorías emitidas en la obra *De vulgari eloquio*, abogando por el uso del idioma vulgar, tanto la misma como el trabajo preparatorio en latin de la *Divina comedia*, demuestran que ni la prosa ni la literatura italiana eran perfectas antes del cantor de *Beatriz*, que no las llevó tampoco al superior perfeccionamiento. Boccaccio, no lo olvide el señor Valera, posterior á Dante y á Petrarca, es el gran creador de la prosa literaria de los italianos, fijándola con sus caracteres mas decisivos, á la manera que Cervantes determinó las formas de la prosa castellana; sin que se ofrezca antes de él perfecta, y esto es de tan rigurosa exactitud, que puede invitársele desde luego á que señale en Italia un prosista clásico, cuyo estilo haya merecido los honores de docta y continuada imitación antes de la época del novelista de Certaldo.

Por respeto á su buen nombre y á los intereses científicos, debe rogarse al señor Valera que deponga el empeño de defender causas insostenibles, sin que tema se le acuse en este punto de cambiar de opiniones, toda vez que sin salir de su carta se observan ya algunas vacilaciones con ocasion de comprobar la pretendida precedencia de la prosa á la poesía, y de la poesía erudita á la popular. Quizá, acepta el señor Valera, antes del *Poema del Cid* anterior á toda prosa castellana, habrá algun canto vulgar, bello y noble, pues hasta los negros de Angola y los hotentotes tienen cantares, coplas y refranes bastante bonitos. Es verdad que pregunta irónicamente el académico culterano si esto merece llamarse poesía del pueblo, mas ¿qué cosa de tanto momento es la poesía popular (motivo de pobreza, segun el discurso citado para una literatura) que ni merecen ni bastan á formarla, *cantos vulgares, bellos y nobles, cantares, coplas y refranes bastante bonitos?*

Baste por hoy de una polémica que sería interminable á querer refutar las doctrinas incidentales en que van envueltas las razones por el señor Valera alegadas. Á tener lugar y á sospechar que las mismas forman todavía parte de sus convicciones, como tambien de las de muchos de sus ilustrados compañeros, nos dedicaríamos á escribir un tratado de Esthética y Literatura anti-académica. Presumimos, no obstante, que no será así, pues la contestacion del mencionado señor es una completa tautologia donde varía las proposiciones de su discurso, y después de haberlas corregido se pasa con armas y bagajes á la doctrina de nuestra impugnacion, dándose á entender que nuestro campo es el suyo. Si viene como amigo, no dude que nos agrada su franqueza; en caso contrario, los fueros de la verdad en una causa á que tenemos cariño, nos empeñará en futuras contestaciones.

X.

---

---

PROVERBIOS EJEMPLARES.

---

DE LAS TRIPAS, CORAZON (1).

---

I.

El año de gracia de 185... habia principiado bajo auspicios nada lisonjeros para los teatros de verso de Madrid, los cuales, por efecto de una porcion de circunstancias que no es del caso referir, no lograban atraer el público, á la sazón recalcitrante en demasía para esta clase de espectáculos. Y eso que en el referido año, según la estadística exacta que posteriormente insertaron muchos periódicos de la capital, hubo un espantoso diluvio de producciones, *originales* las unas, tal vez porque no tendrían origen conocido, y *traducidas* las otras, que así suele llamarse por acá al producto que da el oficio menudo de estropear extraños idiomas, causando rabietas y aun desazones mayúsculas al propio. No recuerdo á punto fijo qué dramas y comedias se salvaron del memorable diluvio; pero desde luego puede asegurarse que en su arca, lo mismo que en la de Noé, se encontrarían sapos y culebras.

No era de los menos castigados el espaciado teatro del *Circo*, el primero, ó uno de los primeros que comenzaron á poner el arte escénico á los piés de las bailarinas. El frío era grande, como la tenacidad del público en desoir el llamamiento de los carteles que, en letras enormes, anunciaban á cada paso novedades, que, al día si-

---

(1) Este *proverbio* formará parte de una colección que nuestro ilustrado colaborador se propone publicar, y cuyo mérito corresponderá, sin duda, á la impaciencia con que es esperada de cuantos conocen este intento. (N. de la R.)

guiente de su estreno, bajaban al panteón del olvido, con las señales de la vejez mas prematura de que hay memoria en los fastos teatrales. El *caballo blanco* (2) andaba triste y macilento: cuantos recursos imagina el hambre mas veterana, cuantos embrollos, cuantas disculpas, cuantos embustes ingeniosos sugieren al deudor insolvente los apuros á que le sujeta una turba de acreedores inflexibles, todo lo habia puesto en juego el pobre diablo, para sostener su empresa. La empresa, no obstante, permanecía inmóvil, digámoslo así, como un buque de vela en el Océano cuando reina la calma chicha; además, hacia agua por todas partes como si estuviese podrido, y los marinos que lo tripulaban corrian peligro de morir ahogados, ó de perecer de inanición, á no acudir al remedio sencillo, aunque heroico, de comerse unos á otros.

Habíanse representado allí dramas tan espeluznantes y patibularios, que *Lucrecia Borgia*, *Margarita de Borgoña*, *Catalina Howard*, *La Hermana del Carretero*, y, en fin, lo mas feroz de la literatura *carnívora*, era una pura seguidilla, retozona y alegre, en comparación de ellos. El público, sin embargo, seguía, como los chicos holgazanes, haciendo novillos. Allí, abandonando esta vía, que, por lo visto, llevaba derechita al ayuno perpetuo y á la bancarrota, habíase la Compañía lanzado sin freno á la explotación de la comedia *vaudeville* francesa, inagotable California de efectos dignos de sus causas, de comiqueces y de ingeniosidades, capaces de hacer reír de rabia en sus tumbas á los padres de nuestro gloriosísimo teatro, sin rival en el mundo. ¡Y el público, á todo esto, mas sordo que una tapia! ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer, para atraerle? Las *primeras partes* aun podrian, quizás, resistir algun tiempo, estirando un poco mas su paciencia, que, de seguro, era de goma elástica; pero ¿y los infelices *partes de por medio*? ¿Y los desdichados *racionalistas*? ¿Y la empresa del gas?... ¡El gas! ¿Por qué no se permitiría hacer á oscuras las funciones, en semejantes circunstancias? Esto sí que hubiese llamado gente en aquellas al desierto coliseo. ¿Y la orquesta?... ¡No la tenía mala en su cabeza (verdadera olla de grillos) el abatido empresario!

---

(1) Así se llama al empresario en la jerga de bastidores. (N. del A.)

Pero no hay mal, ni bien que siempre dure: un rayo de esperanza vino á iluminar el sombrío cielo del *Circo*, y las lóbregas profundidades de sus arcos vacías; apareció el arco-iris, apareció la paloma consiguiente, y todos respiraron un momento con desahogo, y hasta hicieron favorables pronósticos acerca de la suerte del buque, expuesto, segun se ha dicho, á estrellarse contra los escollos de la indiferencia del público. Este rayo de esperanza, este arco-iris, esta paloma, fueron (¿quién lo pensara?) unas piernas femeninas, piernas incomparables, piernas eminentemente clásicas, la flor y nata, la quinta esencia, el *non plus ultra* de las piernas; españolas por añadidura, y por fin y remate lo mas selecto que había paseado las calles y verjeles de Málaga, de Cádiz y de Sevilla.

La retórica no autoriza para decir que D. Juan (el empresario) se agarró á las caritativas piernas, como el náufrago á la tabla que la Providencia pone á su alcance; pero la verdad es que, en sus grandes apuros, ellas eran la única tabla de salvacion de la empresa del *Circo*.

Estrella, bolera española, toda rumbo, toda gallardía, toda salero, moza juncal de lo mas garboso que hasta entonces hubiera pisado las tablas de teatro alguno, acababa de llegar á Madrid, despues de alborotar *la tierra de María Santísima*, así con el encanto de su persona, como con su gracia sin rival en los bailes nacionales. El *caballo blanco* (y ahora sí que escudaremos nuestra metáfora con la retórica) relinchó de gozo, despues de contratarla, y, á tener cabeza para ello, hubiese compuesto una oda pindárica á los piés de la bolera; pero, como no la tenia, exponiase, metiéndose en camisa de once varas, á hacer una cosa sin piés ni cabeza.

Bailó Estrella, por primera vez, un jueves en el *Circo*, lleno de *bote en bote*; sacó al *respectable* (1) de sus casillas; y al dia siguiente los periódicos mandaron á Terpsicore á paseo, y colocaron á la salerosa andaluza en el lugar cuya pacífica posesion habia disfrutado siglos y siglos aquella buena señora en lo mas empingrotado del Parnaso. La Musa del baile era, por ende, sin disputa de ningún género, la rumbosa macarena; y D. Juan soñó con las piernas

(1) El público. (N. del A.)

filantrópicas, como sueña el turco, en sus aflicciones, con el zancarron de Mahoma.

Á las doce de la mañana del viernes ya no se encontraba un mal billete para la funcion de la noche, en el despacho, ni en contaduría, ni andaban revendedores por las avenidas del afortunado coliseo. Todo iba á pedir de boca: D. Juan construía ya en su mente palacios mas bellos que los de las *Mil y una noches*, y preciosísimos castillos, que solo tendrian, acaso, el pequeño inconveniente de estar, como quien dice, en el aire: la orquesta, lánguida y perezosa, á fuerza de abstinencias y desengaños, recobraba en el ensayo todo su brio, disponiéndose, de buena fe, á taladrar con furibundas *armonías* el cerebro del *respectable*: el gas, que solia padecer de eclipses parciales y aun totales, atribuidos, *inocentemente*, por D. Juan á la casualidad pícara (casualidad algo crónica), rivalizaria en adelante con la luz del mismísimo Febo (ó sea el *sol*, entre cristianos); y las esperanzas de actores, poetas, editores, guarda-ropas, comparsas, peluqueros y demás, danzaban tambien locamente en sus almas, al sonido de las pesetas.... en perspectiva, que llegaba ya á ellos, refrescándolos como el céfiro de los campos. Quince dias faltaban solamente para el veinte y cuatro de Diciembre; de resistir hasta entonces dependia la salvacion de la empresa, puesto que las funciones de Noche-buena y Pascuas dejan siempre utilidades suficientes para tapar algunos agujerillos hechos en el crédito, é ir trampeando, por mal que vaya, otro par de meses; ó cuando menos, para comprar un cordel y ahorcarse.

Pero hete aquí que, á poco de venderse todas las localidades, y de haber principiado la empresa á decir *toma tú y toma tú* á varios acreedores, que allí estaban de cuerpo presente, causando dentera á los individuos de la compañía, recibe D. Juan un recadito de Estrella, limitado á poner en su conocimiento que, habiendo caído gravemente enferma su madre, y dispuesto el facultativo que la confesasen y administrasen, como ya se habia hecho, no podia ella bailar por la noche, segun lo anunciado en periódicos y carteles.

## II.

Al recibir D. Juan la noticia del fatal percance, nubláronse los

ojos, alborotósele el corazón, y le faltó poco para caer sin conocimiento en una butaca. El recadito de la bolera, dado por el avisador del teatro con sencillez y naturalidad pasmosas, fué, para la persona á quien iba dirigido, una puñalada que le atravesó de parte á parte el pecho, esto es, el bolsillo; fué peor que confesarle y administrarle, fué acabar con él, conducirlo al cementerio, abrir una sepultura, echarle tierra encima, y ponerle un epitafio ramplon que, para mayor desconsuelo, no leería ningun curioso. Propagose la noticia con rapidez eléctrica, desde el primer galan hasta el último de los *utilidades*, hubo entre bastidores cuchicheos, corrillos, murmuraciones, conatos de sedicion; y aun, en medio de la general sorpresa, profirieronse amenazas vergonzantes, y se descargaron, sobre los moñetes del empresario, mas de seis bofetones. . . . morales. Por último, formulada por la Compañía en pleno una especie de protesta contra la intolerable conducta *financiera* de D. Juan, comunicósele el primer galan, en los términos mas claros y explicitos.

De la protesta resultaba: que nadie queria ya trabajar; que iban á darse poderes amplios al *autor ó representante* de la Compañía, para perseguir, no solo á D. Juan, sino al propio lucero del alba ante los tribunales; y que los ensayos para la funcion de la noche, se suspendian. El empresario, que era un muñeco, por su ruin estatua, cogia, sin embargo, el cielo con las manos, trinaba y gorgjeaba pestes contra las cinco partes del mundo, que el *embajador* oía como quien oye llover. No le era ya posible á la Compañía seguir manteniéndose, como hasta entonces, de palabras y de ilusiones. Si es verdad que, al principio, los actores cobraron sus *quinzenas* puntualmente, no lo es menos que poco á poco fueron descendiendo al estado lastimoso de almas en pena. Harto conocia D. Juan la razon de tales quejas; pero ¿qué remedio? Él estaba *tronado*; ¿habia de meterse á monedero falso? ¿Habia de robar?

El único recurso era acudir á Estrella, apelar á su corazón, rogarle por toda la córte celestial que tendiese una mirada protectora, no ya á la empresa, que hartó ¡ay! lo habia menester, sino á los infelices actores, cuyas familias se lamentaban en la mayor mise-

ria; é indicarle, con diplomacia, que la empresa no olvidaria merced tan insigne.

Estrella no habia conocido padres: recogida á la edad de tres años en medio de las calles de Cádiz, por la pobre mujer que ahora se hallaba poco menos que espirando, fué criada por ella con el regalo de una princesa, y con tanto amor como si la hubiese llevado en sus propias entrañas. Á los trece años entró la chica en el teatro, y ganó aplausos, dinero y coronas, en cambio del candor y de la pureza que, al mismo compás, fué perdiendo. Era aun niña, y, no obstante, su rostro, su mirada, sus modales, revelaban ya un conocimiento consumado del mundo. Á los diez y ocho era mujer capaz de arruinar en cuatro dias con sus caprichos al mas opulento capitalista; y á la sazón *desplumaba* dulcemente al rico primogénito de un título de Castilla, que, ciego por ella, habia venido siguiéndola desde Córdoba. Estrella bailaba divinamente; pero sabiendo que la fama y la fortuna de muchas compañeras, mas que á su habilidad, mas que á su arte, eran debidas á sus alardes de audaz desenvoltura, tuvo la debilidad de seguir la misma senda, á pesar de saber tambien que el mundo, aunque cómplice de ellas, mira ciertas cosas como una degradacion, como una afrenta. En efecto; desde el momento en que una mujer descorre, deshonestamente, ante la vista indiscreta y codiciosa del mundo, el velo que oculta los misterios del pudor y de la inocencia, esa mujer está profanada, esa mujer, aunque sea modelo de perfecciones en lo restante, se ve reducida á vivir, como los parias, en un círculo aparte del círculo en que viven las demás mujeres, y hasta abdica el derecho santo de hablar de virtudes de su sexo, que ella ha vendido, en público mercado, no solo sin llorarlas, sino locamente embriagada por el brillo del oro, ó por las seducciones de una gloria funesta. Pero esas pobres criaturas, á quienes ningun alma benéfica puede rehusar su compasion, conservan generalmente (porque son extremadas en todo), allá en lo íntimo de su pecho, como en sagrario inviolable, la virginidad y la energía de sentimientos nobilísimos, que otras mas completas acaso no posean en grado tan alto.

(Concluirá.)

VENTURA RUIZ AGUILERA.

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

I.

*Catálogo de los libros arábigos adquiridos en Tetuan por el Gobierno de S. M., formado por D. Emilio Lafuente y Alcántara, é impreso de orden y á expensas del Ministerio de Fomento.*—Madrid: Imprenta Nacional, 1862. — Un tomo en 4.º

Acaba de darse á luz este curioso libro, que tiene por objeto dar á conocer el resultado de las investigaciones bibliográficas que, con mas celo que fortuna, hizo en África durante la última guerra la Comision nombrada al efecto por el Gobierno de S. M. Aunque el suceso no ha correspondido á los deseos del Gobierno ni á la ilustracion y diligencia de la Comision, debemos aplaudir á aquel por su buen propósito y al Sr. Lafuente y Alcántara por el acierto y erudicion con que ha desempeñado su trabajo, sacando el partido posible de su estéril asunto. La adquisicion de estos códices arábigos, limitada á la única poblacion conquistada por las armas españolas, y la publicacion de su descripcion y catálogo, dan honor á las ilustradas miras del Gobierno español, que ha deseado dar á conocer aquel país bajo el punto de vista literario, y juntamente dar impulso á tales estudios, que sin duda han de contribuir á preparar la ejecucion de los proyectos que España debe abrigar sobre esa parte de África, destinada á engrandecer algun dia la nacion española. Este libro, no solo nos manifiesta el estado deplorable y decadente, por cierto, en que se hallan las letras y la civilizacion en la antigua Mauritania, sino que conteniendo tambien noticias acerca de algunas obras escritas por los árabes españoles, aumenta el tesoro de los conocimientos que por otra parte tenemos sobre asunto tan interesante para nosotros. Muchos libros importantes escritos por nuestros musulmanes, especialmente por los gra-

nadinos, habian pasado al África, ya durante la dominacion de aquella gente en nuestra península, ya en las emigraciones y expulsion de moros y moriscos, contribuyendo poderosamente á la infiltracion en África de la cultura arábigo-hispana. Tales libros, por su número y su valía, formaron un rico tesoro, principalmente en el ramo de historia, que es el que mas nos interesa; tesoro que aprovecharon en otro tiempo los Ebn Jaldun y los Almaccari, y que si bien cercenado y consumido por la progresiva decadencia en que se ha ido precipitando la morisma africana, todavía ha ofrecido útiles hallazgos á los orientalistas europeos, y mantiene en otros la esperanza de que el celo y la diligencia han de descubrir otros monumentos notables de la antigua historia é ilustracion arábigo-española, que sin duda yacen olvidados y desconocidos en diversos puntos del imperio marroquí.

El libro, pues, que tenemos á la vista, si no satisface nuestra curiosidad ávida de mayores descubrimientos, debe servir de aliento y de estímulo, así para los particulares aficionados á estudios tan útiles, como para nuestros Gobiernos, que por los muchos medios que están á su alcance, pueden continuar con éxito semejantes investigaciones. Además, como hemos indicado, este ensayo hace honor á la aplicacion é ilustrada laboriosidad con que sigue dedicándose al cultivo de este ramo de la literatura el jóven y apreciado autor de las *Inscripciones árabes de Granada*. Empieza por un informe dirigido por el Sr. Lafuente y Alcántara al Gobierno de S. M. en cumplimiento de la comision que se le habia conferido, en donde entra en consideraciones útiles acerca del estado del país y pueblo marroquí, empezando por Ceuta y sus contornos, describiendo esta ciudad, su monte *Hacho*, antiguo *Abila* y *Gebal Almina*, *Ceuta la Vieja*, *la Mezquita*, *el Serrallo* ó *Dar Beidha*, *Sierra Bullones*, y en fin, todo el territorio que se extiende desde aquella plaza hasta Tetuan. Detiéndose en describir la *Vega* y alrededores de esta poblacion, los campos, los valles y montes, el *Guadaljelú*, la torre *Martin* ó *Martil*, la mezquita principal, la casa llamada *del Emperador* y demás edificios notables, y el *Millah* ó barrio de los Judíos, examinando el carácter de la arquitectura que ostentan las construcciones antiguas y modernas de aquella importante ciudad. Despues se extiende en algunas consideraciones útiles y oportunas sobre la cultura, ideas, usos y costumbres, comercio, artes é industrias que manifiesta en Tetuan el pueblo marroquí, sacando en conclusion que aquella gente heredera de las creencias y



civilización de los moros españoles, tan adelantados para su tiempo, ha perdido sus tradiciones y ha dado al olvido cuanto le legaron de ilustre y provechoso las pasadas generaciones, habiéndose convertido el arte en rutina, muerto la literatura, y no sabiéndose utilizar por indolencia y mal gobierno las favorables condiciones de la naturaleza, prolongándose sin fin la rudeza y el abatimiento.

El Catálogo que sigue á esta introducción contiene la descripción de los 233 códices adquiridos por orden del Gobierno de S. M. clasificados por orden de materias é ilustrado con curiosas noticias bibliográficas é históricas. Se describen 143 códices de *religion y jurisprudencia musulmanas*, 17 de *historia, biografía y anécdotas*, 25 de *gramática y lexicografía*, 52 de *poesía*, 5 de *medicina* y 8 que contienen *tratados diversos*. Á este propósito repetiremos lo dicho al principio, á saber, que todo ello ofrece poca novedad ni mérito, hallándose además muchos de los códices lastimosamente mancos y estropeados. En el ramo de la historia, que es el que mas puede interesarnos, solo merece mencionarse un volumen de la *Historia Universal* del célebre Ebn Jaldun (núm. 146) ya publicado y traducido por el Barón de Slane; el *Fanal de los príncipes* (ó Lámpara de los reyes) del *Tortoxi* (número 153), obra también conocida y utilizada por varios orientistas nacionales y extranjeros, la noticia de algunos alfaquíes y doctores españoles y africanos que se contiene con otros opúsculos en el código núm. 65, y la tercera parte de la gran obra de *Albojarí* titulada *Alchami asaahih* ó la *Colección auténtica*, que aunque clasificada entre los libros religiosos (núm. 77) por haberse propuesto principalmente su autor recopilar las tradiciones islámicas, contiene de la historia de la creación del mundo, la descripción del sol, la luna y los astros, la del cielo y el infierno, y la vida y hechos de Mahoma. También haré mención del código núm. 161, que contiene algunas cartas y opúsculos del famoso ministro y cronista de los reyes Naseritas de Granada Mohammed Ebn Aljathib; del 221 incompleto que nos ofrece una parte del *Tratado de Medicina* compuesto por el mismo autor, y del 220 que contiene muchos cantares populares y otras poesías en diferentes metros y un tratado de música. Por este Catálogo puede formarse idea del estado literario de aquel país, en donde, según se colige de él, abundan los libros teológicos y religiosos, no dejan de cultivarse hasta cierto punto los estudios gramaticales, y aun no se ha perdido del todo la afición á la poesía y amena literatura, tan caracte-

terística del genio árabe. Concluye el libro con un índice de nombres propios y otro de los títulos de las obras arábicas comprendidas en el Catálogo y consignados en su texto original.

Y puesto que nos ocupamos de estos libros adquiridos en África por la Comisión del Gobierno de S. M., no será inoportuno que digamos dos palabras de otras adquisiciones hechas en el mismo país por personas particulares. Nosotros hemos alcanzado á ver algunos de estos curiosos hallazgos, que ya íntegros, ya despedazados y repartidos entre diferentes personas, compondrían juntos quizás otro tanto de lo allegado para el Gobierno, debiendo dar idea uno y otro del estado de las letras en el imperio marroquí. El año pasado salió á luz una *Memoria sobre los códices árabes cedidos á la Universidad literaria de Sevilla* por D. Francisco M. Tubino, apreciable literato de aquella capital. Contiene una introducción sobre la actual cultura del imperio marroquí, y la descripción de quince códices, la mayor parte obras de teología, tradiciones y derecho musulmán, y algunas poesías religiosas. El mas curioso al parecer es el código núm. 13, que según se lee en esta Memoria, ofrece un «cuadro completo de la legislación económica, civil, militar, derecho religioso, mercantil y administrativo del imperio. Este Catálogo, aunque dispuesto sin duda por persona inteligente, no contiene los títulos de las obras en caracteres árabes, y su único defecto es la importancia escasisima de los códices en él descritos. De los libros que yo he logrado ver procedentes de Tetuan, apenas he conservado apuntes por su poquísimo interés y el mal estado de su conservación. Por su mayor parte han sido fragmentos de obras de poca antigüedad sobre religion y derecho, medicina, cábalas, gramática y varias poesías. De los códices que hemos visto en mejor estado, citaremos: 1.º Un libro sobre *filosofía moral* por el xeque, imam y aljathib ó predicador *Abu Abdallah Mohammed Ebn Ibrahim Ebn Abbad el Nafei*, obra terminada en 1229 (1815). 2.º Un *tratado de los deberes de los cadhies* (jueces, alcaldes) y de la *administración de justicia, según los preceptos legales contenidos en el Corán y la Sunna*, por el xeque *Sidi Attaudi Ebn Athaleb Ebn Sauda*. 3.º Otra obra sobre administración de justicia y especialmente en asuntos de comercio, compuesta por el imam *Abu Abdallah Mohammed Ebn Yusuf el Abbari*, conocido por *Almawac*, el cual según se lee en el mismo código, era granadino y murió en esta ciudad, poco después de su conquista por los cristianos, que aconteció en el mes de

Rebí el 1.º del año 897. (Enero de 1492). 4.º Un libro de varios que contiene diversos opúsculos religiosos en prosa y en verso, como extractos de las suras alcoránicas, plegarias piadosas, un tratado acerca de la buena lectura é inteligencia del Coran titulado *Presente provechoso para el lector de la excelsitud* por el imam *Nafe Abu Abdallah*. 5.º Un libro sobre gramática y filología árabe sin portada, pero que contiene, segun las noticias que en el mismo se encuentran, una de las obras del célebre gramático *Ebn Hixem*, natural del Cairo, que murió en 761 (1359). 6.º Una coleccion de poesías varias, líricas, religiosas y laudatorias de diversos autores y en diferentes metros, algunas en honor de Mahoma y otras en elogio del xeque é imam *Sidi Abdelcader el Chilani*. Estas composiciones no carecen de condiciones literarias, y en prueba de ello daré la siguiente traduccion de una de ellas, que tiene al parecer por objeto celebrar el mes festivo de Ramadhan, y que contiene una bella descripcion de la primavera, segun el gusto de los poetas árabes:

« Ha venido á nosotros el regocijo con la luna de las lunas y nos ha llegado el mejor de los meses.

« Y canta el ruiseñor en la cercanía del lugar de la visita, aunque oculto á las miradas de los circunstantes.

« Y sopla el aura impregnada en el aroma del almizcle: por lo tanto, oh compañero, dános de beber.

« Las generosas gacelas brillan en el valle, y los verjeles regados por la lluvia resplandecen de hermosura.

« Y las flores de los collados no dejan de enviar sus perfumes en alas del viento, aromatizando á los que transitan.

« El valle se ostenta adornado con una vestidura de precioso valor, y ceñido con una banda de las mas apetecibles delicias.

« Y el jardin de las felicidades aparece mas vistoso y florido con los dulces compañeros que la suerte nos ha deparado en él.»

Tambien hemos vistó, y aun conservamos, muchas cartas, que nos dan idea de la notable corrupcion que ha sufrido la lengua en aquel pais, en donde el elemento árabe ha sido dominado por la preponderancia de las razas berberiscas y de los idiomas extranjeros: cartas cuya publicacion seria curiosa quizás para presentarnos modelos del lenguaje vulgar que se habla en Marruecos, cuyo conocimiento importa á los españoles, que por motivos de comercio y algun dia por nuestra dominacion en aquellas costas, han de tener trato y

comunicacion con los marroquies. Mucho han hecho los franceses en este órden de estudios, para fomentar su colonizacion en Argel: algo debemos hacer nosotros si abrigamos semejantes miras en el imperio de Marruecos, único campo casi que se presenta al engrandecimiento de nuestra nacion. Ya sea por este noble designio, ya por el de investigar algunos documentos relativos á la historia política y literaria de España en la época árabe, nos importa proseguir en África pesquisas é investigaciones semejantes á las que allí ha intentado la ilustracion de nuestro Gobierno, y que tan bien nos ha dado á conocer el curioso Catálogo ordenado por el Sr. Lafuente y Alcántara.

F. J. SIMONET.

II.

*El Quijote y la Estafeta de Urganda, ensayo crítico por D. Francisco María Tubino.*— Sevilla: 1862.

El folleto que, preparando la aparicion de sus *Comentarios filosóficos al Quijote*, publicó el señor Benjumea y del que dimos ya en otra ocasion (1) una ligera noticia, ha despertado, segun su mismo autor se proponia, un extraordinario movimiento en el campo de las letras, de que es notable muestra el libro del señor Tubino. Escrito con esas formas templadas, señal evidente de los progresos de nuestra crítica, y que contrastan notablemente con las inoportunas ironías que este asunto ha merecido á escritores menos juiciosos, revela al par no escasa erudicion y un recto sentido, cuyas conclusiones merecerian no obstante mas alto aplauso si á veces no las esterilizaran ciertas preocupaciones literarias y filosóficas.

Comienza el *Ensayo* del señor Tubino con una introduccion á la que sigue el análisis de algunas opiniones emitidas por diferentes escritores acerca de la índole del inmortal libro, honor imperecedero del genio español. Los « antecedentes morales y literarios » de este libro, en los que se comprenden dos eruditos trabajos sobre la caballería andante y su literatura, terminan con un capítulo relativo á la filoso-

(1) Véase el núm. 3.º de esta REVISTA, *Bibliografía*, II.

fía del *Quijote*, y al cual sirve de epígrafe la aventurada frase: «el genio no inventa», lo que podríamos llamar primera parte del trabajo del señor Tubino, destinada especialmente á la exposicion de sus doctrinas acerca de la interpretacion y significado de la profunda novela de Cervantes, doctrinas que le sirven de criterio para juzgar en los cuatro restantes capítulos la *Estafeta de Urganda*, cuyo exámen constituye una segunda parte de este *Ensayo*.

Ante todo, nos permitiremos protestar contra la prevencion anti-filosófica que arranca al autor de *El Quijote y La Estafeta* una censura tan poco meditada, tan poco digna de su ilustracion (y que hasta desdice de la misma índole de su trabajo), del espíritu de investigacion racional propio de nuestro siglo é hijo legítimo de nuestra naturaleza. Como si nos hallásemos en plena Enciclopedia y el genio moderno, envuelto en un laberinto de dudas y contradicciones, no hubiese aun llegado á una inteligencia superior de los usos del pensamiento, anatematiza la propension natural del entendimiento humano á completar su idealidad con el conocimiento analítico de lo real, compenetrando armónicamente ambos sentidos en la elevada esfera de la razon filosófica. «Para el hombre, vivir es razonar», exclama el gran padre de la poesia italiana; «el análisis crítico, dice un docto escritor, no mata sino lo que es indigno de vivir»: por otra parte, concediendo los límites de la finita comprension humana, el hombre á quien esta consideracion impide cultivar sus nobles facultades en los útiles progresos de la especulacion y el estudio, no sin fundamento pudiera ser comparado á un labrador que decidiese abandonar su campo porque el mundo entero no le pertenece y su heredad tiene límites.

No merece, sin embargo, el apreciable trabajo del señor Tubino tan justificada censura en todas ocasiones, y una sucinta idea de él nos mostrará lo que hay de verdadero y de falso en sus notables juicios.

Yerran, en concepto de este diligente escritor, cuantos críticos piensan hallar en el *Quijote* otro asunto que la sátira de los libros de caballerías: la novela de Cervantes no es *directamente* sino una crítica literaria, por mas que, en forma mediata contenga otros sentidos diversos, germinacion espontánea del genio de su autor. La literatura caballescica, segun el libro que nos ocupa, habia introducido con su preconizacion de la fuerza material y las extravagantes relaciones de sus quiméricas empresas, no pocos elementos perjudiciales y disol-

ventes en el espíritu de la sociedad española, constituyendo una verdadera perturbacion en la doble esfera de la literatura y las costumbres. Cervantes, al atacarla, envuelve implícitamente en su intencion literaria la de oponerse á los perniciosos resultados de su influjo sobre las imaginaciones exaltadas, mostrando en la esfera del ridículo lo vano y despreciable de las románticas tentativas que absorben la actividad del hidalgo manchego: de esta suerte, la filosofia que realmente se entraña en el *Quijote* es relativa á la reforma del ideal de la vida y la restauracion del derecho y la justicia violenta é impunemente hollados por los delirios caballescicos. Casi pudieran considerarse en el *Quijote* dos tendencias: una directa, local é histórica, á destruir los absurdos libros de caballerías: otra indirecta, trascendental y siempre viva, á predicar una caballería nueva; caballería «que tiene un altar en todo pecho noble, que vive apegada á toda idea progresiva y moralizadora, que aborrece el dolo y la deshonra, la humillacion y el vicio, que se exalta ante la contemplacion de un desafuero, y tiene una lágrima ó un apoyo para toda desgracia.»

Tales son las conclusiones del señor Tubino. El *Quijote*, en su sentir, no es mas que una crítica caballescica; *sin embargo*, hay quizás en él esa pretendida contienda de lo ideal y lo real: es una obra de puro entretenimiento, llana y sencilla, *por mas que* «mirado desde cierto punto de vista equivalga entre otras cosas á un libro de filosofia moral.»

Sentiríamos que esta, por necesidad abreviada, relacion del libro del erudito sevillano no ofreciese, en la oscuridad de su concision, un exacto trasunto de sus opiniones; no tememos, con todo, que así suceda, aunque la ambigüedad de casi todas las declaraciones del señor Tubino se preste fácilmente á confusiones y logomachias. De cualquier modo que sea, diremos ante todo que no vemos gran diferencia entre las conclusiones del señor Benjumea y las de su impugnador.

Niega el autor de la *Estafeta* que sea el *Quijote* únicamente una crítica de la literatura caballescica: su adversario mismo lo confirma, contradiciendo no pocas veces su primitivo aserto de que es un libro de mera diversion; y si aquel le atribuye el doble pensamiento de una doctrina moral esotérica y de una representacion de la vida de Cervantes, este le asigna una elevada intencion, no solo crítico-literaria (objeto que ya de por sí traspassa el concepto de obra puramente re-creativa), sino filosófica y trascendental. La cuestion única y verda-

deramente debatida entre los dos escritores es la de si esa trascendencia ulterior, esa virtud y eficacia íntimas de la célebre novela son asunto principal ó secundario de la concepcion de Cervantes: si brotan con inmediata espontaneidad en el discurso de la obra ó están deliberada y reflexivamente veladas bajo el artificio de una fábula que es generacion constante y alegórica de un segundo y encubierto designio. El señor Benjumea afirma desde luego la primera hipótesis: el señor Tubino parece inclinarse á la segunda. Y decimos *parece*, porque si bien claramente da á entender su juicio en conformidad con este sentido, el eclecticismo dominante en sus opiniones le hace conceder no pocas veces que un estudiado artificio envuelve, en ciertos pasajes de la obra, un valor interno y alusivo á sucesos de la vida de su autor, incurriendo así parcialmente en lo mismo que censura como punto de partida en su contrario.

La cuestion, pues, se reduce de este modo á muy secundarias proporciones, y es el caso que ni aun así puede ser convenientemente resuelta. Si á veces un autor imprime sin intento deliberado en una obra de pura imaginacion el sello de su filosófico espíritu, traducido en doctrinas que pueden ser como semilla, no sembrada, sino esparcida al acaso, pero cuyo fruto puede y debe cosechar la crítica, la atenta consideracion de las leyes que regulan la manifestacion de lo bello en el arte todo, y muy particularmente en la literatura (consideracion que de buen grado hiciéramos en este lugar á permitirnoslo la brevedad de esta reseña), no menos que la historia universal de las letras, nos muestran que suele en ocasiones preceder á la concepcion ideal de la fantasía un esquema racional y reflexivo que esta es llamada á vestir en ciertos géneros inferiores (poesía didáctica, fábula, cuento moral, etc.) ó que se funde y compenetra en esa armonía de lo conscio y lo inconscio realizada (de un modo no tan misterioso que carezca de explicacion) en todas las esferas de lo bello artístico. Mas en este caso y viniendo á la cuestion ¿habrá de permanecer esta siempre irresoluble para la crítica? Ciertamente que no; pero existiendo iguales motivos para confirmar que para negar las opiniones del señor Benjumea, parece lo mas prudente aguardar que en sus *Comentarios* exponga detallada y convenientemente todos los fundamentos de su interpretacion. Entonces, y solo entonces, procederá esa especie de cruzada que la *Estafeta*, como toda novedad, ha levantado, y que si redunde en pro de las letras, en cuanto favorece el movimiento de la

crítica y contribuye á ilustrar el problema con antecedentes y datos aducidos por cada cual en el debate, es inútil y aun puede ser perjudicial si, traspasando sus límites, extravía la opinion con prejuicios impacientes.

Por hoy, lo que exigen á una el procedimiento racional de la crítica y el mismo interés de los impugnadores no es dilucidar la posicion inmediata ó refleja de Cervantes respecto al sentido íntimo del *Quijote*, cosa que al señor Benjumea toca probar y al público decidir, sino la existencia de ese sentido, á saber: si en el *Quijote* hay ó no algo mas que un libro de ameno entretenimiento: en la afirmativa de este particular convienen así el señor Benjumea como el señor Tubino; la negativa no es fácil hallar quien sin descrédito de su discrecion la intente sostener. La extension y carácter de ese *algo* mas que se contiene en las inmortales aventuras del ingenioso hidalgo, por menores son cuya controversia no puede tener oportunidad hasta que vean la luz pública las investigaciones del autor de la *Estafeta*. De esta suerte, como quiera que así puede el señor Benjumea probar su aserto, como equivocarse, no sería extraño que, en este caso y hecho entonces por el señor Tubino un estudio mas detenido de la cuestion, demostrase la inexactitud y vano fundamento de las afirmaciones de su adversario.

Por lo demás, el libro del señor Tubino, dejando aparte lo prematuro de su objeto, es altamente estimable á causa de su erudición y buenas formas, por mas que, si la *Estafeta de Urganda* no se halla en todas sus partes exenta de pecado, contenga á su vez la impugnacion del literato sevillano frecuentes errores, mas ó menos incidentales, y vulgares preocupaciones que desdican no poco de las elevadas miras y sano juicio de su ilustrado autor.

FRANCISCO GINER.

---

## VARIETADES.

---

Quando se considera de qué modo ha contribuido el progreso de los estudios críticos á desvanecer tantas y tan funestas preocupaciones en la Literatura, ocurre involuntariamente al ánimo la idea de lo que resta por hacer todavía; pero si se compara la situacion actual de este

arte con la de las Artes figurativas, se ofrece el cultivo de aquella en condiciones tales de superioridad, que un profundo sentimiento de pena se apodera del espíritu al contemplar la pobreza y verdadero desamparo á que en la edad presente se hallan reducidas en nuestra patria, especialmente la Pintura y la Escultura. Trascendentales revoluciones han fecundado en lo que va de siglo el campo de las letras, y una crítica racional y filosófica, desechando el árido preceptismo de las escuelas antiguas, comienza á aprovechar cuanto aquellas han dejado de bueno y saludable en pos de sí, y abre nuevos campos á la imaginación. Las otras dos artes, á que hemos aludido arriba, continúan generalmente, por el contrario, en la senda de la vulgaridad prosáica, de la frivolidad y el amaneramiento, cuando no de la ciega rutina y la imitación infecunda, de tal modo, que no parecen hallarse mucho más adelantadas de como las dejó la artificial cultura del siglo anterior. En España, la defectuosa constitución de las Academias de Bellas Artes, condenadas á una esterilidad permanente, la escasa difusión de los conocimientos críticos é históricos entre los artistas, la nimia eficacia de la enseñanza de las Escuelas, imperfecta, con singularidad en las provincias, y fiada no pocas veces á personas incompetentes, son viciosos auxiliares del espíritu de mercantilismo que, si decae lentamente en la Literatura, se halla, por desgracia, con robusta firmeza asentado en las demás artes.

Merecedor, por tanto, es de elogio que algunas sociedades, como la de Amigos del País de Granada, intenten, con mejor deseo que resultado, prestar en sus exposiciones públicas campo extenso á la actividad artística, fin puramente negativo que es el único á que pueden pretender estas solemnidades (como lo ha comprendido otra Sociedad de esta capital) por las condiciones generalmente inadecuadas con que se verifican.

No son ciertamente los premios, con mano pródiga distribuidos en todas las épocas de decadencia, no son los honores, no son, en fin, otros estímulos de consideraciones personales y de un valor muy accesorio lo que regenera el cultivo de lo bello; como ha dicho un escritor ilustre, no es lo mismo hacer progresar las artes que proteger á los artistas. Cuando en un pueblo se encuentran reunidas las circunstancias necesarias para producir esas obras maestras de inspiración que tienen sus precedentes en las evoluciones del espíritu social, espontáneamente las produce, y no son los Mecenas quienes crean á

los artistas, antes los artistas crean á los Mecenas, dando lugar á que la vanidad en unos, en otros más nobles deseos, como el de unir sus nombres á los de un Virgilio ó un Rafael, á los de un Miguel Ángel ó un Cervantes, les impulse á prodigar sus homenajes y sus tesoros á genios eminentes, no siempre justamente apreciados, y que suelen demasiado á menudo verse pospuestos á la servil adulación de pretenciosas nulidades. Pero si las recompensas, si los premios jamás lograrán forzar la naturaleza de las cosas, pueden ayudarla no obstante; y si no les es dado, por ejemplo, resucitar en medio de circunstancias poco favorables la epopeya y la pintura de paisaje, un acertado estudio de estas circunstancias conduce á juzgar de qué modos puede protegerse el cultivo de los géneros artísticos más en consonancia con la índole de cada época, facilitando al mismo tiempo (medio más fecundo y natural) la propagación de estudios teóricos y prácticos, tan alejados hoy de la vida artística los primeros, que parecen reñidos con la mayoría de los que se dedican á su ejercicio: error de perniciosas consecuencias, opuesto á lo que la razón y la historia nos muestran á una y que mantiene en nuestras artes figurativas el empirismo y la ignorancia, cerrándose voluntariamente el espíritu los innumerables senderos vanamente abiertos á su fecunda exploración: preocupación que modela, cuando más, el presente sobre la ciega imitación del pasado, ó esteriliza la imaginación en las puerilidades de un trivial realismo, cuyos insignificantes triunfos no pueden halagarle, y cuya falsa originalidad no puede satisfacerle.

Si es cierto, volviendo á nuestro asunto, que los premios en el arte son repetidas veces la herencia de esas medianías que, no obedeciendo en sus creaciones á la necesidad íntima de dar vida á sus ideales, ponen en tortura su fría imaginación por conseguir una codiciada recompensa, atenuense siquiera sus inconvenientes en lo posible, procurando reúnan dos condiciones esenciales: la importancia de su estima y la equidad en su distribución. Sin estas dos cualidades, de las que la segunda es garantía de la primera, los premios nada significan y llegan á disgustar del movimiento falsamente artístico que producen á los altos ingenios, que se retiran dejando el puesto á la vanidad y la impotencia: sin el valor del premio (ya consista en metálico, ya en distinciones honoríficas), sin la más rigurosa y severa justicia en su concesión, lo repetimos, la recompensa es nula si no despreciable, se basta de su objeto y es perfectamente inútil.

En un país como el nuestro, donde las Academias literarias señalan por estímulos de sus concursos cantidades insignificantes, sobrepujadas con frecuencia por las que ofrecen á los autores algunas empresas editoriales, y premian con el mismo galardón al sabio y al ignorante, al poeta y al coplero (ejemplos ambos dignos de ser mostrados en las dos clases de premios que suelen concederse) debe cuidarse de no seguir tan desdichado camino, impidiendo que las recompensas prometidas al artista sean ridículamente exiguas y objeto del común menosprecio por su pródiga é injusta repartición.

No creemos inoportunas hoy estas consideraciones que nos ha sugerido la Exposición artístico-industrial abierta hace algunos días por la Sociedad Económica de Amigos del País, y que, si en la parte industrial ha ofrecido algún adelanto, no muy notable, respecto de otras anteriores, forzoso es confesar que en cuanto al elemento artístico muestra una escasez que fuera deseable hubiese imitado el Jurado calificador en la adjudicación de los premios. Á cuarenta asciende en junto el número de las pinturas: el de los premios concedidos á diez y ocho. En escultura, los trabajos presentados, copias de copias en su mayor parte, han sido once y los premiados seis. Esta desproporción de las recompensas con el total de producciones expuestas, crece si se tiene presente que la mayor parte de expositores lo han sido por más de una obra, y algunos de cuatro ó más.

Una observación que merece tomarse en cuenta es que la mayor parte de estas obras han sido ejecutadas, no por artistas consagrados con vocación especial á estos trabajos, sino por aficionados que buscan en el arte honesto recreo á ocupaciones de otra índole ó un remedio contra el fastidio. Faltan entre los expositores algunos nombres justamente considerados en la opinión; sobran no pocos.

Sensible es que los buenos deseos que la Sociedad de Amigos del País muestra no produzcan sazonado fruto; pero más sensible es todavía que no sea fácil columbrar un resultado mejor para lo porvenir.

G.

ERRATA. En el número 7.º, pág. 222, lín. 22, donde dice *vertiginoso*, debe decir *vortiginoso*.

POR TODO LO NO FIRMADO:  
El Secretario de la Redacción,  
T. DE ROJAS.

El Editor responsable, D. Mariano Martínez de Castilla.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES

### SOBRE LA LITERATURA MODERNA.

(Continuación).

Tales son los principales errores que han manchado el romanticismo en Francia y hubieran perdido su causa por completo, si esto pudiese depender de condiciones individuales. Si en la contienda entre antiguos y modernos, la puerilidad anárquica y la extravagancia pretenciosa de los Perraults y Desmarests, prudentemente evitadas por el templado Fénelon, habían sido parte á retardar el triunfo de las nuevas ideas, cuyos fueros eran incapaces de sostener aquellos infelices escritores frente á los Boileau y Racine, no de otra suerte los dramaturgos y novelistas contemporáneos de nuestros vecinos han hecho recibir con prevención la naciente forma por tantos espíritus ligeros é impresionables, que sin estudiar á fondo la nueva evolución, la creían no de mucho más valer que las deformes creaciones que constituían su vanguardia. Pero no importa que ante las preocupaciones del sentido común, cuyo criterio, según la feliz expresión del cantor de Margarita, solo para lo común sirve, ni ante las más perjudiciales creadas por la crítica sensualista y exterior que determinó, en tiempo de su apogeo, la filosofía de Condillac, ni ante las marchitas pretensiones de las oligarquías académicas, que olvidando su verdadero fin (marchar al frente de las épocas, conquistando su dirección por la fuerza de su genio y la sabiduría de sus trabajos científicos, y oponiéndose como valedares á vulgares é ignorantes

T. I.

22

desaciertos, único sentido en que pueden merecer consideracion legitima tales corporaciones) quieren amarrar á su carro, volcado en medio del camino, todo el movimiento de la literatura, desde el pensamiento al lenguaje, mostrándose dignas de mayor compasion que respeto; nada importan, en fin, todas las iras de escuela, y todas las contrariedades de la vida, y toda la ceguedad de espíritus débiles enamorados de añejos errores, solo por ser añejos; toda forma propia y legitima de arte es una idea sensiblemente desarrollada, y toda idea que es racional tiene derecho á imponerse como real y á entrar en la magnífica verificación de la historia. Por esto fué el simbolismo una manifestacion natural del espíritu y arte humanos en el Oriente, como lo fué el ideal clásico en el mundo greco-latino, como desde la Edad Media lo viene siendo el romanticismo en fin, que continúa, cada vez mas depurado, desenvolviendo todas las determinaciones que su gérmen encierra, y cuya inevitable aparicion no bastan á evitar oposiciones parciales.

Mas ya que en la esfera interior de la idea son, pues, impotentes sus adversarios, no menos que los indiscretos amigos que la falsifican, á impedir su providencial manifestacion, la resistencia de los unos, que juzgan parar el tiempo rompiendo su reloj, y la escasa penetracion de los otros influyen en las condiciones históricas para ofrecer mas puro el ideal ó mas adulterado, para anticipar su triunfo ó retardarlo, para transparentarlo y difundirlo ó para aislarlo de determinados centros, haciéndolo oscuro y extraño á muchas gentes que lo ven sin entenderlo, como un libro escrito en idioma desconocido. En todos estos conceptos los románticos franceses no han podido, en general, hacer mas daño á la literatura moderna, y si un crítico distinguido de esa misma nacion (1) vacila en llamarla romántica, á pesar de lo bien formado que juzga este nombre, á causa «de las inverecundas aplicaciones» que de él se han hecho, á sus compatriotas, antes y mas que á nadie, debe dirigirse tal censura. (2)

Ellos son los que han desacreditado ese nombre con sus desvaríos,

(1) Fauriel, *Histoire de la poésie provençale*, t. III, p. 250.

(2) No faltan escritores, que juzgan poco acertada la denominacion de literatura romántica para

quienes lo han comprometido con sus absurdas creaciones, llenas de ese sentimentalismo y de esos horrores propios solo para hacer las delicias de los niños y de las mas frívolas é impresionables mujeres.

Y de notar es el papel importantísimo que las mujeres han desempeñado en la literatura y civilizacion francesas. Si un escritor de ese pueblo nos increpa duramente en frases tan poco corteses como exageradas, porque en nuestra patria «no han escrito las mujeres,» en cambio pudiéramos contestarle valiera mas que en la suya no hubiesen escrito tanto. El genio español, menos expansivo y alegre, menos superficial y ligero que el francés, suele preferir la reflexion, la meditacion aislada á la conversacion y mutua prestacion de ideas: el segundo, por el contrario, ha propendido siempre á desarrollarse en la parte mas exterior de la vida social, buscando su natural atmósfera en las Academias, en las córtes y los salones; y así como la severidad grandiosa é interioridad personal que caracterizan al primero han solido degenerar alguna vez en cierta aspereza uraña, la brillante frivolidad de los compatriotas de Voltaire es fácilmente ocasionada á las corrupciones, harto mas funestas, que provienen de una cultura superficial y artificiosa en demasia. La *Décima Musa* Margarita de Navarra, las Médicis, fueron en épocas lejanas centros del movimiento literario y científico: en tiempos mas modernos, el palacio de la marquesa de Rambouillet, templo del gusto afectado y pretencioso que tuvo en Voiture su pontífice, y sus interminables epistolarios, mantenidos por el genio francés en tan grande estima,

---

la que en Europa nació en la Edad Media, no menos que ocasionada á ambigüedades numerosas. Sin detenernos nosotros en estas, que no existen sino para las gentes poco reflexivas, para quienes el lenguaje entero se encuentra lleno de tales anfibologías, ni en la mayor ó menor propiedad de la voz en cuestion, la aceptamos desde luego, no solo porque en nuestra literatura se une este nombre al de una de sus mas gloriosas y características formas, el *romance*, sino porque no conocemos otro mejor, ni juzgamos tales los de arte *cristiano*, *moderno*, etc., de que otros se sirven. El último de estos calificativos puede adoptarse ciertamente en el sentido puramente cronológico en que algunas veces lo hemos usado nosotros tambien, y no envuelve, segun pretenden otros, contradiccion alguna en el concepto de extenderse á ciertos momentos del arte oriental, como quiera que el espíritu humano en cada una de las faeces de su movimiento histórico se hace mas comprensivo y funde los momentos anteriores que, precedentemente á la aparicion de esa forma, eran opuestos; pero tal designacion, meramente exterior, es inferior por necesidad á la de *romántico*, con que nos referimos al progreso y carácter del ideal artístico, traduciendo así una relacion muy importante dejada sin determinar por la frase de literatura ó arte *modernos*, que le cede igualmente en generalidad y anti-güedad de su uso.

y su predicacion del culteranismo italiano, padre de aquellas extravagantes *preciosas* cuya sola censura bastara para dar fama á Molière.... ha identificado su nombre con una de las mas notables é infelices evoluciones de la literatura traspirenaica; mas tarde, en la época de pleno clasicismo, pocos criticos lograron igualar á la erudita Ana Dacier; una mujer, Mme. de Staël, (1) dota á Francia de los primeros libros verdaderamente románticos, cooperando, como ya antes hemos hecho notar, á la trasformacion de las opiniones literarias: hoy mismo, en fin, las mejores novelas de Francia, esas sentimentales producciones á que Chateaubriand llamó *poesía de la materia*, son debidas á una mujer tambien, cuyo genio, abandonando funestos errores, parece al cabo presagiar felizmente una concepcion superior del mundo y un ideal mas depurado y estético. Los nombres, en fin, de Mlle. de Montpensier, de la Dubarry, de la Maintenon, de la Pompadour, de la Tencin; de las Sevigné, Geoffrin, Deshouliers, Roland, Recamier y tantas otras, mezclados á la literatura, al arte y á la política, muestran evidentemente en su misma celebridad y consideracion, de qué modo las influencias artificiales de la vida cortesana se han sobrepuesto á los sentimientos del espíritu nacional, usurpando la direccion que á este compete de las fuerzas creadoras de la imaginacion y el pensamiento. ¿Qué mas? el alambicado equivoquismo que obtuvo de la pluma de Boileau el homenaje de una sátira, y el cómico casi siempre bastardo, grosero y de mala ley con que extasían al culto pueblo francés Pigault Lebrun y P. de Kock, y que no es sino la degeneracion natural de aquel, han afirmado su imperio, entre otras razones, merced al favor que les han dispensado en las tertulias las damas de *buen tono*, ó en las orgías las favoritas de la Regencia.

Al calor de semejantes protecciones crecieron y llegaron á su período mas brillante las letras francesas, hasta imponerse, como dechado de perfecciones superiores, en otros países, cuyas literaturas eran expresion noble y hermosa de su genio nacional.

(1) Señaladamente en su obra *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales*, uno de los libros que mas contribuyeron en su época á los progresos de la crítica, á pesar de las desacertadas consideraciones á que frecuentemente se entrega en él su autora.

No fué el nuestro quien menos sufrió este desdichado yugo. La supremacia de los escritores franceses del siglo de Luis XIV encontraba en todos los pueblos un poderoso auxiliar en aquellas dinastías de presumidos eruditos, avigorada desde el Renacimiento, que afectaba el mas insigne menosprecio por los escritores populares y románticos, indignándose ante sus trasgresiones de las malhadadas reglas escolásticas. De tal modo eran consideradas las mas felices creaciones de estos poetas entre los que se preciaban de cultos, que así Dante como Lope, y Shakspeare lo mismo que Corneille necesitaron lavarse la mancha de haber respetado la sagrada libertad de su genio, escribiendo con sujecion á los preceptos clásicos, ó excusar sus errores con el favor que el pueblo concedia á sus obras.

Por lo que á España toca, desde el advenimiento de los Borbones se trasplantaron en nuestro suelo muchas costumbres francesas: el espíritu cortesano fomentó la influencia de esa nacion y durante largo tiempo, en lugar de aquellos franceses españolizados que atacaba la *Sátira-Menipéa*, solo se ven, por desgracia, españoles afrancesados que muestran la decadencia y postracion de nuestro espíritu, abatido hasta el punto de olvidar sus antiguas glorias por las descoloridas galas de una literatura incomparablemente mas pobre. Á duras penas se concibe que la vitalidad del genio español, de tan originales tradiciones, pudiese acomodarse á vestir este ropaje exótico, renunciando á los nuevos laureles que su inagotable inspiracion le prometia. En España, «país de asimilacion violenta, como dice un critico, en cuya escena la antigua dramática, que pudo seguir griega ó romana en Francia, no tenía otro remedio que transformarse ó perecer», en España, donde la influencia italiana, sensible casi desde los primeros tiempos, jamás absorbió la originalidad literaria, como M. Villemain confiesa, y que entrada en el movimiento erudito antes que Francia, nunca experimentó los gravísimos perjuicios que á esta reportara, como quiera que todo elemento nuevo ha sufrido al punto, para incorporarse á su seno, aquella conversion «en carne y alimento» que tan inútilmente recomendaba Ronsard á los escritores de su época, no podia la imitacion galoromana ser popular, y asombra cómo llegó á conservarse tanto tiempo.



Guardaron los antiguos hispanos sus primitivos cantos que sobrevivieron á la conquista romana: ostentaron la índole original de su genio en la misma capital del Universo con los Sénecas, Lucano y Marcial, y cuando los Emperadores pretendieron detener la ruina de las letras en el agonizante mundo del paganismo, un español fué, Quintiliano, quien sostuvo sobre sus hombros aquella civilización que se desplomaba, luchando gigantescamente con las terribles fuerzas que rompían sus cimientos y reanimó el antiguo genio clásico, que aun pudo encarnarse en un Plinio y en un Juvenal, antes de espirar y hundirse para siempre. De igual manera se habia señalado esa originalidad en la Edad Media con los productos eminentemente espontáneos de la musa popular y de algunos ilustres ingenios de inspiracion verdaderamente nacional y nueva; posteriormente, en los triunfos del insigne batihaja de Sevilla y sus compañeros en espíritu sobre las imitaciones de Oliva y Simon de Abril, no menos, finalmente, que en las magnificas obras de Lope, Calderon y su brillante pléyada, enérgica protesta contra los desbarros de Rengifo, el Pinciano y Cascales.

Pero la nueva importacion clásica venia, á diferencia de la italiana, en época de postracion y escasa vida intelectual, y apadrinada como salvacion del *buen gusto* por las clases elevadas y las personas instruidas ó que presumian de serlo, unió en su defensa los nombres, ilustres casi todos, de Velazquez, Luzan, Mayans, Montiano, Jovellanos y los Moratines, que no hallaron dignos adversarios en Huerta, Cañizares, Zamora, Valladares, Zabala y Comellas. De una parte, las Universidades ensalzaban los estudios clásicos en ciencias y literatura, no como fundamento de una sólida erudicion, sino como término el mas elevado de los conocimientos humanos y oponian á tanto y tanto progreso los nombres de Heráclito y Aristóteles; creáronse Academias dirigidas por el Estado á imitacion de la que debió el ser á Richelieu, y en ellas se entronizó la oratoria fria y amanerada de los elogios, puestos de moda en Francia, donde Thomas habia sido el preceptista de esta forma pobrísima, esclava por esencia: de otro lado, las tertulias literarias reunidas en torno de un centro de damas elegantes, se vieron repro-

ducidas con todos sus desastrosos inconvenientes, y el estudio del francés sustituyó al del idioma patrio, en cuyo seno ha obrado una deplorable trasformacion. Por último, las mismas obras científicas donde solia atacarse la influencia de los galo-clásicos, reflejan sus doctrinas y la forma individual y antisistemática de su crítica. Todo, en fin, conspiraba al hegemonismo francés: en esa inmensa *fuga*, como llama Goethe á la historia, la voz del genio español habia enmudecido, dejando perder en el espacio sus últimos cantos varoniles, y en su lugar resonaban tan solo los monótonos acentos de la musa de Despréaux.

FRANCISCO GINER.

(Concluirá.)

---

---

BREVE RESÚMEN  
DE LA HISTORIA  
DEL  
MAGNETISMO Y LA ELECTRICIDAD.

---

I. — MAGNETISMO.

(Conclusion).

El profesor Barlow de Woolwich, principió una serie de experimentos acerca de la influencia del globo y otras masas de hierro sobre la brújula, posteriormente á la aparicion de la obra sobre el Magnetismo de la Tierra, en 1817, del profesor Hansteen, y explicó la existencia de un plano de no desviacion de la aguja en ángulo recto á la direccion del estado de depresion de esta, y otras leyes de fuerza magnética.

Mr. Jorge Fisher, en 1818, halló que el movimiento de los cronómetros sufre la influencia de la proximidad de una masa de hierro.

Sir David Brewster, en 1820, notó la conexión ó relacion entre los polos magnéticos de la tierra y los del frio máximo.

El profesor Barlow, en 1820, aplicó sus planchas de correccion á las vasijas de Leven, Conway y Barracouta, para prevenir la atraccion local magnética.

El capitán Kater, en 1821, observó que el acero templado es capaz de recibir una gran fuerza magnética, y que el rombo alargado es la mejor forma para la brújula. Halló tambien que la fuerza directiva depende de la masa de la aguja cuando está imantada á saturacion. El método preferido por el capitán Kater para templar la

aguja es el de endurecerla por todas partes y ablandarla despues por el centro.

Mr. J. H. Abraham, de Sheffield, en 1821, inventó una guarda magnética para preservar á las personas que se ocupan en aguzar agujas y otros procedimientos de amolar en seco. Segun uno de sus inventos, un bastidor de barras magnéticas rodea la boca del operador; otro consiste en colocar estas barras magnéticas sobre las agujas mientras han de ser apuntadas; en los aparatos para afilar cuchillería, etc., los imanes son colocados longitudinalmente ó al través (ó de las dos maneras) cubiertos con una tapa y próximos al punto del afilado. Por esta invencion le fué adjudicada á Mr. Abraham la gran medalla de oro de la Sociedad de Artes.

El teniente Littlewort, en 1822, recibió una gran medalla de plata de la misma Sociedad, por una brújula marina reformada. Esta puede usarse como brújula revirada de cámara, como brújula de azimut ó como brújula de timonel; en el último caso puede invertirse el asa de que se suspende y sostener la brújula en una caja (que es movable al rededor de un centro); tiene un círculo de plata graduado, miras movibles y topes para fijarlas.

El profesor Barlow, en 1823, propuso hacer mas sensible el movimiento diurno de la aguja, desviando esta del meridiano magnético por medio de un iman permanente.

Arago, en 1824, halló que varias sustancias (y especialmente las metálicas) tienen influencia en las oscilaciones de la aguja.

María Somerville, en el estío de 1825, magnetizó una aguja de coser exponiendo la mitad de ella al rayo violeta del espectro; en dos horas, la extremidad expuesta á este rayo adquirió la propiedad del polo norte.

Mr. Christie, cerca de 1825, probó con experiencias que el calor disminuye la fuerza magnética.

M. Kupffer, en 1829, observó la disminucion de la fuerza magnética segun la elevacion, en la cumbre del monte Elbrouz en el Cáucaso.

De la Rive, en 1829, observó una disminucion de inclinacion de la aguja en el Hospicio del Gran San Bernardo.

Haldat, en 1830, produjo magnetismo por la fricción de cuerpos duros. Probó también á trazar figuras sobre una plancha de acero por medio de un polo magnético, ó echando limaduras de acero muy finas sobre aquella.

Quetlet, en 1830, hizo experimentos relativos á «los grados sucesivos de fuerza magnética que recibe una aguja de acero durante las múltiples fricciones que se hacen para magnetizarla.»

El Dr. Roget, en 1831, publicó la descripción de un mecanismo para demostrar la generación de las curvas magnéticas.

Sir W. Snow Harris, en 1831, inventó una brújula marina compuesta de las siguientes partes: una ligera barra imantada con un botón central, la cual deberá estar endurecida y templada por todas sus partes; unos pequeños escapes de plata sirven para compensar la depresión, colocado el iman horizontalmente antes de magnetizarlo: La rosa estará dibujada sobre talco y tendrá un travesaño de latón con escapes que se ajusten. El punto de suspensión consiste en una doble barra y fija como el diámetro de un grueso círculo de cobre, para aumentar la fuerza electro-magnética del círculo y para prevenir las oscilaciones de la aguja.

Sir W. Snow Harris empleó el primero la doble suspensión para brújulas magnetómetros, en 1831.

El mismo inventó un magnetómetro hidrostático por el año de 1831, y dió una modificación del magnetómetro de balanza graduada en el mismo año.

El profesor Barlow, en 1831, hizo un globo hueco de madera con unos alambres de cobre colocados en los paralelos de latitud. Trasmitiendo una corriente eléctrica á través de este, una aguja magnetizada y suspendida dentro del globo, neutralizada además por el magnetismo de la tierra, mostró todos los fenómenos de la depresión y variación de las agujas acordes con sus posiciones respecto al globo de madera. Así se infiere de este experimento que la tierra puede ser considerada solo como un conductor magnético y no como un iman real.

Pouillet describió la aguja estática en sus *Elementos de Física*, París 1832.

El capitán Milne, en 1832, propuso una corrección á la brújula para obviar los errores de la atracción incidental y local.

El doctor Scoresby, en 1832, midió distancias por la acción de un iman sobre una brújula.

Mr. Jox, en 1835, midió la variación, depresión é intensidad magnética de la aguja por medio de su «deflector de depresión.»

Gauss, en 1836 y 1837, empleó sus magnetómetros de simple y doble suspensión, combinados con una escala graduada y un teodolito para observar la variación del magnetismo terrestre.

El profesor Airy, en 1838, propuso la corrección de las brújulas marinas, y obviar los efectos de la atracción local sobre ellas por medio de imanes.

La «Brújula del Almirantazgo,» resultado de los estudios hechos de 1838 á 1840, consta de cuatro barras magnéticas compuestas de Scoresby, una rosa de mica, un círculo hueco de cobre, rosas de prevención y ejes de acero dorados al galvanismo.

El doctor Kreil, de 1839 á 1840, en Praga, hizo algunas notables observaciones sobre la influencia de la luna en los elementos magnéticos de la tierra.

El doctor Lloyd, en 1842, propuso un método indirecto de medir la inclinación de la aguja y sus cambios.

M. Plantamour, observando las variaciones de los elementos magnéticos en Ginebra durante los años de 1842 y 1843, puso fuera de duda que la posición de la luna con respecto á la tierra tiene su influencia sobre los movimientos de la aguja imantada.

El barón de Reichenbach, en 1844, hizo investigaciones respecto á la acción del iman sobre el cuerpo humano, mas especialmente sobre ciertas personas llamadas *sensitivas*. Estas, en una habitación absolutamente oscura perciben uniformemente emanaciones luminosas de varias tintas en diferentes partes del iman. La luminosidad de la emanación magnética fué confirmada por el hecho de ser lo bastante intensa para fijarse su imagen sobre una placa de daguerrotipo. Describió también otros efectos del iman sobre el cuerpo humano.

Faraday, en 1845, descubrió que cuando un rayo de luz polari-

zada pasa á través de un cristal azul (formado de silico-borato de plomo) colocado cerca de un polo magnético, de tal manera, que las líneas de la fuerza magnética pasen á través del cristal en la direccion del rayo, éste se mueve segun la siguiente ley: «Si una corriente *va* de un polo norte ó *viene* de un polo sur junta y en la misma direccion con el rayo polarizado que llega al observador, este se encaminará hácia la derecha; y si la corriente *viene* de un polo norte ó *va* de un polo sur, el rayo pasará á la izquierda.

M. Wartmann, por el año de 1846, notó que «un pedazo de sal colocado en el camino de los rayos polarizados del calor, si actúa sobre él un poderoso electro-iman, determina la rotacion del plano de polarizacion.

Faraday, en 1846, propuso las leyes del diamagnetismo. Segun su descubrimiento, ciertos cuerpos tienen la propiedad de colocarse ellos mismos en ángulos rectos con la recta que une los dos polos de un iman, cuando libremente suspendidos pueden moverse en todas direcciones al rededor de un centro; esta posicion es llamada *ecuatorial* por oposicion á la que toman los cuerpos magnéticos que como el hierro adquieren una posicion *axial* bajo una influencia magnética.

En estas investigaciones encontró que los cuerpos mas poderosamente magnéticos son el hierro, el nickel, el cobalto, manganeso y cromo; los mas diamagnéticos, el bismuto, el fósforo, antimonio, el cristal azul y el zinc.

El profesor Bancalari, en 1847, publicó sus investigaciones sobre el diamagnetismo de las llamas y gases.

Brooke, en 1847, inventó el modo de registrar por medio de la fotografia las variaciones del magnetismo terrestre, y posteriormente lo puso en práctica en Greenwich.

Faraday, en 1848, descubrió la fuerza magnético-cristalina. La línea, en la cual es emitida esta fuerza se llama «línea magnético-cristalina;» esta línea está en relacion con la cristalizacion y los ejes ópticos de los cuerpos en que su presencia se manifiesta. M.M. Plucker y Beer tambien hicieron experimentos demostrando la naturaleza de esta fuerza.

M.M. Tyndall y Knoblauch, en 1850, continuaron demostrando la relacion de la fuerza magnético-cristalina, ó manifestacion de fuerza con la fuerza magnética y diamagnética. Estos sentaron «que las propiedades magnéticas de los ejes ópticos se subordinan á un principio general, á saber, que cuando la constitucion molecular de algun cuerpo es tal que sus particulas están unidas en cierto sentido ó direccion distinta del resto de la masa, permaneciendo invariables las demás circunstancias, las fuerzas que actúan sobre el cuerpo manifiestan su accion con la mayor energia; de suerte, que la línea que representa esta direccion se coloca ella misma axial ó ecuatorialmente segun que la sustancia es magnética ó diamagnética.»

El General Sabine, en 1851, dedujo las siguientes conclusiones de las observaciones magnéticas hechas por los gobiernos inglés y ruso: que la fuerza magnética terrestre tiene periodos respectivamente de un dia solar de 24 horas, de un año solar de 365 dias y de diez años solares. De esto resultaria que el sol es un gran iman que comunica á la tierra sus propiedades magnéticas.

M. John Adie, en 1852, construyó una brújula de variacion en la cual se suspende la aguja dentro de un tubo. Mr. Swan dió diferente aplicacion al mismo principio.

El profesor Tyndall, en 1856, probó la existencia de la polaridad diamagnética.

*Trad. por* MIGUEL PINEDA.

---

# ESTHÉTICA.

(Continuacion).

LO BELLO, EN LA CONSIDERACION PURAMENTE OBJETIVA.

V. — COMPARACION DE LA IDEA DE LA BELLEZA  
CON LAS DE LO BUENO Y LO VERDADERO.

Siendo lo Bello la expresion clara y depurada de la realizacion individual de la esencia, conforme á la naturaleza de la misma, y por tanto al fin que ha señalado el Omnipotente, se comprende la paridad de su fondo y asunto con el de lo Bueno, que depende de la realidad de dicha esencia. Tal paridad, subsistente en lo central y capital de las esferas de la Bondad y la Hermosura, no impide diferencias marcadas en lo accesorio de esta realizacion por sus límites y diferentes formas.

En el desenvolvimiento histórico de la esencia bajo los conceptos de lo Bello y de lo Bueno se pueden considerar tres estados diversos, segun se realiza la idea sin lucha, resiste á las contrariedades, ó se cumple con conciencia segura despues de triunfar de ella.

En el terreno de la Moral tales estados de la esencia del Bien se reconocen por los nombres de inocencia, virtud y felicidad moral; en el esthético reciben los de Hermosura natural, Trabajo artístico y Obra de Arte.

Á poco que se reflexione sobre este asunto, se entiende que la Moral, que vive en el terreno de lo racional y dirigido, de la realidad regular y ordinaria, y que se impone como maestra de la vida

ante las dificultades históricas, ha de dar mas importancia al segundo de los dichos estados como superiormente fecundo é interesante.

Por razon contraria, la Esthética, que vive en el mundo del Arte, de la imaginacion, de lo increado, como una aparicion ó presentimiento de las armonías futuras, prefiere el tercer momento de conciliacion, porque presume de finalidad en sí, ajena á considerarse como medio.

De aquí resulta que en lo Bello la forma tenga un valor tan capital, en cuanto destinada á producir la apariencia de la mencionada armonia, mientras en lo Bueno tiene valor muy secundario, sacrificado lo actual é histórico á un porvenir mejor. Lo Bueno, por tanto, concentra su interés en el elemento de mas trascendencia en las cosas, mientras lo Bello reconoce el valor de todo en toda circunstancia, sin tolerar el descuido ni aun en lo accesorio. Asimismo, como corolario del diferente valor histórico que se atribuyen, se ofrece la diversidad de los límites entre lo Bello y lo Bueno en su relacion temporal.

Si lo moralmente Bueno, como preparador de un porvenir menos peligroso ó accidentado, teniendo á la vista los posibles desarrollos del elemento material, se impregna de cierta desconfianza, que separa anticipadamente segun las costumbres cuanto de lejos pudiera estorbar á su cumplimiento, lo Bello, como quiera que se sobrepone á lo material, fuente de las desarmonías, ofrece campo mas ancho á la contemplacion, asegurando la pureza de la forma y el interés de la hermosura la inocencia de la contemplacion. El esthético que no se escandaliza mirando estatuas desnudas, puede sentirse inmoralmente excitado ante la media desnudez desprovista de hermosura, propia para despertar en su ánimo recuerdos que no ocurren en la pura contemplacion esthética.

Otra de las ideas con que es comparable la de Belleza es la idea de Verdad.

La Verdad en el sentido matemático y platónico es la esencia pura, lo que debe ser. Lo Bello, segun la escuela platónica, es lo Verdadero manifestado ó el esplendor de lo Verdadero, con lo cual pa-

recen indicar sus adeptos que la Verdad necesita alguna cosa para transformarse en Belleza, doctrina que no siguen con frecuencia en las aplicaciones. «Lo Bello, ha dicho Mr. Lamennais, comprende dos cosas: lo verdadero y la manifestacion de lo verdadero, ó su expresion, y puede considerarse principalmente en uno ú otro de esos dos términos cuya union supone. El primero de esos términos, ó lo verdadero concebido en sí mismo, no es otra cosa que lo inmutable, necesario y absoluto. Lo segundo es lo variable, contingente y relativo, excepto en Dios, en quien la manifestacion al identificarse con lo manifestado es como Él absoluta, necesaria é inmutable, que es la razon de ser Dios el tipo esencial de Belleza.» Así se aproxima á la definicion dada por Schelling (lo infinito expresado por lo finito), aunque oscureciendo despues con inconsecuencia censurable el elemento verdadero de estas consideraciones.

Pero hay otro sentido en que se considera la verdad como conformidad de nuestro pensamiento con la realidad de las cosas, en el cual pueden separarse, como elementos distintos de la Belleza, el carácter vulgar de algunas realidades y su conocimiento ordinario.

La realidad, empero, superiormente entañada y conocida debe ofrecer Belleza realizable ó representable, pues la ciencia y el arte concurren en el fin de manifestar la esencia de las cosas, distinguiéndose en la manera de realizarlo, infinita en su cuestion para el científico, que concibe un sin número de formas antes de la adecuada á un caso dado, é inmediata para el artista. El arte, por lo tanto, es órgano natural y juntamente la prueba de la filosofía, representando en sus obras lo que aquella no puede manifestar en forma exterior, á saber: la union viva y actual de lo ideal y conscio con lo sensible é inconscio en objetos individuales que aparezcan como dechados y modelos, casi con la generalidad de la idea.

Este mismo pensamiento expresa Schiller cuando afirma (*Sobre la educacion esthética del hombre*, carta 25) que «solo la Belleza puede mostrar la infinita unidad de la materia y de la forma, de la limitacion y de la infinitud.»

En una palabra, la Filosofía y Arte se relacionan entre sí como

lo ideal y lo real. En tal sentido, lo Bello es la atmósfera de lo Verdadero y de lo Bueno, y la Esthética un producto depurado en que se reconoce la idea íntima de la Moral y de la Filosofía. Puede sostenerse sin error que la pura forma es en su límite un camino de eficaz y universal influencia y muy derecho para llegar á la bondad armónica omnilateral, mal apreciada en tiempos de rudo subjetivismo.

¡Cuán difícilmente era bella la bondad antigua! ¡Cuántos estorbos y adulteraciones sufría el buen sentimiento desde que nacia en el corazón del religioso, del artista, del hombre probo, hasta mostrarse como fiel traslado en la cara, en la palabra, en el hecho, é influir en el curso de la historia!

La encarnacion de la Belleza en la sociedad y en el arte conduce á desarraigar de la forma pura los elementos inconexos que, siendo buenos en sí, están fuera del lugar que les corresponde en el progreso de la historia, para que, como afirma Plotino, cada esencia en el mundo inteligible aparezca en cierto modo é intelectualmente comprensiva del Universo entero y, como explica mejor el Mtro. Leon, cada individuo deba ser un espejo claro de su género y el Universo se ofrezca orgánicamente, mostrándose como tal relativamente entero y completo en cada uno de sus séres.

#### LO BELLO, EN LA RELACION SUBJETIVA.

Despues de haber examinado, en los conceptos fundamentales de lo Bello, las condiciones de su generacion en objetos finitos, se hace necesario comprender su accion sobre la subjetividad, condicion que resulta naturalmente de las consideraciones expuestas.

Lo Bello, hemos dicho en otro lugar, es en su fondo interior lo mismo que lo Perfecto, á saber, la perfeccion de las cosas, con inclusion de una relacion subjetiva. Haciéndonos cargo ahora de aquella anticipacion, vamos á determinar lo Bello bajo el carácter de su esencia contemplable.

Dios, en su cualidad de ser eminentemente real, es perfecto; mas

en cuanto contemplable por los seres espirituales, y superiormente por Él mismo, en cuanto Él y sus escogidos gozan en contemplar su soberana realidad, es bello (1); y á la manera que su conocer es fuente de todo conocimiento y su realidad causa de toda existencia, su contemplar bello funda la posibilidad de bella contemplacion por parte de los demás seres.

Esta necesidad de contemplacion aparece con mayor fuerza en la Belleza finita, la cual, determinada en su objetividad, segun nuestro exámen, por semejanza á la hermosura superior, como la manifestacion pura de la esencia, exige previamente para existir una imaginacion que la cree y para su manifestacion algun espectador á quien se manifieste.

Cuando muchos creen poder negar que tal relacion subjetiva sea indispensable, por la posibilidad de representarse un objeto bello sin que nadie lo vea, no advierten que no siendo bello por sí ningun objeto con abstraccion entera de la subjetividad que imagina, aun esta concepcion de belleza, que le da existencia, depende de la representacion. Nosotros, al hablar de flores bellas que se han agostado, sin haberlas visto, les atribuimos por un juicio lógico, acompañado de un recuerdo, la esencia de otras que hemos podido contemplar. Semejante condicion subjetiva no contradice la substantividad de la esencia, pues una cosa es este fondo general y otra la forma que obra sobre los sentidos.

Tampoco arguye por necesidad idealismo, toda vez que hemos mostrado en los conceptos fundamentales de lo Bello un lado objetivo que distingue el objeto bello del que no lo es, independientemente de la percepcion del sugeto. Lo Bello exige subjetividad, pero se distingue de las demás cosas contemplables por condiciones propias objetivas. La integridad de un objeto bello finito puede constituirse, si es fisico, por realidad objetiva mas contemplacion bella; si artístico, por dato fisico ó moral mas imaginacion depuradora, pero una vez dado, ofrecido, constituido en contemplacion el objeto fisi-

---

(1) Tienen un profundo sentido estético, tanto la expresion que se emplea con frecuencia en la mística católica de « ver á Dios cara á cara, » como la designacion del castigo de los condenados por « carcer de la vista de Dios. »

co y artístico, aunque hijos como bellos de la imaginacion comun humana en el fisico, de la de un individuo particular en la obra de arte, se presenta con valor objetivo al sugeto que contempla, que no puede variar á voluntad el efecto de su contemplacion. Aun supuesto el idealismo, hay que señalar un abismo insondable entre el objetivo general de las opiniones de la humanidad que da á las cosas formas, sin las cuales apenas serian concebibles, del que procede exclusivamente de las ideas individuales. Por eso las antinomias que resultan al primer paso del idealismo se resuelven con él en la deduccion general, llegando á un ser real en el cual la contemplacion y la accion son una misma cosa en la inteligencia y existencia de Dios.

#### I.—DE LOS MEDIOS CORPORALES DE PERCIBIR LA BELLEZA.

La base de las percepciones estéticas está en la sensibilidad. Preliminarmente reconocemos siete medios de percibir lo individual, materia de nuestras modificaciones anímicas: dos subjetivos que no hacen relacion á nada diferente de nosotros, y los cinco objetivos, llamados particularmente sentidos corporales, que nos ponen en relacion con la exterioridad del mundo fisico. Los dos primeros son el interior del cuerpo y el del alma ó Conciencia; los otros son conocidos vulgarmente bajo el dicho concepto de sentidos corpóreos. En la impresion esthetica debemos empezar y concluir nuestra consideracion por esas condiciones de la sensacion corporal á que daremos el nombre de sentidos subjetivos, tratando en primer lugar del general corpóreo para elevarnos últimamente á la conciencia.

El Sentido que llamamos interno del cuerpo no se encuentra determinado como tal en los tratados generales de filosofia, pero que existe este medio de sensibilidad es una cosa indudable. Nosotros, sin intermedio de órgano alguno, inmediatamente nos apercibimos del estado de nuestro cuerpo, en cansancio, agilidad, hambre, sed, salud, enfermedad; sentimos cada una de las partes de nuestro cuerpo sin mas que fijar la atencion, sin contacto de ninguna especie, por efecto, al parecer, de una compenetracion mayor del alma en el

mismo. Bajo el punto de vista estético, este sentido es casi nulo, porque no sirve para percibir esencias interiores á través de formas adecuadas. La esencia propia puede percibirse, sin embargo, hasta cierto punto y aun superior á lo que es bajo la forma de situaciones agradables, como aparece en la anacreónica, pero de una manera confusa é incompleta en que se refleja mas la materialidad del cuerpo que las esencias del alma.

La sensibilidad interior del cuerpo es la base de todos los sentidos exteriores. Nosotros estamos percibiendo por ella, constantemente, los estados generales de nuestro organismo, y solo por acciones particulares que cambian los estados de partes determinadas de él, se anuncia el ejercicio de los demás sentidos corporales. Estos, en número de cinco, señalados desde muy antiguo con los nombres de Tacto, Gusto, Olfato, Vista y Oído, nos sirven para comunicar con el mundo exterior y percibir todas las cualidades individuales de los objetos, correspondiendo en su totalidad de tal modo al conjunto de esencias apreciables en las cosas físicas, que no nos es dado determinar una nueva cualidad en ellas, inapreciable cualitativamente por la sensibilidad exterior. De aquí la posibilidad de cambiar su nomenclatura y de sustituir á los nombres con que generalmente se les designa, y que solo expresan la impresion del sugeto, nombres indicadores de la noción de exterioridad á que dirigen, á la manera que las puertas de una ciudad se determinan con mas frecuencia por su posición geográfica ó el lugar á que conducen. En esta forma, el sentido de la Vista puede llamarse sentido del espacio ó del color; el del Oído, del sonido y del tiempo; el del Olfato, sentido atmosférico; y el del Gusto, sentido de alimentacion. Y no porque el espacio, el color, etc., sean percibidos directamente por los órganos, sino las modificaciones que en ellos imprimen, y que, por una tendencia de nuestra naturaleza que funda la Metafísica dialécticamente, percibimos como idénticas con las cosas exteriores que las causan.

En esta apariencia de percepcion de los objetos hay sentidos que perciben inmediatamente los mismos por contacto casi mecánico, y otros que los perciben á distancia mediante condiciones que, aun-

que materiales, no corresponden al objeto percibido y aun excluyen la consideracion material. Á los primeros pertenecen el Tacto, el Gusto y el Olfato, que exigen la aproximacion de la materia á los órganos. Á los segundos la Vista y el Oído, que tienen por condiciones respectivamente la luz y el aire atmosférico. Como todos forman un sistema, el tránsito de unos á otros no es brusco; así el contacto en el Gusto no es tan material como en el Tacto, y se condiciona por medio de líquidos; el Olfato parece aceptar la necesidad del aire atmosférico y presentir con las moléculas olorosas las emanaciones ó vibraciones lumínicas y las reflexiones del sonido. Pudiera decirse mas; hay en todos los sentidos matices y modificaciones que se corresponden, el duro y el blando en el Tacto, el dulce y el amargo en el Gusto, el suave y el fétido en el Olor, el blanco y el negro en la luz, el grave y el agudo en el sonido. Y á riesgo de pasar por exagerados en estas analogías, podríamos determinar aun, como hacen algunos estéticos modernos, cada sentido como compendian-do en sí los demás ó presintiéndolos en cualidades particulares. El Tacto en la percepcion de blandura y dureza, segun estos escritores, predice el Gusto; en el calor y el frio el Olfato; en la figura la Vista; en el movimiento el sonido. Pero abandonando el terreno de estas especulaciones, que antes conducen á admirar la simplicidad y armonía de las leyes del Omnipotente que á resultados tangibles, objeto de las aspiraciones del vulgo y que producen mal efecto cuando el error de un ejemplo ó determinacion cualquiera hace arrojar el velo del desprecio sobre la teoría mejor concebida (siendo así que los que tales cosas se censuran ganarian mas gloria para la ciencia atendiendo á completar, mejorar y perfeccionar lo que niegan con ligero exámen), vamos á entrar en el estudio particular de cada uno de estos sentidos para entender su relacion estética.

El sentido ínfimo en la gradacion estética, el Tacto, llamado generalmente el Sentido, porque se supone en todos, se da á conocer preferentemente en la sensibilidad del calor y del frio, de lo blando y de lo duro, de la direccion de la materia en la figura y en el movimiento. Para poner en juego esta sensibilidad necesita aplicar materialmente los objetos perceptibles al cuerpo humano, seña-



ladamente á las yemas de los dedos, recorriendo su extension con palpaciones sucesivas. De esta manera tiende á fijarse en las partes, mas bien que en el resto del todo que no puede comprender de una vez, y percibiendo la materia empírica, mas que la forma una y pura, y la determinacion subjetiva en lugar de la esencia, se aleja mas que ningun otro de la consideracion esthética. Pero esta accion no es tan material, ni tan egoista en ciertas ocasiones que no pueda informar al sugeto del interés general del objeto contemplable, como en la sensacion del céfiro manso en la primavera, ó de una habitacion armónicamente templada en el invierno, aunque no sean percibidas de la misma manera las esencias principios de la accion por todos, segun la educacion diferente; así los labradores necesitan chimeneas muy calientes, como suelen preferir el aguardiente al vino cuando tienen la sensibilidad muy embotada.

Apreciando el Gusto la composicion química de los cuerpos por el placer ó dolor que halla en percibirlos, obtiene un estímulo para la alimentacion. Como sentido esencialmente destructor y asimilativo, no es esthético; pero en ciertas cosas de poca substantividad puede tener relaciones algo bellas, en cuanto puede un individuo ex-tasiarse ante un manjar bien condimentado, con un goce diferente de la gula, como verdadero aficionado y gastrónomo *dilettante*. Además, caminando en relacion reciproca la educacion intelectual con la sensible en el hombre, la produccion de nuevos alimentos le encadena á cambios y progresos en su cultura. El espíritu humano recibe la influencia del género de vida que tiene, y la grosera alimentacion de los campesinos puede explicar de algun modo su insensibilidad esthética. La historia de los alimentos del hombre, como la del traje y morada, es un factor esencial en la historia del género humano. No arguye una razon aislada la repugnancia que experimentamos por las composiciones alimenticias de los chinos, y la variedad que se nota sobre este particular en sus juicios tiene por contrapeso la diferencia de sentimiento que se observa en tantas otras cosas. Aunque el Gusto no sea tan individual y variable en personas del mismo pueblo y nacion, todavia se observa alguna diversidad por los temperamentos respecto á alimentos amargos y dulces, crasos y

ácidos, que son los polos y puntos cardinales respecto de los cuales pueden ordenarse y clasificarse los variadísimos sabores que reconoce el Gusto. Los alimentos pueden clasificarse, en general, en predominantemente sólidos y predominantemente líquidos, clasificacion que corresponde de algun modo á la de los sonidos orales en consonantes y vocales. Los primeros, mas materiales y menos penetrables en su fondo y esencia por el Gusto, parecen los menos esthéticos. Los líquidos, que obran inmediatamente en los sentidos produciendo una accion en el espíritu mas pronunciada y de superior determinacion, podrian clasificarse de una manera análoga á la con que se clasifican las vocales; así el agua parece hallarse en el principio y base de liquidacion, como la *a* en los sonidos, despues de la cual la miel, vino, cerveza, té, etc., tienen su idea particular esthética, esto es, una impresion enteramente especifica ó disposicion de nuestra alma, que por ella es despertada y cuya propiedad puede ser determinada en conexion con su naturaleza física. Al Gusto pertenecen tambien, y aun podrian calificarse de alimentos, hasta cierto punto, á pesar de que en ellos el elemento alimenticio sea de escaso interés, los vapores de humo que se introducen por la boca mediante aspiraciones designadas genéricamente con la palabra *fumar*. Estas percepciones particulares señalan el tránsito del sentido del Gusto al del Olfato. Entre ellas merece especial consideracion la que se ha hecho de uso mas general en Europa. El fumar tabaco, sobre el placer del paladar, cae desde luego bajo el concepto comun de la excitacion nerviosa, pero como cada excitacion nerviosa obra en el espíritu de una manera diferente, no se puede decir de esta nada particular ni concreto. Lo distintivo de su placer entre los demás del Gusto, está en que no consiste principalmente, como el del vino, en la asimilacion de una substancia estimulante y enérgica, sino que en él se halla tambien una ocupacion durable y regularmente acompasada, en que se ejercen al mismo tiempo con cierto desahogo otras ocupaciones diferentes: ya se encuentra trasportado el fumador á una espontánea calma ó sociabilidad, ó bajo la apariencia de esta actividad exterior se oculta la serena contemplacion propia. Lo puramente físico de la excitacion

solo es un lado, y no el superior, en el placer del cigarro y por lo menos jamás es el que decide la afición, puesto que en esto, como en el embarcarse, no se puede comprar la experiencia sin incomodidad física. Sobre el interés estético que percibe el fumador por la contemplación del estado tranquilo y armónico de su alma, se añade, para los principiantes, el sentido objetivo que refleja un hábito histórico y una relación social (1).

El sentido del Olfato se refiere al Gusto, como el Oído á la Vista. Del sentido del Gusto como de la Vista hacemos uso regular y cotidiano, mientras que el Olfato como el Oído solo entran en actividad menos veces é incidentalmente. El Olfato, entre los sentidos inferiores, es como el Oído en los superiores, el superior y mas interno, por lo que su desenvolvimiento en muchos hombres está muy descuidado. Los buenos olores se dividen generalmente en naturales, de los cuales los principales son los de las flores, y en artificiales; la naturaleza inorgánica es en general inodora, y lo animal por el contrario, aunque predomina en ello el mal olor: entre los olores negativos y repugnantes el mas pronunciado es el de la putrefacción. Todos estos conceptos y distinciones podrian reducirse por tan-

(1) «El cigarro encendido, dice Hermann (obra citada, páginas 155 y 156), es en nuestras costumbres, como en las de otro tiempo la espada, el distintivo de predilección entre el adulto y el niño, entre el hombre y la mujer. El fumador aparece grave, varonil, sosegado, se halla ocupado sin trabajar; el fumar, por sí mismo excluye toda exaltación vigorosa y todo sentimiento entusiasta; por el contrario, fortalece la facilidad para el trabajo y alimenta el cálculo y la prudencia, virtudes de nuestro tiempo que encuentran en él manifestación adecuada. Los hombres que no fuman tienen naturalmente algo de inquieto, despacible y desasosegado. El cigarro aparece como la *batuta* ó bastón de danza con que en ordenada cadencia acompañamos la música de nuestras sensaciones interiores. El humo y el vapor son en general los elementos del siglo; ambos simbolizan en su conjunto el carácter del tiempo, el esfuerzo rápido, pero medido, hácia adelante. El cigarro (el Sancho), caricatura cómica del vapor, trae de los cielos á la tierra, porque él sostiene en parte la marcha de nuestros pensamientos y en parte los conduce á progresión regular. El fumar es el tipo de la prosaica frialdad (insipidez) del realismo circunspecto, en oposición al irreflexivo idealismo. Pueblos idealistas de temperamento sanguíneo, como los italianos, fuman poco; por el contrario los serios españoles, los graves alemanes, los flemáticos turcos. El fumador, aspirando su tabaco como un Dios entre nubes, hace abstracción del mundo que le rodea y le considera con superioridad desde el trono aislado de su conciencia. El cigarro es para el siglo actual, lo que para el anterior la coleta, el emblema característico de su ser.»

Pero esta significación espiritual del cigarro se limita en su influencia á las relaciones europeas, pues entre los americanos, en el Paraguay por ejemplo, donde fuman mujeres y niños, su influjo no pasa generalmente de la impresión nerviosa y física.

to á un sistema como se hace con los colores y los sonidos. El Olfato señala el tránsito de los sentidos materiales á los espirituales; no es tan esencial á las funciones de la vida como á la manera de ejercer estas funciones, presentándose como una especie de centinela avanzado del Gusto. Por el Olfato, aunque no puedan percibirse esencialmente cosas bellas, ni feas, se condiciona un elemento de hermosa percepción; así los buenos olores aumentan el atractivo y los malos la repugnancia, sin hablar de los recuerdos que despiertan; mas el Olfato por sí solo siempre es un pobre medio de reconocer la Belleza: por esto hace reír en ciertos cuadros la manera formal de representar la resurrección de Lázaro, mostrando á los circunstantes llevándose las manos á las narices, juego pueril en que se hace principal lo accesorio.

Fuera de estos sentidos, la materia, como dice Schiller, se aparta de nosotros; en la Vista y el Oído parece alejarse de los órganos el objeto que tocábamos en los sentidos animales. La Vista y el Oído, sentidos superiores y los verdaderamente estéticos, dejan ambos el objeto contemplable en su objetividad é integridad, sin descansar en la confusión material y oscura del sujeto con el objeto. Hegel los llama, por tanto, teóricos; pero Schleiermacher los designa mejor con el nombre de voluntarios (activos y productores). Quiere decir con esto que se someten superiormente á la actividad interior, la cual puede producir por su fuerza colores y sonidos. Aunque se dé tocar, gustar y oler por imaginación, no basta la voluntad á producirlo, ni todos los esfuerzos gustuales y olfativos para reconocer el resultado de combinaciones de manjares y olores, que no se han experimentado; pero la Vista y el Oído, que no se apegan tanto á la materia, además de la reproducción mas viva é interior de colores y sonidos, pueden de antemano percibir el efecto de combinaciones sensibles de forma y color, de armonía y desarmónica de sonidos. Parece una antinomia tal relación de la inteligencia y actividad en estos sentidos y la plena extrañeza y exterioridad en que dejan los objetos; pero como para nosotros las leyes de la inteligencia son constantes y necesarias y la variedad entre los hombres depende de su sensibilidad inferior, de la carne y lo externo, que

solicitan su voluntad, la antinomia se resuelve con facilidad, según lo expuesto anteriormente.

Todo lo visible se presenta á la Vista como color, todo lo audible al Oído como sonido: el color y el sonido son las superiores formas de las percepciones sensibles. Por el color reconocemos la esencia extensa de las cosas en espacio (esencia espaciosa); por el sonido su esencia temporal (sucesiva). Los colores coexisten unos con otros; los sonidos se suceden. Aunque se combinen los sonidos en un acorde, el resultado efectivo en tal momento dado es un sonido, una sola impresión, mientras los colores se perciben en multiplicidad ó cambio en cualquier momento. El sonido tiene de común con el pensar, que nosotros en un instante indivisible no podemos tener más que uno de un género afirmativo ó negativo. Los colores se limitan unos á otros en un momento dado, y si se sucediesen no estaríamos en estado de distinguir bien los matices. Mediante esta analogía con el pensamiento, el sonido expresa la forma cualitativa é interior por su afinidad con la contemplación; la vista, la cuantitativa sensible, viva y exterior.

## II. — PERCEPCION POR LA CONCIENCIA.

La Conciencia percibe los estados actuales del alma, y los percibe bajo la forma del mudar, del suceder (del tiempo). Aunque los seres físicos vivan en el tiempo, la existencia pura en él solo la concebimos en el alma. Ella es semoviente y sucedente por excelencia. La Conciencia es el fondo donde se ofrecen los materiales del pensamiento, que percibe como nociones y modifica como número. En las operaciones superiores, numerar equivale á pensar; el juicio afirmativo es una adición; el negativo una sustracción; la inducción una multiplicación; la deducción una división. La Conciencia comprende, en cierta forma más concreta y determinada, lo que aparece numerable en el mundo, obra lógicamente en el recuerdo y es la primera forma en que se realiza el ideal.

Los números, á pesar de su forma abstracta, pueden considerarse en inherencia con algunos objetos bajo la forma simbólica; así el

uno entre los pitagóricos expresaba lo perfecto y absoluto, el dos puede indicar la división, el tres la forma de lo que sucede, el cuatro la de lo inorgánico, el cinco de lo orgánico (cinco miembros, cinco sentidos), el siete es número expresivo de lo misterioso (los siete sabios, las siete maravillas del mundo, etc.), el diez y el doce son bases de numeración.

## III. — IMPRESION SUBJETIVA.

La primera acción de lo Bello es la sensible física é inferior por medio de los sentidos y medios de percibir: la segunda es una acción más elevada en la sensibilidad superior del alma. Esta acción, que se inicia por una armonía de las facultades anímicas y una afectación de simpatía, se muestra en un placer inmediato, universal y desinteresado.

La razón de esta segunda acción, según la teoría explicada, puede determinarse del modo siguiente.

La esencia en el objeto bello es actividad pura, y aparece claramente en la forma como algo que se mueve hacia el sujeto. Este también es esencia que se manifiesta en forma; pero, á diferencia del objeto bello, no realiza la armonía y aspira á ella. Mas el sujeto tiene el instinto de esta armonía como posibilidad en sí y en cuanto la halla anticipadamente en los objetos; como que su ser se completa y se mueve hacia estos, y estos hacia él, cuyo movimiento se llama Gracia. Para ello se necesita potencialidad bella en el sujeto y cierta Belleza armónica natural, con lo que se justifica tal vez la expresión de Plotino «que los hombres bellos (en la concepción ideal) son los únicos jueces en Belleza.» En este reconocimiento de la esencia por la esencia, basa la necesidad de la personalidad en lo Bello, de que hemos hablado anteriormente.

Conforme esta segunda acción, lo Bello debe determinarse como la idea que se manifiesta ó se objetiva para sí misma: el espíritu que se junta al espíritu por medio de la imagen contemplable. «Lo Bello, ha dicho Schiller, es nuestro estado y nuestra acción.» Como lo Bello ofrece una armonía entre lo espiritual y lo sensible,

así en el acto de comunicacion ó reconocimiento hay armonía. Todo Bello tiene Gracia, pues que produce atractivo. El atractivo no podría tener lugar sin una especie de correspondencia del sugeto al objeto: el primero no se extasiaría en la contemplacion del segundo, sino reconociéndole en cierto modo superior á él.

Aunque en lo Bello, por tanto, aparezca gracia, se desprende primero de lo puramente Gracioso lo Sublime, en cuanto la Gracia queda olvidada en ello ante el superior respeto: lo mismo sucede con lo Cómico, que afirma la Gracia (en el pormenor) y por ella se salva la idea, pero con sentimiento despreciativo. Además llámase generalmente Gracioso, en particular, la manifestacion de la esencia tranquila y sin lucha, en lo que es comun el concepto á todo Bello en posibilidad, y á varias clases de Bello sencillo, como la hermosura de la mujer, de los niños, etc. Á este género de Gracioso se aproxima lo elegante y delicado, que es un Bello con poca sustantividad ó un accesorio de Belleza, en que lo material y útil se reduce á la menor cantidad posible, penetrándolo por la esencia.

Á veces se llama Gracia (agrado) lo que es una degeneracion: la simple accion de los objetos sobre los sentidos, que impide la segunda accion en que lo Bello se dirige al espíritu, quedándose en la esfera del deleite; pero esto es, mas bien que el efecto de lo Bello, la accion de lo Agradable.

#### IV. — ANTINOMIAS SOBRE LA BELLEZA.

Lo Bello agrada sin concepto previo, el atractivo de su contemplacion es inmediato.

Determinándolo así Kant y señalándolo, sin embargo, como objeto de una general complacencia, se ofrecia una aparente contradiccion, por cuanto parece que solo puede aspirar á generalidad lo que se demuestra y prueba. De esta aparente contradiccion resultaba la posibilidad, para el vulgo inculto, de negar la generalidad de lo Bello, dando valor al adagio comun «sobre Gustos no hay disputa.»

Kant resuelve esta contradiccion admitiendo esta voluntariedad

del Gusto solo en lo Agradable, por lo cual incurre en dos defectos: 1.º Admitir el Gusto que es demasiado material para lo Bello: 2.º Separar demasiado lo Agradable, pues en Belleza mezclada de utilidad, (Belleza de objetos útiles ó dependiente) lo Agradable no es puramente material, sino que se refiere como algo al espíritu. Y aunque en estos casos, unida la Belleza á lo útil y bueno, padece la variedad de juicios, natural á los diversos estados é inclinaciones del alma del sugeto, como en la moda, á la cual se agregan condiciones históricas y nacionales, cambiando necesariamente el gusto en el individuo (estilo gongorino, estilo churrigueresco, etc.,) nosotros podemos comparar modas antiguas mas sustantivas unas que otras en Belleza.

La contradiccion anterior se resuelve por cuanto lo Bello puede entrar como poder activo con pretension á la generalidad, y solo por un segundo acto, que toma por objeto este poder, viene á ser pensado en la forma de concepto, que prueba aquella pretension. Lo primero le da el valor estético, lo segundo el valor lógico. Está en la esencia de lo Bello y de nuestra naturaleza aspirar á esta generalidad, como en nuestra razon lógica probarla.

En la exposicion esthetica, la fundacion científica puede probar que el objeto que aparece *extirpando* en su forma la oposicion de lo general y de lo individual, comprende una pura imágen de la inmediata *armonía* de las fuerzas de la personalidad, y la razon con que el impresionado estheticamente exige que el objeto así determinado muestre la armonía, como algo generalmente humano para todo sugeto, moviéndole desde luego, despertándole y entrando en puro movimiento con él; y por cuanto lo sensible se refiere como medio igualmente á las dos esencias, la impresion subjetiva refleja la armonía como medio de dos actividades, la del exterior forzada: la del interior, voluntaria. Esto constituye el estado del ánimo en lo Bello en un libre juego, tan distante de la coaccion de lo sensible, como de la voluntariedad.

Lo mismo sirve á distinguirlo tambien de lo Interesante. En general se llama de interés lo sorprendente que sale de los límites comunes, y aunque ciertamente en este sentido todo lo Bello es In-

terezante, se distingue de lo designado en particular de este modo, por la sencillez entera de su perfeccion, en que no sobresale rara ni originalmente una esencia ó cualidad cualquiera.

De lo Bello se distingue todo interés sensible y moral, como patológico. Á este interés se encadena la obra que, falta de libertad, deja de transparentar la esencia.

Lo Interesante que se refiere á la materia, bajo el punto de vista sensible, como satisfaccion de una necesidad, es lo Agradable; lo Interesante que se refiere á la idea antes de entrar en la forma, es lo Bueno. De ambas esferas, coactivas en cierto sentido, está excluida la estética, en cuanto el contenido ó esencia, como medio, puede ser considerado material. La concepcion de la finalidad está fuera del sentido estético.

Con lo Agradable y lo Bueno, dice Schiller, el hombre está en lo serio; *solo* con la Belleza debe jugar el hombre, y con la Belleza, *solo* debe jugar.

El interés en lo Religioso se asemeja al de las formas anteriores, particularmente á lo Bueno; mas no se adhiere solo á la esencia ó á la forma, sino á la existencia entera como materia; pero en cuanto esta no aparece como libre, el sentimiento estético es bien diferente de la devocion.

De lo Bello debe excluirse el interés de la Verdad, que en cuanto se refiere al contenido solo (esencia), no es puramente estético; y en cuanto se refiere á fondo y forma empirica de objetos cognoscibles cualesquiera, mucho menos.

Lo Bello es una difusion del ser del hombre. Por una parte, en su contemplacion el hombre se anula porque no tiene determinacion particular diferente como individuo, y por otra parte, solo en ella se muestra verdadero hombre, porque solo en ella se manifiesta libre de toda coaccion el valor positivo de la humanidad.

Por qué no preceda concepto á lo Bello, es una cuestion que ocupa considerablemente á Kant. Sobre esto dice en la *Crítica del Juicio Estético*, (párrafo 6) que del concepto no se da ningun tránsito al placer, ni al dolor; mas la razon la pudiera haber mostrado mejor en lo que habia dicho en el mismo párrafo, que en lo Bello

se siente el hombre libre, pues no se funda en el placer del sugeto, ni en otro interés subordinado, por tanto en condiciones privadas de sensibilidad y entendimiento, sino en lo que todos los hombres tienen del mismo modo. Aquí falta todavía un paso, pues así sería demostrada la intermediacion y generalidad de lo Bello por la cosa misma, es decir, la impresion en el sugeto por la impresion en el sugeto, por falta de consideracion objetiva.

Si Kant hubiera llegado á una objetiva determinacion de lo Bello, indicaria que ya en el objeto se halla extirpada esta oposicion.

En efecto, si, como hemos visto, en lo Bello la determinacion del elemento sensible, lo material es penetrado por lo general que se muestra puramente en lo sensible particular, se aplica el objeto bello tambien en el sugeto, no á lo opositivo que puede ser así ó de otra manera, no á sus caprichos sensibles, sino á la sensibilidad general; no á su espíritu en cuanto es mas ó menos capaz ó está educado para pensar lo general como concepto, sino al espíritu en general en cuanto entra como esencia humana, sin oposicion á lo sensible, en la unidad de la personalidad; de consiguiente se dirige al hombre, en el sugeto, en aquello en que todos son iguales, á lo genérico en lo individual. Por tanto, se reunen en el placer de lo Bello las direcciones y actividades separadas, borrándose la particularidad del sello de la obra utilitaria, mecánica ó manual. «Para tener fino gusto, dice Vischer, se necesita ser hombre de mundo; para pensar profundamente, docto; para manejar el accidente, práctico; para sentir lo Bello, solo se necesita ser hombre.»

En el p. 55, presenta Kant la delicada cuestion, si en el Juicio del Gusto precede el sentimiento del placer al juicio, ó este á aquel. El placer no puede preceder, porque sería sensible y no tendria mas valor que el subjetivo, ni tampoco el conocimiento en la forma de concepto determinado al placer, pues sería un juicio no estético. Él encuentra la salida de colocar en lugar del conocimiento la relacion de una representacion dada al conocimiento en general (su apercpcion consciencible), volviendo al libre juego en que la fuerza imaginativa, que contempla la unidad en la variedad, somete al entendimiento una imágen, en que reconoce esta finalidad sin fin de-

terminado; de consiguiente concibe espiritualmente la unidad sin elevarla á estricto concepto (Verdad).

Este asunto lo vuelve á tratar tres veces: primero, bajo la categoría de la modalidad, donde el concepto de necesidad es separado de la generalidad, y llama sentido comun al medio general humano que se manifiesta en forma de inmediatividad armónica. Despues en el párrafo 30, donde dice que el juicio esthético solo tiene valor general como juicio particular. El juicio del gusto esthético, piensa, es *a priori*, que ciertamente no se funda en conceptos; pero el concipiente obra sobre él y funda por un segundo juicio lo que el gozante no podia fundar por su juicio puro esthético. En este punto sale otra vez el sentido comun y no se sabe explicar por qué este objeto, y no otro, le pone en actividad. Pero si se tiene la idea de la Belleza, se concibe que el que goza esthéticamente está autorizado á exigir, respecto del objeto individual presente, general adhesion, puesto que se halla en medio de la vida de la idea (de lo general) en cuanto él la contempla realizada en un objeto, y por tanto la concibe al mismo tiempo. No es, pues, exacto que se trate solo de juicios individuales, y aunque el que goza puede ciertamente dar juicios puramente individuales, se relacionan con lo general, que puede entrar en la forma de sensacion. El simplemente senciente halla lo Bello y lo juzga tal, particularmente cuando se presenta, pero quien reflexiona sobre él y detrás de él, debe necesariamente poder fallar juicios generales, por ejemplo, «el cuerpo humano, como género, es bello»: en lo cual faltan condiciones que no permiten decir «todos los cuerpos humanos son bellos», aunque estas consideraciones se han de tomar igualmente en su generalidad.

Kant señala este pensar como un segundo acto y añade: «el entendimiento puede, por la comparacion del objeto en el momento de la complacencia con el juicio de otros, formar un juicio general, por ejemplo, «todos los tulipanes son bellos»; pero esto no es un juicio esthético, sino lógico. Se vé que Kant piensa lo lógico como puramente formal y lo hace simplemente en la via comparativa; así dice (párrafo 34), «por principio de Gusto se entenderia una proposicion,

bajo cuya condicion se pudiera subsumir el concepto de un objeto y mostrar despues por una conclusion que es bello.»

Últimamente trata de esto en los párr. 55 y 58, donde resuelve la antinomia, indicando que la voz concepto está tomada en diverso sentido en ambas proposiciones, pues el concepto esthético es un concepto racional indeterminable. Este concepto racional no es otro que el de la Naturaleza, como todo interiormente conforme á fin; y por él el juicio del gusto, aunque no tenga trascendencia objetiva, recibe valor para cada uno, puesto que el concepto de determinacion se funda quizá en lo que puede ser mirado como *substratum* sobresensible de la humanidad, esto es: la idea en el objeto bello y en el sugeto tiene íntima analogía.

Tambien puede citarse aquí por proximidad á lo Bello lo Bueno, que siendo idea y fuerza activa, obra inmediatamente en el alma (en la conciencia) y sin concepto, aunque es conforme á concepto.

Si lo Bello es personal, y por lo tanto entra en armonía con lo personal, si en su armonía se extinguen las fuerzas particulares y obran inmediatamente, deben tenerse en poco las causas de la falta de accion por parte de lo Bello y de desarmonía en el Juicio. Nosotros no exigimos para el juicio de lo Bello grandes condiciones; al que no le agraden Rafael ni Cervantes, bien le pudiéramos declarar tonto ó no educado.

Sin hablar de entera rudeza, se dan ciertamente organizaciones en que predominan fuerzas opuestas del sentido ó del espíritu; pero estas excepciones mas bien provienen de educacion que de organizacion. Las dos proposiciones, «que lo Bello es gozado inmediatamente» y «que supone educacion», parecen contradecirse. Pero debe considerarse al hombre siendo lo que por esencia es, y cómo solo por educacion vuelve á su naturaleza. Humanidad es el último fruto de la educacion (cultura) que puede volver á la naturaleza porque no tiene ya de ella que temer, y aquí florece primero el sentido de lo Bello. Aunque comparado con las actividades opuestas (sensibilidad física, inteligencia, libertad), es enteramente inmediato, es una mediacion dentro de sí mismo, como educacion del sentido de la forma.

En esto interviene, sin duda, un pensar. Sin profundamente sentir, sin reflexionar sobre las relaciones de la composición, no puede gozarse estéticamente ninguna obra de arte, para lo cual debe entrar primero el hábito de ojos y oído, para forma, color, tono, ritmo, etc. Mas el sentimental entusiasmo por Naturaleza bella, es solo el placer del cordero en el prado. A dicho entusiasmo acompaña un pensar; pero un pensar envuelto; no llega hasta la descomposición de los momentos del pensamiento en la idea para compararlos con las partes de la composición; conserva estas como relaciones sensibles ante sí; en una palabra, no es un pensar verdaderamente, es un sentimiento.

Mas para penetrar en él hay un interior diseñar y pintar, que se para y compone; el objeto es destruido y recompuesto interiormente, lo cual todo es un reflejar ó reflexionar, pero no abstracto, sino con formas.

Este segundo acto destruye lo Bello, mostrándolo en la Verdad, pero es tan legítimo como el primero. La crítica abstracta, sin embargo, que se limite á criticar sin gozar, es incompleta. La buena crítica empieza por gozar, descompone lo Bello para obtener la idea y, siguiendo sus momentos, vé si el objeto bello corresponde á ella enteramente, y en caso afirmativo experimenta un placer, no ya estético, sino científico.

Ambos actos son igualmente importantes, y el crítico estético debe juntar al primero el segundo.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará).

## LA FLOR DE LA INOCENCIA.

Brota lozana en el pensil florido,  
Al beso de la aurora,  
La pálida azucena encantadora;  
Y de su cáliz de perfume henchido  
Que circunda bellísima guirnalda,  
Perlas derrama de esplendente lumbre  
Sobre verdes alfombras de esmeralda.

\* Hermosa como el sol, radiante y pura  
Como un sueño de amores,  
Descuella la azucena entre las flores;  
Y cual rayo que brilla en la espesura  
Al rosado fulgor de la alborada,  
Aparece la flor de los encantos  
Mecida por el aura embalsamada.

Suena de pronto entre el follaje umbrío  
La voz de la tormenta  
Y en la cándida flor su rabia ostenta;  
Dobla su tallo el huracán bravío,  
Y al impulso terrible de su aliento  
La pálida azucena desaparece  
Marchitadas sus hojas por el viento.

Y esta flor de bellísimos colores,  
Tan pura y tan hermosa,  
Es el sueño de un alma candorosa;  
Es la blanca ilusión de los amores;  
La imagen del placer y la esperanza  
Que al reir el albor de la existencia  
Nuestra mente tan solo á ver alcanza.

CÁRLOS TRIGO.

---

PROVERBIOS EJEMPLARES.

---

DE TRIPAS, CORAZON.

---

(Conclusion).

Estando ya nuestra bailarina en edad de apreciar lo mucho que debía á *la Pepa*, como llamaba ella á la que creían su madre, amábala con tan acendrado cariño que casi rayaba en lo pueril, y mucho mas á los ojos de quien conociera su soberbia altanería, ó, mejor dicho, su insolente despego. La Pepa era una mujer ordinaria, que, de naranjera en sus floridos años, habia llegado, por una serie de curiosas metamorfosis, á ser todo un poder del Estado... teatral, puesto que, á veces, su mediacion con Estrella, una sola palabra suya, una seña, un ademan, bastaban para evitar los conflictos, resolver las crisis, y conjurar las tormentas de entre *bambalinas*. Esta influencia no carecía, como hemos dicho, de fundamento: á Estrella le hubiera enseñado su instinto de mujer apasionada, á no enseñárselo desde niña los cuidados y el entrañable afecto de la Pepa, que el corazon de esta encerraba tesoros de ternura infinita, tesoros que habria derramado en sus hijos, como los derramaba en Estrella, á concederle Dios la dicha de ser madre.

Cuando entró D. Juan en casa de Estrella, hallábase esta con la Pepa, en una alcoba, separada de la sala únicamente por un débil tabique. La bailarina estaba pálida; pero no con la palidez morbosa de las naturalezas gastadas, sino por efecto de la inquieta noche pasada en velar y asistir á la enferma.

—Acabo de recibir el recadito de V.,—dijo el empresario, en el tono mas respetuoso;—y comprendiendo la gravedad del motivo que la asiste para no trabajar esta noche, no puedo menos de aplaudir, como se merece, su conducta. Pero V. ignora, sin duda, el compromiso de la empresa con el público. La empresa habia anunciado la salida de V.; á estas horas ya no hay localidades; con la entrada se ha pagado á ciertos acreedores, de modo, que no es humanamente posible devolver el dinero, y el crédito del teatro sufriria tambien no poco, anunciando que por un accidente imprevisto se suspendia la funcion. Estos accidentes imprevistos se miran como far-sas de mal género.

—Y yo ¿qué le he de hacer?

—Lo de menos sería, no obstante, el crédito del teatro, si al fin la Compañía se prestase á trabajar; pero como no se le ha dado ni un maravedí de la entrada, me quiere hacer la forzosa, se han suspendido los ensayos, y se trata de citarme ante un Juzgado.

—Lo siento mucho.

—La empresa,—continuó D. Juan, caminando derechamente á su fin, sin fijarse en las breves interrupciones de la bolera—la empresa no viene á interceder por sus intereses; viene en nombre de una infinidad de familias que le piden pan, y que no solo sufren las miserias y privaciones presentes, sino que, si la empresa llegase á quebrar, estando, como estamos, á principios de temporada, quedarían materialmente en la calle.

—Lo que V. dice, me aflige en extremo, señor D. Juan; y si de mí sola dependiera, en el acto mismo remediaría todas esas necesidades; pero no se canse V.: yo no bailo, estando mi madre, como quien dice, en sus últimos.

—Pero niña, hágase V. cargo de mi situacion! Á saber lo que durará la enfermedad! Figúrese V. por un momento, que su madre de V. se muere; ya tenemos otra interrupcion; figúrese V. que....

—¡Es grande lo que á mí me sucede!—exclamó Estrella, dando una patada en el suelo—¡esta gente cree que una no tiene entrañas, que somos de piedra pajarilla, y no de carne y hueso como ellos!



—Si yo creyese tal cosa, ciertamente no hubiera apelado á su bondad; sino que, al contrario, haciendo uso de mi derecho....

—Pues hágalo V., interrumpió seca y desdeñosamente la bailarina.—¿Qué podrá suceder? ¿Que me lleven al teatro, entre bañonetas?....

Las pretensiones de D. Juan fundábanse en una porcion de antecedentes históricos: á fulana, graciosa del *Príncipe*, se le habia muerto, años atrás, su padre, mientras ella cantaba y coqueteaba alegremente en una pieza tan cómica que hacia desternillarse de risa hasta las piedras: á mengano, que tanto se lucia, á la sazon, en *la Cruz*, desempeñando *El Héroe por fuerza*, le acababa de caer soldado su hijo, que puede decirse era la única esperanza de la familia: á zutanita, dama jóven de *Variedades*, le acometieron dolores de parto, sobre la escena, haciendo el papel de doncella de una generala; accidente que no le habria sucedido alli, á no prestarse gustosa á servir á la empresa y á sus compañeros de ejercicio. Todos estos ejemplos los habia reservado el astuto D. Juan, para un caso de apuro, para el caso en que sus ruegos no surtiesen efecto. Sin embargo, Estrella permaneció impasible, como una estatua, y hasta pareció no fijarse mucho en las observaciones del empresario, que interiormente se daba á trescientos mil pares de diablos. En tal estado la cuestion, la enferma, que todo lo habia oido, llama á Estrella y la dice:

—Es preciso que bailes, niña.

—Mira, Pepa, mándame rodar, y rodaré; pero ¿bailar?... eso sí que no.

—Pues si no bailas, hazte cuenta que arrebatas el pan de la boca á toda la Compañía. El oficio de la gente de teatro es muy duro, hija mia, bien lo sabes tú. ¡Cuántas y cuántas no habrán tenido que violentarse, que hacer de tripas corazon mas de una vez, para no perjudicar á nadie, y trabajar, y fingir contento!

—Lo sé, Pepa, y ninguna me gana á generosa, pero....

—Si por algo te he querido siempre es por tu excelente corazon.

—Pepa, te olvidas de que estás confesada y sacramentada!

—Al contrario; porque me acuerdo, es precisamente por lo que

te insto mas á que bailes: ¿te parece que, si muero, no me tendrá Dios en cuenta mis buenas acciones?

No fué menester mas que estas palabras, para que Estrella obedeciese á los bellos impulsos de su alma. Tocó la frente de la enferma con sus labios de fuego, y la roció con sus lágrimas diciendo:

—Tranquilízate, Pepa; saldré á las tablas, y, puesto que me lo mandas, bailaré mejor que nunca; pero con la condicion de que si te se agravase el mal....

—Descuida; te avisará el muchacho ó la criada.

—Con que, Estrella—dijo D. Juan, despues de volver esta á la sala—¿permitirá V. que me retire, sin esperanza de ser complacido? ¿Cuento con V.?

—Sí señor.

—Que sí? ¿Ha dicho V. que sí?—repitió el empresario, balbuceando de placer—¿bailará V.?

—Bailaré.

—Es V. un ángel. Jamás olvidaré este rasgo sublime, que, al par que la enaltece tanto, evitará la ruina de la empresa y la desesperacion de una multitud de infelices.

Esto dicho, despidióse D. Juan, y partió rápido como una flecha al *Circo*, en donde vió rostros, nublados y taciturnos, iluminarse repentinamente con el alegron que les produjo la nueva de que Estrella bailaria el *Jaleo de Jerez*, tan esperado por todo el mundo.

### III.

Lo mismo fué aparecer en las tablas la hermosísima gaditana, partieron de todos los puntos del teatro ruidosas aclamaciones y bravos, expresion inequívoca de las simpatías que su sola presencia despertaba. El público adivinó al momento que tenia delante de sí una bolera de raza, como se adivina en el modo de saludar y de presentarse una persona, si es ó no de buena sociedad, si ha recibido ó no una educacion esmerada. Estrella estaba en su verdadero terreno; el escenario era su trono; y mientras durase el baile, tenia seguridad completa de ser reina y señora de todas las voluntades y de todos los corazones.

Estrella no había querido someterse al yugo extranjero, adoptando la cortísima y vaporosa falda de linon, pomposamente hueca, y sin adornos, que de entonces acá viene desnaturalizando el carácter del airoso traje nacional. Esclava de la tradición española, lucía un vestido de maja, de raso azul celeste bordado de plata, con abundante pasamanería de colores, que le llegaba un poco mas abajo de las rodillas, corpiño de carmesí de la misma tela, peineta á un lado y rosas á la cabeza. Adelantóse hasta el proscenio con gentil desembarazo, hizo un saludo con una graciosa sonrisa y una elegante inflexion de cintura; y, al compás de la orquesta, mezclado con el repiqueteo de las castañuelas, dió principio al *Jaleo de Jerez*, y fin á la impaciencia de los espectadores.

El *Jaleo* es uno de los bailes que mas elocuentemente hablan á los sentidos, insurreccionando todos los instintos carnales, con el estímulo, para algunas organizaciones irresistible, de una mímica fascinadora; pero no sin dejar tambien en el alma, como la música, por lo vago é indeterminado de su lenguaje, ciertos sentimientos melancólicos y aspiraciones confusas.

Ved como lo baila esa hechicera criatura. Sola en la escena, encendida como una rosa de Alejandria, objeto de todas las miradas, de todos los pensamientos, de todas las palabras y de todos los aplausos, ostenta en sus pintorescas actitudes y movimientos, la flexibilidad del junco y la ágil soltura de la pantera; ya se dobla con dulce abandono, y parece desmayarse, pidiendo con sus ojos de gitana, que poseen la atraccion de los abismos, y con su boca de claveles, sonrisas y besos á todos los ojos y á todos los labios: ya su paso menudo y veloz recuerda la carrera de la perdiz por las llanuras; ya, en fin, parece que se enoja, dirigiendo al cielo una mirada soberbia, fulminante, y hollando con soberana firmeza el tablado, que tiembla y gime bajo su planta. Írguese unas veces, mas derecha que un pino de Guadarrama, como si se clavase en las tablas, sobre las puntas de unos piés que pudieran pasar por modelos en la misma Andalucía; y al par que la pureza de sus contornos, se admira la rigidez de sus músculos y de sus tendones de acero, que se creeria incompatible con la suavidad y la redondez de

sus formas. Otras veces se arrodilla, ó se sienta, y arqueando y retorciendo los brazos, y doblándose á todos lados, como si sus miembros no tuviesen articulaciones, despliega sucesivamente el conjunto armonioso de sus atractivos, como las figuras de su país un abanico abierto por la mano de una hermosa. Enróscase su mirada en los corazones, como la serpiente del paraíso se enroscaba en el árbol funesto, para tentar y perder á nuestros primeros padres; y de esa mirada, y de la sonrisa que juega en su boca, en sus ojos, y en sus mejillas, brotan corrientes eléctricas, inflamando la atmósfera voluptuosa que allí se respira.

Apenas podemos comprender hoy las entusiastas ovaciones que, en el tiempo á que nos referimos, se tributaban á las bailarinas; las apuestas sobre el mérito de unas y otras; los partidos que en torno de ellas se agitaban, y que, en varias ocasiones, desconfiando de la persuasion de las palabras, estuvieron á punto de pasar á vias de hecho. Escatimábanse entonces á los poetas los aplausos, recompensa de sus vigiliias y de sus talentos; pero se talaban los jardines de las inmediaciones de Madrid, para arrojar, á las plantas de aquellas, monstruosos ramilletes de flores, comprados á precios exorbitantes; marcando mas y mas cada uno de estos triunfos, juntamente con los de los gimnastas en los *Circos* ecuestres, y los de los toreros en la plaza, en medio de un entusiasmo frenético, nuestra espantosa decadencia moral y literaria.

¿Quién no hubiera, pues, considerado á la bella gaditana en el colmo de la dicha y de la gloria, durante el *Jaleo*? ¿Quién hubiera sospechado que aquella sonrisa, que la alegría aquella, que se comunicaba como un dulce contagio, era el velo engañoso de un gran dolor, del mas grande y mas verdadero que pudiera sufrir la bailarina?

Ella, que no lloraria viendo morir de amor un hombre á sus piés; ella, que quizá no habia exhalado un solo suspiro por la perdida inocencia, y cuya lengua escarnecié á menudo las cosas mas respetables, cubriendo su corazón con una armadura invulnerable á muchos afectos nobles, acordóse de repente de la pobre Pepa, de su solo amor, de su pasión única; y todo el mundo pudo ver bañarse

en llanto sus ojos, y agitado su pecho por los sollozos que involuntariamente exhalaba. Llovían flores y flores á sus piés, echáronle coronas y dulces, soltaron palomas, crecieron los aplausos, y ella siempre llorando.

No hubo nadie en el teatro que no reparase en sus lágrimas: los indiferentes y los benévolos atribuyéronlas al contento por el triunfo conseguido, ó á una indisposición cualquiera repentina; pero habiendo asegurado, *bajo palabra de honor*, uno de esos graciosos en que tanto abunda la sociedad, que el llanto aquel procedía de haber tenido la bailarina una furiosa reyerta con su amante, que la abandonaba por otra rival, la *agudísima* ocurrencia pasó de boca en boca hasta generalizarse y adquirir el carácter de una verdad demostrada.

—Pobre muchacha! dijeron unos.

—Zalamerías! Farsas! exclamaron otros.

Estrella hacia esfuerzos increíbles para reprimir su inquietud y su angustia; pero de repente, al volver la cabeza, ve á su criada entre bastidores, dale un vuelco el corazón, adivina lo que sucede, y vacilando su cuerpo como un arbolillo agitado por el viento, cae desplomada sobre las flores mismas que acaban de afrojarla. Retíranla del escenario, entra la confusión general, y á poco se sabe que su madre había espirado mientras ella bailaba, tanto al compás de los aplausos como de la orquesta. ¡Con razón se había resistido á salir á las tablas en aquella noche! Pero la Pepa le había dicho: «El oficio de la gente de teatro es muy duro, hija mía, bien lo sabes tú. ¡Cuántas y cuántas no habrán tenido que violentarse, que hacer de tripas corazón más de una vez, para no perjudicar á nadie, y trabajar, y fingir contento!»; y obedeciendo á estas palabras de la moribunda, que le imponían el sacrificio más costoso para ella, aunque se hallase en consonancia con su índole generosa, la Compañía tuvo, al fin, un pedazo de pan que llevarse á la boca, y la empresa logró escapar milagrosamente del temido naufragio.

Madrid.

VENTERA RUIZ AGUILERA.

## LAS DOS LUCES.

### I.

#### EL CREPÚSCULO DE LA MAÑANA.

Recorriendo ancha pradera,  
do la flor nace incolora,  
y no zumban los insectos,  
ni tiene la planta aromas,  
ni existen vientos que braman,  
ni brisas murmuradoras,  
ni fuentes que den frescura,  
ni arboledas que den sombra,  
ni hermosos valles risueños,  
ni cañadas melancólicas,  
ni baladores rebaños,  
ni avecillas amorosas,  
va sereno un ancho río  
sin espumas y sin ondas,  
de aguas tibias sin murmullo  
y riberas arenosas.

La luz los tersos cristales  
de sus aguas no colora:  
no brilla el sol; densa niebla  
la triste pradera entolda.

Tampoco la tenue lumbre  
de la luna melancólica  
sobre sus aguas riela  
plateada y misteriosa.

La claridad del crepúsculo,  
engendro de luz y sombra,

cubre el río, la pradera  
y de los cielos la bóveda.

Sobre la tarda corriente  
cual leve barquilla flota  
tosco leño; recostado  
en él, Adán lento voga.

Ni dolores, ni placeres,  
ni alegría, ni congoja,  
ni recuerdos, ni esperanzas,  
á su mirada se asoman.

Serena y leve sonrisa  
entre sus labios rebosa:  
ni huye el mal, que no comprende,  
ni busca goces, que ignora.

Llevar se deja tranquilo  
hacia regiones ignotas,  
sin fatigarle el viaje,  
sin sentir pasar las horas.

Más al cabo llega á un punto,  
en que de repente brotan  
en las aguas y en los vientos  
armonías que le arrojan:

altivo la frente eleva,  
y con mirada curiosa  
de aquel concierto pretende  
buscar la causa remota.

II.

PRIMER RAYO DE SOL.

En ancha cuenca, circuida  
de pintorescas montañas,  
que ostentan nieve en sus picos  
y espeso bosque en sus faldas,  
mansamente el tardo río  
vierte sus ondas en calma,  
formando un hermoso lago,  
que dos brazales desaguan.

Aves de pintada pluma  
entre los árboles cantan;  
embriagadores aromas  
hermosas flores exhalan.

Susurra armonioso el viento,  
y entre nubes de oro y grana  
por el paisaje frondoso  
su lumbre el sol desparrama.

En tanto Adan sobre el leño,  
ebria de entusiasmo el alma,  
inquieto y gozoso admira  
tan brillante panorama.

Mas no le es dado un momento  
hacer en el lago estancia,

que la corriente es continua  
y las vertientes le llaman.

Al final del lago hermoso  
las dos corrientes se apartan,  
diverso rumbo siguiendo,  
aunque próximas entrambas.

En espumoso torrente  
aquella bramando escapa;  
ésta murmurando sigue  
en ondulaciones mansas.

Entre las dos un momento  
Adan indeciso para,  
oyendo dos voces dulces  
vibrar dentro de su alma.

Una pujante se eleva  
del fondo de rica estancia,  
á la entrada del torrente  
soberbiamente asentada.

La otra dulce y cariñosa  
de una modesta cabaña,  
cuyo pié el arroyo besa,  
en tierno cantar se exhala.

III.

EL TORRENTE Y EL ARROYO.

Cortando un valle profundo  
el ancho torrente va  
rebramante como el trueno,  
veloz como el huracan.

Ondulando mansamente  
un arroyuelo fugaz,  
de una esmaltada pradera  
las flores moja al pasar.

Troncos de encinas añosas  
combate el torrente audaz,  
desnudas peñas descarna  
haciéndolas vacilar.

Se escuchan junto al arroyo  
los ruisseñores trinar;  
altiva sobre el torrente  
pasa el águila real.

Dulces aromas el aura  
desparrama sin cesar  
en la pradera: en el valle  
brota olor á tempestad.

Tibia luz á aquella inunda  
hermosa, tranquila, igual:  
en este alternando avanzan  
la luz y la oscuridad.

Vierte el arroyo tranquilo  
su inalterable caudal  
junto á un sepulcro, en que nacen  
azucenas y azahar.

El torrente desbordado  
al valle lagunas da,  
y desaparece en un bosque  
que flanquea un arenal.

En tanto aferrado al leño,  
vacilando sin cesar  
en el lago, ya el arroyo,  
ya el torrente mira Adan.

IV.

EL PALACIO Y LA CABAÑA.

De aquel soberbio palacio  
que del torrente está al borde,  
ráfagas de luz brillante  
arrojan los cien balcones;

resonantes armonías  
confusas los aires rompen,  
al estruendo del torrente  
uniendo sus gratos sonos:

dentro de la estancia vibra  
confuso tropel de voces,  
suspiros y carcajadas  
y mil extraños rumores:

y véñse en rápido giro,  
cual fantásticas visiones,  
cruzar hermosas mujeres  
en brazos de alegres jóvenes.

Una entre todas descuella,  
cual reina de los salones,  
envidia de las mujeres  
y martirio de los hombres.

Hermosa, liviana, altiva,  
por ley su capricho impone,

y las turbas la proclaman  
la diosa de los amores.

De la modesta cabaña  
que entre arboledas se esconde  
á la márgen del arroyo,  
parten dulces resplandores.

Ante su abierta ventana  
leves, transparentes, móviles,  
flexibles las ramas fingen  
ondulantes pabellones.

Y á través de su tejido  
dentro de una estancia pobre  
junto á una luz vacilante  
orando se ve una jóven.

Túnica blanca y celeste  
envuelve sus formas nobles;  
sobre su espalda tendido  
flota el cabello en desórden.

En forma de cruz, el techo  
angosta lucana rompe,

frente á la abierta ventana  
que adornan tiestos de flores.

En la cruz los ojos fijos,  
la cruz su atencion absorbe:  
por la cruz la luna avanza  
á iluminar sus facciones;  
pero una gasa flotante  
de misteriosos colores,  
de su frente suspendida  
oculta sus perfecciones.

Clara, argentina, vibrante,  
nuncio de amor y de goces,  
una voz en el palacio  
canta lascivos amores.

Dulce, tranquila, serena,  
como el murmullo uniforme  
de arroyo que se desliza  
sobre guijas de colores,  
otra voz en la cabaña  
á la primera responde,  
una plegaria elevando  
al Hacedor de los orbes.

V.

ADAN ABORDA LA CABAÑA.

Hallóse Adan de repente  
bajo los copudos árboles,  
que la cabaña sombrean  
con su calado ramaje;

y aquella voz, melodiosa  
como el suspiro de un ángel,  
en el fondo de su alma  
volvió á resonar suave;

y vió dentro de la choza  
en éxtasis elevarse  
hácia la cruz plateada  
de aquella jóven la imágen.

—¿Á dónde vas?

—Á los cielos.

—Espera un poco.

—Ya es tarde.

—Yo quiero vivir contigo.

—Oh! tú ya me abandonaste.

-Tú eres, tú, quien me abandonas:  
apenas leves, flotantes,  
tu rubia crencha diviso  
y tu celeste ropaje,

apenas lejos columbro  
una vision sin detalles,  
como el fantasma de un sueño  
que se disipa en los aires;

solo un rayo de tus ojos,  
cual luz del alba que nace  
y sin llenar el espacio  
sucumbe en el mismo instante,

solo de tu voz un eco  
tenue, dulce, inexplicable,  
como el gemir de las auras  
en las copas de los árboles,

llega hasta mí, que la vida  
siento del pecho apartarse,  
á medida que se aleja.

tu vago ser impalpable.

—Adios, Adan; eres solo  
en la inconstancia constante:  
ni comprendes lo que dejas,  
ni el rumbo que sigues sabes.

Yo soy el amor del alma;  
á mí con afan llegaste;

pequeño este amor ya juzgas,  
y tu ambicion mides grande.

Dices ¡ay! que te abandono,  
y es al contrario; y en valde  
amargas lágrimas vierto  
por tí, que me das pesares.

Así la voz melodiosa  
dijo á Adan, y en el instante  
otra voz y otra armonía  
raudas el espacio invaden.

Adan, al sentir las, súbito  
los ojos alza arrogante,  
y ve el palacio, y no siente  
ya de la choza alejarse.

VI.

ADAN EN EL PALACIO.

—Ven, Adan, ven á mis brazos,  
y un salon y otro salon  
cruza y deja, y no vacila:  
donde el amor te convida,  
á apurar en ancha copa  
el néctar de las delicias.

Yo soy el placer supremo,  
el ambiente que respiras,  
la esperanza que se toca,  
el manantial de la vida.—

Así con voz de sirena  
al jóven Adan decia  
el genio de aquel palacio,  
de aquel harem la odalisca;

y loco Adan, en sus brazos  
con afan se precipita,  
y, el raudo compás siguiendo  
de estruendosas armonías,

á través de los salones,  
que roja luz ilumina  
y en cien lunas de Venecia  
se deshace y multiplica,

con ella cruza frenético,  
y en rápida danza gira  
entre voces y algazara,  
palmadas, cantos y risas.

Y sigue, y sigue, y no cede  
el vértigo que le agita,

y un salon y otro salon  
cruza y deja, y no vacila:  
y en su delirio creciente  
todo lo pasado olvida,  
cuando la danza abandona

por la mansion de la orgía,  
donde la hermosura ostenta  
roja la ardiente mejilla,  
donde el amor es mas franco

y mas franca la alegría,  
donde los libres cantares  
roncos en los aires vibran,  
acompañados del choque

de las copas hechas trizas,  
donde las fuerzas se enervan,  
donde la frente se inclina,  
donde asoma la verdad

desnuda, al llegar el dia.

Paró la danza: en las manos  
de Adan una copa brilla,  
y otra, y ciento, todas llenas,  
todas muy presto vacias.

Torpe su lengua enmudece,  
se anubla débil su vista,

y las fuerzas le abandonan  
y se doblan sus rodillas.  
Y cuando animarlo intenta  
la hermosa con sus caricias,  
él en mullidos divanes  
sin fuerzas ya se reclina.

En son de burla un momento  
sonriendo ella le mira,  
y huye de él en otros brazos  
que nuevo placer le inspiran.

VII.

EL DESPERTAR.

—¿Es un sueño? Yo en mis brazos  
ha poco de un talle esbelto  
el dulce calor sentía,  
que daba á mis venas fuego.

De un corazon los latidos  
vibraban sobre mi pecho,  
y en mi rostro resbalaba  
de una deidad el aliento.

Con ella en mis brazos loco  
cruzaba salones regios,  
de una fantástica danza  
el raudo giro siguiendo.

Ahora nada; ni un murmullo  
que interrumpa este silencio,  
ni una luz que de estas sombras  
aclare un tanto el misterio.

Hastiado, solo, rendido,  
sin mas que un vago recuerdo  
de placeres que volaron  
cual los fantasmas de un sueño.

Otra vez sobre el torrente  
sin rumbo fijo navego,  
y del palacio encantado  
á mi pesar ¡ay! me alejo.

Mas ¡soy yo quien me retiro,  
ó es que el palacio va huyendo,  
como el sol, cuando la noche  
desplega su pardo velo?

¿Quién sabe? yo solamente  
en mi delirio sospecho  
que aquellos goces livianos  
quizás para siempre huyeron.

Yo sé que al volver la vista  
descubro lejos, muy lejos  
alcázares encantados  
y encantadoras en ellos;

y al recoger mi memoria,  
para evocar mis recuerdos,  
uno punzante y horrible  
me sale siempre al encuentro.

En una estancia apartada  
hay de rojo terciopelo  
un divan: una luz roja  
medio alumbra el aposento:

en él con aquella hermosa  
que aun en mi mente estoy viendo,  
de amor y embriaguez rendido  
llegué en busca de sosiego.

Allí en sus brazos, mis párpados  
al cansancio se rindieron,  
y, al entornarse, la infame  
de mí se alejó riendo:

se alejó, y en otros brazos,  
aun no rendidos cual estos,  
fué, de mi amor olvidada,  
á buscar placeres nuevos.

Vióme débil un instante  
sin vigor y sin aliento,  
y me arrojó de su lado  
con el desden mas supremo,  
como arrojaba en la orgía  
de las copas los fragmentos,  
como, al encontrarlas mustias,  
las flores de sus cabellos.

Mas se engañó ¡por mi vida!  
que aun vida resta en mi pecho,  
y hoy en experiencia gano  
lo que en entusiasmo pierdo.

Dijo Adan; y á la venganza  
aprestando el pensamiento,

abordar quiere el palacio  
en el bajel de los celos.

Mas ¡ay! en vano redobla  
sus ya débiles esfuerzos,  
y en recobrar lo perdido  
pone tan tenaz empeño;  
que, si vuelve la memoria  
hasta el alcázar soberbio,  
y con los ojos del alma  
ve lo que pasa en su seno,  
sobre la mansa corriente,  
falto de vida su cuerpo,  
va arrastrándose sin tregua  
amarrado al duro leño.

VII.

LA ÚLTIMA LUZ.

El corazon amargado,  
enferma la inteligencia,  
el sentimiento sin vida,  
el organismo sin fuerza,  
el pensamiento sombrío,  
la voluntad medio muerta,  
y solo vivo el recuerdo  
de venturosas quimeras,

lleva Adan, mientras le arrastra  
lenta, constante, sin tregua,  
la monótona corriente  
que de la vida le aleja.

Ya el palacio no columbra,  
ni los placeres que encierra,  
ni una ráfaga perdida  
de las luces que destella:

ya los cánticos de amores  
á sus oídos no llegan,

ni las flores olorosas  
con su aroma le enajenan.

Una triste claridad,  
fantástica cual la niebla  
que entre sus gasas envuelve  
de una montaña la cresta,  
se dilata en torno suyo,  
y ante sus ojos ondea  
como la luz de una lámpara  
que ya á extinguirse comienza.

Un silencio, en que no surge  
ni un leve rumor siquiera,  
ni aun de sus hondos gemidos  
el eco triste resuena,

el ancho espacio domina  
en union de las tinieblas;  
él cada vez mas profundo,  
ellas cada vez mas densas.

En situacion tan extraña,  
que absorto y mudo contempla,  
Adan, otra semejante,  
aunque lejana, recuerda.

Como ahora en el torrente,  
ya lento y manso, navega,  
otra vez de un ancho rio  
bajó en las aguas serenas.

De uno y otro opaca sombra  
inundaba las riberas,  
y uno y otro se dormian  
sobre sus lechos de arena.

Mas iba en aquel la luz  
dominando las tinieblas;  
aquí, al contrario, la sombra  
es por momentos mas densa:

aquel sus aguas vertia  
en una florida cuenca  
llena de luz, de rumores  
y de arboledas risueñas:

éste á un abismo sin fondo,  
que solo las sombras llenan,

arrastrándose pausado,  
va sigiloso á verterlas.

En brazos de la ignorancia,  
de la ilusion por las puertas,  
virgen el alma sencilla  
allí á la vida se acerca:

aquí al seno de la muerte  
el hombre cansado llega,  
del desengaño impelido  
en brazos de la experiencia.

La vida allí le esperaba;  
aquí la nada le espera:  
pues de la nada ha venido,  
justo es que á la nada vuelva.

Tal pensaba en su delirio  
Adan, mirando sin pena,  
pero con temor oculto,  
llegar su hora postrera.

Mas, cuando vibrar la siente,  
su lúgubre son le aterra,  
y, al verse sobre el abismo,  
cobarde un momento tiembla.

CONCLUSION.

Va á sucumbir: ya la vida,  
ante la muerte que avanza,  
del misero Adan se aleja,  
vertiendo copiosas lágrimas.

Adan del abismo horrendo  
sus ojos trémulo aparta,  
y fervoroso dirige  
á los cielos su mirada.

Mas á su cúpula altísima  
su vista débil no alcanza;  
que entre la tierra y los cielos  
se extiende la sombrá opaca.

Ve, no obstante, en medio de ella  
incierto, dudosa, vaga,  
débil luz, cuyos destellos  
percibir intenta el alma.

Su atencion en ella fija,  
y al punto la luz se aclara:  
amoroso la contempla,  
y pura la luz irradia:

á ella aspira con delirio,  
en su socorro la llama,  
y de fe inundado el pecho  
á ella su espíritu lanza;

y entonces la luz purísima  
su forma dudosa cambia  
por otra forma mas bella,  
que á Adan de gozo arrebató.

Deslumbrante de hermosura,  
cercada de vivas ráfagas  
de luz de colores bellos,  
que vida y amor derraman,  
una virgen casta y pura,  
de belleza inmaculada,  
amorosa le sonrie  
entre nubes de oro y grana.

Adan, al verla, se olvida  
de la muerte que le aguarda,  
y cree que su vida empieza,  
y lleno de amor exclama:

—Bella deidad, ángel puro,  
¿Cuál es tu nombre?

—¿De dónde vienes?

—ESPERANZA.

—Del cielo.

—¿Á dónde vas?

—Á tu alma.

—Oh! es verdad; siento en ella  
tu influencia sacrosanta,  
y ya no temo á la muerte,  
pues tu cariño me ampara.

Apenas perdido el eco  
de sus últimas palabras,  
la vision encantadora  
del cielo descende rauda.

Adan en aquel momento,  
lleno el pecho de fe santa,  
con la sonrisa en los labios  
el último aliento exhala,

y su espíritu tranquilo  
osado el vuelo levanta  
á la fuente de la vida,  
en brazos de la ESPERANZA.

T. DE ROJAS.

## BIBLIOGRAFÍA.

### I.

*Historia crítica de la Literatura española por D. José Amador de los Ríos.*— Tomo II.

La novedad literaria de mas momento en el presente mes de Julio es la publicacion del segundo tomo de la *Historia crítica de la Literatura española*, monumento de gloria que levanta á la cultura nacional el ilustre escritor, Decano de la Facultad de Letras de Madrid, D. José Amador de los Ríos. Gracias á las vigiliias de tan eminente literato y á la conciencia de sus trabajos, originales en la investigacion del asunto y soluciones, hallamos cubierta con estimable honra literaria la laguna intelectual, que creian advertir en nuestra patria pasados historiadores, con relacion á los tiempos medios, cimentados tambien sobre sólida y lógica base los productos de épocas mas cercanas, pudiendo saludar á nuestro espíritu patrio, oscilante alguna vez, pero nunca gastado, así en las sencillas manifestaciones de su infancia como en las vigorosas luchas que en el tiempo de su adolescencia han ayudado á determinar su carácter. Aunque dispuestos á tratar con mas extension y de propósito en otro artículo del exámen de esta obra, que forma época en los anales de nuestra Literatura, en cuanto sintetiza, por decirlo así, la forma reflexiva de los tiempos de hoy, la erudicion que alcanzamos y el juicio de la sociedad sobre todas las épocas y formas literarias, presentaremos de pasada algunas consideraciones acerca del interés de las cuestiones tratadas en dicho tomo, con la imparcialidad que debemos á la elevada mision de la crítica, por mas que se encuentre por necesidad con la veneracion que nos inspira nuestro antiguo maestro, que lo es de gran parte de la juventud española, á quien todos los que presumen de entender algo en esta materia, mal conocida generalmente, respetan en el concepto de director y guia. Comprendiendo el citado tomo la materia referente al espacio que

existe desde la invasion de los árabes al siglo XII, trata la época menos estudiada de la cultura de la Edad Media. En esta edad que se nos aparece como el período heróico de nuestra moderna cultura, se ofrece por do quiera en los hechos, en las ideas y las personas un tinte poético que contrasta con el prosáico vestido de la historia presente. Preludio y fórmula de unos tiempos que se enorgullecen con su grandeza, podemos verla en esa agradable lontananza donde no se turba la perspectiva del conjunto con penosas desviaciones. En el órden histórico, las Investiduras, suprema sancion del poder de las ideas, la Caballería, las Cruzadas, las Municipalidades; en el social, el Feudalismo, las Universidades, los Gremios; en el científico, la Química, la Botánica, la Medicina, la Astronomía, etc.; en el general humano, la brújula, el papel y los guarismos, objetos son que protestan contra la apellidacion de bárbaros que se impone á estos siglos. Y qué hombres los de aquella sociedad! Nuestro tiempo gasta los individuos notables que produce, rebaja lo que enaltece y, como en la segunda rueda del *Laberinto*, nada permanece en él estable y quedo. Echamos de menos personas cuya figura se dibuje sin perderse en las sombras, buscando en vano esos perfiles majestuosos y soberanamente bellos de que es tan fecunda la Edad Media. Carlo-Magno, el Cid, los Abderrahmenes, han llegado hasta nosotros con fama enteramente gloriosa; Colon, Hernan Cortés, Wallenstein, Copérnico, mancillados por la desgracia ó la ingratitud de sus contemporáneos, son astros que brillan y se eclipsan por la desigualdad de sus giros. Almanzor, el héroe de las huestes agarenas, muere en Caltañazor; pero su sepulcro, honrado con el polvo de cien victorias, conserva el relieve de la nombradía. No así Napoleon, el héroe de nuestros tiempos prosáicos, que se formó un pedestal de las ideas gastadas de su siglo para escalar el Olimpo de la gloria; encadenado por el mismo prosaismo vulgar, muere de una manera esthéticamente infortunada en Santa Elena. El prosaismo, buitre que hunde sus garras en el corazon de los ideales modernos, no tenia poder para los Prometéos de la Media Edad. Por eso es tan encantador y tan simpático el fondo que, á través de mas ó menos abigarradas formas, nos presenta aquella sociedad, donde cre-



cen flores de imperecederos frutos. En este tiempo, tratado particularmente por el segundo tomo de la *Historia* que tenemos á la vista, se ofrecen sucesos y recuerdos que pertenecen á lo mas importante de nuestro pasado: la restauracion cristiana, la cultura mozárabe sobreponiéndose á las persecuciones, la formacion de la lengua castellana y el nacimiento de nuestra poesia popular.

Dotado el Sr. de los Rios de genio original y creador, rico de ese sentido elevado arqueológico que reconstruye y da vida á las antiguas sociedades, soldando con mano habilísima las huellas que dejaran, arrebatando nuestro espíritu, trasportándole á los tiempos de la invasion musulmana, donde se perciben en acabado cuadro los efectos y peripecias de la lucha entre dos razas enemigas, destinadas á modificarse mutuamente,

Despues de hablar de la inmensa tragedia que cubrió de llanto á España, descritos con vivos colores los resultados de la misma para la cultura, nos introduce en las ciudades ocupadas por los musulmanes, indicándonos los colegios en que se conserva pura la tradicion de la ciencia visigoda, y haciéndonos asistir á esa noble polémica, en que los paladines de la fe de Cristo, inspirados poetas, sabios, religiosos y mártires, formulan la protesta contra la abyeccion de su raza. Sigue exponiendo los méritos de los historiadores de la reconquista y la poesia latina en sus diferentes direcciones, hasta la aparicion de la literatura castellana, acompañando á la exposicion seis ilustraciones sobre los orígenes latinos del metro y de la rima, la formacion de las lenguas romances, las formas artísticas de la poesia vulgar escrita, los romances, los refranes y la influencia de la poesia provenzal en la castellana, con dos apéndices que tratan de la formacion de las hablas vulgares y las rimas agudas de los romances antiguos. En la imposibilidad de apreciar la abundante riqueza de indagaciones concienzudas sobre un campo tan extenso como desconocido, llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la materia de los capítulos XIV y XV, no menos que sobre las ilustraciones segunda y cuarta, donde se encuentran resueltas magistralmente cuestiones muy debatidas sobre el origen y formacion de nuestros romances. Pero, aparte del mérito subjetivo, que lo tiene

grande como muestra de las raras dotes históricas del autor, tiene esta obra, en la parte publicada hasta el dia, la no menos interesante importancia de coleccionar datos desconocidos, debidos á su laboriosa inteligencia. Así podemos seguir con tal auxilio la trasformacion de la poesia de los tiempos visigodos en la castellana, mediante la riquísima coleccion de documentos que incluye en la página 328; y para que nada falte al conocimiento de la época que trata, nos presenta *fac-símiles* de las escrituras usadas en los códices mas antiguos y la música de los cantos del pueblo.

Concluiremos con la siguiente observacion, que resume nuestro juicio. La lectura de este volumen tan abultado produce una impresion de doble efecto, el sentimiento por la ignorancia y descuidos manifestados hasta ahora en ilustrar la historia de nuestra cultura: la admiracion y gratitud por el distinguido literato que, sobreponiéndose á la dificultad de la empresa, empieza á darle cima. ¡Que vean las letras españolas removidos los obstáculos que pudieran ser causa á impedirle el cumplimiento entero de esta, por hoy, lisonjera esperanza!

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

## II.

*Elogio del Arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada y juicio crítico de sus escritos históricos; Discurso leído en sesion pública de la Real Academia de la Historia el dia 29 de Junio de 1862, por D. Vicente Lafuente, Académico de número.—Madrid: 1862.*

En la misma categoría de los estudios históricos, merecen atencion particularísima la *Relacion de las Actas de la Academia de la Historia*, debida á la pluma de D. Pedro Sabau, y un *Elogio del Arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada*, leídos en sesion pública de dicha Academia. La consideracion especial que ha puesto el autor, segun parece, en los pormenores de este último trabajo, exornado con notas y apéndices, así como la materia del mismo, que ha ocupado nuestra meditacion en diferentes ocasiones, nos conduce á

decir sobre él algunas palabras. Merecía ciertamente la personalidad del distinguido historiador español que resume las tradiciones gloriosas de los tiempos góticos, el encomio y agradecimiento de una corporación cuyo instituto se refiere á la conservación, esclarecimiento y continuación de la historia de España; la ocasión de celebrarse el aniversario de la fundación de la Academia tenía grandes condiciones de oportunidad para que no concedamos sinceros plácemes al asunto elegido por el Sr. Lafuente. Este académico, que se ha formado una reputación sólidamente establecida por la laboriosidad con que se ha consagrado al estudio de la historia de la Iglesia española y del carácter de algunos de nuestros sabios del siglo XVI, ha conquistado con el citado *Elogio* otro título de elevada consideración literaria. Mas, así como disintimos notablemente del valor de algunos datos aducidos para sustentar opiniones particulares en su *Historia eclesiástica de España*, séanos permitido ofrecer nuestros reparos sobre las conclusiones que pretende poder deducir de su novísimo trabajo.

No ha mucho que nos quejábamos en discurso de contestación universitario de las ligerezas cometidas por el P. Florez en el t. III de su *España Sagrada*, copiando, para abonar sus opiniones sobre la venida de los apóstoles á España, las citas falsificadas del editor del falso Juliano. Absteniéndonos entonces de ofrecer una solución decisiva para que no nos juzgáramos autorizados, nos limitamos á indicar la respetabilidad de la tradición, sin disimular por tanto las afirmaciones contrarias de historiadores católicos concienzudos. Ni por asomo se nos ocurrió presentar la autoridad del arzobispo D. Rodrigo; y no porque no la considerásemos de momento, sino porque, teniendo datos de las equivocaciones de Florez, esperábamos ocasión más oportuna de juzgarle en este punto.

El académico de la Historia, entusiasta, por el contrario, del benedictino, acepta con calor todas sus conclusiones, constituyendo en una especie de artículo de Fe la venida de Santiago á España y la tradición de la capilla angélica de la Virgen del Pilar, colocando á tan respetables historiadores como Natal Alexandro, Baronio, Loaisa y Mariana, casi en la categoría de ignorantes ó de heresiarcas

confesos. La prueba inequívoca, para el Sr. Lafuente, de la venida de Santiago á España, y de que tal era la opinión de D. Rodrigo, se encuentra en un pasaje de su *Breviarium Ecclesiae Catholicae*, donde se lee: «Apostolatus autem Circumcisionis Petro est assignatus, Gentium Paulo et Barnabae, Andreae Achaia, Iacobo Zebedei Hispania, Ioanni Asia:» y observa el autor del *Elogio* «á qué se le habia de señalar el apostolado de este país si no habia de venir á España.» Mas esta razón, por probar demasiado, prueba muy poco, como quiera que, designándose asimismo en esta frase que á San Pedro le fué asignada la grey de los Judíos (Apostolatus Circumcisionis), haria valedera la errada opinión de algunos doctores protestantes que intentan demostrar no haber estado San Pedro en Roma. Por lo demás, convendrá el Sr. Lafuente en que la opinión particular del arzobispo D. Rodrigo en una obra histórica no tiene valor de creencia general de la Iglesia en este punto, y que no es más favorable á probar la venida de Santiago á nuestro suelo que á negar la de San Pedro á la capital del mundo.

Si las palabras citadas del arzobispo sobre el Príncipe de los apóstoles no fueron obstáculo á que como católico creyese que fué á Roma, por el mismo concepto el destino que supone dieron los apóstoles á Santiago, no impide dudara de su venida. Y esta compatibilidad es de tal manera aceptable, que lejos de intentar destruirla el documento publicado por Loaisa, solo ayuda á fortalecerla, haciendo referencia al pasaje del *Breviario*, cuando dice: «Ego tantum legi datam ei fuisse potestatem predicandi in Hispania,» expresión del discurso atribuido á D. Rodrigo contra la venida del Apóstol, que en nada repugna al sentido de la frase, antes citada, de aquella obra.

Vamos ahora á examinar la probabilidad de que el arzobispo Ximenez de Rada negase ante el concilio Lateranense la predicación de Santiago en la península.

Fundadas las pretensiones de primacía, según la antigua disciplina eclesiástica, en la mayor antigüedad de cada Iglesia, la de Toledo relativamente no podia competir en este punto con las fundadas por Santiago y sus discípulos. En los intereses que defendia

D. Rodrigo estaba sustentando esta opinión, que realmente pudo entrar en sus convicciones, en el concilio general de Letran. Ofrécese, sin embargo, la cuestión si asistiera al concilio, cuya afirmativa niegan el P. Florez y Tolrá, apellidando falsarios y encubridores de ficciones á Loaisa y el P. Mariana, y falto de crítica á Baronio.

El Sr. Lafuente, en esta debatida cuestión, sigue el parecer de Florez, echando el peso de su censura (págs. 28 y 29) sobre los falsarios del siglo XVII, que atribuyeron á D. Rodrigo la asistencia al concilio citado, siendo así que á mediados del siglo XVI y muchos años antes que Loaisa divulgase esta especie en su *Coleccion de concilios de España*, era doctrina comun entre nuestros historiadores. Se encuentra, por ejemplo, en Estéban Garibay, que publicó su *Resúmen de Historias* en 1571, y en el cap. XXVII del libro IX sostiene la llegada de D. Rodrigo al concilio de Letran y su defensa de primacia contra la silla de Santiago.

No es, pues, ocasión de seguir al P. Tolrá en sus invectivas contra Loaisa y Mariana, cuando el error, si ha existido, cuenta bastante antigüedad en nuestra historia.

Asimismo quisiéramos ver menos parcialidad en algunas consideraciones sobre los servicios históricos del arzobispo y los del rey D. Alonso. Digase lo que se quiera, el trabajo del rey sabio es la historia general de España mas antigua que poseemos, faltando unidad histórica en los materiales de Ximenez de Rada. Relativamente á la originalidad, esta no es tan grande en D. Rodrigo que no le veamos frecuentemente copiar párrafos enteros del Pacense y de otros historiadores anteriores, siendo un mérito en el rey D. Alonso haber atendido mas que aquel á las tradiciones nacionales, suministrando, segun observa Mr. Dozy en el pasaje relativo á la conquista de Valencia por el Campeador, la mas fiel traduccion de un texto arábigo que en mucho tiempo ha podido utilizar la historia.

Fuera de estas restricciones, saludemos con placer el trabajo del Sr. Lafuente, destinado á despertar el agradecimiento hácia un escritor que es una gloria nacional, digna de recordarse con orgullo,

F. F. G.

### III.

*Cartas trascendentales escritas á un amigo de confianza, por D. José de Castro y Serrano.*—Primera serie.—Madrid: 1862.

Si la importancia general que alcanzan por su naturaleza los estudios históricos, dado el interés comun en las cuestiones que desarrollan, hace fijar la atención de los hombres reflexivos, aficionados á comprender la parte permanente de la vida humana, hay otra serie de estudios, de consideraciones y de trabajos que agradan con mas facilidad á los lectores, acompañándoles en el movable campo de las necesidades de su corazón y de las ilusiones de la fantasía. Á esta clase de obras se refieren las vulgarmente llamadas *de costumbres*, que por dirigirse á un público frecuentemente poco preparado en la relación científica y literaria, no exigen menos, para la perfección de su forma, talento y grandes dotes de imaginación. Á la verdad, si no en igual número que en otras naciones, donde el ejercicio de la literatura es una exclusiva y particular profesión, nuestra república literaria cuenta con apreciables escritores de dicho género, que pasarán á la posteridad la fisonomía de la sociedad que tenemos delante de los ojos. Recomendables los mas de ellos por la habilidad de sus pinturas, parece que temen alterar la serenidad de sus cuadros con esas graves reflexiones que el filósofo y el hombre pensador jamás dejan de apuntar en la presencia de un objeto interesante. Su estilo es pintoresco y encantador, deleita y sonríe; pero sin dejar, frecuentemente, un sentimiento en el corazón ni una idea en el alma. Es una riqueza, sin duda, la posesión de esas obras para nuestra literatura nacional; pero cuando vemos reproducirse tantos artículos escritos con el mismo tono, con iguales matices y sobre asuntos semejantes, no podemos menos de preguntarnos si será condición de la clase á que pertenecen el indiferentismo personal, esa subjetividad que pasa sin dejar huella alguna en el libro que ha pretendido crear con la fuerza de su espíritu. No era ciertamente esta forma la que procedía en nuestra literatura despues de las primeras manifestaciones del género en nuestro renacimiento novísimo. Sin

afectacion, puede afirmarse seguramente que la obra de costumbres, en la forma doctrinal y de tendencia, no ha dado paso alguno desde los estudios críticos y sociales de Larra. Desde la muerte de *Figaro*, este arte ha perdido la admirable valentía de su vuelo bajo la pluma de amanerados imitadores, que han hecho muchas veces de la crítica social un mercado ó una tribuna de adulaciones para el pueblo. Hoy reaparece con alguna vitalidad, merced á circunstancias que señalan un porvenir mas fecundo en nuestra época á los diversos ramos del arte. La forma, empero, se ofrece considerablemente variada. Desnuda la crítica contemporánea de la excesiva irritabilidad con que señaló sus primeros pasos la prensa española, no miente alardes de independencia, manía de que se dejaba llevar el espíritu poco práctico de otro tiempo. Entonces, el autor de una acre censura social se limitaba frecuentemente á ofrecer la cuestion á la consideracion de los lectores, y ante la expresion de una especie de identificacion de persona, bajo el efecto de un *nosce te ipsum* declarado, lanzaba la amargura de su crítica. Hoy se cuida mas de las formas y, aunque no se descuide el efecto, por tanto, se considera en mucho la observacion de la rancia máxima de los políticos antiguos: *agendo modo leniter, in re fortiter, omnia adipiscuntur*. Así vemos sustituida á la manera exteriormente objetiva del artículo de Larra, la mas subjetiva y casi dramática de otros críticos, que eligen con notable acierto para los mismos fines la forma de correspondencia epistolar. No es decir que esta forma sea nueva en nuestra Literatura, ni mucho menos en la Literatura extranjera y latina del Renacimiento; pero dirigidos los epistolarios generalmente á la parte mas aristocrática de los espíritus cultos; se conservaban á cierta distancia del sentimiento popular, siendo el gran mérito de uno de nuestros modernos epistológrafos el haber ofrecido la carta literaria sin esos adherentes ingratos que retraian la aficion del público.

Entre estas cartas, merecen consideracion detenida, por su novedad y la observacion nada comun que revelan, la serie que sobre la Exposicion de Lóndres está remitiendo á la *Gaceta de Madrid* el conocido escritor de costumbres D. José de Castro y Serrano. Esperando la conclusion de estas cartas para apreciar debidamente los

curiosos datos que suministran en la ilustracion de nuestros adelantos comparados con los de otras naciones, echaremos una ojeada sobre otro libro, debido á la pluma del mismo distinguido escritor en el presente año, y de no escasa importancia. Hablamos de una coleccion de *Cartas trascendentales* consagradas al exámen de cuestiones que se refieren al organismo de la sociedad misma, publicacion que ha gozado de una aceptacion sumamente lisonjera y casi extraordinaria en las condiciones de nuestro público. Tal singularidad, aparte de circunstancias de efecto que proceden del interés incontestable del asunto y de la elegancia del lenguaje, se explica por el mérito de las soluciones que, aun no aceptándolas en gran parte, anuncian notable observacion psicológica. En nuestros dias de superior desenvolvimiento en la esfera de la ciencia administrativa, el proyectismo, esta enfermedad de la Economía política en el siglo XVII, reviste formas mas amplias y variadas, conocidas generalmente con el nombre de utopías ó sistemas socialistas; pero así como la numerosa coleccion de propósitos fantásticos para aliviar la miseria pública, que surgian en los ánimos de los repúblicos de aquella edad; tenian cierta razon de ser en las condiciones por que la sociedad pasaba, análogamente la terapéutica socialista, tal como la entiende el Sr. Castro y Serrano, mas ó menos conforme con la índole de la enfermedad á que ha de aplicarse, anuncia siempre la presencia de esta última, siendo una voz de alarma y un estímulo para atenderla mas eficazmente. He aquí las palabras en que el autor de las *Cartas* asemeja el socialismo á la higiene: «Yo tengo comparado el socialismo con la higiene, y á nadie se le ha ocurrido que la higiene sea un disparate.—¿Has leído tú algun libro de higiene?—Léelo y te reirás mucho. Son tantas las cosas que te encarga, que concluirás por establecer que el hombre ha venido al mundo únicamente para cuidarse. Las veinticuatro horas del dia alcanzan con trabajo para observar los preceptos de la higiene. Si la higiene fuera verdad, sería mentira el mundo.—Los higienistas, sin embargo, han hecho un gran servicio á la humanidad, y es encargarle tantas cosas, que el hombre no pueda menos de hacer algunas: ese algunas, es la práctica racional de la higiene.

«Bajo este punto de vista, el socialismo no debe asustar á nadie. Lee un sistema socialista, y si tienes buen sentido, te reirás á carcajadas; pero considéralo como una amenaza perpetua á la salud del mundo; como un rebuscador de miserias humanas á todas las cuales aplica por receta su correspondiente remedio; como un expositor de dolores alarmantes, y no hay duda que su lectura te atraerá el convencimiento de que debe hacerse algo ante lo mucho imposible que se encarga; ese algo es la práctica racional del socialismo.— Los socialistas, entre muchos males pasajeros, han producido un bien permanente: en fuerza de querer que se mire á todas partes, han hecho que se fije la vista en lo que no se habia mirado nunca.»

Quien esto escribe, no toma el ejercicio de la Literatura por puro pasatiempo. Su ánimo se encuentra preocupado en la conveniencia de prevenir las mejoras en el campo de las ideas, y mediante la correspondiente direccion social. Pero hay en el libro del Sr. Castro y Serrano una condicion que le recomienda á los lectores de todas edades, y que ha contribuido no poco á su extraordinario éxito. Tal es el purísimo sentimiento moral que se respira en todas sus páginas, y un espíritu religioso, eminentemente cristiano, que trasciende en todas sus conclusiones; porque la Literatura es mas interesante cuando, convertida en propedéutica de la vida práctica, se ofrece como la revelacion de las altas verdades, y levanta el ánimo á las regiones puras de ideales imperecederos.

F. F. G.

---

#### IV.

*De la fundacion, antigüedad y grandezas de Antequera, por Fray Francisco de Cabrera, hijo suyo y de la orden de San Agustin.*  
—M. S. in folio de mas de 300 f.

Fuera de desear que los aficionados á antiguallas literarias y colectores de manuscritos fuesen mas diligentes en poner en conocimiento del público las riquezas que diariamente la casualidad, la penosa investigacion y la perseverancia suelen depositar entre sus

manos. Entonces sería mas fácil dar cima al recuento de crecido número de obras españolas, que la modestia de los autores, el descuido de los herederos y circunstancias sin número han dejado de dar á la estampa. En esta parte, aunque pudiera parecer una paradoja, tenemos seguridad de que el ingenio de nuestros naturales ganaria en reputacion considerablemente; pues, por efecto de esa educacion casi monástica que nos censuran los extranjeros y que entre mil defectos y tendencias falseadas ofrece sin duda su mérito y virtud, son muy numerosos los escritores que han dejado la impresion de sus obras para despues de su muerte, atentos mas á los intereses sobreterrenos de su alma que á la pasajera vanagloria. En los tiempos que corren, invadidos todos por cierto lujo de publicidad, apenas se conserva la intimidad del sentimiento; y no solamente nuestros retratos, la noticia de los actos principales de nuestra vida, sino hasta las ilusiones de la infancia, las locuras de la juventud y los desvaríos de la fantasía, los creemos dignos de ocupar la consideracion de los demás.

Lo mismo ocurre en materia de arqueología. Aunque nuestros anticuarios puedan gloriarse, con justo motivo muy frecuentemente, de tanta aplicacion, asiduidad y aun superior perspicacia que los de otros días, compénsanse estas ventajas, en la relacion subjetiva del mérito moral del escritor, por las altisonantes pretensiones con que á veces acompañan sus descubrimientos. ¡Qué arqueólogo, por ejemplo, de nuestra edad, despues de haber consagrado largos años al estudio de un campo como las antigüedades de Antequera, hubiera resistido al deseo de dar á conocer sus resultados, aunque fuera en la forma de artículos de Revista, de folleto ó de publicacion por entregas!

Estas y otras consideraciones semejantes ocurren al estudiar el M. S. que tenemos á la vista. Conocido por los bibliógrafos del siglo XVII, tiene su lugar correspondiente en la *Biblioteca nova* del Secretario de la Rota. Diligentes investigadores lo citan en los últimos siglos como conservado en la Biblioteca episcopal de Málaga: en la actualidad se conocen de él algunas copias entre las cuales una de las mejor sacadas y de aparente mayor antigüedad es la que nos sir-

ve para la presente noticia, habiéndonos sido franqueada por el Director del Instituto provincial de Granada, D. José Moreno González. El ejemplar incompleto que examinamos consta de tres libros, donde se compila lo mas interesante de cuantos manuscritos, impresos y tradiciones populares se conservaban en el siglo XVII sobre aquella antigua ciudad, con la reproduccion de inscripciones, genealogías, sucesiones de Alcaldes, Jurados y hombres ilústrés que se han distinguido en la misma. Su lenguaje está regularmente trabajado, y su estilo, sóbrio en adornos, aunque á veces amanerado, no carece de pureza y elevacion histórica. Sirva de muestra el párrafo siguiente del capítulo primero, que hace lugar de introduccion:

«Habiendo de escribir de Antequera, noble patria mia, se me ofrecieron luego á la memoria aquellas palabras que de la suya Fenicia de Siria, colonia ilustrisima de Tiro, dijo Ulpiano, llamándola noble en las regiones y antiquisima en el orden sucesivo de los siglos. Porque le vienén tan nacidas, que parece que en lo noble y lo antiguo se cortaron para esta gran Ciudad, en cuyo nombre se encierra su alabanza, y la mayor de los que nacimos en ella es tenerla por madre.»

La erudicion no es escasa, siendo muy frecuentes en el mismo las citas de escritores latinos y griegos y, lo que todavía es menos comun, las paráfrasis y explicaciones castellanas de voces y frases arábigas. Desgraciadamente faltan á la copia que disfrutamos algunas, aunque pocas, hojas del final, razon que nos lleva á desear el acuerdo y comunicacion entre los propietarios de los diferentes ejemplares de esta historia, á fin de reconstruir otra completa y mas pura, en vista de las mejores variantes.

F. F. G.

POR TODO LO NO FIRMADO:  
El Secretario de la Redaccion,  
T. DE ROJAS.

El Editor responsable, D. Mariano Martínez de Castilla.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.



## AYER Y HOY DE LA PROPIEDAD.

I.

### LA PROPIEDAD.

¡Cuánto se ha escrito; especialmente de un siglo á esta parte, acerca de la propiedad!

Basé necesaria de la Sociedad civil, han llamado unos al derecho que tenemos en las cosas, y en virtud del cual podemos aprovecharlas con exclusion de los demás, disponer de ellas durante nuestra vida y para despues de nuestra muerte, y recobrarlas ó vindicarlas de cualquiera que las detente ó usurpe.

Motivo permanente de discordias, enemistades, revoluciones y guerras, han creído otros que es el indicado derecho. «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados (dice nuestro inmortal Cervantes por boca de su ingenioso D. Quijote); y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban las palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su re-

pública las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del Cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese bastar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían.... No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen....»

Quién afirma que la propiedad es una ley de la naturaleza, y hasta una idea de las llamadas *innatas*, ó nacidas espontáneamente en el humano entendimiento; que esto y no mas quiere decir *in-nata*, *nacida en*, por no venir de causa alguna exterior. «El salvaje, dicen, es propietario, por instinto, de su persona y de las cosas de que se apodera; lo es, por derecho natural, del arco y las flechas que ha construido, del ave que ha cazado y de la fruta que ha cogido del árbol ó levantado del suelo.»

Quién, teorizando sobre el mismo pensamiento y reduciéndole á una fórmula mas científica, segun las doctrinas de Kant y Krausse, Arhens y Lerminier, enseña, que el derecho filosófico de propiedad es una derivacion del principio general del Derecho; porque estando la nocion de éste fundada en la organizacion ó naturaleza física, moral é intelectual del hombre, el cual para llenar su fin debe dirigirse al bien por medio del desenvolvimiento armónico y paralelo de todas las facultades de que se halla dotado; y siendo, por consiguiente, el Derecho el conjunto de condiciones internas y externas, dependientes de la libertad humana y necesarias al desenvolvimiento y realizacion del destino racional y social del individuo y de la especie, la propiedad es una de estas condiciones, ya para el des-

arrollo del hombre y de la humanidad, ya para la conservacion y perfeccionamiento de la Sociedad civil.

Quién, desdeñando toda teoría racionalista que pueda parecer tocada de humanismo, predica sencillamente que la propiedad es obra de Dios; no solo en cuanto responde á una aspiracion de la voluntad humana, hechura suya, sino en cuanto satisface la necesidad, por Él impuesta á los hombres, de vivir con el fruto de su trabajo; lo cual no puede hacerse, si se proscribiera de una manera completa y absoluta la propiedad: dado que ésta comienza en la de nuestras obras, ó *propiedad personal* como algunos la llaman; y por otro concepto, no es permitido al hombre trabajar todos los dias, por diversos motivos; pues tiene que parar, ora para santificar las fiestas, ora por sus enfermedades, ora por su ancianidad, ora por falta de ocupacion; debiendo, á pesar de ello, vivir siempre del fruto de su trabajo; esto es, cuando no del actual, del acumulado; guardando su producto con previsora economía, para los tiempos de necesaria vacacion, y teniéndole como cosa que es suya, como su propiedad. De aquí tambien los preceptos de la Ley de Dios: *no hurtarás; no codiciarás los bienes ajenos.*

Quién, por último, sostiene que la propiedad es obra de la Ley civil, por una mera conveniencia social; por que los hombres trabajan y producen mas, morigeran sus costumbres y se hacen mejores ciudadanos, aman mas á la patria y la defienden con mayor interés, cuando el derecho de propiedad les halaga y estimula, les liga y compromete por su bien y el de sus hijos; ó no teniéndoles, por el anhelo natural de disponer de lo suyo para mas allá de su vida, en provecho de sus almas, de sus ideas ó de las personas que merecen su cariño y predileccion.

Entre tanto, otros repiten el impío absurdo de Proudhon: «la propiedad es un robo, y un derecho irracional é imposible;» otros aseguran que es un derecho sagrado: otros que significa una ley de guerra; otros, que no es sino una ley de paz: otros, que es sinónimo de tiranía; otros, que lo es de libertad: otros, que es egoismo; otros, que es caridad: otros, que su título es la fuerza; y otros, como Augusto Nicolás, que sus verdaderos títulos están en el Cielo.

¿Qué pensar, pues, entre tantos y tan opuestos pareceres? ¿Cuál creer de tan contradictorias afirmaciones? ¡Líbrenos Dios de la infernal soberbia de querer presentar la solución del temeroso problema de la propiedad: ese problema de los siglos, tan antiguo y tan nuevo, tan grande y tan mezquino, tan lleno de catástrofes horribles y tan henchido de dulcísimas consolaciones!

Pero, sin atrevernos á resolverle, ni aun á plantearle, sentimos en nosotros la bastante fuerza para ofrecer á los hombres de recto juicio y de conciencia sana algunos datos importantes, que creemos servirán á otros mas dignos de acometer la empresa á que no nos atrevemos, para su tratamiento y tal vez para su realización: bien así como el humilde marmolista no se juzga capaz de levantar ni proyectar siquiera un edificio majestuoso, y sin embargo allega mármoles trabajados en su taller: preciosos materiales en manos del entendido arquitecto que dirige su colocación mas acertada, y con ellos hace construir una admirable Catedral ó un palacio suntuoso.

¡Plegue á Dios que sean bien aprovechados estos pobres materiales, dispuestos en nuestras horas de recogimiento y meditación, y á los cuales damos la forma que nos parece mas adecuada; con el objeto de que sean recibidos por el grande arquitecto á quien llamamos *Siglo XIX*: este siglo que lee la historia en forma de novela, y hojea la Biblia en imágenes: que teme al libro y ama al periódico: que discute en los Cafés y los Casinos las mas árduas cuestiones de la política y la filosofía, y en los Consejos y Asambleas no sufre, por lo comun, sino conversaciones familiares: que necesita, en fin, por ser anciano, saludables alimentos, tomados con frecuencia y en cortas dosis, gratos á su embotado paladar y acomodados á su débil estómago!

## II.

### EL PROPIETARIO.

Del exclusivo derecho de aprovecharse y disponer de una cosa, en que consiste la propiedad, han inferido algunos, que el propietario, por serlo, tiene la facultad ilimitada de usar y abusar de aquello que le pertenece. Los jurisconsultos romanos decían: «en el dominio se comprenden cuatro derechos, á saber: el *jus utendi*, ó derecho de usar de las cosas: el *jus fruendi*, ó derecho de percibir sus frutos; el *jus abutendi*, ó derecho de disponer de ellas á voluntad del poseedor, y el *jus vindicandi*, ó derecho de recobrarlas de poder de cualquiera que las detente ó usurpe. Y ese *jus abutendi*, que no es contrario á los principios del Derecho y las reglas de la Moral, ni debe ser interpretado de la manera irracional que se hace, poniendo juntas dos palabras antitéticas, *derecho de abuso*, ha sido, no obstante, traducido por muchos leguleyos como la omnipotencia dominical; como la soberanía absoluta del señor de la cosa, á quien se han dado insensata y absurdamente, en el *uti et abuti*, las omnímodas atribuciones de utilizar su dominio, ya como buen padre de familia, ya como déspota y tirano. ¡Vanidad de la flaqueza humana! ¿El propietario sería mas que un hombre, sería casi como Dios y acaso mas que Dios mismo?

De aquí, de tan deplorable y funesto error, nacieron el dominio del hombre sobre el hombre; la propiedad del señor sobre su esclavo; el derecho de mutilarle y matarle, no solo por castigo sino por voluntad y tal vez por diversion. De aquí tambien los horrores y las iniquidades que afean la historia del propietario en los tiempos antiguos y en la Edad Media: aquellos tiempos de sensualismo é idolatría; esta edad de feudalismo y servidumbre: antigüedad y siglos medios, que no somos nosotros de los que, desconociéndoles, calumnian y condenan sin exámen; pero que, haciéndoles justicia bajo otras relaciones, tampoco pueden ser estudiados sin grande



pena y profundísimo dolor en todo lo que respecta á la propiedad: por que acaso ellos darian la razon, si fuese posible dársela, á las concupiscencias del socialismo. ¡Y ojalá que la época presente no conservase fragmentos mal restaurados y variedades poco modificadas de aquella antigua barbarie, de aquel rudo feudalismo, de aquel dominio insensato y absurdo; pues á esos fragmentos y esas variedades débese atribuir, en parte muy principal, el injusto antagonismo que se nota entre el capital y el trabajo, entre los propietarios y las clases proletarias!

La verdad es, que el dueño de una cosa nunca la puede tener para abusar de ella, y es cruel y perturbadora la doctrina derivada, por una falsa interpretacion, del *jus abutendi* de los romanos; con el que solo significaban estos la facultad de disponer, á voluntad del propietario, es cierto, pero dentro de las condiciones del dominio; en cuya definicion añadian: el derecho de disponer libremente, *á menos de que lo impidan la ley, la convencion ó la última voluntad*; es decir, que la ley siempre restringe y limita el dominio dentro del círculo del bien, para evitar sus abusos; á fin de que el propietario use de sus cosas como varon prudente y buen padre de familia: *uti boni viri arbitratu*.

En tal concepto, pues: ¿cómo describiremos al propietario? ¿Cuál será la nocion mas elemental de éste, en su abstraccion filosófica? ¿Dónde hallaremos su idea fundamental y típica?

Unos dicen: es el árbitro irresponsable; otros, es el déspota absoluto; otros, es el dios de la propiedad: puede hacer de lo suyo todo lo que le plazca; puede usar y abusar; puede formar y destruir.

Y otros responden: es el ecónomo de Dios; el administrador de la riqueza; el depositario del capital: está encargado de distribuir los bienes materiales á los pobres, en virtud de una ley divina: la caridad; tiene el cuidado providencial de manejar esos bienes, por que no sería posible que los proletarios les conserváran y les hicieran reproducirse; antes bien, les consumirían agotándoles, ó les dejarían abandonados y estériles; guarda en depósito el capital indispensable para la produccion, sin cuyo concurso no trabajarían

los obreros, ni vivirían las industrias; y le guarda con legítimo título, supuesto que todo capital representa un producto de trabajo acumulado por el mismo obrero aventajado y económico, ó por sus antecesores ó causantes, que le reunieron y se le trasmitieron justamente de una manera legítima.

Esto dicen los aduladores del propietario, y estotro responden sus censores y fiscales. Mas ¿quién tiene razon? ¿Quién habla verdad? ¿Cuál de estas encontradas opiniones debemos admitir como cierta?

El propietario no es el árbitro irresponsable que puede disponer de sus cosas á su entero capricho; porque la propiedad no es el abuso: no es tampoco un déspota absoluto; porque la propiedad no es la tiranía; no es el dios del dominio, porque así como no puede *crear* sino *producir*, tampoco puede destruir aniquilando, sino consumir atendiendo á satisfacer sus necesidades dentro de la órbita trazada por los principios inalterables del Derecho: *honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*; y dentro tambien del círculo formado por las reglas de la justicia y la equidad: *no enriquecerse uno con perjuicio de otro; dejar hacer á los demás todo aquello que no perjudique á uno; permitir que cada cual utilice y convierta en su beneficio lo que no pueda uno aprovechar*; aunque sea cosa procedente ó salida de sus dominios: por ejemplo, el agua de una heredad, que ha traspasado sus linderos y va á caer en un rio, inútil y perdida.

Pero á la vez, el propietario no es un mero encargado de distribuir los bienes materiales á los pobres; porque, sin confundir los deberes imperfectos y los oficios de piedad con los deberes perfectos y las obligaciones verdaderas, no cabe decir que tienen los pobres un derecho exigible sobre las riquezas del mundo, cuya cuasi-propiedad les convertiría en holgazanes y mendigos; así como su posesion momentánea de ningun modo les haría prósperos y felices: toda vez que no hay sobre la tierra riqueza suficiente para elevar á la condicion de propiedad á toda la humanidad, y fuera de esto, Dios ha querido que haya, y no puede menos de haber, trabajadores, proletarios y pobres; y el que se obstina en reformar impía-

mente la obra de Dios, va con sacrilega insensatez en contra de lo posible; como quiera que va en contra de la divina ordenacion.

Tampoco es el propietario un ecónomo de Dios, bajo el punto de vista del Derecho; por mas que tan bella y sublime idea pueda sostenerse apreciando las cosas con el criterio hermosísimo de la Moral cristiana: porque la Ley civil del dominio es necesaria y esencialmente distinta de la divina Ley de la caridad. «Sed perfectos como vuestro Padre que está en el Cielo» dijo Jesús á los hombres en el primer sermón que oyó el mundo, mas bien por via de consejo que de precepto: dado que no todos los hombres pueden llegar á la perfeccion; y por esta causa los legisladores del universo tienen que contar con la flaqueza humana, y no quitar el estímulo de la propiedad á los hombres, que se mueven por intereses egoistas; dejando solo á su conciencia y á sus piadosos sentimientos hacerles tan benéficos y caritativos como les aconseja el supremo interés de la gloria celestial.

No es, por último, el propietario un simple administrador de sus bienes; porque la riqueza que le corresponde no es de otros sino de su señor, quien la maneja como suya, no en calidad de administrador, sino en calidad de dueño. ¿Quién sería, en otro caso, ese dueño ó señor desconocido, cuyos bienes el propietario administrase? ¿Habríamos de buscarle, con la fórmula del misticismo, en Dios? Este sería un error, aunque piadoso; porque Dios, con ser, como es, Señor y dueño de todas las cosas, no lo es inmediata sino mediatamente; no lo es de un modo próximo sino remoto; y así, solo puede afirmarse, y con entera verdad se afirma, que le pertenecen todos los bienes materiales, en el mismo sentido en que se dice y es cierto, que tiene en sí toda autoridad, y por Él reinan los reyes y los jueces administran la justicia; lo cual no quiere significar que inmediatamente y de una manera próxima y directa Dios constituye á los reyes en su trono y nombra á los jueces y magistrados; antes bien, segun la doctrina del ilustre marqués de Valdegamas y de otros escritores de la escuela católica, los reyes son reyes *por la gracia de Dios* tan solo en cuanto toda potestad *originariamente* viene de Dios, y sin perjuicio de los otros títulos menos

remotos, no tan mediatos, de la soberanía. Pues bien: esta doctrina tan racional y ortodoxa se aplica perfectamente á nuestro asunto; porque Dios, dueño y Señor de todas las riquezas del mundo, las da, por una concesion médiata y remota, á quien quiere; sin que á este título indirecto y supremo se opongan los otros mas directos, próximos é inmediatos de la propiedad, los cuales fundamentalmente se reducen al *trabajo* y la *economía*; y de consiguiente el que sea de Dios todo lo que tenemos, no quiere decir que nosotros seamos, en el orden político y civil, unos meros ecónomos suyos; ni aquella verdad obsta para que cada uno posea, disfrute y haga de sus cosas lo que le plazca, dentro de los límites de la justicia y la moral: por donde se ve no ser cierto que el propietario sea un simple administrador de los bienes que son suyos.

¿Iriamos por ventura, á buscar, con la fórmula del socialismo, al dueño de las cosas de que se supone al propietario nada mas que administrador, en el pueblo, en la asociacion, en la humanidad? Tan insostenible absurdo, que no es siquiera una utopia ingeniosa, sino un grito de guerra henchido de tremendas catástrofes, hoy no puede alucinar á persona alguna de buen sentido; solo encuentra loca ó interesada acogida en imaginaciones febriles, inteligencias viciadas y corazones corrompidos, á quienes el ilustre escritor que citamos hace poco ha contestado en una sola frase tan verdadera como incisiva: «los que dicen que la propiedad es el robo, copian y repiten, como míseros plagiarios, el antiguo apóstrofe de los bandidos de Sierra-Morena: ¡*Suelta la bolsa, ladron!*».

Ahora bien: si el propietario no es el árbitro irresponsable, ni el déspota absoluto, ni el tirano cruel; si no es tampoco un mero ecónomo de Dios, ni un administrador de la riqueza, ni un simple depositario de los bienes de este mundo: ¿Qué es? ¿Cómo se le define? ¿Cuál es su condicion en la Sociedad? ¿Debemos considerarle como el enemigo, ó como el dueño; como el amigo, ó como el sirviente de la humanidad?

Importa sobremanera estudiar la fisiología del propietario; pues hay necesidad de responder á todas estas preguntas. Pudiéramos hacerlo con el criterio de hombres de ley, con la conciencia del De-

recho, con la lógica de la justicia; empleando una fórmula definida y concreta, breve y terminante; mas no queremos redactar un escrito didáctico, y sentimos haber tenido que emplear hasta ahora un lenguaje inevitablemente técnico: así que, para exponer nuestras ideas en la forma y con las miras que nos parecen mejores, vamos á practicar dos trabajos fisiológicos: el uno, del propietario antiguo; el otro, del propietario moderno. De este modo tratamos de poner de relieve el *ayer* y el *hoy* de la propiedad; es decir, el pasado y el presente de este derecho, de esta institucion, de esta entidad social, vista y personificada en los hombres que la obtienen y representan.

No escribiremos el *mañana* de la propiedad y de los propietarios; porque recordamos la magnífica frase de Lamartine: «el porvenir es de Dios».

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

---

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS ALMOHADES,

TRADUCIDO DEL TEXTO ÁRABE,

DEL LIBRO INTITULADO

JARDIN DE AL-QUIRTÁS.

(1198—1213 DE J. C.)

An-Nazir ben Yacob ben Yosuf ben Abdi-l-Momen habia tenido por madre á una mujer legítima del que le engendrara, llamada Ammat-Allah (sierva de Dios), la cual era asimismo hija de Cid Abu-Ishac ben Abdi-l-Momen ben Aly. Ascendido al trono de Amir-amomenin, fué apellidado An-Nazir Lidinillah. Su sello decia de esta manera: «Á Dios he encomendado mi suerte, que Él es mi esperanza y el que me cuidará con mas anhelo.» Comenzaban sus escritos con la frase: «Alabanza á Dios único.» Era blanco de tez, de estatura alta, algo pálido, con ojos dulces y negros, barba larga y poblada, cejas espesas, dotado de mucha perseverancia para todo, consejero amable, diligente para sus negocios y los asuntos del gobierno que administraba por sí propio. Fueron sus ministros Aben-Al-Giahid y Aben-Methna, sobre los cuales estaba su hagib el alcaide Abu-Safd ben Giamí, (Dios le maldiga!). Aunque no habia sido reconocido por sucesor durante la vida de su padre, fué proclamado en todas partes, vienes por la mañana, algunas horas despues que Al-Manzor hubo exhalado el último suspiro.

Su dominacion se extendió por todos los países almohades, y en todos los almimbares ó púlpitos se predicó y dijo la plegaria en su

nombre. Permaneció en Marruecos hasta el fin de la luna de rabí at-tani, saliendo el primer día de giumada primero hácia Fez, donde acabó de pasar el año 595; después de lo cual se dirigió á Gebel-Gomera, en cuyo sitio combatió á Haludan el Gomari, que se habia sublevado. De vuelta á Fez, hizo reedificar la alcazaba y muros que su abuelo Abdul-Momen habia destruido al conquistar la ciudad, y permaneció en ella hasta el año 598. En esta época recibió noticias de Ifriquia, de cómo el Mallorquí se habia sublevado, apoderándose de muchas ciudades....

An-Nazir entró en Marruecos en el año 605, y al siguiente (1209 de J. C.) tuvo nuevas de que Alfonso (maldígale Dios!) invadía las tierras del Islam, asolando ciudades y aldeas, degollando hombres, robando mujeres y saqueando los tesoros y bienes de sus habitantes. Inmediatamente hizo An-Nazir un llamamiento á sus pueblos y empezó á distribuir dinero entre alcaldes y soldados. Mandó predicar la guerra contra los infieles en todas las regiones del Magreb, del África propia y del Mediodía, acudiendo á la convocatoria considerable número de musulmanes y llegando á él con solicitud suma todas las tribus de Al-Magreb con sus caballos y peones.

Desde que se vió reunido todo el ejército, puesto el amir á la cabeza de la expedición, salió de Marruecos el 19 de xaaaban el bendito, año 607 (1210 de J. C.). Llegado á Alcazar-Al-Giuez, comenzó al instante el embarque de las tropas. El transporte de las cabilas, soldados, caballos y material de expedición duró desde el primero del mes de xauel hasta el fin del mes de du-l-cada. Cuando hubo pasado todo, se embarcó el amir en persona y llegó el 25 de du-l-cada á la playa de Tarifa, donde encontró á todos los alcaldes, fauques y santones de la Andalucía, que habian acudido á saludarle. Habiendo permanecido tres dias en Tarifa, se puso en marcha para Ixbilia (Sevilla) con un ejército tan numeroso que sus legiones cubrían los llanos y las montañas como grandes nubes de langostas, siendo apenas suficientes la tierra y el agua para sustentarlos. Maravillóse An-Nazir de ver la grandeza y fuerza de su ejército, y dividiólo en cinco cuerpos distintos: comprendía la primera división los

Árabes; la segunda, Zenetes, Zanagies, Masmudas y demás cabilas de Al-Magreb; la tercera, ciento sesenta mil voluntarios entre jinetes y peones; la cuarta, los Andaluces, y la quinta los Almohades. Ordenó á cada uno de estos cuerpos de ejército que caminaran por sendas y lugares diferentes, y llegó á Sevilla el 17 de du-l-higia del mencionado año 607. Á la noticia de su desembarco en Andalucía se llenaron de asombro todos los países cristianos, apoderándose el temor de los corazones de sus reyes, que se apresuraron á abandonar la vecindad de ciudades y pueblos musulmanes, para ir á fortificarse tierra adentro. La mayor parte de tales amires le escribieron con grandes cumplimientos y reclamando su indulgencia: uno de ellos, el rey de Bayona, vino también personalmente á solicitar la paz y el perdon.

Luego que aquel maldito supo que el amir de los musulmanes habia entrado en Sevilla, se halló tan consternado por él y por su país, que le envió un correo pidiéndole autorización para venir á visitarle. An-Nazir se la concedió al tiempo que dió órdenes por todo el camino que debia traer el maldito, á fin de que en cada parada se le ofreciese una hospitalidad magnífica durante tres dias, y se le retuvieran mil caballeros de su escolta, dejándole marchar al cuarto. Salió el rey francés de su territorio á la cabeza de un ejército para venir á saludar al amir de los musulmanes, y desde que llegó á las tierras musulmanas, se vió recibido por alcaldes que venian fastuosamente á su encuentro con sus tropas y parte de las poblaciones. En cada estacion se le daba durante tres dias una generosa y espléndida hospitalidad, y al cuarto, en el momento de partir, se le retenian mil caballeros de su ejército. Esto se hizo hasta que llegó á Carmona, donde solo le quedaron mil jinetes para escoltarle. Después de haberle festejado como los otros durante tres dias, el gobernador de aquella ciudad le quitó aquellos últimos mil caballeros; á lo cual, no pudiendo contenerse, exclamó: «¿Cómo! todavía me quitais la última escolta que me acompaña á presencia del amir de los creyentes?»—«Id, le respondieron; para llegar ante el amir de los fieles no necesitais otra proteccion que la de su espada y su palabra que no os faltará nunca.»

Con efecto, dejó á Carmona, acompañado solo de sus mujeres, sus criados y los que llevaban los regalos para An-Nazir. Figuraban en el número de los presentes las cartas que el Profeta (á quien Dios colme de bendiciones) habia escrito á Heraclio, rey de los cristianos. Traia el maldito tales cartas con el propósito de obtener con seguridad su perdon y de probar que habia heredado su reino de muy poderosos é ilustres antecesores. Tan nobles escritos eran, efectivamente, riquísima herencia: se hallaban cuidadosamente cubiertos de una tela de seda verde y encerrados en una caja de oro, perfumada con almizcle, todo lo cual era poco todavía, atendido su mérito.

Mandó el amir de los musulmanes formar sus tropas desde las puertas de Carmona á las de Sevilla, é inmediatamente formaron filas caballeros y peones á la derecha é izquierda del camino, todos de gran gala en vestidos, armas y arneses, próximos unos á otros en toda la línea de Sevilla á Carmona, ó sea en una extension de cuarenta millas de longitud, poco mas ó menos. Avanzó el amir de Bayona de esta suerte, á la sombra de las espadas y lanzas musulmanas, y á su aproximacion á Sevilla hizo fijar An-Nazir su tienda roja fuera de la ciudad y en el camino, mandando colocar en la misma tres asientos. Entonces preguntó por un alcaide que entendiera la lengua bárbara. Como le designáran á Abu-l-Giuj, le hizo llamar y le habló de esta suerte: «Abu-l-Giuj, cuando llegue ese infiel es preciso que yo le reciba dignamente; pero si al llegar á mí me levanto para ir á su encuentro, obraré contra la Zuna que prohíbe levantarse para un infiel del Altísimo. Por otra parte; si yo permanezco quieto y los demás obran como yo, será faltar á las reglas de cortesía que le son debidas, porque es gran rey, entre los reyes cristianos; es mi huésped y ha venido á visitarme. Te mando, pues, colocarte en medio de la tienda: cuando el infiel se presente por una puerta, entraré yo por la otra; entonces te levantarás al momento y me darás la mano para hacerme sentar á tu derecha. Ofrecerás, asimismo, la otra mano al infiel, para que tome asiento á tu izquierda; y tú te colocarás entre los dos, para servirnos de intérprete.» Así lo ejecutó Abu-l-Giuj, y cuando el amir y

el rey de Bayona se hubieron sentado, dijo á éste: «Hé aquí al príncipe de los musulmanes,» con lo que empezaron los saludos. Entonces hablaron largo tiempo y con familiaridad, despues de lo cual, montaron á caballo, caminando el rey de Bayona un poco detrás del amir; iban escoltados por toda la caballería almohade, siendo recibidos con gran solemnidad por las tropas y habitantes de Sevilla. Aquel dia se hizo gran fiesta en la poblacion. An-Nazir entró delante del rey de Bayona, á quien instaló en el interior de Sevilla, magníficamente y como bastára á satisfacer sus deseos. Le concedió la paz por todo el tiempo de su reinado y el de sus descendientes Almohades, y le despidió colmado de beneficios, una vez otorgadas todas sus peticiones.

Despues de esta visita, An-Nazir entró en campaña para ir á atacar las fronteras de Castilla. Partió el primero de safar, año 608 (1211 de J. C.), y llegó hasta las murallas de Salvatierra. Era una muy excelente fortaleza, situada en la cima de una montaña elevada que se perdía en las nubes, á la cual no se podía llegar sino por un camino difícil y estrecho. Al momento comenzó su sitio, dirigiendo contra ella cuarenta catapultas sin éxito alguno.

Su guazir Abu-Said ben Giamí, que era de oscura extraccion y objeto de desprecio para la nobleza almohad, habia emprendido desde su advenimiento al poder la persecucion de los magnates y de los altos funcionarios hasta que los alejó á todos de An-Nazir, conservando él únicamente la direccion de los negocios, en compañía de un hombre conocido bajo el nombre de Aben-Munsa. Como el amir no emprendiera nada sin pedirle su parecer, al pasar junto á aquella fortaleza para dirigirse á Castilla, se sorprendió de las dificultades que presentaba; pero sus consejeros le hablaron de esta suerte: «Príncipe de los musulimes, no pasemos de aquí sin apoderarnos de ella, que será el principio de nuestras victorias, median-te la voluntad de Dios.»

Cuentan que An-Nazir permaneció tanto tiempo delante de los muros de Salvatierra, que hicieron las golondrinas sus nidos bajo su pabellon, pusieron huevos, y sacaron sus polluelos, que crecieron y volaron. Estuvo acampado durante ocho meses, y cuando llegó

el invierno, el frío fué tan riguroso, que escasearon más cada vez los víveres necesarios para hombres y para animales. Desprovistos de todo, los soldados, después de haber consumido cuanto tenían, perdieron el valor, y su desanimación pervirtió el espíritu que los había animado para la guerra santa; y se hallaban fatigados por el ocio y la miseria.

Informado el enemigo de Dios, Alfonso, de tal estado de cosas, sabiendo que las fuerzas musulmanas, perdido su primer ardor, empezaban á dispersarse, tomó sus disposiciones para atacarlas y levantó la cruz, invocada en todas las regiones de los infieles. Llegaron á él los reyes cristianos con tropas que rebosaban de entusiasmo y ávidas de matanza y carnicería: juntáronsele, asimismo, los servidores penitentes de Santa María (freyres), poseídos de su fervor pagano. Cuando tuvo reunido todo su ejército, se puso en marcha Alfonso y llegó ante los muros de la plaza fuerte de Calatrava, que era gobernada por el honrado alcaide y distinguido guerrero Abu-l-Hagiag ben Cadís y defendida por una guarnición de setenta caballeros musulmanes. Sitióla el enemigo, hasta reducirla á las últimas extremidades. Padebió muchísimo Aben-Cadís; todos los días despachaba correos al amir de los musulimes, informándole de su apuro y pidiéndole socorros. Pero cuando sus cartas llegaban al ministro, éste las ocultaba cuidadosamente <sup>(1)</sup>, por temor de que el amir al leerlas quisiera abandonar el sitio de la fortaleza; todo lo cual era una traición hácia el amir y hácia todos los musulmanes. De esta manera le ocultaba la situación del país y de sus súbditos, así como los acontecimientos, que había necesidad de revelar.

Prolongado el sitio, agotó Ben-Cadís todos sus recursos y las municiones y flechas que había en la plaza. En fin, desesperanzado de lograr socorro, temiendo por los musulimes, mujeres y niños, no fuera que Alfonso intentase entrarla por asalto, se la entregó, á

(1) Las costumbres de los privados de los reyes se parecen en todas partes. Si el conde-duque de Olivares hubiese podido leer las historias arábigas, habría lugar á presumir que su conducta estaba calcada sobre la de Aben-Giamí.

condición de que otorgara vida y libertad á cuantos se encontraban en ella.

En cuanto los musulimes hubieron evacuado á Calatrava, y los enemigos establecieron allí su gobierno, se dirigió Aben-Cadís hácia el amir de los creyentes, acompañado de su cuñado, no menos valeroso que él, y á quien había suplicado no le siguiera.—«Por Dios, vuélvete, le decía, soy hombre muerto; que no puedo sobrevivir á tan fatal jornada; pero Dios recibirá mi alma por haber salvado la vida á todos los musulimes que estaban conmigo.» Fué en vano, porque su cuñado, obstinándose en seguirle, le respondía de esta suerte: «Si tú mueres, qué tengo que hacer yo en el mundo?»

Llegados al campo de An-Nazir, fueron acogidos por los alcaides andaluces con gran distinción; pero cuando el ministro Aben-Giamí supo su venida, se dirigió hácia ellos apresuradamente, les hizo prender y encadenar por sus negros, después de lo cual, presentándose al amir, le dijo: «Aquí está Aben-Cadís que viene á vuestra presencia.» Y añadió: «Semejante miserable no debe ponerse delante del amir de los musulimes.» Y fué encizajando progresivamente el espíritu de An-Nazir de tal modo, que ordenó hacerle dar muerte; y en aquel punto fueron ahorcados Aben-Cadís y su pariente.

Irritados los alcaides andaluces por este asesinato, no dejaron de manifestar su descontento. El ministro Aben-Giamí, retirado á la extremidad del real, les envió á buscar, y cuando se le presentaron, les dijo: «Salid del ejército de los Almohades: no tenemos que hacer nada con vosotros. El Altísimo ha dicho: *Si ellos hubiesen ido con vosotros, solo hubieran servido á aumentar vuestro embarazo, sembrando en vuestras filas el desorden.* <sup>(1)</sup> Idos, y después de arreglar este asunto, ya veré la manera de que entreis en vuestro deber.» Sin embargo, cuando An-Nazir supo que Alfonso venia hácia él, habiendo tomado á Calatrava, la más fuerte de las ciudades musulmanas, experimentó tal tristeza, que no pudiendo comer ni

(1) *Alcoran*, azora IX.

beber, cayó enfermo. Redoblando sus esfuerzos contra Salvatierra, gastó enormes sumas, concluyendo por entrar en ella, sin romper lanza, á fines del mes de diciembre del año 608. Luego que tuvo noticia Alfonso de que An-Nazir se habia apoderado de Salvatierra, se dirigió hácia esta parte con todos los reyes cristianos y sus ejércitos. Al acercarse, se adelantó á su encuentro An-Nazir con las huestes musulmanas. Tuvo lugar el encuentro en el lugar llamado Hisn-al-Ocab (Castillo del Águila) (1).

Erigióse sobre la cima de la montaña la tienda roja, signo de combate, donde vino á colocarse An-Nazir sentado sobre su escudo y teniendo delante su caballo. Rodeaban la tienda negros armados de piés á cabeza, ante los cuales se hallaban colocados los atambores, banderas, y las legiones escogidas mandadas por el ministro Abu-Said ben Giamí. Al llegar los cristianos, cayeron como nubes de langostas sobre los voluntarios que, á pesar de su número de ciento sesenta mil hombres, no pudieron resistir el choque y dejaron romper sus filas, tras un combate terrible, en que los musulmanes desplegaron resignacion suma. Fueron exterminados los voluntarios desde el primero hasta el último, á la vista de los Almohades, de los Árabes y de los alcaides andaluces que, á la cabeza de sus tropas, no se movieron siquiera. Despues de haber concluido con los voluntarios, se precipitaron los cristianos sobre los Almohades y Árabes, en tanto que los alcaides andaluces emprendieron la retirada con sus milicias, guiados por la venganza y el odio que habia sembrado en su corazon el asesinato de Aben-Cadís y los ultrajes de Aben-Giamí. Vista por los Almohades la derrota de los voluntarios y la fuga de los andaluces, comprendieron que la batalla era perdida; y en tanto que el número de los cristianos aumentaba sin cesar, partieron en derrota, abandonando á An-Nazir. Llegaron los cristianos, espada en mano, hasta los negros y los agemíes que rodeaban al amir como una muralla de piedra, que no pudieron romper de pronto; pero, oponiendo á las flechas de los

---

(1) Las Navas de Tolosa.

negros las armaduras de sus caballos, lograron abrir brecha. Sentado todavía An-Nazir sobre su escudo en el suelo de su tienda, gritó: «La verdad está en Dios; la mentira en Satanás!»; quedando tranquilo hasta el momento en que los cristianos iban á atacarle, despues de haber exterminado los diez mil negros y mas que le cercaban. Entonces, acudió á él un árabe que montaba una yegua y le dijo: «amir de los musulimes, ¿hasta cuándo permanecerás ahí? ¿No ves que los decretos y la voluntad de Dios se cumplen y que todos los musulimes han muerto?» Levantóse el amir para montar en el magnífico caballo que tenia delante; pero el árabe, echando pié á tierra de la yegua que montaba, le dijo: «Monta aquí, porque esta no se deja adelantar ni alcanzar; y Dios la ayudará para salvarte, pues ya no queda otra esperanza que tu conservacion.» An-Nazir cambió su caballo por la yegua y partió sin escolta, en tanto que el árabe, á la cabeza de una tropa de negros, se puso á perseguir los cristianos, que continuaron degollando musulimes hasta la noche. Perecieron casi todos: apenas pudieron escapar unos mil. Por do quiera se oía gritar á los heraldos de Alfonso en nombre del maldito que no hicieran prisioneros y degollasen á todos, advirtiendo que el que guardase un prisionero, pereceria con él. De esta suerte, no fué cogido vivo ni un musulman en tan desastrosa batalla, habida lunes á catorce de safar, año 609 (16 de Julio de 1212). Así quedó destruido el poder musulman en Andalucía, que no se levantó ya, mientras el de sus enemigos quedó fortalecido....

Volviendo de Hisn-al-Ocab, Alfonso (Dios le maldiga!), tomó por asalto la villa de Évora, pasando á cuchillo á todos sus habitantes, sin distincion de edad. Luego fué conquistando todas las fortalezas, una tras otra, y al cabo de poco tiempo no quedaba á los musulmanes en toda Andalucía sino un corto número de lugares que no perdieron porque Dios vino en su auxilio, reinando los Merines (Dios prolongue su dinastia!). (1)

Se dice que cuantos reyes cristianos asistieron á la batalla de Al-

---

(1) El autor vivía el año 1326.

Ocab y entraron en Évora; murieron sin excepcion en el mismo año. (1) An-Nazir; despues de su derrota, llegó á Sevilla, donde entró en la última década del mes de du-l-igia. Estaba consternado y no cesaba de pensar con tristeza en aquel inmenso ejército que reuniera para la mencionada expedición y que superaba en caballería é infantería á cuanto habia reunido ningun amir antes de él. Constaba de ciento sesenta mil voluntarios de á caballo y á pié; trescientos mil soldados regulares, treinta mil negros para guardia y escolta, y diez mil agzazies y ballesteros, sin contar los Almohades, Zenetes, Árabes y otros. Le parecia ser invencible con semejante ejército; pero el Señor bendito y alabado le hizo ver que Él es el único que da la victoria, y que no hay fuerza ni poderío sino en Él: glorificado sea y enaltecido!

FRANCISCO FERNANDEZ GONZALEZ.

---

## ALGUNAS CONSIDERACIONES

### SOBRE LA LITERATURA MODERNA.

(Conclusion).

Mas si la resistencia en un principio pasiva é insignificante, opuesta por el pueblo á esta cruzada que amenazaba concluir con su querida literatura nacional, fué creciendo paulatinamente y elevándose á un campo mas fecundo, por medio de la concepcion de producciones en sentido original é independiente, que directa ó indirectamente rechazaban lo que resistia sus legítimas tendencias, era vana empresa todavia luchar con el galo-clasicismo en el aislamiento y la proscripcion: apenas, impulsado de las nuevas necesidades, pugnaba el espíritu moderno por romper los diques opuestos á su libre y poderosa corriente, y las tentativas de algunos ingenios dignos de estima, como D. Ramon de la Cruz, no fueron ciertamente estériles de todo punto para la reforma literaria; pero carecieron de influencia y unidad suficientes para determinarla de un modo considerable.

En tal situacion, que no falta quien presente como necesaria y saludable para la depuracion de las letras españolas (¡triste depuracion!), apagada la inspiracion casi por completo, muerta la originalidad, divorciada del sentimiento público y de las condiciones históricas, el pensamiento en la atonía y su magnífica historia despreciada en el olvido, halló á nuestra literatura la revolucion romántica sobrevenida en la francesa. Débil aun en el genio nacional

---

(1) Esto no es completamente exacto: Alfonso VIII, por ejemplo, no murió hasta el año 1214.



la aspiracion á sacudir el yugo del espíritu traspirenáico, tan pronto como éste revistió una nueva forma que hablaba mas á los sentimientos de la época, mudó de direccion, en vez de extinguirse, el espíritu de imitacion extranjera, y el movimiento iniciado á la vez contra las doctrinas neo-clásicas y los franceses, se dirigió solamente á atacar las primeras, secundando en tal empresa á nuestros vecinos mismos. Comenzaron á gustarse las nuevas producciones de éstos y comenzó el ominoso imperio de los traductores, tan abundantes asimismo en Francia desde los tiempos de Francisco I (1), que entre escaso número de bienes nos han producido incalculables males. Así el romanticismo que hemos conocido nosotros no es la continuacion y progreso de nuestros gloriosos antecedentes románticos, sino un conjunto de obras de escaso mérito las mas, vertidas ó imitadas del francés, y que difundieron entre nosotros los vicios que desde un principio se habian apoderado de la literatura de aquel pueblo. Poesías lúgubres, lamentaciones de mentidos desengaños, desatentadas sublevaciones contra la religion y la moral positiva del orden social; en nombre de vergonzosos ideales; sarcásticas invectivas contra la familia, contra los sentimientos delicados, las nobles aspiraciones; novelas sentimentales, ó pseudo-históricas, plagadas de situaciones de relumbron, de inverosímiles caracteres, de catástrofes inesperadas; dramas interminables, galerías de espectros y crímenes, de planes desconcertados en que se falta á todas las conveniencias artísticas y sociales: tal es, en su conjunto, el fondo general de aquella literatura, envuelto en un lenguaje falsamente entusiasta, en una fraseología ampulosa, salpicada de frases tétricas, de soberbias pretensiones, y de amanerados extravíos que estaban

---

(1) No es el ejemplo de M. de Tressan, traduciendo á su compatriota D' Herberay (escritor del siglo XVI) en francés moderno, el único que puede citarse; entre nosotros, no ha tomado proporciones, por fortuna, esta pretension *regeneradora*: por lo general, se ha detenido ante las refundiciones y correcciones hechas especialmente en las grandes obras de nuestro teatro y que no bastan á disculpar las diferentes condiciones del espectáculo y del público: arreglar un drama de Shakspeare (júzguese por la traduccion francesa del *Hamlet* que ha hecho Dumas) ó de Calderon, como lo han pretendido algunos ingenios contemporáneos, que han podido dar á su actividad mas útil empleo, es un verdadero crimen literario, indicio evidente de un gusto pervertido.

ciertamente muy lejos de recordar los vuelos pindáricos: esa es la historia de la restauracion romántica en nuestro suelo. Nada sustancial, nada general, nada consistente, nada que resista á la crítica: ni una idea grande, ni un pensamiento profundo, ni un sentimiento natural y de valor permanente; la pura accidentalidad de un caprichoso tejido de concepciones superficiales sostenidas por el monstruoso interés del absurdo y la sorpresa, si sacudía á veces la sensibilidad de un modo material y fisiológico, jamás podia conmovér el corazon duraderamente; y el exaltado frenesí, la pasion arrebatada que esta clase de literatura producía en sus adeptos se reservaba casi enteramente para el género, y las obras se sucedían unas á otras gozando un éxito tan pasajero como extraordinario. La *Biblia*, los poemas indios y helénicos, la *Divina Comedia* y nuestros *Romances*, el *Quijote* y *Macbeth*, *La Estrella de Sevilla* y *La vida es sueño*, *Wallenstein* y *Fausto*, son creaciones siempre vivas que, refiriéndose á lo mas esencial de nuestro ser, aun despues de borrados ciertos matices y detalles, adheridos á las condiciones de lugares y tiempos, nos extasían con sus imperecederas bellezas; pero ¿quién se acuerda ya de los dramas de Bouchardy? Todos esos novelescos engendros han pasado ante nosotros sin que hoy mismo, cuando todavia resuenan en nuestros oídos sus aplausos, los echemos de menos en la escena ni los busquemos en nuestros gabinetes.

La consideracion de que nuestra literatura, tan original y tan magnífica, se ha visto largo tiempo modelada sobre esos ejemplares, es tan amarga como provechosa debe ser para lo porvenir y, muy señaladamente, para el presente. El presente, que comienza á secundar la iniciativa honrosa y patriótica que las superiores circunstancias de nuestro pueblo han hecho posible al enérgico é independiente sentimiento de unos cuantos escritores, dirigiendo las letras hácia mejores fines y por mejores caminos. Porque á las épocas de prostracion y marasmo suceden las de vitalidad y accion, como tras del sueño viene el despertar y la noche despues del dia. Las manifestaciones legítimas del espíritu humano son como él indestructibles: no parece sino que sacan fuerzas de su mismo abati-

miento y les sirve como de descanso; el arte, pues, dominador del mundo sensible que eslabona con una cadena de flores al mundo de la idea, no perece, muda de formas: decaído, le vemos nosotros; muerto, nadie le verá jamás. (1)

Afortunadamente la renovacion de que hacemos mérito comienza en un terreno, si no enteramente ajeno de peligros, harto menos escabroso y difícil que el que ha tenido á su disposicion el patrio ingenio en ocasiones todavía no remotas. Felices ensayos de una lirica verdaderamente original y espontánea, algunos preludios de dramática y novela son especialmente el campo donde empieza á operarse, sin dejar, por eso, de trascender el nuevo espíritu desde esos géneros, esencialmente populares, á todos los demás de la literatura. Para no citar mas que un ejemplo, la revolucion que el movimiento filosófico, mas sano, general y elevado que el sentido de las épocas inmediatamente anteriores, ha causado en la oratoria, que va librándose de la amanerada y convencional insípidez de discursos ciertamente muy buenos para su tiempo, es una señal marcada de progreso en el espíritu que no puede menos de traspasar á la forma, penetrándola de nueva salud y vida. El mercantilismo literario, que tanto apoyo ha prestado á nuestra servidumbre intelectual, parece disminuir tambien: la naturalidad vence y va destruyendo á la afectacion, ya clásica y fria, ya misantrópica é hinchada, pero siempre opuesta á la belleza de buena ley; y si no se destruyen en pocos meses vicios de mucho tiempo arraigados, mayor-

---

(1) Rechazamos, como se desprende de estas someras indicaciones, los errores que la *Esthética* de Hegel envuelve al determinar los destinos del arte en los tiempos presentes y por venir: el punto de vista metafísico del célebre filósofo, desde el cual es el arte una de las formas *graduales* de la Idea, debiendo desaparecer con el misterio de sus revelaciones, una vez llevado al último término de su desenvolvimiento por el ideal romántico, es contrario á la realidad permanente que atribuimos al arte, como representacion *constante* de los ideales (objetivos) de las épocas y de los (subjetivos) del artista: no creyendo ciertamente agotado este fondo esencial ni, por tanto, que el cultivo de lo bello deba ocupar tan solo en adelante un puesto secundario, hallándose cada cual en aptitud de ser artista como «de escribir una carta», consagrándose esta actividad á la manifestacion de accidentes puramente individuales, negamos resueltamente la doctrina de Hegel en este punto (tomo II, *Fin del arte romántico*), sin entrar en consideraciones que la índole de este trabajo (reducido á unas cuantas reflexiones aisladas sobre literatura) no permite, y que tal vez llegue ocasion mas oportuna de exponer en forma mas propia y detenida.

mente cuando militan en su favor la costumbre y el ejemplo de reputados escritores, el progreso natural del arte acabará por triunfar de tantas preocupaciones de escuela y tantos malos hábitos ciegos.

De esperar es que así suceda. Cuidese, no obstante, de extirpar algunos defectos que empañan con demasiada frecuencia las obras ofrecidas como producto de las nuevas ideas. No es el menor de ellos ese trivial prosaismo que revela, tanto como falta de esmero y depuracion, la facilidad con que, al huir de un extremo, puede el hombre precipitarse en otro. Así, en odio (nunca bastante fuerte) al lenguaje convencional y heladamente sofisticado de las tragedias galo-clásicas y á la hinchazon declamatoria y falsos oropelos de los modernos dramas franceses, se ha sustituido con repeticion una exagerada naturalidad, sobre todo en el lenguaje, que evitada siempre por el sentido eminentemente estético de nuestro pueblo en todas sus grandes creaciones, ha merecido con razon los anatemas de un profundo crítico como expresion de la tosca accidentalidad individual, opuesta á las abstractas generalidades de un ritual amaneramiento.

Es un error y una preocupacion vulgar, dice tambien este, creer que el arte ha empezado por el estilo verdaderamente natural, vivo y sencillo: los que tal piensan, confunden la groseria y oscuridad inanimada con la naturalidad bella en su grandeza, como si las incorrectas figuras que el niño traza en la pared pudieran ser tenidas por monumentos de la mas bella pintura en su estilo sobrio y severo.

Tambien es digna de censura la tendencia á tomar de las verdades morales el fondo de las composiciones, confundiendo así dos órdenes enteramente distintos en su realidad práctica, y olvidando que los grandes maestros siempre han cuidado de salvar la independencia del fin meramente artistico, aun en sus creaciones mas ó menos didácticas. No es esta ocasion oportuna para entrar en largas digresiones sobre materia tan interesante como contraria á las prescripciones que, con pretendido carácter axiomático, han venido imponiéndose desde hace siglos, y que ha sido preciso desatender cuando se ha tratado por algun escritor insigne de dar vida á una

obra de pura imaginación; pero si el bárbaro desenfreno de ciertas producciones francesas, tan perniciosas en la esfera de la moral como mezquinas en la de la literatura, ha servido para romper el atractivo velo de la novedad con que se encubrían ideales repugnantes y gastados, no pueden autorizar la aridez é ineficacia de esas lecciones morales en que se malgastó el innegable talento de Moratin, y que es hoy rémora de otros nada vulgares. En la region purísima de lo absoluto, en la fuente inagotable de toda belleza, en Dios, el bien, la verdad y la hermosura se identifican en esencia y existencia; mas, á partir de ese centro divino, la apariencia bella como la actividad moral y la materia científica, toman cada una su especial camino, cuidando solo de sí propias, sin que por esto puedan entender espíritus preocupados se dé ocasion á que la moral sufra. De la misma suerte que el fondo sustancial de la belleza es la esencia en su mayor grado de plenitud, así la verdad, en su concepto objetivo y superior á lo sensible, no es otra cosa diferente; y la alta finalidad de lo bueno, que parece á primera vista hallarse fuera de los séres, es realmente conforme en un todo á las condiciones de esa esencia ultra-sensiblemente representada por el arte; como quiera que la sublime moral cristiana no es otra cosa que la restitucion del hombre á las mas nobles inclinaciones de su misma naturaleza. En tal sentido, cuanto mas puro se retrate ese íntimo fondo de las cosas, tanto mas *bella* será su representacion, y tanto mas *buena* y *verdadera*. «De dos hombres iguales en genio, dice Chateaubriand, uno de los cuales predique el órden y otro el desórden, el primero atraerá mayor número de oyentes.» Tal reflexion sobre la identidad esencial de lo bello y lo bueno y superioridad de la representacion conforme á la moral respecto de la inmoral, *en igualdad de circunstancias*, es altamente justa, hecha abstraccion de lo vago del ejemplo, y se enlaza con la doctrina que sentamos; causando admiracion, por otra parte, considerar hasta qué punto se han apartado gran parte de los discípulos del célebre autor de *Los Mártires*, de unas opiniones que, al lado de sus errores filosóficos, conservaban por lo menos tan benévolos sentimientos hácia el corazon humano.

Así, el artista, al atender exclusivamente al verdadero fin artístico, obra por implícita necesidad éticamente, pues toda accion cae bajo el dominio de la moral, y obra bien, pues toda esencia es de por sí buena, como hija de Dios; exponiéndose, en otro sentido, á que la escasa aceptacion de su obra ó su fugaz vida, que él y otros muchos atribuirán á una altiva oposicion con las verdades morales, le adviertan que no ha ahondado bastante *como artista* en el fondo del asunto, representando en concepto de esencial lo que es tan solo un desdichado accidente. El mismo tipo del mal, Satanás, era originariamente bello y bueno, habiendo llegado por un abuso de su libertad á oscurecer la pristina hermosura de su naturaleza; mas ya en este punto, si puede como personaje servir, por la energía de su imperiosa voluntad, como un gran medio de accion ó contraste en ciertas obras, inspirando el terror, la compasion ó la repugnancia, jamás podrá ser protagonista interesante de una gran concepcion levantada. *Manfredo, Fausto, Werther, Don Juan* (con que quizás nos objeten algunos) guardan siempre, como ha hecho notar un escritor, en medio de sus contravenciones á la ley moral, cualidades virtuosas, que nos hacen simpatizar con ellos, hasta el punto de que las consideremos casi como el verdadero fondo de esos caracteres, juzgando de menos valor sus vicios y crímenes; Cárlos Moor, intentando locamente reformar la sociedad por medios reprobables, nos parece mas bello, con todos sus defectos, que Franz, cuyo carácter está representado con igual maestría; y lo que nos admira en Macbeth no son sus delitos, que el mal de por sí es feo, sino aquella energía perseverante, condicion en sí misma de un alma grande y bien templada. (1)

Á evitar, pues, esos defectos, que suelen observarse en las recientes obras de la actual literatura, deben encaminarse los esfuerzos de los que pretenden noblemente cooperar al renacimiento intelectual de nuestra patria, honrando sus antiguos laureles y añá-

---

(1) V. sobre este asunto la consideracion metafísica que, bajo el título de *Comparacion de la idea de la Belleza con las de lo Bueno y lo Verdadero*, hace en su *Esthética* (núm. 9 de esta REVISTA) el Sr. Fernandez Gonzalez.

diéndolos nuevos á su corona. Mientras sentimentales panegiristas del pasado, que les agrada solo porque no ha sido *presente* para ellos, dejándose llevar de una superficial observacion y considerando solo las líneas generales y bellas que nos conserva el tiempo, no los detalles perturbadores y prosáicos, deploran la pérdida de civilizaciones antiguas, que estiman por mas aptas para el arte, á nuestros ingenios toca demostrar que si las condiciones de regularidad y determinacion que señalan el progreso de la humanidad parecen mas anti-estéticas, toda vez que oponen su orden y enlace de instituciones á la poética anarquía de una independencia personal exagerada, este aspecto general es tan solo aparente, destruyéndose al penetrar en sus pormenores y al reflexionar las superiores conquistas que han ido enriqueciendo el espíritu humano y ensanchando el círculo é importancia de la vida.

El arte, además, no puede aislarse de los sentimientos de las épocas en que vive, buscando tórpemente inspiracion en obras anteriores: el aplauso que estas tentativas eruditas pueden hallar en círculos determinados no compensa el vicio de su origen. «De qué sirve á la patria y á la humanidad, exclama un gran escritor contemporáneo, la poesía de gabinete? .... Es producto de hombres solitarios que, trabajando sosegadamente, se entretienen en preparar un placer para su vida, no escribiendo mas que cosas meditadas, pulidas, correctas, elegantes; pudiendo explicar cuantos pasos dan y justificarlos con los ejemplos y los preceptos. Pero la historia, ¿qué provecho saca de tales obras?»

Semejantes palabras, honor del genio italiano, son perfectamente adecuadas á todas las literaturas convencionales y de reminiscencias, ó, digámoslo de una vez, á todas las falsas literaturas. Porque, si estas han de ser animadas, como precisa condicion de su vitalidad, por el aliento de las sanas ideas contemporáneas, el esqueleto, laboriosamente trabajado de esas producciones sin originalidad ni inspiracion, de las cuales es costumbre decir que carecen de defectos cuando tienen el mayor de todos, ofrecerá á lo sumo la exacta proporción que no altera la muerte, sin la belleza de la vida; y la nación que no encuentra en esas obras un solo átomo de su

ideal podrá decir como el paladin francés de su cabalgadura:

Che morta là sull' altra riva giace....

Altro diffetto in lei non mi dispiace.

En tal sentido, las literaturas de imitacion no son sino la imitacion de la literatura.

La crítica, por su parte, no ejercerá menor influencia si, abandonando el mezquino y personal espíritu del empirismo francés, se alza á la region serena de la idea; para fecundar con fertilísima savia el campo inagotable de la historia, y difundir las grandiosas concepciones de la moderna filosofía de lo bello, á cuyo contacto se reanima con desconocido vigor, penetrando de su elevado y superior sentido las múltiples direcciones del pensamiento literario. Levantar sus construcciones sobre el firmísimo cimiento de los verdaderos principios generales del arte, en cuyo seno se contiene la ilimitada variedad de sus formas, y separar lo histórico de lo absoluto, lo contingente de lo necesario, constituye su ministerio y será su mayor gloria.

¿Qué es el romanticismo en el arte? Es la libertad en el orden. La libertad, téngase bien entendido, no la anarquía y la licencia. Porque así como los idólatras indiscretos de la antigüedad clásica, partiendo de lo relativo y particular, que elevan á general é indestructible, y careciendo de guía reguladora del movimiento de su crítica, pretenden sustituir los principios filosóficos por reglas empíricas hijas de la observacion («inventarios exactos y metódicos de lo pasado, que son, cuando mas, reglas precisas de lo que se hizo, sin las infinitas posibilidades de lo que resta por hacer» (1)), así como, perdidos en un mar de puerilidades de mero detalle, fundan una falsa estética convencional, cuyas prescripciones han de variar necesariamente á cada aparicion de un género y á cada obra maestra, el romanticismo establece la libertad del artista, derivándola

(1) Cantú, *Literatura: discursos y ejemplos en apoyo de la Historia Universal*, prólogo.

de principios inflexibles, predica la inspiracion directa del natural contra la refleja bebida en los libros, quiere que el poeta pueda realizar segun su fantasia cuantos ideales concibe, y deja abierto ancho campo á todo linaje de asuntos que cumplan las eternas leyes de lo bello, á toda suerte de forma que reproduzca con fidelidad la esencia, saludando cordialmente la obra nueva que lleva el sello del genio, aunque no figure en las áridas clasificaciones de los preceptistas clásicos. ¿Quién puede racionalmente marcar un límite á las evoluciones del espíritu social, ni definir todos los elementos capaces de desenvolverse en la imaginacion humana? En la progresion histórica nada se copia, nada se reproduce; y si puede sujetarse la sucesion de los hechos á categorías generales que se renuevan en periodos, desiguales casi siempre, la edad heroica de la Grecia difiere esencialmente de la que nuestros siglos medios significan, como diversas son las antiguas repúblicas de las modernas americanas. En la marcha del espíritu humano hay siempre dos factores: uno idéntico, invariable, constante en la unidad de su naturaleza; móvil otro, característico, pasajero. Así la humanidad conquista tambien dos clases de ideas y sentimientos: accidentales y estables, variables y permanentes; y mientras el fondo subsiste siempre el mismo, va asimilándose aquellos elementos que el tiempo consolida para no destruirlos jamás, ó recibe, como en depósito, los que forzosamente han de mudar á causa de su accion. De esta suerte, y siendo la literatura expresion destinada á satisfacer las necesidades de ambas clases, tanto respecto de las épocas como de los individuos, ni unas ni otras pueden acallarse con evocar fantasmas, gloriosos, sí, pero fantasmas, que alienta la ilusion del recuerdo, no la vida de la realidad.

Doble, por consiguiente, ha de ser el objeto de la creacion artistica que aspire á vivir eternamente en la memoria agradecida de los pueblos: debe por un lado referirse á las leyes necesarias de la belleza; por otro, á las leyes contingentes de la civilizacion en que nace: lo inmutable y lo temporal, lo accidental y lo absoluto han de tener en ella su representacion. Allí donde la imaginacion encuentra reunidos ambos caractéres, afirma como bella la obra con-

templada; y siente el puro goce de una realidad mas plena de esencia: allí donde uno de ellos falta, la produccion de la fantasia no puede pretender mas que una existencia efimera que se borrará con los últimos vestigios de las tendencias que ha halagado, ó una vida de abstraccion sin esa preciosa armonía, sin ese simpático asentimiento, imposible de promover en espíritus que no hallan traducidos en ella sus ilusiones, sus deseos, su *ideal*, en una palabra.

Tales son los fundamentos de la esthética del romanticismo. Si en todas las edades los grandes genios cuya inspiracion nos conmueve todavia, instintivamente han marcado su obra con ese doble sello de realidad é idealismo, con esa armonía de lo característico y lo absoluto, únicamente á la literatura moderna cumple la gloria de haber elevado racionalmente tan fecundas deducciones á la region de la filosofia, desenvolviéndolas doctrinal y orgánicamente como fundamentos de una nueva critica, cuya autoridad se extiende á todos los tiempos y lugares, porque es independiente de lugares y de tiempos. La retórica y la poética de la antigüedad, con tan escasa cordura resucitada en nuestros días, encerraba cierto número de verdades inconcusas y consideraciones exactas; pero neutralizadas por la falta de principios directores á que relacionar sus incompletas doctrinas. Por esto, confundida en el laberinto de la observacion empírica, fuente de tantos errores, tomaba como principal lo accesorio, degenerando lógicamente en un tejido de convencionales arbitrariedades, sin mas ley que el capricho ni mas autoridad que la costumbre. Mas de la misma manera que la literatura romántica ha ensanchado los horizontes del poeta con la multitud de nuevos elementos que desde su principio han enriquecido los tesoros del arte, la critica que ha nacido del espíritu moderno, y es manifestacion paralela de aquella, ha roto las barreras tímidamente levantadas y revela al espíritu la inmensa extension de un campo, cuyo único límite está en lo que verdaderamente se opone y contradice á lo bello; si el ideal de los tiempos presentes ha de ceder el puesto á otros futuros ideales, ni uno solo de ellos tendrá que deshacer la mas mínima parte del gran monumento levantado por la esthética: en su anchuroso recinto hay lugar para todos, sin necesi-

dad de derribar sus fortísimos muros para edificarlos de nuevo. Jamás pierda de vista la crítica esa luz, sin la cual se distrae y oscurece el sentido de lo hermoso y, queriendo solo concentrarse en lo mas aparentemente fácil, se extravía en el camino llano y vuelve contra si misma las torpes armas de que ni aun sabe valerse. Sirvanle de ejemplo esas elocuentes luchas á que vemos entregarse el individualismo superficial que por vanos alardes de independencia niega escépticamente el sistema de sus verdades, mientras por una suficiencia petulante menosprecia como vulgar la guía instintiva del sentimiento inmediato, no pervertido en las preocupaciones, y que es conforme en un todo con las mas altas especulaciones de la estética: para el crítico de juicio recto é ilustrado, no menos que delicadamente sentido, el análisis de bellas producciones es un manantial de goce en que la contemplacion profundiza mas adentro que la consideracion de la generalidad, revelando todas las maravillas de la obra; para el espíritu frívolo, de pretenciosa vanidad, tal exámen se resuelve en mezquindades personales ó en un desdichado y fatigoso ejercicio, donde se aferra con ansia á la forma que destroza magistralmente, en tanto que «la potencia creadora y viva se escapa y permanece en oposicion, como una fuerza indomable (1)».

Hoy, que despertado entre nosotros un noble movimiento literario y científico brotan nuevos raudales que han de vivificar el mustio campo de las letras, importa mucho abrirles camino y no dejarlos comprimidos en el estrecho cauce del espíritu francés, cuyos méritos indisputables (aunque exageradamente encarecidos) no tienen en verdad derecho para tanto. En nuestra patria, el árbol donde han nacido los laureles de Berceo y Jorge Manrique, del Mtro. Leon y Lope de Vega, de Cervantes y Tirso de Molina, aun se muestra frondoso; y lo mismo que el período erudito y clásico de nuestro Renacimiento ofrece, por ejemplo, la epístola á Fabio (compáresela con las ponderadas de Boileau!), la *barbarie* de nuestra

---

(1) Pictet, *Du beau dans la Nature, l'Art et la Poésie*, c. 1.

Edad Media produjo el inmortal *Romancero*, gloriosa memoria de España y eterna emulacion del mundo. ¿Qué no podrán, pues, aprovechar á la literatura la nueva multitud de conquistas del espíritu humano?

El fondo actual del arte es muy superior al de la antigüedad; pero la manifestacion literaria dista aun no poco de aquella penetracion entre la forma y la esencia que distingue á los clásicos: defecto que no ha de achacarse indolentemente á la sublimidad de un ideal incapaz de modelarse por completo en lo exterior, como algunos pretenden (mezclando cosas enteramente diversas), sino á lo poco trabajado de la forma, respecto á la cual, quizá hemos retrogradado en nuestro país. Para llegar á aquella deseada armonía entre ambos términos, recójense de buena voluntad los frutos naturales, no los que sin madurar ha desprendido del árbol el artificial cultivo de la imitacion exótica. Y cuando el genio moderno conquiste una forma digna de él, entonces su fiel expresion, la literatura, será superior en un todo á la clásica y clásica ella misma para los tiempos venideros.

FRANCISCO GINER.

mos á exponer algunas reflexiones, siguiendo el movimiento progresivo de los estudios esthéticos en la parte que aparece mas legítimamente justificada.

## II.—DERIVACION DIALÉCTICA DE LO SUBLIME Y DE LO CÓMICO.

En el mundo inteligible de la conciencia humana, toda unidad que no aparezca como un postulado imposible ó una fórmula vacía de sentido, envuelve en sí la posibilidad de la distincion, diversidad y aun oposicion relativa de términos, oposicion que se resuelve en un sistema de contradicciones parciales y recíprocas, bajo la forma general del tiempo ó la manifestacion finita de los séres reales, en el campo de la realidad existente. De esta manera, la unidad del yo personal humano, que envuelve en sí la oposicion del cuerpo y del alma, dominándola durante la vida, encierra dos principios recíprocamente contradictorios, por cuanto el elemento espiritual de suyo, en cuanto opuesto ó diferente <sup>(1)</sup> del corpóreo, contraría parte de la esencia del yo en cuya unidad se muestran reunidos el elemento corporal con el espiritual; y recíprocamente el elemento corpóreo contradice la esencia del yo, compuesta del cuerpo y del espíritu, sin que en esto se ofrezca oposicion absoluta del espíritu y del cuerpo, lo cual produciria imposibilidad de union acorde y viva. <sup>(2)</sup>

Supuesta la necesaria unidad que sirve como de punto de partida al movimiento de oposicion de los elementos de las cosas, la variedad se desenvuelve históricamente en acciones sucesivas de estos

# ESTHÉTICA.

(Continuacion).

LO BELLO, EN LA OPOSICION INTERIOR DE SUS TÉRMINOS.

## I.—OBSERVACIONES GENERALES.

En el exámen de la idea de lo Bello, punto central de la Metafísica de la Hermosura, no menos que en el de los conceptos fundamentales que la determinan, así como en la consideracion de la impresion subjetiva de cuanto es hermoso, se estudia la unidad de la Belleza, la esencia análoga general, que concibe la imaginacion artistica en las nobles obras de la naturaleza, del genio y en Dios, con distincion de grados, de formas y determinaciones, aunque sin estudiar todavía el efecto de estas variedades, fijada la consideracion principalmente en la esencia comun de la Belleza, ó en la afirmacion semejante que resulta de la universalidad del concepto.

La Belleza finita, sin embargo, que contemplamos en el mundo, antes de mostrarse á la consideracion de la ciencia en séres individuales limitados en la naturaleza, en el espíritu y en el arte, sobre las particulares especies de belleza física, psicológica y artistica, está sometida á la ley de dos categorías fundamentales, que se reproducen en cada género de belleza particular, categorías que, determinables por la experiencia, se deducen en metafísica con método rigurosísimo.

Sobre estas categorías ó modalidades generales de la Belleza, va-

(1) La diferencia es siempre una oposicion parcial; porque afirma ó niega algo de lo que difiere relativamente á la cosa con que se compara; y el *sí* y el *no*, la afirmacion y la negacion, son fórmulas constantes de la contradiccion absoluta y relativa.

(2) Las fórmulas dialécticas de estas oposiciones son tales: Cuerpo humano vivo es Yo ú Hombre, Espíritu humano es Yo ú Hombre; idénticas en la forma á estas: Lo vegetal es orgánico, lo animal es orgánico. Convertidas dichas proposiciones dan: Alguna parte del Yo es cuerpo, no todo el Yo es cuerpo, Yo mayor que cuerpo. Alguna parte del Yo es espíritu, no todo el Yo es espíritu, Yo mayor que espíritu, etc. Yo como Cuerpo y Espíritu es contradicho y negado por Cuerpo en el elemento del Espíritu, y afirmado en el de Cuerpo. El Cuerpo vindica para sí en el hombre una parte de esencia, que niega y opone al Espíritu y vice-versa.

elementos, cuyo desarrollo contradictorio es la fórmula de la vitalidad. En este desarrollo cabe predominio de los términos opuestos sin destruir la esencia una.

Desde luego se ofrece el mundo, en su totalidad inmensa, como unidad que muestra históricamente contenido opositivo y diverso, desarrollándose por un sistema de afirmaciones y negaciones de que resulta su historia. Igualmente cada círculo particular de existencias repite en sí la tendencia de la unidad á moverse por la contradicción: lo mismo acontece con lo Bello.

Concebida la Belleza, según nuestra teoría, como un espejo de la esencia superior del mundo, espejo intelectual humano, donde se perciben unidades y relaciones que en la inmensa realidad del mundo quedan desapercibidas, si este espejo ha de ser un verdadero microcosmo, debe reproducir en sí á la manera del mundo lucha y oposición, si quier la forma común y prosáica de este señale perturbaciones dolorosas, como efecto de la lucha, mientras las variedades y oposiciones de lo Bello no deben desterrar la primitiva armonía, como no se rompe el cristal de un espejo por la diversidad de las sombras. En la unidad de lo Bello no cabe variedad que, aunque aparente contradicción de su esencia, no afirme primitivamente lo Hermoso, ni esto es posible sin la variedad interior de sus elementos. Así sucede con las oposiciones capitales de Belleza que llamamos Sublime y Cómico, designaciones que utilizaremos en nuestra deducción, porque ciertamente las modalidades que en la expresión vulgar se indican con estos nombres, al entrar en el terreno iluminado por la fantasía, muestran la esencia común de lo Bello. Á pesar de la arrogancia de las teorías naturalistas y prosáicas, lo feo como feo, feamente presentado, nunca será Sublime estético, ni lo grosero como grosero Cómico artístico. Lo Sublime y lo Cómico que estudia la Estética, han de estar por tanto en el terreno general de lo Bello según la ley de la Metafísica, de la imaginación y del arte.

Esta íntima unión existente entre lo Bello sencillo, lo Sublime y lo Cómico en la esfera de la contemplación artística, no ha sido reconocida cual debiera en épocas anteriores históricas.

Ciertamente en los preciosos fragmentos de Poética que corren con la autoridad de Aristóteles, y que parecen una parte exigua de un vasto estudio doctrinal sobre las Bellas Artes, se habla ya con cierta unidad de miras de lo Sublime, de lo Cómico y de lo Bello, aunque sin presentar estos conceptos en rigurosa deducción metafísica.

Tampoco se encuentra tal deducción en el retórico Longino que separa lo Sublime de lo Bello en su estudio *De lo elevado*. No debe causar admiración que falte completamente en los tratadistas de la época del Renacimiento que, al resucitar el cánón de Belleza de los antiguos, no se atrevieron á incluir lo Sublime en el campo de sus consideraciones.

Dados estos antecedentes, ofrece un verdadero adelanto el interesante libro de Burke, ya citado, sobre el origen del sentimiento de lo Bello y de lo Sublime, reuniendo ambas teorías con un ensayo de derivación sistemática. Por lo demás, relacionando dichos sentimientos con dos instintos humanos, la satisfacción propia y la conservación del individuo, incurre en los defectos de una derivación mecánica, sensualista é insuficiente.

Kant, que sigue con frecuencia á Burke en las indicaciones prácticas, aunque ajustándolas á los principios de su filosofía, declara bajo su consideración subjetiva y sus categorías mal determinadas, que lo Bello muestra un concepto del entendimiento (la finalidad), mientras lo Sublime un concepto de razón (la libertad), distinción defectuosa, toda vez que la finalidad interna, única que puede decirse de lo Bello, es concepto de razón; sin parar, de otro lado, apenas la consideración en lo Cómico, que parece concebir como inferior á lo Bello en el terreno de lo Agradable. Hegel en el curso de sus lecciones no ha hecho aplicación de su teoría de la idea á estas formas de Hermosura, separando su estudio en diferentes partes del sistema.

Pertenece á Federico Teodoro Vischer, el gran organizador moderno de la Estética, la gloria de haber mostrado la primera derivación sistemática de lo Sublime y de lo Cómico, como momentos interiores de la Hermosura en sus tratados *Sobre lo Sublime y lo Cómico y Metafísica de lo Bello*.



Ya antes de la aparición del primer trabajo de este autor había hablado Weisse de ambas formas opuestas como de momentos dentro de lo Bello; pero este filósofo no permanece fiel á sus principios; antes coloca después de lo Bello lo Sublime, no como una evolución en lo Hermoso, sí cual un movimiento superior á lo Bello en la esfera de lo bueno y de lo divino, en que lo Bello le sirve de punto de partida. En defecto inverso incurren Solger y Ruge que colocan lo Sublime, no fuera y después de lo Bello, sino antes y en su camino, en el concepto de sus lógicas anticipaciones.

Según Solger, lo Sublime es Belleza en potencia, presentada en los momentos de las oposiciones y relaciones que preceden á la realidad de lo Bello. Es la idea luchando por conquistar forma. Para confirmar esta opinión ofrece ejemplos en que parece preceder la actividad de la idea á la armonía de la forma. Muestra cómo grandes revoluciones cósmicas han debido preceder á la forma actual de nuestro planeta, cómo los pueblos han sido guerreros antes que ilustrados, que el arte, en fin, sublime de los indios antecede al de la belleza clásica de los griegos, ejemplos en ninguna manera concluyentes; pues, hecha abstracción de la contemplación de la fantasía artística, que atribuye á dichas revoluciones y á la guerra condiciones de belleza de que carecen en su forma particular aislada, no se concibe Sublimidad semejante.

Por el contrario, la razón se explica sencillamente cómo el primer pueblo que realiza en general la Belleza en el arte, el pueblo griego, sea también el introductor de la verdadera forma de lo Sublime. Esto no estorba la posibilidad de un Sublime particular en el pueblo indio y en otros, en relación con las bellezas especiales, que realizara su cultura.

Ruge, considerando la cuestión únicamente bajo el concepto artístico, supone, á semejanza de Solger, que de la contemplación de lo Sublime y de lo Cómico en el dominio de la fantasía, se eleva el arte á la producción de lo Bello, como si lo Bello no fuese reconocido antes por la fantasía igualmente en contemplación. Concibe además lo Sublime, lo Cómico y lo Bello en el sentido ético ó moral, á la manera de una elevación á lo Bueno, una caída y una

segunda elevación de la caída, en la cual la fuerza espiritual es trabajada, por decirlo así, para el acto de la Belleza.

El mismo autor llama Sublimidad la elevación en lucha del espíritu finito á lo eterno bajo las formas de libertad, devoción, iluminación, entusiasmo y otras semejantes.

Hay ocasiones, sin embargo, en que parece muy próximo, á nuestro modo de concebir, como cuando dice (*Nueva escuela preparatoria de la Estética*, pág. 71,) que «la Sublimidad es Sublimidad estética,» lo que hace suponer ya el concepto estético de la Belleza, presentando asimismo (pág. 63 y 64) lo Sublime y lo Cómico como formas opuestas de la Belleza sencilla; y á la manera que lo hemos hecho nosotros como variedad en lo Bello; si bien con forma contradictoria más marcada, señalando lucha abierta en los momentos de la unidad viva del todo, como verdadera oposición en lo Bello, lo cual envuelve ciertamente algunas equivocaciones.

En la exposición de estas formas, así Weisse como Ruge, proceden subjetivamente haciendo intervenir la fantasía en el concepto de creadora de lo Bello, considerando la Belleza, el primero, como el reconocimiento de la conciencia de lo general, que se adhiere á la fantasía, y el segundo como el espíritu, que se eleva á la libertad; mas nosotros, sin negar el valor subjetivo de la fantasía, que penetra los objetos en su contemplación, como segunda naturaleza, atendiendo á la mayor sencillez y partiendo de la resolución del dualismo entre el sujeto y objeto, consideraremos, no obstante, estas oposiciones, en la forma con que nos aparecen en una deducción puramente objetiva.

Bien considerado, nuestra deducción es menos complicada en cuanto trata de un mundo en lugar de dos, procediendo de condiciones objetivas, que nuestro espíritu reconoce; por lo demás, en la concepción del mundo va envuelta la subjetividad, mayormente dado el paralelismo de ambos mundos, concibiéndose igualmente el tránsito de lo Bello á lo Sublime y lo Cómico por la elevación de la esencia ó la idea en las cosas, fenómeno que en lo subjetivo ocasiona la fantasía.

Por otra parte, como la base de la consideracion subjetiva es la contemplacion universal humana que tiene casi valor objetivo, la importancia de estas consideraciones objetivas se explica naturalmente en la Metafísica, cuyas leyes alcanzan tambien á la esfera esthetica. En este modo de consideracion no introducimos innovacion considerable, pues el alma, que es asimismo inseparable del espíritu que la estudia; se concibe objetivamente y con valor general en la Psicología, porque tal es la forma de la ciencia.

Metafísicamente, aunque la forma es inseparable de la esencia, vive solo en virtud de esta que la eleva é ilumina; de aquí que la esencia, revelándose á través de su envoltura, puede hacer valer sus derechos, mostrando ser mas que ella y en cierta manera ilimitada.

Así la esencia y exigencias de la materia corpórea, que es la forma que anuncia un ser racional, son contradichas por el individuo que entra en uso de razon y, distinguiendo su interioridad de ella, la manda y dirige.

De este modo, apareciendo fundidas en la unidad de la Belleza la esencia y la forma, siendo la esencia el elemento mas vital y sustantivo, toda vez que debe aparecer la contraposicion en lo Hermoso, se comprende que parla primitivamente de ella; y con efecto, al arrancarse á la limitacion de la forma y contraponer su ilimitacion, nace la primera contradiccion en lo Bello, señalada por lo Sublime.

### III.—LO SUBLIME, EN SU CONSIDERACION ESPECIAL.

En lo Bello sencillo la forma es la expresion de la idea, traduciéndola en toda su pureza, pero con perfeccion y exactitud, fundiéndose la idea en el material de la forma, que goza concepto de generalidad; elevada la idea en el objeto sublime, todavía la forma, en el concepto de bella, debe ser expresion pura de su esencia y de su esencia solamente; pero reconociendo su fondo como superior, parece declararse insuficiente á traducirle en su interioridad altísima. En lo Sublime aparece, por tanto, la imágen, mediante el predom-

inio de la esencia, como aquello que no es la esencia; ó lo Sublime es aquella forma de lo Bello en que el elemento interior é ideal está en relacion negativa con el sensible. Apareciendo la esencia sobre los límites de la forma, vuelve á su pura generalidad; y no solo á la generalidad de su especie determinada, sino á la generalidad de lo aparentemente infinito ó inconmensurable, de modo que eclipsa la vida de los individuos, tanto de su especie como de las demás. Sirva de ejemplo la comparacion siguiente.

En un niño hermoso, que no ha llegado todavía á la edad de razon, se puede manifestar simplemente lo Bello sencillo, como quiera que la forma es capaz de traducir, casi por completo, las aun no excesivamente complicadas situaciones de su espíritu. Lo contrario ocurre con un hombre formado, de educacion esmerada y grandes pensamientos; aunque su forma corpórea corresponda en lo posible á las condiciones y afectos de su alma, se reconoce como insuficiente á representar la profundidad de sus concepciones espirituales y la energia de su voluntad, que no solo se ofrece sobre la categoría del cuerpo, antes se presenta en una esfera que viene á despertar en nosotros la consideracion de lo infinito. La esencia, empero, que, bajo la relacion de las cosas creadas y finitas, solo se realiza con total integridad en el círculo entero de sus individuos, aparece como completada en el individuo hermoso; mas anulándose esta individualidad con el valor de su forma en lo Sublime, por cuanto es expresion del género con valor general y, al mismo tiempo, indica la inferioridad propia de su envoltura accidental característica, se muestra la contradiccion peculiar de este primer momento de Belleza.

Notable por muchos conceptos el análisis ingenioso que ha dado Kant de lo Sublime, resulta insuficiente por el subjetivismo de su sistema, en el cual la voz genérica *lo ideal* no representa como en los posteriores la esencia ambilateral, sino puramente subjetiva. Segun él, lo Sublime, como la idea de infinitud, solo puede corresponder al espíritu subjetivo, de lo cual no se hace cuenta por una subrepcion ó usurpacion por parte de la naturaleza en los casos en que se muestra sublimemente. De esta manera cierra el tránsito del

Sublime natural al subjetivo, aunque en las observaciones sobre este último aparezca bastante acertado.

En realidad, bastaría auxiliar muy poco su exposicion para que resultára el concepto de contraste en lo Sublime, tal como lo hemos ofrecido. Con efecto, él demuestra (párr. 26), aunque solo subjetivamente, cómo en la Sublimidad las dos acciones del concebir y dar forma quedan en contradiccion inevitable, por cuanto la primera avanza y la segunda no puede seguirla sin que se eclipse por las representaciones parciales, concebidas desde luego. Es un progresar parándose, un adelantar y retroceder, y este movimiento depende del objeto que, en el momento de aparecer, quitando sus límites para resolverse en la generalidad, los fortifica aumentando el valor de su individuo; el cual, dentro de la limitacion, se eleva sobre los límites. Cuando Kant emplea la expresion: «la grandeza del Universo nos representa como pequeño todo lo grande de la naturaleza, y en particular nuestra imaginacion en su ilimitacion se ofrece como anulándose ante las ideas racionales,» debe tenerse presente que en esto hay un movimiento á la anulacion, es decir, un mudar en el permanecer, un permanecer en el mudar.

Semejante naturaleza de lo Sublime la ha referido Weisse á su esencia objetiva, al decir (*Esthét.* párr. 22): «la belleza en lo Sublime aparece en doble propiedad; de un lado, como atributo de las cosas aisladas juntas; de otro, como la esencia comun de toda finitud, en cuanto esta esencia comun no solo llama toda cosa particular á la existencia, sino que nuevamente la anonada y devuelve al curso natural de las cosas; siendo un limitar de los objetos por el poder de la totalidad y de la generalidad ó una destruccion ó limitacion del límite ó, por decirlo así, un límite sin límites.» Weisse no disimula que el límite ó determinacion de lo Sublime está en el eclipse ó anulacion de su forma, pues la limitacion de lo particular no resulta inmediatamente de lo general, sino nuevamente por lo particular; aunque no lo señale bastante, expresando que esto es una contradiccion y que tal contradiccion es lo Sublime. Conforme á esta doctrina, lo particular é individual no es la existencia de lo general é incondicionado, en cuanto *es* en su par-

ticularidad, sino en cuanto *no es*; á lo cual debiera haber añadido en la misma acepcion: *y en cuanto, no obstante, es al mismo tiempo la existencia de lo general en su individualidad*. Si pues estamos en el terreno de lo Bello, esto individual es, con efecto, como nota Vischer, esencialmente la manifestacion de lo general; y tambien permanece en la imágen y realidad de lo Sublime; pero Weisse le levanta, segun hemos advertido, á un mundo trascendental, del cual ofrece lo Sublime, como fragmento, la primera revelacion. La verdad es que la idea, al elevarse sobre lo individual en lo Sublime, no entra en otro mundo, sino en el suyo propio; en el cual, en tanto grado quita como esencia general, en cuanto pone lo particular como individuo, esto es: como individuo de su género presente. La idea aparece representada; pero la representacion particular de la misma no aparece adherida solo á su género, sino á los demás con que está en relacion, en una progresion al parecer infinita.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará).

---

## LA ESTRELLA DEL CIEGO.

¿Adónde vas, estrella bienhechora?  
¿Huyes acaso de la luz del día?  
¿Huyes del pobre ciego que te adora?  
No te vayas, por Dios, estrella mía!

No te vayas, por Dios, que, si soy ciego,  
llega tu luz al fondo de mi alma,  
prende en mi corazón sagrado fuego,  
y mi ansiedad y mis dolores calma.

Yo no veo tu luz, fúlgida estrella;  
pero en todo mi ser tu rayo siento;  
tu rayo, que en mi espíritu destella,  
alegrando mi triste pensamiento.

Yo no te puedo ver; pero adivino  
tu hermosa claridad, estrella ardiente:  
yo voy ciego y atado á mi destino,  
á solas con mi espíritu doliente.

Y si te alejas del benigno cielo  
que cobija la choza en que he nacido,  
lloraré día y noche sin consuelo,  
estrella de mi amor, porque te has ido.

¡Ay! ¡Te alejas! ¡Te vas!... ¿Á qué viniste?  
Por qué en tu luz mi espíritu inundaste?  
Y por qué mis suspiros acogiste?  
Y por qué mis dolores aliviaste?

Si había, estrella amada, de perderte,  
mejor fuera no haber tu luz hallado:  
que es, sin tu luz, la vida lenta muerte  
para mí, á quien tu luz ha reanimado.

Ya no saldré del véspero á la hora,  
ni en medio de la noche solitaria  
á vislumbrar tu faz encantadora,  
ó á gemir á tu amor una plegaria.

Ya no te seguiré, tu luz sintiendo  
llegar á mí por entre el bosque umbrío,  
y tu luz adorando y bendiciendo  
en las floridas márgenes del río.

Ya, al resbalar la luna rodeada  
de millones de fúlgidas estrellas,  
no alumbrarás mi frente fatigada,  
siendo mi encanto y el encanto de ellas.

Ya el sesgo rayo de tus bellos ojos  
no inflamará mi corazón latiente,  
ni al dulce fuego brotarán los rojos  
tintes de amor en mi mejilla ardiente.

¡Oh!... ¿qué será de mí, cuando sepulte  
su disco el sol y el tuyo no me inflame?  
Cuando la noche mi pesar abulte  
y en sus tinieblas lágrimas derrame?

¡Oh!... ¿qué será de mí, cuando á la altura  
mi faz eleve y tu calor no sienta?  
Quién calmará la lúgubre amargura  
que en este pobre corazon fermenta?

Nadie! Nadie!! Ay de mí! ¡Maldita suerte!  
¡Ojos sin luz! ¿Y para qué, Dios mio?  
¿Para vivir la vida de la muerte,  
seca la mente, el corazon vacio!

¡Ojos sin luz y el cielo sin mi estrella!  
Herido el corazon, sin paz el alma!...  
Llamo y nadie responde á mi querella!  
Nadie en el mundo mis dolores calma!

¡Ay! Dios de mi salud, Dios de mi vida!  
Ó un rayo de tu luz mándame luego,  
ó que vuelva mi estrella bendecida  
á alegrar el espíritu del ciego!

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.

---

## EL REY ESERDIS.

### APÓLOGO.

#### I.

En los tiempos antiguos vivia el rey Eserdis en el palacio de sus padres, en la cámara que los genios enriquecieran con sus presentes, que los maestros en el arte de pintar embellecieran con imágenes divinas, y en donde los poetas habian colgado sus arpas, que al solo mover de las hadas, ó al respirar de las esclavas, lanzaban sonidos mágicos apenas perceptibles.

En los aposentos subterráneos del palacio de Eserdis vivia el arquero Rustan, que conservaba el arco de su padre, contaba de edad un siglo y en su descendencia doce hijos y muchos nietos y nietas, de las cuales la menor era con razon llamada la perla de aquellos contornos.

Cien veces habia Rustan segado la miés de los campos, y en cien inviernos vestido la piel de los osos.

Setenta primaveras habia llamado hijo á su primogénito; catorce primaveras nieta á la nieta de sus entrañas.

El ardor del sol no le habia impedido fecundar con la mano y el arado los campos de su amo Eserdis; la fragosidad de los montes no le arredraba al perseguir á la fiera ó al tímido venado.

Habia servido con el arco y el corazón al alto Arisman, padre del rey Eserdis; ni una vez siquiera había holgado en la cámara encantada de Eserdis, hijo del sabio Arisman.

Y como contaba un siglo de edad, cada día por la mañana salía de su cueva, rodeado de sus hijos y nietos y apoyado en el arco hereditario é iba á recibir á la Muerte.

La cual en aquellos tiempos leyó en el libro del destino que debía descargar la guadaña sobre el mas anciano de los habitantes del alcázar. Mas como por la senda encontrase á Rustan entre su descendencia, y le contemplase tranquilo y robusto, no hizo alto en él, y se internó en el palacio.

El rey encanecido por los placeres y débil por la holganza, yacía en el lecho sobre muelles almohadas y cubierto de recios ropajes.

La mas bella de sus ninfas cantaba, y la dulzura de su voz y de su cítara bastaba apenas á excitar la sonrisa al aletargado monarca.

La mas jóven de sus ninfas derramaba el humo del incienso de que el monarca apenas se apercibía.

Y dijo la Muerte á Eserdis, que no contaba medio siglo de edad: «Pues eres el mas viejo de tu alcázar, sígueme.»

## II.

El rey Eserdis, tendido en su cama mortuoria, dijo: «Duermo sobre espinas, y ni una flor se ha depuesto sobre mi tumba.»

Respondió la Muerte: «Tal mereciste.»

Y el rey: «Si ahora habitase en mi alcázar, no me adormecería el olor del incienso, ni el sonar de la cítara turbaría mi mente. Enjugaría durante el día las lágrimas de mis vasallos, y platicaría durante la velada con el arquero Rustan, fiel servidor de mi padre.»

Respondió la Muerte: «Un día te concedo para habitar en el palacio de los vivientes.»

¿Creeis acaso que Eserdis abrió el libro de las leyes de sus abuelos, que subió al amanecer á su torre de oro (en mal hora fabricada), que recorrió los campos del labrador, y que voló á las fronteras á rechazar con su espada al enemigo que las invadía?

Despertóse al ruido de los címbalos, y los esclavos negros le sirvieron olorosas frutas. Adormecióse al canto del juglar que le encomiaba la vanidad y el deleite.

Dispertóse al humo del nardo, y escuchó la voz de su mas bella esclava ante su lecho. Y no sacudió el letargo.

Mas los siervos y las ninfas temblaban, porque pendía una guadaña sobre el lecho del monarca.

Y cuando cumplió el plazo, acudió la Muerte, encontróle sobre muelles cogines, y envuelto en recios ropajes.

Y dijole: «Pues no has sabido vencer la perversa costumbre, sentirás nuevas espinas y ni una flor será depuesta sobre tu sepulcro: Sígueme.»

MANUEL MILÁ FONTANALS.

## LA PERLA

DE LA PLAYA DE ALGECIRAS.

### I.

Buscando va solitaria  
por las playas de Algeciras  
almejuelas, caracoles  
y corales una niña.

Era la niña una perla;  
Concha por nombre tenia,  
y su nombre era la concha  
de aquella perla tan fina.

Vaga por sus labios rojos  
encantadora sonrisa,  
y un bello carmin colora  
su nacarada mejilla,  
porque á muy corta distancia  
con miedo y placer divisa  
un atrevido soldado,  
que en ella clava la vista.

Está sola: temerosa,  
al mirar que se aproxima,  
quiere huir: al intentarlo,  
— ¡alto! — el soldado le grita.

De lo que entrambos hablaron  
yo no podré dar noticia,  
mas, que era de amor la plática,  
harto bien lo significan  
de sus miradas el fuego,  
la expresion de las sonrisas,  
del jóven el entusiasmo,  
la turbacion de la niña.

Algunas gentes se acercan;  
la escena de amor termina;  
y al separarse, soltando  
las manos antes unidas,  
él con afan á la hermosa  
— dime tu nombre: — le grita,  
y la hermosa le presenta  
una concha nacarina.

### II.

En una noche serena,  
melancólica la luna  
va cruzando el firmamento,  
cercada de pompa augusta.

Todo en silencio reposa;  
solo las olas murmuran  
al dilatar por la playa  
sus argentadas espumas.

Y triste, callada, inmóvil,  
de la playa en la menuda  
arena, cual vaga sombra  
una mujer se dibuja.

Otra llorosa y doliente  
viene afanada en su busca,  
y, al llegar á la primera,  
exclama con amargura:  
— ¡Hija del alma, levanta!  
— Dejadme, madre, que sufra,  
dejadme llorar á mares,  
dejad que muera de angustia.

Aquí por la vez primera  
sentí de amor las dulzuras....  
se fué á la guerra del moro....  
¡ay! quizás no vuelva nunca!

### III.

Hay un lecho de dolor  
en una humilde cabaña,  
y en él un bravo guerrero  
el último aliento exhala.  
Generosa y compasiva  
cuidándole está una anciana:  
á los piés del pobre lecho  
yace una jóven postrada.

Al cielo eleva sus ojos,  
y de ellos brotan amargas,  
surcando su rostro bello  
en ancho raudal sus lágrimas.

El viento entre tanto zumba,  
el mar irritado brama,  
y aquel miserable albergue  
con sus olas amenaza.

Entreabrió los tristes ojos  
el moribundo con pausa,

y pronunció lentamente  
estas sentidas palabras:

— Pocos momentos de vida  
me restan: muy presto el alma  
dejará mi cuerpo inerte,  
volando á los cielos rauda.

¿Qué importa morir, si muero  
por la honra de mi patria,  
y es un símbolo de gloria  
esta herida que me mata?

¿Qué importa que acá en la tierra  
muera el amor que me abrasa,  
si han de ser allá en los cielos  
realidad mis esperanzas?

Concha, escucha: cuando triste  
de Tetüan en las playas,  
atravesado de heridas,  
en mi sangre me bañaba,  
ví descender de los cielos  
un ángel.... el de mi guarda,

que en mi socorro viniera,  
cubriéndome con sus alas.

Y aquel ángel, Concha mia,  
tanto á tí se asemejaba,  
que dudo, si él eras tú,  
ó tú el ángel de la guarda.—

No dijo mas; la agonía  
la voz corta en su garganta,

Cerca de la choza humilde,  
donde habitaba la niña,  
hay á la sombra de un sauce  
una lápida sencilla:  
sobre ella una triste anciana  
arrodillada suspira:  
dejadla llorar, es madre,  
y allí descansa su hija.

y la anciana bondadosa  
á Dios le encomienda el alma.

La niña su mano estrecha,  
en ella vierte sus lágrimas,  
mas el hielo de la muerte  
muy presto su mano pasma.

Sintiólo Concha, un gemido  
arrancó de sus entrañas,  
y tras aquel grito ronco  
cayó al suelo desmayada.

#### IV.

Cuando alguno la pregunta  
qué dolor la martiriza,  
sin levantar la cabeza,  
con trémula voz replica:  
—Estoy guardando un tesoro:  
por él velo noche y día;  
que aquí reposa LA PERLA  
DE LAS PLAYAS DE ALGECIRAS.

T. DE ROJAS.

## BIBLIOGRAFÍA.

*Manfredo*, poema dramático de Lord Byron, traducido en verso directamente del inglés al castellano por D. José Alcalá Galiano y Fernandez de las Peñas.—Madrid: 1861.

Doloroso es considerar que la literatura inglesa, mas notable por el mérito que por el número de las obras, apenas es conocida en nuestra patria, y que los pocos libros de ella que han logrado fama entre nosotros solo hayan podido ser gustados en traducciones francesas, con harta frecuencia inexactas, y de cuyo idioma han sido vertidas al nuestro, algunas obras de Richardson y Walter Scott, de Milton y de Byron.

El *Manfredo* de este último pertenece á la parte menos popular en nuestra patria de las obras del gran vate inglés, y por eso fuera de desear que los inteligentes admiradores del insigne lord, siguiesen el ejemplo del novel traductor cuyo nombre encabeza estas líneas, con la conciencia y seguridad, con la precision y exactitud á que tienen derecho las producciones del ingenio en su version á extraños idiomas, mayormente cuando su valor literario é importancia las hace acreedoras á la mas respetuosa consideracion.

«Al acometer la obra de traer de una á otra lengua composiciones poéticas (dice en el prólogo que antecede á la traduccion presente el Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, tan justamente apreciado en la república literaria y que ha hecho estudios especiales sobre los autores ingleses), debe el traductor, y no deben menos los lectores que hayan de juzgarle, hacerse cargo del carácter del poeta, y tambien del de la nacion y lengua en que el original ha sido concebido y escrito. No de otro modo es posible empaparse en el estudio de los



originales para enterarse bien de lo que en ellas ha de conservarse y variarse al traducirlos, y no de otra manera pueden juzgar bien los lectores al encontrarse con ideas y expresiones que son para ellos peregrinas.»

La fidelidad, pues, de espíritu y de frase, la mas escrupulosa fidelidad, debe presidir á este linaje de tareas, y con notable acierto la recomienda el Sr. Alcalá Galiano en las anteriores líneas. Bien sabido es que las dificultades casi insuperables de la version literal en obras de lo que se ha convenido en llamar amena literatura, todavía son grandes en una traduccion concienzuda que aspire á justificar su título; pero en empresas puramente voluntarias los inconvenientes deben medirse antes, no alegarse despues como exculpacion y amparo.

Estas dificultades crecen aun mas, cuando, para ofrecer una obra poética en traje semejante al que ostenta en su nativo idioma, se procura traducir en verso. Sin dilucidar aquí la cuestion de preferencia entre las versiones en prosa y las rítmicas, cuestion que rehusa decidir el Sr. Alcalá Galiano (D. Antonio) á pesar de su ilustracion y experiencia literaria, puede sentarse que, si las segundas ofrecen el pensamiento del autor en su verdadero atavío, ejerciendo á la vez mas general influencia y popularidad, mientras las primeras se pueden casi llamar traducciones eruditas, en que mas se estudia por curiosidad y aficion que se lee por gusto, son en cambio mas aventuradas que estas y requieren, por decirlo así, en su engañosa libertad, una segunda creacion, que puede á veces desnaturalizar la primera.

No creemos, con todo, infructuosa y desmerecedora de indulgente benevolencia la generosa empresa del modesto jóven, á quien el antiguo orador ha transmitido con su nombre no pocas cualidades notables de las que forman su mérito: rica herencia, superior á toda otra, y que gozada en vida de ambos, está sin duda destinada á aumentarse, fructificando mas y mas con los consejos del anciano senador.

P. M.

---

## VARIEDADES.

---

La escultura y la pintura someten á nuestros ojos los objetos en su realidad visible. No sucede así con la poesia: esta se limita á evocar imágenes en nuestro espíritu y á excitar los sentimientos del alma. Ya, en este sentido, lo que en ella domina, aun en las obras donde mas verdad sensible da á sus cuadros, es el lado *subjetivo*. Así, sus creaciones conservan mayor relacion de intimidad con el espíritu que las de las artes del diseño; con todo, siendo el carácter de la poesia épica exponer el asunto, ya en su generalidad sustancial, ya de una manera aproximada á los procedimientos de la escultura y la pintura, el poeta, al menos en el punto culminante de este arte, desaparece ante los sucesos que aparentan desenvolverse por sí mismos. Para resistir esta tendencia que la arrastra á lo exterior, es menester que el alma refiera á sí propia el conjunto de los objetos y relaciones externas, penetrándolos con su mas íntimo pensamiento. Por otra parte, al concentrarse en sí misma, debe dejar campo á sus impresiones, abrir los ojos y los oídos; y, en vez de encerrarse en un mudo sentimiento, dar vuelo á su imaginacion, prestando voz y lenguaje á los pensamientos y emociones de que se encuentra llena. Ahora bien, por lo mismo que semejante género de expresion está excluido de la narracion épica, en la cual solamente deben ocupar la escena los personajes y los acontecimientos, esta forma *subjetiva* de la poesia tiene tanto mas derecho á desenvolverse en un círculo aparte, independiente de la epopeya. En efecto, desde luego el espíritu, desprendiéndose de los objetos, se repliega sobre sí mismo, dirige la vista á su propia conciencia y satisface la necesidad, que le solicita, de representarse, no la realidad exterior, sino sus propios sentimientos, sus reflexiones, sus impresiones; en una palabra, el fondo de su pensamiento y los movimientos de su vida íntima. De otro lado, para que esta revelacion del

alma no se confunda con la expresion accidental de los sentimientos ordinarios, y ofrezca la forma del pensamiento poético, es necesario que las ideas é impresiones que el poeta describe, á la vez que personales, conserven un valor general, que sean los verdaderos sentimientos de la naturaleza humana, mediante los cuales la poesia crea, con viva animacion, una expresion verdadera tambien.

Al mismo tiempo, si la simple revelacion del dolor y la alegría alivia el ánimo, las expansiones de la POESÍA LÍRICA pueden asimismo prestar igual servicio. No se limita, sin embargo, al empleo de este medio vulgar; tiene una mision mas alta que la de aliviar el espíritu del sentimiento que le oprime: es la de libertarlo en la esfera misma del sentimiento. La ciega dominacion de éste consiste en que el alma se identifique toda con él, hasta el punto de no poder considerarse y expresarse á sí misma: la poesia, verdaderamente, libra el alma de esta opresion ofreciéndole ante sus ojos su propia imágen. Ni se contenta con arrancarla así de su objeto y tener este á raya; á la vez, hace de cada sentimiento accidental un objeto purificado, idealizado, en el cual el alma vuelve libre á sí misma, á la conciencia serena de su situacion, y vuelve á encontrarse en su natural esfera. Esta virtud libertadora de la poesia no puede, sin embargo, llegar aquí tan lejos como en la dramática, donde el sentimiento y la pasion se muestran en la escena, como quiera que en la accion es donde el alma se halla en su esencia real; mientras la manera como el alma se objetiva y se contempla en la poesia lírica, conserva todavía un carácter íntimo. Tambien, cuando decimos que ella se libra y sale de sí propia, solamente se quiere dar á entender sacude el yugo de esa inmediata concentracion, que la priva á la vez de pensamiento y de palabra, abriéndose, una vez libre, á la expresion de sí misma. Lo que antes únicamente experimentaba, lo concibe ahora y lo representa bajo la forma de pensamientos é imágenes de que tiene conciencia.

Tales son, en general, la esfera y la mision de la poesia lírica, y los caracteres esenciales que la diferencian de la épica y la dramática.

H.

Copiamos de un periódico:

«La exploracion del polo antártico vuelve á ocupar la atencion de los marinos.

El 14 de Enero de 1775, como á la mediacion del verano del hemisferio austral, el célebre capitán Cook, haciendo su viaje de circunnavegacion, descubrió una isla situada á los 54°5' Sur, latitud que corresponde á la de Irlanda en el hemisferio boreal. El 17 saltó en tierra, y desplegando al aire su pabellon y mandando hacer una descarga de mosquetería, tomó posesion de aquel país en nombre de su soberano.

El intrépido navegante no creyó oportuno emplear mucho tiempo en estudiar detenidamente aquella isla, á la que llamó Georgia. «Nadie, dijo, podrá gozar del beneficio de su descubrimiento.» En efecto, si hemos de tener en cuenta la ligera descripcion que se hace de ella en las memorias de su viaje, su aspecto y sus condiciones ofrecian muy poco ó nada. «Los valles, escribia el capitán Cook, están cubiertos de nieves perpétuas; no hay un solo árbol, ni siquiera un arbusto bastante grueso para hacer de su tronco un palillo de dientes.»

Lo que, sobre todo, llamó su atencion fué la rareza del clima. Hablando de él, dice: «¿Quién hubiera podido suponer que, en mitad del verano, una isla de tan poca extension, situada entre los 54 y 55° Sur, estuviese cubierta de muchos piés de nieve?»

Continuando despues en su aventurera escursion, una de las que mas fama de intrépido le conquistaron, Cook descubrió la tierra de Sandwich, sita á los 59 y 60° Sur, y una vez en aquel punto, creyó poder afirmar «que las tierras situadas mas al Sur no podrian explotarse, porque están condenadas á las nieves eternas, y no se siente jamás en ellas el calor de los rayos solares.» «Ninguna descripcion, añade, basta á dar una idea del aspecto salvaje y horrible de aquel país.»

¿Quién le hubiera dicho entonces que, despues de él, otros navegantes irian no solo hasta aquella latitud, sino que pasarían mas adelante? ¿Quién le hubiera dicho que aquellas islas, que segun su opinion nunca servirían para nada, suministrarían al comercio mu-

chos millones en aceite y pieles? ¿Quién, por último, que la isla llamada por él *Desolación* á causa de su aspecto horrible, pondria anualmente en circulacion dos millones de toneladas de mercancías, ocupando por sí sola á mas de trescientos marinos?

Pero si todo esto le hubiera sorprendido, mucho mas asombro le causaria la carta que el comodoro Maury, autor del sistema de navegacion por los vientos y las corrientes, ha enviado á los representantes de las grandes potencias marítimas establecidas en los Estados Unidos. En esta carta, no solamente afirma el marino norteamericano que, en su opinion, no existe gran diferencia de temperatura entre el invierno y el verano del polo antártico, sino que juzga posible habitar en aquellas regiones. Por lo demás, nada extraño es que esta atrevida opinion hubiera asombrado entonces, cuando hoy mismo viene á contradecir todas las ideas vulgarmente admitidas sobre este asunto.

M. Maury, que no ignora ninguno de los descubrimientos hechos en meteorología marítima, hace algo mas que suponer: afirma y prueba. Sus pruebas son conocidas de todos ó casi todos los sabios que se ocupan de esta materia, pues las ha desenvuelto en su libro titulado *Physical geography of the sea*. En él se destruye la opinion de que el polo Sur no es otra cosa que una gran masa de agua y de hielos. M. Maury afirma «que es una tierra,» y M. Jillek, en su excelente tratado de *Oceanography*, viene, en su apoyo, diciendo que «sobre esto no existe ningun género de duda.» Los descubrimientos posteriores, aunque pocos en número, han venido á robustecer esta opinion.

Pero no es para demostrar estos hechos ya admitidos para lo que el comodoro anglo-americano se dirige á las grandes potencias marítimas. Su carta es algo mas que una disertacion científica: en ella se encuentra perfectamente trazado un proyecto de expedicion al polo antártico, cuya ejecucion daria por resultado el conocimiento de una region envuelta aun en misteriosas nieblas.

Ya se ha dicho que el extremo meridional del mundo es un continente, y como tal se juzga abordable. Hace cuarenta años, el ruso Billingshusen, el francés Dumont d'Urville, el inglés Ross y el

americano Wilkes, todos casi en una época, demostraron que el abordar al polo austral es empresa difícil, pero no imposible. De entonces acá, los recursos y medios de accion de los navegantes se han hecho mayores, al par que se han extendido los conocimientos marítimos. M. Maury, en un cuadro luminoso, nos muestra los buques de vapor, que no conocieron los primeros navegantes al polo ártico; nos habla de la experiencia adquirida en los viajes al Norte, y presenta como fáciles de vencer los obstáculos que se creian mas insuperables. Además el oro de Australia ha dado ocasion para crear en los antípodas de Europa uno de los puertos mas importantes para el comercio del mundo. En menos de una semana, puede irse en un *steamer* desde este puerto al círculo antártico.

Pero ¿qué pueblo, qué buque, qué marino irá el primero á clavar gloriosamente el pabellon de su patria sobre el mismo eje del globo? M. Maury no guarda el alto honor de esta empresa para ningun determinado país: quiere que pertenezca á todos, para lo cual propone una expedicion en comun, que deberian formar todas las naciones interesadas en los adelantos de las ciencias marítimas.

El pensamiento del sabio americano es grande y generoso; pero las rivalidades y diversidad de miras entre los diferentes países, no menos que la historia de otras expediciones de este género, prueban que, al concebirlo, la razon del hombre de ciencia ha ahogado en él la del hombre político. La empresa, no imposible ciertamente, es difícil hoy; pero al realizarla en el porvenir, no podrá olvidar nunca el mundo la gloriosa iniciativa del ilustre marino.»

---

Al estudiar la música profana, se nos ofrecen en primer término la CANCION y la ROMANZA. Pero, dejando un conocimiento mas profundo y extenso de este asunto á los arqueólogos é historiadores de la música, y limitándonos á examinar algun trozo de reconocido mérito, fijaremos los caracteres distintivos de este género.

La cancion burlesca, el *couplet* mordaz y satírico de los franceses, no inspira gran cosa al músico: lo que en esta clase de com-

posiciones se busca es la ocurrencia ingeniosa, el chiste epigramático, no la melodía, á la cual se atiende mucho menos. Raro es que los poetas de canciones satíricas llamen en su ayuda á un artista inspirado; lo corriente es que compongan la letra, aplicándola despues á cualquier antiguo canto popular, que á veces sirve para veinte diferentes poesias; y aun suele dejarse la música en claro y á eleccion del lector, segun acontece en Francia con muchas de las celebradas canciones de Beranger, y entre nosotros, por ejemplo, con ciertos cantos patrióticos. Mas si la cancion aspira á revestir forma verdaderamente musical, se hace con frecuencia melancólica y triste. Considerando en este sentido las canciones que suelen cantarse en los banquetes (báquicas, brindis, bacanales, etc.) cuya melodía pueda llamarse bella con propiedad, se encuentra en ellas siempre alguna alusion á la fragilidad de los goces terrenales y á la brevedad de la vida; y esto consiste en que la risa es una emocion superficial que no proviene del fondo íntimo del alma. Reimos con el ingenio; solo el sentimiento es el que canta. La música traduce mejor la alegría serena que la risa, y mucho mejor aun la pasion y el sufrimiento que la alegría y la felicidad. Así, la verdadera belleza musical debe mas bien buscarse en las romanzas que en las canciones, existiendo entre las primeras bellísimos modelos de este género, que cual obras inmortales, no envejecen á los golpes rudos de la fortuna y de la moda.

El amor, uno de los sentimientos mas vivos del alma, es tambien el que suministra á la romanza sus mas brillantes inspiraciones; mas, como el amor rara vez es feliz, y por otra parte, cuando es feliz calla y se esconde, lo que habitualmente canta son sus deseos inútiles, sus desengaños, sus penas ó sus arrebatos contra la ingratitud de la persona amada. Hé aquí de qué modo la romanza, en su mas exquisita forma, es casi siempre una elegía cantada.

En la mayor parte de las romanzas, el sentimiento, la pasion, el dolor mismo, se velan de melancolía, dulcificándose al exhalar-se, y no rompiendo por lo comun en acentos trágicos, cuya expresion mas solemne dificilmente retratan en toda su delicada pureza, sin que se exagere y decaiga en la hinchazon de un falso li-

rismo, defecto harto notable en la generalidad de las amaneradas romanzas francesas, y del cual se han contagiado no pocos de nuestros compositores.

Sin desconocer las condiciones esenciales del género, sin violar ni un instante sus leyes, pidiendo al alma la plena confianza de sus mas puras emociones, de sus sentimientos mas delicados y profundos, F. Schubert, cuya música es tan simpática entre nosotros, ha elevado la simple cancion al movimiento dramático y á todo el poder patético de las obras maestras. Su melodía, sobria en efectos, pero de una admirable exactitud de expresion y apoyada sobre una bella armonía que, lejos de oprimirla y estrecharla, la auxilia y engrandece, se apodera del corazon, lo agita, lo conmueve, le conturba dulcemente ó le rompe en ocasiones. Para todo el que haya sufrido alguna vez una herida semejante á la que se exhaló en sus *Quejas de la niña*, los sollozos y gemidos de aquella voz desesperada le harán volver á sentir sus amargos dolores, cuyo penoso recuerdo se mezcla, al evocarse de este modo, con la dulzura que se adhiere á la memoria del dolor y con las delicias propias de la purificacion que obra el arte, al extirpar el elemento material y prosáico que, hijo de nuestra condicion, perturba y afea nuestras emociones.

Un noble lazo entre dos séres es mas hermoso si, arraigado fuertemente en el alma, sobrevive á su objeto y reviste el brillo immaculado de las afecciones ideales, triunfando en la region del sentimiento sobre las contrariedades que por lo regular han de respetarse necesaria y religiosamente en el mundo de la realidad, merced á las inquebrantables condiciones de nuestro social destino, y á las relaciones de subordinacion y coexistencia del amor con intereses dotados de superior importancia, de mayor valor objetivo y mas dignos, por tanto, de ser preferidos, cueste lo que cueste.

Mas si este sentimiento imperecedero del amor ideal, en la esfera de la pura poesia, se ilumina por un rayo divino de sobreterrenas esperanzas, el *Adios* del mismo Schubert, digna expresion de estos afectos, revela cuánta sublimidad cabe en esa confianza religiosa, y lo revela aun mejor que la poesia francesa sobre que está com-

puesto y que le es inferior en mucho, aunque sencilla y tierna.

Voici l' instant suprême  
L' instant de nos adieux!  
O toi, seul bien que j' aime,  
Sans moi retourne aux cieux.  
La mort est une amie.... etc.;

cuya traduccion italiana que comienza

Ecco il supremo istante  
L' istante del dolor.... etc.,

se une por cierto mas intimamente con el acento de la melodía, á causa de la reconocida superioridad musical y poética de este idioma respecto del francés, cuyas vocales oscuras y entonaciones monótonas tanto perjudican á su música.

Entre nosotros, la romanza, llamada elegía musical por M. Lévéque (1) (de quien hemos tomado casi todas las anteriores consideraciones, ampliándolas y corrigiéndolas en la parte que era necesario), es género que goza de cierta fortuna, si bien son pocas las producciones de esta clase que pueden ofrecer nuestros compositores dignas de compararse con algunas de Schubert. (2), cuyo genio, arrastrado alguna vez por el amanerado sentimentalismo de engañosa frivolidad á que propende este género (comparable en sus bastardas manifestaciones á las poesías de album y á los *à propos* pseudo líricos) se eleva majestuoso, con toda frescura y libertad, en las dos obras citadas y en otras, tales como *La Serenata*, *El Canto del cisne*, *El Elogio de las lágrimas*, etc.

Z.

En la mañana del 16 del corriente tuvieron lugar dos solemnidades académicas: la recepcion del catedrático de Lengua árabe en la facultad de Letras de esta Universidad, Sr. D. Francisco J. Simonet, y la inauguracion del curso en el Instituto provincial de se-

(1) La Science du Beau, t. II, c. 5.

(2) Puesto que en Granada escribimos, no dejaremos pasar esta ocasion de citar la bellísima romanza *Lágrimas de un hijo*, debida al maestro Sr. D. Bernabé Ruiz de Henares, y que por su delicado sentimiento é inspiracion merece un alto lugar entre las mas profundas y originales melodías de este género.

gunda enseñanza. Sin tiempo ya para extendernos en reseñar el primero de estos acontecimientos, y reservándonos apreciarlo debidamente cuando se impriman los discursos en él leídos, no podemos menos de hacer constar el notable mérito con que el dignísimo profesor y reputado orientalista desenvolvió su tesis de la «importancia del estudio de la lengua árabe,» en que ofrece un acabado cuadro de la civilizacion arábigo-hispana, rico en profundas consideraciones críticas y filosóficas, presentadas en elegante estilo, y que forman un trabajo altamente estimable de historia y literatura sobre asunto tan digno de exámen. La contestacion del Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, correspondió á la disertacion del autor de la *Descripcion del Reino de Granada* y las *Leyendas árabes*, y á lo que podia esperarse de su abundante erudicion y elevado criterio.

En la apertura del curso del Instituto, que tuvo lugar en el mismo dia, con notable concurrencia, fué leida la Memoria de costumbre, bien redactada por su Vice-Director el Sr. D. Fernando Gonzalez, que desempeña interinamente la direccion por ausencia del propietario: esta Memoria ofrece un estado detenido y metódico de las matrículas, premios, movimiento del personal, y mejora del material de enseñanza.

G.

Segun las últimas noticias recibidas de Madrid, el Gobierno se ha servido completar en esta Universidad los estudios de la Facultad de Filosofia y Letras hasta el grado de Licenciado, medida reclamada por las necesidades literarias de nuestra Provincia, y que tan provechosos resultados nos hace augurar para los destinos de dicha escuela. Con este motivo se crearán en la misma las Cátedras de Poetas griegos y de Historia crítica de España, únicas que faltaban, y que probablemente se pondrán á cargo, por ahora y por desgracia, de un profesor supernumerario.

Al reconocido celo del Sr. Rector se debe en gran parte el feliz éxito de las gestiones practicadas con este fin por el Claustro universitario, y que hasta ahora habian sido inútiles. Felicitamos al Sr. Gonzalez Huebra, cuyo nombre se une á disposicion de tan alto interés, y esperamos de su último viaje á la córte, en que sin duda habrá hecho conocer exactamente al Gobierno de S. M. la situacion y exigencias de la enseñanza, nuevos resultados que muestren mas y mas una actividad tan laudable como digna de ser imitada.

G.

Leemos en nuestro colega *La Alhambra* las siguientes líneas, que reproducimos con viva satisfacción.

«Tenemos las mas lisonjeras noticias del éxito que han conseguido en el museo de Kensington, en Londres, los modelos de reducciones del palacio árabe de la Alhambra, que tiene presentados allí nuestro distinguido artista y paisano D. Rafael Contreras.

Continuamente acuden á verlos los infinitos curiosos que visitan en estos momentos la Exposicion universal, y no dudamos que al final de ella consigan el premio que se merecen, como ya lo consiguieron en la de 1851, y en la de París de 1855.

D. Rafael Contreras ha sido el primero que imaginó este género de trabajo, y en él ha perseverado constantemente desde que hace quince años tuvo la honra de presentar á S. M. la Reina el modelo completo de la sala de las *Dos hermanas*, modelo que fué premiado y adquirido por S. M.

Hoy sabemos que tiene dispuesto para el día en que nos visite nuestra augusta Soberana, una hermosa y variada coleccion de reducciones de todos los aposentos del alcázar, hechas en escalas diferentes, desde la cuarta á la duodécima parte de su tamaño. De esta manera justifica la posibilidad de reproducir así todo el palacio árabe, que le tiene encomendado el Patrimonio, lo mismo que el acierto con que desempeña en la Alhambra la parte de restauracion, tarea no menos difícil, y por la cual tantos elogios le tributan las personas entendidas de España y del extranjero.»

Con satisfacción y verdadera gratitud hemos visto trasladados á las columnas de algunas publicaciones de la córte, parte no pequeña de los trabajos que han visto la luz anteriormente en nuestra REVISTA. El honor que nos dispensan al admitir tales obras, de las cuales no ha querido esta redaccion reservarse la propiedad, será mas agradable para nosotros si se sirven añadir á su insercion la nota de su procedencia, segun es uso y costumbre y vemos hacen con otros periódicos análogos al nuestro.

ERRATA. En el núm. 9.º, pág. 384, lín. 30, dice *del benedictino*; debe decir *del agustino*.

FOR TODO LO NO FIRMADO:  
El Secretario de la Redaccion,  
T. DE ROJAS.

El Editor responsable, D. Mariano Martínez de Castilla.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

## UNA OBSERVACION

SOBRE

# CERVANTES.

Tanto se ha dicho y puede decirse de nuestro mayor ingenio, que no será por demás considerarle un momento como crítico y como viajero, ó por mejor decir, como visitador de Roma.

¿Cervantes fué crítico? — No falta quien considere sus obras como atestadas de conocimientos científicos, único medio que algunos alcanzan para darse razon de su fama constante y universal, y ha habido tambien un sagaz profesor de medicina que probó con muy buenas razones que debia contarse entre sus cofrades al autor del *Quijote*. ¿Fué, pues, médico Cervantes? Como Homero anatómico y cirujano. Los historiadores de la medicina señalan en la *Iliada* las primeras exactas descripciones de una herida, de unos huesos fracturados, etc. ¿Hasta qué punto debemos, pues, considerar como sabios de profesion á estos grandes poetas? Cuestion que no es para este momento, y cuya resolucion tampoco nos importa, pues fuese ó no médico Cervantes, mas naturalmente debió ser autor de crítica literaria, puesto que empleó una buena parte de su vida en el estudio y en la composicion de obras de ingenio que como crítico se presenta á sí mismo directa y repetidas veces, y que su principal obra viene á ser una censura literaria. Creemos, pues, que Cervantes fué crítico y no de una sola manera, sino de tres maneras distintas, ó, lo que vale lo mismo, que en Cervantes habia tres críticos.

En primer lugar, debía tener aquel grado de reflexion literaria, aquella ciencia de sus propios recursos, aquella crítica, en una palabra, que es necesaria á todo compositor. Para esto no necesitaba recordar códigos escritos por otros ó establecidos por sí mismo de antemano, pues le bastaba el instinto cultivado por buenas lecturas, y aquel arte que van adivinando ó descifrando los autores originales á medida que componen, y que si no les exime de incorrecciones y desigualdades, les sostiene mejor que las andaderas para otros necesarias. Una sola regla creemos que se habia impuesto, y era la de «procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, saliese su oracion y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzaba y era posible, su intencion, dando á entender su conato, sin intrincarlo y oscurecerlo.» Con este ligero avío, y con su buen ingenio, debió abandonarse á Dios y á la buena ventura.

En segundo lugar, su talento perspicaz y su delicado sentimiento aplicados á la observacion de objetos literarios, produjeron sin esfuerzo algunos pensamientos felices y atinados, y algunas expresiones vivas y sentidas que merecen figurar en la historia de la buena crítica. Dignamente ha sido celebrada la bellissima pintura de la poesía que en la *Gitanilla* se ve como perdida y olvidada en el deurso de un diálogo familiar. «Hase de usar la poesía, como una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada dia ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razon que la muestre: la poesía es una bellissima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discrecion mas alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita, etc.» Mas que muchísimas definiciones, nos da una idea de la naturaleza de la poesía esta bellissima y libre personificacion que nada define. Los mismos griegos no inventaron para sus musas facciones mas halagüeñas ni mas nobles. Pues ¿qué diremos de aquellas palabras en que Dorotea explica los efectos de la hermana gemela de la poesía.... «la experiencia que mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los tra-

bajos que nacen del espíritu,» sino que valen mucho mas que tratados enteros y aun que ciertos poemas sobre la música? Al mismo instinto critico de Cervantes debe atribuirse aquella distincion sobre el mérito de las poetas de los caballeros trovadores, que en opinion suya tenian mas *espíritu que primor*, palabras en que hallamos las modernas equivalentes de *inspiracion* y de *ejecucion*, ó si se quiere las ahora tan sonadas de *fondo* y de *forma*. Algunas calificaciones literarias magistralmente aplicadas en el donosísimo escrutinio de la librería del hidalgo manchego, algunas ideas exactas contenidas en los discursos del docto canónigo se han de reducir tambien á esta segunda categoría de la crítica de Cervantes, no menos que el sagaz discernimiento que le mostró cuánto se prestaba á ser censurado y ridiculizado (sin desconocer algunos aciertos) en la decadente literatura romanesca á que pertenecian los llamados libros de caballerías. ¿Acaso los tiros de Cervantes llegaron mas allá de lo que él propio intentaba? Deberia contestarse afirmativamente si se adoptase la teoría en rigor paradójal (1) de que en el Quijote se parodió no solo el abuso de las ideas caballerescas, sino tambien toda propension heroica y poética.

En último lugar, las ideas literarias de Cervantes participan de la crítica revuelta, contradictoria y superficial de su época. No hay que fijar mucho la atencion en los epigramas mas ingeniosos que instructivos acerca del hambre de los poetas, etc., ni en algunos lugares comunes muy razonables que nos enseñan que no debe pintarse un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero y una princesa fregona,» y que poco le hubieran hecho adelantar en la pintura de caracteres, á no haberle inspirado su ingenio bellezas mas delicadas que las sugeridas por semejantes preceptos. Lo mejor en este género es el epigrama de que se valió despues Boileau para denigrar nuestros *groseros espectáculos* (2),

(1) Cuando se escribieron estas líneas, no se agitaba la cuestion de si el *Quijote* tiene ó no un segundo sentido. Por nuestra parte creemos, hasta que se nos pruebe lo contrario, que la crítica debe buscar, dentro de ciertos límites, este segundo sentido, si bien no hubo en Cervantes la intencion de ponerlo.

(2) *Enfant au premier acte et barbon au dernier.*

contra las comedias en que sale « un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda ya hecho hombre barbudo. » Al espíritu de la crítica de su tiempo y á su índole benigna pertenecen tambien los continuos epítetos de grande, famoso y divino tan sin medida prodigados á los escritores contemporáneos, como tambien su complacencia, poco acorde con sus pretensiones clásicas, en la composicion de ovilletes y glosas, una de las cuales proclama, aunque en boca de un loco, obra del mejor poeta del orbe. Así tampoco desdeñaba Cervantes el género pseudo-pastoral, tan en boga entonces, á pesar de que no desconociese su lado ridiculo y de que « sus disfrazados pastores no lo fuesen sino en el hábito; » y no sabemos si debe achacarse á su incierta crítica ó á los misteriosos caprichos del amor propio la preferencia sobre las demás obras suyas dispensada al *Persiles* y *Segismunda*, novela, á pesar de sus grandes méritos, emparentada con el falso género cultivado en el Bajo Imperio. El celebrado discurso acerca del estado de la poesía dramática en su época, no nos da en su conjunto un testimonio de ideas mas claras y fijas de las que se han llamado reglas del arte en Cervantes, que el *Arte nuevo* en Lope de Vega, debiéndose mas bien ver en el último el deseo de que « no le llamasen bárbaro Italia y Francia, » así como en el primero una inocente ojeriza contra los triunfos dramáticos de sus fecundos sucesores, y la perdonable intencion de recordar sus olvidadas composiciones escénicas; pues, á la verdad, en punto á regularidad y pureza clásica no hay que pedir mucho mas á la *Numancia* que á cualquiera improvisacion de Lope. Por fin, el mismo que tan graciosamente se habia burlado de la pedantería dominante, y que para llevar á cabo su invectiva de los libros de caballería « de quienes nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron, » no necesitaba « de las medidas geométricas, ni de la confutacion de los argumentos de que se sirve la retórica, » ni de mezclar « lo humano con lo divino, » ni de andar « mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, » al tratar de la posible composicion de un buen libro caballeresco, pretende que su autor ya se muestre astrólogo, ya cosmó-

grafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, acaso nigromante, y que una las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, etc., etc., lo cual acaba de probar que tan preclaro ingenio no estaba exento de los resabios de su época en materias críticas. Muy comun es en realidad semejante influencia aun en los que creen juzgar independientemente y por sus propios ojos, ó segun les dicta la naturaleza, expresion de tan buen socorro, como de embarazosa definicion.

Despues de haber considerado á Cervantes con imparcialidad no irreverente, como el mas feliz é ingenioso expositor de la crítica literaria de su tiempo en muchas de sus páginas, al paso que en otras genio sorprendente é incomparable en esta como en las demás materias, le miraremos bajo un punto de vista todavia mas especial, cual es el de visitador de Roma.

Danos para ello motivo un moderno y muy distinguido escritor francés, en gran manera apasionado á los viajes, y en quien la morada de Roma dejó al parecer indelebles recuerdos, en una especie de monografía (pues á monografías se ha llegado ya en literatura), donde nos da razon del efecto producido en el ánimo de escritores de diferentes tiempos, por el aspecto de la ciudad eterna. Rutilio Numantino (hácia 425), Hildeberto, obispo de Tours (principios del siglo XII), el rey dinamarqués Canuto el Grande, Dante, el malaventurado Tasso que buscaba en Roma las ceremonias religiosas, Göthe que no supo comprenderlas, Chateaubriand á quien aplica este magnífico epíteto: *maiestati Romae par ingenium*, figuran entre los nombres mas esclarecidos que se van presentando á deponer el tributo de su admiracion y entusiasmo á la ciudad de los Césares y de los Sumos Pontífices.

¿Se creerá que el eruditísimo escritor, al propio tiempo que menciona incidentalmente á Cervantes, y que no es escaso en recordar á ciertos autores de su país que fuera de él son bien poco célebres, pasa por alto á uno de los mas insignes viajeros que han visitado á Roma en los tiempos modernos? ¡Extraños olvidos suelen padecer por cierto nuestros vecinos en lo que toca á nuestra literatura! Hablen en buen hora detenidamente de las glorias mayores y menores



de su país; pero no pasen por alto á todo un Cervantes cuando exige la ocasion que se le nombre.

Es bien sabido que Cervantes visitó á Roma en compañía de Julio de Aquaviva (nombrado á poco cardenal), en cuya servidumbre habia entrado recientemente mientras se hallaba este personaje en la córte de España. En la dedicatoria de la *Galatea* á Ascanio Colonna, abad de Santa Sofia, dice formalmente que fué en Roma camarero de dicho prelado, y tampoco sería necesario este testimonio para admitir un hecho relatado por todos los biógrafos. Supónese que en la casa de Aquaviva, que era muy dado á las letras, pudo aprovecharse Cervantes del trato de los buenos ingenios que florecian entonces en Roma, y desde esta ciudad comenzó el manco de Lepanto la modesta carrera militar que debia grangearle tanta honra y tan poco provecho. Además, nuestro gran poeta, que no hacia las descripciones de oídas, habla, en términos que arguyen una impresion personal, de Roma y de sus recuerdos sagrados y profanos.

El carácter de viajero no es uno de los que menos distinguen á Cervantes; y el hábito de visitar y de observar diversas tierras le valió un terreno firme y un brillante fondo para sus poéticas invenciones. Tan conocidas como donosas son las palabras con que recuerda las bellezas de los países itálicos, las cuales no le hacen olvidar «la suavidad de Treviano, el valor del monte Frascon, la ninerca del Ape-rino... la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha.» Léense estos epicureos recuerdos en la preciosa novelita de carácter *El Licenciado Vidriera*, quien, despues de haber visto «la hermosa ciudad de Génova, á Luca, ciudad pequeña pero muy bien hecha, y á Florencia, que le contentó en extremo, llegó á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estátuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura: por sus puentes que

parece que se están mirando unas á otras, y por sus calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la division de sus montes dentro de sí misma, el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó tambien la autoridad del colegio de los cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la estacion de las siete Iglesias, y confesándose con un penitenciario y besado el pié á Su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas, determinó irse á Nápoles, etc.»

Duele que el escritor francés no haya recordado esta magnífica descripcion. ¡Cómo se hubiera complacido en notar la union del entusiasmo por los recuerdos antiguos con una sencilla y ferviente piedad, de las impresiones del cristiano con las aficiones del escritor del renacimiento! ¡Cómo hubiera señalado la sabrosa mezcla de familiaridad y grandeza, y los rasgos descriptivos y particulares que denotan un observador atento y un escritor ingenuo! ¡Cómo hubiera ponderado los sentimientos de veneracion y de entusiasmo que abrigaba el ánimo de Cervantes; que si bien es indudablemente el mayor poeta cómico que ha existido, se hallaba sin embargo muy lejos de ser exclusivamente cómico!

Mas no está aquí todo, y aunque parezca ociosa la copia de páginas que andan en manos de todos, no podemos menos de transcribir un paso del *Persiles y Segismunda*, donde empleó Cervantes un idioma, que, si no era el suyo mas habitual, tampoco creemos que le fuese tan extraño ni tan indócil como se ha supuesto. «...Los demás peregrinos de nuestra compañía, cuenta un personaje de la citada novela, llegando á la vista della (de Roma) desde un alto montecillo la descubrieron, y hincados de rodillas, como á cosa sacra la adoraron, cuando de entre ellos salió la voz de un peregrino que no conocieron, que con lágrimas en los ojos, comenzó á decir de esta manera:

¡ Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta  
Alma ciudad de Roma ! Á tí me inclino  
Devoto, humilde y nuevo peregrino  
Á quien admira ver belleza tanta.  
Tu vista, que á tu fama se adelanta,  
Al ingenio suspende, aunque divino,  
De aquel que á verte y adorarte vino  
Con tierno afecto y con desnuda planta,  
Ya tierra de tu suelo, que contemplo  
Con la sangre de mártires mezclada,  
Es la reliquia universal del suelo.  
No hay parte en tí, que no sirva de ejemplo  
De Santidad, así como trazada  
De la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto el peregrino, se volvió á los circunstantes diciendo : Habrá pocos años que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de su nación, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio de esta insigne ciudad.... yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido.» Debajo de la esclavina del peregrino desconocido, fácil es distinguir al autor de la novela, que no era escrupuloso en introducirse por doquiera á sí mismo y á sus poesías. Por lo demás, aunque el soneto, que acaso compuso al llegar á Roma en 1569, no puede darse por modelo de ejecución poética, por lo que respecta á las ideas es digno de su asunto y de Cervantes.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS.

---

## AYER Y HOY DE LA PROPIEDAD.

---

### III.

#### EL PROPIETARIO ANTIGUO.

---

Lo que intentamos, al hacer el estudio fisiológico del propietario antiguo y el moderno, es caracterizar, en cuanto nos es posible, al de ayer y al de hoy, bajo el triple aspecto moral, civil y político. De consiguiente, creemos debérnos referir á lo que era, representaba y hacia este tipo social antes de la revolución francesa de los últimos años del siglo XVIII, y enunciar lo que es, representa y hace en nuestros días; á fin de que se formé el paralelo, se noten las diferencias y se deduzca si (como estiman algunos) el mayor enemigo que actualmente tiene la propiedad, es el mismo propietario.

Inútil sería que hablásemos del hombre primitivo, que llevando una vida nómada y salvaje, concretaba su propiedad á los instrumentos de caza, que lo eran de su trabajo, y á su agilidad é industria para coger su presa ó vencer á su enemigo; siendo, en virtud de ello, dueño y señor del contrario á quien rendía, de la presa que acababa de coger y de su arco y sus flechas; así como también era propietario de los frutos espontáneos de la tierra, que encontraba á su paso y hacia suyos, para ayudar á satisfacer sus perentorias necesidades.

No sería mas provechoso á nuestro objeto tratar de los progresos alcanzados por las sociedades que caen al otro lado de la Cruz, desde el antropofagismo al establecimiento de la servidumbre: forma inhumana todavía del derecho de propiedad; si bien mucho me-

nos cruel y abominable que la primitiva, cuando el salvaje antropófago devoraba con repugnante y aterradora ferocidad al enemigo de quien se alzaba vencedor. « Es cierto, dice un escritor ilustrado, que nosotros, hallándonos á una distancia inmensa de aquellos tiempos, miramos con horror la esclavitud y sus consecuencias; pero comparemos esta época con la anterior, en que, por medio de un sacrificio bárbaro, el hombre se nutria de su hermano, y veremos lo relativamente filantrópico de la esclavitud respecto á las crueldades del antropofagismo. » Por otra parte, siendo la guerra el estado normal de los pueblos antiguos, que se formaban, crecían y llegaban á su apogeo por la fuerza, la lucha y la conquista, se necesitaba entonces, y parecia muy natural, que así como los guerreros trabajaban con las armas en la mano para asegurar la existencia y ensanchar los límites de su patria, así tambien los esclavos cultivasen la tierra para sus defensores, y ejercieran en beneficio de éstos el comercio naciente, y las groseras artes á la sazón conocidas; proviniendo de aquí, no sólo el que los mismos siervos, reservados de la muerte, fuesen de los señores á quienes debían la vida, sino tambien que los amos, manteniéndoles, como si fueran un rebaño, percibiesen los productos de sus uniones, y los de su cultivo y sus industrias.

¿Ni para qué habríamos de trazar, aun cuando fuese á grandes rasgos, la historia de la propiedad despues de la venida de Jesucristo, á la caída del imperio y durante la edad media? El peculio de los esclavos y su manumisión; el patronato de los señores, y los derechos cada día crecientes de los libertos; los feudos, á que se sometían los propietarios libres, para obtener de los caballeros y castellanos la defensa de sus dominios; los progresos de la propiedad alodial, y la emancipación de los vasallos; las inmunidades reales, con especialidad las eclesiásticas; los vínculos y mayorazgos, reemplazando á los feudos, y sobre todo, los señoríos territoriales y jurisdiccionales, premio las mas veces de importantes servicios, aunque algunas efecto de las mercedes hijas de la prodigalidad ó el capricho de los reyes, que asumían por derecho de conquista el dominio de todo lo ganado á los enemigos á quienes hacían la guerra; con

otras instituciones y otras vicisitudes de la propiedad, en cuya exposición sería infructuoso que nos detuviésemos, no sirven á nuestro propósito sino de precedentes para venir á parar á la situación en que se hallaban los propietarios cuando la revolución francesa, exhumando locamente las leyes paganas de las antiguas repúblicas, efectuó un grande cambio en la condición social del propietario antiguo, y engendró al propietario moderno; viniendo á producir la situación presente, que es la que nos importa someter á la consideración de los hombres reflexivos é imparciales.

Atentos, pues, á no traspasar los límites que nos hemos impuesto, vamos á bosquejar el retrato del propietario que decimos *antiguo*; buscando un tipo español, para que puedan los lectores más fácilmente reconocer la fisonomía cuyas facciones prominentes dibujemos.

El propietario antiguo comprendía que la riqueza impone deberes para con Dios, para con la patria y para con los individuos de la sociedad civil. Daba á Dios, en ofrendas, diezmos y primicias, una parte de sus rentas; y á veces ofrecíale su fortuna con los nombres de patronatos, capellanías y otras fundaciones é instituciones benéficas y piadosas. Distamos mucho de querer erigirnos en defensores de estas prestaciones y de estos institutos; mas, apartando las cuestiones políticas y económicas, es evidente que en aquel tiempo, á consecuencia de las ideas que se hallaban recibidas y de las costumbres que estaban formadas, el propietario no echaba nunca su cuenta sin Dios, ora en la distribución de sus productos, ora en la adjudicación de sus mismos capitales. En el día, secularizado el pensamiento, como lo ha sido la propiedad, es lo común que no se contribuya para componer la suerte del Señor sino con el impuesto exigido por el gobierno temporal para cubrir el presupuesto del culto y sus ministros, y que tampoco se tenga presente la causa pía mas allá de una ó dos de las mandas forzosas. Respetamos lo existente, y nos guardaremos bien de condenarlo ni censurarlo: esto es, no obstante, lo que ocurre en nuestra sociedad; y de ahí resulta que los propietarios de hoy, por regla general, no se acuerdan de Dios al repartir sus heredades para despues de su muerte, ni

piensan en Él al dividir sus frutos durante su vida; reflejándose, por consecuencia, en la propiedad y sus productos una especie de ateísmo práctico, que consiste en olvidarse de Dios, aunque sin disputarle la existencia.

Derivábase antiguamente de las ideas y costumbres que reinaban, una forma de propiedad que se sustraía al comercio de los hombres, por estar espiritualizada y en manos muertas. El efecto de esta modificación del dominio, y la situación anómala de esos bienes sagrados y amortizados, eran indudablemente fatales para la riqueza pública; porque no era beneficiado el suelo con toda la afición y tal vez la codicia con que se explota el territorio restituido al comercio de los hombres y entregado á manos vivas, laboriosas y diligentes. Pero en la esfera moral, que se creía por entonces (y es en realidad, aun cuando ahora se pretende negarlo ú oscurecerlo) superior y preferible á la económica, seguíase con evidencia un gran bien, y servíase admirablemente á la verdadera causa de la propiedad por esas mismas instituciones perpetuas y piadosas, que tan poderosamente contribuían á mejorar la condicion de los arrendatarios, antes, y en órden sucesivo, siervos de la gleba, vasallos y colonos, y entonces poco menos que parceros y enfitéutas, segun la duracion y baratura de los arrendamientos, que parecían vinculados en las familias de los labradores, y pasaban de padres á hijos, arraigándose de generacion en generacion. Y esto que acontecia en las fundaciones, con especialidad las eclesiásticas, y que provenia del carácter de aquellos poseedores que no podían enajenar sus bienes, vetase reflejando en los dominios libres y particulares; ya por efecto de una costumbre apoyada en la imitacion; ya por consecuencia de la holgura que aquella benignidad de los arrendadores proporcionaba á los arrendatarios, evitándoles el tener que sucumbir á las inmoderadas exigencias de los nuevos y pequeños propietarios, naturalmente explotadores y codiciosos.

Á la manera que, en los tiempos feudales, el Señor, encerrado en sus dominios y teniendo su guarida en el castillo de sus mayores, encontrábase compelido por su manera de vivir á entrar en la intimidad doméstica con su mujer, sus hijos y servidores, que todos

constituían su familia, y esta formaba en torno del altivo y rudo caballero una atmósfera de religion y de ternura, que influía sobre su carácter y hábitos; y le benignizaba y disponía para recibir las dulzuras de la civilizacion católica; así tambien la organizacion antigua de la propiedad, no consintiendo que al dominio se le confundiese con la especulacion, y antes por el contrario imponiéndole muy sagrados deberes para con Dios, la patria y los individuos de la sociedad, hacia que se estrechasen los vínculos de la naturaleza y la civilidad entre el propietario y la Iglesia, entre el hacendado y el gobierno, y entre el dueño y sus labradores. Así, se veía que no era la sopa conventual el único socorro que la riqueza daba á la pobreza, ni la limosna era tampoco la sola forma de ejercer la caridad cristiana con modesto recato; pues por medio de patronatos y fideicomisos familiares, capellanías de sangre, legados pios, memorias de misas y otras diversas fundaciones, se distribuía una grandísima parte de las rentas entre los parientes poco acomodados, los jóvenes estudiosos, los pobres de vergüenza y todos los alimentistas, pensionistas y allegados del que, por su fortuna, poseía el patrimonio de su casa ó familia, con las cargas que le eran adherentes. ¡Y cuántos buenos talentos, cuántos hombres de mérito indisputable, cuántos dignos eclesiásticos y prelados, jurisconsultos y magistrados, militares y estadistas, poetas y escritores, artistas y literatos, no debieron su subsistencia, su educacion, su carrera y su fama á estas pensiones, á estos alimentos, á estos gravámenes de la propiedad!

Por otro concepto, el arrendatario, ya de casas, ya de tierras, que obtenía los importantes beneficios de baratura, permanencia y proteccion, engendrados por aquella organizacion benéfica de la propiedad, retribuía á los dueños sus atenciones y favores con una serie de obsequios y servicios verdaderamente fraternales y filiales; de que hoy se ven privados, por su condicion y su sistema de explotacion, esos modernos Señores que componen la inmensa mayoría de la clase propietaria. El antiguo labrador de bienes pertenecientes á una casa cuyo poseedor vivía en la ciudad inmediata ó acaso en la aldea contigua, era llamado en todas las grandes oca-

siones á manifestar su adhesión y su agradecimiento: si el dueño se casaba, si le nacía un hijo, si enfermaba ó sufría una desgracia cualquiera, si fallecía; siempre el honrado y leal arrendatario participaba de sus felicidades, de sus infortunios ó de los sentimientos de su familia; con la cual estaba identificado, sufriendo con sus dolores y gozando con sus placeres; y era cosa frequentísima, que siendo mozo, condujese en sus brazos hasta la puerta de la Iglesia al futuro propietario, á quien se iba á bautizar, y luego, anciano, llevase sobre su hombro un ángulo del féretro del mismo propietario, á quien solo abandonaba despues de colocar sus restos en el sepulcro de sus padres.

Cumpliendo el dueño con las obligaciones de su cargo, estaba seguro del respeto y la estimación de la muchedumbre, que no le calumniaba llamándole, como ahora, usurpador y ladrón, sino le veneraba y quería como á protector y amigo. Si un colono ó un inquilino se atrasaba en sus pagos, era evidente que no por ello se le despediría ni llevaría á los tribunales; antes bien, se le daría respiro, se le cobraría en plazos cómodos y se le guardarían toda clase de consideraciones; y él, por su parte, reconocido á esta benignidad, pagaba sus descubiertos con la mayor exactitud en las épocas concertadas. Una enfermedad, un incendio, una tormenta, una inundación, una mala cosecha ú otra calamidad, hacían al dueño rebajar ó dimitir la renta ó los alquileres; y no era raro, y sí á la inversa muy común, que el propietario acudiese con generosos donativos ó con gratuitos empréstitos á aliviar la desgracia de sus arrendatarios; en vez de perseguirles y apremiarles, aumentando sin piedad su miseria y sus tribulaciones.

¿Cómo había entonces de ocurrirse á los labradores que la propiedad es un robo, y que les deben ser distribuidas las tierras que llevan en arrendamiento? ¿Cómo había de creer el inquilino que su casero solo es acreedor á cobrar, en cierto número de años y bajo la forma de frutos civiles, el capital que representa su casa y los réditos del mismo, y que en estando reintegrado del principal é intereses, ha de renunciar y ceder su propiedad en favor del arrendatario, ó de una empresa ó compañía que reasuma los derechos

del mismo? ¿Cómo, á su vez, el propietario había de intentar, sufriendo inconsideradamente las rentas y los alquileres, que los labradores de sus tierras y los inquilinos de sus casas pagasen los ilimitados aumentos ó recargos de los impuestos, exigidos por la subida, de continuo creciente, de los gastos públicos, no solo del Estado, sino de la provincia y la localidad? ¿Ni cómo, en fin, los gobiernos, justos apreciadores de los servicios que los propietarios hacían á los pueblos, y defensores natos de la propiedad, como base reconocida de la sociedad civil, habían de atacarla por el medio directo de las contribuciones excesivas, ó por los indirectos del crédito y sus abusos? Todas estas ideas, todos estos sistemas, toda esta conspiración permanente y formidable contra el derecho de dominio, parecerían envolver un pensamiento de ruina y abolición de este, como fatal engendro de aquella noche de orgía socialista; la tristemente famosa del 4 de Agosto de 1789; á no ser porque vemos en las Leyes fundamentales y en los Códigos civiles de Europa á la propiedad sancionada como una de las bases de la organización social y como uno de los ejes del gobierno representativo, que prevalece en el mundo y es la grande solución del problema de la monarquía y la democracia: aquella, tesis magnífica y tradicional; ésta, antítesis moderna é irresistible; pero tesis y antítesis que se resuelven y funden admirablemente en esa síntesis suprema; porque la verdad es, que en la mayor parte de las naciones hay un trono sólidamente cimentado en su derecho é historia, y una inmensa democracia (en el buen sentido de esta palabra) arraigada en el campo de los hechos.

Las ideas, los sistemas y la especie de conspiración que parece hay contra la propiedad, son dependientes y se derivan, en último análisis, de una sola causa; conviene á saber: que el propietario moderno ha desatendido absurdamente, y está infringiendo de una manera insensata, las sagradas obligaciones que impone la propiedad; está obrando, de un modo lastimoso, en contra de la justicia y á la par en contra de sus verdaderos intereses; está olvidándose, con infernal soberbia, de Dios; en cuyo lugar presta culto á su vanidosa personalidad; está faltando, con criminal ingratitud, á su

patria; en cuyo puesto coloca á su insaciable codicia; y está, por fin, menospreciando, con satánico orgullo, á los demás hombres, miembros como él de la sociedad civil; en cuyo agravio solo atiende á su infecundo egoísmo. ¿Qué extraño, pues, que se preparen y lleguen situaciones como la de aquella noche fatal de la revolución francesa de 1789, que ya hemos recordado; *noche de verdadero socialismo*, como dice Augusto Nicolás; noche llamada por Rivarol *el-Saint Barthelemy de las propiedades?*

No queremos cargar toda la grave responsabilidad de estas severas apreciaciones sobre nuestro juicio privado; y ya que tenemos á la vista una de las obras del ilustre abogado de Burdeos, nos parece conveniente autorizar nuestras palabras con algunas de las suyas; hélas aquí: «Tambien debe confesarse, que la situación creada á la propiedad en el nuevo régimen es, en todos conceptos, anormal, y la expone gravemente á los ataques de que es blanco. En la antigua sociedad francesa, y en toda sociedad, la riqueza no ha sido jamás el *objeto* de la condicion de aquellos que la poseen, sino el *medio*, la manera de ser, de una condicion cuyo objeto era superior y altamente social. Dedicábanse unos á la carrera de las armas, de la Iglesia ó de la magistratura; cada cual pagaba de su persona, de su sangre, de su apostolado ó de sus luces el respectivo contingente en las funciones sociales; y la riqueza, que venia á unirse á estas funciones ó servicios públicos, era únicamente como su dotacion ó su estipendio. La mayor parte de los privilegios eran privilegios de desprendimiento y de sacrificio. La palabra altamente social y francesa *noblesse oblige*, expresaba perfectamente esta verdad, y no habia familia ilustre que no redimiese á cada generacion su fortuna, consagrando uno ó muchos de sus hijos al servicio público y social de la patria ó la religion. No hay duda en que pudo haber alteracion en las cosas, abusos en los privilegios; cuya reforma se habia hecho necesaria: no entro yo á discutir este punto; lo único que pretendo hacer notar es, que estos privilegios, que importaban obligaciones de sacrificio, una vez arrancados de raíz, la propiedad ha quedado sola, sin estas obligaciones; y de medio accesorio, ha pasado á ser el principal, y muchas veces el

único, objeto de su posesion. Desde entonces, se ha visto y se ve lo que no se vió tal vez nunca en Sociedad alguna; la posesion de la propiedad ser un estado, una profesion: *la profesion de propietario*; y familias enteras vivir y renovarse durante muchas generaciones, encerradas exclusivamente en su fortuna, sin tomarse muchas veces, ni aun la pena de administrarla; haciendo, por una especie de *absenteismo*, una sociedad en la sociedad que las protege, y no dando á ésta cuenta alguna de su existencia; no menos que si fuesen, con respecto á ella, unos huéspedes extraños, y que en el suelo de la Francia fuesen ingleses, rusos ó alemanes.»

«Es evidente que en esto hay algo de anormal y de peligroso para la propiedad, la cual no puede defenderse y justificarse por sí misma. Tampoco puede redimirla el impuesto; pues este no pasa de ser una propiedad menor que disminuye ligeramente la cantidad; pero que no cambia la condicion de la fortuna. El dinero no puede rescatar al dinero. Una cosa no puede ser rescatada, sino por otra cosa que la sea superior, ó á lo menos enteramente igual; lo cual tiende á la destruccion de la propiedad, ó á su justificacion por el impuesto ó contribucion de la persona, ó por servicios sociales; toda vez que solo el hombre puede rescatar la cosa, y no la cosa eximir al hombre.»

«Ignoro si se ha tenido en cuenta lo suficiente este lado vulnerable de la propiedad en nuestra época; pero esto se conoce instintivamente, y este conocimiento predispone á las masas á todos los argumentos que se dirigen contra la propiedad, y constituye un peligro permanente. Una sola cosa puede conjurar ese peligro y volver á revestir á la propiedad de las verdaderas condiciones de su existencia: tal es, el desprendimiento; es decir, la consagracion de la persona del propietario y del rico al alivio de los servidores y de los pobres; y esta es la sublime funcion de la caridad católica. Así como se decia en otro tiempo: *nobleza obliga*, menester es que se diga hoy: *riqueza obliga*; menester es poder mas que nunca decir del rico, que es caritativo; menester es que la caridad, y la caridad de la persona, tanto como la del dinero, sea su profesion, y que la fortuna sea su recurso. Entonces solamente estará

salvada la propiedad. Mas como la caridad, y la caridad sobre todo de la persona, única que puede redimir la propiedad, no pueda ser puesta en movimiento sino por la fe, y por la fe católica, es absolutamente verdadero el decir, que la fe católica es en el día el solo refugio de la propiedad.» (Augusto Nicolás: *del Protestantismo y de todas las herejías, en su relacion con el Socialismo; Capítulo V: De la situacion creada á la propiedad por la revolucion.*)

Esta solucion es indudablemente verdadera; pero demasiado abstracta, metafísica ó espiritual para la mayor parte de los que deben penetrarse bien de la necesidad en que se encuentran de reformar su conducta, é imitar la del propietario antiguo, cuyos principales rasgos hemos procurado delinear. Por cuanto éste se portaba mucho mejor que el moderno, Dios le favorecia, la patria le consideraba amorosa y los individuos todos de la sociedad le tributaban estimacion y respeto. Mas acaso se nos diga: ¿en qué hacen mal, como afirmáis, los modernos propietarios? ¿en qué? Si no lo inferís de lo que acabais de leer y está confirmado por el eminente filósofo á quien citamos como autoridad irrecusable, os lo diremos con toda claridad, entrando en mas pormenores. Para esto, para responder á los que nos dirijan aquella pregunta; vamos á escribir el último artículo; donde, con entera verdad, con absoluto desapasionamiento, sin enemistad ni amistad, bosquejaremos el retrato del propietario moderno, tal como nuestra imparcial observacion nos representa á este tipo social.

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

---

# ESTHÉTICA.

(Continuacion).

## TEORÍA DE LO SUBLIME EN SUS FORMAS PARTICULARES.

---

### I. — PRIMERA DIVISION DE LO SUBLIME.

Si el movimiento de lo Sublime tiene, por tanto, su fundamento principalmente en la relacion cualitativa de la idea á la forma, es imprescindible en la contemplacion del objeto estético otra relacion secundaria, á saber: la comparacion con los objetos que le rodean. Aun para contemplar la superioridad de la esencia en la forma particular de una cosa, debe hallarse en compañía de otras, en las cuales forma y esencia se encuentren en equilibrio de unidad tranquila. En esto se introduce ahora un concepto de magnitud: lo cualitativo se hace cuantitativo, y tal concepto de magnitud encierra en sí una relacion de medida, puesto que el objeto sublime no solo debe aparecer como grande, sino como superiormente grande, y esto supone una comparacion de medida con los objetos que le rodean. Que lo Sublime se determine como cantidad, en oposicion á lo Bello como cualidad, lo ha expresado ya Kant (pág. 23 y 25), del cual procede tambien la indicacion de que lo Sublime sea puramente, y sobre toda comparacion, grande, segun ha desenvuelto mas cumplidamente Weisse (*Esthét.* § 22). Pero si, en esta relacion, la esencia que obra en el objeto manifestado como grande, deja tras sí todo lo que la

rodea como algo que se anula respecto á su infinitud, aparece tambien aquel objeto como conteniendo suficientemente la misma; relacionándose negativamente contra algunas formas individuales, pero no contra la suya propia. La negacion es plena por primera vez si el objeto, que es en el caso presente el conductor sublime de la esencia, se empequeñece, á pesar de su magnitud, relativamente á la misma. Por tanto, dentro de la negatividad general de lo Sublime, se distinguen dos formas: una positiva y otra negativa, mas enérgica. Mérito es del inglés Burke haber observado este dualismo. En la obra tantas veces citada, § 36, denomina «privacion» á la forma negativa de lo Sublime. En la parte 2.<sup>a</sup>, sec. 7.<sup>a</sup>, se expresa asi: «todas las privaciones completas son grandes, porque son terribles.» Verdad es que no llegó á descubrir la ley del dualismo en su completo rigor, ni la ha llevado á esta expresion general contemplando siempre lo positivo en lo negativo, como le ha censurado Solger (*Esthét.* pág. 87).

La oposicion de estas dos formas es, sin embargo, puramente relativa. En ambas es la negacion solo un efecto de la actividad positiva que suponemos en la esencia y que, segun Solger, es el fundamento de todo lo Sublime, como un acto de movimiento vital que frecuentemente debe representarse, aunque no en el sentido objetivo, á la manera de un repentino desbordamiento de la interioridad del ser.

Si la esencia es lo verdaderamente activo, hallándose el interés á su lado, debe representarse esencialmente la manifestacion entera como un efecto del movimiento que sale del poder positivo. Solger ha señalado con preferencia este momento (*Esth.* p. 86 y sig.) «Lo Sublime, dice, es lo Bello en cuanto en ello encontramos la viva actividad de la idea.»—«Puesto que es reconocida la manifestacion de lo Sublime como procediendo de una idea, se nos aparece siempre como actividad en la forma de un acto, de una actividad eficaz.»

Se pregunta ahora, ¿debe este movimiento tener la forma de un desbordamiento ó salida repentinos? ¿Es la rapidez esencial á lo Sublime? Longino (*De lo elevado*, seccion 1. 4.) lo afirma desde lue-

go relativamente á lo Sublime retórico; pero metafísicamente se puede decir que, si la esencia en los seres finitos crece sucesivamente en efectividad y asimismo la forma, nunca aparece con claridad la relacion general negativa de aquella á esta. Objetivamente, no es necesaria la explosion repentina, así por ejemplo, ninguno llamará sublime un discurso que solo obre por medio de la rapidez sin brillar igualmente por la dignidad y elevacion tranquila. El oyente, empero, adhiere mérito á aquella cualidad, no solo como negacion de lo comun, sino tambien en cuanto la impetuosidad en el decir elocuente, parece el fruto de sucesiva y elevada cultura, que está pronta á romper á cada momento repentina y enérgicamente con lo comun que viene de afuera. Además, el espectador presente de ordinario en la superior elevacion y en la tranquilidad mas plena, si no un movimiento precipitado anterior, una alteracion profunda y movimiento siempre posibles, de donde resulta en la impresion de todo lo Sublime el concepto de un terror cuando menos anticipado ó imaginado.

Profundizando mas en el carácter de la negacion, observaremos que, rigurosamente, solo al parecer se ofrece mas limitada en la forma que llamamos positiva respecto á la negativa; pues, bien mirado, en aquella se extiende no solo á lo que rodea el objeto sublime, sino tambien á dicho objeto, como sensiblemente limitado en la forma, porque el poder de la esencia activa tiende á ensanchar sus límites de expresion hasta un punto en que, no pudiendo seguir los mismos á la fuerza de difusion, se rompe su círculo, apareciendo la forma negativa en el sentido mas estrecho.

Si es evidente que ambas formas son negativas por posicion ó afirmacion de la esencia, no lo es menos que ambas son positivas por la negacion de la forma. En la primera, una montaña, por ejemplo, en cuya comparacion se presenta como extraordinariamente pequeño cuanto la rodea, parece en sí sublime, positivamente; pero aun lo material en esta montaña está en relacion negativa con la fuerza que ha amontonado su mole; á saber: la fuerza de la naturaleza infinitamente superior á la de una montaña cualquiera, que ha levantado en la misma enorme cantidad de peso como si no pe-



sara. De igual modo, el grande hombre que parece representa solo el poder de la personalidad de su individuo, viene á representar al mismo tiempo el poder de la personalidad humana. En la forma llamada expresamente negativa, solo se ofrece en completa apariencia esto negativo, que existe en la primera, donde á un nuevo paso el círculo del ser, no pudiendo contener la fuerza que rebosa, se derrama, difundiéndose mas y mas; pues es evidente que nosotros comprendemos que ya de antemano la fuerza expansiva era superior al espacio que la contenia. Antes pareció que era posible ligar sin rompimiento: ahora es evidente que toda ligadura envuelve asimismo ruptura. Tal es la ironía en lo Sublime positivo, concepto que aparece tan determinado en lo trágico, que hay necesidad de considerarlo expresamente.

Esta negacion que resulta de lo positivamente activo, merece tambien considerarse en las manifestaciones sublimes donde domina plena tranquilidad, ausencia de vida que, sin embargo, deben representarse aun sensiblemente, conforme á la ley de lo Bello, ya que en tales manifestaciones se da á conocer un desenvolvimiento de fuerzas, ora anterior é inmediato, ora concentrado aun en sí, y en ambos casos obra esta accion retraida de una manera doblemente enérgica por la infinitud del fondo que oculta.

He aquí como lo explica Solger (O. C. p. 87). «Cosas negativas no pueden ser sublimes, como creia Burke; mas sí la concentracion de la fuerza en un punto donde se encuentra contenida como en su desenlace. Por tanto, lo breve puede indudablemente ser sublime en la poesía; pero no por lo negativo, sino por la concentracion de la fuerza, así como el silencio por la fuerza no desenvuelta.» La negacion tiene ciertamente su fundamento en la posicion ó afirmacion de la fuerza; pero se muestra preponderante en todas aquellas manifestaciones que anuncian tranquilidad, brevedad suma, reposo, muerte, etc.: es sin embargo diferente contemplar una actividad de esencia que no aparece inmediatamente, disolviendo ó que solo coloca la disolucion en el efecto sin haberlo llevado á cabo, de la consideracion de una actividad que ha obrado ó ha aparentado obrar, disolviendo completamente y principalmente anulando. Ambas úl-

timas formas pueden aparecer al mismo tiempo. La fuerza ha destruido en cadáveres, muerte, tranquilidad y reposo en un campo de batalla: puede disolver, por ejemplo, en la calma que precede á una tempestad; caso en que podria volverse aun atrás sin producir nada enérgico; pero igualmente, en cuanto no se ha permitido extenderse, ha suprimido por sí una parte de su manifestacion, efecto que solo puede designarse como negacion evidente. Mas, puesto que la idea en cuanto posicion y afirmacion es siempre actividad y movimiento, tambien es naturalmente de doble energía en estas formas, toda vez que lo que se conserva oculto aun es elevado por la fantasía á lo infinito. Por lo demás, resulta de la ley general de lo Bello que tambien la destruccion de toda vida, en los casos en que sea preciso reflejarla, debe aparecer en forma sensible en cadáver, fétetro etc.

## II.—COROLARIOS DE LA DOCTRINA EXPUESTA.

Lo Bello es pura forma. Mas la pura forma no es una cosa determinable en abstracto, sino que resulta rigurosamente de su cualidad en todas las esferas de vida; y es exactamente la medida determinada de la relacion correspondiente á la expresion individual. Lo Sublime pasa por encima de esta medida hácia lo infinito; pero tiene que fortificar al mismo tiempo, segun la determinacion de su ser, por contradiccion la forma ó la proporcion. La forma, como límite, debe á la vez fijarse y vacilar en lo infinito: lo Sublime es á la par formado y sin forma.

Kant llegó á determinar lo Sublime, aunque no rigurosamente, como algo sin forma. Este filósofo contraponia á lo Bello de la naturaleza que atañe á la forma, y está en la limitacion, lo Sublime que, segun su parecer, debe hallarse tambien en un objeto sin forma, en cuanto es representada en él ó por ocasion de él la ilimitacion, y por tanto imaginada la totalidad de la misma. No es de dudar que hubiera suprimido la palabra «tambien» á hacer la distincion de las dos formas que hemos señalado; él podia, por ejemplo, pensar en estatuas sublimes, que no abandonan sin embargo el pu-

ro límite de la proporción humana. Weisse (*Esthét.* § 23) expone la falta de forma como determinación esencial de lo Sublime y lo define como «una salida ó elevación de la manifestación finita por encima de las relaciones en que está encerrada, en cuanto particular é individual, su belleza propia;» en general, parte del supuesto que en lo Sublime se separa lo irracional é incalculable que altera las proporciones de lo Bello, de modo que no puedan ser concebidas en ninguna fórmula; mas permanece en el campo de lo milagroso, hallando dentro del cuerpo orgánico este proceder en movimientos que son orgánicamente imposibles, como sostenerse en el aire, volar, etc. Esto pertenece á la historia de la fantasía y del arte como rasgo de la relación de un ideal determinado á la ley de la naturaleza. En Weisse, sin embargo, tiene un fundamento mas profundo, por cuanto él piensa en una introducción de un segundo mundo trascendental, mundo de maravillas, en el presente; de otro modo no le hubiera conducido á tales portentos la pura consideración de la primera de las dos formas que hemos distinguido, á saber: de aquella donde parece rota toda proporcionalidad. De aquí resulta, además, que lo falta de forma no puede desprenderse puramente de esta. Igualmente, lo riguroso informal no existe; la esencia pone y da la forma, por tanto es mas que lo puesto y como este «mas» lo muestra en lo Sublime, aunque solo en cuanto ella pone la forma, puede la misma representarse á un tiempo como el principio que, generador de la forma, se eleva sobre ella. Así la forma es en lo Sublime puesta y quitada: afirmada y negada á la vez.

Tal capacidad de determinación contradictoria se muestra en lo Sublime, ya porque entra parcialmente en la forma y se desvía igualmente de ella, de modo que hay la apariencia de una desviación infinitamente continua, ó ya porque la forma es fortificada en el todo, aunque difundida hasta que se eclipsen las subordinadas partes individuales. En el último caso, si el objeto fuese bello, no habrá desviación de lo que le rodea. En general, puesto que lo Sublime es un concepto de relación, atrae por tanto, á su círculo muchas cosas que, sin la desviación propia de lo extraordinario, cae-

rían bajo categorías diferentes. En ambas circunstancias, el objeto es oscuro y la oscuridad, la ausencia de determinación clara, es el signo de todo Sublime, según Burke.

Con efecto, dicha contradicción puede ofrecerse de dos maneras: ó son las formas de lo Sublime parcialmente afirmadas y puestas ó parcialmente destruidas. Representétese una montaña que no tenga la línea pura y elegante del Vesubio; sino que se aparte parcialmente de la forma genérica montañosa en líneas ásperas, bruscas y escarpadas. Tales formas bruscas arrancan la fantasía de la esperada conexión del tipo fundamental que le es propio: su irregularidad atrevida anuncia una fuerza original amontona-masas, capaz de continuar hasta lo infinito, creciendo por tanto la línea de desviación infinitamente. Empero, si esto diese la última impresión, resultaría en lugar de lo Sublime monotonía, como aparece en el abierto mar en la calma, donde solo la oposición de la costa, el cielo y el cambio de las ondulaciones da el encanto de la Sublimidad. Al contrario sucede, retrocediendo la línea brusca á lo regular, como en la forma ordinaria de una montaña, donde la impresión total es la de una forma que se pone al mismo tiempo; pero por cuanto es fuerza primitiva que se pone libremente, se desborda también: así sucede con el espíritu del grande hombre, en que una ú otra fuerza fundamental (la particular y la común) sale del círculo de sus fuerzas personales; desapareciendo nosotros ante lo inagotable que deja tras sí toda forma dada, y extendiéndose, al parecer, los límites individuales hasta el género. No por esto el individuo deja de ser individuo, sino que vuelve á la limitación y necesidad, pues únicamente cuando podemos decir «¡tan pequeño y sin embargo tan grande!» se halla completada y plena la impresión de lo Sublime.

En sentido inverso, se ofrece otra relación cuando la forma, como límite de un objeto, es encerrada ó comprimida, en cuanto fluye de su género; pero, en general, se difunde dentro de esta misma limitación. Recuérdese la línea suave del Vesubio ó de Sierra Nevada que son sublimes como el todo, ó estatuas colosales trabajadas pura y artísticamente, ó una gran personalidad que observa

medida en sus acciones. La difusion, empero, como observa acertadamente Weisse, no constituye lo Sublime, sino mas bien la difusion cooperando con su consecuencia necesaria, de modo que las partes individuales subordinadas desaparezcan: el arte, si sacamos de él preferentemente el ejemplo, realiza esto por medio de la ejecucion y no se cuida profundamente, en el superior estilo de la plástica de los pormenores de musculatura, venas, etc.

Aun, prescindiendo del arte, efectúa esto mismo nuestra vista y nuestra observacion en general, las cuales no pueden concebir ya lo individual subordinado donde los contornos del todo han sido indicados preferentemente.—Resulta de esto, sin embargo, que lo Sublime de este género aparecería siempre como Bello, si no ocurriese la desviacion de las circunstancias que aparece como infinita. Este es punto enteramente esencial: asimismo, una manifestacion de fuerzas puede ser, sin embargo, tan dulce que no se llame Sublime, cuando no presente su relacion á otras manifestaciones desigualmente inferiores lo que hay de fuerza en ella, en primer término y como fuerza infinita. Por lo demás, resulta evidentemente que el género terrible está mas cerca de lo negativamente Sublime que el dulce, á lo cual va aneja una distincion del ideal, á cuya produccion ó mostracion coopera la naturaleza que rodea, ya dulce, ya terrible.

Esta contradiccion en la forma debe llamarse en ambos casos oscura, de donde procede que todo lo Sublime sea oscuro en ambas formas. Cómo ambas son apoyadas por la oscuridad sensible ó claro-oscuro, de modo que un objeto no sublime en sí lo sea por la acumulacion de contornos y partes individuales, se explicará en su lugar.

La oscuridad tiene importancia inmediata, desde luego, relativamente al sentir; nada importa menos al Sublime que una vista y accion microscópicas. Ella obra, además, en el entendimiento, en cuanto éste tiene que contemplar en el ver y el representar esthéticos, confundidos implícitamente, tan solo el motivo en lo pequeño donde aparece lo Sublime. «Para ayudas de cámara no hay héroes;» proposicion del sentido vulgar que tiene mas exacta aplicacion.

La fuerza idealizadora de la distancia, del tiempo y de la muerte es en lo Sublime incomparablemente de mayor interés que en lo Bello. Pero á la razon no le importa lo oscuro, por cuanto entra en la forma de la contemplacion posible esthética.

Tambien ha sido observado por Burke este momento de lo Sublime (entre otros lugares, parte 4.<sup>a</sup>, § 14 y siguientes), aunque no lo funda con generalidad filosófica, sino en los límites del puro fisiologismo, suministrando, no obstante, indicaciones y ejemplos de gran valor. Entre otros, es oportuno el pasaje siguiente del libro de *Job*: «En el sueño de la vida, durante la noche, cuando la fatiga cae sobre las gentes, llegó á mi temor y estremecimiento, con que todos mis miembros temblaron, y pasó el espíritu ante mí, erizándose mis cabellos. Entonces cruzó una imágen por delante de mis ojos, cuya figura no pude percibir. Habia silencio, y escuché una voz que decia: ¿Cómo puede ser un hombre mas justo que Dios?»

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

(Continuará).

## BREVE RESÚMEN

DE LA HISTORIA

DEL

## MAGNETISMO Y LA ELECTRICIDAD.

## II.—DE LA ELECTRICIDAD.

Bajo este nombre se comprenden la electricidad estática ó de tension, corriente é induccion eléctrica, en sus varias formas; la combinacion de esta con la fuerza magnética (electro-magnetismo) con la accion química (electro-química) con la luz y el calor (chispa y luz eléctrica, etc.) con fuerzas mecánicas (electro telegrafia, electro mocion etc.), y con la fuerza vital (electricidad médica).

La produccion ó desenvolvimiento de electricidad en la naturaleza, su existencia y primera aplicacion á las necesidades del hombre se evidencia claramente por los puntos siguientes: la *Electricidad estática ó de tension* en la forma de rayo; *corriente eléctrica* desenvuelta tanto por los circuitos galvánicos que producen la formacion de los minerales, como por los circuitos termo-eléctricos formados por la desigual temperatura de la tierra; y la *inducccion eléctrica* (desenvuelta por otras corrientes y por fuerzas magnéticas en union con fuerzas mecánicas) debiendo ser incluida segun la creencia de muchos astrónomos en la categoría de las fuerzas que encadenan los planetas á sus primarios, y sistemas á sistemas. Como en el magnetismo, la electricidad fué considerada en un principio propiedad exclusiva de algunos cuerpos tales como el ámbar; despues se reconocieron como eléctricos otros (vidrio, resina, azufre, etc.,

todos no conductores) y ahora es cuando, probada su existencia en toda la naturaleza, comienza á aplicarse en sus varias formas y poco á poco, pero positivamente, á las necesidades de la vida humana.

Las Santas Escrituras hacen mencion del rayo en los siguientes pasajes: *Exodo* XIX, 16; *2 Samuel*, XXII, 15; *Job*, XXXVII, 3; XXXVIII, 25; XXXVIII, 35; *Salmos*, XVIII, 14; LXXVII, 18; XCVII, 4; CXXXV, 7; CXLIV, 6; *Jeremías*, X, 13, LI, 16; *Ezequiel*, I, 13; I, 14; *Daniel* X, 6; *S. Mateo* XXIV, 27; *S. Lucas*, XVII, 24; *Apocalipsis*, IV, 5; XI, 19. Del trueno habla en los siguientes pasajes:—*Exodo* IX, 23; IX, 28; IX, 29; IX, 33; XIX, 16; XX, 18; *1 Samuel*, VII, 10; XII, 17; XII, 18; *2 Samuel*, XXII, 14; *Job*, XXVI, 14; XXXVII, 5; XL, 9; *Salmos* XVIII, 13; LXXVII, 18; LXXXI, 7; CIV, 7; *Isaías*, XXIX, 6; *S. Marcos* III, 17; *S. Juan* XII, 29; *Apocalipsis*, VI, 1; X, 3; XIX, 6. El admirable versículo de *Job* XXXVIII, 35: ¿Por ventura enviarás los relámpagos, é irán, y te dirán cuando vuelvan: Aquí estamos? parece casi una profecía de los telégrafos eléctricos.

Los Etruscos (600 años a. C.) se consagraron al estudio de los fenómenos atmosféricos de una manera especial, y dividieron los rayos en los que proceden de la tierra y los que provienen de la atmósfera, observando su atraccion á la tierra.

Se dice que Tales (600 años a. C.) describió el poder de atraccion hácia algunos cuerpos leves, que se desenvuelve por la friccion en el ámbar.

Aristóteles, (341 a. C.) refiere que el torpedo «produce ó causa un entorpecimiento sobre los demás peces, que caza por este medio en gran cantidad.» Añade además que este pescado «se esconde en la arena ó el légamo, aguardando allí para hacer la descarga eléctrica cuando nada sobre él su presa, asegurando que muchos lo han visto; el mismo pescado tiene tambien esta influencia en el hombre.»

Teofrasto (321 a. C.) dice que el «lyncurium» (turmalina?) tiene las mismas propiedades que el ámbar respecto á su atraccion de los cuerpos ligeros. Beckman no cree que el «lyncurium» sea la turmalina, sino mas bien el jacinto.

Scribonio Largo (50 de C.) cuenta que Antero, esclavo liberto de Tiberio, fué curado del mal de gota por las descargas del torpedo.

Eustaquio, Obispo de Tesalónica (1160 de C.) en su escolio sobre Homero, dice que «Walimer, padre de Teodorico, que segun dicen conquistó toda la Italia, solia echar chispas de su cuerpo; y cierto antiguo filósofo cuenta del mismo que una vez que fué á desnudarse y vestirse, despidió de sí repentinas chispas acompañadas de detonaciones; y algunas veces, dice, arrojaba ardientes llamas sin quemarse su vestido.»

El Doctor Gilbert, en su obra *De Magnete* publicada 1600 de C., añade algunas sustancias como el ámbar á la lista de las eléctricas, y establece que no solo los cuerpos ligeros, sino todos los sólidos, cualesquiera que sean, incluyendo los metales, el agua y el aceite, son atraídos por eléctricos excitados. Hizo experimentos de los cuerpos excitados acercándolos á la punta de una ligera aguja de cualquier metal, girando libremente sobre su centro, semejante al aparato magnético.

Strada en 1617, publicó sus *Proclusiones Académicae*. En una de estas habla de un medio imaginario de comunicacion entre dos amigos á alguna distancia el uno del otro. La idea de Strada es esta: «Ellos tienen, supone, un iman de tal virtud, que si dos agujas montadas sobre dos ejes separados son tocadas con este, y á la una se la da una direccion particular, la otra se moverá simpáticamente y paralela á esta. Estas agujas se pueden montar en un cuadrante que tenga en un círculo las letras del alfabeto. Segun esto, si una persona tiene uno de los cuadrantes y otra el otro, se puede mantener una correspondencia entre ellas y á alguna distancia apuntando simplemente las agujas á las letras de las palabras requeridas.» En 1750 se publicó una traduccion libre al inglés en versos heróicos de la obra en *El Estudiante ó Misceláneas de Oxford y Cambridge*, firmado Misographos.

Boyle, en sus *Experimentos y notas acerca del origen de la Electricidad*, publicados en 1675, prueba que, calentando el cuerpo eléctrico, se aumenta su efecto. Tambien añadió algunos á la lista de los eléctricos, y confirmó todo lo dicho acerca de los expe-

rimentos relativos á la atraccion y repulsion de los cuerpos; es decir, que si se fija la sustancia que ha de ser atraída y el eléctrico excitado puede moverse, su union se efectuará.

Otto Guericke fué contemporáneo de Boyle.

Enriqueció la ciencia con los descubrimientos siguientes:—Una máquina eléctrica con un globo de azufre como sustancia que ha de ser excitada; el descubrimiento de que la luz y el sonido acompañan á una gran excitacion eléctrica; la repulsion eléctrica; y que los cuerpos ligeros suspendidos dentro de la esfera de accion de un eléctrico excitado, se excitan ellos mismos.

Newton, en el año de 1675, comunicó á la Sociedad Real el caso de que cuando una plancha de cristal es excitada por un lado, el otro adquiere tambien un estado eléctrico.

Mr. Haward, en 1676, cuenta de Grofton, patron ó capitán del barco donde ocurrió el suceso, de que una violenta tempestad trastornó completamente la polaridad de las agujas de las brújulas.

Du Verney, en 1700, conoció el estremecimiento de los miembros de una rana por la accion de la electricidad.

Hauksbec usó una máquina eléctrica de cristal (1709), é hizo muchos experimentos de la luz eléctrica. Sus descubrimientos tuvieron lugar desde el año 1705 al 1711.

J. G. S., en 1707, publicó un libro en alemán intitulado *Investigaciones curiosas durante las veladas*. En esta obra da una noticia de la electricidad de la turmalina desenvuelta por el calor, afirmando de paso que los holandeses trajeron la turmalina de Ceilan, en 1705.

El Doctor Wall en las *Transacciones filosóficas* de 1708, nota respecto á la luz y el ruido que produce la excitacion eléctrica de una barra de ámbar, que el uno y el otro representan en cierto grado el relámpago y el trueno.

Los experimentos de Wheler y Gray tuvieron lugar desde 1720 á 1736. Los descubrimientos relativos á la tension eléctrica que resultaron de aquellos son: La aptitud de electrizarse de los metales cuando están aislados (1729-1731); que el cuerpo humano es un conductor de electricidad (1731); que cuando el azufre es fundido

y ha sufrido un enfriamiento adquiere una fuerte electricidad, particularmente cuando se ha vaciado en cristal.—Ciertas resinas tienen tambien idéntica propiedad;— que el cristal en el cual se ha vaciado el azúfre tambien se hace eléctrico; y que los cuerpos pueden conservarse por muchos meses en un estado de excitacion eléctrica envolviéndolos en estambre: (1732) Mr. Stephen Gray, poco antes de su muerte trabajó sobre un experimento, el cual parece indicar que el poder de atraccion que regula los movimientos de los cuerpos celestes es de naturaleza eléctrica. El experimento fué este:—Fijó una gran bola de hierro sobre una ancha torta de resina y cera; excitando entonces fuertemente el flúido en esta última, consiguió que una ligera pluma suspendida de un torzal y cerca de la bola corriera al rededor de esta por los efluvios, y de una manera circular, haciendo varias revoluciones: esta se movió en el mismo sentido que los planetas, de Oriente á Occidente, y semejante á ellos en un movimiento no enteramente circular, sino algo elíptico.

Gray y Wheler en Febrero de 1729, produjeron movimiento en cuerpos ligeros á una distancia de 666 piés por medio de la electricidad de friccion. Este experimento se hizo con la mira de fijar la distancia á la cual puede trasmitirse la fuerza eléctrica; así, encierra gran interés en conexion con los telégrafos eléctricos.

Los experimentos de Du Fay son del 1733 al 1737. Sus descubrimientos son los siguientes: Que todos los cuerpos aislados pueden ser excitados mas ó menos; que todos los cuerpos eléctricos atraen á los que no lo son, y repelen á aquellos tan pronto como se electrizan por la cercanía ó contacto de los cuerpos eléctricos; y que hay dos distintos desenvolvimientos de electricidad, uno del vidrio excitado y otro de la resina; que siendo electrizados los cuerpos por una misma sustancia se repelen uno á otro, y siéndolo por opuestas se atraen. Así Du Fay dió origen á su dual teoría de la electricidad. Du Fay fué acompañado en algunos experimentos por el abate Nollet.

*Traducido del inglés por MIGUEL PINEDA.*

*(Continuará).*

---

## UNA ODA DE HORACIO. (1)

3.<sup>a</sup> DEL LIBRO I.

VIAJE DE VIRGILIO.—AUDACIA DE LOS HOMBRES.

---

Así la diosa cíprida,  
Así los dos hermanos, constelacion espléndida,  
Y el padre Eolo guiente,  
Los vientos domeñados, suelto tan solo el Iápiga.  
Nave que cual depósito  
Nos debes á Virgilio, de los confines áticos  
Devuelve ileso, ruégote,  
Y guarda cuidadosa la mitad de mi ánima.  
De acero triple clámide  
De aquel cercaba el pecho que dió barquillas frágiles  
Primero al crudo piélagos,  
No temiendo la fuerza impetuosa del Ábrego  
Que lucha con el Bóreas,  
Ni las Hiadas tristes, ni del Noto la rábía,  
Señor del Adriático,  
Ya levante sus olas, ya modere sus ímpetus.

---

(1) El objeto de esta traduccion (objeto en rigor inasequible) es el de ofrecer en castellano una muestra aproximativa del movimiento y del metro del original. La poesía escogida, una por el sentimiento, riquísima por el desarrollo, se cuenta sin duda entre las mas bellas del amable imitador de los líricos griegos.

De la muerte ¿qué género  
Temió aquel que los mónstruos nadadores vió impávido  
Y vió los mares férvidos  
Y los crueles escollos de las costas de Albánia?  
En vano Númen pródigo  
Puso en medio á las aguas el insociable Océano,  
Si á su querer indóciles  
Alcanzan nuestras naves las prohibidas márgenes.  
Con audaces propósitos  
Por todo lo vedado rompe el humano género.  
Por sus fraudes ilícitas  
Bajó el fuego á la tierra la progenie de Iápeto:  
Después del robo etéreo  
Por do quiera esparcióse de las fiebres escuálidas  
El escuadron incógnito  
Y la ley antes tarda de nuestro mortal término  
Vino con paso rápido.  
Con plumas desusadas del hombre, voló Dédalo  
Por la vacía atmósfera;  
Invadió el Aqueronte el trabajo de Hércules.  
Nada al mortal es árduo:  
Acometer pensamos, necios, el mismo Empíreo,  
É impiden nuestros crímenes  
Que deponga sus rayos el ofendido Júpiter.

M. MILA.

---

EXÁMEN DE ALGUNAS OPINIONES EMITIDAS

POR MR. VÍCTOR CHERBULIEZ,

EN SUS ESTUDIOS SOBRE FILOSOFÍA DE LO BELLO (1).

---

«La Esthética tiene hoy muchos enemigos.» Con estas palabras inaugura M. Cherbuliez su generosa empresa de defender una ciencia llamada nueva sin grave impropiedad, y cuya causa, ganada desde un principio ante el augusto tribunal de la razon filosófica, se ve todavía precisada á sufrir las contrariedades de vulgar escepticismo, no menos que los panegíricos de ciertos abogados indiscretos.

No son estos, ciertamente, los menos temibles. Si en el orden histórico del espíritu humano, el organismo de la ciencia careciese de la firmeza necesaria para resistir los ataques de todos géneros que se le dirigen (y que sirven á su purificación y afianzamiento), y proseguir su incesante camino, haciendo triunfar siempre la parte mas sana y eternamente indestructible de sus doctrinas, nada habria que pudiera comprometer sus destinos tan fácilmente como las reprehensibles ligerezas en que por pasión ó ignorancia suelen incurrir aun los hombres de mas recto criterio que, al falsear los cimientos de la teoría, perturban funestamente el campo de las aplicaciones, y dan armas á la prevención desfavorable con que el sentido comun empírico recibe cuanto ahonda la superficie y traspasa los límites de su terreno.

En ningun pueblo se ofrecen estos graves inconvenientes del immoderado ardimiento que suele afectar el espíritu de polémica, co-

---

(1) Philosophie du beau, études sur le système d'esthétique de M. Th. Vischer (en los núms. 9 del t. VII, y 5 y 6 del X de la *Revue Germanique*).

mo en Francia, donde, merced á la claridad deslumbradora de exposicion, á la suspirada novedad de las opiniones, al vivo colorido y fuerte acentuacion con que se presentan, á lo pintoresco del estilo y á cierta *sans-façon* para abordar *cavalièrement* los asuntos mas abstractos y difíciles, trayéndolos á la esfera de la conversacion familiar, abandonada, ingeniosa, sembrada de rasgos agudos y ejemplos picantes, se ven con frecuencia desfiguradas las doctrinas, sacrificadas al efecto, y el lector, amenamente distraído entre dos caricaturas, —la intencionalmente trazada de las teorías que se impugnan, y la que ciegameente hace el autor de las propias— no sueña siquiera en darse cuenta de la razon fundamental ni de la gravedad del asunto, mientras celebra aquella explosion de refranes, comparaciones, hipérboles y donaires.

Considerada de este modo la literatura científica de los franceses, pierde por una parte lo que gana por la otra; y si, en su cualidad distintiva de popularizadora y divulgadora de las altas especulaciones, no puede prescindir de ofrecerlas de relieve, con sus caracteres mas pronunciados, deberá cuidar siquiera de que estos caracteres sean efectivamente suyos y propios, aplicándose á estudiarlos profundamente, para que su seguridad sea concienzuda y no el fruto de un ligero y presuntuoso subjetivismo.

El trabajo cuyo título va á la cabeza de estos renglones, pertenece en cuerpo y alma, en espíritu y en forma, al género cuyos defectos hemos apuntado brevemente, ostentando todas las galas, mas ó menos rebuscadas, del *esprit* francés y toda la impotencia de un análisis vacío é inexacto. Triste resultado de la preferencia otorgada á lo accidental sobre lo esencial, cosa por otra parte muy lógica en un romántico-naturalista para el cual todo el valor del asunto ha de radicar en la manera de tratarlo. Si M. Cherbuliez se hubiese limitado á escribir un trabajo de critica humorista (dado caso que haya verdadero *humor* en Francia) de dudosa trascendencia y presentado desde luego en la region de lo cómico, las observaciones que pudieran hacerse no podrian ir mas allá del mérito subjetivo, de la profundidad de los pensamientos aislados, de la riqueza del campo destinado para servir de teatro á su individualidad, y tendria su puesto al lado, ó debajo, de Tieck, de Byron y de Richter; pero en unos estudios didácticos sobre un sistema de ciencia, en una obra de serias pretensiones doctrinales, no pueden sus errores hallar disculpa al amparo de la vis cómica y el ingenio.

En la escasa difusion que la Esthétique alcanza todavia entre nosotros y en la avidez con que los trabajos de este género (máxime

si son claros y atractivos) son recibidos de nuestros críticos, que sin duda desean aprender la ciencia en aleluyas, no puede sorprender á nadie el favor y aceptacion que los trabajos de M. Cherbuliez han logrado en los círculos literarios. Escritor hay que envidia su manera ligera y franca: pseudo-filósofo que al lado ó encima de los artículos de la fe coloca los del publicista galo-germánico.

Mas el trabajo inserto en la *Revista* parisiense (cuyo crédito merecido ha contribuido no poco á ese éxito), seductor á primera vista para muchos, no puede resistir la prueba de una consideracion mas detenida. Examinándolo atentamente, se ocurren las memorables palabras con que uno de los mas notables filósofos franceses caracteriza los *Essays* de Montaigne: «Un pasaje de historia, dice, nada prueba; nada demuestra un cuentecito; dos versos de Horacio, un apotegma de Cleomenes ó de César no deben persuadir á gentes racionales; sin embargo, estos ensayos no son mas que un tejido de pasajes de historia, de cuentecitos, de buenas ocurrencias, de dísticos y apotegmas.» (1)

Hay otras razones, además, para la popularidad que esta clase de escritos suelen alcanzar entre la generalidad de las gentes. Si el modo plástico de sus explicaciones los recomienda á todos aquellos espíritus que se contentan con que se les diga: Platon y Aristóteles son los jefes de la filosofia griega, Spinoza es panteísta y Cousin eclético, afirmaciones que les dispensan, á su entender, de averiguar por sí mismos lo que hay en el particular, el hallar acogidas en medio de tales definiciones dogmáticas, todas las observaciones, objeciones y dudas que sobre cuestiones de belleza y, especialmente de arte, se ocurren diariamente á todo el mundo, y forman los respetables principios de la critica académica y de café, es de por sí un aliciente singular que halaga y envanece; porque cualquiera que ha pensado algun desatino, de que duda quizás, no puede menos de ufanarse si lo encuentra adoptado por un escritor de cierta nombradía y elevado á doctrina incontrovertible. No es de ningun modo inconveniente que la filosofia se cuide de examinar las preocupaciones y opiniones del sentido comun, destruyendo sus errores, previniendo sus argumentos y disipando sus dudas, como quiera que la ciencia no puede divorciarse de la vida práctica que está llamada á dirigir, cumpliendo así una de sus mas fecundas misiones. «La Esthétique, dice además con extraño acierto el mismo M. Cherbuliez, pertenece al número de aquellas ciencias de aplicacion, que confinan de un lado con la metafísica y de otro con la experiencia;»

(1) Mallebranche, *De la Recherche de la Vérité*, l. 2, p. III, c. V.



razon que debiera haber tenido presente este escritor para que su metafísica fuese mas sólida y su experiencia mas profunda. Al introducirse la ciencia en el terreno de la vida y el razonamiento común, debe ya poseer un cuerpo de doctrinas, un criterio previamente formado, mediante el cual avalore y resuelva las cuestiones de todas clases que se le sometan; porque si este criterio ha de resultar *a posteriori* del exámen, es de un valor puramente negativo é incapaz de solventar problema alguno; recibir, por tanto, con deferencia las observaciones mas triviales é insignificantes para prestarles una importancia de que por lo regular carecen y dejarlas íntegramente en vigor, es hacerse eco de toda suerte de vulgaridades, trasformar la ciencia en un índice de contradicciones y exponerla á que, por la impotencia de uno de sus órganos, juzgue del cuerpo entero el común de las gentes, que, desconcertadas ante las demostraciones abstractas y metafísicas, toman el desquite en las soluciones prácticas que les hacen inteligibles aquellas, y en las cuales, con harta razon, se encuentran en su propio terreno.

El realismo naturalista de M. Cherbuliez se adapta, de otra parte, perfectamente al pseudo-romanticismo negativo que todavía impera en espíritus sentimentalistas, nutridos en las doctrinas de á principios de este siglo y vivificados en la continua lectura de las producciones del fisiologismo francés, que inaugurado decididamente por Diderot y levantado quizás á su mayor altura por Balzac, decae pomposamente en Victor Hugo y va á espirar en el olvido y la impotencia, con las creaciones de Dumas hijo y el vizconde Ponson du Terrail.

## I.

Tres largos artículos son los que ha consagrado M. Cherbuliez á la filosofía de lo Bello, y en ellos trata y resuelve numerosas cuestiones tales como la legitimidad y fundamentos de la Esthétique, las relaciones entre la filosofía y la experiencia, los caracteres distintivos de lo bello, el accidente y la individualidad; el ideal, lo bello natural, el sentimiento estético y la esencia del arte, reducibles todas en su opinion á tres: «la existencia objetiva de lo bello, el sentimiento subjetivo y la creacion de las artes é historia del ideal;» examinando al mismo tiempo las soluciones de M. F. T. Vischer, con las cuales rara vez se conforma el distinguido crítico francés; libertad ciertamente nada extraña; si es enojoso que los estudios hechos por él, sin duda, en esta clase de materias no hayan sido bastantes á suministrarle nuevas conclusiones que oponer á las del ilustre profesor de Berlín.

No es nuestro ánimo juzgar la obra de éste, ni menos defenderla; puesto que ni asentimos tampoco á muchas de sus deducciones; ni contamos para un delicado exámen con las cualidades que nos complace en reconocer á M. Cherbuliez, mas otras que no da muestra de poseer en tan alto grado como fuera necesario. Sin entrar, por tanto, en las profundidades de la cuestion, nos limitaremos á exponer algunas consideraciones aisladas sobre ciertos detalles, elegidos entre aquellos que por su importancia y fácil dilucidacion se hallan mas á nuestro alcance y pueden ser comprendidos de toda persona bien sentida.

En cuanto á lo demás, la colosal obra de M. Vischer no necesita de nuestra defensa: su mejor elogio es ella misma. Aun no aceptando todas sus opiniones, el mérito de haber ofrecido la mas vasta y sistemática doctrina, no menos que la mas elevada y exacta de cuantas han sido expuestas hasta de presente, constituye por sí solo una imperecedera gloria. La rigurosa dialéctica de sus teoremas llama á la vida, cuando menos, una inmensidad de cuestiones, ignoradas casi totalmente en su mayor parte, las establece con precision y las resuelve en términos profundos, incontrovertibles gran número de veces: el impulso está dado y cuantas investigaciones verdaderamente notables nazcan del movimiento progresivo de la ciencia no podrán desentenderse del influjo que, hasta en sus enemigos, está destinada á ejercer la insigne *Esthétique* del filósofo alemán.

## II.

«Imposible es reducir á una regla fija, á un principio invariable fenómenos tan mudables y diversos» (los de la Belleza).

«El placer de lo bello depende de ciertas condiciones subjetivas tan variables como nuestro humor y nuestra salud.»

«¡Qué ideas tan falsas nos formaríamos de las épocas, á juzgarlas por la palabra de los poetas!... El artista no tiene conciencia (de las circunstancias fortuitas que influyen en sus concepciones); sus mas bellas inspiraciones son á menudo casualidades.»

En estos tres principios, referentes á las cuestiones fijadas por él como capitales de la Esthétique, puede reducirse todo lo que expone M. Cherbuliez en el núm. II de su primer artículo, en que se propone mostrar los resultados de la observacion superficial en el exámen de los problemas de lo bello; sin hacernos cargo de otras aserciones igualmente absurdas que se enlazan á estas, ni de las cues-

tiones previas de filosofía que suscita, por no entrar en un trabajo interminable. El tono que domina en estas consideraciones, ya serio, ya chistoso, nos dejaría en la duda de si expone doctrinas que ha de combatir después ó hace el proceso, nada indulgente en verdad, de la Esthética, cuando no hallásemos fundada en tales inexactitudes su opinión sobre el accidente, de la manera con que la ofrece en el siguiente número. «Lo vemos, pues, dice: en los tres grandes problemas que la Esthética se encuentra llamada á tratar, ... el accidente representa un papel que la ciencia no podría desconocer, sin ponerse en contradicción con los hechos.» Extravagante aseveración por la cual introduce á la filosofía, destinada algunas páginas antes por él mismo á explicarlo todo, en el terreno ciego del empirismo mas anti-científico, y borrando de una plumada reflexiones como las que siguen: «Todo ó nada: hé aquí la divisa de la filosofía....» «Un hecho nuevo, atestiguado por la experiencia y del cual no puede darse cuenta un sistema, denota en este una laguna ó una contradicción, y provoca la formación de un sistema nuevo que corrija el precedente, completándolo.»

Como fácilmente se repara, entre el influjo de la ciega casualidad inexplicable para la ciencia y la noción, mas exacta en verdad, que establece de la última, media un abismo que no pueden encubrir frases vacías, lugares comunes brillantes que revelan mas viveza de imaginación que una reflexión detenida y sensata.

Mas, dejando para mas tarde esa cuestión del accidente en lo bello y en el arte, tan lastimosamente embrollada por M. Cherbuliez, notemos que aun suponiendo las inducciones que hemos citado como frutos del empirismo y el sentido comun inadmisibles para la verdadera ciencia, todavía son, cuando menos, exageradas. En efecto, á la inteligencia mas vulgar se ocurre que, dada como posible la esthética, aceptada en hipótesis la ciencia de lo bello, llamada «á explicar los secretos del arte» es inútil volver á presentar objeciones ya prevenidas y que anulan nuevamente su legitimidad, toda vez que sin «principios invariables,» sin «reglas fijas,» no hay ciencia (pues no se da de lo particular); y admitida por cualquiera que puede haberla, presenta un carácter peregrino la reincidencia en tal duda.

Pasando por alto la segunda reflexión, sobre la variabilidad en el placer esthético, que ciertamente se ofrece á menudo en el entendimiento de la generalidad, y de que no hubiéramos hecho mérito á no encontrarla aceptada como fundamento de la teoría de M. Cherbuliez, debemos vindicar de la tercera á la mayoría de las gentes, que, segun debe saber el distinguido crítico, tiene costum-

bre de juzgar las épocas por las literaturas y, lo que es mas, tener por bueno su juicio. Y advirtamos de camino que esté último error, supuesto en el vulgo, es de aquellos á que con mas entrañable cariño se adhiere amorosamente el escritor que nos ocupa, y que, segun veremos mas tarde, procura salir del compromiso con su doctrina de las casualidades, panacea universal que aplica á todas las dudas, con la cual resuelve toda clase de cuestiones y hace inútil la ciencia que, siglos hace, ha desterrado de su tecnicismo esa palabra.

Tributemos, si, el homenaje de nuestra admiración á la figura del «beso ardiente de la Musa que descubre el velo del misterio;» expresión mitológica digna de un escritor tan florido como descontentadizo, y que al llamar «inspiración desgraciada» la fórmula en que define la gracia M. Vischer, prefiriendo á esta definición «una pirueta de la Rosati,» da la medida de su gravedad y malicia.

Y sin embargo, los términos que usa M. Vischer, podrán ser mas ó menos elegantes; pero responden perfectamente á su objeto, caracterizando la idea que se propone explicar. Al definir en el párrafo 72 de la sección primera (en la parte destinada á la impresión subjetiva) la gracia, ó modo especial de impresionarnos que tiene la belleza sencilla, «movimiento en lo bello á la vez que difusión armónica en el sugeto,» (1) si ofrece una fórmula casi ininteligible para el que desconoce la teoría (lo cual es general en las definiciones) resume sintéticamente las proposiciones todas á que se enlaza, y que tomadas cada una por separado no serian mas claras ni satisfactorias, sirviendo unas á otras de explicación. Mas veamos en globo como explica el sabio profesor esta fórmula y la deriva dialécticamente. La idea, segun él, es actividad absoluta y movimiento por tanto, apareciendo el objeto como la acción de una fuerza libre. Depurado el accidente, se halla la forma de lo bello tan penetrada por la idea, que la contemplación de su perfecta armonía promueve en el sugeto aspiración á semejante estado; y puestas en relación ambas actividades, obra la del objeto sobre el alma, que se completa en movimiento paralelo. Esta expansión del sugeto, esta armonía en que se satisface con la suma de esencia que le impresiona, esta mutua corriente y juego recíproco de entrambos en que se acuerdan al encontrarse, es lo que llama gracia. El sugeto es también actividad en forma sensible, como el objeto, dice en este particular el primero de nuestros escritores de Esthética, (2) considerando la gracia desde un

(1) Diese Bewegung im Schönen als harmonisches Hinüberfließen in das Subject heisst Anmuth oder Grazie. Trad. de M. Cherbuliez: mouvement dans la beauté en tant qu'écoulement harmonique dans le sujet.

(2) D. Francisco Fernandez Gonzalez.—Esthética: lo Bello en la relación subjetiva, párr. III.

punto de vista semejante; «pero á diferencia del objeto bello, no realiza la armonía y aspira á ella.»

Verdaderamente es lástima que estas exposiciones no hayan desarmado la crítica de M. Cherbuliez: en cuestiones de este género, la indulgencia respecto á forma y estilo es necesaria, toda vez que no son las obras doctrinales creaciones de la fantasía; y cuando la precision didáctica se encuentra unida á la profundidad de los conceptos, es un deber no hacer alto en la mayor ó menor galanura de la frase que, si añade mayor perfeccion y atractivo, no debe buscarse en primer término. La fórmula de M. Vischer, á parte de ser mas clara que una pirueta de bailarina, en que á lo sumo habrá fenómeno bello, no revelacion científica, tiene toda la belleza que debe tener, pues desde hace muchos siglos nadie ignora lo que dice Hegel, á saber: que la generalidad abstracta de las cosas es la mision de la prosa científica, y su individualidad poética la del pensamiento bello.

Sentimos habernos detenido tanto en este punto, tomándolo en serio; pero desgraciadamente no es nuestra patria donde menos éxito obtienen esas ridiculas diatribas contra el estilo grave propio de la ciencia, y que lejos de autorizar, como se supone, la anarquía y el menosprecio del propio idioma (defecto reprehensible en quien lo ténga) va contribuyendo á desterrar los giros convencionales de la literatura hiperbólica y fría que tantos prefieren sin embargo. Recordemos con este motivo las palabras de un compatriota de M. Cherbuliez á propósito de la ponderada claridad de la filosofia francesa. «En cuanto á esa claridad exterior, exclama, que adhiere únicamente á las palabras y que parece dispensar de toda atenta reflexion, casi no es posible negarla á la mayor parte de nuestras obras de filosofia; mas en lo que dice relacion con aquella otra claridad intrínseca que resulta de la perfecta determinacion de las ideas, de la verdadera propiedad de los términos, de su empleo uniforme y preciso, es mucho mas dudoso que le pertenezca. No conozco nada menos claro y mas difícil de comprender bien que el tratado de las *Sensaciones* de Condillac, por ejemplo, y los *Elementos de Ideología* de Destutt de Tracy. Condillac, sin embargo, es reputado como el tipo de la claridad francesa; y Destutt pretendia haber hecho el experimento de que los *tiernos niños* estudiasen *con placer y facilidad* su Ideología y su Lógica. Preciso será convenir en que aquellos niños estaban muy adelantados para su edad.» (1)

(Continuará).

FRANCISCO GINER.

(1) M. Peisse, prefacio á la traduccion de los *Fragmentos filosóficos* de Hamilton.

---

## IDEAS POLÍTICAS.

---

RÉPLICA AL SR. D. CALIXTO BERNAL.

---

### I.

Cuatro meses hace que publicamos en la REVISTA MERIDIONAL (1) un ligero artículo llamando la atencion del público sobre la polémica que los Sres. Canalejas y Bernal venian sosteniendo sobre ciencia política, y haciéndonos cargo de su alto interés y de las opiniones emitidas por cada uno de los ilustrados contendientes; mas á pesar de que en aquella ocasion les dirigimos dos ejemplares del número en que vieron la luz nuestras consideraciones, (2) no tuvieron estas, segun parece, la fortuna de ser conocidas del Sr. Bernal, quien, al llegar hoy á sus manos, ha publicado en el diario político *Las Novedades* la réplica que nuestros lectores hallarán á continuacion. Nuevos en la vida literaria y poco menos en los elevados estudios de la ciencia á cuyo desenvolvimiento se halla consagrado el autor de la *Teoría de la autoridad*, no podemos menos de estimar en lo que vale el alto honor que nos dispensa entrando en una polémica para la que cuenta con todas las ventajas posibles, excepto la de una buena causa, única que milita de nuestra parte y con la que nos será preciso contentarnos. Mas puesto que nos convida á ampliar ó rectificar nuestras opiniones, no queremos dejar pasar mas tiempo sin complacerle, ya que el ser *Las Novedades* periódico mas difundido en esta que nuestra modesta Revista en la Corte nos ha pro-

---

(1) V. el núm. 7.º, correspondiente al mes de Mayo.

(2) El remitido al Sr. Bernal llevaba la siguiente direccion: Sr. D. Calixto Bernal, Redaccion de las *Novedades*.

porcionado ocasion de leer el artículo del distinguido publicista.

Hélo aquí integro: (1)

«La *Revista Meridional* que se publica en Granada ha insertado un artículo firmado por don Francisco Giner, terciando en la polémica que sostengo en la *Revista ibérica* con su digno director y mi amigo don Francisco de Paula Canalejas sobre el estudio de la filosofía política, con motivo de la obra que he publicado con el título de *Teoría de la autoridad*.

Dicho artículo no había llegado á mis manos hasta ahora, y como en él se me hacen injustas inculpaciones, creo que debo contestarlas.

El Sr. Giner no está conforme ni conmigo ni con el Sr. Canalejas, y no parece aceptar tampoco por completo ninguno de los sistemas científicos que considera erróneos ó incompletos, aunque parece inclinarse al del raciocinio puro. Deprime á los que siguen los otros, llamándolos empíricos, espíritus frívolos y perezosos, que creen tener títulos á comprenderlo todo sin pensar en nada; y que se contentan con doctrinas vulgares, sencillas, al alcance de todo el mundo, reducidas á un corto número de apotegmas, formulados en unos cuantos principios de inmediata utilizacion práctica.

De suerte que para el Sr. Giner la ciencia ha de constar de doctrinas que no estén al alcance de todos, y que se formulen con principios irrealizables; y los verdaderos sabios han de ser aquellos espíritus presumidos que, por querer escalar el cielo, como los antiguos titanes, se encuentran en un Babel donde no se entienden ellos mismos.

Si es así, confieso mi pecado: creo que el conocimiento de las causas primeras es vedado á nuestra limitada inteligencia, y no me rebelo contra esta ley de nuestra naturaleza, diciendo, como Sócrates, que en ese punto lo único que sé es que no sé nada. Dichoso el Sr. Giner si está mas adelantado.

Esto, en cuanto á la alta escuela de la metafísica, que en cuanto á las ciencias positivas, como la política, creo que no se debe aventurar nada sin probarse con la experiencia, que es el crisol del raciocinio; porque el raciocinio puro, sin la prueba de la práctica, es

---

(1) El temor de cometer alguna inexactitud que pudiera torcer el sentido de las palabras del articulista, nos ha hecho respetar las incorrecciones tipográficas que se notan á primera vista, y que á veces dan á la frase una significacion contraria á la que parece deducirse: solo hemos restablecido la ortografía de los nombres propios y alguna otra errata de tan poca consideracion.

el campo donde pueden emitirse impunemente todos los errores y todas las extravagancias. Fácil y falsa sabiduría, en lo que, con algunas frases huecas y otras tantas tesis ininteligibles se cree adquirir el derecho de menospreciar á los otros, y hacen alarde de que se conoce hasta lo que no se comprende, ni se puede comprender, porque es incomprensible.

Pero, sea de esto lo que fuere, si los sistemas científicos son solo el método de hallar la verdad, como parece indicar mi entendido crítico, no nos detengamos en tratar del que me ha servido para investigar mis principios y deducir mis consecuencias: tratemos solo de si esos principios son ciertos, lógicos, sin consecuencias, y realizable y eficaz su aplicacion.

Despejado así el campo, entremos en materia.

El Sr. Giner rechaza mi definicion del derecho; pero como el Sr. Canalejas no da tampoco la suya. El Sr. Canalejas parece inclinarse á la de Krause; pero el Sr. Giner rechaza tambien la de este, y como tampoco da las razones de esta repulsion, no sabemos á qué atenernos, ni aun para nuestra propia defensa.

Dice que mi definicion del derecho: «La potestad que tiene el hombre de gobernarse á si mismo por medio de su inteligencia,» no es admisible porque «tal potestad es una generacion del derecho y no el derecho mismo;» segun Krause, y seguidamente afirma que el derecho no es una generacion de las exigencias de nuestra naturaleza, sino una norma reguladora á que estos deben atenerse.

Creo notar aquí una contradiccion; pero prescindiré de ella, y prescindiré tambien de la que asimismo parece resultar de llamar al derecho norma legisladora de las exigencias de nuestra naturaleza, porque el derecho es la libertad y la norma legisladora, la represion; lo que equivale á decir que el derecho es la represion del derecho.

Pero prescindiendo de todo esto, y suponiendo que el derecho vaya siempre acompañado de su regulacion, ¿cuál es esa norma que lo regula? ¿Dónde se halla? ¿Quién la dicta? ¿La encontramos en alguna parte fuera de nuestra razon ó inteligencia, ó en nuestra inteligencia misma?

Esto es lo importante. No basta decir: «El hombre tiene una norma de conducta: es necesario saber cuál es, y cómo se le obliga á cumplirla; porque la política es la ciencia que enseña la mejor manera de conducir á los hombres en el respeto mutuo de sus derechos, que es el principal de sus deberes. Todo lo que no sea esto, no es tratar de política: es disputar estérilmente sobre palabras.

Viniendo ahora al principio de la soberanía social ó pública, el

Sr. Giner la niega por la misma razon que la negó el Sr. Canalejas; porque, segun ellos, el hombre no es ley de sí, y no puede ser soberano. Pero á este argumento contesté en la carta criticada, y el Sr. Giner no se hace cargo ni aun remotamente de mi contestacion. Esto es huir la dificultad, no abordarla. Vea el Sr. Giner lo que contesté á esto en dicha carta, y contraigase á ello, y solo entonces su crítica será cumplida.

Dice que la soberanía pública falsea por completo la idea del derecho, porque lo entrega al capricho individual y de las masas. Esto fuera cierto, si el derecho individual y de las masas no fuera su misma soberanía, cosa que le falta probar al Sr. Giner; pero siendo el derecho esa misma soberanía, no se puede falsear el derecho ejerciéndolo.

Dice que si la soberanía ha de obedecer siempre á una ley de justicia, no es soberanía, porque está sujeta á una ley anterior. Aquí decimos lo mismo que en el párrafo anterior. Esto fuera cierto si esa ley fuera dictada por una entidad extraña, y no por la conciencia de la misma soberanía.

El Sr. Giner, pasando de la teoria á su aplicacion, dice que si esta doctrina es infundada y corruptora en la esfera especulativa, no lo es menos en la region práctica, y cita como ejemplo al matador de César, aclamado por el pueblo de Roma, á Cromwell, á Napoleon, y hasta á Sièyes. En este punto no está mas feliz el Sr. Giner. No sabemos á qué se aducen estas citas, porque en ninguno de esos casos imperaba legalmente la soberanía pública. En otra parte es donde debe buscar el Sr. Giner los ejemplos de la democracia legalizada.

Acercas de la justicia de la soberanía pública, repetí en mi carta criticada un ejemplo práctico que antes habia aducido en otra polémica sobre este mismo asunto, y que entonces, como ahora, no ha sido contestado. ¿Por qué no se hace cargo de él el Sr. Giner?

Dice que la soberanía de la razon no significa la soberanía del ser racional, ni menos la soberanía pública; porque, por razon se entiende «la ley racional del derecho comprobada por el entendimiento y atestiguada por la conciencia, y de ningun modo la razon individual abandonada á esas pretendidas y misteriosas inspiraciones.»

Pues qué, ¿puede comprobar una cosa el entendimiento y atestiguarla la conciencia, sin que esa comprobacion y ese testimonio se haga por medio de la razon? ¿Y la razon de quién si no es la del individuo? Aun cuando sean ciertas esas leyes superiores, que no negamos, y aun cuando se impongan, ¿cómo se imponen á nues-

tra conciencia? ¿cómo se han de imponer si no las acepta primero nuestra razon, nuestra inteligencia, nuestro entendimiento?

Por eso es soberana la razon y soberano el ser racional; porque puede conocer ó desconocer esas leyes superiores, aceptarlas ó no, proceder ó no con arreglo á ellas, segun las creencias ó las circunstancias.

Dice el Sr. Giner que no es propio de un publicista liberal admitir, como yo he hecho, que la autoridad deba ser la base de toda constitucion política; porque el derecho se desenvuelve en dos entidades: el poder y la libertad, ambas necesarias para el mantenimiento del orden humano; que desgraciada la sociedad en que no concurren ambas fundamentalmente, y que á resolver este dualismo van encaminados desde Kant todos los pasos de la ciencia política, la cual, en verdad, no ha dicho aun su última palabra.

Aquí me complazco en confesar que estoy casi en todo conforme con mi ilustrado crítico.

Creo, y he dicho en otra parte, que tan necesaria es la autoridad como la libertad para el mantenimiento del orden humano; pero creo que el medio de no armonizarlas jamás es constituir con ellas un dualismo inarmonizable, porque son dos entidades antitéticas, y que el modo mas seguro de amalgamarlas, seria fundirlas en una, si no fueran, como son, una misma cosa.

Explique el Sr. Giner cómo pueden armonizarse esos dos principios opuestos, estableciendo con ellos un dualismo; tendrá que decir, como dice, que no ha pronunciado aun su última palabra la ciencia. Y yo añado, que no la pronunciará jamás, mientras exista ese dualismo.

Pero fúndanse ambas en una, y se hallará la solucion.

Siendo el derecho del individuo el de gobernarse á sí mismo por medio de su inteligencia, su autoridad es su criterio, su libertad el uso de su derecho. El derecho de la sociedad es el de gobernarse á sí misma, su autoridad es el criterio de sus miembros; las libertades públicas estriban en el uso de ese derecho.

La autoridad entonces es el derecho en ejercicio y la norma de las exigencias de nuestra naturaleza. El derecho entonces jamás puede ser violado por la autoridad, porque seria la violacion de sí mismo; la libertad entonces no podria ser refrenada por la autoridad sino en lo justo, porque nadie se refrena á sí mismo injustamente.

Si no es esta la solucion, pruébese, ó propóngase otra mas segura, y la examinaremos.

Dice por último el Sr. Giner, que el objeto de la sociedad y del

derecho no es la prosperidad de los asociados individual ni colectivamente; que este es un principio disolvente, y que el verdadero objeto es la perfeccion y el cumplimiento del destino humano. Pero ¿cuál es ese destino? El Sr. Giner lo calla. ¿Hemos sido creados para la infelicidad y para el mal? ¿Es la perfeccion de nuestro destino el ejercicio constante de la justicia? ¿Y no es la justicia la que nos evita el mal y nos proporciona el bien?

Además de que yo dije en la carta criticada que ese era el objeto del derecho para conformarme con la definicion de la escuela alemana á que parecia inclinarse el Sr. Canalejas, y aun el mismo Sr. Giner; pero si es otro el objeto de la sociedad y del derecho, puede decirse, aunque seria necesario explicarlo con la mayor claridad.

En el artículo á que contestamos, da á entender el Sr. Giner que se propone tratar este asunto con mas extension: celebraré que así lo haga; tendré mucho gusto en ver sus trabajos, si se sirve dirírmelos; y me honraré con poder adherirse ellas. Madrid, etc.—  
*Calixto Bernal.*»

## II.

Como se ve por el precedente artículo, los graves errores del Sr. Bernal alternan con inculpaciones que nos dirige, cuya inexactitud nos proponemos hacer evidente.

Es la primera de estas la gratuita suposicion de que hemos calificado de «empíricos, espíritus frívolos y perezosos,» etc., á cuantos no participan de nuestras opiniones, y siguen otros sistemas, aun el krausismo que hemos considerado y consideramos incompleto; afirmacion que se destruye con la simple lectura del párrafo aludido.

Hablando de la soberanía nacional decíamos que es doctrina poderosamente atractiva para aquellos espíritus frívolos y perezosos que, no comprendiendo el enlace de las determinaciones prácticas con las altas verdades metafísicas, desdeñan estas y solo exigen, en vez de teorías propiamente científicas y orgánicas, unas cuantas reglas y aforismos positivos cuyos fundamentos relusan examinar, añadiendo que no era nuestro ánimo confundir al Sr. Bernal con ellos. Cualquiera comprende, y mas teniendo á la vista nuestro primer artículo, que tal censura, en la que insistimos, va dirigida á tantas gentes y aun hombres políticos para quienes viene á ser la sencilla doctrina de la soberanía popular el punto esencial de apoyo de su credo, acallando así en cierto modo la innata propension del

espíritu á fundamentar y ordenar sus creencias. Ni aquí se alude á los que siguen *otros* sistemas diferentes de nuestras opiniones, sino *solamente* á los partidarios de la autonomía, ni á las doctrinas eclécticas, ni á las de Krause, ni á ningunas otras. ¿Cómo habíamos de comprender bajo semejantes denominaciones, por ejemplo, á la escuela teológica ó al hegelianismo puro, porque no los seguimos? Ni podia ser así, ni ha sido en efecto. Desafiamos á todo el mundo á que deduzca de los citados párrafos la alusion mas mínima que no se dirija á explicar y combatir la popularidad del principio que el Sr. Bernal defiende. De su exámen, no obstante, deduce este escritor que para nosotros solo es ciencia la serie de principios irrealizables que no estén al alcance de todos, y sabios los espíritus presumidos que llegan en su orgullo á una Babel donde no se entienden ellos mismos, concluyendo con la asercion de que el conocimiento de las causas primeras está vedado á nuestra limitada inteligencia.

No comienza con mucho acierto su réplica el escritor de la corte. ¿Quién podria deducir, de la calificacion de claro, sencillo y fácilmente comprensible para todo el mundo, aplicada en nuestro artículo al principio de la soberanía nacional, que el ideal de la ciencia era para nosotros la oscuridad y la confusion? Y ya en este punto, diremos que tanto distan de lo cierto, en nuestra opinion, los que admiten la posibilidad de alcanzar la mayor parte de las verdades racionales por medio del sentido comun, como los que desheredan á este criterio del valor é importancia que mide dentro de su propio limite. Los resultados de la pura investigacion filosófica explican de modo mas trascendental y seguro las anticipaciones inconscias por que la generalidad de los hombres gobiernan su vida, no dándose teorema riguroso ni deduccion exacta, por importantes y graves que sean, cuyo contenido resista á la razon natural, una vez iniciada en las necesarias preparaciones; mas el pensamiento así ilustrado, pasa de natural á científico, desenvolviéndose el germen de la reflexion filosófica que contiene el espíritu menos sabio y adoctrinado, mediante un procedimiento que, como el Sr. Bernal no ignora, se llama *estudiar*, y cuyo término lógico es el *aprender*. De esto á hacer del sentido comun la piedra angular de la construccion científica hay ciertamente la misma distancia que entre afirmar la aptitud de todo niño para llegar á ser hombre y confundir la infancia con la virilidad. El sentido comun es la infancia de la vida científica: tiene derecho á ser escuchado, como un primer momento en la historia del espíritu, no como el último ni el superior. No extrañe, pues, el Sr. Bernal que neguemos su competencia en muchas cosas: guia legítima es, por ejemplo, en lo bello el

sentimiento espontáneo, y con este elemento solo jamás se hubiera construido la estética.

He aquí por qué, si toda recta elaboración científica puede desafiar al sentido común, es solo, ya en sus derivaciones y aplicaciones prácticas, ya proponiéndole antes el dilema: «instrúyete ó calla;» y por qué, si toda recta deducción de derecho no teme su exámen, para este se requiere abandonar el terreno de las realidades vulgares (ó, mejor, de las apariencias) por una región mas alta, pero á la que no es posible llegar de un vuelo, sino paso á paso, deteniéndose continuamente para medir el camino recorrido y avalorar los progresos hechos. Entonces se halla que lo ofrecido antes como producto espontáneo de la luz natural humana, no era sino una preocupación venida de afuera, y que los magníficos resultados de un estudio mas detenido son los verdaderamente conformes con la esencia inmutable del espíritu y la razón. La soberanía nacional no es sino una de tantas preocupaciones mas ó menos arraigadas en las masas, y que si sirve de fundamento á esa serie de afirmaciones contradictorias y estrechas que constituyen el símbolo de fé política de la mayoría de nuestros hombres de Estado (harto mas extraños á la filosofía de lo que fuera conveniente), se destruye con otras muchas limitaciones de puro valor individual é histórico, al penetrar las leyes íntimas de la sociedad y del derecho. Por esto nos causa disgusto que los conocimientos y clara inteligencia del Sr. Bernal se hallen consagrados á exponer en forma doctrinal lo que muchos afirman por costumbre, en vez de ahondar mas profundamente los problemas de estudios tan importantes como desatendidos en nuestra patria.

No pasaremos adelante, sin lamentar, asimismo, la censura que parece envolverse en las últimas palabras de la consideración que nos ocupa, y que unida á la idea que tiene de la ciencia en general el distinguido escritor á quien combatimos, nos hace pensar si podrá conformarse á repetir estériles imprecaciones contra la pretendida soberbia de la razón humana. Si significan realmente sus palabras lo que se deduce de aquel cotejo, nunca deploraríamos bastante haber sido motivo inocente para que el defensor de la autonomía exponga proposiciones tan aventuradas como difíciles de mantener y menos de probar.

No es, ciertamente, de un publicista entendido, de un escritor dedicado á investigar las nobles cuestiones del orden político, de quien habría lugar á temer hiciese coro á las vulgares preocupaciones que contra las altas elaboraciones filosóficas se lanzan por los que quieren entender la ciencia sin estudiarla; solo á la ineficaz doctrina del

sentido común, que huye de la metafísica, la niega y la execra, ó á los desdichados anatemas del P. Ventura y los tradicionalistas de biera dejarse la triste gloria de renegar del espíritu humano y calificar á la ciencia de orgullosa, soberbia é impotente. En interés del Sr. Bernal y de la ciencia deseamos no verlo unido á la turba que, desconociendo, por ejemplo, las imperiosas, las sagradas exigencias del lenguaje filosófico; ridiculiza á los que tratan las abstrusas cuestiones de la lógica y la metafísica, porque no les infunden milagrosamente las anticipaciones de que carecen y necesitan para comprenderlas, como pudieran irritarse contra Homero ó contra Shakespeare porque no han escrito en castellano.

¡Que los filósofos no se entienden! ¿Y quiénes se entenderán, si ellos se confunden? No: la filosofía no puede ser nunca una Babel, porque ella es la que viene á explicar la Babel del mundo, conspirando con el Ser Supremo, según la expresión de un escritor, contra la aparente anarquía de las existencias; la confusión no puede darse sino entre los no-filósofos ó entre los filósofos y el sentido común indocto y presumido: los sueños de los neo-platónicos y los delirios de Hegel han hecho progresar mas al espíritu humano que todas las *claras* afirmaciones de la vida común y de las discusiones familiares que oímos en los salones.

No es de este lugar entrar en la controversia de si el espíritu puede ó no conocer las esencias de las cosas, ó en otros términos, si es posible la metafísica, y por tanto la ciencia; cuestión grave que inicia y resuelve en cuatro palabras el Sr. Bernal, conformándose con el escéptico psicologismo de la escuela escocesa. Séanos permitido, no obstante, trasladar aquí para terminar esta parte de nuestras consideraciones, las palabras de uno de los mas insignes pensadores con que se honra nuestra patria y nuestra filosofía en este siglo: palabras cuya autoridad y severa exactitud son innegables y que van dirigidas á doctrinas que no deben merecer ciertamente las simpatías de escritores ilustrados. «El que sin... preparación y trabajo afirma que nada ve, ó solo ve nebulosidad en la filosofía, podrá atestiguar con verdad su hecho propio; mas el que de esta su limitación se adelanta á inferir que los demás tampoco ven nada, juzga presuntuosamente del hecho y vista ajena; y el que sobre esto añade que el espíritu humano nada puede ver de lo eterno y necesario, que es imposible á la razón conocer las esencias inmutables de las cosas, es, sobre presuntuosos, orgulloso; pretende hacer ley común de su ignorancia propia y medir por el estado histórico de su razón la naturalza de la razón misma.» (1)

(1) D. J. Sanz del Río, en su exposición de la *Metafísica* de Krause (analítica), Introd., LXXI.



## III.

Siguiendo el orden de la exposicion del Sr. Bernal, hallamos la peregrina afirmacion de que nada debe aventurarse en politica que no esté ensayado en la experiencia, puesto que el raciocinio puro es el campo donde pueden *impunemente* emitirse todos los errores y extravagancias, terminando este párrafo por una diatriba de lugares comunes que se enlaza con la mencionada teoría de la impotencia de nuestra razon. Y aquí es donde viene de molde la calificacion de empirismo que nos hemos permitido atribuir á las opiniones de nuestro entendido adversario; calificacion que no debe rechazar, pues acepta, y en alto grado, las doctrinas designadas de ese modo desde hace mucho tiempo, y que consisten en negar, como sabe el Sr. Bernal mejor que nosotros, todo lo que no es experimental y práctico, desterrando así de la filosofia las mas altas cuestiones de su asunto. No nos detendremos á examinar la legitimidad de un sistema ya juzgado, y solo nos limitaremos á protestar contra esa pasion práctica que juzga los hechos como superiores á la razon, como si hubiese una lógica del espíritu y otra de la naturaleza, y fuesen cosas separadas y aun contrarias las leyes del pensamiento y las de la historia; nada mas absurdo que admitir la posibilidad de que fracasen en la práctica teorías verdaderas, y pretender que un principio de rigurosa exactitud puede engendrar hechos falsos (error de los mas peligrosos), es confundir las leyes permanentes del mundo y la humanidad con circunstancias y limitaciones accidentales puramente extrañas. La razon conoce el absurdo y el sofisma en su propia esfera, sin necesidad de recurrir á semejantes experimentos, casi nunca posibles y siempre inútiles; y una vez puesta por ella una tésis, la mantiene en medio y en frente de todas las contrariedades exteriores imaginables, que nada prueban contra ella y á las cuales se reconoce superior. Por otra parte ¿dónde iríamos á parar, si para formular un ideal de gobierno fuese preciso aguardar á que la práctica nos informase de sus bondades? ¿Qué político bien sentido seria capaz de ensayar la eficacia de un nuevo sistema en el *anima vilis* de los pueblos? ¿Á qué matemático, que merezca tal nombre, se ha ocurrido para demostrar las sencillas reglas de la adición, prevenir que se junten varios objetos, desconfiando de sus raciocinios? Lo que es ideal, lo que el pensamiento concibe como exacto, es real y puede ser histórico; si los hechos no lo confirman, tanto peor para los hechos: la razon, eternamente firme en sus verdades, para nada se cuida de la movible sucesion de los fenómenos.

Señalemos, no obstante, un progreso notable que aparece en este segundo artículo del Sr. Bernal respecto del primero, en el cual solo admitia como ciencia lo que, demostrado por el raciocinio, era experimentalmente comprobado; mas moderado en el presente, limita esta exigencia á las ciencias prácticas ó de aplicacion, y en las primeras palabras de su párrafo parece librar de ella á la metafísica. Pensamos que, algun dia, no en virtud de nuestras desautorizadas advertencias, sino merced á los resultados que una reflexion continua y de buena fe sobre estas materias no puede menos de producir, convendrá con nosotros en la inoportunidad de sujetar las verdades ideales, que son de por sí objetivas, á semejante contraprueba, exclamando con uno de los patriarcas del liberalismo francés: «solo la razon puede rectificar á la razon!»

Dejemos, con todo, á un lado estas cuestiones calificadas como previas por el docto publicista á quien contestamos, y examinemos el fondo principal sobre que versa la discusion.

No habiendo tenido ocasion de ver el libro dado á luz por el Sr. Bernal y que originó su polémica con el Sr. Canalejas, solamente pudimos en nuestro artículo hacernos cargo de su deducion de derecho por lo que de aquella controversia se desprendia y, muy especialmente, de las expresas afirmaciones del escritor autónomo, que supusimos desde luego conformes con la obra citada. De aquí la necesidad de limitar nuestra consideracion (que ya de por sí restringia su fin puramente crítico) á las someras indicaciones contenidas en las cartas de ambos escritores, sin avanzar á exposiciones mas amplias ni oponer tésis á tésis, toda vez que no era nuestro objeto desenvolver teorías, sino llamar la atencion de un público reducido sobre las ya expuestas.

Esta es la explicacion de nuestro laconismo respecto de ciertos puntos del artículo citado; pero ya que es llegada la oportunidad de explanar nuestro pensamiento, haciendo suceder á la negacion crítica la afirmacion doctrinal, fijaremos con la brevedad posible la teoría que profesamos; de desear es que, por culpa de nuestra inferioridad sinceramente reconocida, no parezca al Sr. Bernal un tejido de *frases huecas* y se quede sin entendernos.

FRANCISCO GINER.

(Continuará).



---

LA POESÍA Y EL ARTE  
DE LA GRECIA ANTIGUA,

EN SUS RELACIONES CON LA RELIGION.

---

LA POESIA.

I. — GENERALIDADES.

Dice un reciente historiador inglés de Grecia (1), con motivo de la reconocida superioridad de los griegos en todo lo que se refiere á las facultades míticas y poéticas; «la mayor parte de las naciones, si no todas, han tenido mitos; pero ninguna otra como la griega ha sabido revestirlos de inmortales encantos y de un interés general.» Y añade: «Las mismas facultades que elevaron en tan alto grado á los grandes hombres de su edad poética, impulsaron á sus sucesores á traspasar los límites de la antigua fe en cuyo seno habían sido engendrados y transmitidos los mitos.» Lo que es cierto, sobre todo, es que en ninguna otra mitología ha sabido la poesía de las diferentes épocas dar á sus concepciones primitivas un desenvolvimiento tan feliz, y á la vez tan lógico, tan riguroso y delicado, tan completo de formas y tan rico de sentimiento, conducir las así por un progreso espontáneo, por una serie de creaciones armoniosas, hasta la region de la mas perfecta belleza, haciéndolas experimentar al mismo tiempo trasformaciones siempre inteligibles y admirables, por el juego del mas espiritual, y hasta del mas libre capricho. Grande obra fué la de mantener con tan constante fijeza los primeros rayos de la idea primitiva, los caracteres esenciales de cada divina indi-

vidualidad, en su doble relacion con el mundo del hombre y con el mundo de la naturaleza, dándoles una expresion cada vez mas viva y precisa por la armónica combinacion de todos los rasgos, y enriqueciéndolos con atributos parlantes. Se requería un espíritu grave y recogido para conservar fielmente el contenido de los simbolos, el sentido de los signos, y defenderlos contra una fantasia exuberante ó frívola; no menos que una singular disposicion para la forma, la belleza, la gracia: solamente con estas condiciones, la fe en los dioses y la maravillosa ilusion de su realidad podian mantenerse y tomar un tan altísimo vuelo.

Por su conexion con los mitos mas sagrados, alcanzó necesariamente tal autoridad la poesia, que aun sus invenciones libres, voluntarias y posteriores á los tiempos en que el pensamiento no se manifestaba sino por la imaginacion, pudieron fácilmente colocarse en el rango mismo de sus precedentes creaciones, revestidas de una plena realidad por la creencia. Lo nuevo se enlazaba á lo antiguo con tanta mayor naturalidad, cuanto que era suficiente establecer entre los dioses simples relaciones de genealogía ó de matrimonio, dividir un solo personaje en muchos por la separacion de sus atributos, ó crear otros nuevos amalgamando caracteres tomados de aquí y de allá, procedimiento de un uso frecuente en la mitología. Si el mito primitivo é inmediato remonta á tiempos muy anteriores á Homero, la otra especie, que no ha sido produccion espontánea de la fe, sino que ha brotado del libre juego del espíritu, y procede ya de la interpretacion ó la alegoría, se prolonga, por el contrario, hasta una época muy reciente; pero revestida en parte, segun hemos dicho, del carácter positivo de la primera, por la serie de los tiempos. Como resultado de la conexion primitiva entre la poesia y la religion, el mundo tan rico de los mitos poéticos, debió tener para la nacion un significado de que el espíritu apenas puede formarse una idea. Muchas figuras y relaciones que consideramos, no como generaciones míticas, sino como meras ficciones poéticas, constituian para ella vivas realidades; habituada como estaba á creerse circuida de las creaciones invisibles, pero encantadoras, de la fantasia. Así aconteció que ejerciera la poesia mas influencia sobre los grie-

---

(1) Grote, *Hist. of Greece*, t. I, pág. 486.

gos que sobre todos los demás pueblos. Después de haber engendrado la primera forma de su religión, permaneció á su servicio para interpretarla y extenderla, no solamente ornando las manifestaciones del instinto religioso con las gracias de la belleza y los colores de la vida, sino también prestando su más perfecta expresión á todo serio pensamiento sobre las cosas divinas, sobre el derecho, la virtud y la sabiduría, y á todos los sentimientos profundos; y descendía entre el pueblo sin la vestidura sacerdotal, pero con las palabras é imágenes del sacerdocio. Mas al desenvolverse cada vez más libre, al desprenderse de sus lazos primitivos, concluyó la fantasía poética por atraer en cierto modo bajo su dependencia á los dioses y los mitos, y tratarlos según su manera propia, diversa de la peculiar á la fe primera é instintiva. El mito primitivo llegó á ser uno de sus elementos y el fondo de una especie de romanticismo: hubo un ciclo de poetas mitológicos en que los dioses no fueron ya otra cosa que personajes de leyendas novelescas. Las antiguas figuras míticas, con sus rasgos severos, profundos y significativos, halláronse mezcladas con las más libres y graciosas formas; el sentimiento de la veneración padeció de resultas, y se hizo inevitable cierta indecisión é indiferencia.

Es probable, sin embargo, que ciertas ficciones fuesen generalmente tenidas por tales desde un principio, como, por ejemplo, el sueño nocturno de Helios, después del cansancio del día, que le lleva de las Hespérides á la Etiopía, donde le aguarda el carro nuevamente uncido, y alguna otra fábula graciosa; debiéndose también distinguir las ficciones que jamás han tenido sino un valor local, y las esparcidas por los poetas en todas partes, como las leyendas de los Hiperbóreos, del rapto de Orilia y Cirene, del fallo de los doce dioses acerca de Orestes, de la contestación de Atén y Poseidón en Atenas, de la iniciación de Heracleo, de la de los Dioscuros en Eleusis. No siempre, pero sí en la mayoría de los casos, una atenta comparación basta para discernir la línea de demarcación entre las formaciones secundarias, posteriormente agregadas á las primeras formaciones míticas, y las creaciones libres, arbitrarias, de los artistas y los poetas. Los modernos, en sus trabajos sobre la mitología,

no han sabido siempre distinguir lo que no es sino ficción poética, ó mito enteramente adulterado y profanado, ó simple motivo de pinturas agradables, ó, todavía menos que esto, adición completamente parásita. Píndaro ya se queja de que el arte hubiese falseado por mentiras de toda especie la tradición de los mitos. El carácter esencialmente poético de la nación debía tender á confundir la poesía pura con la creencia religiosa, confiriendo igual valor á entrambas. La gran poesía fundó concepciones religiosas, localizadas en parte por el culto y fijadas por los antiguos himnos homéricos ú otros: de aquí proviene que para aquellos de los modernos que no profundizan el pormenor, la mitología entera no tiene frecuentemente otro carácter que el de un simple juego de la imaginación. Hay, sin duda, ciertas concepciones míticas y de un orden completamente general, donde la alegoría es tan clara, que fuera imposible no verla: tales son las de Eros como hijo de Afrodita, y otras muchas semejantes, pertenecientes á tiempos en que toda la mitología antigua amenazaba cada vez más disolverse en alegoría. Frente á la tradición positiva de cada Estado, rigurosamente sostenida por las costumbres y la palabra, la vida del espíritu se desenvolvía en toda la nación con la más extremada tolerancia, y la más franca libertad: la mitología positiva y consagrada y la mitología pintoresca, poética, arbitraria y continua se penetraron íntimamente; y las concepciones, en un principio determinadas con precisión, se envolvieron poco á poco en un crepúsculo indeciso que nadie se tomó el trabajo de romper,—tan bella y graciosa era la superficie de aquel mundo compuesto y flotante;—y esta indecisión llegó á ser el carácter de la fe general fuera del terreno conquistado por la filosofía. Es probable que muchos griegos, dominados por la poesía, se deleitasen en relaciones y pinturas mitológicas, absolutamente de igual modo que nosotros en la lectura de Ariosto y el Tasso, sin proponerse la cuestión de su realidad ó fingimiento, y por la misma tendencia que había hecho aceptar á la fe religiosa de sus antepasados puras creaciones de la fantasía. Mas tarde, sabios como Aristides, muy llenos de fe sin embargo, tuvieron ocasión de quejarse al ver considerados por el pueblo los mitos de Homero como artículos de fe: consecuen-

cia inevitable de la alta antigüedad de los dioses antropomórficos, y del desenvolvimiento no menos antiguo de la poesía y del arte.

*Trad. de Wilcker por X.*

*(Continuará).*

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

### I.

*Esthética* (1), por el Dr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, Catedrático de Literatura general y española en la Universidad de Granada.—Entrega 1.<sup>a</sup>—1862.

Triste era, en verdad, el estado de las ciencias antes que los últimos trabajos filosóficos, saliendo de su esfera especulativa, entrasen en la senda de la aplicación á determinados estudios; pero mas lo era el de las letras que, abandonadas por unos como cosa fútil, aceptadas por otros como objeto de recreo, eran juzgadas por los mas sin principios fijos con arreglo á los cánones que su criterio individual unido al estudio de buenos modelos les señalaba: esta manera de apreciar la belleza á que se llamaba *buen gusto*, careciendo de plan científico, solia degenerar en verdadero capricho y legitimaba, en parte, los ataques que se lanzaban contra los estudios literarios. Afortunadamente, los trabajos que, acerca de lo bello venian haciéndose desde la antigüedad, recibieron por vez primera lugar entre las ciencias, gracias á los estudios que la escuela de Wolf habia realizado; é iniciada la idea, fué la Esthética desarrollándose en los sistemas sucesivos, hasta presentarse hoy como una

---

(1) Véase la cubierta de este número.

ciencia que, á pesar de su ordenacion reciente, ofrece soluciones para todos los problemas que á la belleza y al arte bello se refieren. Doloroso nos es, sin embargo, confesar que estos estudios habian sido hasta los últimos años desconocidos en nuestra patria, y uno de los méritos del Sr. Fernandez Gonzalez es el ser, ya que no el primero en el tiempo, el que mas acertadamente ha logrado hasta ahora exponerlos: porque el docto profesor de Granada no se limita á tratar la ciencia con arreglo á los principios de Kant ni de Hegel, sino que, estudiándola en su desenvolvimiento progresivo y apoyándose en las últimas investigaciones que en ella han hecho los filósofos alemanes, ofrece un cuadro científico de los conocimientos esthéticos bajo elevado criterio y riguroso schematismo, adaptándolos, cuanto en materias filosóficas es dable, al carácter propio y condiciones históricas de nuestro pueblo.

Despues de exponer en un notable prólogo los progresos de la Esthética dentro de la Filosofía y de tratar en la introduccion cuestiones preliminares que, si son indispensables en toda ciencia, alcanzan mayor necesidad en esta que, como nueva, necesita de legitimacion á los ojos de los que la desconocen, entra en el estudio de la Metafísica de lo bello exponiendo ciertas cuestiones generales que en esta primera parte de la ciencia se suscitan; pasando despues al estudio de la belleza en las consideraciones objetiva y subjetiva y al de las antinomias que en lo hermoso se presentan. Lo bello en oposicion es, á seguida, el objeto de sus consideraciones, concluyendo la primera entrega de su obra al comenzar á ocuparse de lo sublime. Explicado el estudio de la Metafísica, el autor, como en la introduccion advierte, pasará al de la Filosofía de la Historia de lo bello, desenvolviendo las importantes cuestiones de la Física y Psicología esthéticas y de la Filosofía del arte. El objeto solo de esta obra bastaria á recomendarla á cuantos se ocupan de estudios artísticos y literarios; pero si á su asunto unimos el indisputable mérito de la exposicion, puede sin recelo afirmarse que su aparicion señala un notable periodo en el desenvolvimiento histórico de nuestro espíritu.

S. TORRES.

---

II.

*Carta al Excmo. Sr. D. Joaquín F. Pacheco, por el Dr.... (en el número 1.º del t. V de la Revista Ibérica).—Madrid: 1862.*

Nunca se deplorará y anatematizará bastante la aversión y menosprecio que gran parte de nuestros abogados profesan á la ciencia, mirada por ellos como cosa de mérito dudoso é inútil resultado; preocupacion que solo sirve para coadyuvar al descrédito funesto que amenaza á una profesion limitada para muchos al conocimiento rutinario y falso de la ley escrita (ineficaz cuando no se apoya en otro mas alto linaje de estudios), y practicada no siempre con la severa rectitud que fuera de desear.

La carta del Dr.... al Sr. Pacheco, uno de los verdaderos jurisconsultos que en España mantienen honrosamente las antiguas glorias de nuestro foro, tiene por objeto estimular á los dignos cultivadores del derecho cuyo espíritu iluminan las nociones de lo verdadero y de lo justo, para que provocando la reunion en asambleas de los abogados españoles, se inicien y generalicen las altas cuestiones de su nobilísima profesion, ilustrando al par la opinion pública y reivindicando su natural, legitima y provechosa influencia en la codificacion y legislacion positiva. Vínculo, el derecho, de los que mas íntimamente ligan la idea á la historia, la vida á la ciencia, el mundo trascendental al de las realidades exteriores, no puede permanecer mas tiempo en la actual postracion, extraño á las necesidades que la humanidad formula hoy en todas las esferas de su desenvolvimiento al exigir que la filosofia muestre su unidad con la práctica, como brotadas ambas de una misma fuente, y se encarnen en la segunda para la progresiva edificacion de la obra y fin humanos. Ni es otro de los menores inconvenientes del divorcio alimentado por el vulgo en sus preocupaciones, los abogados en su profesion y los gobiernos en la ridícula forma de estas enseñanzas, que falto el hombre bien sentido de esa continua comunicacion que establece la actividad intelectual, como su atmósfera propia, y en la

cual se componen y avaloran las ideas individuales con las de la sociedad científica en general y las de cada uno de sus miembros, suele descaminarse en presunciones subjetivas, acogiendo ávidamente en su entendimiento las primeras nociones que por acaso halla consignadas, y su natural virtualidad se anula personalmente en el error, como la separacion en que mira la práctica la anula para el mundo en la impotencia. De esta suerte oímos y leemos en discursos y escritos de algunos abogados, que rehusan satisfacerse con el conocimiento de la legalidad existente y buscan siquiera su motivo histórico, apreciaciones y doctrinas que revelan la mas lastimosa ignorancia, no solo de principios de filosofia moral, sino de las mas vulgares nociones de historia y literatura. Estos, sin embargo, son por lo general quienes mas hacen y á lo menos tienen la conciencia confusa de sus deberes, desdeñando generosamente considerar sus ejercicios como un procedimiento ritual y mecánico. Téngase presente que sin jurisconsultos entendidos no hay buenos magistrados, y sin buenos magistrados la aplicacion de la justicia suele ser una arbitrariedad criminal en que se tocan y aumentan todos los inconvenientes del jurado sin ninguna de sus ventajas.

Merecedor es, por tanto, del mas alto elogio el intento que manifiesta la carta del anónimo doctor, como la respuesta que en un diario de la córte ha insertado el Sr. Pacheco, adhiriéndose, segun era de esperar, y con notable discrecion y modestia, á un pensamiento digno de su atencion y su ayuda. En bien de la justicia, en bien de la ciencia y en el de la profesion misma, deseamos que sus gestiones obtengan el éxito lisonjero á que tienen derecho. De todos modos, siempre quedará al iniciador de esta reforma la gloria de su intento y la esperanza de verlo realizado en el porvenir.

F. GINER.

---

III.

*Discurso inaugural leído en la solemne apertura de la Universidad literaria de Granada, el día 1.º de Octubre de 1862, por el Dr. D. Antonio Coca y Cirera, Catedrático de la facultad de Medicina de la misma.*

El día señalado por el reglamento tuvo lugar la apertura del actual curso académico con las solemnidades de otros años. Tocaba en este á la Facultad de Medicina el exponer en el discurso inaugural uno de los infinitos problemas que en la ciencia se suscitan, y el Sr. Coca fué el encargado de tan honrosa tarea. La *Influencia de la mujer en la civilizacion del linaje humano* fué el extenso asunto que dicho señor se propuso ofrecer á la consideracion del Claustro, y bien se puede afirmar que llenó cumplidamente su propósito, en las atinadas observaciones que hizo considerando á la mujer en su relacion histórica y en los distintos estados que ocupa en la vida. Pero si su acertado juicio y buenas formas literarias merecen nuestro aplauso, forzoso nos es, sin embargo, confesar hubiéramos deseado que al desenvolver su tésis hubiera presentado consideraciones mas filosóficas, porque el rigorismo de la ciencia y las cuestiones esencialmente científicas no están á nuestro juicio reñidas, antes bien son propias de actos tan severos y de auditorio tan ilustrado como el que generalmente concurre á la inauguracion de un curso universitario. Tanto es así, que la mayor parte de los discursos inaugurales y tésis doctorales últimamente presentadas, tienden, como reconoce el mismo Sr. Coca, á exponer cuestiones filosóficas del mayor interés y á presentar soluciones á muchos problemas de importancia que en la ciencia se ofrecen.

Fuera de estas observaciones, el trabajo del Sr. Coca merece la consideracion con que ha sido generalmente aceptado.

S. T.

IV.

*La España Literaria, Revista quincenal.*—Número 1.º— Sevilla: 1862.

Es carácter distintivo de la época que atravesamos una expansiva propension á comunicar el fruto de nuestros estudios, nuestras opiniones y sentimientos en libre comercio con los demás hombres; y á esta aspiracion á la publicidad, nacida principalmente del influjo que en los pueblos modernos tiene la vida del espíritu que irradia á lo exterior, se debe la presente exuberancia de publicaciones periódicas, que á mas significan otra tendencia de opuesta índole, la cual, en vez de obedecer como aquella la direccion de la cultura contemporánea, viene en cierto modo á combatir y protestar contra ese vicio predominante de nuestros tiempos, el absolutismo de los intereses materiales.

En efecto, si consideramos atentamente la naturaleza de esta clase de publicaciones, concluiremos que á su carácter de órganos mantenedores de la discusion científica va unido necesaria y consecuentemente el de paladines de los grandes elementos que las ciencias y el arte representan, siendo por tanto una protesta mas ó menos directa y reflexiva contra ese cáncer corrosivo de nuestra época, probando la existencia en el alma de ideas nobles y desinteresadas que no mancha el egoismo, é intentando encauzar y reducir á sus verdaderos límites la pujante avenida de aquella invasora corriente. Por esto las publicaciones de un género semejante á la que hoy anunciamos no pueden menos de enlazar una relacion práctica á la de órganos que mantienen viva la aficion á los estudios, transmitiendo y generalizando toda clase de conocimientos.

La patria de San Isidoro no podia permanecer extraña á este movimiento generoso, y *La Bética* primero, hoy *La España Literaria*, han venido á demostrarlo dignamente: deseamos larga vida á la nueva publicacion para que llene sus altos fines, promoviendo y desarrollando la cultura con la ilustracion y mérito que aparece en su primera entrega.

N.

## VARIEDADES.

La suscripción abierta en Francia para el monumento que debe erigirse á la memoria del compositor Halevy, asciende ya á la cantidad de 40.000 francos. Además la Municipalidad de París ha votado la concesion perpetua y gratuita de todo el terreno que sea menester para la ereccion de dicho monumento.

Segun las reseñas que publican algunos periódicos de la Côte acerca de la Exposicion de Bellas Artes, que tiene lugar en Madrid, el número de cuadros de Historia ofrece notable aumento en relacion con el de otras Exposiciones anteriores, siendo de notar que entre los mejores se cuentan algunos de asunto religioso.

Segun noticias de un diario, la sesion extraordinaria que ha acordado celebrar la Academia Española para colocar una lápida en la fachada de la casa que habitó Lope de Vega, tendrá lugar en la casa misma. En esta sesion á que asistirán el Alcalde-Corregidor en representacion del vecindario de Madrid y Comisiones de la prensa, de la Universidad, de los poetas dramáticos y de los actores, se leerá probablemente un romance biográfico, escrito por el Sr. Hartzembusch. Los propietarios de la casa se han comprometido delicadamente á conservar el monumento que se va á colocar, aun en el caso de que fuese necesaria la reedificacion, y á imponer este servicio forzoso á los nuevos dueños á quienes pueda pasar por cualquier título.

X.

POR TODO LO NO FIRMADO:  
El Secretario de la Redaccion,  
T. DE ROJAS.

El Editor responsable, D. José de la Rocha.

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

## DE LOS ORÍGENES

Y PERÍODO HERÓICO

## DE LA POESÍA GRIEGA.

Grande es el desarrollo que, merced al renacimiento de las letras en este siglo efectuado, han adquirido los estudios de la antigüedad clásica. Ya no se examinan someramente las obras de los griegos y romanos; se trata de penetrar en el fondo de sus intenciones, en los motivos que les impulsaron á expresar determinadas ideas y doctrinas, y no deteniéndose aquí la moderna crítica, niega á algunos de ellos el lugar distinguido que antes ocupaban, al par que, con profundas investigaciones, descubre el denso velo en que venian envueltos importantes hechos de las pasadas edades.

Los primeros cantos épicos del Occidente, la grande poesia objetiva de la Grecia, no podia permanecer ajena á tan exquisitas investigaciones: y Creuzer, Schlegel, Schöll, Welcker, Gladstone y otros varios escritores, dignos continuadores de los críticos del Renacimiento y de los notables trabajos de Vico y Wolf, se han ocupado en dilucidar multitud de problemas referentes á tan importante período de la literatura helénica.

Mas al tratar de exponer los orígenes y período heróico de la poesia en Grecia, será conveniente comenzar nuestra investigación por algunas consideraciones esthéticas, que marcando el origen filosófico de la poesia objetiva, nos servirán de guia en las subsiguientes consideraciones.

Haciendo Hegel á la dualidad contradictoria, motor interno de la Idea que tiende á hacerse conscia, porque la contradicción la mue-

ve á resolver los opuestos en un término concreto, reconocia en el proceso indefinido de su sistema á la Idea primero como pensamiento y noción pura, abstracta y simple en la Lógica; luego como reflejo y perspectiva de sí en la Naturaleza, y por último como pensamiento conscio y espíritu concreto de todos los momentos precedentes, en la Idea absoluta (1). Esta deducción sintética lo llevaba en la Historia del Ideal á considerar los momentos de unidad y oposicion solubles en un tercero, como realizaciones de las distintas formas en que se muestra la fantasía de los pueblos. El autor del Racionalismo Armónico, aprovechándose de los elementos que en su incompleto sistema dejara el filósofo de Berlin, los fundió bajo un principio superior real, armonizando de este modo todas las manifestaciones de la vida. Los tres períodos de tesis, antítesis y síntesis, se consideran como refiriéndose el primero á la realidad externa (objetivo), el segundo á la determinacion personal (subjetivo) y el tercero conteniendo ambos términos (subjetivo-objetivo). Si hacemos ahora aplicacion de esta verdad mas especialmente á la poesía, la señalaremos con estos caracteres. Mas, como la determinacion inconscia antecede á la conscia, la realidad externa al sentimiento reflexivo, la poesía objetiva precede á la subjetiva; y he aquí mostrado *à priori* lo que nos enseña la historia de todas las literaturas y muy principalmente la del pueblo griego: que la épica precede en el tiempo á la lírica. La poesía objetiva, sin embargo, no se nos presenta bajo un solo aspecto; porque unas veces se ocupa del ser y entonces es didáctica: otras del suceder y es histórica, y otras sintetiza el ser y el suceder presentándose como verdadera epopeya. Todas estas formas se encuentran desarrolladas en la literatura griega: limitándonos á las dos últimas especies, por ser tan solo ellas asunto de nuestro estudio, se ocurre la importantísima reflexion de no concretarse la épica histórica á la manifestacion especial en obras de depurado arte, cuales son la Iliada y la Odisea consideradas separadamente, la Eneida, las Lusiadas; sino el comprender, como formas primitivas que sirven de materiales á su composicion, los epitafios,

(1) Véanse D. J. Sanz del Rio, Introd. á la exposicion de la Analítica de Krause, y la Esthética de Hegel.

las sentencias históricas, las inscripciones, los himnos y cantos primitivos; elementos que, reunidos despues por uno ó varios poetas, constituyen en gran parte este segundo género de poesía objetiva.

Pocas son las verdaderas epopeyas que se ofrecen en la historia: porque necesitando esta última forma de la poesía épica representar toda una civilizacion, armonizando la didáctica y la histórica, no puede ser mera expresion de los sentimientos de un pueblo, sino espejo fiel de toda una época humana. Por esto la Biblia es epopeya como representante de la edad teocrática, y los poemas homéricos que separados vimos ser históricos, son tambien epopeya, en cuanto manifiestan de una manera natural y artística el carácter propio del mundo clásico (1).

Sentados estos importantísimos preliminares, no se extrañará que empecemos nuestro estudio por los primeros cantos de la Grecia; no de otro modo se puede manifestar el origen de la poesía épica en su consideracion histórica con relacion al mundo griego.

No nos detendremos en investigar cual fué el nieto de Noé que se estableció primero en este afortunado país; lo que parece admitido es que desde muy antiguo existian en él dos pueblos: los aborígenes, y los pelasgos que, viniendo del Asia, habian hecho su invasion por mar á través de las islas del Egeo, hácia el Ática y el Peloponeso (2). De Deucalion, hijo de Prometeo y sobrino del pelasgo Atlante, nació Heleno que dió nombre al pueblo griego, (pues la denominacion *graiçoi* es de uso itálico), y del que procedieron Doros, Eolos, Ion y Aqueos; pero bien se deja entrever que la fábula está aquí mezclada con la tradicion histórica: basta para nuestra consideracion saber que la division de los helenos en eólios, dórios, jónios y áticos es la misma de sus dialectos.

Mas; ¿cuál era el fin del pueblo griego? qué destino le estaba reservado? Si dirigimos una ojeada á su historia política, vemos sus instituciones mas humanas que las del Oriente: si nos detenemos en la religion, los dioses toman forma tambien humana y están en in-

(1) Estas consideraciones esthéticas son debidas á las explicaciones de D. Francisco Fernandez y Gonzalez, ilustre catedrático de la facultad de Filosofia y Letras.

(2) Veanse á F. Ficker, Historia abreviada de la literatura clásica antigua, primera parte, y á César Cantú, Historia universal, libro 2.º

tima comunicacion con los mortales: si por último examinamos la interioridad de su historia, se nos presenta ese gran desarrollo en la ciencia y en el arte, admiracion de los que le siguieron y que es prueba inequívoca de que la idea de Grecia era esencialmente humana, de que el mundo griego era el período subjetivo de la edad antigua.

Esta íntima relacion entre los dioses y los hombres tenia que reflejarse en el arte, y los primeros cantos son religiosos, como lo habian sido los del Oriente, si bien allí dominaba el símbolo y aquí el antropomorfismo. Lino de Calcis es el primer nombre que encontramos en la literatura helénica; y ya sea un jóven de raza divina, que viviendo entre los pastores de la Argolide fué devorado por perros salvajes, ya un hijo de Apolo y de una Musa, muerto por Hércules á quien habia vencido en la cítara; lo cierto es que el lino (*ai line*) se conoció como un canto triste que lamentaba la pérdida de la primavera (1): como el *paian* cuyo verdadero origen ha manifestado Vico, lo era de alegría á su venida, himnos que son verdaderos restos de la antigua religion de la naturaleza. Al lado de ellos podemos colocar el himeneo, especie de epitalamio, y el treno donde se llora la pérdida de los que han muerto, y cuyo carácter religioso no puede ponerse en duda.

Á esta misma época pertenecen algunos cantores y vates, cuyos nombres han llegado hasta nosotros; tales como la profetisa Femonoe, el licio Olen, padre del himno, el tracio Eumolpo, sacerdote de Demeter en Eleusis, los del delfo Filamon y su hijo Tamiris, del profeta Melampo, de los atenienses Palefates y Pamfos, autor de himnos y poemas épicos, del tebano Amfion y del cretense Crisostemis, de cuyas vidas apenas queda noticia.

Pero los que mas importancia tienen hoy, son Orfeo y Museo por las tradiciones que sobre ellos se han venido acumulando.

Orfeo, discípulo de Lino, nacido segun algunos en Libetra 1250 años antes de nuestra era, se presenta á los antiguos como poeta, cantor, sacerdote, navegante, médico, sabio, naturalista, fundador de un culto secreto á una divinidad subterránea y autor de ochenta

(1) A. Pierron, *Historia de la literatura griega*.

y seis cantos de iniciacion, *teletai*: el *Argonautica*, el *Peri lithon* y el *Peri seismon*, pueden atribuirse sin escrúpulo á época mas reciente. Pero no son estos solos los hechos atribuidos á Orfeo: de su figura se apoderó la poesia, se le hizo viajar con los intrépidos exploradores de la Colquide, bajar por Eurídice á los Infernos y se exageró en extremo la fuerza fascinadora de sus cantos (1). Museo, á quien se hacia discípulo de Orfeo, quizá no sea mas que el nombre de una familia de poetas amantes de las musas. Una multitud de oráculos, poesías, tragedias é himnos se le atribuyeron en la antigüedad, de los que no tenemos noticia; pero el poema de Hero y Leandro que Escaligero le asigna por llevar su nombre, es segun la opinion de los críticos, de un poeta del IV ó V siglo de la era cristiana.

Mas estos primitivos cantos religiosos, verdadero origen de la poesia griega, fueron tomando un carácter heróico, merced á hechos importantes que tuvieron lugar en el mundo helénico. Era necesario, dice Pictet (2), en las primeras épocas, luchar para el triunfo de la civilizacion sobre la barbarie, del bien sobre el mal, del espíritu sobre la materia; y el representante de esta lucha fué el héroe, sucesor y complemento necesario del sacerdote.

Cuatro grandes empresas forman el fondo de las tradiciones heróicas de la Grecia: el viaje de los Argonautas, las hazañas de Hércules y las guerras de Tebas y Troya: sobre esta última versan principalmente los cantos épicos de la primera edad. Pero ¿existió Troya? ¿acaeció verdaderamente esta guerra?

Cualquiera que sea la opinion que se sustente, la guerra de Troya presentará siempre la grande lucha que los primeros griegos tuvieron que sostener con el Oriente, será la primera manifestacion hostil que una sociedad individualista hace á otra absoluta, el primer período de la grande antítesis del mundo antiguo. Los caudillos, que guiaban á los diferentes pueblos griegos y que Homero nos describe minuciosamente en el 2.º libro de la Iliada, así como los que defendieron con tanto ahinco á la infortunada ciudad, pasaron fácil-

(1) Sobre Orfeo puede verse el capítulo 1.º de la *Ciencia Nueva*, donde se manifiesta el verdadero carácter de este poeta.

(2) De lo bello en la naturaleza, el arte y la poesia, cap. XIV.



mente á la categoría de héroes en la imaginación del pueblo; y Aquiles, Agamenon, Menelao, Ulises, Hector y Priamo se encontraban presentes á la fantasía de los griegos, como lo están á la nuestra Guzman el Bueno, el Cid y Pelayo. Bien pronto se les emparentó con los dioses, se exageraron sus hazañas, y la poesía transmitió de generación en generación su nacimiento y empresas prodigiosas.

Mas antes de cantarse tales acontecimientos, se habian individualizado cada vez mas en la poesía las fuerzas divinas, los dioses habian tomado forma humana, y esta combinación que bastaba para abrir una inmensa carrera á la ficción piadosa, sobre todo en cuanto decia relación con su jerarquía en el círculo olímpico fué, dice Welcker (1), con la victoria de los titanes el gran preludio de la poesía homérica.

Femio, el cantor que divertía á los amantes de Penélope en sus festines, Demodoco el aeda ciego de los Feacios, cantaban al son de los instrumentos músicos, asuntos míticos y principalmente heróicos, como la desgraciada vuelta de los griegos de la guerra de Troya, y la querrela de Ulises y de Aquiles. Pero hayan tenido una vida real ó sean nombres inventados posteriormente, lo que no puede ponerse en duda es la existencia de poesías épicas mas ó menos completas, ó si se quiere de embriones de epopeyas, anteriores á las composiciones homéricas. Existía por lo tanto una escuela de rapsodas, que recitando ó enlazando versos y transmitiéndolos de padres á hijos, entretenían al pueblo con sus poesías, cantadas al compás de la lira, la cítara y el forminx.

Á pocos pasos que damos en el estudio de este periodo de las letras griegas, nos encontramos con un nombre, que si antes ha sido generalmente respetado, es hoy objeto de debates en el terreno de la crítica. ¿Existió Homero? ¿Es el autor de la Iliada y la Odisea? ¿Cuál es el verdadero Homero?

He aquí reunidas las mas importantes cuestiones que se suscitan en este punto.

SALVADOR TORRES AGUILAR.

(Continuará).

---

## CUATRO PALABRAS

SOBRE

### ALGUNAS CUESTIONES DEL ÁLGEBRA.

---

Hace pocos días, un amigo mio, hablando de algunas teorías del Álgebra, sostuvo principios inadmisibles, como verdades establecidas y admitidas en la ciencia; sin que me fuese posible convencerle de sus errores con las razones que expuse, por lo cual me atrevo á someterlas á la consideración de las personas ilustradas, ocupándome además de algunas otras equivocaciones en que incurrió y no hice notar entonces, en vista de circunstancias especiales que no son del momento, ni coartan ahora mi libertad: advirtiendo que algunas de estas proposiciones se hallan consignadas como demostrables y demostradas implícita ó explícitamente en todos los tratados que conozco, y las otras son deducciones tan sencillas de la naturaleza misma de las cosas, que cualquiera puede hacerlas. Al obrar de esta manera, trayendo á la prensa discusiones privadas, aunque de carácter puramente científico, atiendo á la utilidad que de ellas pueden reportar los jóvenes que á su estudio se dedican, quienes podrán desechar errores que acaso les hayan imbuido, y evitarán cuando menos, leyendo estas líneas, el escollo que señala Mr. Suzanne cuando dice: «..... Entre el lenguaje algebraico y el lenguaje hablado, hay esta diferencia notable, que en este no se pueden disponer las palabras convenientemente, sin comprender las ideas que expresan; mientras que en aquel se las puede muchas veces combinar exacta-

---

(1) De la poesía y el arte en Grecia, etc.— V. también Hegel, Esthétique, t. II.

mente, por efecto de un simple mecanismo prescrito por reglas ciertas. Pero el que se limite á este puro mecanismo, no comprenderá nunca el espíritu de la ciencia: obligado á seguir sin cesar los pasos de otros, es incapaz de hacer algo por sí mismo y de elevarse á concepciones un poco delicadas.»

Los asertos de mi contrincante, fueron los siguientes:

1.º Que puede considerarse el desarrollo de la potencia del grado  $n$  de un binomio  $(x + a)$ , como el primer miembro de toda ecuacion del grado  $n$ , en el que están expresadas las  $n$  relaciones que existen entre sus coeficientes y sus  $n$  raíces.

2.º Que es falsa una demostracion de que me ocuparé en su lugar.

3.º Que no es general la fórmula  $A_n = A_{n-1} (m - (n-1))$  que da las coordinaciones de  $m$  letras tomadas  $n$  á  $n$ , en funcion de las coordinaciones de las mismas letras, tomadas  $(n-1)$  á  $(n-1)$ .

4.º Que la expresion  $A_0$ , que se obtiene haciendo  $n=1$ , es igual á la unidad.

5.º Que siempre la expresion  $A_0$  es igual á la unidad.

6.º Que toda cantidad con exponente nulo es igual, considerada en sí misma, á la unidad.

7.º Que no puede reducirse una cantidad á cero, sino quitándole sucesivamente todas las unidades que contiene.

8.º Que Vallejo fué el primero que dió la regla de escribir el sustraendo, con el signo cambiado, á continuacion del minuendo, para efectuar la sustraccion algebraica.

Voy á ocuparme de cada uno de ellos con la extension que requiere, segun su importancia y la menor ó mayor claridad con que se manifiesta el error que encierra, teniendo presente además el medio de publicacion.

1.º Pasando por alto otras inexactitudes, de enunciacion sin duda, no es cierto que el primer miembro de la ecuacion formada igualando á cero el desarrollo de  $(x+a)^n$  exprese las relaciones

que ligan á las raíces de una ecuacion con sus coeficientes. En efecto, si expresase esas relaciones, cualquiera que tuviese las nociones suficientes para entender el lenguaje algebraico y supiese cuáles son las raíces de la ecuacion propuesta, las traduciria al momento en el lenguaje ordinario á la simple inspeccion del primer miembro, y esto no solamente no ocurriria en el caso que nos ocupa; sino que el mismo que sienta la proposicion se veria en un apuro, si quisiera deducir de aquel, con el rigor propio del Álgebra, cuáles son las relaciones que existen entre las raíces de una ecuacion completa del grado  $n$  y sus  $n$  coeficientes, á pesar de que debe saber ya lo que va á demostrar y, por consiguienté, la cuestion es muchísimo mas sencilla.

La ecuacion actual tiene todas sus raíces iguales; en general las raíces de una ecuacion son desiguales; supuestas conocidas las relaciones de las primeras con los coeficientes de los diversos términos de la ecuacion de que provienen: ¿podrémos afirmar esas mismas relaciones para las segundas? ¿Habrá seguridad de que sean la expresion de una ley general? ¿Existirá esta ley? Si existe, ¿la habrémos despojado de las particularidades que la individualizan, por decirlo así, la habrémos comprendido en su esencia, ó habrá quedado esta oculta entre los accidentes que la determinan? Quizás se me conteste que la induccion es legitima; pero entonces deberá probarse que es completa ó, lo que es lo mismo, deberá demostrarse la ley en cuestion, y esta demostracion será necesariamente *a posteriori*, lo que equivale á decir, que el conocimiento de las relaciones que existen en el caso particular, harán quizás sospechar una ley, pero no la demostrarán.

Admitiendo la manera de racionar de mi contrincante, esto es, afirmando de lo general lo que se afirma de lo particular, podria decirse: el círculo es un caso particular de la elipse; en aquel toda recta perpendicular á una cuerda cualquiera en su punto medio, pasa por el centro; luego en esta tambien pasará. Es sabido que para que así suceda, necesita la cuerda ser paralela á uno de los dos ejes de la elipse. Ya he señalado el vicio de que adolece el razonamiento anterior: es ilógico; pero si se quiere analizar mas aun la

causa de la falsedad de la conclusion, se observará que en el círculo toda cuerda es paralela siempre á un eje (puesto que todos los diámetros son tambien ejes), y esta particularidad ha ocultado la esencia de la ley. De otro modo: siendo iguales en el círculo todos los diámetros, los extremos de cualquier cuerda equidistan del centro, y por consiguiente este punto pertenece á la perpendicular á aquella en su punto medio, y ahora como antes el accidente deja envuelta y oscurecida la ley. Así, no puede decirse que las propiedades del círculo y de las líneas que en él se consideran, *expresan* las de la elipse y de las rectas con ella relacionadas.

Paso ahora á refutar la asercion, con razones mas propias de su índole algebráica.

Las relaciones en cuestion, se pueden expresar con brevedad del modo siguiente: en toda ecuacion completa, el coeficiente de un término cualquiera, diferente del primero, tomado con su signo ó con signo contrario, segun sea de lugar impar ó de lugar par, es igual á la suma de los productos distintos de sus raíces, tomadas tantas á tantas como términos le preceden. De manera que si la ecuacion es

$$x^n + C_1 x^{n-1} + C_2 x^{n-2} + C_3 x^{n-3} + \dots + C_{n-1} x + C_n = 0$$

y su raíces a, b, c, ..., l, la expresion algebráica de las relaciones mencionadas será

$$\begin{aligned} a+b+c+\dots+l &= -C_1 \\ ab+ac+\dots+al+bc+\dots+bl+\dots+cl+\dots &= +C_2 \\ abc+\dots+abl+acd+\dots+acl+bcd+\dots+bcl+\dots &= -C_3 \\ \vdots & \\ abcde\dots &= +C_n \end{aligned}$$

La ecuacion formada, segun decia la persona mencionada, es

$$\begin{aligned} x^n + na x^{n-1} + \frac{n(n-1)}{1 \cdot 2} a^2 x^{n-2} + \dots \\ + \frac{n(n-1)(n-2)\dots(n-(p-1))}{1 \cdot 2 \cdot 3 \dots p} a^p x^{n-p} + \dots + a^n = 0 \end{aligned}$$

sus *n* raíces son todas iguales á  $-a$ . Ahora, en vez de sumas se tienen productos; pasar de las primeras á los últimos, es fácil y lógico; pasar de estos á aquellas, sin conocer previamente las relaciones de arriba, es difícil y gratuito, si se establece ley, porque un producto puede provenir de mil diversas operaciones y, concretándose á las sumas, se pueden variar tambien de muy diversas maneras. En resumen, basta ver escritas las relaciones anteriores y la ecuacion particular que precede, para conocer que son cosas diferentes. Solo una mirada penetrante como la de Newton, podria descubrir la ley, procediendo de esta suerte, lo que no dispensaria de demostrarla. Esto no ocurriria si estuviese expresa.

2.º. Tratábase de determinar el número de coordinaciones que se pueden formar con *m* letras, tomadas *n* á *n*. Yo expuse la solucion y demostracion que siguen: si las *m* letras se toman una á una, es claro que se obtienen *m* coordinaciones: por consiguiente, si del número de coordinaciones de *m* letras (*n*—1) á (*n*—1), se pudiese deducir el número de coordinaciones de las mismas letras tomadas *n* á *n*, se podria considerar como resuelto el problema, puesto que del número de coordinaciones de estas letras una á una, se deduciria el número de sus coordinaciones dos á dos, de este el de tres á tres, y así sucesivamente.

Así pues, supónganse formadas todas las coordinaciones de *m* letras (*n*—1) á (*n*—1): represéntese el número de ellas por  $A_{n-1}$ , y

el de las mismas *m* letras, *n* á *n*, por  $A_n$ . Si á la derecha de cada

una de las coordinaciones de (*n*—1) letras, se escriben sucesivamente cada una de las (*m*—(*n*—1)) letras que no entran en ella, cada una de estas coordinaciones suministrará (*m*—(*n*—1)) de *n* letras, y por consiguiente el número total de estas nuevas coordinaciones será igual á tantas veces (*m*—(*n*—1)) como unidades hay en  $A_{n-1}$ , es

decir que será igual á  $A_{n-1}^{(m-(n-1))}$ . Pero así se habrán formado

todas las coordinaciones *n* á *n* de las *m* letras. En efecto, si se con-

sidera cualquiera de estas, abc... rs, por ejemplo, y se prescinde de la última letra, quedará la coordinacion abc... r, de (n—1) letras, la cual estaba formada por hipótesis; luego habiéndose escrito á la derecha de cada coordinacion de (n—1) letras, todas las que no entran en ella una á una, la letra s se ha escrito á la derecha de la coordinacion abc... r, y por consiguiente se ha formado la coordinacion abc... rs, luego se han obtenido todas las coordinaciones de las m letras n á n. Además todos los grupos formados son diferentes, porque uno cualquiera de ellos difiere necesariamente de los demás en la última letra, ó en el orden de las precedentes ó en ambas cosas á la vez; luego  $A_n = A_{n-1}^{(m-(n-1))}$ .

Para obtener ahora la solucion general y directa del problema, escribáse esta ecuacion y las que se obtienen dando á n los valores n—1, n—2,..... 3, 2 y resultará:

$$\begin{aligned} A_n &= A_{n-1}^{(m-(n-1))} \\ A_{n-1} &= A_{n-2}^{(m-(n-2))} \\ A_{n-2} &= A_{n-3}^{(m-(n-3))} \\ &\vdots \\ A_3 &= A_2^{(m-2)} \\ A_2 &= A_1^{(m-1)} \end{aligned}$$

Si se multiplican estas ecuaciones ordenadamente y se suprime el factor  $A_{n-1} A_{n-2} \dots A_3 A_2$ , comun á los dos miembros de la ecuacion así obtenida, resultará:

$$A_n = (m-(n-1))(m-(n-2)) \dots (m-2)(m-1) A_1$$

ó bien, reemplazando  $A_1$  por su valor m é invirtiendo el orden de los factores,

$$A_n = m(m-1)(m-2) \dots (m-(n-2))(m-(n-1)),$$

que es la fórmula que se deseaba encontrar.

Cuando expresé la coordinacion abc.... rs, al principio de la demostracion, dijo mi adversario: «Es claro, hay que recurrir á la práctica para ver el número de coordinaciones que resulta.» Con lo que probó que ni aun por la forma tan característica de las demostraciones matemáticas, conoció que estaba ya demostrando. Por consiguiente no me entendia. Así, por que dijera al final que el razonamiento era vicioso, no tengo el deber de hacerle ver lo contrario, tanto mas, cuanto que admitiendo que se hubiese enterado de lo que yo decia, le tocaba á él probar la falsedad del raciocinio. Con todo, probaria gustoso que esa demostracion es verdadera, sencilla, precisa, breve y elegante, si no tuviera presente lo que dije al empezar la refutacion. Me limito, pues, á recomendarle que la estudie bien.

3.º Si la fórmula  $A_n = A_{n-1}^{(m-(n-1))}$ , obtenida en el número

anterior, determina siempre un valor para  $A_n$ , cuando esta expresion represente realmente un número de coordinaciones, será general. Pero para que así suceda, es necesario que n sea por lo menos igual á dos, (téngase presente que n representa el número de objetos ó de letras que entran en cada coordinacion), luego de este valor deberá partirse. Ahora bien, en la deduccion de la fórmula final, se ha visto que partiendo de él, se obtiene siempre otro para  $A_n$ , luego la fórmula en cuestion, es general.

Hacerme cargo de una objecion que puede presentarse al anterior razonamiento seria ofender la ilustracion de los lectores, pues solo es disculpable en boca de las personas extrañas á la ciencia.

4.º Decia mi contrario: «Si en la ecuacion  $A_n = A_{n-1}^{(m-(n-1))}$

se da á n el valor uno, se obtendrá  $A_1 = A_0^m$ , y pues  $A_1$  es igual á m,  $A_0$  es igual á la unidad.» Yo rechazo esta conclusion, como irracional é innecesaria. Es innecesaria, entre otras razones, por-

que sin ella se ha obtenido la fórmula general que resuelve el problema en función únicamente de los datos, y para esto solamente se estableció la primera. Es irracional, porque, cuando no existen coordinaciones, no puede existir número que las exprese.

Así pues, aun sin conocer el vicio del razonamiento anterior, (este sí es vicioso) se afirmaría sin temor de equivocarse, que  $A_0$  es igual á la unidad; pero es fácil de señalarlo. Consiste en admitir que  $A_1$  es igual á  $A_0 \cdot m$ , como consecuencia de la relación general establecida entre las cantidades  $A_n$ ,  $A_{n-1}$ ,  $m$  y  $n$ ; pero como esta supone esencialmente, y así se ha expresado, que se hacen coordinaciones con las  $m$  letras, es claro que no hay derecho para aplicarla á el caso en que no se formen aquellas, en que no pueden formarse.

5.º Es sabido que, con frecuencia en matemáticas, se emplea cualquiera letra con sub-índices, (como impropriamente se les llama), ya para representar simplemente una cantidad, ya con este objeto y el de indicar además con claridad y sencillez la ley que siguen los términos de un polinomio ordenado, ya para expresar, en general, las raíces de una ecuación, ya una serie de valores generales de una función, ó de una variable independiente, de una coordenada, etc., etc. Por consiguiente, el uso de estas notaciones tiene casi siempre por objeto designar cantidades en general é indicar ciertas relaciones de origen, orden ú otras que tienen entre sí. Sentado esto, cualquiera conoce la falsedad del aserto de este número. Por otra parte, todo el mundo comprende que sería ocioso y pueril representar la unidad por  $A_0$ , y no se haría otra cosa, si fuera cierta la proposición.

6.º Si hubiese alguna razón para afirmar que  $a^0$  es igual á uno, desde luego que no sería considerada en sí misma, porque ¿qué significa  $a^0$ ? ¿qué concepto expresa un exponente nulo? La primera nada; el segundo una negación, la negación de potencia, y por consiguiente la negación de cantidad.

Veamos ahora si podremos considerarla como el resultado de una operación algebraica, de una división de monomios; pero antes permítaseme recordar la regla de la división de estas cantidades. Para no establecerla yo, la traduzco literalmente de la 2.ª edición del Álgebra de MM. Cirodde. Es la siguiente: « Para dividir un monomio por otro, divídase el coeficiente del dividendo por el del divisor y se tendrá el coeficiente del cociente, escríbanse á continuación de este coeficiente todas las letras que tienen en el dividendo un exponente mayor que en el divisor, así como las que no entran mas que en el dividendo, dando á las primeras un exponente igual á la diferencia de los que tienen en el dividendo y divisor, y conservando á las últimas sus exponentes. En cuanto á las letras que llevan el mismo exponente en el dividendo y en el divisor, no deben entrar en el cociente. Debe aplicarse además la regla de los signos.»

Luego es claro que si se quiere efectuar la división de  $a^n$  por  $a^n$ , no deberá escribirse la letra  $a$  en el cociente, y por tanto, ni con el exponente cero ni con ningún otro, porque esto sería escribirla. Luego siendo gratuito el decir que el cociente de esta división es  $a^0$  lo es también decir que  $a^0$  es igual á uno, porque determinándolo por otras consideraciones, se obtenga la unidad. Con esto queda refutado el argumento de mi contrincante, que en su forma mas concluyente es como sigue: « Para dividir letras iguales, se restan los exponentes, luego el cociente es  $a^0$ : el cociente de dos cantidades iguales es la unidad: luego también es igual á uno. Dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí, luego  $a^0$  es igual á la unidad.» Argumentando de buena fe, como confieso que lo hacía, probaba, no que  $a^0$  es igual á uno, sino que no recordaba la regla de la división de monomios, y menos la demostración, pues de lo contrario no hubiera dicho que se resten los exponentes de la misma letra, siendo iguales en el dividendo y divisor, cuando la regla dice expresamente que las letras que entran en ellos elevadas á la misma potencia, no se escriben en el cociente, y lo de restar los exponentes, se refiere al caso en que estos sean diferentes en ambos términos de la división.

Paso á demostrar que no puede considerarse  $a^0$  como el resulta-

do de una division de monomios, sino por convencion, como sostuve y sostengo. El dividendo, en toda division, debe considerarse como producto del divisor por el cociente: el producto de varios productos indicados, es igual al producto de todos los factores de los productos dados: luego el dividendo contiene todos los factores primos del divisor y del cociente, y no contiene otros: luego si alguno de los factores del divisor entra, lo mismo que en este, en el dividendo, no entrará en el cociente: luego las letras que llevan en el dividendo y en el divisor el mismo exponente, no deben, no pueden

entrar en el cociente: luego el que resulta de dividir  $a^n$  por  $a^n$ , no es  $a^0$ . Pero puede decirse con todos los autores: aunque la regla de restar los exponentes no es aplicable, no debe aplicarse, cuando son iguales en el dividendo y divisor, apliquémosla, y veamos lo que resulta. Resulta  $a^0$ , expresion vacia de sentido, y por lo mismo, y porque solo por una aplicacion indebida de la regla puede obtenerse, susceptible de someterse á convencion. Sabemos que toda cantidad dividida por sí misma, es igual á la unidad: luego podemos convenir, y convenimos, en considerar la expresion  $a^0$  como igual á la unidad, y esta convencion, aunque gratuita, es sin embargo filosófica, si puede llamarse filosófico á lo irracional. Pero esto no basta: se necesita que sea útil. ¿Lo es? Sí. Pues convenidos.

7.º Solo por una ligereza pudo sostener mi contrincante proposiciones tan aventuradas. Si no ¿cómo habia de decir que solo puede reducirse una cantidad á cero, sino quitándole sucesivamente todas las unidades que contiene, no siendo aplicable esta proposicion mas que á las cantidades físicas ó materiales y estando tratándose de las cantidades matemáticas? Pues qué, ¿ignora que para reducir un producto á cero, basta anular á uno de sus factores, si todos son finitos? ¿No sabe que toda cantidad finita dividida por el infinito, es igual á cero? ¿No conoce tampoco mas que una especie de cero?

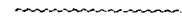
8.º Aunque no se dirigia á mí, cuando habló del Sr. Vallejo, no puedo menos de consignar, siquiera sea con brevedad, por su pequeña importancia científica, que su *erudita* proposicion es ine-

exacta, y basta para convencerse pasar ligeramente la vista por los autores que le precedieron.

En cuanto á mí, no ceso de preguntarme desde aquel dia: ¿cómo creará el distinguido matemático á que me refero, que se efectuaba la sustraccion algebraica, antes que viniera á ilustrarnos sobre este particular el Sr. Vallejo?

Si estas lineas son útiles á alguien, consideraré el tiempo que he invertido en escribirlas como *Notablemente aprovechado*.

ILDEFONSO ONTIVEROS Y ROMERO.



# ESTHÉTICA.

(Continuacion).

## TEORÍA DE LO SUBLIME EN SUS FORMAS PARTICULARES.

### III.—SEGUNDA DIVISION DE LO SUBLIME.

La gradacion de la esencia finita, que solo fué indicada en la teoría de lo Bello, se ofrece con una distincion mas determinada en lo Sublime, en cuanto aquí es pertinente la pregunta: si en ciertos grados es posible esta forma opositiva de lo Bello, y asimismo, si las distinciones de estos grados fundan tambien una distincion esencial marcada en las diversas formas de la Sublimidad. Para esto no es menester salir de la esfera del concepto abstracto ó metafísico de la Belleza, toda vez que se trata de categorías generales, no de realidades determinadas de estas esferas, quedando excluida todavia la cuestion sobre el acto por el cual es realizado lo Bello.

En la doctrina de la Belleza sencilla no cupo cuestionar siquiera si debe distinguirse una Belleza sensible y otra del espíritu: la simple indicacion de la gradacion de la esencia al realizarse basta á mostrar que todo lo Bello es al mismo tiempo sensible y espiritual, aunque haya, sin duda, distincion de grados en su respectivo espiritualismo. Como quiera que en lo Sublime entra una relacion negativa de ambos momentos, se pregunta: si existe la sustantividad de esencia que le es propia en los objetos (inorgánicos y animales)

donde la esencia queda perdida en la exterioridad de espacio y de tiempo, ó solo se refleja en sí como sentimiento propio. En esta esfera de la esencia, habria que notar si el objeto no debe recibir algo del sugeto, por cuanto en su fondo no es puramente objeto; mas, tanto en el caso de ser considerado en esta forma como en la de verdadero objeto, nace la division del Sublime en objetivo y subjetivo: y como en el sugeto puede señalarse y de hecho aparece un elemento inconscio y objetivo que cabe atender y es real en el desarrollo subjetivo, de aquí tambien la generacion de un sublime subjetivo-objetivo, último término que da carácter mas orgánico á la division.

En todo esto, permanecemos en la esfera de la metafísica pura, sin contraernos rigurosamente á las formas de Sublime natural, ideal y artístico que examinaremos en la parte filosófico-histórica.

### A.

#### De lo Sublime objetivo.

La division establecida segun las leyes del pensamiento y del ser, presenta desde luego la forma de lo inmediato ó hallado previamente como la primera forma objetiva. Lo previamente hallado (1) es lo que se opone del exterior á la esencia que se realiza consciamente, y por tanto corresponde á la esfera de la esencia que obra de una manera inconscia. Ahora bien, si la negacion que funda el ser de lo Sublime se muestra primero en el elemento inconscio, parece que el espíritu del sugeto debe prestar de suyo al objeto aquello por que este es sublimado. Pero hay una diferencia en que el sugeto contemple lo Sublime en las cosas donde esta prestacion y suposicion es necesaria, ó donde no lo sea; y las categorías de objetividad que esto ocasiona forman, sin duda, distinciones decisivas. En general, en lo Sublime objetivo puede y debe fortalecerse simplemente la apariencia de que algo Sublime está fuera del espíritu conscio.

(1) Vischer, *Metafísica de lo Bello*, p. 231.

Sorprende, á no dudarlo, que justamente Kant, el cual expresa terminantemente que la Naturaleza tiene en sí infinitud extensiva, no intensiva, segun cuya opinion la verdadera Sublimidad debe ser buscada solo en el ánimo del que juzga, nunca en el objeto natural, limite con repetición (§. 26) la Sublimidad á la Naturaleza, y propiamente á la Naturaleza inorgánica «ruda.» Como fundamento de la exclusion de la Naturaleza orgánica para lo Sublime, alega que su concepto lleva ya en sí un fin determinado (por ejemplo, en animales de conocido destino natural). En esto juzga que deberia ofrecerse en productos gigantescos, mas bien que el concepto de lo Sublime, el de lo inaudito y raro; toda vez que se anularia el fin del todo, que va unido á cierta proporción de la magnitud; explicación en que le extravía, segun costumbre, la categoría de la finalidad. No formula sin embargo la cuestion: si lo Sublime del espíritu, que no aparece sensiblemente, deberia fundar una propia y superior forma de lo Sublime. El fundamento secreto de esto es bien claro: en este caso no hubiera sido fácil de aplicar la teoría de la subrepción de que se hablará despues, y pudo tambien representársele este motivo como superior fundamento en la exclusion de la Naturaleza orgánica; pues aquí realmente, aunque la prestación subjetiva es necesaria, es en grado incomparablemente menor. La Esthética novísima ha invertido cabalmente la tésis. Ruge desenvuelve lo Sublime en forma inmediata como el espíritu que se levanta de su degradación; y se aproxima á Kant, alabándole por haber dicho que la Sublimidad es verdadera propiedad del espíritu (§. 73), esto es, que el espíritu la presta en la percepción subjetiva; mientras censura á Schiller y á Juan Pablo porque llaman Sublime á lo gigantesco y superior en fuerza, perteneciente al mundo de la exterioridad. Las citadas manifestaciones de la Naturaleza solo tienen, para el mismo, valor de una *imágen* de la libertad verdadera y de la verdadera infinitud, en cuanto las alcanza el espíritu, doctrina á que responde nuestra explicación, entendiendo la *imágen* alegóricamente.

El espíritu pone un sentimiento de su relativa infinitud en las manifestaciones de la Naturaleza; pero hay una distinción en que él la introduzca ó la encuentre donde aparece en forma de algun

modo adecuada, impeliéndole á introducirla allí un instinto que tiene recto fundamento, y se ofrece profundamente como un comparar, instinto del espíritu que le dice interiormente que él tambien en su oscura raíz es inconscio como la Naturaleza objetiva.

Todo lo Sublime comparado con lo Bello es cuantitativo; mas debe distinguirse si lo determinante es puramente la cantidad ó la cualidad de los objetos comparados en su relación de magnitud ó superioridad. Se sigue sin duda del ser de lo Bello que, no la abstracta categoría de la difusión, sino solo lo difundido é informado es lo que puede ser de efecto estético; pero en cuanto la cualidad, como tal, puede hacerse valer y mostrarse en la manifestación esthetica, nace otra forma de Sublimidad. La primera y mas inmediata forma de Sublimidad es la cuantitativa en el sentido estricto, en la cual solo coopera la fuerza incidentalmente.

En el Sublime de la Naturaleza, ú objetivo, lo cuantitativo se representa por la masa del espacio, lo cualitativo por la fuerza, señalando la transición de ambos, aunque en cierto modo en la esfera cualitativa, la manifestación del tiempo. De aquí, tres formas correspondientes del Sublime objetivo: Sublime objetivo cuantitativo, ó de espacio, Sublime cuantitativo-cualitativo ó de tiempo, y Sublime cualitativo ó de fuerza.

Weisse afirma (*Esthét.* §. 22) que un objeto grande como tal no es todavía sublime, debiendo ser además bello. Ruge (p. 75 y sigs.) admite esta doctrina enlazándola con su opinion que atribuye valor á lo Sublime de la Naturaleza, solo como imágen de la elevación en lo concebible natural, y exige, en particular, Belleza de luz y de color para la contemplación de la grandeza, proponiendo el ejemplo de las montañas coronadas de nieve que preferentemente obran en forma viva por la pureza radiante del color, etc. En todo caso, debe repetirse mucho que el bello objeto físico ha de ser al mismo tiempo hermoso formalmente, como, v. g.: por el color. Aun en este, cabe en la condición formal que sea oscuro ó sombrio, pues la infinitud del mar produce Sublimidad, no solo por el juego de gratiosos colores.

Segun las formas positiva y negativa de lo Sublime que hemos



explicado, el objeto puede vacilar entre lo formal y lo sin forma, como lo acepta Weisse y aun lo exige. Mas, como puede ser determinado cualitativamente, se ofrece aquí la pregunta ¿qué es lo particularmente determinante en el efecto estético? ¿qué es lo solo co-determinante?

Entiéndese, con todo; fácilmente que lo primero es la difusion, la cual, si obra en el sentimiento difundiendo infinitamente, no es de igual valor al carácter de lo que se difunde, mostrando diferentes modificaciones en la impresion; con lo cual resulta que la difusion produce el sentimiento determinante, razon de la segunda division expuesta. Despues indicaremos cómo bajo esta apariencia juega otra cosa que determina, la cual se hace valer pronto y conduce á una nueva esfera; pero de aquí solo procede la necesidad de caminar á esfera de diferente division, no á la destruccion de la primera.

a.

### *Sublime de espacio.*

La forma mas inmediata y sencilla del ser, así como del Sublime cuantitativo, es la de exterioridad y coexistencia simultánea, con exclusion del elemento de los cuerpos—el espacio.—Habiendo distinguido Kant dos Sublimes de la Naturaleza, el matemático y el dinámico, Schiller insistió sobre esta division misma, explicándola subjetivamente por lo que excede á nuestra fuerza de concepcion y lo que amenaza á nuestra vida (1). Juan Pablo (2) ha intentado corregir esta division, distinguiendo lo Sublime natural en óptico y acústico; debe advertirse, sin embargo, que este autor tenia de antemano el pensamiento de ofrecer la Sublimidad moral ó práctica como forma particular diferente. Entre esta forma y la del Sublime de Naturaleza, coloca con bastante inconveniencia el Sublime de lo sobrenatural y divino, cuando mas bien pudiera considerarse como

su última manifestacion más elevada ó la general, ya que en todo Sublime parece entrecerse lo infinito y divino en cierta manera, elevándonos por su medio á la esfera de lo suprasensible. Nosotros, ante todo, distinguimos en lo cuantitativo la difusion en espacio y tiempo, cuya segunda forma, toda vez que conduce á lo Sublime de fuerza, justifica la triple division establecida, pues lo Sublime de tiempo sale ya de la cantidad pura, introduciéndose la fuerza en el estadio de la Sublimidad particularmente cualitativa y casi espiritual.

Lo Sublime de espacio *positivo* resulta cuando se muestra el objeto en tal relacion de magnitud con los que le rodean, que parece difundirse hasta lo infinito. Juntamente con la produccion de esta apariencia, se exige no solo que los objetos próximos ofrezcan una medida, sino tambien que conduzca á la ilusion de los espectadores cierta repeticion continuada de contrastes rápidos en la superficie, en cuanto la continuacion no tenga fin. La condicion de la Sublimidad de un objeto es, primero, que sea incomparablemente mas grande que los de su alrededor, ya pertenezcan á su género ó á otros: debe ser por tanto medido, como exigimos de toda magnitud; pero si esta medida basta relativamente á una magnitud cualquiera, lo Sublime requiere además la impresion de lo infinito. Aquí se introduce una superior condicion respecto al objeto, condicion que ha desenvuelto perspicazmente Burke (parte IV, sec. 9—14), aunque á la verdad con fundamento particularmente fisiológico y empírico. Kant (O. C. §. 26) pasa científicamente á la aplicacion práctica del mismo principio, sin desenvolverlo tan plenamente como Burke: Juan Pablo lo completa, perfeccionando el concepto. La doctrina es esta: el objeto respecto del cual deben aparecer como infinitamente pequeños los que le rodean, ha de ser medido; pero toda medida tiene que mostrarse insuficiente, esto es, debe ofrecerse una invitacion á continuar midiendo hasta lo infinito. Para esta medida, son necesarias, como Kant indica, dos operaciones: concepcion y concepcion en conjunto ó comparada.

La concepcion debe adelantarse de modo que la comparacion no pueda seguir, si no que en cuanto se anudan representaciones par-

(1) V. su tratado de lo *Sublime*.

(2) Principios de *Estética*, t. I, párr. 27.

ciales siempre ofrecidas de nuevo, anulan las precedentes en el mismo grado, por cuanto pierde de un lado el ensayo de comparacion tanto como gana por el otro. Perdiendo así la fantasía el suelo firme de investigacion, permanece en el vacilar y prosigue hasta lo infinito, en el extravío del entusiasmo, la contradiccion del concebir y comparar, aunque el objeto tiene en sí realmente un límite, y la concepcion, por tanto, halla sin duda propiamente su fin. De este modo aparece el objeto como infinitamente grande y se eleva y crece, no sabemos hasta donde, creyendo ver en lo limitado lo que como superior afirma todos los límites y llena todo espacio. Agrégase á esto todavía alguna oscuridad, por cuanto si los límites existentes se oscurecen en un velo, tampoco halla su límite la concepcion en la realidad, y solo permanece como obstáculo vencido de la ilusion el conocimiento abstracto de que en verdad todo tiene sus límites, pero que lo que aparece en la esfera esthética no se halla con el mismo grado en la fuerza. Conforme á lo cual, la materia del objeto ha de tener las propiedades siguientes. Deben indicarse en ella secciones y subdivisiones, ondas en la superficie del mar, depresiones, quebraduras, etc., en una superficie de tierra, junturas de las piedras de construccion, estancias, frisos, frontones, ornamentos, etc., en una obra de arquitectura; verdad es que los ojos, en general, no miden rigurosamente. Pero estas secciones no deben ser determinadas ni distinguirse rudamente unas de otras, como por el color ó las líneas, debiendo repetirse en sucesion continuada. Si son demasiado enérgicas, comienzan los ojos á considerar en cada nueva seccion un nuevo objeto: si se distinguen rápidamente unas de otras, sucede lo mismo, pues no es necesaria una plena unidad de color como afirma Juan Pablo. Así debe entenderse lo que dice Kant de las Pirámides y el que aparezca la Iglesia de San Pedro mas pequeña de lo que es.

Este es el lugar donde debe advertirse de antemano que en lo puramente cuantitativo coopera lo profundo. Dice Juan Pablo: ni el medio, ni la cúspide de las Pirámides es sublime, sino la direccion de la mirada, que procede de la fantasía, á saber, el movimiento; pero no solo el movimiento del ver y el movimiento del interior re-

presentar, dado con él, sino en este representar, la apariencia de que el objeto se mueve en sí alejando sus límites. Tambien hubo en un tiempo movimiento efectivo, por el cual se engendraron montañas, alturas, etc. El que mira las formas las construye de nuevo, las líneas fluyen, y en ellas se representa la fuerza constructora del mundo: de consiguiente yace lo Sublime por fundamento á la fuerza. La fantasía ha visto correr el agua primitiva; la escucha desencadenarse dejando tras sí las montañas; ve el fuego lanzándolas con ímpetu, y reconoce siempre la forma de las mismas como un momento incomparable de la energia productora.

La altura ó elevacion obra, ya levantando tranquilamente el ánimo, como en la contemplacion de grandiosas catedrales, cuyas torres se pierden en las nubes, ya comprimiéndolo y en cierto modo amenazándolo, segun acontece en el espectáculo de inmensas moles basálticas suspendidas sobre nuestra cabeza, y sostenidas apenas por un mecanismo invisible; determinándose siempre bajo el carácter dominante de una aparente imposicion del sentido de la materia sobre la subjetividad de nuestro espíritu. La profundidad, esto es, la altura contemplada desde arriba, impresiona con ansiedad produciendo desasosiego, que va acompañado, sin embargo, en la percepcion de un horizonte dilatado, de cierta satisfaccion momentánea, como asegurando la incolumidad del sugeto en el instante actual, por una manifestacion de superioridad que se atribuye la fantasía; de cuyas dos formas pueden mostrar ejemplo el magnífico panorama que se ofrece al viajero desde la cumbre del Vesubio, y el verdaderamente terrífico de las hondas simas de ventisqueros en los Alpes. Finalmente, la extension horizontal esparce el ánimo y despierta la impaciencia, obrando de una manera elegiaca, como se deja contemplar en la tierra una extensa llanura que convida en todos sus confines á dilatar las miradas al mas allá del espacio visible, ó la sucesion de ondas en la superficie líquida de los mares que aparecen juntar en límites desconocidos el término de vivas aspiraciones ó la casi eterna forma de continuidad de la vida.

El tránsito á la forma *negativa* del Sublime en el género que exa-

minamos, lo ofrece en sí la plenitud de un espacio por una multitud de objetos tan grande que aparece como infinita.

Aquí comprende ciertamente un objeto determinado, muchos, y desde luego se ofrece este espacio infinitamente grande; pero en cuanto trae el espectáculo de muchos objetos á la representacion de la multiplicidad infinita, resulta con esto que lo particular, llenando espacio, y todo espacio determinado, se anula respecto de la infinita plenitud de espacios infinitos, en lo cual se da á conocer por el contraste de sentimiento la contradiccion que yace de consiguiente en toda la categoría del espacio. Ejemplos de estos tránsitos se muestran en el cielo estrellado, en inmenso gentío que cubre una llanura ó en la mar cuando, segun la expresion felicísima del Mtro. Leon,

Debajo de las velas desaparece.

Lo que llena el espacio no es tampoco de igual valor: grandes manadas de carneros producen diferente impresion que reuniones de hombres, aunque las caracterice la multiplicidad. Un mismo espacio limitado, en su plenitud, parece infinitamente grande por la condicion de calcularse su contenido sucesiva é indefinidamente; mas en cuanto contamos estrellas é individuos, reconociéndonos incapaces de contar mas número que el que en cierto instante vemos, parecenos que crece la muchedumbre sobre el espacio determinado; y no bastando ningun espacio á los cuerpos que ocupan unos con otros el espacio pleno, se anula cada uno en la serie infinita, y con ellos cada espacio determinado, entrando la contradiccion en el sentimiento de que lo espacioso es en su difusion infinito, y resolviéndose particularmente toda la categoría del espacio de igual modo en este infinito progreso. Esto es, que un Sublime de espacio se multiplica y engrandece como sublime por la plenitud, siendo así que la misma plenitud, mostrándose superior al objeto que la contiene, anula hasta cierto punto su condicion grande é ilimitada. Figurémonos una llanura, cuyos confines se pierdan á la vista, y en la cual se apiñe multitud considerable, que no pueda permanecer en la misma sin

molestia: el Sublime cuantitativo de la extension de la llanura adquiere cualidad é interés por el contenido que se le agrega, quedando, sin embargo, debilitado en su idea particular y propia.

Sucédese en todo lo que llena espacio, algo nuevo, algo que pasa y muda incesantemente en el tiempo, algo que marcha siempre sin detenerse jamás. Se entiende, no obstante, que esta contradiccion no ocurre todavía como tal á la conciencia y reflexion del contemplador; de otro modo, toda esta forma del Sublime seria destruida enteramente en una angustia, un vértigo ó, como dice Kant, «á la manera que un sueño, donde se cree continuar una larga marcha siempre hácia adelante é indefinidamente hácia adelante, concluye por hacer caer ó producir pesadilla.»

La mencionada contradiccion se muestra efectivamente como contemplable en la forma peculiarmente negativa de la Sublimidad espaciosa, en lo vacío. En parte, obra dicha negatividad de una manera amenazadora por la representacion de que lo que llena infinitamente el espacio, y á lo cual no basta espacio alguno, podria desbordarse con ímpetu; y en parte, dolorosamente por la representacion de que algo determinado que llenaba el espacio y que existia, sea reducido á nada, anulándose igualmente cualquier otra cosa; por lo cual, lo que funda en su existencia la categoría de espacio es perecedero: de donde se deriva el tránsito á la categoría de tiempo.

Á la verdad, no se comprende espacio vacío ni vacío absoluto, pues para representárnoslo, necesitamos empezar por la lógica suposicion de que sea destruida la categoría de espacio. Pero, indudablemente, el vacío relativo de un espacio determinado, en cuanto es exigido por la condicion esthética, conduce en el sentimiento que despierta á fuera de la verdadera impresion del espacio. No obstante, segun la determinacion esthética de cada caso particular, será diverso el sentimiento que lo vacío despierte: si es el espacio vacío é inhabitado, ó aparece un espacio aunque habitado, no solo desnudo de lo que recuerda los habitantes, sino particularmente envuelto en oscuridad, resultará una accion que comparativamente puede llamarse positiva. Temiendo nosotros ver levantarse del seno oscuro del espacio determinado, que fluye en lo infinito (conforme

á la contradicción existente en el concepto de espacio), algo particular que pertenezca al espacio sin serlo, la representación se nos hace misteriosa y extraordinaria; por el contrario, espacios que recuerdan claramente, y por una multitud de objetos usados, los habitantes como Pompeya, obran dulce y elegiacamente, y el sentimiento de espacio pasa en ellos á sentimiento de tiempo. El hombre de hoy penetra en un espacio que aparece como si hubiera sido abandonado ayer: alternan y se suceden los objetos que llenan los lugares: la condición del mismo y el mundo de los cuerpos son determinados como perecederos, y por tanto el espacio, como un momento cuya impresión se altera y borra sensiblemente.

F. FERNANDEZ GONZALEZ.

*(Continuará).*

---

## IDEAS POLÍTICAS. (1)

---

RÉPLICA AL SR. D. CALIXTO BERNAL.

---

IV.

El sér, sugeto-objeto de toda consideración y fondo elemental de todo pensamiento, se ofrece en dos términos realmente distintos: como ente infinito, absoluto, propio (Dios) y como ente finito, subordinado, derivado (Mundo), conteniendo en esta segunda categoría sobre la tierra una serie inmensamente variada de gradaciones. En esta serie (de lo inorgánico á lo vegetal y á lo animal) en que al desenvolver cada género su interioridad en los diferentes estados naturales, comprende los géneros inferiores bajo la ley mas alta de su cualidad especial, propia de él y no de los precedentes; en ese proceso del sér limitado para mostrarse en existencias parciales, sustituyendo á lo cuantitativo lo cualitativo, se muestra, dejando á un lado las esferas superiores del mundo suprasensible, como la mas alta esencia finita, la humana, en que las esencias anteriores son comprendidas y representadas, subordinándose á la ley de la personalidad, determinación sintética que corona la evolución ascendente del sér finito. Mas el elemento añadido por el hombre á los géneros anteriores, como característico del suyo, mide tan alto valor, es de tal naturaleza, que él solo pone mayor distancia entre esta y las especies inmediatamente inferiores, de la que existe en las di-

---

(1) V. el número anterior.

ferentes gradaciones juntas del mundo sub-humano; porque él es el único que puede concebir la unidad de la variedad en la razon, el único que, á semejanza de Dios, puede encarnar su espíritu en su verbo, ser causa de su hecho propio y elevarse á la concepcion de lo Absoluto, presente siempre en el fondo de su conciencia.

De esta suerte, el hombre, sér que resume en sí todos los séres finitos, segun la profunda expresion de la filosofia escolástica y moderna, participe de la materia en su cuerpo, imágen de Dios en su espíritu, constituye mas bien un mundo aparte, entre el mundo de la objetividad sensible y el superior, relacionados estrechamente en él, y puestos en íntima comunicacion por su medio. El órden de la inteligencia, de la actividad ética y artística, en que revela su esencialidad el sér humano, ofrece un carácter eminentemente distinto de las otras esferas, carácter no menos marcado en la vida exterior que en la del puro pensamiento; y mientras los demás séres parecen no alcanzar sino una finalidad limitada, él muestra sustantividad inmensa, evidenciando á la luz de ese rayo divino encarnado en su espíritu, cómo al ser instituido por la Divinidad árbitro de su propio é inmortal destino, fué ligado su entendimiento con la verdad y puesto en su corazon el amor del bien.

De esta suerte nació el hombre al mundo enlazado en relaciones directas é inmediatas con Dios, contemplando en unidad primitiva la verdad y gozando el bien; mas cuando, roto el natural concierto entre las facultades de su espíritu en virtud de circunstancias históricas, se turbó aquella unidad de la razon y el sentido, la Ciencia, divina en su fundamento y mas altos fines, humana en origen y proceder, brotó como una esperanza cierta de restablecer aquella primera union, aquel primordial lazo entre el conocimiento y la verdad, reponiendo progresivamente al hombre en la integridad de su ser, por diverso camino, no opuesto, que la Religion, y tendiendo á subordinar en unidad armónica el contenido desbordado de la simple unidad inmediata.

La filosofia, en su noble aspiracion de maestra y norma útil, lleva pues la humanidad á mejor y mas conforme vida; y para esto, tanto bajo su aspecto especulativo como bajo su consideracion prác-

tica, estudia al individuo en sus relaciones superiores y omnilaterales, con Dios y con los otros individuos, le convida á mirar adentro y afuera, encima de él y á su alrededor, para que comprendiéndose como todo y parte de un todo, prosiga en alguna manera la obra del Ser Supremo, en comunion de fe y de trabajo con la gran familia á que pertenece. Así el hombre es para la ciencia objeto especial de estudio, punto de partida á la vez y término de su indagacion, en el que ligando trascendentalmente los séres creados, confirma el profundo pensamiento del filósofo que le convidaba á conocerlo todo en cierta manera sin salir de sí, reflexion ampliada por los ilustres autores de la *Ciudad de Dios* y la *Ciencia nueva*, y que el idealismo de Fichte ha torcido y desnaturalizado, aunque menos quizá de lo que se pretende.

Y mirando atentamente en el hombre, vemos que como todo individuo es realizacion de una suma de esencia bajo condiciones de existencia y vida, condiciones que no le permiten agotar toda la interioridad de su género, sino una parte mas ó menos limitada de él; como, en mayor escala, descomponiendo los principios ó leyes generales, las esencias del sér en su plena absoluta integridad, hallamos que sus tres determinaciones primarias (verdad, belleza, bien) no son tampoco llevadas á plena realidad sobre el mundo, sino en restringida proporcion. Mas como la razon en su unidad concibe estas tres ideas bajo cualidad infinita, han de ser tambien necesariamente realizadas en infinitud, é implicando contradiccion que una esencia desenvuelva virtualidad absoluta en mas de un sér, resulta que solo en Aquél que las fundamenta y contiene en su totalidad, pueden lograr, identificando la esencia con la existencia, la potencia y el acto, completa é infinita realidad de perfeccion. En Dios, pues, se borran los límites que entre lo verdadero, lo bueno y lo bello reconoce nuestra consideracion, fundiéndose en la suprema unidad de su Ser; mas para el hombre, subsisten distintos en armonía, ú oposicion á veces, como principios relacionados en su base, ramas de un mismo tronco, rayos de un mismo sol, con caminos propios é independientes.

Bajo el segundo de estos conceptos es Dios Bien Sumo, que se

ama á sí mismo en una sola é indivisible eternidad, y á la vez esperanza inmanente en el espíritu humano que le ama también y le desea: la relacion entre el amor del Bien por sí mismo y el amor del Bien por el hombre es la base de la ley moral y el principio cardinal del Derecho.

Así, el Derecho no es en su alta derivacion sino el medio con que el hombre se eleva á Dios, amándolo y realizando en su vida el bien finito, bajo la ley del absoluto, como la Ciencia lo levanta hasta él por el conocimiento real y el Arte por la representacion sensible; y en cuánto este medio ó relacion es estudiado especulativamente bajo la forma de su verdad, pertenece al dominio de la Ciencia, en cuyo seno constituye un ramo de filosofía práctica que pudiera llamarse Doctrina de la vida.

He aquí por qué la deduccion que el Sr. Canalejas ofrecia en su artículo, derivando el Derecho de las determinaciones esenciales de la naturaleza humana, deduccion semejante á la de Ahrens, no nos pareció *completamente* admisible, toda vez que, á nuestro entender, confunde las aplicaciones y medios que realizan el principio de Derecho con sus fundamentos; legitimándose tan solo en el sentido de que para realizar el bien, despliega el hombre toda su esencia, en el mayor grado de plenitud posible, y de que el bien, que no es para el hombre una finalidad extraña, exige el concurso de sus cualidades y el conocimiento, ó presentimiento al menos, de sus leyes; determinacion subjetiva analítica que, aunque verdadera, no es la verdad toda, segun despues veremos.

Mas hallado el principio de Derecho; ¿de qué modo puede ser cumplido? Nótese, ante todo, que esta nocion envuelve una relacion doble, la del *derecho* propiamente dicho y la del *deber*, esto es, la de las leyes que han de ser realizadas y la de su posible realizacion; y así obtenemos en la concepcion práctica los mismos dos elementos que hemos señalado en la teórica: el derecho, como principio objetivo, independiente de nuestra accion y asentimiento, aunque conteniendo en sí otra sintesis objetivo-subjetiva; el deber, como cooperacion individual al cumplimiento de ese principio, y en el deber, á semejanza de este, la posibilidad abstracta de tal concurso

y la efectividad concreta y personal que lo presta. Constituida de esta suerte la ley natural como unidad de elementos todos necesarios entre sí y mutuamente conexiones, no es difícil contestar á la pregunta que últimamente nos hemos hecho. Porque reflexionando sobre la doble relacion en ella envuelta, se han ofrecido á nuestra consideracion las categorías necesarias que presupone, á saber: existencia independiente de nuestra voluntad (verdadera), conforme con la naturaleza del sér (conveniente), exigible por tanto á este (preceptiva) y capaz de recibir efectividad (posible); que se suponen unas á otras y se implican, segun hemos manifestado, en estas dos: derecho y deber, recíprocamente convertibles, opuestas relativamente, y conciliadas bajo ley superior. Ahora bien, interrogandó nuestra conciencia sobre el modo con que puede ser cumplido el Derecho ¿nos dice que lo será en el órden de existencias sub-hominales, regido en conformidad pura al fin de Dios, mediante propulsion insuperable, por leyes necesarias, dictadas y obedecidas por la sola voluntad del Ser Supremo, sin intervencion racional de sus agentes? ¿Lo será en Dios mismo, que cumple necesariamente la ley de su bondad, para quien no hay pensamiento que no se objective, volicion que no sea efectuada desde la eternidad de su principio, ley ni verdad que no contenga, causalidad que no funde, bondad que no esencie, deber en fin, distinto de su propio hecho? Mas si la nocion del deber llama á la voluntad individual en solicitud de su determinacion refleja y no cohibida, allí donde se identifica con el derecho, sin poder separarse de la accion, segun acontece en Dios (1), ó se borra en la ciega fatalidad del instinto, como en los séres inferiores á la humanidad, el deber propiamente no existe, como quiera que su existencia implica sustancialmente la posibilidad de la trasgresion y del no cumplimiento.

Réstanos examinar el punto central de la linea cuyos extremos acabamos de recorrer: el hombre, cuyo carácter distintivo es la per-

(1) Esto no excluye la libertad de Dios, por cuanto no teniendo otro motivo para obrar que su propia voluntad, la cual es á un tiempo ley y acto, ni necesitando de cosa alguna fuera de sí, su absoluta esencia se realiza por impulso de su mismo deseo; en cuyo sentido se expresan S. Agustín (*De Corr. el grat.*, 33), Bossuet (*Du libre arbitre*, II) y otros PP. y teólogos de la Iglesia.

sonalidad. Primeramente, el hombre es racional, esto es, concibe lo universal, lo uno, lo absoluto, lo eterno, en una palabra, la verdad, y el bien por tanto, que en su relacion práctica, interna (Moral) ó externa (Derecho), no es otra cosa, dice el santo *Doctor seráfico* que «la verdad aplicada á las acciones.» El hombre, pues, conoce las leyes de su vida conforme al bien supremo, la voluntad de Dios; la parte que en la realizacion de la obra divina le corresponde en el sistema general del mundo. Mas estas leyes, conocidas por él como la condicion necesaria de altos fines, suelen hallarse en oposicion histórica con otros fines individuales que el error de la inteligencia llega á ofrecerle como los ciertamente superiores, cuando no son mas que las limitaciones opuestas por lo finito á la vida de lo eterno; y el hombre, colocado entre las dos sollicitaciones de la verdad moral y el fin temporal erróneo, puede desatender completamente las eficaces inspiraciones de la primera, contrariando su natural vocacion y sometiéndose al imperio del segundo, que es exaltado á objeto supremo de su actividad subyugada; como de otra parte le es dado sobreponerse á las influencias accidentales é inferiores de la vida, desenvolviendo moralmente su esencia en la virtud, que segun una frase profunda es «la naturaleza perfecta.»

Ahora bien, si el espíritu conoce la verdad absoluta de la ley moral, y esta ley se conforma con su íntima sustancial naturaleza, su cumplimiento es exigible, obligatorio, y radica de parte del hombre en la posibilidad que hemos encontrado tiene de prestarle ó no su asentimiento; mas como estas son las cuatro condiciones que señalamos al Derecho, envueltas en una doble relacion, el hombre y solo el hombre es capaz de esa norma para el bien, toda vez que, en su voluntad y su accion, el deber y, por tanto, el Derecho (la ley moral en la vida de las relaciones humanas) pueden ser ó no obedecidos, desoidos ó realizados, severa y fielmente encarnados en las determinaciones prácticas, hollados y escarnecidos por motivos extraños diferentes.

Y he aquí de qué modo las dos entidades de la justicia y bondad abstractas y lo justo y lo bueno concreto, armónicamente fundidas en la eterna perfeccion de Dios, inflexiblemente realizadas en el

mundo sub-humano, se separan ahora, se distinguen, se hacen independientes una de otra, en virtud de este elemento nuevo, que, en su carácter y sentido para nosotros, aparece por primera vez en el mundo antropológico: la *libertad*.

La libertad, se ha dicho, es la facultad de obrar segun deseamos: la libertad, han definido otros, es la potestad de hacer cuanto las leyes no prohiben; en cuyos sentidos opuestos, uno que mira la libertad *a priori* del derecho positivo, otro que la considera solo como creacion de este, se entraña la concepcion comun de lo libre como puramente sin coaccion, esto es, como puramente negativo. Mas la determinacion característica de la personalidad no es una simple forma sin finalidad ni contenido, no es una mera abstraccion, un instrumento sin valor sustantivo y propio cuya bondad depende solamente del uso á que se le destina; léjos de eso, implica otro elemento de mas alto interés, y que se extiende, no ya á la única relacion de la actividad exterior, sino á la primitiva interna. «El hombre solo es verdaderamente libre, ha dicho un filósofo, cuando venciendo las sollicitaciones egoistas de los motivos reprobados, domina y rige su vida segun el supremo principio del bien:» concepcion superior de la libertad humana, por la que se asemeja á la divina, y recibida aun en el mismo juicio vulgar, cuando en la frase «vencerse á sí propio» afirma la existencia de un *Yo* personal, esencial y consciamente libre, sobre-elevado al *Yo* del accidente y del sentido. Y en efecto, no fué dada la libertad al hombre para su mal, sino para su mayor bien y merecimiento: no para autorizar las corrupciones del mundo y prostituirla á la perversion de una esclavitud ominosa, sino para imponerse como voluntad racional y ordenada en sus hechos y destinos; y la consideracion vulgar que juzga subyugado al delincuente por algo fatal (si bien consentido), ciego y como exterior é inferior á su verdadera naturaleza, se legitima en el concepto de ser el criminal realmente siervo de un accidente extraño á su bondad primaria, por el que, en abuso de su libertad, humilla y desatiende la voz, nunca dormida, de la conciencia.

Gloria imperecedera de la novísima filosofía, tan calumniada por

los que no la estudian ni comprenden, es haber deducido en la forma sistemática que le es propia la íntima relación de la ley moral con la esencia humana, reuniendo en sólida cadena los eslabones aislados que, el genio de los discípulos de Sócrates en la antigüedad, los PP. de la Iglesia en su elevada, benévola y liberal filosofía (mal conocida de muchos que se dicen sus continuadores, siendo sus más implacables adversarios) y en la edad moderna tantos espíritus ilustres, han labrado y esparcido en el inmenso camino que lleva andado la vida del pensamiento. Si el carácter obligatorio de nuestra ley religiosa y sus imperiosas prescripciones eran juzgados por Volney como una perpétua contradicción respecto de la naturaleza humana, sembrando en una doctrina, que es la más sangrienta blasfemia de la razón y la humanidad, el más hondo antagonismo entre la moral revelada y la científica (empresa dignamente continuada, aunque en intención opuesta, por los tradicionalistas modernos), cuando á la luz de una más ilustrada reflexión ha penetrado el hombre en las profundidades (por muchos siglos tenebrosas, esto es, abandonadas) de su conciencia, ha comprendido la íntima providencial relación del pensamiento de Dios con su propio pensamiento, y ha demostrado en ella la posibilidad de la ley moral, como la de la ciencia y la del arte. «La razón suprema, ha dicho un pensador profundo, es la ley de la razón humana,» y en esta verdad se borra la antigua oposición entre Dios, la Humanidad y el Mundo, que hacia imposible y sofística la transición del sujeto al objeto en el conocimiento, y mantenía inextinguibles luchas, cuya permanencia llevaba necesariamente al escepticismo, ó á suprimir uno de los términos de la imaginada antítesis insoluble.

Proclamada la bondad esencial del hombre y su vocación interior espontánea al bien, se mostró claramente la conformidad absoluta de las determinaciones humanas que cumplen su propia ley con los incomprendibles preceptos de la voluntad divina; restableciéndose de este modo un factor extrañamente olvidado en las relaciones morales (la subjetividad) antes sacrificado á una finalidad exterior y aun opuesta: reacción que pudo llevar á algunos eminentes filósofos á proclamar el absolutismo del Yo considerado como única verdadera

personalidad del sér, desconociendo así la relación superior de una realidad más plena que funda en su absoluta infinitud todas las realidades finitas, doctrina que pudo desnaturalizarse en determinadas escuelas mediante una errada interpretación del principio, la cual destruía toda objetividad científica, moral ó estética (1); pero reacción y doctrina lógicas, y como lógicas providenciales, y como providenciales beneficiosas, que si han extraviado el espíritu de Fichte, de Schelling y de Hegel en esas construcciones gigantescas de un pensamiento asombroso, depositan en más recientes teorías el aparato de sus errores inaceptables, al par que aumentan la ciencia de la humanidad con el fecundo caudal de exquisitas especulaciones.

No olvidemos, pues, la base subjetiva de la Moral y el Derecho, que no anula la objetiva, ni es anulada, antes bien fundada y supuesta, en ella: suprimir uno de los términos es suprimir la ley del bien, minar los cimientos de la vida y renegar de Dios, en sí ó en la más perfecta de sus obras terrenales. «Lo bueno y lo justo existen por sí mismos, están en la índole de todas las cosas morales, se abrigan en lo más interno y sustancial de la naturaleza orgánica del hombre,» dice un escritor (2): consideración sin la cual es imposible toda relación espiritual entre los seres. No olvidemos tampoco los grandes bienes de que somos deudores á la filosofía moderna: los fundamentos de la triple esfera de nuestra vida, si presentidos oscuramente desde el nacimiento de la humanidad, no han recibido enlace sistemático ni logrado su valor y legitimación racional hasta la edad moderna, en que los ilustres nombres de Leibnitz y Krause, referidos al superior desenvolvimiento con que se ofrece la tendencia unitaria y armónica del espíritu presente, inauguran y cierran un período, científico y orgánico en ellos, ecléctico

(1) No sería inútil un paralelo entre las doctrinas morales y metafísicas del subjetivismo filosófico (idealismo) y sus doctrinas estéticas: así, por ejemplo, el antropismo de Ruge que, partiendo de la conformidad entre las leyes de la belleza y las del sentimiento, pasa sin justo motivo á anular la primera en todos los seres donde no se realiza la esencia humana (Dios, Naturaleza, etc.) concibiéndola como objetiva solamente en cuanto la creamos con nuestra declaración, tiene relación estrecha con las doctrinas morales de Fichte.

(2) D. A. Ríos Rosas: *Inaugural* de 1852 en la Acad. Matrit. de Jurisprudencia.



y crítico fuera de sus doctrinas, que preludia la gran síntesis mas ó menos lejana del porvenir.

Y reanudando en este punto el curso de nuestra exposicion, no-temos de qué modo, restituyendo frente del derecho á la libertad, tan invocado, el deber de la libertad dadó al olvido, estableciendo esta forma de la voluntad en la razon, en el órden, como una potestad de unificar nuestra vida sobre sus oposiciones interiores y las dislocaciones del sentido, como un medio de afirmar nuestra personalidad en las negaciones del mal y de lo injusto, como un poder, en fin, ejercido mediante ley conscia y sabida, se distingue, no menos que de la coaccion, de la arbitrariedad, que en cierta manera viene á ser una forma de coaccion ignorada.

De notar es tambien la antinomia que en este punto se ofrece á nuestra consideracion. Á medida que el hombre, como la humanidad en general, penetra mas y mas en las interioridades de su sér y las trae al conocimiento, desentrañando la armonía de sus leyes biológicas con la santa ley del Bien y del Derecho, dirige su voluntad mas justamente, realizando cada vez mas la unidad entre todas las manifestaciones de su vida; en cuyo concepto, pudiéramos decir que tanto mas ilustrados son el individuo y la especie, tanto *mas necesariamente* son buenos, y en cierto vulgar sentido, *menos libres*. Considerando, empero, la superior determinacion que así logra su personalidad, el mas absoluto dominio de sí propio que adquiere, la mayor independencia en que se coloca respecto de las sollicitaciones inferiores, puede asegurarse sin duda que tanto *mas necesariamente* son buenos, tanto *mas libres* son: pues al reducirse, cuanto es posible en la finita perfectibilidad humana, el imperio del mal, de la negacion, se extiende la esfera de la bondad y del sér. Así podemos cerrar nuestra indagacion, repitiendo: solo en el bien el hombre es propiamente libre, esto es, hace recto uso de su libertad.

Importaba considerar la libertad en este sentido real y positivo, harto desconocido en los tiempos empíricos que vive la política presente: era necesario proclamar que su naturaleza es la de un medio para un fin, el Derecho, cuyo fin es á su vez condicion de la

efectividad del bien, última y suprema finalidad en el mundo del tiempo, pero segun la cual esperamos otra mas alta en el de la eternidad. Verdad mas repetida que comprendida y practicada: verdad que esconde la exuberante dominacion de tantos pobres fines individuales; verdad que es frecuente ultrajar hoy al pedir ciegamente libertades sin saber por qué ni para qué se piden, y al negarlas de igual modo, sin saber por qué ni para qué se niegan. Gobernar, segun ha dicho uno de nuestros oradores contemporáneos, es algo mas que reprimir: es prevenir y *guiar*. No es de hoy que los avaros acumulen inútiles tesoros, que los ignorantes se envanezcan con sus inaccesibles bibliotecas; pero tampoco es de hoy que, mudando los nombres á las cosas, se llame gobernar á conquistarse partidarios, se rompa el lazo de la política y la filosofía, se considere á los partidos como calamidades, á los hombres de ciencia como ilusos; y se pretenda, fundando el progreso en la cantidad, divorciarlo del perfeccionamiento moral humano y trasformar las grandes aspiraciones de la vida en un vacío formalismo, en una red imposible de caminos que no llevan á ninguna parte.

## V.

Por mucho sentimiento que la digresion precedente, cuya imperfeccion somos los primeros á reconocer, haya producido en el ánimo de nuestro distinguido contrincante y en el de parte de los lectores á quienes las consideraciones expuestas habrán podido distraer del primitivo asunto de esta discusion, no excederá al que en nosotros causa la necesidad de corresponder á las excitaciones del Sr. Bernal, engolfándonos en investigaciones que en la forma y método de su desenvolvimiento han de resentirse por fuerza de la estrechez de límites en que nos ha sido menester concentrarlas. Si para todo escritor es imposible tarea la de prevenir cuantas objeciones puedan suscitar sus doctrinas, mediante las cuales, siendo verdaderas, pueden no obstante recibir conveniente solucion, la concision en que nos vemos encerrados acrece tales dificultades, inevitables siempre en

materias de suyo interesantes y ricas en fecundísimo contenido; mas sin renunciar, dada la fe en nuestras opiniones, á discutir las mas despacio si alguien nos dispensara el honor de sus advertencias, aliéntanos la confianza de que no las ofrecemos como fruto de prematuras reflexiones individuales, sino en el concepto de mera exposicion y resumen de las doctrinas, generalmente recibidas, que han brotado en las últimas elaboraciones filosóficas; síntesis, mal compaginada quizá, de ligeros apuntes de estudiante, y que sin pretension personal mostramos, aunque hubiéramos deseado poderlo hacer con mayor madurez y detencion que ahora.

Justificada así nuestra escursion metafísica, sigamos al Sr. Bernal, haciendo aplicaciones al refutar sus errores manifiestos.

Parece al ilustrado publicista envolver una contradiccion nuestro aserto de que el Derecho sea norma reguladora de la vida, pues esto equivale á decir que el Derecho, identificado segun él con la libertad, seria la represion de sí mismo; mas antes de responder á esto, séanos lícito preguntar: ¿de dónde concluye el escritor de la córte que la libertad y el Derecho sean igual cosa? ¿Qué sentido tiene entonces el carácter coercitivo de la misma Moral, elemento que no puede desconocerse en el Derecho, que ningun publicista serio ha desconocido hasta ahora? ¿Considera por ventura nuestro adversario, con los apologistas de la anarquía, la ley como irracional, y la ausencia de derecho positivo como el ideal de la humanidad para el porvenir? La ciencia, la vida práctica, el mismo idioma, consigunan la distincion entre aquellas dos entidades, y el Sr. Bernal, sin mas razon que la autoridad de su dicho, viene á borrar de una plumada los fundamentos del orden social!

Mas la libertad, ya lo hemos visto, es solo la condicion del Derecho, el medio que este supone para realizarse: así y solo así se explican la responsabilidad interna y la exterior; de lo contrario, si basta tener libertad para tener derecho y consentir para obrar justamente, suprimase la moral, que carece de sentido; predíquese la autonomia como la licencia sin freno, y el estado de guerra universal, absurda ficcion de Hobbes, será una verdad histórica cuyo precedente científico existe en la indemostrada afirmacion de un escri-

tor de buena fe que renegaria, sin duda, de tan inflexibles consecuencias.

Desgraciadamente, á tales resultados se viene á parar con esa apoteosis del individuo, que rehuyendo las dilucidaciones teóricas, se presenta con el carácter de base supuestamente reconocida y trueca la libertad en una fuerza ciega, cuyo desenvolvimiento engendra fatalmente el bien, cumple necesariamente el Derecho: doctrina que es el polo opuesto del pseudo-teologismo hoy de moda entre ciertas gentes que miran la libertad humana como el obstáculo puesto por nuestra limitacion á los altos designios de la Providencia, elemento que abandonado á la iniciativa de la razon finita, lleva irresistiblemente al mal, y del que ha de abdicar la humanidad para llegar á la fuente de su eterna salud, porque segun esta secta la naturaleza humana es de por sí antitética, absurda, y «el hombre está condenado á llevar al sepulcro la cadena de todas sus contradicciones (1).»

Frecuente es suponer que las escuelas políticas impropriadamente llamadas radicales, esto es, las que debilitan el principio de la libertad, ó lo confunden, ó lo niegan, y las que niegan, confunden ó debilitan el principio de autoridad, sean generacion inflexible que el desenvolvimiento natural de esas dos afirmaciones—la del derecho de la Sociedad, la del derecho del Individuo—produce lógicamente en su permanente oposicion inextinguible; error lamentable que mantiene á la ciencia y la vida misma entre los dos polos de una pura é inútil abstraccion. Comprendido el principio de Derecho en sus relaciones personales y sociales, en la armonía necesaria del Individuo con el Estado, al afirmarlo, se afirman estas dos bases cardinales del orden político en todo lo que es á ellas esencial y se niegan en cuanto se repelen, esto es, en cuanto no es propio de ellas. El principio de autoridad, sana y detenidamente estudiado, sin prevencciones ni malicia, jamás puede llevar la política al misantropismo y la tiranía: como su pretendido adversario, el principio de libertad, es incapaz de conducir, una vez profundizado en su naturaleza, no

(1) Donoso Cortés: *Discurso* de 30 de Enero de 1850 en el Congreso de los Diputados.

en figuradas imágenes de la fantasía, á la anarquía del individualismo y á la negacion de todo vinculo y relacion humana; y cuando se atribuyen tales aberraciones á la lógica deduccion de aquellos principios, se les confunde torpemente con accidentes extraños que les han sido agregados, adherencias monstruosas, sentidos impropios y parciales en que les han entendido escuelas dadas. No negaremos nosotros que estos sentidos imperfectos dominen aun por desgracia en ciertos partidos políticos, y que en tal concepto puedan ser tachados de inconsecuencia y timidez aquellas de sus fracciones que admiten bastardos principios y tiemblan ante sus consecuencias; léjos de eso, la controversia que mantenemos demuestra lo contrario. Pero en la inteligencia real de los dos citados fundamentos, la última de las deducciones es tan altamente aceptable como la primera. Nunca un exámen racional del Individuo disolverá en la variedad el Estado, ni una indagacion de buena fe sobre este podrá anular jamás el valor del Individuo: ambos términos se suponen irrisistiblemente; el optimismo de la libertad en sí, única explicacion que cabe de identificarla con el Derecho, no es sino un absolutismo tan erróneo como el pesimismo del célebre filósofo saboyano; y las ideas absolutas, que no son sino las ideas cuyo pleno contenido real se ignora, las realizan los pueblos en su infancia, y no sirven ya para la edad viril á que caminamos.

La comparacion que puede hacerse entre la nocion de libertad, del modo que la entiende el escritor á quien combatimos, y la nocion de libertad, del modo que la hemos expuesto nosotros, fácilmente comprueba la exactitud de estas reflexiones. El Derecho es para el Sr. Bernal «la potestad que tiene el hombre de gobernarse á sí mismo por medio de su inteligencia:» el Derecho es para nosotros la ley moral en la vida de las relaciones humanas. La primera definicion se aproxima á nuestra consideracion de la libertad, aunque el concepto de finalidad apenas es sentido oscuramente: llama al Derecho «potestad» cuando, segun acertadamente mostró el Sr. Canalejas, ésta es supuesta por aquel, como su generacion y medio de existencia, á lo que el Sr. Bernal replicaba que su definicion lo comprendia todo, pues el Derecho sin la potestad de reali-

zarlo seria vano; desconociendo que así convenia implícitamente en la separacion de la libertad y del Derecho, ahora nuevamente borrada sin motivo plausible.

Mas segun nosotros, si el hombre solo hace uso legítimo de su libertad cuando obedece la ley del bien, que es *en lo relativo á sí propio* la ley de su sér mismo, si la verdadera libertad, pues, consiste en vivir conformè á Derecho, y se enlaza por íntima correspondencia con esta primera entidad, no por eso pierde la potestad de nuestra personal determinacion el carácter de medio para aquel, medio indispensable con su fin en sí, pero distinto esencialmente del fin superior de la vida.

Evidénciase, pues, cómo la consideracion de la libertad para el bien, confusamente entendida, puede dar lugar á esa especie particular de fatalismo, que (á tener algun sentido útil, como suponemos) envuelve la afirmacion del Sr. Bernal, en la cual se mezcla con la anulacion del Derecho, anulacion que no contenia aquel principio ni, por tanto, ha sido posible deducir de su exámen.

Mas admitido esto (y vamos á la segunda parte del error que nos ocupa), el distinguido escritor no puede ignorar que un derecho individual se limita por otro individual tambien, y todos los derechos individuales por el de la Sociedad y el Estado. No de otra suerte gran número de publicistas, y señaladamente Kant, han definido el Derecho por la limitacion, carácter exterior que no es el único, (segun parece expresar mas abajo, con notable inconsecuencia, nuestro contendiente), pero que con razon es juzgado por Ahrens como el primer elemento de su forma práctica: no de otra suerte puede entenderse la íntima correlacion del deber con el derecho (en sentido estricto), sin la que toda ley es un sofisma; dualidad relativa, equilibrada en la armonía de un principio comun revelado en ella. «No hay derecho contra el derecho» dijo el autor de las *Elevaciones*; y si el sacrificio, harto frecuente en los oradores, de la verdad al vigor de la expresion, y el favor tradicional de la antítesis en Francia han podido, desfigurando la intencion del ilustre Bossuet, prestar á su frase una significacion análoga á la doctrina del Sr. Bernal, su sentido propio ha sido mostrado por un moderno pu-

blicista, recibéndolo en la mas exacta fórmula de «no hay derecho contra el deber.»

Tenemos, pues, que ni el Derecho es la libertad, sino principio, al par que fin, de ella, ni puede oscurecerse su carácter coactivo, limitado, relativo, contingente; y que solo una oscura interpretacion de la libertad, en que se vislumbra confusamente su concepto, ha podido dar lugar á aseveraciones tan infundadas como la que contestamos. Mérito es, con todo, del Sr. Bernal haber presentido que debe pedirse la libertad para el bien, no para la libertad misma, y mediante una reflexión atenta sobre este punto, hubiera penetrado mas hondamente su interioridad y subordinado aquel elemento al Derecho que por una parte lo da y supone, y por otra lo guía y reprime, pudiendo prometerse en este caso mayor éxito que hasta ahora en sus nobles investigaciones.

Tanto es así, que en los párrafos siguientes al que nos ha ocupado, incurre en una contradicción claramente mostrada á través de la multitud de preguntas que en él nos dirige, puesto que estas, atinadas en general, descansan sobre el carácter represivo del Derecho, por mas que despues de lo consignado carezca de sentido la primera de ellas; porque no hemos dicho tenga el derecho una norma que lo regule, distinta del mismo, sino que él es la norma de la vida, lo cual es en verdad muy diferente, regulándose por él *los derechos* individuales y generales. Respecto á las demás preguntas, fácil es contestar, recordando las anteriores consideraciones. Hallamos la ley natural grabada por Dios en nuestra conciencia y la deducimos por medio de la razon, desentrañando su contenido é iluminando sus relaciones, bajo cuyo concepto se encierra esta indagacion en lo puramente subjetivo; pero la hallamos con referencia universal á los demás hombres, independiente de nuestra voluntad en su existencia primaria, encarnada en la Moral y tendiendo por medio del bien finito al Bien absoluto, caracterizándose así como eminentemente objetiva. Por lo demás, el conocimiento de esa regla de accion (conocimiento cuya importancia es inútil encarecer, toda vez que á nadie se ha ocurrido hablar de Derecho sin mostrar en qué consiste) está basado sobre dos términos esenciales: el conoci-

miento de Dios y el de nosotros bajo él; humana y científicamente hablando, no puede suprimirse ninguno de estos dos fundamentos, ni aceptarse otro alguno en que establecer la moral, y por tanto la ley jurídica. En cuanto á la manera cómo puede ser exteriormente compelido el hombre á obedecer esta ley, no puede ignorar el publicista de la córte que esta funcion es propia del Estado, medio social para el cumplimiento de nuestro destino, si bien no se limita únicamente á velar por la coexistencia de los derechos individuales, mision negativa que las revoluciones y aspiraciones legítimas de la vida política moderna han demostrado ser insuficiente. Tiene el Estado deberes positivos que realizar, tiene un fin propio que cumplir: y el *laissez faire* de los doctrinarios franceses, adoradores mas entusiastas que discretos de una somera interpretacion de la constitucion británica, si fué el lema del liberalismo antiguo; de aquel liberalismo que vertió su sangre en defensa de las instituciones públicas, que proclamó las conquistas del espíritu moderno, que ilustró con su ejemplo y su palabra la conciencia de las naciones, que hirió de muerte al derecho divino, que destruyó tantos abusos, pero que hoy ya no sirve: si pudo llevar á los generosos combates de la prensa y la tribuna á aquella esforzada generacion, es colocada por la presente en el templo de las victorias políticas como una enseña gloriosa, pero inútil, símbolo meramente objetivo de un período crítico que cede el puesto á un período orgánico. En buen hora resuciten en cierto modo esa bandera los individualistas, con esa cómica gravedad que adhieren los niños á sus pretendidas elevaciones sobre el vulgo, y teóricos de la tiranía, con *el Estado no es nadie* en los labios y «*el Estado soy yo*» en el pensamiento, quieran fundar su panteísmo político sobre el panteísmo político de otros; ni la razon ni la vida pueden legitimar una doctrina mecánica, que no concibe mas unidad que la numérica; un sistema absurdo, porque el hombre vive en un mundo de perpétuas relaciones y él niega las relaciones: porque el individuo y la humanidad son regidos armónicamente bajo leyes comunes, y él destruye ese paralelismo: porque la variedad supone é implica la unidad y él las disgrega y las hace inexplicables; un sistema, en fin, que se inicia por romper los vinculos sociales y

termina haciendo del hogar doméstico una estacion casual en medio de un camino, donde hacen noche gentes extrañas, viajeros que se desconocen, huéspedes sin mas comunidad que la del techo, sin afectos, y sin mas interés ni mas deberes que el de no molestarse unos á otros.

No es raro pretenda el Sr. Bernal, pues, que la política es «la ciencia que enseña la mejor manera de conducir á los hombres en el respeto mutuo de sus derechos,» definicion inaceptable, pero cuyo enlace con las doctrinas individualistas se deja notar fácilmente; nosotros, sin embargo, hemos creido siempre que esto se llama política, funcion en verdad importante, y que suele hallarse cometida á los tribunales, al ejército y á otros agentes de inferior consideracion. Por el contrario, tal forma limitada de la política se llena y legitima cuando se reflexiona que el Estado, cuya accion condicional se dirige á hacer efectivo el Derecho, tiene como fin consiguiente el de coadyuvar á la realizacion de nuestro destino, uniendo á su carácter negativo el de influir positivamente en todas aquellas esferas de la vida donde no coarte con una funesta inmixtion el desenvolvimiento natural de las facultades humanas ni comprima la libertad en nombre de convencionales principios y fantásticos ideales. Comprendido así el Estado—la unidad social en los poderes públicos, no la Sociedad con que el Sr. Bernal lo identificaba en su carta,—fácil es deducir que la política enseña á realizar su verdadera idea, esto es, la racional armonía de las relaciones proporcionadas entre seres ríprocamente libres y unitariamente encaminados al bien por el Derecho que es su forma práctica, solidaria y exterior; bajo cuyo concepto, esencialmente distinto del sentido ecléctico y vacilante de ciertos Estados modernos, podemos caracterizarlo (en cuanto cabe amoldar nuestra idea al hecho y division de hoy) como algo menos de lo que muchos se figuran, y algo mas de lo que el Sr. Bernal determina.

FRANCISCO GINER.

(Continuará).

---

## ANTON Y JUANA.

---

### INTROITO.

---

Te voy á narrar un cuento,  
amadisimo lector,  
que una vieja, amiga mia,  
en secreto me contó.

Esta vieja, aunque habladora,  
tiene tanta precaucion,

que la fecha del suceso  
cautelosa me ocultó;  
y como no sé mentir,  
y soy mero narrador,

tal y cual me lo contaron,  
el cuento te cuento yo.

I.

ÉL.

Bonete de paño negro,  
manteos de paño pardo,  
beca de bayeta roja,  
zapatos de hebilla y lazo,

Pantalon á la rodilla,  
medias negras, guantes blancos  
en el dobléz de la beca,  
como al descuido terciados,  
usa Anton, alegre mozo,  
de *menores* ordenado,

que de las sagradas ciencias  
curso los primeros años.

Á la Iglesia desde niño  
sus padres lo destinaron,  
y él, que el mundo no conoce,  
sigue en la Iglesia pensando.

Dios haga que en su camino  
no se encuentre al ángel malo;  
porque es sobrado inocente,  
aunque tiene veinte años.

II.

ELLA.

Flexible como la palma,  
como los juncos, esbelta,  
como la tórtola, amante,  
como la aurora, risueña,  
como la paloma, cándida,  
como los ángeles, buena,

como la esperanza, hermosa,  
como la virtud, serena.

Era la tímida Juana,  
graciosísima doncella,  
que apenas cumplido había  
diez y nueve primaveras.

III.

ÉL Y ELLA.

En suntuosa Basílica  
mil luces ardiendo están:  
y es que el Cabildo celebra  
las fiestas de Navidad.

Retumba en las altas bóvedas  
el religioso cantar;  
robusto el órgano trueno,  
y tiembla la catedral.

Invaden el santo templo  
en tropel y con afán  
muy pocos por devoción,  
muchos por curiosidad.

Las bellas y las beatas,  
(que en esto acordes están),  
en los sitios donde estorban  
se empiezan á colocar,

cuando del coro saliendo  
un modesto colegial  
con el bonete en las manos  
y la vista en el altar,

en las faldas de una vieja  
se enreda los piés y da  
consigo en los tiernos brazos  
de una niña angelical,  
que, por resguardar el bulto,

atropella á un sacristan,  
que en la calva de un devoto  
deja caer un cirial.

Rojo de vergüenza el jóven  
á alzarse rápido va;  
mas ¡ay! entonces cayó  
el infeliz de verdad.

Ya se ve, como al demonio  
le gusta tanto enredar,  
el manton y los manteos  
enredó sin mas ni mas.

—Perdone V.—dice el jóven  
á la cándida beldad:

—no hay de qué:—dice la niña  
con una voz celestial;

y aquella voz deliciosa,  
de entonces vibrando está  
en los oídos del jóven,  
que no la puede olvidar.

—¡Aun dura el enredo?

—Madre,

me falta paciencia ya.

—Vamos, Anton:—dice un clérigo;  
y éste, al querer alejar,

corta, mas no desenreda,  
ni el enredo material,

ni otro enredo de miradas,  
que de ambos turba la paz.

IV.

### LAS TENTACIONES DE ANTON.

Anton no puede dormir,  
y, tumbos dando en el lecho,  
á la cruz de su rosario  
prodiga fervientes besos.

Á su santo se encomienda,  
y con fervoroso ruego  
contra tentaciones rudas  
demanda eficaz remedio.

Mas diz que la tentacion  
tan fuerte daba al mancebo,  
que en toda la noche pudo  
reconciliar el sueño,

ni separar un instante  
de sus ojos entreabiertos  
la imágen de aquella niña  
devota orando en el templo.

El nuevo sol brilla en tanto:  
levántase Anton, y, abriendo  
el breviario, comienza  
con fe el matutino rezo;

mas su lengua se entorpece,  
vacila su pensamiento,  
y circula por sus venas  
no ya sangre sino fuego.

En alta voz la lectura  
comienza el pobre de nuevo,

pero le asusta y distrae  
aun mas de su voz el eco:  
fija su vista en las páginas  
con mas fe, con mas empeño,  
y rojas líneas ve solo  
do vió caracteres negros:

al retrato de su santo  
alza los ojos con miedo,  
y ve á su santo sin barbas  
y con femenil arreo:

lleno de espanto, al balcon  
se lanza, mas con un tiesto  
de flores tropieza, y cae  
de bruces contra los hierros;  
y el tiesto de bellas flores  
cae tambien, pedazos hecho,  
sobre una niña, que cruza  
la calle en aquel momento.

Arroja la niña un grito,  
alzando sus ojos bellos,  
y otro grito lanza Anton,  
los suyos bajando al suelo.

—¡Ay! Mamá,—la niña exclama,—  
el colegial del enredo.

—¡Virgen santa!—dice el jóven,—  
la mujer de mis ensueños.

V.

### SEGUNDO TROPIEZO Y PRIMERAS EXPLICACIONES.

Es una noche de Estío,  
calorosa como muchas,

callada, porque ya es tarde,  
y clara, porque hace luna:

una noche de esas noches,  
en que por las calles busca  
quien tiene calor, el fresco,  
y quien amores, fortuna.

Por eso Anton, que tendria  
amor ó calor sin duda,  
dejando para otras horas  
Padre-nuestros y aleluyas,  
cierra y guarda el breviario,  
apaga la luz ya mústia,  
y, aunque con miedo y cautela,  
á pasear se aventura.

Con paso dudoso, incierto,  
por calles y plazas cruza,  
buscando siempre la sombra,  
porque nadie le descubra;  
mas él marcha en descubierta,  
ó hace que tal se presume  
la insistencia con que observa  
de cierto balcon la altura.

A través del cortinaje,  
cual aparicion confusa,  
de una mujer los contornos  
párecele que vislumbra.

Por si es la que sospecha,  
y ansiando salir de dudas,  
con heróica decision  
saber lo cierto procura;

y al ver por bajo una reja,  
que le convida á que suba,  
lo intenta.... duda.... y al cabo  
la curiosidad le empuja.

Ase la mano á los hierros,  
mas de repente se turba,  
un grito oyendo, y aparta  
veloz la mano convulsa.

En vano ocultarse intenta,  
en vano piensa en la fuga,  
que súbito queda inmóvil  
su cuerpo, y su lengua muda.

Y sin accion y callada  
y en idéntica apostura  
una mujer aparece  
tras la reja medio oculta.

Al fin el silencio rompe  
Anton con voz insegura,  
y en frases entrecortadas  
como puede se disculpa,  
y Juana, porque no es otra  
la mujer que allí le escucha,  
mas inclinada se muestra  
al perdon, que á la repulsa.

Tan benévola acogida  
el pecho de gozo inunda  
al pobre Anton, que, temblando,  
un tema de amor modula;

y su voz vibrante y tierna  
tan dulcemente susurra  
en el oido inocente  
de la cándida hermosura

que abstraída pasa el tiempo,  
llena de emoción profunda,  
hasta que sus ojos hiere  
del nuevo sol la luz pura.

VI.

NARRACION.

Una noche y otra noche,  
segun la crónica narra,

Anton á buscar el fresco  
salió por calles y plazas;

y una noche y otra noche  
tambien por la misma causa  
bajar la niña solia  
á igual hora á la ventana.

Y dicen que todas ellas,  
aunque la ocasion es calva,  
por el escaso cabello  
cogiéronla Anton y Juana.

Resultado: que la jóven  
un momento no descansa,  
y que el amante se duerme,  
oyendo explicar el Lárraga.

Que los padres de la niña,  
llegando á entender la causa  
de su mal, con largo encierro  
intentan presto curarla.

Que al colegial de trabajos  
y penitencias recargan,

por ver, si con ellas vencen  
sus tentaciones mundanas.

Mas contra viento y marea  
los dos se ven y se hablan,  
y el matrimonio resuelven,  
de amor perdidas sus almas.

Deja la carrera Anton,  
la niña á sus padres habla,  
pero á Juana dicen nones,  
y á Anton zurren la badana.

Apesarados suspiran,  
y entre gemidos y lágrimas  
«querer es poder» unánimes  
una y mil veces exclaman.

Y es la verdad: ¿qué no logran  
dos séres que se idolatran,  
si á un mismo fin se encaminan  
con juventud y esperanza?

VII.

PROYECTOS.

Rápidos iban los dias  
unos tras otros pasando,  
felices pocos, muy pocos,  
muchos por demás amargos:

y ni los amantes ceden  
en su amor contrariado,  
ni en presentar á este amor,  
sus padres, nuevos obstáculos:

y rendidos de vencerlos,  
mas cada vez encontrando,  
á dar cima á su proyecto,  
se aprestan con entusiasmo.

—Mira, Juana,—le decia  
Anton á su amada,—el rapto  
es el único camino,  
que puede al altar llevarnos.

—Escabroso es el sendero.

—Para el amor todo es llano.

—Mas ¿no queda otro recurso?

—Otro alguno yo no alcanzo.

—En tal empresa mi nombre  
puede, Anton, salir manchado.  
No olvides que de mi honra  
vas á ser depositario.

—No olvides tú, Juana mia,  
que son mis intentos sanos,  
y que ante Dios y los hombres  
estoy dispuesto á probarlo.

—En tus palabras confio;  
mas del mundo temo el fallo,  
y el corazon me atormentan  
presentimientos amargos.

—Y ¿prefieres, Juana mía, y no me interrumpas.  
esta vida que llevamos —Vamos,  
tan triste, tan azarosa, di.  
hace ya cerca de un año? —La noche que tú quieras  
—¡Es verdad! Es harto triste; cierras el balcon en falso,  
pero es mas triste el escándalo. me avisas antes, yo llego  
—Al pié del altar termina. y sigiloso lo asalto.  
—¿Y si al altar no llegamos? Dentro ya, como chiquillos  
—¿Dudas, Juana? desprevénidos ó incautos  
—No, no dudo de nuestro amor y esperanza  
de tu fe; mas, sin embargo, en alta voz platicamos.  
el temor de un contratiempo Tus padres mi voz conocen,  
me está el alma atormentando. despiertan con sobresalto,  
llegan, nos encuentran, riñen,  
y yo temeroso escapo.  
—  
Callados y pensativos Como la calle es desierta  
estuvieron largo rato nadie nos ve; sin embargo,  
los amantes, en su mente tus padres naturalmente  
nuevos proyectos fraguando. creerán tu honor profanado,  
Al fin, rompiendo el silencio, y aunque mucho les ofenda  
dice Anton con entusiasmo. mi conducta, al fin y al cabo  
—Hay un medio. tendrán que adoptar el medio  
—Mas, ¿seguro? de poner tu nombre en salvo;  
—Respondo del resultado. y este medio, ya comprendes  
—¡Oh! ¿cuál? que no es mas que uno; casarnos  
—Uno muy sencillo. antes que el mundo murmure  
—Dímelo. y sea irreparable el daño.  
—Escucha: tu cuarto —  
da á la calle sin salida, Guardó silencio el amante  
y tiene un balcon muy bajo. al terminar su relato,  
—Sí, pero.... y Juana quedó suspensa  
—Tus padres duermen en el proyecto pensando.  
junto á tí. Los sucesos posteriores  
—Pero.... nos dirán si llegó el caso  
—¡Espacio! de dar el proyecto el fruto  
Escucha bien mi proyecto á que aspiraban entrambos.

VIII.

ENTRA EN ESCENA UN NUEVO PERSONAJE.

—Estás triste, Juana mía, Elena, que no te engañes.  
—¡Ay! Elena, tú no sabes —Así viera yo los míos.  
cuanto sufro. —Pues ¿qué pretendes?  
—Casarme.  
—¿Qué te aflige? —¿Casarte?  
—Un temor inexplicable. —Sí, ¿qué te extraña?  
—¿Qué temes? —¿Y con quién?  
—¡Que Anton por otra me olvide. —Eso es lo grave.  
—¿Qué disparate! —¿Por qué?  
¿En qué te fundas? —Porque soy pequeña  
—Lo ignoro, y mi ambicion es muy grande.  
pero temo que se canse. —¿Pues qué ambicionas?  
—Vanos temores: ¿sería —Escucha:  
capaz de accion tan infame, huérfana de padre y madre,  
que, despues de lo ocurrido, pobre y nieta de un pastor,  
otros amores buscarse? sin riqueza y sin linaje,  
—Yo no sé.... pero me extraña hoy á su lado viviera  
su conducta: tú bien sabes en las sierras y en los valles,  
con cuanto ardor combatia partiendo con él tranquila  
la oposicion de mis padres: su ruda vida salvaje,  
la venció, logró permiso si conmigo tan piadosos  
para verme y para hablarme, no hubieran sido tus padres,  
y trató con mi familia al recordar que la mia  
muy formal de nuestro enlace. te alimentó con su sangre.  
Mi padre accedió, temiendo Creyeron hacerme un bien,  
que un escándalo tan grande, y erraron, que, al educarme,  
como el que dimos, mi nombre por mi mal he comprendido  
al fin y al cabo manchase, mi condicion miserable.  
y en el colmo de la dicha Hermana de leche tuya,  
despues de tantos pesares como hermana me trataste,  
yo esperaba ver cumplidos comí en tu mesa contigo,  
muy presto nuestros afanes. y me adorné con tus trajes:  
—Y los verás. —Y los verás, —Dios permita, más imposible elevarse,



seguir como ahora.... menos,  
puesto que vas á casarte.

—Y ¿qué intentas?

—Lo que intento  
es, antes que tú te cases,  
casarme.

—¿Pero con quién?

—Con quien el cielo depare.

—Mas, hija, con un cualquiera....

—No temas, no, que yo baje:

si es subir lo que pretendo;  
y subiré.... Dios mediante.

La inesperada presencia  
de Anton, que se acerca á hablarles  
su diálogo interrumpe,  
y enrojece sus semblantes.

Natural es, que el de Juana  
tiña el rubor; mas, ¿quién sabe  
por qué sus rosadas tintas  
tambien el de Elena invaden?

IX.

OTRO PERSONAJE, QUE NO VUELVE Á APARECER, TIENE  
ALGUNAS EXPLICACIONES CON ANTON.

—Insistes en vano, Alfonso;  
concluyeron para siempre  
esos amores.

—Anton,  
es una infamia.

—Corriente:  
lo será, pero sus padres  
de todo la culpa tienen:  
y ella tambien, que tenaz  
y sin razon los defiende.

—Son sus padres.

—Yo su amante.

—¿Y como amante pretendes,  
que ella con sus padres riña?  
¡Ay! Anton, tú no la quieres.

—Escucha, Alfonso, la quise  
y espero quererla siempre;  
pero amor, como al principio,  
mi corazon ya no siente.

¿Qué debo hacer en tal caso?  
sin amor ya tú comprendes

que el matrimonio sería  
de penas fecundo gérmen.

Por eso rompí: por eso  
no es extraño que me aleje  
de aquel amor, hoy que el alma  
en otro fuego se enciende.

—¿Pero te casas?

—Muy pronto.

—¿Con Elena?

—Si Dios quiere.

—Y Juana entre tanto....

—Á Juana  
le sobrarán pretendientes.

—¿Por qué?

—Porque Juana es rica,  
mucho mas de lo que crees,  
y marido á cualquier hora  
con un buen dote se obtiene.

La pobre Elena, al contrario,  
nada en el mundo posee,  
ni aun familia, pues tan solo

conoce de sus parientes  
á un abuelo que en la sierra  
su pobre vida sostiene  
con el escaso salario,  
que gana guardando reses.

—Ya lo conozco: ha servido  
con tu padre.

—Justamente.

—Y tú te casas ahora....

—Con su hija: ¿te sorprende?

—Mesorprende el que prescindas  
de compromisos solemnes,  
y, esclavo de tus pasiones,  
ni aun tu palabra respetes.

—Mira Alfonso, con franqueza  
te digo, que ya me ofendes,  
y estás pesado: es inútil  
cuanto me digas é intentes.

Mi decision es tan firme,  
que aunque el mundo la repruebe,  
antes de que el mes concluya  
se habrá fijado mi suerte.

—Adios, Anton, quiera el cielo  
que con pena no recuerdes  
mis consejos algun dia.

—Espero que nunca llegue.

Y estrechándose las manos  
entrambos amigos fieles,  
sin cuidado Anton quedóse  
y el otro con pena fuese.

Á la vuelta de la esquina,  
donde los dos en sus trece  
sostuvieron decididos  
tan contrarios pareceres,  
está la casa que habitan  
Elena y Juana, y dos veces  
en sus rejas ha sonado  
una toz fingida y leve.

Anton de la noche oscura  
las sombras espesas hiende,  
y se acerca á la ventana  
donde halla á Elena impaciente.

T. DE ROJAS.

(Concluirá).

BREVE RESÚMEN  
DE LA HISTORIA  
DEL  
MAGNETISMO Y LA ELECTRICIDAD.

II.—DE LA ELECTRICIDAD.

(Continuacion).

Swedenborg, en 1734, en sus *Principia* adelantó las siguientes teorías avanzándose á la edad en que vivió y de interés para los científicos: 1.º Los efectos eléctricos se refieren á una fuerza menos sutil que los efectos magnéticos; 2.º Los efectos eléctricos son producidos por la giracion (movimiento en figura espiral de hélice ó circular) excitada por la tremulacion de las partículas de los cuerpos; 3.º El relámpago se refiere al mismo origen de la electricidad; 4.º Existen otras fuerzas polares además del magnetismo y entre la electricidad; 5.º Toda fuerza que se mueve en sentido de espiral ó de hélice, siendo por lo tanto fuerza eléctrica ó magnética, obra en doble razon inversa de las distancias.

Boze, en 1741, introdujo el primer conductor, suspendido por hilos de seda á la máquina eléctrica, y probó en muchos experimentos que el peso de los cuerpos no sufría alteracion, dándoles ó quitándoles electricidad.

Winkler, en 1741, substituyó un cojinete en la máquina eléctrica para producir la frotacion en lugar de la mano.

El doctor Desaguliers, en 1742, publicó un ensayo sobre la electricidad, en el cual divide los cuerpos en *eléctricos* y *no eléctricos* ó conductores; tambien dió cuenta del éxito superior de algunos experimentos hechos en tiempo de heladas y en el estado seco de la atmósfera, atribuyéndole á la propiedad conductora del vapor de agua.

Mr. Gordon, cerca de 1742, usó un cilindro de vidrio para una máquina eléctrica en lugar de un globo.

Ludolf, de Berlin, por el año de 1744, incendió sustancias combustibles por la chispa eléctrica. Él dió fuego á «el espíritu etéreo de Frobenio.»

El doctor Miles, en 1745, observó los haces de los rayos luminosos que proceden de un cuerpo eléctrico excitado aun sin acercarle un cuerpo conductor.

El doctor Watson, en 1745, hizo algunos experimentos é investigaciones respecto á la chispa eléctrica, y halló que electrizando conductores de considerable extension, la electricidad se desenvuelve primero en la parte mas remota del eléctrico excitado.

Muscheubrock y Kleist en 1745, descubrieron á un tiempo la botella de Leiden. Sin embargo, segun Dalibard, el nombre del inventor fué Cuneus. (1746). Se hicieron relaciones exageradas de los efectos del sacudimiento de la botella de Leiden por estos filósofos. La atencion pública se fijó mas bien por esto en los efectos de la electricidad que no por ningun descubrimiento anterior. La botella de Leiden fué perfeccionada por Sir V. Watson, Smeaton, Bevis, Wilson y Canton.

El doctor Watson, en 1746, propuso una teoría de la electricidad de un solo flúido muy parecida á la del doctor Franklin.

Le Monnier, en 1746, conoció que la electricidad era comunicada á cuerpos homogéneos en proporecion á sus superficies.

El abate Nollet, en 1746, vió que la electricidad acelera el flujo de los flúidos al través de los vasos capilares.

Mr. Maimbray de Edimburgo, en Octubre de 1746, electrizó dos arrayanes por espacio de un mes, é hizo que brotaran y echaran flores mas pronto que los que no habian sido electrizados.

Pivati, en 1747, hizo constar que las medicinas podianintro ducirse por medio de tubos de vidrio electrizado; despues se ha encontrado que la fuerza eléctrica en este caso es bastante á efectuar las curaciones propuestas.

La primera comunicacion de Franklin á Mr. Pedro Collinson, de la Real Sociedad, tiene la fecha de jueves 28 de Marzo de 1747.



En esta serie de comunicaciones propuso su teoría eléctrica del solo-flúido.

El doctor Watson, en 1747, á presencia de muchas personas científicas, trasmitió electricidad á través de 2800 piés de alambre y 8000 de agua, haciendo uso de esta manera del *circuito terrestre*. Este hecho es interesante bajo el punto de vista de la telegrafía.

Benjamin Franklin, en 1748, llevó á cabo sus celebrados experimentos sobre los bancos del Schmylkill, en la América del Norte. Estos concluyeron por una diversion en que se encendieron luminarias con una chispa eléctrica enviada á través del rio, y fué muerto un pavo por una descarga eléctrica y asado en un aparato electrizado ante un fuego encendido por la botella eléctrica.

Jallabert, en Ginebra, desde 1748, concibió la idea de someter algunos inválidos al tratamiento eléctrico sacando chispas de diferentes partes de su cuerpo, á los cuales colocaba cerca del conductor de una máquina eléctrica. Por este medio curó una parálisis en el brazo derecho.

Los descubrimientos de Canton datan de 1751 á 1762, y son estos: Que la excitacion de la electricidad negativa ó positiva, tanto depende de la goma usada como de la friccion eléctrica y de la condicion de su superficie; que una masa de aire en estado de reposo puede electrizarse; y que una amalgama de estaño puede emplearse ventajosamente para los cojinetes de una máquina eléctrica.

M. Dalibard, en 1752, construyó una especie de para-rayo, y las chispas que arrojaba éste fueron observadas primero por su ayudante en Mayo.

M. de Romas, en 1752, elevó una cometa eléctrica y obtuvo pruebas de la existencia de la electricidad atmosférica.

Franklin, en Junio de 1752, probó la identidad del rayo y la electricidad en Filadelfia por su célebre cometa. Inmediatamente aplicó el descubrimiento é inventó los conductores metálicos á fin de proteger los edificios de los efectos del rayo.

(Continuará).

Trad. del inglés por MIGUEL PINEDA.

---

## BIBLIOGRAFÍA.

---

### I.

*Discurso pronunciado en la solemne inauguracion del año académico de 1862 á 1863 en la Universidad central por el Dr. D. Isaac Nuñez de Arenas.*

Si alguna duda fuera posible sobre la influencia saludable que ejercen en el estudio de la Literatura las buenas doctrinas de los estudios de erudicion y filosofia, bastaria á desterrarla el brillante espectáculo que ofrece la Facultad de Filosofia y Letras en las Universidades españolas, dirigiendo la sociedad por sendas escogidas en el camino de la humana cultura, y abriéndole horizontes extensos y desconocidos. Esta Facultad es nueva en nuestro sistema de enseñanza; pero viva de espíritu y llena de entusiasmo, parece desquitarse con su laboriosidad del tiempo en que sus estudios han sido considerados en menor precio, y se fecunda diariamente con abundantes trabajos que en las Cátedras, en los discursos de Claustro y en las Revistas literarias dejan contar sus triunfos por el número de manifestaciones que hace de sí misma ante la sociedad y el público culto. Mas si se adhiere en el espíritu general cierta importancia á todos los trabajos que ofrecen el fruto de su saludable influencia, merecen en particular atenderse los de aquellas grandes personalidades científicas que, resumiendo en sí considerable accion en el movimiento literario que á esta Facultad se debe, vindican una parte de mérito muy señalada en sus destinos presentes. No ha sido otra la significacion del antiguo Catedrático de Literatura general y española en la Universidad central D. Isaac Nuñez de Arenas, el primer maestro que ha tenido entre nosotros la ciencia crítica de lo bello y el propagador mas entusiasta que han alcanzado

entre la juventud los estudios tan importantes como poco conocidos de la moderna Esthética. Tarea en verdad, llena de dificultades en un país como el nuestro, donde la filosofía ha sido planta casi exótica desde el siglo XVII, y en el cual faltaban precedentes adecuados para construir de una manera acabada el edificio de las ciencias especulativas. Á todas estas desventajas y á tan robustos obstáculos ha hecho frente el Sr. Nuñez de Arenas, y animado de una fe infatigable en las nobles disposiciones del espíritu español y en el porvenir intelectual de nuestro pueblo, ha trabajado diez y siete años en aclimatar en este suelo el frondoso árbol de la Filosofía del Arte, logrando al fin conquistarle un lugar duradero entre sus científicas. No se crea por esto que el docto profesor de Literatura ha pensado en romper por un momento la deleitosa unidad entre la Religión y la Ciencia que ha subsistido siempre en las elaboraciones más fecundas de nuestra vida intelectual. Á esto han debido ayudarle considerablemente esta religiosidad tan propia del carácter de nuestros nacionales que mira en todos los grandes sucesos del mundo y en los mejores productos del Arte el favor del Altísimo ó el dedo de la Providencia, desestimando esa tétrica melancolía que, como la idea de los antiguos quesnelianos, maldice toda hermosura, toda gracia y todo don del Ser Supremo increado, que no recae sobre adeptos de ideas preformuladas ó preconcebidas: espíritus que reniegan del arte griego, acusando á Fidias y á Píndaro por ignorar las emociones de la vida interior del convento: que pretenden negar la hermosura del radiante sol africano y de la vegetación india, y que murmurarían en fin de la atmósfera, del cielo estrellado y aun de la existencia probable de habitantes en el mundo supralunar, porque no aciertan á explicar los fines del Altísimo en tan sorprendentes maravillas.

Pérdida grande ha sido para la Universidad Central y para los destinos de la ciencia española que profesor tan respetable y de tan notorios merecimientos, haya dejado de hacer oír sus elocuentes enseñanzas en beneficio de la juventud estudiosa; acreciéndose el sentimiento causado por este suceso con la lectura de las páginas del brillante discurso que cierra la serie de sus tareas universita-

rias. Encargado de llevar la voz á nombre de su Facultad en la inauguración solemne del presente curso, ha fortalecido una vez más la elevada estima con que hoy se ofrece ante el público el estudio de la Filosofía y Literatura, haciendo solidario de las demás enseñanzas el interés vivísimo con que la tesis por él sustentada se relaciona al espíritu de la época actual. Con el propósito de continuar la tradición filosófica del autor de los *Nombres de Cristo*, intenta desarrollar en concienzudo trabajo una de sus proposiciones filosóficas, haciendo aplicación de la misma á la interpretación del valor que corresponde á la ciencia de las ciencias: aspira á probar como declara al principio de su discurso que la Unidad, alma de la ciencia es el deseo de las criaturas, al par que la ley de coordinación entre el Espíritu, la Naturaleza y su mediador la Humanidad; siendo la Filosofía la palanca que tiende á sentarla en el conjunto de las Ciencias é Instituciones sociales.

Á poco que meditemos sobre la importancia de principios tan fecundos, habremos de notar la riquísima trascendencia que envuelven tales proposiciones. El mundo de la diversidad, de la lucha, de las oposiciones y de lo diferente, es el mundo de la enfermedad, de los accidentes históricos y de la desobediencia; el que no levanta la idea á esa unidad superior, que ha debido preexistir en el plan de la Naturaleza entera, y al fin providencial á que se encamina, solo ve azar en sus manifestaciones. La Filosofía que no es otra cosa que la conciencia refleja de la Humanidad, tiende á deshacer la oscuridad del fenómeno, separando todos los celajes que impiden el paso á la luz y reconociendo, como el patólogo, en las mismas desviaciones del ideal aparente de la unidad ordinaria de salud, una más profunda realización de las leyes de la Naturaleza, ó una más cabal penetración de las grandes causas que desprecian las modificaciones de los agentes pequeños. El hombre que siente en su alma la imperiosa necesidad de afirmar la unidad de las cosas, solo encuentra lo diferente y lo contrario en el mundo sensible; la Filosofía le reconcilia consigo mismo, como reconcilia unas cosas con otras, firmando la alianza entre las leyes del espíritu y los resultados necesarios de la observación. En este sentido, la exposición filosófica

de la Unidad es sumamente religiosa y católica, apareciendo sus negaciones como protestas de un escepticismo fatalista, de un individualismo grosero y del mas impío materialismo intelectual. Falseada la concepcion de la Unidad en el terreno científico, solo aparecen libros desconsoladores, que como el *Diccionario filosófico* de Voltaire, el Coran y los libros de los tradicionalistas, ponen fuera de la ley á la parte sana de la Humanidad que no se mancha con sus errores. La Unidad, empero, radiando sobre todas las esferas de la Ciencia, esclareciendo la inteligencia humana en la contemplacion, reanimando el espectáculo de la creacion con esplendorosas armonías, produce obras que como las antiguas filosofías de Platon y Aristóteles, las leyes de Newton, el vasto sistema de Keplero, la *Filosofía de la Historia* de Krause y el *Cosmos* de Humboldt, levantan el alma á la contemplacion del Ser de los séres, y á la admiracion de sus obras. Para hombres sin creencias, sin fe en los resultados del exámen de su conciencia, sin cariñosos amor á las conclusiones prácticas de sus investigaciones, ha podido pasar por plausible su antagonismo entre la Religion y la Filosofía, las Ciencias físicas y la Mecánica celeste, la Filología y la Fisiología: para los hombres de corazon recto, de sentido puro científico, solo hay verdad en la realidad posible de lo existente, realidad en la unidad de la vida, unidad de la vida en la armonía de los objetos diversos. La Armonía no es mas que la unidad exterior de las cosas, como superior elevacion y desarrollo de su unidad interior. Solo por una absurda interpretacion de la palabra « Armonía » se ha podido concebir su contradiccion con la Unidad. La Unidad es la base de toda Armonía posible, como explicó largo tiempo há Horacio al exigir para la Armonía de las partes lo Simple y lo Uno; pero tal Unidad no se opone á la inclusion de un contenido vário, materia que trasforma, penetrándola con sus leyes, la Armonía, como el Ideal reúne en un fin diferentes materiales. La superior Armonía en el mundo, como dice el Sr. Nuñez de Arenas y su maestro Fr. Luis de Leon, se juzga por la mayor consonancia con las condiciones de la esencia divina. « Así como la piedra, que en el edificio está asentada en su debido lugar, ó por decir cosa mas propia, como la

cuerda en la música, debidamente templada en sí misma hace música dulce con todas las demás cuerdas, sin disonar con ninguna, así el ánimo bien concertado dentro de sí y que vive sin alboroto y tiene siempre en la mano la rienda de sus pasiones y de todo lo que en él puede mover inquietud y bullicio, consuena con Dios y dice bien con los hombres, y teniendo paz consigo mismo, la tiene con los demás.» La Ciencia entera, en sus fines prácticos, no menos que la industria y el comercio en sus elevadas aplicaciones, tienden á concertar la naturaleza física con las necesidades corpóreas del hombre, así como la Religion, el Arte y la Filosofía representan un mundo de consonancias y armonías acordes con las necesidades del espíritu. Cada paso adelantado por la region de las Ciencias naturales, como nota el profesor filósofo, ha sido una penetracion mas íntima del Espíritu en la Naturaleza, el establecimiento de una nueva ley, el hallazgo de una nueva unidad sobre variedades anteriores. « La Moral, la Religion, el Derecho, la Ciencia y el Arte, dice, son los caminos que van del mundo físico al espiritual.... El orden, armonía y belleza que resplandecen en la creacion, anuncian al hombre que todas las cosas fueron hechas con fin preconcebido en el pensamiento de Dios; que siguiendo su ley universal, tiene como ellas un blanco á que tirar durante su vida; que éste es aproximar su semejanza á Dios; y que el medio de conseguirla es el cumplimiento de todos sus deberes.» Principios en armonía con la mas rigurosa deducion metafísica en el sistema de la ciencia, que aparecen iluminados con el sentido cristiano mas ferviente.

Quisiéramos tener espacio para señalar una por una las proposiciones nuevas y de profunda aplicacion que hemos encontrado en la sabrosa lectura de este precioso discurso inaugural: por ahora, nos limitamos á declarar que la explanacion de sus acertadas conclusiones, exigiria una série de artículos considerablemente larga.

F. F. G.

---

II.

*Memoria leida en la solemne apertura del curso académico de 1862 á 1863, del Instituto de 2.<sup>a</sup> enseñanza de la Provincia de Granada por el Dr. D. Fernando Gonzalez, Vice-director del mismo.—Granada: 1862.*

Hemos recibido un ejemplar de este opúsculo, que el Sr. Director del establecimiento ha tenido la bondad de dirigirnos, y que ofrece un bien trazado cuadro de la situacion del Instituto, en el que se ven muestras del celo con que los jefes de la casa, y, muy especialmente, el Secretario Dr. D. Rafael García Álvarez procuran llenar sus deberes. El número de los alumnos matriculados es bastante crecido, y entre las adquisiciones que se han hecho para la Biblioteca y gabinetes, figuran obras sumamente apreciadas de Historia, Literatura y Ciencias naturales, una coleccion de cartas murales geográficas: aparatos nuevos y costosos para la enseñanza de Física y Química y la de Matemáticas, y una série sumamente escogida de ejemplares para la Historia Natural.

Z.

## VARIEDADES.

El Sr. D. Mariano Cordon, Secretario de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de esta Provincia, se ha servido remitirnos con una atenta comunicacion, un ejemplar de la circular que dicha Corporacion dirige á los Ayuntamientos de la Provincia, estimulándolos al establecimiento de un Banco Agrícola-Hipotecario. Favorable este pensamiento al desarrollo de los intereses económicos de este país, no dudamos obtendrá la aprobacion y cooperacion de las personas llamadas á iniciar esta clase de empresas, como igualmente que la Junta meditará con la mayor prudencia las bases en que haya de fundamentarse una institucion tan útil y deseada, á fin de que pueda promover un saludable movimiento en la atrasada Agricultura de esta Provincia.

T.

POR TODO LO NO FIRMADO:  
El Secretario de la Redaccion,  
T. DE ROJAS.

---

El Editor responsable, D. José de la Rocha.

---

GRANADA: IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

## ÍNDICE.

- ESTHÉTICA, por *D. F. Fernandez Gonzalez*.—Págs. 1—6, 33—40, 97—102, 129—136, 176—182, 227—234, 265—280, 342—362, 426—435, 475—483, 538—548.
- SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 7—20, 41—50.
- DEL OD, extr. por *X*.—Págs. 21—25.
- BERTHA, trad. por *N*.—Págs. 51—60.
- ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA LITERATURA MODERNA, por *D. F. Giner*.—Págs. 65—72, 109—116, 137—147, 212—218, 329—335, 415—425.
- DE LAS ESCUELAS DOMINICALES, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 73—79, 105—108.
- BLANCA, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 80—88, 117—124, 148—154.
- RECEPCIONES EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA, por *X*.—Págs. 161—175, 201—211.
- ELEGÍAS, por *D. V. Ruiz Aguilera*.—Págs. 191—200.
- BREVE RESÚMEN DE LA HISTORIA DEL MAGNETISMO Y LA ELECTRICIDAD, trad. por *D. M. Pineda*.—Págs. 219—226, 336—341, 484—488, 576—578.
- LA CRUZ DEL LAGO, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 235—241.
- DISCURSOS ACADÉMICOS, por *D. F. J. Simonet*.—Págs. 242—247.
- LITERATURA ALJAMIADA, por *D. E. Lafuente Alcántara*.—Págs. 281—290.
- SOBRE UNA CARTA DEL SR. VALERA, por *X*.—Págs. 291—309.

DE TRIPAS, CORAZON, por *D. V. Ruiz Aguilera*.—Págs. 310—315, 364—370.

LA FLOR DE LA INOCENCIA, por *D. C. Trigo*.—Pág. 363.

LAS DOS LUCES, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 371—379.

AYER Y HOY DE LA PROPIEDAD, por *D. N. de Paso y Delgado*.—Págs. 393—402, 465—474.

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS ALMOHADES, trad. por *D. F. Fernandez Gonzalez*.—Págs. 403—412.

LA ESTRELLA DEL CIEGO, por *D. José Salvador de Salvador*.—Págs. 436—438.

EL REY ESERDIS, por *D. M. Milá y Fontanals*.—Págs. 439—441.

LA PERLA DE LA PLAYA DE ALGECIRAS, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 442—444.

UNA OBSERVACION SOBRE CERVANTES, por *D. M. Milá y Fontanals*.—Págs. 457—464.

UNA ODA DE HORACIO, trad. por *D. M. Milá*.—Págs. 489—490.

EXÁMEN DE ALGUNAS OPINIONES EMITIDAS POR M. V. CHERBULIEZ EN SUS ESTUDIOS SOBRE FILOSOFÍA DE LO BELLO, por *D. F. Giner*.—Págs. 491—498.

IDEAS POLÍTICAS; RÉPLICA AL SR. D. C. BERNAL, por *D. F. Giner*.—Págs. 499—509, 549—566.

LA POESÍA Y EL ARTE DE LA GRECIA ANTIGUA EN SUS RELACIONES CON LA RELIGION, trad. por *N.*—Págs. 510—514.

DE LOS ORÍGENES Y PERÍODO HERÓICO DE LA POESÍA GRIEGA, por *D. S. Torres Aguilar*.—Págs. 521—526.

CUATRO PALABRAS SOBRE ALGUNAS CUESTIONES DEL ÁLGEBRA, por *D. I. Ontiveros*.—Págs. 527—537.

ANTON Y JUANA, por *D. T. de Rojas*.—Págs. 567—575.

VARIEDADES.—Págs. 25—32, 61—64, 93—96, 124—128, 159—160, 262—264, 323—328, 447—456, 520, 584.

## BIBLIOGRAFÍA.

*Inaugural en la seccion de ciencias filosóficas de la Academia del Liceo* (1861), por *D. F. Fernandez Gonzalez*.—Págs. 25—26.

*Discursos en las recepciones universitarias de los Catedráticos D. M. de Góngora, D. F. Tremols y D. Pedro Bassagaña*.—Págs. 26—29.

*Munda Pompeiana, por D. J. y D. M. Oliver*.—K.—Págs. 29—50.

*Historia crítica de la literatura española, por D. J. Amador de los Ríos* (t. 1).—F.—Pág. 64.

*Descripcion del Reino de Granada bajo la dominacion de los Naseritas, etc., por D. F. J. Simonet*.—D. M. Malo de Molina.—Págs. 89—91.

*La Estafeta de Urganda, por D. N. D. Benjumea*.—D. F. Giner.—Págs. 91—94.

*Programa de 2.<sup>a</sup> enseñanza, por D. J. Sanz del Rio*.—D. F. F. G.—Págs. 155—156.

*Elogio fúnebre de D. Francisco Martinez de la Rosa, por D. F. Fernandez Gonzalez*.—G.—Págs. 156—157.

*La Bética, revista sevillana: Revista general de Estadística*.—G.—Pág. 158.

*Elegías de D. V. Ruiz Aguilera*.—D. F. Giner.—Págs. 183—190.

*Diccionario general de bibliografía española, por D. D. Hidalgo*.—F.—Págs. 248—250.

*Polémica entre los Sres. Canalejas y Bernal acerca del estudio de la ciencia política en España*.—D. F. Giner.—Págs. 250—257.

*Blanca, leyenda por D. T. de Rojas*.—D. F. Giner.—Págs. 258—261.

- Catálogo de libros arábigos, por D. E. Lafuente Alcántara.*—D. F. J. Simonet.—Págs. 316—321.
- El Quijote y la Estafeta de Urganda, por D. F. M. Tubino.*—D. F. Giner.—Págs. 321—325.
- Historia crítica de la literatura española, por D. J. Amador de los Ríos (t. II).*—D. F. Fernandez Gonzalez.—Págs. 380—383.
- Elogio del Arzobispo D. R. Jimenez de Rada, por D. Vicente Lafuente.*—D. F. F. G.—Págs. 383—386.
- Cartas trascendentales, por D. J. de Castro y Serrano.*—D. F. F. G.—Págs. 387—390.
- De la fundacion, antigüedad y grandezas de Antequera, por Fr. F. de Cabrera.*—D. F. F. G.—Págs. 390—392.
- Manfredo, poema de Lord Byron, trad. por D. J. Alcalá Galiano.*—D. P. M.—Págs. 445—446.
- Esthética, por D. F. Fernandez Gonzalez.*—D. S. Torres.—Págs. 514—515.
- Carta del Dr. .... á D. J. F. Pacheco.* — D. F. Giner. — Págs. 416—417.
- Discurso inaugural del curso de 1862 á 63 en la Universidad de Granada, por D. A. Coca.*—D. S. T.—Pág. 418.
- La España literaria, revista sevillana.*—N.—Pág. 519.
- Discurso pronunciado en la solemne inauguracion del año académico de 1862 á 63 en la Universidad central por el Dr. D. I. Nuñez de Arenas.*—D. F. F. G.—Págs. 579—583.
- Memoria leida en la solemne apertura del curso académico de 1862 á 63, del Instituto de segunda enseñanza de la Provincia de Granada por el Dr. D. Fernando Gonzalez.*—L.—Pág. 584.
-